

¡NO PASARAN!

EL FASCISMO QUIERE CONQUISTAR MADRID

MADRID SERA LA TUMBA DEL FASCISMO

Gregorio
Gallego

**ASALTO
A LA CIUDAD**

Gregorio Gallego

ASALTO A LA CIUDAD

Tres de cuatro soles

Libertarias / Prodhufi

Segunda edición: Octubre 1992

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Gregorio Gallego
ASALTO
A LA CIUDAD



2.ª edición



Tres de cuatro soles



Libertarias / Prod hufi

Cubierta: J. Wanda

Aquella noche, mientras los demás permanecían desvelados cuchicheando de la «paz honrosa» y de sus consecuencias, Petra se encerró en su habitación rodeada de velas, lamparillas y estampas de santos para rezar por sus hijos, por los hijos de sus hijos y por los hijos de todas las madres de España que se habían enganchado como tigres carníceros, sin pensar que eran hermanos, que la tierra era de todos y que todos debían nacerla fructificar ahuyentando a los egoístas y codiciosos que la querían para sí... Hora tras hora ensartó padrenuestros, avemarías, credos y un sinfín de oraciones a cada uno de los santos que conocía para que todos en el cielo intercedieran por la paz, la reconciliación y el amor de los hijos de esta tierra de Dios que durante casi tres años habían sido arrebatados por los demonios y cegados por sus pasiones. De vez en cuando intercalaba en sus oraciones, con obsesiva angustia, los nombres de sus hijos, que no habían cometido más pecado que querer la justicia y la igualdad para todos los que trabajan... «Ya sé que mi Luis es violento y arrebatado, y que con las mujeres se ha propasado muchas veces, aunque yo más bien pienso que son las muy tunas las que me lo han engatusado, porque ya ves, desde que conoció a la bendita Luda, tu sierva, no levanta los ojos por no ofender. Bendícele, Señor, para que pueda ver a sus hijos crecer y multiplicarse como tú nos mandaste... Padre nuestro, que estás en los cielos... ¿Y qué puedo decirte de mi Carlitos que tú no sepas? Dicen que es vicioso y libertino, pero te juro que no es verdad. Yo pienso que es débil a las pasiones del cuerpo, y como es tan joven y tiene esa fuerza que tú le diste, a veces quizás pequeño más de la cuenta, pero es bueno como el pan y si pecha más que otros es porque le gusta ser más que nadie y presumir de campeón... Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores... ¿Qué será de mi

Javi, Dios mío? Mi ama, doña Casilda, dice que es el peor de todos, porque sabe lo que se dice y lo que se hace, y en vez de ponerse a tu servido, como ella quería, te negó y dice que la justicia es de los hombres y que a los hombres corresponde impedir que unos se alimenten del sudor de otros. Perdónale, señor, porque si no cree en ti, sí cree en la justicia y en el amor de los hombres, que es lo que tu hijo predicó. Y algunas veces hasta te pone como ejemplo cuando dice que en nuestro mundo hay demasiados ricos Zabulones que oprimen a los pobres Lázarus...»

—Madre... —llamó Adela con los nudillos en la puerta cerrada por dentro.

—¿Qué quieres?

—Que Luis y Carlitos se marchan...

—Que se marchen.

—¿Pero no se va a despedir usted de ellos...? Probablemente ya no vuelvan más...

Adela permaneció casi un minuto con la cara pegada a la puerta sin obtener respuesta, en vista de lo cual regresó gimoteando al salón para reunirse con sus hermanos... «Madre no quiere salir. Cada día está más loca con sus rezos y sus santos.» Luis abrazó a su hermana en silencio y Carlitos lanzó una blasfemia que desorbitó las pupilas de Lucía... Las palabras se quedaban entre dientes... «Nos volveremos a ver muy pronto», decía Luis a su mujer. Y Carlitos a su hermana: «Cuida mucho a madre. Como le pase algo a madre.» «¿Y Javi? ¿Por qué no habrá venido Javi...?», gemía entrecortadamente Adela... En los últimos minutos el salón se fue llenando de vecinas gimoteantes y lloronas, hablando todas a la vez y sin escucharse mutuamente, de sus maridos e hijos que se hallaban en diversos frentes. La confusión y el tumulto eran tales, que cuando Adela y Lucía se dieron cuenta, Luis y Carlitos habían desaparecido. Y todo por dar oídos y replicar a la chismosa de la Rosenda, que murmuraba que los Revilla eran los que menos tenían que preocuparse de «la paz honrosa del coronel Casado y su puta madre, porque alguna tajada debían haber sacado del chanchullo, como todos los mandamases que tenían aviones y coches para correr...»

Cuando Adela se dio cuenta de la desaparición de sus hermanos, corrió al balcón por si les veía todavía, pero lo que vio en los balcones de una casa de enfrente fue una enorme bandera rojigualda que la dejó sin resuello. Lucía y las mujeres que la seguían, la vieron vacilar y llevarse las manos al abultado vientre. Desde el balcón la trasladaron a la cama medio desmayada... «Va a malparir», murmuraban las comadres. Y hubo parto, pero no malparto. Media hora después daba a luz un niño que llegaba al mundo llorando rabiosamente.

Mientras Adela paría, y la mayoría de las mujeres comadreaban en la habitación de la parturienta, Juanito, el mayor de los hijos de la Rosenda, llegó diciendo que el portero había cerrado las puertas del palacete y no dejaba salir a nadie. Su madre, que había sido verdulera y era de talante aborrascado y peleón, bajó a ver lo que sucedía. En efecto, la puerta del jardín, que era por la que entraban y salían, estaba atrancada por fuera. Rosenda golpeó furiosamente y llamó a grito pelado al portero-jardinero, que vivía en un pabellón aparte. Primero le llamó respetuosamente «señor Pedro», pero como el aludido no respondiera, empezó con los calificativos: «lameculos», «perro del imperio», «ojobirloque»... «Grita lo que quieras, arpía, tarasca roja, pero de ahí no «sale ni una rata hasta que no os den vuestro merecido por incendiarios y ladrones», fue la respuesta que obtuvo después de desgañitarse.

Por la calle pasaban grupos de jovenzuelos flameando banderas rojinegras, cantando «volverán banderas victoriosas al grito alegre de la paz», y los balcones se llenaban de banderas rojigualdas, mantones de manila y toda clase de colgaduras con símbolos religiosos y políticos para recibir a los vencedores.

El día soleado adquiría un tono de fiesta a medida que pasaban las horas. La Rosenda no hacía más que decir, que no tenían perdón los que habían permitido que en Madrid quedaran tantos fascistas camuflados...

A las doce las cancelas del jardín se abrieron para dar paso a un «Rolls Royce» cubierto de polvo. Del interior descendió una señora abrigada en pieles con cara de «perro pachón». Algunas mujeres, que observaban asustadas desde las ventanas, reconocieron en ella a la dama del retrato que presidía el salón de gala. Era la duquesa de Castillares, de la que tanto habían oído hablar en los

meses en que habían vivido evacuados en su palacete, y de la que habían oído contar tantas anécdotas de piedad como brutales reacciones de despotismo. La mujer entró como un viento huracanado en su casa seguida del portero-jardinero, ya uniformado, el chófer y un señor con aire clerical y aspecto de momia en el que Juanito creyó reconocer a don Jacinto, el bibliotecario, que un día desapareció y Pedro dijo que lo habían «paseado». Concentrada y severa, la duquesa paseó sus impertinentes por la veintena de personas, entre mujeres y niños, que se distribuían las habitaciones del palacete. Las únicas palabras que le oyeron pronunciar fueron «chusma» y «peste roja». Después de pasar revista a todos, excepto a Petra, que no consintió abrir la puerta de su habitación, ordenó que les encerraran a todos en la carbonera y pusieran el palacio en condiciones de ser habitado para cuando ella regresara. Lucía, muy respetuosamente, se dirigió a la duquesa para decirle que su cuñada acababa de dar a luz hacía un par de horas, y su suegra, la que se mantenía encerrada en la habitación, estaba un poco trastornada de la cabeza. Pero la soberbia dama la llamó insolente y gritó: «Todos a la carbonera, he dicho. Luego veremos lo que hacemos con esta horda de desalmados...» Y desapareció con la misma celeridad con que se había presentado.

La carbonera era un lugar siniestro donde las ratas corrían a su albedrío. Desde el primer invierno de la guerra estaba vacía y sólo quedaba la caldera de la calefacción y algunos colchones y trastos enmohecidos que bajaron los primeros evacuados en aquel invierno de horrores, cuando cada dos por tres sonaban las sirenas de alarma y los más miedosos buscaban refugio en la carbonera creyendo que sus paredes ennegrecidas y como aceradas podían protegerles de las bombas que reventaban las casas... Dos ventanucos enrejados a ras de tierra ventilaban el sótano y lo mantenían en penumbra. Algún día, incluso, reverberaban reflejos solares al atardecer. Por especial benevolencia de Pedro, la única persona que disfrutó de alguna comodidad en los cinco días que iban a permanecer allí, fue Adela, a la que cedió un catre y un jergón de su propiedad, ya que las propiedades de la «señora duquesa» eran sagradas. Los demás frieron encerrados con lo que llevaban puesto «y a comer de sus carnes para que aprendiesen a respetar lo ajeno». En los cinco días no recibieron más que agua y algunas latas «para que los cuerpos soltases lo que tenían de más». Petra recordaría toda su vida con horror aquella

primera noche en la que las ratas trataron de recuperar su espacio, enganchándose a la carne con furor homicida. La primera víctima fue la Rosenda, que después de pasar varias horas desgañitándose contra los verdugos que las tenían encerradas, cayó rendida hasta que la despertó el feroz mordisco. Como Adela era la más vulnerable, por su estado, en torno a ella y a los niños pequeños las mujeres formaron un círculo con objetos contundentes para rechazar los repetidos asaltos. Pero fueron los críos mayorcitos, con Juanito a la cabeza, los que mantuvieron a raya a las ratas con los hierros desmontados de la estufa y las palas del carbón.

Al segundo día se hizo sentir el hambre, un hambre feroz. Los pequeños lloraban a rabiar y los mayores gruñían y protestaban. Fue a Juanito, el mayor de los tres hijos de la Rosenda y el más celoso vigilante de las madrigueras de las ratas, al que se le ocurrió decir que los soldados se comían las ratas en el frente y que él no estaba dispuesto a morirse de hambre. Las mujeres le amenazaron con las cien pestes bubónicas de la leyenda, pero Juanito, que era testarudo y resuelto, probó en la oscuridad la carne del último animalucho que había partido en dos con el filo de una pala, y dijo que la carne era buena y sabía rica, y que si su padre había comido ratas en el frente y estaba más fuerte que Paulino Uzcidum, él no quería ser menos. Su madre le amenazó «con romperle la crisma como se enterase que comía semejantes guarrierías», pero él y otros dos chavales que le seguían en sus juegos y travesuras, se las arreglaron para dejar siempre alguna rata en la estufa de la calefacción y comérsela por la noche.

A partir del tercer día, la mayoría de las mujeres sentían fiebre y estaban tan decaídas que no tenían fuerza ni para lamentarse. Petra era la única que permanecía tiesa y vigilante, pendiente de sus nietos y de su hija, tan debilitada y febril que no tenía voluntad para nada. Su única obsesión era su marido. Cada dos por tres preguntaba: «¿Dónde está Antonio? ¿Por qué no viene mi Antonio...? Me dijo que estaría conmigo el día que diese a luz, y este crío me está comiendo las entrañas. Cada vez que se agarra al pecho siento calambres en todo el cuerpo.» Los cuatro mayorcitos, en cambio, apenas si daban guerra. Permanecían amodorados horas y horas, envueltos en trapajos,

y cuando se despertaban Lucía les daba chupetes de trapo empapados en agua.

El quinto día sólo permanecían vivaces y al acecho los tres mozalbete que se habían aficionado a la carne de rata. Juanito incluso se sentía eufórico y cuando confesó a Paquito y Rufino que ya era hombre, lo atribuyó a una lagartija viva que se había comido el día anterior y en la que sus amigos no habían querido participar. La confesión de Juanito y las virtudes que atribuía a las lagartijas, produjo en sus amigos gran confusión y desasosiego y no pararon hasta que el hijo de la Rosenda les hizo una demostración práctica detrás de la estufa y les dijo que aquello que salía de la picha era la «lefa» de los machos... Rufino y Paquito probaron a ver si eran machos, pero por mucho que se masturbaron no consiguieron que les saliera aquel líquido espeso que Juanito llamaba la «lefa de los machos», por lo cual se comprometieron a comerse, la primera lagartija que pareciese por los ventanucos.

Todos los demás habitantes de la carbonera permanecían amodorrados y engurruñidos. Incluso Petra se había rendido a la fiebre y deliraba llamando a sus hijos y ensartando letanías incoherentes... Y fue entonces cuando se abrió la puerta y entró la duquesa de Castillares, tocada con una mantilla y un enorme crucifijo de oro en su pecho alzado. El olor a podredumbre y a excrementos la hizo retroceder y llevarse la mano a la boca. En su delirio Petra clamaba a Dios, ofreciéndole su vida por la de sus hijos y nietos. La soberbia mujer, que había retrocedido con un gesto de instintiva repugnancia, se sobrepuso y penetró en la carbonera seguida de dos hombres jóvenes con uniforme militar, don Jacinto vestido de cura y Pedro con su aparatoso uniforme de portero—jardinero... «Esto es horrible, mamá», dijo uno de los militares, que lucía tres estrellas de capitán en la bocamanga. Y el otro, que vestía uniforme de oficial de Marina respondió: «Es lo que se merece esta gentuza.»

—Gentuza sois vosotros... —se encaró Juanito con el oficial de Marina.

Un bofetón del beatífico don Jacinto le hizo rodar por tierra. Los demás encerrados permanecieron mudos e impasibles. Incluso Paquito y Rufino retrocedieron... «Te tenía ganas, granuja... —decía don Jacinto—. Este bribón,

que es más rojazo que la pécora de su madre, era el que me robaba los libros y revistas para hacer fuego...» El joven capitán, a quien llamaban señorito Octavio, recriminó al capellán de su madre la violencia que había empleado con el niño y dijo a su madre que había que dejar en libertad inmediatamente a «aquella pobre gente».

—Lo que haya que hacer, lo haré yo, y bien sabe Dios que me duele contemplar tanta suciedad y miseria... —y dirigiéndose a Pedro, le ordenó—: Sácalos de aquí y llévalos al garaje, y que los den de comer hasta que se harten. No quiero que en mi casa se muera nadie de hambre...

En las horas que pasaron en el garaje recibieron comida y leche en abundancia. Pedro, el fiel y perruno portero—jardinero, cumplió con el mismo rigor las nuevas órdenes de hartarlos que anteriormente las de ponerlos en trance de morir de hambre o de servir de pasto a las ratas. Algunas veces entraba a llevarles alimentos calientes Engracia, su mujer, que también sufría porque sus dos hijos mozos estaban en un campo de concentración, y la señora le había dicho «que tenían que pagar sus culpas por no rebelarse contra los rojos». También entraban dos criadas que la señora duquesa había traído con ella de Sevilla, y contaban y no paraban de las fechorías de los señoritos que habían aupado al general Queipo de Llano. Una de ellas, llamada Macarena, y que era parlanchina y commiserativa, decía que «la señora duquesa era una santa, aunque a soberbia y mandamás no la ganaba ni el mismísimo caudillo», y se hacía lenguas de la gente que había salvado de los que buscaban rojos hasta en el gazpacho...

A la mañana siguiente, en que todos estaban más o menos repuestos, la duquesa en persona fue a visitarlos y después de pedirles que rezaran con ella un padrenuestro y una salve «por el alma de nuestro buen rey don Alfonso XIII y la pronta restauración de su hijo, el príncipe don Juan», distribuyó entre las mujeres algún dinero y les dijo que podían marcharse con sus ajuares. Juanito y Rufino dijeron después, que la duquesa tenía un bidón de duros y pesetas de plata enterrado en la carbonera y por eso les había sacado de allí para llevarlos al garaje.

El barrio del que huyeron en la noche del 6 al 7 de noviembre del 36, era una escombrera. Las casas que conservaban algún aspecto de vivienda eran menos que las que habían sido completamente arrasadas, pero entre los escombros ya vivían algunas familias que se afanaban en reconstruir las que habían sido sus viviendas o levantaban chamizos y chabolas. Algunas se acomodaron en los chiringuitos de las trincheras o en lo que habían sido fortines y nidos de ametralladoras en las trincheras próximas.

La llegada de la familia Revilla fue un acontecimiento y una sorpresa. La mayoría de las personas con las que hablaron pensaban que sus influyentes hijos se las habían llevado al extranjero.

—¿Se han marchado mis hijos al extranjero? —preguntó Petra con avidez a la mujer que hizo el comentario.

—Eso es lo que se dice... que todos los que tenían algún enchufe se han marchado en los barcos y aviones con sus buenas maletas de alhajas y cosas de valor, y a los demás los han dejado tirados como colillas en el puerto de Alicante, donde las están pasando más putas que nosotros...

Petra dijo que no tenía tiempo para perder en habladurías, y siguió su trabajo de descombrar y poner en condiciones la única habitación de la casa que conservaba sus paredes y parte de la techumbre, aunque estaba llena de agujeros. La mayor parte del trabajo lo hizo ella, pues Adela estaba tan alfeñicada y tiritona que no tenía fuerzas para nada, y Lucía estaba más pendiente de los niños y de su cuñada que del trabajo. Petra recibió una gran satisfacción al encontrar entre los escombros de la cocina, la mayor parte de los cacharros de hierro, aluminio y porcelana intactos. Pero todavía fue mayor su alegría al encontrar bajo un lienzo de pared el cuadro de la Virgen del Carmen sin más avería que la rotura del cristal. El cuadro había sufrido alguna corrosión por efecto de la humedad, pero las esperanzadas almas que sufrían en el Purgatorio parecían intactas a los ojos asombrados de Petra. En aquellos años se acordó mucho de aquel cuadro y cuando se enteró de la «muerte de perro» que dieron a su hijo Mariano cuando lo hicieron prisionero en el frente de Aragón, pensó que era un castigo de la Santísima Virgen por haberla dejado en poder de los moros la noche que abandonaron la casa. Aquel

descubrimiento, que mostró a Adela y Lucía como si fuera un milagro, la hizo sentirse reconfortada.

—Yo ya no creo en milagros, madre... —dijo Adela.

—¿Que no crees en milagros...? ¿Lo dices por el camándula de tu suegro?

—Lo digo por mi suegro, por Antonio... por todo —se echó a llorar.

—Yo tampoco creo en milagros, pero pienso que no debemos perder la esperanza —dijo Lucía—. Nos esperan días muy duros y tenemos que prepararnos para luchar con todos nuestros recursos.

—¿Que tú tampoco crees en milagros, hija mía? ¿Lo dices tú...?

—Sí, lo digo yo... Luis me dijo un día que si Dios existía no podía consentir tantas calamidades, y empiezo a creer que tenía razón.

—¿Te acuerdas mucho de mi hijo?

—No pienso en otra cosa, no puedo quitármelo de la imaginación. Lo siento agarrado a mi carne y a mi mente como algo inseparable.

—Pobres hijas mías... —se alejó Petra para seguir tapando agujeros y apartando escombros.

La primera noche que pasaron en las ruinas de su antigua casa, no fue mejor que la que pasaron en la carbonera del palacete de la duquesa. Primero empezó a lloviznar y las goteras las hicieron cambiar media docena de veces de sitio y llenar la habitación de vasijas para recoger el agua que goteaba. Luego se levantó un viento que silbaba por todas las rendijas, según Petra, «parecía el clamor de los prisioneros y condenados que leñaban las cárceles y los campos de concentración». También las ratas hicieron su aparición, pero el fuego que mantuvieron toda la noche encendido las ahuyentó. Petra y Lucía permanecieron en vela al acecho. Sin embargo, Adela y los cinco niños durmieron de un tirón en la yacija de colchones, mantas y trapos que habían preparado. Pero lo más sorprendente fue ver a Adela levantarse la primera y empezar a preparar la comida de los niños en el resollo del fuego. Su madre

y su cuñada la aconsejaron que se volviera a la cama, pero ella respondió que ya había holgazaneado bastante y tenía que empezar a arrimar el hombro...

Todo empezaba a ser igual que antes de la guerra, pero más sórdido y humillante. Todos los días llegaban nuevos vecinos que habían sido evacuados a los diversos puntos de la zona republicana. De las ruinas iban surgiendo chabolas que albergaban a familias deshechas, purrelas de mujeres, críos y algunos viejos. La mayoría de los hombres se hallaba en las cárceles, en los campos de concentración o en el extranjero. De vez en cuando llegaba alguno que había conseguido escapar de la enorme tenaza de la represión y sus relatos ponían los pelos de punta a las mujeres que los escuchaban. A Petra le faltaba tiempo para ir a informarse en cuanto se enteraba que había llegado algún conocido. Toda su esperanza consistía en que sus hijos hubieran conseguido salir de España, escapar de aquel horror de tortura y miseria que era la derrota... Así, un día se enteró que sus hijos habían sido vistos en el puerto de Alicante cercados por los italianos. Quien se lo dijo los conocía bien, porque había sido oficial de la brigada de Luis, pero horas después de hablar con Petra, el muchacho volvía a ser detenido por los falangistas de Agapito el legionario, y ya no se volvió a saber más de él.

Precisamente con Agapito y Dora, su arrimada, Petra había tenido sus más y sus menos a los dos o tres días de llegar al barrio, pues ambos se habían posesionado de las ruinas como dueños y señores, vivían en el chalé de Sonia, que era de los pocos que se mantenían en pie, y con trabajos obligatorios y requisas habían reconstruido la escuela, para convertirla en centro falangista, donde, al decir de Petra, «se daban y quitaban honras sin la menor justicia». Ellos eran los que decían los que eran «buenos» y los que eran «malos», según sus arbitrios y rencores, los que daban las tarjetas para la bazofia de Auxilio Social y los que informaban a la Guardia Civil y a la Policía. El Agapito se había rodeado de una pandilla de mozalbete, a los que había disfrazado con la camisa azul, y le seguían la corriente los pequeños comerciantes e industriales que habían regresado, y entre los que se encontraban el señor Galindo, que ya tenía la tienda y la taberna abiertas, y Atanasio, el dueño de la vaquería. Pero su lugarteniente era el Carapán que, con su cabezota macrocéfala y su

corpachón de cíclope deforme, estaba siempre dispuesto a caer sobre los que levantaran la voz a su mutilado amo.

El Agapito le dijo a Petra aquel día, que contra ella no tenía nada, porqueta consideraba la «mártir de una pandilla de cabrones, pero que si Luis y Javi caían en sus manos se los entregaría al Carapán para que les arrancase los huevos y les quitase la chulería revolucionaria...» Mientras el ex sargento de la Legión hablaba, el Carapán reía a lo bobo y asentía con la cabezota como un muñeco artificial. Y Dora le recordó, que nunca perdonaría al «chulo de Luis» que hubiera «embolicao» a su hermana Sara, convirtiéndola en rojaza y llevándola a la muerte con tanto darse pisto de macho...

Adela se enteró que Antonio estaba en el campo de concentración de Alcalá de Henares e inmediatamente se plantó a ver a su suegro, que estaba reconstruyendo la fábrica de muebles a marchas forzadas. Hasta entonces le había dado de vez en cuando algún dinero «para los niños», pero ocultándole que conocía el paradero de su hijo. El Sacamantecas o Don Antonio, como se hacía llamar ahora, se escurrió como otras tantas veces, eludiendo las preguntas directas de Adela, por lo que la muchacha dedujo que lo que no quería es que se pusiera en comunicación con su marido. Regresó a su casa llorando y sofocada, «con la moral por los suelos», como dijo Petra. Tras mucho acuciarla y espolearla, la madre y la cuñada consiguieron sonsacarle todo el veneno que el Sacamantecas había vertido en ella... «Me ha dicho que las bodas de guerra no valen, porque son bodorrios que la Iglesia no quiere santificar, y que me vaya haciendo a la idea de que estoy soltera, y que en su fábrica siempre tendré un puesto de trabajo para que pueda mantener a mis hijos, pero que en Antonio mejor es no pensar, porque él tiene otras ideas y no se va a desacreditar con una mujer como yo...»

—Razón tenía tu hermano Javi al decir que el Sacamantecas era un cerdo burgués —sentenció Petra.

—Lo que tienes que hacer es ir a ver a Antonio a Alcalá... —dijo Lucía—. Si la abuela se queda con los niños, yo te acompañó mañana...

Petra dijo que sí, pero aquella misma tarde se presentó la tía Moñeta con un mensaje de «la Madre» para Lucía. La Madre era la superiora de la comunidad

religiosa a la que había pertenecido Lucía. Su orden era terminante: debía presentarse sin excusa ni pretexto a las once del día siguiente en la casa conventual de Madrid, para arreglar su situación... Lucía cambió de color y se puso a temblar. Recordaba la última vez que habló con ella, después, de dar a luz a sus trillizos, que la llamó «criatura abominable» y «encarnadura de Satanás». No obstante, preguntó blandamente a la tía Moñeta:

—¿Cómo está la madre?

—¿Cómo quieras que esté...? Hecha un basilisco. No tiene amor a nada ni a nadie. Dice que todas las que habéis traicionado el amor de Jesucristo, Nuestro Señor, no tenéis derecho a vivir... Hace un rato, sin ir más lejos, cuando yo le repliqué que tú eras buena y que mi sobrino Luis, a pesar de ser rojo, era un muchacho cabal y con mucha hombría para cumplir sus deberes, me arreó un par de sopapos y me llamó solapada, bruja y correveidile.

«—Para mí que esa madre es muy poco madre... —murmuró Petra.

—Tiene mucho temperamento —la justificó Lucía.

—Lo que tiene es muy mala leche y mucho reconcomio —dijo la tía Mo—Aeta—. Lo mismo que su prima, doña Casilda... —se dirigió a Petra—. ¿Sabes lo que me dijo el otro día...? Que tus hijos no merecían el aire que respiraban. Y cuando le dije que estabas viviendo en una casa ruinosa que ponía los pelos de punta y que para comer teníais que ir a recoger yerba para venderla en las vaquerías, me respondió que era lo que te merecías por haber echado al mundo una camada de lobos, y que estaba esperando que fueras a pedir árnica para decirte que te la dieran los rojos. Y cuando yo la recordé que si había comido muchos días era por ti, ella me soltó que tú habías comido toda tu vida de su caridad.

—Su caridad es la mierda que la he quitado y el sudor que he chorreado sirviéndola, pero que no espere que vaya a arrastrarme ante ella.

—Pues yo sí he pedido por mis sobrinos y seguiré pidiendo... —los vivaces ojillos de la tía Moñeta se llenaron de lágrimas—. No quiero que los maten, como están matando a tantas criaturas que no hicieron otro mal que pedir justicia... Ese mismo día le recordé al señorito José Mari lo que Luis había

hecho por él, y el señorito me dijo que lo tenía en cuenta y haría lo que pudiera. Y en cuantito me enteré que la señorita Cristina estaba en Madrid, me planté en su palacio de la calle Serrano. Al principio no quería recibirme, pero cuando dije al criado que era la tía de Cariños Revilla, me hizo entrar a un gabinete y me comió a preguntas... Esa sí que es una dama cristiana, aunque doña Casilda diga que tiene más de cortesana que

de dama y más de pécora que de aristócrata, y me dijo que a Carlitos no le pasará nada, porque ella no quiere...

Lucía se arregló con lo mejor que tenía para ir a ver a la madre superiora y por consejo de Adela hasta se perfumó un poco para quitarse el olor a humera... Nunca se había sentido tan asustada en aquellos dos meses y pico en que había tenido que hacer tantas cosas para sobrevivir, desde cortar y acarrear sacas de yerba a la vaquería hasta cargar y descargar ladrillos. Temía la mirada inquisidora de la madre Asunción y su piedad dura y afilada. Sin embargo, también confiaba en ella. Conocía su poder y su fuerza para conseguir lo que se proponía. Si ella quería podía salvar a Luis... Cuando lo comentó con la tía Moñeta mientras esperaba ser recibida, la vieja le dijo que la Madre pensaba que a los rojos sólo podía salvarlos Dios. Después, cuando se encontró frente a la Madre, casi imposibilitada, pero con la cabeza alta y la mirada fría y condenatoria, se quedó sin palabras. Escuchó sus reconvenciones con la cabeza gacha y las manos cruzadas sobre el regazo. La madre Asunción quería perdonarla por haber sido «vejada y humillada en su santidad por un monstruo», pero cuando Lucía respondió que su marido no era ningún monstruo y nunca se había sentido vejada ni humillada por el padre de sus hijos, que era todo su amor en la vida, la Madre se levantó colérica y descargó sobre ella el bastón con el que se ayudaba en su artritismo, y ordenó que se la quitasen de la vista «antes de que la ira de Dios cegase su compasión». De esta manera se vio Lucía arrojada a la calle dolorida y maltrecha. Ninguna de las hermanas, sus antiguas compañeras, que la empujaron hasta la puerta de la

calle, pronunció una sola palabra afectuosa. Ni siquiera la tía Moñeta se hizo presente en aquel momento.

Pasaron los meses. El barrio empezaba a surgir de los escombros. Agapito el legionario era el mandamás indiscutible y su acólito, el Carapán, el ejecutor de sus sentencias. Muchas mujeres se tapaban con un pañuelo las cabezas rapadas por el Carapán, que manejaba la máquina con gran destreza. Los mozalbete le temían por las palizas que pegaba y las abundantes raciones de aceite de ricino que obligaba a tomar a los que se rebelaban contra las arbitrarias inquisiciones del Agapito. Pero un día Juanito se le quedó en las manos y se armó un gran alboroto. Las mujeres se amotinaron y aunque el Agapito las amenazó con su pistola, de no llamar a la Guardia Civil, el ex sargento legionario, el Carapán y la media docena de pancistas que colaboraban en sus desafueros contra los rojos, lo hubieran pasado mal. Juanito era muy estimado, porque se había negado a ponerse la camisa azul con las flechas y acaudillaba una pandilla de chavales que estaban siempre dispuestos a ayudar a los más necesitados del barrio. Petra le idolatraba, porque veía en él la reencarnación de su hijo Luis en lo indómito y rebelde.

Un sargento de la Guardia Civil tomó informes de todo lo que se decía del Carapán y del Agapito. Parece que alguien le habló de lo que pasó en aquella larga noche de noviembre del 36, de la brutal muerte de la señora Sinfo, la madrastra del Carapán, y de su repentina desaparición. El sargento se interesó por el asunto y se llevó al Carapán al cuartelillo. De las averiguaciones sólo se supo que el Carapán fue encarcelado y el Agapito destituido de jefe del barrio. Luego la Dora dijo, que aquella noche ella y su marido se escondieron en una cueva en espera de que llegaran «los nacionales» y por la mañana se encontraron con el Carapán «hecho unos zorros y con el culo como una regadera, porque los moros se habían puesto las botas con el infeliz...»

El mismo día que Antonio salió del campo de concentración, gracias a los buenos oficios de su padre, Petra recibió la visita de una mujer, que había ido a ver a su marido al campo de concentración de Albatera, y le llevaba una nota escrita por Javi en la que decía que Luis y Carlitos se encontraban en Madrid y él esperaba salir conducido de un momento a otro... Petra creyó morirse del susto y Lucía empezó a sudar como si la hubieran metido en un horno. Las dos

se habían hecho la ilusión de que habían conseguido salir, por la falta de noticias, y ahora... Inmediatamente Petra y Lucía se lanzaron a la calle y recorrieron más de un centenar de prisiones, comisarías y «checas» falangistas sin obtener la menor información. Pasarían tres días antes de conseguir averiguar dónde se encontraban. Fue la tía Moñeta quien se enteró que Luis y Carlitos se hallaban en la checa de la calle de Fomento, el mismo lugar donde Carlitos había actuado de agente de investigación pública. De Javi todavía no se sabía nada, pero una semana después se enteraron que acababa de llegar. Sin embargo, no pudieron ver a ninguno. Lo más que pudieron conseguir es que las permitieran llevarles algo de comida.

Adela, en cambio, parecía dichosa. La presencia de Antonio le hacía olvidarse con frecuencia de las angustias de su madre y su cuñada. Había esperado el momento de reunirse con su marido con gran incertidumbre. Además, todavía no estaba segura de que Antonio no se dejase dominar por la voluntad ambiciosa de su padre y, al principio, así pareció que iba a ser. La tuberculosis que padecía, le acobardaba. Por otra parte, quería aprovechar los dos años de ingeniería que había estudiado para hacerse perito, y eso sólo lo podía conseguir con la ayuda del padre... Así pasaron más de quince días. Petra rezongaba que el casado casa quiere, y que prefería a su hija soltera o viuda a entretenida de un moco imberbe que no tenía agallas para defender a los suyos con uñas y dientes. Incluso amenazó a Adela con no dejar a Antonio entrar en la casa si persistía en creer que podía salvar sus responsabilidades de padre llevando algo de comida a sus hijos y entregando a su mujer un poco de dinero... como si fuera una cualquiera.

Mientras tanto, los chicos fueron trasladados a la prisión de Porlier y, pasado algún tiempo, uno de los días que Petra fue a llevarles comida pudo verles en la penumbra del locutorio y hablar con ellos a gritos, sin conseguir enterarse de nada en concreto. Carlitos, que era el más alto de los tres, se apoyaba en los hombros de sus hermanos como si fuera un inválido; Luis llevaba un ojo tapado, y en la cara afilada de Javi se podía ver cada hueso y los ojos se le hundían en las cuencas tristes y apagados... Fue un cuadro de horror que Petra pudo soportar a duras penas. Los tres decían que estaban muy bien y que se sentían muy contentos de haber salido del infierno policiaco. A duras penas

pudo enterarse que a Carlitos le habían roto la columna vertebral y a Luis le habían saltado un ojo. Y todo sin una queja, sin un lamento...

De vuelta a casa, Adela y Lucía no pudieron sacarle ni una palabra. Luego se encerró en la que había sido habitación de sus hijos y que ahora ocupaba Adela desde la salida de Antonio, y pasó varias horas llorando sin atender a los requerimientos de su hija y nuera. Cuando apareció a la caída del sol, tenía los ojos muy enrojecidos, pero parecía más tranquila.

—¿Qué le pasa, madre? —se encaró Adela con ella.

—A mí no me pasa nada.

—Pues cualquiera diría que la han apaleado.

—Más me han hecho... me han retorcido las entrañas machacando a mis hijos.

—¿Los ha visto?

—Los he visto rotos, y no me preguntes más, porque no quiero que piensen que soy más débil que ellos...

Luego descolgó el cuadro de la Virgen del Carmen, recogió todas las estampas y medallas que tenía por todos los rincones de la casa y las arrojó a las aguas putrefactas del pozo del corral.

Poco después llegaba Antonio con una bolsa de comida, como todos los días. Adela había ido a por agua a la fuente y Lucía se hallaba en la tienda del señor Galindo ayudándole a preparar las cartillas de racionamiento. Petra se hallaba en el jardín con el hijo menor de Adela en los brazos y pendiente de los cuatro restantes que jugaban con la tierra y las piedras. Antoñito, al olfatear a su padre, salió corriendo y regresó en los brazos de él. Los pequeños de Lucía, le rodearon y se le agarraron a los pantalones, reclamando las chucherías que algunas veces les llevaba. Después de repartirles algunos caramelos y preguntar por Adela, se acercó a Petra y cogió a su hijo pequeño.

—¿Qué piensas hacer con tu mujer y tus hijos? —preguntó Petra con cierta brusquedad.

El muchacho, bien vestido y muy atildado, miró el rostro atezado y envejecido de su suegra, y parpadeó desconcertado.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Porque va para tres meses que saliste del campo de concentración y sigues zangalotineando como si no tuvieras más obligación que lucir el tipo.

—Usted sabe que eso no es verdad, señora Petra... —tartajeó el muchacho—. Yo ayudo a mi padre en la oficina y me estoy preparando para seguir los estudios.

—Y, mientras tanto, tu mujer y tus hijos pasando hambre y viviendo en una pocilga... ¿Te parece bonito?

—Es que mi padre...

—Tu padre no cuenta en este entierro... Eres tú quien tiene que decidir: o te quedas con tu padre o te haces cargo de tu mujer y de tus hijos, pero eso de que tú vivas como un rey y tu mujer y tus hijos vivan como perros no, de ninguna manera... No quiero que digan que mi hija es la querida del hijo del Sacamantecas.

—¿Quién dice eso? —palideció el muchacho.

—Todos los amigotes fascistas de tu padre, los mismos que dicen que los Revilla somos una familia de asesinos y ladrones y han declarado para que torturen y maten a mis hijos.

Los ojos de Antonio se desorbitaron y en las comisuras de los labios le nació un temblor.

—¿Es verdad lo que dice?

—Tan verdad como que a mi Carlitos le han roto la columna vertebral, a mi Luis le han saltado un ojo y a mi Javi no podía reconocerlo hoy.

—Me cago en... mi padre... —casi gritó—. Eso sí que no lo aguanto... —se le saltaron las lágrimas y escondió la cara entre los pañales de su hijo, que

empezó a llorar—. Mi padre me prometió que haría todo lo posible por salvarlos, si yo hacía lo que él quisiera. Adela lo sabe...

Petra le abrazó conmovida... «Perdona, hijo mío. Yo creí que tú...» Adela apareció con un cubo en la mano y un cántaro en la cadera. Al ver a Antonio soltó los cacharros y se abrazó a él.

—¿Por qué lloras? —miró a su madre y se adentró en las pupilas de su marido.

—No es nada... Tu madre me estaba hablando de la situación de tus hermanos.

—Pues a mí todavía no me ha dicho ni pío. ¿Es que ha pasado algo?

—Bah, lo de siempre... —se evadió Antonio—. Ya hablaremos... Vamos adentro...

Después de marcharse Antonio aquella noche, Adela comentó con su madre y su cuñada, que Antonio había decidido olvidarse de los estudios y ponerse a trabajar con un hermano de su madre que había hecho mucho dinero comprando y vendiendo chatarra en la zona nacional, y quería llevárselo como encargado del almacén que había puesto en Madrid.

—Pero a lo mejor Antonio no sirve para un trabajo así —insinuó Lucía.

—Yo también se lo he dicho, pero él me ha respondido que para lo único que no sirve es para vivir separado de mí y de sus hijos...

«Nuestras horas o nuestros días están contados. Hoy hace justamente una semana que fuimos a Consejo de Guerra y a primeras horas de esta tarde nos comunicaron la sentencia en firme. El primero en la lista de los dieciocho “rematados”, como dicen aquí, fue Carlitos, al que tuvimos que acompañar Luis y yo, porque desde que salió de la “gestapo” de Fomento se halla medio paralítico y no puede valerse por sí mismo. Carlitos aceptó la confirmación y firmó el enterado sin inmutarse. Luis fue el octavo.

Cuando le vi salir del despacho de diligencias con su único ojo bailoteándole jovial y su sonrisa tranquila, pensé en lo mejor, en la conmutación de la pena de muerte por los “dichosos” treinta años de condena. Pero me equivoqué...

“Me parece que el único que se va a salvar vas a ser tú”, me dijo Luis tratando de quitar importancia a lo suyo. A mí me llamaron el último, cuando ya había trece condenados a la última pena y cuatro a la reclusión perpetua. Me sentía tenso y nervioso. Mentiría si dijera que no me había hecho ilusiones. Luis debió percibir mi debilidad, pues me echó el brazo por encima del hombro y me estrujó afectuosamente... “No les des la satisfacción de que te vean derrotado, intelectual. Ya sabes mi consigna: no te des por vencido ni aun vencido...” Y no se la di. Sonréí cuando firmé el enterado y sonreía cuando me encontré de nuevo entre mis compañeros, y Carlitos me preguntó: “¿A ti también...?” ¿Por qué me iban a perdonar a mí? ¿Acaso no soy yo un revolucionario como los demás...? Lo que condenan no son las manos manchadas de sangre, como piensan algunos imbéciles, sino la conciencia revolucionaria.

Aquí todo el mundo anda sacando punta a lo de las “manos manchadas de sangre”. A algunos compañeros se les ha despertado un ansia de pureza que da asco. No comprenden que en una guerra civil, todos somos culpables o todos somos inocentes. Moralmente nadie puede eludir la responsabilidad de la violencia desatada en el conflicto, y mucho menos el gran carnícola que se inventó la frase, siendo él el principal culpable de lo ocurrido por mucho que anestesie su conciencia de lacayo de la plutocracia y se ciña la cabeza con laureles de victoria. Yo, por lo menos, no quiero engañarme en este sentido. Me siento absolutamente solidario de todos los revolucionarios que cumplieron con su deber y asumo mi parte de culpa en la experiencia revolucionaria. Creo que nuestra mayor justificación no es tanto el habernos visto obligados a defendemos y defender la legalidad republicana contra el levantamiento de los señores de la tierra y de las finanzas, como el haber intentado cambiar los forros de nuestro país y crear relaciones más humanas y justas en nuestra sociedad. Lo demás es perderse en bizantinismos. En un mundo en el que existen el juez y el verdugo, y ambos se complementan en la función represiva, resulta hipócrita dignificar al juez y condenar al verdugo.

Por fin, los tres hermanos hemos vuelto a reunimos en la galería de condenados a muerte, donde más de un centenar de hombres vivimos bajo la obsesión del último amanecer. Aunque los tres hemos seguido una peripecia

similar, sólo hemos coincidido juntos en la “gestapo” de la calle de Fomento, y no por mucho tiempo. Ni siquiera en Alicante, adonde arribamos por diferentes caminos, en los últimos días de marzo, pudimos ver— nos. A Luis le vi en Madrid, dos días después de haberle saltado un ojo durante los interrogatorios. Con Carlitos estuve una semana en Albatera, quizá su semana más dichosa, pues había ido a verle Cristina y estaba radiante y optimista. Según me contó, Cristina se había separado de su marido y estaba “chaladita” por sus huesos... La ilusión no pudo ser más efímera, pues a los pocos días fue aislado y conducido a Madrid. Los bulistas, esos fantasmas que se han apoderado de nosotros y nos traen y nos llevan de cuento en cuento y de chisme en chisme, propalaron “que se lo había llevado la mamona quintacolumnista que unos días antes le había llevado un vagón de comida y le había dejado mil pesetas en peculio...” Ojalá y hubiera sido cierto. Confieso que durante algún tiempo me sentí incapaz de defender a mi hermano de los que solapadamente trataban de hacerle aparecer como traidor. Solamente cuando un mes después le vi en Fomento con la columna vertebral rota, orinando sangre y con los testículos como globos, me reproché haber dudado de su entereza. Qué paradoja. Hablar de entereza cuando lo tenía ante mi vista literalmente roto... Sí, a Carlitos lo han destrozado concienzudamente. Si no ha muerto ya es porque, como decía mi madre, “tiene carne de perro”. Es tan duro y su ansia vital es tan fuerte que aun ahora que se encuentra medio paralítico, con un riñón machacado a patadas, castrado y condenado a muerte, nadie le ha oído quejarse ni lamentarse. A mí no hace más que preguntarme que por qué no se le levanta el miembro. Como su mayor preocupación es el sexo, creo que si supiera que está castrado y que no volverá más a ser hombre, terminaría por suicidarse. Y todo porque su ilusión y su esperanza sigue siendo Cristina, de quien no ha vuelto a tener ninguna noticia a pesar de haberle enviado misivas y esquelas por diversos conductos.

La “galería de los hombres sin esperanza” es muy tranquila. Cada cual vive pensando en su último amanecer, aunque raramente se hable de ello. Sólo los que piensan que el caudillo alguna vez perdonó y se preguntan cómo y cuándo el alma congelada de ese hombre forjado en los refinamientos bélicos de la destrucción se abre al perdón, viven inquietos y desasosegados. Son los que traen y llevan bulos, los que todavía siguen hablando de la guerra que pudo

hacemos libres y de la que hemos salido esclavos por dejar sueltas a las furias sectarias. Los que sueñan con el perdón, no importa a qué precio, son los únicos perturbadores de este fraternal remanso en el que volvemos a vemos como hermanos y camaradas de la gran epopeya de nuestro pueblo. Comunistas, socialistas, anarquistas, republicanos, masones... ¿Qué importa lo que cada cual haya sido o siga siendo? Como dice mi hermano Luis: "ya sólo somos semilla de la España proletaria y revolucionaria, escombros para cimentar la sociedad del futuro..." Cualesquiera que sean nuestras culpas en el fracaso de esta gran tentativa revolucionaria, y son muchas, las futuras generaciones socialistas tendrán forzosamente que buscar su identidad en nuestro sacrificio.

Hoy ha venido a vemos Antonio. Es la primera vez que viene el marido de Adela. La visita nos ha sorprendido a los tres, y especialmente a mí, que siempre le tuve por pancista y acomodaticio. Sin embargo, parece que la guerra y los meses pasados en el campo de concentración le han marcado para siempre. Adela dice que se ha vuelto más rojo que un tomate y Luda hizo que el otro día se le saltaran las lágrimas a Luis al contarle las atenciones que Antonio tiene para con ella y los trillizos... El marido de Adela no acierta a hablar. Está tan conmovido que respira con dificultad. El locutorio es una jaula de grillos. Nadie se entiende. La gritería confunde las palabras y entremezcla las conversaciones. Yo estoy más pendiente de sujetar a Carlitos que de las palabras que se cruzan entre Antonio y Luis, pero de pronto oigo: "tu madre se ha vuelto loca y la han encerrado..." La frase se me enrosca como una culebra a la garganta y por un momento me olvido de Carlitos para pegarme a la alambrada... ¿Qué pasa, qué le pasa a madre...?, grito. Luis me grita a su vez que levante a Carlitos, que se ha caído. Y en esto suenan las palmas del oficial del locutorio, dando por terminada la comunicación. Antonio también grita que no nos preocupemos, que lo de madre no tiene importancia y él espera arreglarlo pronto...

Como Carlitos sigue sin enterarse del asunto, Luis y yo nos miramos sin cruzar palabra hasta volver a la galería y dejarle en el petate. El ojo de Luis es un ascua viva. Maldice y blasfema, mientras me cuenta lo que le ha dicho Antonio. Parece que al enterarse madre que habíamos sido condenados a

muerte, se presentó en Auditoría y armó una formidable zapatista, llamando a los que allí se encontraban asesinos, criminales y verdugos del pueblo. La consecuencia fue que la encerraran en un calabozo, a golpes de culatazo, y allí empezó a desvariar...

—¿Por qué no escribes a Talavera? —me dice Luis de repente.

—¿Y qué le voy a decir a Talavera...? —observo el gesto hurao de mi hermano con cierta perplejidad—. Si es un traidor como dicen, un agente del enemigo infiltrado entre nosotros, lo más probable es que se limpie el culo con la carta.

—A ti y a Carlitos os apreciaba mucho y quizá pueda hacer algo por madre y por vosotros. Dicen que tiene mucha mano en Auditoría...

La conversación queda en el aire como otras tantas. La fluctuación forma parte de nuestra ansia de salvamos. Todos los días nos levantamos con intención de hacer algo, pero en el transcurso de las horas la intención se diluye y al llegar la tarde la obsesión del amanecer se impone avasalladora... “¿Habrá saca? ¿Quiénes serán los elegidos...?”

Presionado por Luis, me pongo a escribir. La pluma fluye torpe. Me cuesta trabajo encontrar las palabras. Yo no creo que Talavera sea un “agente infiltrado”, como dicen algunos, sino más bien un aprovechado, un vivalavirgen, pero me repugna tratarle como amigo. Sin embargo, comienzo la carta recordándole nuestra amistad, para hablarle inmediatamente de lo ocurrido a mi madre y pedirle que interceda por ella. Luego le relato por lo menudo la situación de Carlitos y las promesas que le ha hecho Cristina de salvarle, rogándole que haga lo posible por localizarla y recordarle el peligro que corre mi hermano. Pero antes de terminar la carta, se me acerca un compañero y me susurra que en la lista que acaba de llegar figura Carlitos... La pluma se me cae de la mano y al moverme vuelco el tintero. Carlitos abre los ojos y me mira amodorrado.

—¿Qué pasa?

—Nada... que se me ha vertido el tintero.

—Vaya manazas... —refunfuña—. Jo, pues me has quitado el sueño más bonito de mi vida... Tenía a Cristina conmigo... la tenía clavada y me mordía en el cuello como una gata salvaje... —se hurga afanosamente el sexo y se estira gozoso—. ¿Sabes que ya empieza a funcionar el troncho...? Se me pone algo duro y los huevos no me duelen tanto.

—¿De veras?

—Te lo juro... Dentro de poco estaré como un caballo...

Luis, que estaba jugando una partida de ajedrez con su «eterno rival», un jefe de división comunista, se levanta y me hace una seña para que le siga.

—¿Te has enterado? —me agarra del brazo.

—Sí.

—¿Y Carlitos?

—No... Estaba dormido y se ha despertado para contarme que se estaba tirando a Cristina y sentía que el miembro le empezaba a funcionar.

—¿Es verdad? —arquea Luis las espesas cejas.

—Algo debe ser verdad. ¿No te fijaste ayer cuando lo llevamos a la ducha?

—Bueno, el caso es que me han asegurado que figura el primero en la lista que acaba de llegar... —siento en mi brazo los dedos engarabitados de mi hermano—. Creo que es una lista muy larga. El socialista que la ha visto dice que sólo se ha podido quedar con algunos nombres, pero que son más de cuarenta. Por lo visto quieren conmemorar el aniversario de la defensa de Madrid...

En la galería se han formado numerosos grupos. Los parchíses, los ajedreces y los dominós han sido abandonados. La inquietud es general. Todo el mundo habla de lo mismo: del 7 de noviembre, de la defensa de Madrid y de la venganza de los “caballeros cristianos” que no perdonan su enorme fracaso de haber chocado con el heroísmo del pueblo. Los que ya saben que se encuentran en la lista, se muestran dignos y fuertes, rechazando todo consuelo. A medida que van pasando los minutos, que ya forman parte de la

agonía de los elegidos, se van conociendo nuevos nombres... “Estamos todos los que machacamos a la quinta columna”, grita un comunista, que se entera de lo que le espera al amanecer. “Y los que dimos en noviembre la cara contra las hordas moras”, responde Luis.

—¿Tú también? —siento que el corazón me golpea vertiginosamente.

—Sí, yo también estoy en la lista —susurra.

—Me gustaría salir con vosotros...

—No digas tonterías. Yo tengo el presentimiento de que tú te vas a salvar. ¿Escribiste a Talavera?

—En la carpeta tengo la carta empezada y no sé si la terminaré.

—Tienes que mandarla. Creo que tiene mucha mano... Tienes que hacerlo por ti, por madre, por los niños. Yo voy a escribir unas letras a Lucía. Quiero decirle lo que nunca le he dicho... que la amo más que a mi vida.

—¿Nunca se lo has dicho?

—Nunca... Es más, cuando me dijo que estaba embarazada hasta la cogí rabia, porque no quiso abortar. Se emperró en que quería tener un hijo mío... ¿Para qué, para aumentar los esclavos?, le dije... Creo que fui muy duro con ella, pero ahora siento que no podrán matarme del todo y que en mis hijos se prolongue la rebeldía de los Revilla...

—¿De qué habláis tan en secreto? —abrió Carlitos los ojos.

—De ti. Me estaba diciendo Javi que te has estado tirando a Cristina.

—Jo, lo he pasado de miedo... ¿Por qué no viene la muy cabrona?

—A lo mejor no puede —dijo Javi.

—Tú no la conoces bien. Cristina lo puede todo... —volvió a cerrar los ojos.

—¿No crees que deberíamos decirle lo que hay?

—Me da miedo que se desmorone completamente. Carlitos no está preparado para la muerte. Es tan inconsciente que todavía no ha comprendido su

verdadera situación. Ya le has oído, cree que Cristina lo puede todo... —se quedó un momento pensativo, y luego me preguntó bruscamente: —Y tú, ¿estás preparado para morir?

—Por lo menos, no tengo miedo —le miré fijamente sin poder evitar un repeluzno de hielo en la espina dorsal.

—A mí sí me horroriza la muerte, no puedo evitarlo, pero me horroriza más por Carlitos y por ti... Nunca creí que a ti te fusilaran, de verdad... —me echó el brazo por el hombro y acercó su cara a la mía.

—¿Por qué no me has dicho de una vez que yo también estaba en la lista...?

—Porque me acabo de enterar ahora mismo. Mira hacia allí... —me señaló la puerta, donde el ordenanza que acompañaba a un funcionario señalaba hacia mí y hacía gestos de asentimiento con la cabeza.

—Bueno, si tengo que morir, prefiero morir con vosotros... Después de todo siempre hemos vivido unidos... Me acuerdo del pobre Nano y de Estrella. ¿Qué habrá sido de ella...? En Valencia me dijeron que había huido en una barca de pesca con un grupo de camaradas. Me gustaría saber dónde se encuentra, estar seguro de que ha llegado a alguna parte...

Y madre, ¿qué va ser de nuestra pobre madre...?

—Madre es muy fuerte, mucho más que nosotros, y tiene a los nietos.

Adela y Lucía no la abandonarán. Además, parece que Antonio marcha muy bien con la chatarrería...

Durante varias horas seguimos desenterrando recuerdos, evocando los grandes fallos de la guerra y discutiendo sobre la revolución. Puede parecer una evasión, pero no lo es. Ambos estamos convencidos de que el mundo tiene que cambiar, que esta oleada de totalitarismo fascista no puede ser duradera, porque va a contracorriente de la Historia. Luis dice que el capitalismo está tocado de muerte y que del conflicto en ciernes surgirá el estallido libertario. Yo no lo veo tan claro. Pienso que la burguesía democrática o totalitaria cuenta todavía con muchas bazas, pero estoy convencido de que la Historia camina a favor del socialismo y de la libertad, por lo cual algún día

las fuerzas productivas y creadoras se impondrán a los manipuladores de conciencias y a los acumuladores de intereses.»

Estas fueron las últimas palabras que Javier Revilla escribió en la cárcel pocas horas antes de salir con sus hermanos Luis y Carlos al campo de fusilamiento, pero entre los papeles que dejó figuraban algunos manuscritos que me han permitido escribir esta semblanza de la familia Revilla, una de tantas familias españolas sacudida y destrozada por la contrarrevolución triunfante. Por lo demás, todos los que vieron salir a los hermanos Revilla en aquel triste amanecer que les recordaba su heroísmo en los días aciagos de noviembre del 36, dicen que formaban un cuadro singular con el gigantón Carlitos apoyándose en los hombros del corpulento Luis y del frágil Javier, y los tres animándose mutuamente como si fueran a ganar una batalla más al enemigo.

Al conocerse la noticia de que los militares se habían pronunciado en Melilla, la redacción de «La Mañana» se dividió en dos bandos. El primer choque se produjo entre Benítez, el crítico literario, que fue quien llevó la noticia escuchada de labios de Prieto, y Golito, el redactor deportivo. Benítez calificó a los sublevados con una palabrota y Golito le arreó dos sonoras bofetadas y le dijo que los únicos tales eran los frentepopulistas que estaban llevando a España a la ruina. Javi, que se ocultaba para escribir en uno de los rincones de la gran sala de redacción, al oír las bofetadas y ver tambalearse a Benítez, quizás por efecto del alcohol que llevaba dentro que por la violencia de las bofetadas, se sumó a los que calificaron la hazaña del redactor deportivo de abuso de la fuerza.

—Debería darte vergüenza —le reprochó Zacarías, el dibujante, que era una de las figuras más ponderadas y prestigiosas del periódico.

—Más vergüenza debiera darle a él insultar a los verdaderos patriotas.

—¿Llamas patriotas a los que se han sublevado? —le increpó Javi.

—Contigo no quiero cruzar la palabra, porque eres chusma y nada más que chusma.

—Y tú un cerdo engreído.

—Mira, no me infles los huevos, porque...

La entrada de Avelino Rico cortó la discusión. Alguien le había puesto al tanto de lo que sucedía y llegó con su mejor aire conciliador. Consideró deplorable lo sucedido y, sin dar la razón a ninguno de los contendientes, manifestó que cualquier acto de violencia lo consideraba como una ofensa personal. Luego recordó, que si había accedido a hacerse cargo de la dirección del periódico lo hizo más teniendo en cuenta el deseo de los redactores y personal técnico y administrativo del mismo que el nombramiento de los Portillo. «Os dije anteayer y os repito hoy que mi único objetivo es hacer de “La Mañana” un gran diario informativo en el que se reflejen todas las corrientes políticas, sociales y culturales del país sin caer en la servidumbre del partidismo. Mi lema es servir a la justicia y a la verdad sin traicionar el juego democrático...»

—La democracia ha fracasado y ya nadie cree en ella —gruñó Golito.

—Yo sigo pensando que dentro de lo malo es lo mejor y, pase lo que pase, seguiré defendiéndola.

—¿Crees que será por mucho tiempo? —sonrió irónico Don Poli, el cronista taurino.

—Supongo que ya sabes lo de Marruecos... —hizo un gesto ambiguo Carrasco.

—Hace un momento hablé personalmente con Casares Quiroga, que por cierto me ha felicitado por el número de ayer de “La Mañana”, y me ha dicho que el Gobierno tiene en sus manos todos los hilos de la sublevación y cuenta con los medios para hacerla fracasar.

Una risotada por parte de Golito, coreada por dos o tres redactores más, encrespó de nuevo los ánimos. Benítez gruñó que eran una partida de fascista y vendidos. Javi gritó a las insolencias de Golito y su coro de acompañantes, que si los militares se lanzaban a la calle los trabajadores les darían la respuesta adecuada... Pálido y nervioso, Avelino Rico tuvo que gritar y dar puñetazos sobre la mesa para dominar el cotarro. Luego ordenó que cada uno regresara a su puesto y amenazó con expulsar de la redacción y despedir a los que no fueran capaces de dialogar civilizadamente.

Abajo, en talleres, la noticia también tuvo repercusiones, aunque más circunscritas. Un linotipista había abierto la cabeza a un corrector con un lingote de plomo por mostrar éste simpatía por los sublevados, y otros dos te habían peleado a puñetazo limpio sin más trascendencia.

Javi terminó su trabajo, una extensa crónica sobre la huelga de la construcción y los conflictos sociales del día, y se la llevó a don Ricardo. El redactor jefe leyó las noticias sobre los choques entre huelguistas y esquiroles con cierto regocijo, hizo algunos comentarios sarcásticos con respecto a los asaltos de tiendas de comestibles por parte de los huelguistas, y al llegar al comentario crítico en que Javi resumía la actitud desesperada de los huelguistas, dijo que aquello no podía publicarse.

—Esto es lo que se dice echar leña al fuego... —miró a Javi por encima de los quevedos y movió la cabeza con gesto apesadumbrado.

—El director me ha dicho que escriba un informe veraz sobre la situación social, y eso es lo que hay. Por otra parte, la hoguera está encendida y cada cual lleva su haz de leña. Ya ve ahora los militares...

—Los militares saben lo que se hacen.

—Y los trabajadores también. ¿O cree usted que los trabajadores vivimos en la inopia...?

Don Ricardo sonrió melifluo y dijo que se lo pasaría al director para que él decidiera. «Yo me lavo las manos. No creas que para mí es plato de gusto coartar la libertad de nadie, pero las cosas se están poniendo muy mal...» Luego le hizo observar el riesgo personal que corría publicando aquel artículo en el momento que en los cuarteles sonaban voces de mando... «Es un gesto romántico inútil en el que te juegas la vida. ¿Qué pueden hacer los trabajadores ni nadie frente al Ejército? Mañana o pasado mañana andaremos todos bailando al son que ellos toquen, porque después de Melilla y Tetuán, se pronunciarán en Madrid, Barcelona... Las horas del Gobierno del Frente Popular están contadas, no lo dudes. Me consta que en el alzamiento se hallan comprometidos algunos de los generales republicanos más prestigiosos.»

—Por eso yo recuerdo en el artículo que mientras la contrarrevolución se pone en marcha, los trabajadores confederales tienen sus centros clausurados y sus militantes más destacados en la cárcel, cuando lo correcto sería armar a los trabajadores y responder a la sublevación con la huelga general revolucionaria.

—Sí, sí, eso es lo que dices y eso es lo que a mí me parece una barbaridad, porque es la guerra civil. ¿Te das cuenta de lo que pides...?

—Completamente. No se trata de jugar a la política, sino de hacer la revolución, cambiar los forros de la vieja España.

—Estás loco, no me cabe duda que has perdido el juicio... —se levantó don Ricardo—. Yo que te creía un muchacho tan ponderado e inteligente...

—Vamos, un arribista de los que se conforman con su plato de lentejas, ¿no?

—Si por mí fuera, como primera providencia, mandaba encerrar a todos los jóvenes de izquierda y de derecha en los manicomios, porque sois vosotros los que nos vais a llevar a la ruina con esa pasión de ponerlo todo patas arriba... a unos porque no les gusta España y quieren sacar de sus sepulcros a Hernán Cortés y Pizarro para que vuelvan a América a cargar galeones de oro, y a otros porque creen que la revolución social es la panacea que todo lo arregla y que basta hacer una escabechina de ricos para que todos podamos llenar la andorga... —paseaba airado, haciendo aspavientos, con su abundante pelambrera blanca encrespada como un gallo de pelea—. Qué país de locos, qué juventud más insensata, y no sólo la juventud, que hay algunos viejos chochos con la sesera reblandecida por la cantinela revolucionaria... Hale, hale, déjame, que ya me has dado la noche. Y, a pesar de todo, te vuelvo a repetir que si insistes en sacar las cosas de quicio y provocar a nuestros endemoniados manes, lo más probable es que te veas ante un consejo de guerra o un piquete de ejecución...

Javi salió del despacho de don Ricardo más regocijado que ofendido. Le gustaba contrariar a aquel viejo erudito vivaz y punzante. Sin saber por qué le tenía simpatía, a pesar de que en la redacción era muy criticado por su hermetismo y distanciamiento. Avelino solía decir que era uno de los hombres más cultos que conocía, y Sonia le tenía por un fervoroso humanista. Pero la

mayoría de los compañeros de redacción le tildaban de fantoche engreído que se consideraba un sabio por haber publicado cuatro mamotretos de «filosofía barata» que no había quien leyera. Otros le acusaban de camaleónico por su habilidad en evitar cualquier clase de compromiso político. Y no faltaban los que, como Benítez, decían que era un liberal decadente con alifafes masónicos, nostalgias monarquizantes y veleidades de viejo verde tanto en el sentido real como metafórico:

Normalmente regresaba a su casa en el coche del director, ya que Sonia, la mujer de Avelino Rico, era maestra del grupo escolar del barrio y vivían en un chalecito cercano a su domicilio. Pero aquella noche Avelino Rico había desaparecido y, como era relativamente pronto, se dirigió a la Plaza Mayor a coger el tranvía de Mataderos... La noche era hermosa y daba gusto pasear por las calles poco concurridas. Sin embargo, en algunos puntos estratégicos se veía más vigilancia de la habitual. Pero al apearse del tranvía, en las calles inmediatas, observó grupos y sombras que aparecían y desaparecían. Los trabajadores están alerta, se dijo. Precisamente en el artículo que había entregado a don Ricardo afirmaba que el proletariado vivía en tensa vigilancia resuelto a romper los tendones de la «contrarrevolución... «Alto, ¿quién vive?», le gritó una voz fingidamente autoritaria desde una callejuela. Los pies se le quedaron clavados a la tierra, pero seguidamente oyó risas.

—Vaya un canguelo que te hemos metido en el cuerpo, intelectual... —se sintió fuertemente asido por los brazos de su hermano Carlitos.

—¿Qué haces tú aquí?

—Ya lo ves, lo que hace todo el mundo...

Los que acompañaban a su hermano le rodearon y le acuciaron a preguntas, interesándose por lo que había visto en las calles céntricas y lo que •e decía en el periódico. Javi les contó los chismes que sabía y las últimas noticias llegadas a la redacción sobre la sublevación de Marruecos. Algunos de los muchachos saltaban de alegría.

—Ahora nos las van a pagar todas juntas —dijo el Orangután frotándose las manos.

Carlitos lanzó un silbido con los dedos en la boca y en un momento le respondieron con silbidos similares desde diversos puntos. Según le dijeron era la consigna que habían establecido para ayudarse y estar en comunicación. En un momento se reunieron varios enlaces de los grupos de defensa para comentar las noticias llevadas por Javi... «Yo creo, les dijo éste, que deberíais marcharos a dormir para estar frescos cuando empiece el tomate.»

—¿Y si empieza esta madrugada...? Nano nos ha dicho que los comunistas tienen informes de que entre los oficiales del Cuartel de la Montaña y de Campamento ha habido hoy mucha mandanga...

Javi pensó quedarse con los muchachos de las juventudes libertarias, pero fue su hermano quien le espoleó para que se fuera a acostar y tranquilizara a su madre... «La vieja está hecha papilla, sabes. Durante la cena me dijo que no me dejaba salir de casa, porque era menor de edad y porque no quería que saliera otro golfo revoltoso como Luis y Nano...» Mientras se dirigía a su casa, pensó que Carlitos se había destapado en muy poco tiempo. Hasta hacía poco todos los hermanos le tenían por un niño grande al que le habían crecido más el cuerpo y los músculos que la Inteligencia. Sin embargo, el «niñato deportivizado», como le llamaba su hermano Luis, se estaba haciendo un pedestal de jefecillo entre los muchachos más jóvenes del barrio.

Sigilosamente maniobró con la llave en la cerradura para hacer el menor ruido, pero antes de entrar en su habitación apareció su madre.

—¿Cómo vienes tan pronto?

—Porque esta noche había poco trabajo y como Avelino tuvo que marcharse, me vine en el tranvía.

—¿Has visto, por casualidad, a Carlitos?

—Sí, estaba en la carretera con los amigos. Por lo visto están haciendo guardia... ¿Sabe que se han sublevado los militares de Marruecos y de un momento a otro se espera que se echen a la calle los de aquí?

—¿Y qué le importa a él lo que hagan los militares?

—Nos importa a todos, madre...

—Ya verás como terminan pagando justos por pecadores... —le siguió su madre a la habitación—. Y luego tu padre, que me está quitando la poca vida que me queda. Cuando te marchaste me estuvo hablando de ti. Hacía mucho tiempo que no le veía tan charlatán... ¿Qué le dijiste?

—No recuerdo haberle dicho nada especial. Fue él quien me llamó para hablarle del artículo que apareció ayer en «La Mañana»... —se dejó caer en la cama y bostezó profundamente.

—¿Te pidió perdón?

—Qué tontería. ¿Por qué me iba a pedir perdón...? Me habló de su fracaso, de su frustración. Creo que quería decirme algo más, pero llegó usted tan a tiempo... —empezó a descalzarse y quitarse prendas—. Tengo un sueño que me caigo y mañana nos espera un día de aúpa... Si oye tiros o cañonazos despiérteme en seguida.

—Duerme todo lo que te dé la gana, pero no cuentes con que yo te llame para ir a correr la pólvora... —Javi se tiró en calzoncillos sobre la cama y Petra salió de la habitación.

Siempre había pensado que cuando los hijos fueran mayores el infierno acabaría y todo sería distinto. Sin saber por qué ni tener otro fundamento que su propia resignación, aquel resollo de esperanza que se nutría de sus propios sufrimientos y del anhelo de otro mundo, de otra vida, de otro amor, sus días habían pasado en una continua renuncia. Esperaba la paz de la madurez de sus hijos. La única gracia que había pedido siempre en sus fervorosas oraciones, era verlos crecer sanos en la fraternidad... sin recibir la influencia malsana del padre. Pero ahora que veía al padre enfermo, con la salud minada por un extraño mal que se le iba comiendo las fuerzas sin que los médicos acertaran en el tratamiento, y a los hijos enzarzados en disputas, su propia fortaleza empezaba a flaquear. ¿No será la paz otro cuento que sólo llega con la muerte...?, se dijo, mientras oía a los chicos discutir con creciente acaloramiento. Mariano decía que los anarquistas debían dar la orden de vuelta al trabajo a los huelguistas para no crear problemas al gobierno del Frente Popular, y Carlitos afirmaba que cualquier concesión a la patronal en aquellos momentos era una traición a la revolución.

—¿No podéis callaros de una vez? —les suplicó Adela compungida—. Lo está oyendo todo.

«Que lo oiga a ver si aprende —dijo Carlitos.

—¿Qué es lo que tiene que aprender tu padre de ti, so mocoso? —se tornó Petra a la puerta de la cocina.

—Mucho... Por lo menos, que la revolución no se hace pasteleteando. Lo mismo que éste listo, que ahora me sale con que tenemos que volver al trabajo para que los patronos no revienten la República... ¿Qué mierda nos importa a los trabajadores la República o la Monarquía? Lo único que nos interesa es la revolución.

—A ver si te has creído que yo soy un reformista. Yo soy tan revolucionario o más que vosotros...

Petra se quedó con aquellas palabras dándole vueltas en la cabeza, mientras picaba la cebolla y el ajo para el sofrito de las judías que borbotaban en la panzuda olla de barro. ¿Por qué aquella inquina de los hijos contra el padre? Ahora que le veía debilitarse, hundirse por momentos, sentía una infinita compasión por él y, si algo lamentaba, es que se le parecieran tanto en aquella rebeldía indómita y obstinada que ella nunca había compartido. ¿Por qué seremos tan injustos...?, recordó las palabras que su marido le había dicho unas horas antes: «Yo te he hecho sufrir mucho, pero te dejo una camada que, como no los metas en vereda, te comerán la vida...» Con el pico del delantal se secó las lágrimas.

—¿Por qué no dice a esos borricos que se callen, madre? —entró Adela en la cocina—. Si viera cómo está el pobre...

—El pobre, el pobre... Tampoco es para tanto —trató de ocultar su reciente emoción.

—Está muy malo, cada vez peor... —la voz de Adela se quebró y empezó a hacer pucheros—. Nadie se da cuenta que padre se está muriendo... sí, sí, le está muriendo, no diga usted que no.

—Tu padre no se muere así como así. Es duro de pelar. Para mí que tiene siete vidas como los gatos.

«Habla usted de una manera que parece que le da igual, pero yo no quiero que se muera, ea... —se tapó la cara con las manos e intentó sofocar el manantial de congoja que le subía del pecho.

—Vamos, vamos, no seas niña —la atrajo su madre hacia sí cariñosamente—. Se encuentra muy decaído, pero es este calorazo que a todos nos trae con los nervios de punta...

Mariano y Carlitos seguían polemizando. Sus voces duras y roncas subían y bajaban en oleadas de vehemencia. No dialogaban, sino que se entregaban a furiosas diatribas y acusaciones.

—¿Queréis hacer el puñetero favor de marcharos a discutir al corral...? Debía daros vergüenza ser hermanos y estar siempre enganchados por la maldita política... Parece como si la política os diera algo y lo único que nos ha dado hasta ahora es miseria.

—Por eso luchamos —dijo Mariano.

—Yo no lucho por la política —afirmó Carlitos con gesto ofendido—, lucho por el pueblo, por los trabajadores.

—¿Y cuándo vas a luchar por el cocido? ¿O acaso crees que el puchero cae del cielo lleno y calentito?

—Jo, con esta mujer. Siempre está con lo mismo —se levantó el menor de los Re villa con gesto mohín.

—No, si quieras te doy las gracias por lo guapo y jándalo que me has salido. Antes con el boxeo y ahora con la revolución, resulta que te has pasado los años zanganeando.

—Yo no tengo la culpa de no encontrar trabajo.

—Ni yo tampoco de tener los hijos que tengo... —su vista se dirigió a la puerta del dormitorio y le pareció oír un gemido—. Yo creía que iba a tener bastante con una cruz, pero Dios o el demonio no se cansan de dármelas a puñados... —

entreabrió la puerta de la habitación con suavidad y los ojos cavernosos de su marido le salieron al paso con extraña vivacidad.

—¿Qué te hacen los chicos? —carraspeó.

—Nada, lo de siempre... —se acercó a la cama y le puso la mano en la frente, observando que la fiebre le había subido—. Discuten como energúmenos de esa maldita huelga que nos trae de cabeza y de los barruntos de los militares... ¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien... —sus pupilas se le adherían con sumisa ternura—. No te preocupes por mí. Saldré adelante. Nunca he tenido tantas ganas de vivir... vivir para quitarte la cruz... —la voz se le ahogó crispada de emoción y su mano grande y huesuda aferró la de Petra.

La mujer sintió que toda la fortaleza de que se había ido revistiendo año tras año, para crear en tomo a su marido el vacío y la distancia, se fundía en un instante. Eran muchos los años de vida en común, si puede llamarse vida en común a la vida rota, desfondada en los primeros años y recosida cada día en el sacrificio o en la violencia.

—¿Qué dicen los chicos? —la voz crispada silabeaba, balbucía las palabras.

—Cada cual dice lo que le parece bien, y cuando no se entienden discuten y se pelean... como nosotros... Es lo que han visto. Cosechamos lo que hemos sembrado.

—Te da pena, ¿verdad? Piensas que yo soy el culpable de todo.

—No, no, de ninguna manera. Yo también tengo mi culpa. Quizá he luchado demasiado para que no se parecieran a ti y Dios me ha castigado dándome en cada uno de ellos algo tuyo... algo que yo no quería.

—Lo siento... —aflojó la mano y se volvió de cara a la pared. Petra percibió su respiración entrecortada, dificultosa, y por un momento sintió deseos de acariciar aquella cabeza rizosa que, en poco menos de un año, desde que cayó enfermo, había pasado de un color negro retinto a un blanco plateado. Sin embargo, pudo más el resentimiento acariciado y mimado en el transcurso de los años, que la compasión recóndita que empezaba a dominar sus

sentimientos. Su emoción era tan evidente que, al salir al comedor, Mariano se la advirtió.

—¿Por qué llora usted?

—¿Quién te ha dicho que lloro?

—Por lo menos, lo parece... —cerró «El Estado y la revolución», de Lenin, que estaba repasando y tomando notas, y se levantó—. ¿Le ha hecho algo?

—Qué me va a hacer el pobre... ¿Dónde está Carlitos?

—No sé... He oído un silbido que me ha parecido del Orangután.

—Dichoso Orangután... —entró murmurando en la cocina—. Ya podía preocuparse más de esa chica a la que ha hecho la barriga y dejarse de organizar huelgas y revoluciones... —levantó la tapa de la olla que borbotaba a la lumbre, echó un poco de agua y se asomó a la puerta del corral. Las gallinas se precipitaron sobre ella en ruidoso aleteo—. También vosotras queréis comer, ¿verdad...? Aquí todo el mundo quiere comer como si el alimento cayera del cielo, pero ¿y los huevos? De huevos nada, verdad, so zorras... Sólo falta que también vosotras os declaréis en huelga, y os mato, os mato. Seguir así y veréis lo que tardáis en ir al puchero una tras otra... —vio a Adela hablando por entre las tablas del corral con Angelines, y la llamó: ¿No te he dicho que no quiero intimidades con esa gente?

—Angelines es amiga mía, madre.

—Pues no quiero esa clase de amistades.

—Anda, que cuando se le mete a usted una manía...

—No me rechistes, que no está el horno para bollos. Pues sí, después de lo que me dijo su madre de tu hermano... que está corrompiendo a su hija con tanto hablarle de amor libre. Pobre hijo mío, que más quisiera ella. Si me lo hubiera dicho del sinvergüenza de Luis o del tuno de Carlitos y hasta de Mariano, aunque es más comedido con las chicas, pero del pobre Javi, que es un bendito...

—No crea que Javi es tan bendito como usted piensa. Con tantos libretos y tan santito como parece, tiene lo suyo.

—Bueno estaría que no lo tuviera, pobre hijo mío... —el equívoco de las palabras le produjo cierta hilaridad y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.

—Luego dice, pero usted también se va por lo malo... Yo no he querido decir eso, sino que Javi no es lo formal que parece. Por lo que me ha dicho Angelines...

Las gallinas seguían revoloteando voraces en torno a Petra.

—Están hambrientas las pobres. Yo no sé de dónde voy a sacar comida para ellas... ¿Quieres decirme de una vez lo que te ha contado esa chismosa?

—No se lo digo, porque luego se entera Javi y me pega.

—Hola, madre, ¿qué está diciendo esta tontorrona de mí? —rodeó los hombros de Petra con los brazos y la besó en el moño.

—Mi hijo... —se volvió Petra con gozosa ternura—. No decía nada. Son cosas de Angelines...

Las mejillas arreboladas del muchacho palidecieron y en su cara aniñada se reflejó cierta inquietud. Petra se agachó rápidamente, atrapó a una de las gallinas y le metió el dedo meñique en el culo.

—Mucho cacarear, mucho pedir comida, pero los huevos que los ponga yo...

—¿Has leído mi reportaje, madre? —le mostró Javi «La Mañana».

—A ver, a ver...

—Déjame que lo lea yo —intentó Adela quitárselo.

—De ninguna manera —le dio su madre un manotazo—. A lo mejor resulta que tú no puedes leerlo.

—¿Por qué no va a poder leerlo?

—Porque no... —entró Petra en la casa seguida de sus hijos. Mariano seguía acodado en la mesa del comedor tomando notas del libro de Lenin.

—¿De qué trata lo que has escrito? —preguntó Adela.

—A ti no te importa. Ya has oído a madre... Las chicas no podéis saber lo que pasa en el mundo ni participar en su transformación. Estáis condenadas a la servidumbre... —la mirada que le dirigió su madre era tan severa que la última palabra la pronunció tartajeando.

—Vaya con el intelectual, ya publica en las primeras páginas de los periódicos como los grandes... —dijo Mariano en tono jocoso.

Para sus hermanos Javi era el Intelectual, una especie de ser superior, enigmático, desconcertante en sus reacciones, ya que unas veces se volatilizaba en lirismo o abstrusas divagaciones, y otras se mostraba tan seguro en su instinto, tan compenetrado con la realidad inmediata, que sus intuiciones resultaban proféticas. A Petra no le gustaba el apodo y cada vez que lo oía se enfadaba. Para ella Javi era el Niño y lo seguiría siendo aun después de muerto. Y esto no sólo por su aire aniñado y frágil, sino porque lo había malparido en aquel largo verano de 1917, mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor y su marido comparecía ante un consejo de guerra por insubordinación y agresión a un superior en acto de servicio... No es que hubiera deseado sacarle adelante, no. Ni siquiera sintió el dolor, la ruptura, el desgarramiento con que había alumbrado a sus otros hijos. Cuando le dieron la noticia de que Javier había sido desarmado y detenido frente a la muchedumbre de manifestantes socialistas en la glorieta de Cuatro Caminos, se hundió en la oscuridad y al volver en sí rodeada de médicos, enfermeras y monjas en la cama de un hospital, se enteró que había dado a luz a un niño prematuro que, probablemente, no sobreviviría. Lo único que recordaba en aquel momento de fugaz lucidez es que dio gracias a Dios por librirla de aquella nueva carga. Después volvió a hundirse en la oscuridad de un mundo de pesadillas y horrores. Corría, corría desesperadamente, pero nunca podía alcanzar a Javier... Tras ocho días de fiebres en que, según los médicos, estuvo más cerca de la muerte que de la vida, recobró el conocimiento y le mostraron a su hijo, un ser minúsculo y arrugado que apenas si respiraba. La fea criatura

le pareció tan extraña que volvió a desear que no sobreviviera. Sin embargo, en el momento de ser dada de alta, la monja que puso la criatura en sus brazos le dijo algo que había dado muchas vueltas en su cabeza: «No se preocupe, el niño sobrevivirá porque está poseído de la gracia de Dios...» Lo que la religiosa quiso decir, no lo entendió de momento. Obsesionada por la suerte de su marido, el niño podía haberse muerto sin que sufriera lo más mínimo por él. Incluso sus otros tres hijos, Luis, Mariano y Adela, el mayor de los cuales tenía poco más de cinco años, tuvieron que ser recogidos por la familia, porque ella no les prestaba la menor atención. Los dos meses que duró el sumario de su marido no tuvo ni un suspiro que no fuera para él. Sumergida en aquella pesadilla, la vivió minuto a minuto, con pasión ciega, alelada, pensando únicamente en la salvación de Javier. Sólo después del consejo de guerra, en que la petición de pena de muerte le fue rebajada a la de treinta años de reclusión mayor, volvió en sí y se enfrentó con la realidad de su hogar deshecho... Lo más acuciante de todo era salir de aquella casa en la que llevaba viviendo desde que se casó. No podría aguantar ni un día más el vacío, las miradas huidizas de las mujeres y los rostros cómplices de los compañeros de su marido que habían declarado contra él por obediencia y disciplina. Más tarde comprendería que no podían hacer otra cosa. Formaban parte del Cuerpo y el alma del cuerpo era la jerarquía. ¿Cómo pudo olvidarse Javier que era un engranaje en la gran máquina del orden, que formaba parte del Cuerpo...?, se preguntaba en los raros momentos en que se le aflojaba la tensión desesperada. El comandante que le defendió hizo mucho hincapié en un pasajero ataque de enajenación mental ante aquella muchedumbre inerme. ¿Sería posible que se hubiera vuelto loco...? Petra tenía sus dudas. De por sí era impulsivo y vehemente. Sus reacciones casi siempre resultaban imprevisibles. Más bien pensaba que en el momento de actuar se impusieron sus secretas simpatías por el socialismo. Para rechazar los cargos del fiscal, que le acusaba de cobardía y degradación moral, el defensor leyó su hoja de servicios en Marruecos y la hazaña que le valió el ascenso a sargento... «muerto el teniente que mandaba la posición y heridos gravemente los sargentos Martínez y García, el cabo Javier Re villa asumió el mando y mantuvo férreamente la posición en condiciones precarias, resistiendo el asedio y los repetidos asaltos al blocao durante once días, a pesar de hallarse

herido en una pierna, de tal manera que cuando la columna de salvamento alcanzó la posición, estaba completamente exhausto y con 39 grados de fiebre...» Todos se habían puesto en contra suya. Su misma familia le tildó de loco e insensato. Su cuñado Juan, que también formaba parte del Cuerpo, declaró ante el consejo que Javier desobedeció la orden de carga contra los manifestantes y cuando el capitán se dirigió a él con el sable en alto, le hizo frente y se rebeló gritando que él no era un asesino...

—Madre, que huele a pegao —gruñó Adela.

—¿Qué pasa...? —se asomó Javi a la cocina y vio a su madre restregándose los ojos.

—Pues sí, estamos arreglados. Ahora sólo falta que tengamos que esperar a ese zángano...

Las noticias sobre sublevaciones y movimientos de tropas en diversas provincias eran la comidilla del día. Todo resultaba muy confuso. Las informaciones oficiales daban la impresión de que el Gobierno dominaba la situación y el país podía confiar tranquilo en las sagaces previsiones del señor Casares Quiroga. En la calle reinaba un alegre ambiente festivo. La gente comentaba con chungueo las noticias de la sublevación como si se tratara de un programa de festejos. «Si en 1932 Azaña les zurró la badana, ahora se van a enterar de los palos que da un Gobierno de Frente Popular», se oía decir por todas partes.

Javi llegó a la redacción del periódico muy pronto. Sentía impaciencia por conocer la verdad de lo que estaba ocurriendo por los telegramas de provincias. Apenas entró en la sala de redacción, le dijeron que el director había preguntado varias veces por él y fue a su despacho. Encontró a Avelino Rico dormitando en el sofá.

—¿Cómo no has ido a dormir a casa?

—Me fue completamente imposible... —bostezó Avelino—. Sonia estaba un poco indispuesta y nos fuimos a dormir a casa de mis padres en previsión de que hubiera que llamar al médico. No es nada de particular... Se mareó y

empezó a vomitar. Las mierdas del embarazo... Pero siéntate, hombre, que tenemos que hablar largo y tendido...

Avelino Rico parecía cansado, pero sus pupilas brillaban y se ahondaban inquietantes. Después de encender un cigarrillo y llamar a un botones para que les sirviera café y coñac, le dijo que a primera hora de la mañana había sido sacado de la cama por un secretario de Garcés y llevado a la Presidencia... Hablaba perezosamente, como al desgaire, pero eligiendo las palabras...

Según me dijo Garcés, el jefe del Gobierno leyó tu artículo con interés y parece que le impresionó. Por cierto ha sido un verdadero éxito. A las diez de la mañana ya no se encontraba un periódico en los quioscos de Madrid... En la Presidencia se está librando una batalla feroz y a Casares Quiroga se le puede ahogar con un hilo. El hombre ha perdido el timón y no sabe de quién puede echar mano para evitar lo que se le viene encima. Por una parte, Prieto, Largo Caballero y los comunistas y socialistas de izquierda le azuzan para que disuelva el Ejército por decreto y arme al pueblo, y, por otra, Azaña y Martínez Barrio se inclinan por soluciones moderadas para contentar a los sublevados... La lectura de tu artículo le sugirió la idea de ponerse en contacto con los dirigentes del anarcosindicalismo para conocer su actitud. Me preguntó que si lo que tú decías se podía interpretar como opinión autorizada de los confederados. Yo le dije que no lo sabía, pero que por lo que conocía del anarcosindicalismo y por lo que había hablado contigo, estaba seguro que os opondríais al alzamiento. Hace poco más de media hora que me volvió a llamar Garcés por teléfono para decirme que ya habían establecido contacto con el comité nacional de la CNT y que estaban en negociaciones para poner en libertad a todos los detenidos, levantar la suspensión de los periódicos y ordenar la apertura de los sindicatos... ¿Qué te parece?

—Estupendo.

—¿Crees que los anarcosindicalistas responderán a la confianza del Gobierno?

—Los cenetistas estamos en contra de la sublevación con absoluta independencia de lo que opine o haga el Gobierno. Lo que hace falta saber ahora es si el Gobierno está dispuesto a armar al pueblo para que pueda defenderse.

—No me hagas caso, pero las noticias que yo tengo es que a los socialistas y comunistas ya les han entregado algunas armas... Sin embargo, el enigma en este momento es Azaña. Según me ha dicho Garcés, no quiere que se entreguen armas a los trabajadores y está maniobrando con Martínez Barrio y Sánchez Román para que convenzan a los militares de que regresen a los cuarteles.

—¿Todavía no se ha convencido Azaña de que la República de trabajadores solamente puede ser defendida por los trabajadores mismos?

—Azaña es un burgués que marcha a caballo del regeneracionismo. En el mitin del campo de Comillas dijo claramente que no era socialista ni socializante...

Mientras discutían sobre las probabilidades de triunfo de los sublevados, que Avelino Rico consideraba casi imposible de no encontrar complicidad en las alturas del Poder, se presentó Benítez tarareando la Internacional. Estaba rojo como un cangrejo y sus ojos brillaban achispados... «Ave César emperador, los que van a morir te saludan...» Hizo una profunda reverencia ante el director en la que perdió el equilibrio y fue a caer casi encima de Javi... «Perdona, hijito, perdona», abrazó a Javi y le estampó un sonoro beso en la frente. «Es mi señal de alianza entre tú y yo, al pueblo y la inteligencia, el sindicato y la poesía, y pase lo que pase y ocurra lo que ocurra, marcharemos unidos hasta el triunfo final...» Javi miró a Avelino, Avelino arqueó las cejas y ambos se echaron a reír.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —dijo el director.

—No me ha picado ninguna mosca... ha sido un moscardón con trompa de elefante y lengua de serpiente, un hijo de perra muy amigo tuyo. Me ha dicho que éste y yo (abrazó de nuevo a Javi) estábamos en la lista de condenados a muerte por rojazos... —empezó a hacer pucheros y los ojillos tiernos se le llenaron de lágrimas—. Hijos de la sangre negra, de la negra conciencia, con negro corazón de inquisidores...

—Bueno, ya está bien de negruras —le interrumpió Avelino—. Si se te ha subido a la cabeza el negro peleón vete a dormir la cogorza, porque yo no estoy dispuesto a aguantarte. Sólo me faltaba eso...

—Si te pones en plan hueso me voy... —se levantó y empezó a gimotear—. Soy hijo del pueblo, estoy con el pueblo y moriré con el pueblo. Mi único «migo es Javi... Hale, dame un abrazo. Que se enteren los tiranos y prepotentes directorcillos y sus mamones botafumeiros que estamos dispuestos a morir en las barricadas como hijos del pueblo...

Que Benítez estaba borracho parecía tan evidente que ni Javi ni Avelino se permitieron ponerlo en duda. Lo que desconcertaba a ambos era su delirante exaltación, pues Avelino confesó que le conocía desde hacía algunos años y le había soportado bastantes borracheras, unas jacobinas, otras ácratas y algunas estalinistas, desde su reciente viaje a la Unión Soviética, pero ninguna tan incoherente y retórica como aquella. Entre lágrimas, abrazos a Javi y delirios heroicos, Benítez les leyó un poema escrito en una servilleta de papel que, según les dijo, acababa de escribir en un café de la Puerta del Sol mientras el pueblo sudaba la gota gorda a la expectativa de lo que se estaba cociendo en las covachuelas, que Javi confesó que era lo más hermoso que había oído en su vida. Y Avelino exclamó: «Coño, hacía tiempo que de tus alambiques surrealistas no salía nada tan vigoroso y estimulante...» Benítez confesó lacrimógeno y tartajoso, que era un escupitajo contra Golito...«¿Sabéis lo que me dijo? Que nos tiene que barrer a todos. El muy cabronazo me llamó hijo de la Pasionaria, y eso no se lo consiento...» Tal y como estaba de sensibilizado e in—coherente, resultaba difícil fijarle en un tema, pero tras muchos rodeos les dijo que se había encontrado con Golito en una tasca de la calle de la Victoria. Le acompañaban cuatro o cinco «bigotitos siniestros con pinta de matones». Incluso uno de ellos se había abierto la americana para mostrarle el yugo y las flechas bordadas en la camisa azul... «Dice que nos va a matar a todos, que no va a dejar ni uno para contar...»

—Me parece que tú estás viendo visiones. ¿No has dormido en toda la noche, verdad?

—Ni pum... ¿Quién puede dormir con la soga al cuello?

—Yo —se echó a reír Javi.

—Y tú vas a dormir también. Ahora mismo voy a mandar que te metan en un coche y te lleven a casa, y el poema lo voy a publicar en primera página para que a Golito se le termine de pudrir el hígado.

—No podría... —rechazó Benítez las tentativas de Avelino para levantarla—. De un momento a otro pueden darnos el batacazo... Dicen que Mola ha llamado a los carlistas al combate y que las montañas de Navarra se han llenado de boinas rojas, y que Franco el Africano ha huido de Canarias para levantar a los moros y legionarios de Marruecos...

—¿Por qué no te das una vuelta por ahí...? —hizo Avelino una seña a Javi para que le dejara solo con Benítez—. Podrías hacer un reportaje del ambiente que se respira en la calle y lo que opinan en los medios sindicales... Mira a ver si consigues unas declaraciones de algún dirigente anarcosindicalista. Sería muy interesante...

—De acuerdo —abandonó Javi el despacho.

Fuera del periódico se respiraba un auténtico día de fiesta. Los vecinos de la capital estaban en la calle con las orejas tiesas. Predominaba la juventud con sus gritos y algazaras. Si uno prestaba atención a los grupos y corrillos que se apelmazaban alrededor de las mesas de las terrazas de los bares o discurrían por la calle percibía en los gestos de los que hablaban y escuchaban cierto dramatismo. Los bulos saltaban y corrían como conejos perseguidos por jaurías de perros cazadores... De creer lo que se decía, los requetés de Mola ya se encontraban en el Alto de los Leones; el general Franco podía aterrizar de un momento a otro en Getafe o Cuatro Vientos; del general Queipo de Llano se contaban las más divertidas historietas de chaqueteos y cambios de frente; Cabanellas era un enigma. Unos decían que ya había desenvainado la espada contra la República y otros que la tenían prisionero sus oficiales en Zaragoza. Otro de los generales traídos y llevados por los bulistas era Sanjurjo, de quien se decía que había saltado de su exilio de Portugal a España y no faltaban los que le suponían ya encerrado en cualquiera de los cuarteles de Madrid con Fanjul y otros de los cabecillas de la sublevación del 32. Se hablaba de coches fantasma que recorrían los suburbios disparando contra los trabajadores. Para algunos los frailes y las monjas eran los más peligrosos, a los que más había

que vigilar, pues se sabía que tenían los conventos llenos de armas y pensaban envenenar las aguas con pócimas de su invención para decir luego que era un castigo de Dios. La imaginación suelta se llenaba de terrores místicos... En la Casa del Pueblo reinaba la mayor exaltación. Se hablaba de la «traición de Azaña», que había entregado el Poder a Martínez Barrio para pactar con los facciosos y se decía que en algunos Círculos Socialistas y Radios Comunistas ya se estaban distribuyendo armas sacadas del Parque de Artillería por los militares leales a la República. Incluso pudo hablar con un dirigente de la Casa del Pueblo, muy amigo de su padre, quien le aseguró que los sindicatos socialistas, que obedecían a Largo Caballero, y las Juventudes Socialistas Unificadas, que acaudillaba el joven Carrillo, estaban dispuestos a oponerse por las armas a los chanchullos de Azaña y Martínez Barrio para pactar con los traidores a la revolución.

Luego se dirigió a la calle de la Luna y se encontró con la sorpresa de que los trabajadores confederales habían desprecintado los locales e invadido el viejo palacio, clausurado por la autoridad gubernativa a consecuencia de la huelga de la construcción. Allí se respiraba un aire de fronda. Nadie confiaba que el gobierno repartiese armas y mucho menos que Azaña quebrantase la legalidad. A Javi le costó trabajo llegar al pequeño «alón donde se reunían las juventudes libertarias y los grupos de defensa, paro cuando consiguió penetrar se quedó turulato, sin dar crédito a lo que veía: su hermano Luis, al que suponía en la cárcel, estaba pronunciando un discurso ante algunos centenares de jóvenes apiñados en tomo suyo. De no verlo con sus propios ojos lo hubiera desmentido. ¿Luis hablando en público con la antipatía que sentía por los charlatanes...? Con las huesudas facciones tensas, los ojos negros encandilados como centellas y el pelo aborrascado cayéndole sobre la frente, golpeaba la mesa, mientras hablaba de la revolución y de los medios a emplear para desfondar la sociedad capitalista... Abriéndose camino a codazos consiguió llegar a la tribuna, donde su hermano le estrujó materialmente en los brazos, mientras lanzaba la consigna de asaltar las armerías madrileñas y apoderarse de todas las armas y cartuchos que hubiera en ellas... La conversación con su hermano fue muy breve y frecuentemente interrumpida. Javi le aconsejó que fuera inmediatamente a su casa para tranquilizar a su madre. Luis le dijo que iría en cuanto pudiese, pero que la revolución estaba

por encima de la familia. Sus intentos de seguir hablando con él fueron inútiles. Su hermano se hallaba bajo el hechizo de los héroes y sus partidarios le retenían cautivo. El tiempo pasado en la cárcel, la idolatría de las mujeres que se le disputaban y su fama de hombre de acción, le convertían en un pequeño caudillo.

Para cumplir el encargo de Avelino, intentó conversar por separado con David Antona y Cipriano Mera, también recién salido de la cárcel, pero le resultó completamente imposible por el asedio que ejercían sobre ellos las personas que les rodeaban. Sin embargo, ambos se mostraban optimistas y resueltos. Mera consideraba que había que armarse hasta los dientes y bloquear los cuarteles como medida preventiva para impedir que los militares salieran a la calle. En cuanto a Antona, más preocupado por los problemas políticos, se esforzaba en convencer a todos los que le escuchaban que había que posponer las viejas rencillas sindicales y crear un frente común de los trabajadores contra el enemigo encubierto o declarado. «No podemos permitimos el lujo de ir cada uno por su lado cuando los burgueses y capitalistas se unen para cerrar el camino a la revolución. Debemos crear la montonera, poner en marcha el rulo proletario...»

El tumulto en la calle crecía por momentos. La gente se hacía eco de las noticias más absurdas y corría de un lado para otro como rebaño asustado. Nadie sabía lo que iba a pasar, pero veía enemigos por todas partes. Y ciertamente, el enemigo estaba al acecho, pero no eran las viejas beatas que había visto golpear y casi desnudar cerca de la Iglesia de San Ginés, acusadas de brujas y envenenadoras. Lo de los coches fantasma, sin embargo, parecía cierto. No sólo daban fe de ello algunas personas con las que había hablado, sino que al llegar al periódico se encontró con referencias concretas de las agencias informativas. Por lo menos se hablaba de dos coches fantasma en los que habían sido detenidos grupos de pistoleros que recorrían la ciudad sembrando el terror.

Avelino Rico seguía en su despacho ante varios ceniceros repletos de cobijas, una botella de coñac a medias y varias tazas de café vacías.

—Anda mal la cosa, ¿no? —le miró de soslayo con los párpados entornados.

—El pueblo se ha lanzado a la calle en masa y se dicen las cosas más inverosímiles que te puedas imaginar. Madrid es un aquelarre con brujas y todo... —le contó el atentado que había presenciado contra las beatas.

—¿Es verdad que están repartiendo armas en los círculos socialistas?

—Lo he oído decir en la Casa del Pueblo, pero no lo he visto. Lo que sí puedo decirte es que a estas horas los anarcosindicalistas están desvalijando las armerías.

—Y mientras tanto los sublevados conquistan nuevas posiciones... —se levantó con los hombros doblados y un gesto de fastidio—. Al parecer los socialistas y los comunistas se oponen al Gobierno moderado formado por Martínez Barrio de acuerdo con Azaña, lo cual quiere decir que estamos sin gobierno en el momento más crítico... Como dice don Ricardo, no tendría nada de particular que mañana estuviéramos todos en la cárcel o en el cementerio.

—También tú te vas a dejar dominar por el catastrofismo de don Ricardo?

Avelino Rico cogió la botella de coñac, se echó un buen trago y luego se la ofreció a Javi, pero el muchacho la rechazó.

—Bebe, coño. No sé cómo puedes conservar la sangre fría cuando todo se derrumba a nuestro alrededor.

—Se derrumbará lo que tenga que derrumbarse... —siguió Javi leyendo los telegramas de los servicios informativos.

—¿Sabes lo que me ha dicho hace un rato Golito por teléfono?

—No sé, cualquier chorrada... ¿Qué puede decir un bestia lo que se llama a sí mismo bárbaro vertical?

—Pues me ha dicho que no vuelve al periódico en tanto Benítez, Carrasco, don Ricardo, tú y otros marxistas y masones de vuestra calaña ensuciéis con vuestra presencia el aire que se respira en esta santa casa... ja, ja, ja, santa casa este foco de corrupción de los Portillo. Y a mí me ha dicho, que si quiero salvarme prepare una edición cantando el triunfo del alzamiento nacional, ¿qué te parece? El muy cabrón... Yo que le tenía por amigo... También me ha

llamado Alejandro Portillo desde Biarritz para decirme que si no puedo mantenerme neutral, suspenda el periódico... sonó el teléfono y Avelino se dirigió a su mesa. La comunicación fue muy breve—. Tengo que ir al Ministerio de la Gobernación.

—¿Pasa algo?

—Supongo que sí, pero no me han dicho nada. Por lo visto el ministro quiere cambiar impresiones con los directores de los periódicos... Tú quédate aquí y cuando venga don Ricardo le dices de mi parte que vamos a preparar un número estrictamente informativo. Será una barahúnda con tantas informaciones contradictorias, pero si el caos nos rodea no podemos hacer otra cosa... —se encogió de hombros y salió con el gesto obsesivo y preocupado.

Javi no participaba de las ideas ni del pesimismo del director de «La Mañana». El caos existía sin duda, pero lo contemplaba como el comienzo de algo nuevo. En principio fue la acción, parafraseó la frase de Goethe, y sólo la acción de las masas puede destruir el edificio levítico de la oligarquía y replantear los cimientos de la nueva sociedad proletaria... La frase le pareció muy interesante para el comienzo de un artículo y, sin pensarlo más, se sentó en la mesa del director y empezó a escribir como un poseído.

Todo el mundo se prepara para la confrontación. Nadie sabe lo que va a pasar en la ciudad, pero los diferentes bandos toman posiciones y se preparan para medir sus fuerzas. Madre no hace más que llorar y decir que nos hemos vuelto locos. Para contrarrestar nuestra locura ha aumentado las lamparillas a la Virgen del Carmen y, según me ha dicho Adela, ha prometido dos velas rizadas al Niño del Perpetuo Socorro, una sencilla a San Nicolás, otra a San Miguel Arcángel y seguir descalza a Jesús de Medinaceli en la procesión si no nos ocurre nada a ninguno... Como dice Mariano, madre es un resumen de contradicciones, pues al mismo tiempo que desconfía de los curas y a las monjas las tilda de señoritinas y holgazanas que huyen del mundo por huir del trabajo y de las penalidades de los hijos, a los santos les adora como proveedores de toda clase de remedios caseros.

Pobre madre. Cuando llegué a cenar estaba deshecha. Se había encerrado en la habitación con padre y no quería ver a sus hijos «armados hasta los dientes como los bandoleros». ¿Por qué «como los bandoleros», madre? ¿Es que todos los que llevan una pistola, una escopeta o un fusil son bandoleros...? Con Luis especialmente se ha mostrado dura e injusta. «Nadie más que tú tiene la culpa de que tus hermanos se hayan aficionado a las armas, porque desde que eras un mocoso siempre has andado con la pasión de las pistolas.» Luis dice: «Hoy todo el pueblo está en armas, madre. ¿No comprende que tenemos que defendernos...?» Pero ella no atiende a razones. Incluso considera una desgracia que le hayan puesto en libertad.

Carlitos está tan entusiasmado con su escopeta de dos cañones que por nada del mundo ha consentido abandonarla. Luis y Mariano, en cambio, han aceptado mi sugerencia de ocultar el primero su «parabellum» y el segundo su mosquetón nuevecito para que madre saliera de la habitación y accediera a sentarse en la mesa.

—Lo hago por ti, que eres el único que no ha perdido la cabeza en esta casa... —refunfuña madre y empieza a repartir las patatas con bacalao de la fuente humeante que Adela ha traído de la cocina, pero al ver sobre el aparador un queso y un salchichón, se queda con el cacillo en el aire—. ¿Quién ha traído eso?

—Mi menda —dice Mariano.

—Pues su menda se lo puede llevar donde lo haya afanado, que yo no pienso probarlo.

—Jo, con el hambre que tenemos —murmura Carlitos.

—Tú a callar, que cada vez que veo la escopeta me dan ganas de liarle a cacillazos contigo.

—Tampoco es para que se ponga usted así, madre —dice Mariano.

—Tú a callar también... —le amenazó con el cacillo—. No te pregunto dónde lo has cogido, porque me da vergüenza tener hijos uñilargos, pero mientras yo

viva en esta casa sólo se comerá lo que hayamos ganado honradamente, y si no tenemos qué comer nos aguantamos.

—Ahora va a resultar que para usted sólo somos ladrones los que tomamos algo de lo mucho que nos roban —gruñó Luis sin levantar la cabeza.

—Contigo es precisamente con quien menos ganas tengo de hablar, porque eres el peor y el que da peores ejemplos.

—Suelta ya la sin hueso, Javi, ya que por lo visto eres el único que puede hablar en esta casa.

Antes de que terminase Carlitos, ya había recibido el cacillazo.

—Joder con esta mujer... —se llevó las manos a la cabeza con gesto de dolor—. Como me haya levantado un chichón, ya verá...

—A lo mejor me comes.

—Pues sí que está buena... —refunfuñó Adela—. A mí también me ha enganchado hace poco de los pelos por vosotros.

—Por ellos no, por ti, que también empiezas a sacar los pies de las alforjas...

—Por favor, madre, vamos a cenar en paz. A ver si voy a tener que decirle lo que el Espíritu Santo dijo a San Pablo en el camino de Damasco: Petra, Petra, dura cosa es dar coces contra tu aguijón.

Un aplauso cerrado y una carcajada corearon mis palabras.

—Está visto que con vosotros no se puede —se sentó madre sin deponer MI gesto enfurruñado.

La cena transcurrió pacíficamente entre bromas y alusiones contenidas. Sólo de vez en cuando Carlitos recababa atención para el chichón que se le citaba levantando. Al terminar las patatas, mis hermanos me miraron indicando el queso y el salchichón. Yo miré a madre. De buena gana me hubiera olvidado de su suculenta presencia por no levantar otra borrasca, pero viéndola tan entretenida rebañando su plato con migajones de pan, eché mano al salchichón y empecé a cortar rodajas... Madre siguió rebañando sin darse por

enterada. La borrasca empezó cuando después de meter mano al queso, mis hermanos se dispusieron a marcharse. Yo no contaba, porque tenía que ir al periódico.

—¿Es que vais a continuar la juerga revolucionaria...? —se encaró con Luis, tanto por ser el mayor como por considerar que era la cizaña que envenenaba a los demás.

—¿No querrá usted que nos metamos en la cama como borregos mientras el enemigo se prepara para aplastarnos?

—De un momento a otro se espera que los militares se echen a la calle, madre... —dijo Mariano conciliador—. Los de las MAOC hemos recibido órdenes de concentrarnos en la Casa de Campo.

—Si por esta mujer fuera, nos encerraba a todos en el gallinero y se quedaba tan fresca —dijo Carlitos.

—¿Tú también piensas marcharte?

—Anda, el primero. ¿Es que no soy tan hombre como el que más?

—Tú eres un moco, un menor de edad, y no irás a ninguna parte. Te quedarás aquí conmigo y con tu hermana... ¿Es que no os dais cuenta que vuestro padre se está muriendo a chorros?

—Y tengo que ser yo el que me quede, ¿verdad? Pues no, conmigo no cuente...

Fue inútil todo lo que dijimos. Obsinado y duro como es, se emperró en que él era más hombre que todos nosotros juntos. Cuando se propone una cosa es tozudo y no para hasta salirse con la suya. De pequeño todos le temíamos por lo rencoroso que era. Madre le justificaba diciendo que si era tan rabioso es porque los mayores abusábamos de él, pero sí, sí, cualquiera le llevaba la contraria. Con sólo dos dientes ya era mordiscón y cuando tenía las manos se aferraba a la carne como los gatos. Pero cuando empezó a manejar las piedras, cualquiera que le hiciera algo podía estar seguro de recibir una pedrada en el momento más insospechado. Cuando apenas contaba cinco años ni Adela y yo podíamos con él. A los diez era un verdadero bicho, el gallito del barrio a quien

los chicos acataban como a un rey y los mayores temían como un diablo. Raro era el día que padre no tenía que zurrarle por las quejas que recibía. Sin embargo, junto a sus diabluras se contaban sus proezas, como la muerte del perrazo del vaquero, un pastor alemán grandote y fiero que cuando el Montañés enchufaba la goma a la fuente pública, y lo hacía siempre que le parecía bien, sin tener en cuenta las necesidades de los vecinos que no tenían instalación de agua propia, se tiraba a todo el que se acercara, hasta que Carlitos acabó con el perrazo y aplacó la soberbia feudal del Montañés, alcanzándole con una buena pedrada en los riñones. Luego, cuando empezó a trabajar y le dio por el boxeo, se entregó con tanta pasión a sus sueños de campeón que no tenía palabras ni tiempo para otra cosa. Luis decía que se estaba idiotizando y Mariano le consideraba un caso de alienación total. Claro que él no se mordía la lengua y los calificaba de incautos e imbéciles, porque siempre estaban polemizando sobre marxismo y anarquismo. Por lo que a mí se refiere, tras haberme vencido tres o cuatro veces y demostrarme que puede vencerme siempre que quiera, me respeta y me muestra su afecto diciéndome que tengo madera de obispillo. Tengo para mí que quien ha cambiado a Carlitos ha sido Sonia, la mujer de Avelino Rico. Desde que ella se hizo cargo de la escuela del barrio, Carlitos ha cambiado el deporte por los libros y el baile por la política. Su admiración por la maestra es tan fuerte que no resulta difícil descubrir las raíces de la antipatía que siente por Avelino.

Madre se resiste a dejarle marchar, insiste en que es menor de edad y tiene que hacer lo que ella mande, pero Carlitos la abraza, la estruja, la pasea en vilo y, finalmente, termina por venirse con nosotros. Madre se queda rezongando sus cantinelas de siempre: que la vamos a quitar la vida, que somos unos egoístas, unos zánganos que sólo pensamos en la «juerga revolucionaria» mientras padre se muere a chorros... Ciertamente, la situación de padre no puede ser más penosa. Cada médico mantiene una teoría y yo creo que ninguno sabe lo que tiene. Su enfermedad empezó con un accidente de trabajo al que nadie dio importancia. Al ver que pasaba el tiempo y no cicatrizaba el machucón del pie, uno de los médicos del seguro de accidentes sugirió que podía ser sifilítico, pero padre negó haber tenido ninguna enfermedad galicosa. Luego empezó a echar sangre por abajo y por arriba. Cansada madre de que los médicos dijeran hoy una cosa y mañana otra, y que

las promesas y oraciones a los santos no surtieran efecto, cosa que ella justificaba diciendo que padre era muy rebelde y

muy pecador, por lo cual en el cielo habían borrado su nombre, le llevó a que lo viera la Santera, una saludadora y echadora de cartas abujada, más famosa en curar los males de amor y los aojamientos que las enfermedades. La Santera dijo que padre tenía el alma pocha de tanto vinazo y tanto fornicamiento, y padre le respondió que si por eso fuera ella debía estar hacía un siglo en el infierno, porque no había mozo en el barrio a quien ella no hubiera catado la leche y en cuanto al vino no lo bebía, porque prefería la cazalla y el chinchón. Madre contó luego que estaba afrontada y un color se le iba y otro se le venía oyendo lo que padre y la Santera se dijeron. Creo que fue la Amaranta, una amiga naturista de Luis, quien dijo que lo que padre tenía era cirrosis hepática y que ella se la iba a quitar si padre suprimía las bebidas alcohólicas y se sometía a una dieta vegetariana. El tratamiento parece que no le fue mal. Pero como a la Amaranta le dio por ir todos los días a casa, madre la tomó inquina y empezó a decir que aquella mujer no le gustaba, no porque fuera anarquista, que de por sí era bastante reprobable en una mujer, sino porque era calentona y desaprensiva de moral y no tenía ganas de que la curase al marido y la enfermase a los hijos con sus palpaciones y su sonrisa de serpiente cascabel. Luego, cuando padre perdió el conocimiento y estuvo cinco días en coma, el médico de la Iguala dijo lo mismo que la Amaranta y aseguró que era una enfermedad dura de pelar, muy ruinosa para pobres y casi imposible de curar.

Los cuatro hermanos salieron de casa juntos, pero en una callejuela inmediata a Mariano le esperaba Estrella Roja con un coche que, según les dijo, acaba de requisar. Al ver a Luis se echó en sus brazos con exagerada vehemencia, felicitándole por su salida de la cárcel. La novia o compañera de Mariano vestía un mono azul y llevaba un fusil al hombro... Luis bromeó con ella y le dijo que ahora sí que se parecía a la «Furia Roja», como la llamaba su madre.

—Perdonar, chicos, pero vuestra madre tiene más de reaccionaria que de otra cosa. Ahora le ha dado por decir que no quiere amontonamientos en la familia, como si a ella le importase mucho lo que hacemos con nuestra libertad.

—No la traga —añadió Mariano.

—Con no hacerla caso os evitáis mayores disgustos... —se encogió Luis de hombros.

La menuda agitadora comunista trató de convencerles para que les acompañaran a la Casa de Campo, donde el Partido les había mandado concentrarse. Incluso les ofreció proporcionarles fusiles, pero Luis rechazó con su habitual socarronería todos los halagos.

—Espero que nos veamos en la calle... —dijo la Estrella Roja aludiendo a la consigna de los anarquistas de que la revolución los encontraría siempre en la calle.

—Nosotros ya estamos y yo no pienso retirarme hasta que no me retiren con el pijama de madera...

Después Javi acompañó a Luis y Carlitos hasta el Ateneo Libertario de la barriada y allí se despidió de ellos. Luis quería a todo trance que se quedara con él, pero Javi le contó lo sucedido con Golito y el miedo que le tenían Benítez y Avelino... «Si hay que pelear no quiero dejarlos solos contra ese energúmeno...»

—¿Qué tal te llevas con Avelino Rico?

—Muy bien... Es un buen tipo, aunque le tira mucho lo burgués.

—Juanjo me dijo que tenía algo que ver con los Portillo.

—De Juanjo no hay que hacer caso, porque era un liante.

—Siento que haya muerto... Me hubiera gustado tener con él una explicación.

—¿No decías que era un traidor?

—Eso es lo que me dijeron, pero ahora no estoy tan seguro... El hecho mismo de que me hayan puesto en libertad, sin más, me desconcierta.

—Avelino Rico habló anteayer con el ministro de la Gobernación y le prometió interesarse por tu situación.

—Empiezo a comprender... —el tranvía llegaba en aquel momento y Javi se despidió de Luis. Carlitos ya había desaparecido en la tumultuosa algarabía que se percibía en el local del Ateneo.

Al llegar al periódico le sorprendió la tranquilidad que reinaba. La sala de redacción estaba vacía y don Ricardo le dijo que la mayoría de los redactores se habían puesto malos y en los talleres faltaba la mitad del personal. El vejete sudaba como un condenado y los ojillos astutos le brillaban de ansiedad. Javi sospechaba que estaba más de acuerdo con los sublevados que con los revolucionarios, pero fiel a su deber recorta, pega y escribe sin levantar la cabeza.

—¿Quiere que le ayude?

—No, no es necesario... —le mira de reojo sin abandonar su tarea—. He quedado con Avelino en preparar una edición aséptica, puramente informativa. No podemos arriesgamos... ¿Quién sabe lo que puede ocurrir mañana?

—El pueblo está en la calle.

—Y los militares también, hijo... —se le escapa un suspiro—. En este país no se sabe nunca lo que puede ocurrir. Mañana lo mismo podemos tener un gobierno de izquierdas que uno de derechas o una Junta militar. Por eso es mejor esperar a ver lo que nos depara la suerte...

—¿Qué opina usted de Martínez Barrio?

—Que es demasiado bueno para que le dejen gobernar los que se han propuesto incendiar este país.

—Los socialistas y comunistas se han lanzado a la calle pidiendo su cabeza y la de Azaña, acusándolos de querer pactar con los sublevados. Cuando hace un momento pasé por la Puerta del Sol, no se oía otra cosa...

—Me lo temía y se lo dije a él cuando me enteré que Azaña le había encomendado la formación de un gobierno de concordia nacional...—se quitó don Ricardo los quevedos para limpiarlos y sus ojos vivaces parecieron humedecerse—. No tenemos salvación. El misticismo de cruzados de la fe que

nos han inoculado durante siglos, nos convierte en el pueblo más Irracional de Europa...

Mientras hablaban llegaron Don Poli, Carrasco y Zacarías con un montón de noticias a cual más contradictoria. Don Poli «sabía de buena tinta» que Martínez Barrio había llegado a un acuerdo «para aflojar los fajines a los generales» y formar un gobierno de concentración nacional que convocase nuevas elecciones en un plazo indefinido. Carrasco sabía de mejor tinta, pues lo había oído por una emisora marroquí, que Mola conminaba al presidente de la República a entregarle el poder en un plazo de veinticuatro horas. Y Zacarías afirmó, que las negociaciones entre Martínez Barrio y Mola habían fracasado y Azaña había entregado el Poder a su amigo Girar para que hiciera frente a la situación.

Poco después Avelino Rico telefoneó desde la Presidencia del Consejo de Ministros, confirmando la información de Zacarías y añadiendo nuevas noticias sobre la sublevación. El alzamiento había triunfado en numerosas provincias, algunos generales leales a la República ya habían sido fusilados y los centros políticos y sindicales de las provincias ocupadas por los facciosos asaltados y destruidos. Según las referencias oficiales, los muertos se contaban ya por centenares en los lugares ocupados por los rebeldes. En Madrid y Barcelona en aquel momento estaban ardiendo varias Iglesias y el Gobierno confiaba en abortar la conjura en las dos principales capitales. Ya se habían repartido miles de armas especialmente entre socialistas, comunistas y republicanos. Se sabía que el general Goded, después de apoderarse de Palma de Mallorca, se había trasladado a Barcelona para ponerse al frente de la sublevación, y en Madrid el general Fanjul, retirado a la sazón, dirigía a los sublevados desde el Cuartel de Montaña del Príncipe Pío...

—Esto se pone mal... —movió Don Poli su bigote ratonil como si estuviera olfateando.

—Y tan mal. Como que olemos todos a chamusquina —añadió Carrasco con gesto de preocupación—. ¿Qué opina Avelino?

—Avelino no opina nada... —respondió don Ricardo—. Me ha dicho que tal vez él no pueda venir y que prepare un número estrictamente informativo. Así que

vamos a preparar una edición lo menos comprometida posible... con algunas historias de levantamientos y motines, fotos con chicas ligeras de ropa y la información del día... Tú, Revilla, podías darte una vuelta por la Plaza de España y ver lo que pasa en el Cuartel de la Montaña. Con un poco de suerte a lo mejor ves al general Fanjul salir al frente de las tropas montado a caballo...

Javi no se hizo repetir la orden. Salió a la calle perseguido por la mirada de don Ricardo, una mirada burlona, con una gran carga de ironía y de mala leche. Sin saber por qué aquel viejo liberal con ribetes masónicos le había llenado de incertidumbre. Su escepticismo lo impregnaba todo. ¿Merecía la pena entregarse enfervorizado a una parodia...?

Javi llevaba vanos años sin cruzar con su padre más que las palabras indispensables. El conflicto entre ellos era antiguo y tenía raíces muy profundas. Javi había intentado clarificarlo en una novela corta aparecida recientemente en Barcelona. Se titulaba «Los padres siempre tienen razón» y se enfrentaba rabiosamente con el sentimiento de propiedad de los padres respecto a los hijos. El muchacho era consciente de que esta primera tentativa literaria sólo era una vomitina subjetiva escrita bajo la influencia de sus autores predilectos: Nietzsche, Max Stirner, Vargas Vila, Pío Baroja, Dostoievski... Benítez había escrito un breve comentario en el que decía: «La narración está demasiado impregnada de moralismo y psicologismo, pero resulta suficientemente reveladora como testimonio del arraigo e influencia que la moral burguesa tiene en los hogares proletarios...» Petra había llorado al leerla y, aunque la consideraba «verdadera» y se sentía halagada por la sublimación de que la hacía objeto su hijo, la calificó de impudica y vergonzosa por airear en letras de molde la intimidad familiar. Durante varios días estuvo rumiando y sacando punta a la novelita... «¿De dónde sacará este Javi que los padres no tenemos derechos sobre los hijos? Bueno está que diga que los hijos no son como hongos que nacen y mueren alimentados por el agua y el sol, pero llamarnos fabricantes irresponsables de niños famélicos, condenados a ser carne de metralla o esclavos de la producción capitalista... Claro que no somos Dios, bueno estaría, pero si Dios hubiera querido que los niños se criaran en pañales de Holanda con todo mimo y regalo, y luego fueran a la universidad, no hubiera hecho el mundo con pobres y ricos. ¿Qué sabrá él...?»

Si de mí hubiera dependido a buenas horas me cargo yo con cinco leones, cinco fieras que me han comido viva...» Desazonada por lo que ella llamaba «las extravagancias de Javi», un día que sorprendió a su marido leyendo la novelita, a pesar de que ella había prohibido que se la dieran, le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Como si estuviera recibiendo la mayor paliza de mi vida.

—No ves, por eso yo no quería que la leyeras... Javi se pasa de la raya. A veces me pregunta de dónde sacará este crío esas ideas que le hacen a uno sentirse culpable.

—En mucho de lo que dice tiene razón, pero uno no nace sabiendo y la vida nos enseña a golpes. Comprendo que soy una calamidad, un impulsivo con más pasión que inteligencia, pero no sé, me parece que me atribuye demasiadas cosas malas... indiferencia por los hijos, desprecio hacia ti, egoísmo y mezquindad... ¿Qué opinas tú?

—Demasiado sabes lo que opino, no revolvamos más la mierda. Todo lo que me has hecho lo llevo dentro como un veneno que me corroe.

—Ése es el veneno de Javi contra mí.

—¿Quieres que te diga que has sido un buen padre y un buen marido?

—No quiero que me digas nada. Sólo quiero que me dejéis en paz... —se volvió de espaldas y cerró los ojos.

Aquella novelita que, según Javi, no tenía otra intención que poner al descubierto la degradación de los trabajadores acorralados en la miseria, con sus secuelas de alcoholismo, ignorancia y brutalidad autoritaria en las relaciones familiares, actuó en el espíritu de su padre como un profundo revulsivo. Aunque le doliese verse al desnudo, íntimamente no podía rechazar las acusaciones sin recurrir a la justificación o a la excusa, conceptos que el novelista llamaba trampas de la cobardía y evasiones del subconsciente. Algunas escenas le reflejaban tan a lo vivo que le hacían daño... «La Madrina era una mujer de viento largo y astuta como raposa. Madre la miraba con recelo y hasta desconfiaba de ella, pero la aceptaba como una pieza

insustituible de su rompecabezas. ¿Qué otra cosa podía hacer...? La Madrina siempre tenía el duro o los dos duros que Madre necesitaba para terminar la semana. Y luego era tan cariñosa, tan servicial y nos quería tanto. Conmigo, por ser su ahijado, tenía especiales consideraciones. En sus raptos de efusión, y ciertamente era una mujer rebosante de afectividad, solía decir que si yo era tan listo es porque había mamado su leche, y a continuación relataba la tragedia de Padre con lo verdadero y con lo que ella añadía de épico, pues aunque disimulase sus sentimientos y emociones, Padre era el fuego que enardecía las niñas de sus ojos. Yo tardé mucho en darme cuenta, porque quería mucho a la Madrina. Aunque oía alusiones equívocas en torno mío y cuando a Madre le reventaba la hiel llamaba a la Madrina zorra y pendeja y a Padre libertino y corretón, no comprendí lo que quería decir hasta que un día lo vi con mis propios ojos. Tendría yo siete u ocho años. Madre estaba asistiendo. Lucio y Mariano jugaban al fútbol en la pradera y Lucita se entretenía con otras niñas en un montón de arena. Lucio, que era el mayor, me mandó a casa a ver si había despertado el Niño. Como de costumbre, cuando no estaba Madre, salté la valla del corral. Padre regresaba del trabajo alrededor de las siete, y cuando él llegaba teníamos que estar en casa, por lo que Lucio tenía mucho cuidado en la hora para que no le pegase. Pero aquel día no serían más de las cinco. Al acercarme a la casa oí las voces de Padre y la Madrina. Me acerqué sigiloso hasta el brocal del pozo y vi que Padre se estaba lavando desnudo en la puerta de la cocina y la Madrina quería ayudarle... Márchate y déjame en paz, decía Padre, no quiero que luego se entere la Petra y tengamos morro para un año. La Madrina no quería marcharse, y Padre le decía que desde que se había ido a vivir al barrio no había hecho más que complicar las cosas, porque la gente hablaba y hablaba, y luego la Petra y Blas se encabronaban y sufrían y a él no le gustaba ver sufrir a las personas que quería... Además, yo tampoco tengo ya ganas de líos, porque los chicos se van haciendo mayores y aunque parece que no ven nada se dan cuenta de todo... Padre terminó de lavarse, ella le secó con la toalla y luego se metieron en la cocina y vi como Padre la achuchaba contra la pared. El Niño estaba llorando, pero yo no me atreví a entrar... Tardé mucho en comprender lo que había visto, pero el hecho quedó asociado a las broncas que tenían Madre y Padre a cuenta de la Madrina. Precisamente algún tiempo después Lucio, que

trabajaba en un taller de mecánica, cayó enfermo con fiebres muy altas y, como Madre tenía que ir a asistir, la Madrina se encargó de cuidarle. Fue entonces cuando Mariano empezó a decir que la Madrina era una guarra y que en vez de curarle lo que hacía era ponerle la minga tiesa y chupársela. Yo no sé cómo Padre se enteró, pero un sábado que estaba muy borracho, llamó a Lucio a la habitación y se encerró con él. Mariano y yo nos mirábamos temblando. Se ha quitado la correa, me dijo mi hermano y, efectivamente, al poco tiempo oímos las palabrotas y los correazos de Padre. Lucio no gritaba nunca cuando Padre le pegaba con la correa, hacía lo contrario que Mariano, que apenas veía a Padre llevarse la mano al cinto empezaba a gritar como las comadrejas y Padre tenía que desistir de zurrarle por no dar la bronca y que se enterasen los vecinos... Después de un buen rato, Padre salió de la habitación rojo como un cangrejo y diciendo que tenía que matarlo por cerdo y sinvergüenza. No podía ni tenerse en pie y los ojos le daban vueltas como si estuviera loco. A Mariano le sopapeó por el amago que hizo de echar a correr y a Lucita la sacudió por ponerse a llorar... Como digáis algo a Madre de lo sucedido, os mato, se dirigió a mí, que me había puesto fuera del alcance de su mano con el Niño. Luego salió al corral a mear y le vimos sacar agua del pozo y refrescarse la cara... ¿Qué había pasado dentro que Lucio no daba señales de vida? Lucita fue la primera que se atrevió a entrar y salió llorando y diciendo que el chache estaba muerto. Luego fue Mariano y salió blanco, con los ojos redondos de miedo... Aivá, lo ha esgualdrabillao, me miró temblón. Sin dudarlo entré en la habitación. Lo que vi me hizo gritar de terror y eché a correr en busca de la Madrina. Pobre Lucio, tan duro y tan fuerte, lo había convertido en un pingajo amoratado. Y ¿por qué? ¿Acaso no era lo mismo que él hacía...? En aquel momento no pensé más que en salvar a mi hermano. La Madrina no quería venir, porque decía que Padre era muy venao cuando estaba borracho, pero mis lloros y ruegos debieron impresionarla, porque dejó lo que estaba haciendo y se vino commigo. Cuando entramos en la casa Lucio ya se había repuesto, pero los verdugones de la cara y el pecho le desfiguraban por completo. Padre estaba sentado en el suelo y jugaba con el Niño y Lucita como si nada hubiera ocurrido. Al ver entrar a la Madrina se levantó furioso y sin decir una sola palabra la empujó hacia la puerta.

—¿No te da vergüenza lo que has hecho con el chico?

—Chitón y a callar. Ya te he dicho que aquí no tienes nada que hacer. Además, es mi hijo y puedo hacer lo que me dé la gana con él.

—Lo que te dé la gana es un decir, porque el chico también tiene sus derechos y no creas que es un niño.

—Ya te has encargado tú de descubrirlo, verdad, pedazo de...

La Madrina era una mujer de órdago, como decía Madre, temible por su lengua y peleona por naturaleza. Fuerte y hermosa, con un moño que era la envidia de las mujeres, cuando se soltaba el pelo, y era una de las cosas que más la gustaban, su fanfarria y su majeza resultaban provocativas. Vivía mejor que nadie en el barrio y todos sabían que no era de lo que ganaba su marido, Blas el ebanista, corto de genio, enfermizo, y muy aficionado a los toros y a la política. En el barrio decían que Blas sólo era la tapadera, pues la Madrina corría y andaba a sus anchas y no había verbena o jolgorio público que ella no patalease con sus fueros de hembra castiza.

Aquel día Padre le dijo cosas muy fuertes, pero ella no se anduvo por las ramas y le respondió con palabrotas más gordas. Y cuando Padre le dio una bofetada, ella se le tiró a la cara con las uñas engarabitadas. Para librarse de la Madrina, Padre tuvo que hacer uso de todos sus recursos. Recuerdo que mientras se peleaban a brazo partido, la Madrina decía: No creas que yo soy de las que tragan y calla como la tonta de tu mujer, que yo soy de las que muerden y arañan, y ningún hijo de su madre me pone a mí la mano encima sin dejarme carne entre las uñas... En esto, Padre y la Madrina rodaron enganchados por el suelo, y Lucio cogió el botijo y lo rompió sobre la cabeza de Padre. El resultado fue que Padre se quedó en el suelo sin conocimiento y Lucio y la Madrina se marcharon. A consecuencia de esto, Lucio tardaría dos años en volver a casa y la Madrina se mudó de barrio dos o tres días después, pero las cosas siguieron igual...»

—Las cosas no son siempre igual... —cerró Javier la novela—. ¿No te parece que te has excedido en el juicio?

Javi se encogió de hombros sin levantar la vista. Su actitud era de reserva y alejamiento. En aquel momento su padre le daba pena. Sus ojos

empequeñecidos se hundían en las cuencas desvaídos y mortecinos, y en los pómulos altos la piel se le arrugaba amarillenta.

—Quizá me haya excedido en el juicio, pero los hechos son así, yo no los he inventado... —las pupilas lechosas de su padre se encontraron por un momento con las de Javi y éste vio cómo se dilataban hasta convertirse en una grisácea nube desflecada. El viejo movió la cabeza y en sus labios y en tu mentón se produjo un ligero temblor. Pareció que iba a decir algo por el movimiento de sus labios, pero lo que le salió fue un gruñido estertoroso—. Tampoco tiene tanta importancia, padre. Sólo es una novela.

—Es mi fracaso, todo mi fracaso... —las nubes desflecadas brillaban húmedas y por las mejillas le rodaban las lágrimas—. No supe ser hombre ni revolucionario.

—Yo no he querido juzgarle, padre —le cogió la mano huesuda y se la estrechó con fuerza.

—Pero lo has hecho, y es natural. Yo también me rebelé contra mi padre. Pensaba que podía ser diferente...

—¿Qué milagro es éste? —se quedó Petra en la puerta sin dar crédito a lo que veía.

—No es ningún milagro. Llamé al chico para decirle que soy un fracasado y que tiene razón en algunas de las cosas que dice de mí.

—Vamos, vamos, tampoco es para tanto... —le arregló Petra el embozo de la sábana y casi de refilón le pasó la mano por la cara en una tímida caricia—. Si te pones así te diré que todos hemos fracasado.

—Pero yo he sido un mal padre y un mal marido.

—Ya darás cuentas a Dios, no te preocupes. Todos tenemos que dárselas.

—Sabes que no creo en la rendición de cuentas después de muerto... ¿Por qué no les has dicho a los chicos que la cárcel me volvió loco?

—No se lo he dicho ni tienen por qué saberlo. ¿Quiénes son ellos para pedirte cuentas?

—Yo no se las he pedido, madre.

—Pero siempre andas husmeando y preguntando para luego escribir esas cosas tan horribles... —señaló con gesto despectivo la novelita que su marido tenía en la mano—. Doña Casilda, mi ama, también está buena contigo. No hace más que darme la tabarra y restregarme por los ojos las cosas que escribes.

—Doña Casilda me importa un comino... ¿Por qué se volvió padre loco?

—Te he dicho que dejes a tu padre en paz —gritó Petra.

—Fui un cobarde. No pude con la prisión. Cada vez que pensaba en tu madre y en vosotros me estallaba la cabeza.

—Como le pasará a él si Dios no lo remedia, porque cada día está más enfangado en la política y la política es un veneno. Mi ama dice que terminaremos matándonos como perros y tiene razón que le sobra.

—Doña Casilda es una fascista —dijo Javi.

—Eso no es verdad. Mi señora es monárquica como lo ha sido siempre y como son todas las personas de orden...

Javi desistió de discutir con su madre sobre aquella mujer que ella consideraba el prototipo de los buenos cristianos. Su admiración por doña Casilda no tenía límites. Entró a servir en su casa cuando era casi una niña recién llegada del pueblo y salió de ella para casarse con Javier, a quien conoció en aquella casa, ya que Javier había sido ordenanza del padre de doña Casilda en Marruecos y por él ingresó después en el Cuerpo de Seguridad. Pero sus relaciones eran mucho más antiguas, pues los Revilla habían sido colonos de los Villasante desde tiempos remotos. Cuando ocurrió lo de Cuatro Caminos, doña Casilda se sintió muy ofendida, pero de nuevo le abrió las puertas de su casa para que fuera a asistir. Incluso le permitía tener a Javi con ella y, al decir de Petra, le mimaba como a sus propios hijos. Tanto cariño le tomó y tan prendada estaba de su inteligencia y dulzura, que cuando el niño tuvo edad para ello buscó buenas recomendaciones para meterle en un seminario... Si hubiera entrado en el seminario, otro gallo nos cantaría ahora, solía decir Petra cuando

recordaba la rotunda negativa de su marido a que le hicieran un hijo cura. Hay que decir que Javier odiaba a los Villasante en el mismo grado en que Petra los admiraba y respetaba. Para él era una familia de aves de rapiña que se dedicaba a fabricar esclavos y curas para seguir disfrutando del poder y la riqueza.

Petra se quedó dormida cuando empezaba a clarear y se despertó con la sensación de hallarse encadenada en los calabozos de una extraña fortaleza. Sin embargo, al despertar y encontrarse con la mirada protectora de su marido y de su hija los espectros fantasmales se esfumaron y hasta intentó sonreír como si hubiera sido sorprendida en algo vergonzoso... Parece muy tarde, ¿no?, se levantó y se atusó el pelo maquinalmente.

—Vaya unos gritos, madre. Parece que la estaban matando.

—¿He gritado yo...? No digas tonterías. ¿Por qué iba a gritar?

—Tú lo sabrás... —dijo Javier con voz fatigada—. Espero que los chicos hayan oído tus gritos, porque a mí me pusieron de pie.

—Ay, Dios mío, ¿es que todavía no han venido...? —sus pupilas se dilataron. De pronto la realidad se impuso a la turbadora pesadilla, y se acercó a Javier y le pasó las manos por la cara con intensa emoción.

—¿Pero qué te pasa?

—No lo sé. Me parece imposible volverte a ver así... —hacía más de quince días que Javier no podía moverse de la cama y dos días antes el médico había dicho que sus horas estaban contadas—. ¿Y dices que han sido mis gritos...?

—Claro que han sido sus gritos. Y a mí también me han despertado —dijo Adela.

El sol inundaba la casa y por las ventanas abiertas de par en par entraba la algarabía de la calle. De pronto se oyó una fuerte explosión y varios cañonazos. Adela corrió a la puerta del jardincillo y Petra se asomó a la ventana.

—Parece que están bombardeando el Palacio de Oriente —se volvió Petra hacia su marido con gesto de estupor.

—¿No será el Cuartel de la Montaña...?

En la calle crecían las voces y los comentarios en voz alta. Javier salió a la calle apoyado en el hombro de su mujer. En el aire ronroneaban aviones y, de vez en cuando, volvían a repetirse los cañonazos. Algunos vecinos se acercaron a interesarse por la salud de Javier. Todos le encontraban mejor que nunca y algunos le daban ánimos.

—La revolución es una buena medicina para el señor Revilla —comentó Agapito el legionario que, a pesar de la hora, ya andaba con alguna copa de aguardiente de más en el cuerpo—. Parece que los sublevados están dando las últimas boqueadas. La Pasionaria decía hace un rato por radio que no había que dejar ni uno vivo.

Agapito no era de fiar, porque presumía mucho de haber sido uña y carne de Millán Astray en la Legión y se decía que en las elecciones de febrero había vendido su voto a las derechas.

—Menuda tarasca está hecha la señora Pasionaria. Bien pocas cosas tendrá que hacer en su casa cuando no hace más que hablar —comentó Dora, la mujer de Agapito.

—La camarada Pasionaria no es ninguna tarasca, y ya que me tira usted de la lengua le digo que más quisiera usted parecerse al forro de sus zapatos —replicó la señora Sinfo.

Por si o por no, las dos mujeres se enzarzaron en una polémica que terminaría en bronca y agarrada. La Dora por el hecho de ser su marido sargento mutilado de la Legión, siempre estaba de parte del orden y la autoridad. Sin embargo, aquel día, como comentó luego Petra con su marido, le salió el burro malcapado, porque la Sinfo le cantó las cuarenta bien cantadas... «Si usted es la esposa o la arrimada de un sargento mutilado por la patria, y lo tiene a mucha honra, yo le digo que si no fuera por su hermana Sara, que se gana la vida por las esquinas y trae buenos duros para que usted y su mutilado se den la gran vidorra, ya veríamos si no tenía la sangre más roja que la camarada Pasionaria...»

Mientras las mujeres y algunos hombres, muy pocos, discutían en grupos aparte, Petra vio aparecer por lo alto de la calle a la tía Moñeta «arrastrando los zancajos», como ella decía.

—Mira, mira, quien viene... —le dijo a su marido.

Javier dirigió la vista hacia la cuesta con un gesto de dolor concentrado y vio a su tía, una prima hermana de su madre que ni ella misma sabía los años que tenía. Andaba corcovada, apoyándose en una garrota, y las sayas pardas de monja arrastraban el polvo al andar. Javier y Petra la esperaron en la puerta del jardincillo. Viene huyendo de la quema, le había dicho Javier a su mujer, y así era. Apenas se acercó a ellos, los ojuelos de la anciana se llenaron de lágrimas y con voz temblona les contó que los revoltosos habían asaltado el convento diciendo que las hermanitas fabricaban caramelos envenenados y tenían armas escondidas.

—No me extrañaría nada que fuera verdad —dijo Javier.

La tía Moñeta no hizo caso o no escuchó las palabras de su sobrino, porque siguió relatando con voz plañidera que los «hijos del Anticristo» no habían tenido compasión ni respeto por las religiosas que se apiñaban en la capilla al amparo de la cruz, y después de revolverlo todo las habían puesto de patitas en la calle.

Como algunas de las vecinas que discutían empezaron a mostrar curiosidad por lo que decía «la parienta de los Revilla», que unos tenían por mendiga, otros por hermana lega, y no faltaban los que decían que era bruja y hechicera, Petra la mandó entrar en la casa y cerró la puerta.

Javier quiso celebrar la victoria del pueblo bebiendo un vaso de vino en compañía de su tía. Petra protestó diciendo que no estaba en condiciones de beber nada, porque llevaba casi una semana sin meter en el cuerpo más que algunas cucharadas de caldo. Pero se puso tan pesado en festejar la victoria del pueblo y la tía Moñeta adujo tan buenas razones para demostrar que el vino no hacía mal a nadie y que estimulaba mucho a las almas encogidas y a los enfermos, que Petra les puso una botella de vino tinto en la mesa... Para Petra todavía era un misterio el porqué Javier y su tía hacían tan buenas migas

siendo tan contrarios en cuestiones de religión. La razón que ella se daba es que en el fondo los dos eran muy libertinos y sueltos de moral.

Adela entró sofocada diciendo que ya habían tomado el Cuartel de la Montaña y quitado las armas a los sublevados.

—¿De modo que andas por ahí cotilleando? —la increpó la madre de mal humor.

—No ando cotilleando. Fui al Ateneo a ver si sabían algo de los chicos —se dejó besar pasivamente por la tía Moñeta, y se encaró con la mirada fija de la madre—. Usted mucho gritar y mucho decir que si les habrá pasado algo, que si la están quitando la vida, pero luego se queda ahí tan fresca a verlas venir...

—Mira, la soleta. Como te dé un bofetón vas a ver tú si... ¿O es que quieres que me eche a la calle a robar tiendas y asaltar conventos como una tiorra más?

—Pues yo también quiero hacer la revolución y no me voy a quedar con los brazos cruzados como una inútil. Si hay que luchar, yo quiero luchar como los demás. Quiero ir con mis hermanos y con las compañeras del Ateneo a dar la cara.

—A ver si la cara te la pongo yo a ti como un pan. No me atufes y dime lo que sabes de tus hermanos... —la zarandeó Petra.

—Creo que se han portado como unos jabatos... —se le llenaron los ojos de lágrimas—. De Luis cuentan y no acaban. Dicen que fue uno de los primeros que entró en el cuartel... Una compañera me ha dicho: hija, no sé si quedará algo de él, porque la última vez que yo le vi las compañeras se lo estaban comiendo a besos.

—Y el muy cochino estará tan contento —gruñó Petra emocionada.

—¿Qué sabes de los otros... de Javi? —preguntó el padre con las facciones desencajadas.

—Javi habló hace un rato por radio. Dicen que dijo cosas muy bonitas para que todo el mundo se declare en huelga y los jóvenes se incorporen a las milicias del pueblo.

—Qué hijos, qué hijos... —se restregaba Petra las manos y se mordía los labios—. ¿Y de Mariano y Carlitos no has averiguado nada?

—Carlitos anda por ahí persiguiendo a los fascistas, y los del Radio Comunista me han dicho que Mariano está en Campamento con las milicias del coronel Mangada. Así que todos se encuentran bien.

—Eso tengo yo que verlo con mis propios ojos, y va a ser ahora mismo, en el momento que me atuse el pelo y me quite las legañas... —se metió Petra en la cocina.

—Yo voy con usted, y para que lo sepa de una vez, me voy a quedar en el Ateneo para ayudar a las demás mujeres.

—Tú te quedas en casa con tu padre. ¿No pensarás que le vamos a dejar solo, verdad?

—Se queda la tía con él... —Adela buscó el asentimiento de su padre, pero le vio tan descompuesto, con aquel gesto apretado y tenso, que se abrazó a él—. Tiene usted que meterse en la cama.

—Acompaña a tu madre y no te preocupes de mí. Yo ya no sirvo para nada... Tus hermanos... diles que cumplan con su deber sin hacer caso de nadie... que lo primero es la revolución... —se encogió apretándose el vientre con las manos, y cayó al suelo de lado.

Petra acudió inmediatamente a los gritos de su hija y de la tía Moñeta, pero todo fue inútil. Javier se estaba desangrando por arriba y por abajo. Su boca era un gluglú de sangre y por la parte trasera del pantalón brotaba un manantial que iba formando charco... Las voces de las tres mujeres trascendieron a la calle y en pocos minutos la casa se llenó de vecinos. Entre unos y otros trasladaron el cuerpo de Javier al dormitorio, un cuerpo del que sólo quedaban los tendones, la piel amarillenta y la armazón ósea, y a Petra, que parecía una estatua de sal sin lágrimas y sin palabras, se la llevaron a la

cocina. Adela no quiso separarse de su padre y la tía Moñeta se salió a llorar al corral con la botella de vino.

Qué pena, decían las mujeres, el pobre hombre soñando toda su vida con la revolución, y ahora que la revolución llega... Para que luego digan que hay justicia en el cielo...

La muerte de Javier Re villa se extendió rápidamente por el barrio y no tardaron en presentarse sus viejos camaradas de lucha sindical. Su cadáver fue cubierto con una bandera roja con los símbolos de la Casa del Pueblo de Madrid y durante todo el día desfilaron centenares de personas para testimoniar su pésame a la familia. Las coronas enviadas llenaban la habitación. Ni Petra ni Adela tenían palabras para agradecer tanto pésame y tanto elogio del difunto, pero la tía Moñeta tenía tantas que nadie entraba ni salía de la casa que no escuchase el panegírico de su sobrino... Era un bendito, un santo que no creía en Dios, pero que no tenía nada que envidiar a los santos más renombrados de la corte celestial. ¿No se parecía en lo magro y seco al Pobrecito de Asís? Y en aquella cara, de la que había huido la sangre que inficiona de pasiones al alma y emporquece el cuerpo, ¿no veían los más incrédulos la gracia seráfica de los puros de corazón...? A lo que la señora Rosenda respondió: «No tanto, no tanto, señora Moñeta, que todos sabemos las arrobas de vino que Javier se lleva en la andorga y los líos que se traía con María la del ebanista y con otras, que en eso de beber y atacar a las hembras no tenía límites. Y si no que se lo digan a la pobre Petra y a sus hijos... Es como el mío, mucho hablar de la revolución y de la lucha cuando tiene un trago de más, y lo tiene todos los días, y ahora está amagado como una liebre. Pues ya le he dicho esta mañana: o cogen un fusil y haces la revolución de verdad o a mí no me vengas con más borracheras revolucionarias, porque eso sí que no te lo consentio...» Petra no hacía más que decir: «Estos hijos, estos hijos, ¿es qué todavía no se han enterado de que su padre está de cuerpo presente? Yo no digo que fuera un santo, como dice la tía Moñeta, pero tampoco merece que sus hijos le vuelvan la espalda. Si les quitó mucho para bebérselo en vino y lisonjear a las zorras, no fue por maldad, porque malo no era, bien lo sabe Dios. Las injusticias le quemaban la sangre y las necesidades que veía le hacían blasfemar y llenarse de odio contra los burgueses, pero las necesidades de su

casa tampoco las tenía en cuenta. A veces he pensado que se emborrachaba para no verme a mí arrastrada, con la soga al cuello y a sus hijos desharrapados y muertos de hambre. Sólo Dios sabe por qué hacemos lo peor cuando deseamos lo mejor...» Y de pronto vio a Javi en el umbral, serio, demacrado, con las pupilas fijas en el cadáver de su padre.

—Ya era hora que os acordaseis de vuestro padre... —se abrazó Petra a él y las lágrimas contenidas durante todo el día brotaron en cataratas—. ¿Y tus hermanos?

—Por ahí... Supongo que no saben nada. Yo mismo me he enterado por casualidad hace un momento.

—No merecía esto... —mordía Petra el pañuelo para reprimir la congoja.

—Vamos, madre, no podemos llorar por los muertos. Hoy he visto más muertos que en toda mi vida y seremos muchos los que todavía caeremos...

Petra se llevó a Javi a la cocina y allí se les reunieron Adela y la tía Moñeta. El muchacho se encogía y cabeceaba de sueño... Pobre hijo mío, no puede con su alma. Parece que me lo han arrancado a puños las pocas chichas que tenía. Estoy segura que no ha comido ni ha dormido desde ayer. Javi no decía nada. Aceptaba pasivo los elogios de su hermana y de la tía Moñeta, y los reproches de su madre, que insistía a todo trance en conocer el paradero de sus hermanos, mientras le preparaba un par de huevos con patatas fritas... De sus hermanos sabía muy poco. A Carlitos le había visto dos veces desde que salieron de casa la noche anterior. Una de ellas en el Ministerio de la Gobernación, adonde habían ido a llevar a tres individuos que habían sorprendido disparando desde una azotea con rifles, y luego, casi de madrugada, al salir de una casa de prostitutas en la calle de la Ballesta. A su madre le dijo que había sido al salir de un bar por no preocuparla. Pero Carlitos estaba de lo más fanfarrón y estúpido, presumiendo de que la «lumi» no quería dejarlo marchar por el gustazo que le había dado... A Mariano y a la Estrella Roja los había visto un momento en el campamento que las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas tenían en la Casa de Campo... ¿Pero es que la Estrella Roja, que más que estrella parece un escuerzo, no le deja ni a sol ni a sombra?, le contempló su madre atufada. Anda, ¿y si se quieren?, dijo Adela.

A ti no te han dado vela en este entierro y lo que tienes que hacer es ir a velar a tu padre, porque yo no digo que no se quieran, pero que se quieran como Dios manda, y no aquí te cojo y aquí te mato, como los perros y las bestias... Qué hijos, qué hijos, ni se acuerdan de su padre ni de su madre ni de la moral... Anda, sigue, sigue. ¿Es verdad lo que dicen de Luis...? Javi pareció desvelarse al comentar las hazañas del mayor de sus hermanos. Siempre había sentido admiración por él, pero aquella noche se le había revelado como una fuerza indomable en la acción. Se lo encontró en la noche del sábado al domingo en la Plaza de España con Serrano, uno de los dirigentes de los Grupos Antimilitaristas, y Julio Antero, un capitán de artillería retirado al que Javi no conocía, y a partir de aquel momento sólo se separó de él a las tres de la madrugada para regresar al periódico con un reportaje de urgencia sobre lo que ocurría en los cuarteles y el relato de algunos evadidos. Pero en el periódico ya no había nadie y la edición estaba en máquina. La opinión de los trabajadores de talleres es que todos los redactores, empezando por el director estaban cagados de miedo... Javi regresó desmoralizado a la Plaza de España, donde los guardias de Asalto tomaban posiciones estratégicas contra los sublevados del Cuartel de la Montaña y acompañó a su hermano en una peligrosa misión al Campamento, donde debía recibir una partida de bombas de mano y cartuchos de dinamita. Pero antes de llegar a la cita fueron sorprendidos por una patrulla que mandaba un oficial de Ingenieros y llevados a un barracón. Sin decirles que estaban detenidos, el oficial les dijo que tenían que quedarse allí hasta que amaneciera. En el barracón había una docena de personas en las mismas condiciones, que no sabían por qué les habían llevado allí ni conocían el bando al que pertenecía el oficial. La situación no podía ser más confusa y alarmante. Y fue Luis quien agarró al gordo oficial por la guerrera y le vapuleó, obligándole a definirse. La situación no podía ser más chusca, ya que los soldados de la patrulla se confesaron leales a la República lo mismo que los detenidos. Al final, y después de muchas vacilaciones, se declaró leal al gobierno, aunque no estaba seguro de la actitud de sus jefes. Insistió mucho en que él no entendía de política, aunque tenía un primo muy republicano y algo bolchevique, al que quería mucho, y podía dar informes de él. Como los militares y civiles detenidos decían todo lo contrario y afirmaban que era un «facha», Luis optó por llevárselos a todos en una camioneta que

había allí, con las armas y una importante partida de dinamita que encontraron... Antes de comenzar a comer los huevos y las patatas fritas que su madre le preparó, Javi empezó a dar cabezadas y con el último bocado dobló la cabeza y empezó a roncar. Su madre le echó una toalla por encima de los hombros, apagó la luz y volvió al velatorio.

La muerte de Javier Revilla en un día tan cargado de emociones como aquel, produjo una cierta conmoción en la vecindad. No en balde los Revilla polarizaban los sentimientos y parcialidades de aquella aglomeración de casas, casuchas, chabolas y algunos pretenciosos chalés. Galindo, el tendero, que había levantado un tinglado comercial de cierta entidad a expensas de los fiados, las sisas en el peso y el agua que prodigaba generosamente en el gordo vino de Méntrida, su pueblo natal, recordó el día que llegó Javier Revilla con un carro de muebles viejos, los cuatro críos mayores y la Petra en trance de preñez, a meterse en la casa de la loca, una casa que nadie quería alquilar, porque su propietaria había perdido el juicio con la muerte repentina del marido y el asedio de las almas de los cercanos cementerios. Entonces el barrio sólo era un centenar de casas diseminadas y la promesa del coronel Millán Astray (cojo, manco, tuerto y con el pecho cubierto de medallas y condecoraciones en premio a su heroica embriaguez africana) de convertir aquellos arenales y basureros bautizados con el nombre de El Tercio en «un paraíso que recordase la inmortal epopeya de la vanguardia española en Marruecos». El señor Galindo hablaba como si acabase de ocurrir, ya que Javier Revilla era casi paisano y en las confidencias que se hicieron aquel domingo al calorillo del vino de la tierra, descubrieron que tenían muchos ascos y muchas antipatías comunes... la tierra enfeudada, los caciques políticos que se enroscaban trepadores a todo lo que crecía con ansias de libertad y justicia, y el germen ^socialista que les crecía como una esperanza redentora. Desde el primer momento se hicieron amigos y Galindo le abrió cuenta para matar las penas y entretener el hambre. Luego Petra se lamentaría y más de una vez le echaría en cara sus facilidades para que Javier se olvidase de la cárcel que acababa de padecer y se diese al trago de más y al olvido de sus deberes de padre. Galindo decía a los que le escuchaban que, con todos sus defectos, Revilla era uno de los hombres más conscientes y solidarios que conocía. A lo que Damiana, su mujer, adujo, que si el difunto Revilla era un

mártir o poco menos, como decía su marido, la Petra sí que era una santa, porque pocas mujeres en el barrio podían blasонar de tantas fatigas y sacrificios para sacar adelante su «camada de chivos locos»... Dora la legionaria, que acababa de salir del velatorio, porque, según dijo, no podía aguantar el olor a tantas flores rojas y el tufo de la podre, puso en solfa los encomios de los tenderos al difunto y a la viuda por engendrar hijos tan descastados y terroristas.

—No sé que tendrá usted que decir de los chicos... —intervino la señora Rosa, la madre del Orangután—. Para mí son como todos los chicos del barrio. Salen rebeldes, porque como dice mi Alberto, los hemos criado a Coscorrones y sopas de ajo.

—Yo no digo que sean peor ni mejor que los demás, pero sí que son de los más revoltosos... ¿No han visto a Luis en las primeras páginas de los periódicos?

—Por mi hijo sé que se ha portado como un jabato en el asalto al Cuartel de la Montaña —dijo una mujer toda enlutada.

—Pues mi Agapito dice que le va a costar lo suyo, porque los militares no son de los que perdonan esas tropelías.

—Tampoco el pueblo va a perdonar a los militares la sarracina que han organizado... —dijo la señora Rosenda.

La luna ya se inclinaba hacia el oriente y los grillos empezaban a cansarse de su lujuriente cricrí cuando se paró un cochazo negro y se apeó Luis con la camisa suelta y el pecho velludo al aire. Al costado llevaba una «parabellum» con cargador de disco. Saludó con un parco «buenas noches» a los grupos de hombres y mujeres que charlaban perezosamente en el jardincillo y entró en la casa abierta de par en par. Poco después se oyeron los gemidos y reproches de Petra.

—¿Han venido ya todos los hijos? —dijo la señora Rosa en tono amodorrado.

—Para mí que todavía falta el Mariano —dijo la señora Damiana—. Como anda tan enamoriscado con esa polillita que dicen que es una dirigenta comunista.

—Ya, ya, con lo guapote que es el chico y se ha ido a enamorar de una lagartija con gafas —dijo otra mujer.

—Para mí el más guapo de los Revilla es el Luis —murmuró Dora—. Si no fuera tan orgulloso y tuviera esas ideas tan raras.

—A mí las ideas me parecen normales y respetables como todas las ideas —dijo el señor Galindo.

—Vamos, no diga usted que todas las ideas son respetables... —se desperezó la mujer del sargento legionario—. Mira que decir que la propiedad es un robo, el matrimonio una trampa y la religión el opio del pueblo. A mí eso de que cada cual haga lo que le venga en gana, no me va. Aunque reconozco que Luis tiene más empaque y no me extraña que las chicas del barrio se lo disputen por lo arremolinao que es, en cuanto a las ideas me parece mucho mejor el Mariano, porque es más comedido y respetuoso.

—Para mí el mejor de todos es Javi —dijo la señora Damiana—. Siempre con sus libros y ansioso de aprender más.

—Y jeringando a la Encarna —añadió Dora—. Muchos libros, mucha escuela y mucho escribir en los periódicos, pero en lo referente al triquitaque lo mismo que su padre y sus hermanos.

—Yo más bien creo que son habladurías —dijo la tendera.

—Nada de habladurías —se engalló Dora—. Lo que han visto estos ojos no lo puede negar nadie. Ay, ay, si las paredes del cementerio y el arroyo hablaran...

—Qué horror, con los muertos presentes. Yo no sé cómo se pueden hacer esas cosas ante las ánimas benditas sufriendo por sus pecados...

—Vamos, señora Rosa, que todos hemos sido jóvenes y hemos hecho cosas que luego nos pesan o no nos pesan, pero que no son de las que las ánimas ven con buenos ojos —dijo la señora Rosenda.

—¿Y usted va a las tantas de la noche por las paredes del cementerio? —preguntó la mujer enlutada.

—Yo voy a las tantas o a las cuantas, depende de mi Agapito. En cuanto no puede dormir y la metralla de la cabeza se le empieza a revolver, se pone como loco y entonces, hale Dora, a pasear hasta que se le duermen las pesadillas...

Mientras Dora contaba con pelos y señales las manías de su marido y aquellos dolores que le ponían endemoniado y le hacían creer que se hallaba cercado por los moros, desangrándose y muerto de sed, salió la señora Sinforesa rezongando... No me digan, pero el criar hijos es como criar cuervos. Primero llega el Javi, se llena la panza y se queda roque sobre la mesa de la cocina; después se presenta el Carlitas y hace otro tanto, con el agravante de que se desnuda y se queda en taparrabos, porque dice que no puede resistir el calor. Y ahora llega el Luis, se pone la Petra a llorar y su hijo le dice tan fresco, que lo mejor que ha podido hacer su padre es morirse, porque no tenía remedio... No me digan ustedes que no son hijos descastados.

—Son como todos los hijos —dijo la señora Rosa—. Van a lo suyo y a los padres que nos parta un rayo.

—Pues a mí, les digo la verdad, me parece una grosería y una falta de consideración. Mira que Javi ponerse a comer tan tranquilo con su padre de cuerpo presente...

—Lo que le pasa a usted, señora Sinfo, es que está muy quemada con lo que se dice de Javi y de su Encarna —encizañó Dora.

—Mucho cuidado, señora Dora, que no estoy dispuesta a que mi hija vaya y venga en lenguas de pécora. Y sepa usted de una vez, que entre el Javi y mi Encarna no ha habido nada que haya que ocultar. Si he mandado a mi hija al pueblo con los abuelos es porque no quiero que me la recaliente un niñato imberbe que sólo piensa en el desnudismo y el amor libre.

—Y en estudiar y en trabajar y en decir a los hombres que no deben conformarse con el trago de vino y el jornal de hambre —dijo Rosenda—. Hace algunas noches que le oí hablar en el Ateneo Libertario y dijo cosas que la abrían a una las carnes y daban ganas de liarse la manta a la cabeza y acabar

con tanto explotador como nos engaña. Y mi Juanito, que va a la escuela racionalista, dice que es muy bueno y que sabe mucho.

—Sabrá mucho, pero es tan sinvergüenza o más que sus hermanos... Que no me digan a mí que es de personas decentes plantarse desnudos en el corral y echarse cubos de agua —dijo la señora Sinfo.

—No creo que hagan mal a nadie con echarse cubos de agua. Si tuvieran cuarto de baño no se pondrían a remojo en el corral —dijo Damiana.

—Lo harán lo mismo, porque son muy sinvergüenzas. No se dan cuenta que hay chicas y personas decentes que no tienen por qué ver sus colgajos. Y luego va su madre y me dice que lo que tiene que hacer mi Encarna es no mirar por entre las rendijas de las tablas. Y les juro que no es sólo mi hija. A mí misma hace unos días el Carlitos me restregó sus cosas por las narices, y ya no es un niño, caray, que yo diría que les da ciento y raya al Luis y a su padre.

—Ja, ja, ja... —soltó Dora la risa—. No ve lo que pasa por meter las narices en cercado ajeno.

—Me parece que tengo derecho a hacer lo que me dé la gana en mi casa.

—Pues entonces no se queje, porque los chicos también están en su casa o en su corral. A mí, sinceramente, el comportamiento de los Revilla en ese sentido me parece muy sano y normal.

—A usted sí, porque es como es, pero una tiene otros principios.

—Sus principios y los míos tienen muy poco que echarse en cara, señora Sinfo. Si yo fui cantinera de la Legión, usted también tiene sus correrías...

A la vista del cariz que tomaba la conversación, el señor Galindo y su mujer se levantaron, y la señora Rosa, la Rosenda y demás personas que asistían a la escena trataron de poner paz entre Dora la legionaria y la señora Sinfo. Como ambas tenían la lengua larga y la intención retorcida, en unos segundos se embadurnaron de palabras maldicentes. Afortunadamente, Agapito, que era de por sí hurao y poco dado a la sociabilidad, se hallaba sentado en un montículo cercano y al oír la voz destemplada de su consorte, se asomó a la verja del jardincillo y con media docena de blasfemias seguidas obligó a su

mujer a morderse la lengua y regresar a casa. La señora Sinfo se quedó jeremiando y justificando su honradez y la de su hija, de la que Dora dijo que «estaba más jodida que carracuca» y que si ella se había casado con el Benito, que era un vago y un macarra barato, con un hijo tonto de propina, es porque su empleo en los urinarios «tenía mandanga y arrastraba cola...» Otra de las cosas que Dora dijo con su desparpajo de «cantinera de morerías», es que le gustaría saber los padres que había tenido Encarna, y la señora Sinfo se encargó de demostrar con muchas remilguerías, que su hija sólo tenía un padre, como Dios manda, un niñato tan sabihondo como el Javi, pero de mejor cuna, el cual le había embebido los sesos con su labia, haciéndole creer que se iba a casar con ella. La señora Sinfo se puso tan pesada de nostalgias que terminó relatando por lo menudo los sutiles engaños de que se valió su señorito para abusar de su ignorancia. La señora Rosa le hizo observar que si el crío tenía poco más de dieciséis años, como ella decía, no podía ser tan astuto y engañoso.

—Pues sí que lo era, lo mismo que digo que era muy listo y muy guapo. Y para mayor inri se llamaba Francisco Javier y las criadas le llamábamos señorito Javi. Por eso les digo que no me fío un pelo de los que parecen tan buenos y tan santitos, y además se llama como el pájaro de marras, que me la jugó bien jugada con sus niñerías...

Cuando la Sinfo se marchó, la Rosenda dijo que si fue tonta al dejarse embolicar por su señorito y lo había vuelto a ser cargando con el vago del Benito, revelaba que lo seguía siendo al oponerse a los amores de la Encarna con el Javi, que era de lo mejorcito del barrio y estaba convencida de que las intenciones del chico de los Revilla eran más honradas.

Como empezaba a levantarse relente, las mujeres se metieron dentro de la casa a seguir murmurando y los hombres se esfumaron. Casi de madrugada la tía Moñeta sugirió la idea de rezar un rosario por el alma de su sobrino difunto, pero Petra se opuso por respeto a su marido... Lo que no fue de su agrado en vida tampoco puede serlo en la muerte, y para mí vale por lo que su alma tenía de verdadera, y eso sólo Dios, nuestro señor, puede apreciarlo...

El entierro de Javier Revilla fue uno de los espectáculos más fastuosos y coloristas que se recordaban en el barrio. Por iniciativa de Sonia los alumnos de la escuela se encargaron de despoblar de flores rojas todos los jardines y macetas de los alrededores y a la hora del entierro parecía que en la habitación donde reposaban los restos del difunto había florecido la revolución. Por otra parte, la carroza fúnebre fue engalanada con más de cincuenta coronas con banderas rojas y rojinegras de partidos políticos y organizaciones sindicales. Nunca se habían visto en el barrio tantos coches ni tantas banderas reunidas. «Ni a los ministros les dan tanto pisto...», comentó la Dora displicente. Algo sin duda había cambiado para que se reuniera todo el barrio a despedir a uno de sus vecinos más desgraciados, como dijo el señor Galindo. La explicación del cambio la dio poco más o menos la Estrella Roja, especializada en movilizaciones de masas y mítines relámpago, cuando a pesar de la oposición de Mariano y Luis, se subió a la verja del jardincillo y arrojó su voz torrencial: «Camaradas y compañeros que me escucháis. En este momento en que llevamos a la tumba al camarada Javier Revilla, una víctima más del capitalismo, un héroe de las jornadas revolucionarias de 1917, conviene no olvidar que nos hallamos en guerra contra el fascismo mundial que hoy ensangrienta nuestra patria. Seamos consecuentes con los héroes del proletariado y juremos no cesar en la lucha hasta que no hayamos aplastado a nuestros enemigos de clase...» Hubo un intento de aplauso que Luis cortó con siseos y enérgicos movimientos de brazos. Pero entonces fueron los chicos de la escuela y algunos muchachos de las juventudes libertarias los que pidieron que hablase Javi. Éste se negó, vapuleando a los que intentaban auparle, pero entonces el hermanastro de Encarna, un gigantón deforme y aniñado al que los chicos llamaban el Carapán, le metió por detrás la cabeza entre las piernas y lo levantó del suelo. El UHP se repitió unánime y ensordecedor y los grupos dispersos se agruparon en torno al improvisado orador. Aunque Javi tenía cierta facilidad para la improvisación, en aquel momento se hallaba tan confuso que no se le ocurría nada. Pero al ver a su madre enlutada, con la cabeza cubierta por un pañuelo negro, tartajeó la palabra «madre mía» y después se le formó la palabra «compañeros» con fuerza vibrante. Al hacerse el silencio, se sintió como hipnotizado y empezó a decir palabras, palabras... «Creo que el mejor homenaje que podemos hacer a mi padre, que, como la

Estrella Roja ha dicho, es uno de tantos y tantos miles de hombres que soñaron con el socialismo, es mantenemos unidos contra el enemigo común. La última vez que hablé con él, hace cuatro o cinco días, me dijo: desconfiar de los que piden orden y paz cuando los trabajadores se mueren de hambre y las cárceles se llenan con los que reclaman justicia. No os dejéis engañar por los políticos que sacrifican los derechos de los trabajadores en sus pactos y componendas. Por experiencia sé que los trabajadores han fracasado siempre que sus dirigentes aburguesados y podridos no les han dejado formar el montón. Mantener en alto la bandera de la UHP y seréis invencibles... Yo le prometo, padre, que sólo arriaremos la bandera de la revolución con la muerte. Que nadie piense en dar marcha atrás, porque el pueblo en armas está dispuesto a reventar cualquier tipo de sociedad que nos niegue el derecho a ser hombres, el derecho a ser libres y el derecho a colectivizar la economía en provecho de todos. Para conseguir esto, tenemos que permanecer unidos y vigilantes. Que el enemigo burgués de derechas o de izquierdas, no importa el disfraz que se ponga, ya conspire en los cuarteles, en los consejos de administración de las empresas, o en las sacristías y obispados, sepa que la Unión de Hermanos Proletarios es una realidad, y socialistas, comunistas y anarcosindicalistas, estamos dispuestos a arrollar a todos los que se opongan a la revolución...» Los aplausos y gritos de UHP estallan frenéticos. Por la cara pálida de Javi caen chorretones de sudor y sus ojos arden. «Bájale ya», zarandea Luis al Carapán, pero el hermanastro de Encarna echa a correr con él. El gigantón oligofrénico se abre paso a codazos y trompicones entre la multitud. Parece enloquecido lanzando risotadas y rebuznos llevando a Javi en los hombros, hasta que Luis le obliga a soltar a su hermano, y cuando el Carapán se aleja, le grita con su lengua de trapo.

—¿Sabes que la Encarna es una puta?

—¿Qué dice ese imbécil? —mira Javi a su hermano.

—No le hagas caso... —se lleva Luis a Javi y lo mete en el coche.

El Carapán se queda haciendo corcovas y gritando: puta, puta, puta... más puta que su madre...

Una vez dentro del coche, un «Packar» recién estrenado en el que iban cuatro compañeros del grupo de su hermano armados con fusiles y pistolas ametralladoras, Luis le echó el brazo por el hombro y le dijo: «No debes hacer caso de la Encarna, no merece la pena...» Luego se puso a hablar con los de su grupo de los planes inmediatos. En el momento que enterrasen a su padre se unirían a una columna que había salido de Madrid para reducir a los sublevados de Alcalá de Henares y ya no pararían hasta juntarse en Zaragoza con las columnas anarquistas que se estaban organizando en Barcelona.

—¿No piensas volver a casa? —le miró Javi de reojo.

—Lo primero es acabar con el enemigo.

—Entonces, yo me voy contigo.

—Ni lo pienses. Tú te volverás a casa...

Javi se obstinó en seguirle y los compañeros de su hermano le apoyaron. El Rafa dijo incluso que sería estupendo llevar con el grupo un poeta y escritor que relatase sus hazañas, pero Luis no se dejó convencer. Estrechando el hombro de Javi argumentó que su hermano servía mejor a la revolución con la pluma que con el fusil... «En primer lugar, no sabe manejar un arma de fuego ni le ha interesado nunca, y en segundo me obligaría a mí a estar pendiente de él. Que escriba, que escriba. La revolución se hace lo mismo con la pluma que con las pistolas. Ojalá supiera escribir yo como él...»

En el cementerio volvieron a repetirse las lisonjas fúnebres. Esta vez fueron sus camaradas socialistas y ugetistas los que rindieron homenaje «al viejo luchador que lo había sacrificado todo, incluso la familia, a la causa socialista». Pero al final la Estrella Roja volvió a pronunciar unas palabras para decir «que si era verdad que el camarada Javier Revilla había muerto siendo uno de los más fieles seguidores de Largo Caballero, también era uno de los primeros socialistas que había sentido la llamada de la unidad y en 1921 se mostró partidario del ingreso de los socialistas españoles en la III Internacional».

—La Estrella es capaz de sacar héroes de entre las piedras —murmuró Javi entre Luis y Carlitos.

—Si la dejases hablar convertiría al viejo en un Lenin —añadió Luis.

—Y a Nano en un Stalin —comentó Carlitos en tono jocoso.

—¿Qué habláis de mí...? —apartó Mariano la mirada embelesada de su novia.

—De ti nada, de tu Estrella Roja, que tiene más cara que un elefante...

La despedida del duelo fue larga y agotadora con aquel sol abrasador cayéndoles encima. Luego Javi confesó a su madre que nunca se había sentido tan conmovido. Mientras el cadáver descendía a la fosa sintió que los ojos le escocían y del pecho le subía una congoja sorda que terminó por convertirse en lágrimas al estrechar la mano y recibir el pésame de los cientos de personas que desfilaron ante los cuatro hermanos.

—Es natural que sufras por la muerte de tu padre... —le acarició su madre la cabeza—. ¿Y tus hermanos?

—Mis hermanos tienen más carácter que yo.

—Dirás que son más borricos.

—Usted ya no se acuerda de todo lo que nos ha hecho pasar.

—Pero era vuestro padre.

—Ninguno le pedimos que lo fuera.

—Yo tampoco se lo pedí al mío. Mira, hijo, son cosas de la vida... o de Dios, sí, de Dios más que nuestras. ¿Tú crees que yo...? Todavía eres muy joven para comprender estas cosas, aunque me parece que ya tienes alguna idea por todo lo que se dice de la Encarna...

—Eso es cosa mía, madre —enrojeció violentamente Javi.

Su madre le contempló largamente, movió la cabeza y salió de la habitación bisbisando palabras ininteligibles... La imagen de Encarna daba vueltas en su cabeza. No creía lo que había dicho el Carapán, pero tampoco lo daba por imposible. Javi estaba convencido que la única persona que conocía lo de Encarna era su hermano Luis. Fue poco antes de entrar éste en la cárcel por lo del atraco. No tuvo más remedio que decírselo cuando la muchacha le habló

de la falta de menstruación y de ciertos síntomas alarmantes... «Me lo figuraba desde hace tiempo», se echó a reír su hermano. «Tienes mucha teoría y sabes mucho de libros, pero con las mujeres eres un incauto. Te has dejado cazar como un pardillo...» Luis se Consideraba una autoridad en la materia y tenía motivos, porque desde que era casi un adolescente tenía fama de cazador furtivo... «Si la Encarna quiere, el remedio es fácil. Podemos hablar con la doctora Esteban, y aunque ella no es partidaria de los abortos, porque dice que es mejor prevenir que abortar, tratándose de mí a lo mejor te hace el favor...» Al principio la doctora Esteban opuso ciertas objeciones de carácter moral. Según le dijo, era partidaria de la libertad sexual, pero no de la irresponsabilidad, y el aborto, si no obedece a necesidades clínicas o a convicciones morales de las interesadas, traumatizaba a las mujeres y las dejaba en el subconsciente un poso de frustración. No obstante, ante la insistencia de Luis, ya que Javi ni siquiera abrió la boca cuando su hermano dijo que la Encarna era una niñata calentona que le había revolcado por la pradera sin que ni siquiera fueran novios, la doctora accedió a ver a la muchacha sin ningún compromiso formal y estudiar lo que se podía hacer.

—Lo hará, no te preocupes. De eso me encargo yo —le aseguró su hermano cuando salieron del Círculo Teosófico, en el que la doctora Esteban Ocupaba un alto cargo.

—Parece una mujer rara, ¿verdad?

—No lo creas, es de lo más sencillo y campechano que hay... ¿Lo dices porque lleva pantalones?

—Yo más bien diría que es hombruna.

—Es una cuestión de principios. Ella dice que la coquetería enajena a la mujer y termina por convertirla en objeto del hombre, pero es muy mujer, te lo aseguro...

Luego su hermano le contó que había conocido a la doctora Esteban durante un cursillo a cargo del doctor Krauss, un anarquista alemán perseguido por el nazismo, sobre la vasectomía y los problemas anticonceptivos. Durante el coloquio que siguió a la disertación, la doctora Esteban se mostró contraria a la

difusión de la vasectomía por considerar que no estaba suficientemente demostrado que, a la larga, no produjera la esterilización absoluta e irreversible en los sujetos que se hacían la operación. Según le dijo su hermano, él estaba dispuesto a hacérsela, pero los argumentos de la doctora le hicieron vacilar y al terminar el coloquio habló con ella para que le explicase aquellos riesgos y el porqué no se casaría con un hombre vasectomizado... «En el fondo es como todas las mujeres. La gusta dramatizar los problemas de la jodienda y dice que el amor sin riesgo no es amor y que la esterilización voluntaria es una forma de castración subjetiva...» Pocos días después la doctora Esteban provocaba el aborto en presencia de Luis. La cosa resultó tan bien que ni siquiera tuvo que guardar cama. Pero su madre debió olerse algo, porque al anochecer de aquel domingo la señora Sinfo escenificó una de sus más sonadas broncas. Javi oyó algunos gritos y trató de abstraerse en la lectura. Pero cuando su madre entró del corral le preguntó:

—¿Qué le has hecho a la Encarna?

—Anda, ¿qué quiere que le haga...? A ver si se ha creído usted que soy un antropófago.

—Pues si estás esperando que la Encarna te cante eso de «Mamita, yo sé que mi culpa no tiene disculpa, no tiene perdón...», a lo mejor te lo canta gimiendo de verdad, porque su madre la está dando una zurra de muy señor mío...

—La señora Sinfo es una mala bestia.

—¿Y tú qué eres...?

—Por lo visto, usted se ha empeñado en que tengo que ser un monstruo.

—Un monstruo no, pero un sinvergüenza o algo peor, me parece que sí.

El padre llamó a Petra desde el dormitorio y el muchacho cerró el libro y se dispuso a salir para evitar la regañina de la madre. Mientras su padre discutía con su madre «por mezclarse en las cosas de los muchachos» y Petra le acusaba de tener la culpa de que sus hijos fueran tan libertinos, la señora Sinfo seguía gritando en el corral vecino: «Mañana mismo te mando al pueblo para que los abuelos te metan en vereda y si ellos no lo consiguen irás derechita a

parar a un reformatorio hasta que te pudras y te olvides de ese mocoso...» Efectivamente, al día siguiente Encarna desaparecía del barrio. Coincidio esto con la detención de sus hermanos y el encarcelamiento de Luis, lo cual hizo que se desentendiera de la suerte de la muchacha. Por otra parte, ella tampoco hizo nada para ponerse en relación con él.

La primera semana fue para Javi una dura y fantástica experiencia. Sus pupilas cándidas y fervorosas se llenaron de estupor. Sonia le hizo observar una tarde en la redacción de «La Mañana», por cierto era la primera vez que se veían después del alzamiento militar, que daba la impresión de que estaba viendo visiones.

—No me extraña, con todas las cosas que he visto... Tantas muertes, tanta sangre, esta borrachera de banderas y pasiones. Más que vivir tengo la impresión de que estoy delirando.

—¿Pero estás contento? —la mujer de Avelino Rico le contemplaba dubitativa.

—Contento no lo sé, más bien sorprendido... Avelino me ha dicho que estás fastidiada con las náuseas y los mareos. En el barrio todo el mundo me pregunta por ti. Ayer mismo me dijeron que había ido un grupo de chicos y chicas a visitarte con un jamón y dos gallinas negras, porque dicen que las gallinas negras tienen más enjundia.

Los dos se echaron a reír regocijados con las tretas de los chavales. Aunque a Sonia no le habían dado ninguna explicación de cómo habían conseguido el valioso regalo, Javi le contó que el jamón procedía del saqueo de la tienda del Gallego y las gallinas del corral de la vaquería del Montañés, los dos comerciantes que se negaron a dar fiado a las familias de los huelguistas. Sonia se escandalizó... «¿Cómo consentís semejantes barbaridades...?» Por más que Javi le dijo que aquello formaba parte del espontaneísmo popular, Sonia se empeñó en que tenía que pagar a sus propietarios el valor de los obsequios.

La llegada de Avelino y Benítez cambió el rumbo de la conversación. El aspecto de Avelino era preocupado y el de Benítez eufórico. El primero venía del Ministerio de Marina y el segundo de la Sierra. Cada uno hablaba un lenguaje distinto. En Somosierra se respiraba confianza, a juzgar por las baladronadas

de Benítez... «Antes de quince días Burgos y Pamplona habrán sido desmontadas piedra a piedra por los cañones republicanos para que no pueda volver a florecer en Iberia el levitismo cavernícola, y el general Mola habrá comparecido ante un consejo de guerra y condenado para ejemplo de traidores», dijo de un tirón, y no siguió más porque Avelino le cortó el rollo. Su versión de los acontecimientos era completamente distinta. Al parecer, los facciosos no sólo habían consolidado sus posiciones iniciales, sino que se mantenían a la ofensiva en el territorio que dominaban y raro era el día que no ensanchaban sus conquistas... «En los centros oficiales se respira pesimismo», dijo. «Nadie cree en una victoria fácil e inmediata. La opinión del doctor Giral es que nos hallamos ante una guerra civil de imprevisibles consecuencias. Parece que Italia ha empezado a enviar aviones y material de guerra a los rebeldes... El paso del Estrecho de Gibraltar ha sido forzado y el ejército de Marruecos se encuentra ya en la Península al mando del general Franco...»

—El doctor Giral es un blandengue y un derrotista —le interrumpió Benítez congestionado—. Lo que tenía que hacer es entregar el gobierno a Largo Caballero.

—Yo creo que si dependiera de él ya lo hubiera hecho, porque el hombre se siente desbordado por los acontecimientos. Pero el poder depende de Azaña y Azaña no está dispuesto a hacer concesiones a la revolución. Garcés incluso me ha insinuado que, a la vista de los acontecimientos, no tendría nada de particular que el presidente de la República asumiera todos los poderes en plan dictatorial.

—Que lo intente, a ver lo que dura —dijo Javi.

—Yo tampoco creo que la situación sea tan grave... —se dirigió Sonia a su marido—. Más de la mitad de las provincias se encuentran en nuestro poder y las fuerzas revolucionarias respaldan al gobierno, ¿qué más quiere Giral?

—Quiere gobernar... El hombre está asustado con las incautaciones, los paseos y los registros domiciliarios. Una de las cosas que nos ha pedido es que no hablemos de los fusilamientos en la zona rebelde para no estimular a los desaforados de aquí. Otra de las cosas que le preocupan es el abuso de las requisas...

—Lo mejor que puede hacer es dimitir... —insistió Benítez—. Si él no es capaz de encauzar la revolución que entregue el poder a los revolucionarios.

Don Ricardo entreabrió la puerta y metió la cabeza. Sus ojuelos burlones chispeaban lacrimógenos.

—Vaya, tenemos reunión de pastores... ¿No os interesa una oveja descarrizada?

—Pase, pase... —le invitó Avelino—. Aquí caben todas las ovejas y hasta los carneros.

Don Ricardo besó la mano de Sonia con gentileza cortesana, le tiró a Javi de una oreja y arrojó una mirada aviesa sobre Benítez. Luego les contó que acababan de registrarle la casa una partida de «analfabetos incurables» que confundían la Masonería con la Compañía de Jesús y a don Melquíades Álvarez con Calvo Sotelo y Primo de Rivera... «Me han puesto toda la casa patas arriba, no han dejado un armario ni un cajón intacto y los libros andan todos por el suelo. Gracias a Dios uno de ellos se tropezó con una fotografía que me hicieron al salir de la Cárcel Modelo durante la Dictadura, y esto es lo que parece que me ha salvado del “paseo”.»

—¿Lo dice usted en serio? —le miró Javi con el entrecejo fruncido.

—Tan en serio que si no lloro es porque hace años que este país me ha secado las lágrimas... Y todavía un mostrencos se permitió decirme que los liberales éramos los culpables de todo lo que pasaba en España por no haber hecho una escabechina de curas y militares cuando se proclamó la República.

—Podía usted haber llamado por teléfono —le dijo Avelino.

—Si me hubieran dejado. Pero lo primero que hicieron fue ponerme de cara a la pared, con los brazos en cruz y un tomo del Espasa en cada mano... Son infantiles y estúpidos. Hacen lo mismo que han visto hacer durante siglos, pero lo hacen con brutalidad e ignorancia.

—Lo que le pierde a usted es la lengua, don Ricardo... —movió la cabeza

Benítez, que no podía ocultar su antipatía por el comentarista de política internacional, a quien tildaba de gárrulo y caduco.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Por eso me metió en la cárcel Primo de Rivera rj Azaña no me ha perdonado que le fustigase cuando lo de Casas Viejas. Todos los ególatras y pedantes que convierten la política en faraonismo me han tenido siempre por mala lengua y pluma peligrosa...

Avelino advirtió la posibilidad de que don Ricardo y Benítez se enzarzaran en una de sus habituales polémicas, y cambió bruscamente de conversación. Según les dijo, había celebrado una entrevista con Garcés y un [consejero del Banco Portillo para resolver el problema económico del periódico y ambos le habían dado plenas garantías siempre que se mantuviera en la línea oficialista.

—¿Eso quiere decir que tenemos que abandonar la línea revolucionaria? —torció el gesto Benítez.

—Vamos a abandonar la línea confusa que hemos seguido estos días. No podemos seguir soplando sobre la hoguera, porque esto se va a convertir en un infierno... Os lo digo como lo siento: este país sin control es peor que la selva. Basta asomarse a la historia para convencerse de que somos un pueblo de inquisidores y antropófagos. Cualquiera puede comprobar que las guerras civiles más que resolver problemas, lo único que han hecho es ahondarlos, envenenar las conciencias y desarrollar una sensibilidad masoquista... Un verdadero desastre. ¿Cómo se puede hacer nada positivo, fraternal, aferrándose cada uno a su dogma y disfrazándose con una camisa de distinto color, mientras en el otro bando los integristas se agrupan férreamente bajo la espuela militar para machacarnos...?

Don Ricardo asentía con la cabeza e incluso llegó a decir: «¿Qué mierda pintamos en este contubernio un liberal escéptico como yo o un socialdemócrata como tú...?» Javi y Benítez se miraron dos o tres veces alarmados. Sonia permaneció todo el tiempo con la cabeza gacha, inescrutable. No parecía de acuerdo con su marido, pero tampoco hizo ningún gesto de contrariedad. Sin embargo, cuando se quedaron solos le dijo muy suave—mente que le estaban fallando los nervios.

—¿Tú crees...? —acercó Avelino su cara a la de ella y la besó en el cuello.

—Por las miradas de Javi y Benítez sospecho que te tienen por un derrotista.

—Que me tengan por lo que quieran. Los dos son bastante sectarios y precisamente lo que he dicho ha sido por ellos. No quiero que confundan la amistad y la tolerancia con la complicidad. ¿Sabes lo que me ha dicho Garcés...? Que si sigo así terminaré por hacer de «La Mañana» un panfleto reflejo de «CNT» y «Mundo Obrero».

—No olvides que Garcés es un oportunista.

—Ya lo sé. Garcés va a lo suyo, como todo el mundo. Por eso no quiero hacer el caldo gordo a nadie. Sinceramente, me siento asediado... Los comunistas me dan coba para neutralizarme. Los anarquistas me consideran casi de la familia y aunque es verdad que tengo una veta libertaria que me acerca a ellos más que a los demás, nadie mejor que tú sabe que mis coincidencias son más afines en lo que niegan que en lo que afirman, pues su ingenuo comunismo libertario no pasa de ser un sueño paradisíaco, y yo no creo en paraísos celestiales ni terrenales. El espíritu mesocrático de los socialistas moderados tampoco me atrae, y los proyectos unitarios de los socialistas de Largo Caballero y los comunistas me parecen un peligro para la democracia. Tenía la esperanza de que con todo ese idealismo bullente, Azaña, Prieto o cualquier otro político auténticamente democrática hicieran algo... la gran revolución histórica pendiente que diera satisfacción a las clases populares sin sacrificar la libertad, pero de momento solamente veo el terror y la confusión.

—Yo creo que lo que te pasa es que estás un poco cansado... —le cogió Sonia la mano—. ¿Quieres que nos vayamos unos días a Cartagena con mi familia...? Yo también lo necesito. Con tanto calor y tantas emociones estoy como desequilibrada...

Avelino se quedó indeciso. En principio la idea no le parecía mal, pero sentía dudas y escrúpulos en dejar a don Ricardo al frente del periódico, no porque no fuera capaz de sacarlo adelante, sino más bien por las acusaciones de reaccionario que le hacían algunos redactores y buena parte del personal de administración. Por otra parte, cinco redactores de «La Mañana» se hallaban

en situación similar y todos ellos confiaban en su protección... Golito andaba escondido y, según le había dicho Carmunchi, su mujer, en dos o tres ocasiones habían estado a punto de detenerle. Algunas noches atrás detuvieron a Don Poli y lo llevaron al Comité de Salud Pública, instalado en el Círculo de Bellas Artes, con la acusación de ser un fascista peligroso y un carca acérrimo. Carlitos, que formaba parte de las patrullas de vigilancia e investigación, al enterarse que era redactor de «La Mañana», llamó a Avelino y éste tuvo que librar una verdadera batalla dialéctica para arrebatarle a sus furibundos aprehensores, entre los que figuraba un torero frustrado y lleno de rencor contra el crítico taurino. Martínez no se atrevía ni a salir a la calle, a pesar de que era un republicano de toda la vida. Su amistad con Lerroux enturbiaba su conciencia, y desde que un diputado le había dicho en el Congreso «que estaba condenado a ser carne de populacho», no había podido escribir una sola línea. Carrasco tampoco estaba muy seguro desde que su nombre había aparecido entre los favorecidos por el fondo de reptiles de la Dictadura. Y para colmo, el día anterior se había presentado Artigas, el redactor jefe del periódico, que venía huyendo de Málaga con una historia alucinante... El hombre se hallaba veraneando y reposando de una reciente pulmonía en su pueblo natal, en casa de unos familiares. Inmediatamente que estalló el movimiento fueron detenidos por los anarquistas. Pero dos días después cayó sobre el pueblo una partida de milicianos nacionalistas al frente de los cuales iba un monárquico recalcitrante, antiguo alcalde del lugar al que su primo había expedientado por cohecho y malversación al proclamarse la República. El individuo en cuestión se apoderó de ellos con tal ensañamiento que les consideró rehenes particulares. Acusados de masones y comunistas, les llevaban a fusilar cuando apareció un avión que arrojó un cesto de bombas. Artigas aprovechó la confusión y el miedo que se produjo para ocultarse en la capilla del cementerio y luego venirse a Madrid...

—Yo no puedo abandonar el periódico en este momento, pero podía lleváros a ti y a mi madre en el coche y regresar yo.

—De ninguna manera. Si tú no vienes conmigo, no voy a ninguna parte.

—Entonces vamos a esperar unos días a ver si se repone Artigas.

—Como quieras...

La muerte de Javier dejó a Petra como alelada. Los primeros días se despertó en ella la pasión por las lamparillas y las velas. Como si se tratara de una venganza, llenó la casa de pequeños iconos y estampas de santos que mientras vivió su marido tuvo escondidos o guardados. La tía Moñeta contribuyó mucho a enriquecer la colección de santos de Petra, pues casi todos los días salía, sin que diera cuenta a nadie de sus caminos y andanzas, y regresaba con alguna imagen o medalla bendecida. Javi observó el delirio religioso de su madre, pero no se dio por enterado. En cambio Adela no hacía más que murmurar de tanta beatería y tanto velatorio... A Petra se le había metido en la cabeza que su marido estaba en el infierno y sólo con muchas oraciones y muchos sacrificios se le podía sacar de allí.

F Adela para sus hermanos era una ñoña repleta de ternurismo y moralina, una «pacatita», como la llamaba Javi cuando quería hacerla ver dengues y mohines, lo cual no impedía que la idolatrasen. Sin embargo, no era así en la calle y con sus amigas, que la tenían por atrevida y resuelta, ni en la fábrica de muebles donde trabajaba de barnizadora. El patrón la llamaba, mitad en broma, mitad en serio, «la sindicata» por su pasión reivindicativa y su afición a solidarizarse con los conflictos que surgían a diario. Antoñito, el hijo del prepotente fabricante de muebles a la sazón y no hacía muchos años conocido entre sus compañeros de ebanistería como Toñón el Sacamantecas, miraba a la hermana de Javi, de quien había sido amigo de juegos en la infancia, con una óptica muy especial y lo menos que decía de Adela es que era un encanto y un bombón. Ciertamente, Adela no parecía ver con disgusto las miradas del hijo de su jefe. Si entre sus compañeras de trabajo decía que era un moscardón y un pesado que no la dejaba a sol ni a sombra, para sus adentros agradecía aquella devoción un poco tímida y fugaz que se manifestaba en arrebatados rubores, palabras balbucientes y miradas abrasadoras. A Encarna, que era su amiga más íntima y había trabajado con ella en la fábrica hasta que su madre

la mandó al pueblo por las chismorrerías de las vecindonas, le había confiado en sus secretos y confidencias, que nunca se sintió tan dichosa como el día que se le cayó una pila de mesillas encima y Antonio la llevó en el coche de su padre a la Casa de Socorro y luego la trasladó a su casa.

Adela comentó con Javi el estado raro de la madre, pero Javi ya fuera porque no paraba en casa o porque estaba más preocupado por las cosas de la revolución que de la familia, no le dio importancia. «Madre siempre ha sido muy introvertida», le dijo sin levantar la cabeza del libro que estaba leyendo.

—Yo no sé lo que significa esa palabrota, pero te digo que a mí empieza a darme miedo... Se pasa los días sin decir ni pío, con lo que a ella le gusta rezongar. Todavía no ha preguntado ni una sola vez por vosotros, y Luis lleva diez días sin aparecer, Mariano ha venido dos veces con su carabina a pesar de que madre no puede ver a la Estrella ni en pintura, de Carlitos ya ves, viene, se muda y sale otra vez corriendo. Y de ti no hablemos, porque aunque vienes a casa es como si no vivieras aquí de puro despegado y ajeno a lo que pasa.

—Si crees que está mal, llama al médico —apartó por fin Javi la vista del libro.

—Yo no sé si está bien o está mal, porque ella no se queja ni dice nada, pero eso es precisamente lo que a mí me extraña.

—Vamos a esperar unos días a ver si cambia... Bueno, ¿y tú qué te traes con Antonio? En el Ateneo he oído algunos comentarios de tus compañeras de trabajo que no me gustan... Dicen que si vas a la caza del burgués.

—¿También Antonio es un burgués?

—A ver, si su padre es el dueño de la fábrica...

—Hijo, pero un dueño que trabaja más que nosotros, y al pobre Antonio cuando no va a la universidad no le quita el ojo de encima, y siempre diciéndole que tiene que romperse el alma y dar ejemplo a todos.

—Los burgueses son así, hacen trabajar a todo el mundo y algunos de ellos dan ejemplo trabajando, pero los beneficios de la producción no los comparten con nadie.

—Antonio es muy bueno. Si vieras lo bien que se ha portado estos días, mientras vosotros andabais por ahí... No somos novios, sabes, pero es muy atento conmigo y un día que su padre me echó la bronca y me dijo que me iba a despedir por faltar tanto al trabajo, él salió en mi defensa.

—A mí no me importa que hables con él. Aunque le considero un cursi y un engreído, no me parece mal chico. Pero ya sabes que Carlitos no le traga y Mariano dice que le vio un día en un mitin de Falange.

—Mariano es un idiota que ve fascistas por todas partes, y Carlitos no le traga porque un día tuvieron unas palabras en el gimnasio...

Javi volvió a la lectura y Adela siguió ponderando la bondad del hijo de su jefe, contando minucias y detalles en relación con los compañeros de trabajo y de atenciones y delicadezas para con ella en los últimos meses de la enfermedad del padre. Mientras Adela monologaba, pues Javi no prestaba atención a los elogios que hacía del hijo del Sacamantecas, se presentaron Mariano y Estrella, que habían hecho una escapada del frente del Guadarrama. Petra salió de la habitación, donde se pasaba la mayor parte del tiempo ensartando oraciones y encendiendo lamparillas y velas, y al ver a Mariano pareció sorprendida.

—¿Dónde has estado que pareces un gitano?

—En la Sierra, madre.

—¿Habéis estado los dos solos? —enlutada de los pies a la cabeza, con el pañolón negro cubriendole casi la cara, y los ojos hundidos y desorbitados, Petra clavó las pupilas en Mariano, que parecía azorado.

—En la Sierra hay mucha gente, madre... —dijo Javi viendo a su hermano turbado.

—Ya, ya, y lobos...

Javi y sus hermanos se miraron desconcertados más que por las palabras de su madre, por la mirada enconada que dirigió a la Estrella Roja, una mirada que dejaba sin palabras. La menuda activista comunista dijo muy ofendida que todos los lobos de la Sierra se habían transformado en fascistas. Pero Petra se volvió a la habitación murmurando que era una lagarta. Una vez dentro de la

habitación, cerró la puerta con el pestillo y se hincó de rodillas ante el altarcito que había montado desde que sacaron el Cadáver de su marido. Trató de rezar, pero los recuerdos ahuyentaban a las oraciones... Serían las tres de la madrugada cuando llamaron a la puerta preguntando por el Tarzán. «Aquí no vive ningún Tarzán», respondió ella de mal humor sin sospechar que se trataba de la policía. A pesar de su antipatía por los apodos y de que siempre se había negado a reconocerlos, no ignoraba que a Luis le llamaban el Tarzán, a Mariano el Pichi, a Javi el Intelectual, y a Carlitos el Campeón... Ni siquiera le dieron tiempo para implicaciones, pues la apartaron violentamente y, en menos que tarda en decirse, la casa se llenó de policías empuñando pistolas. Los que entraron en la habitación de los chicos, que dormían como ceporros, les insultaron y les llamaron chusma y carroña moral. Uno de ellos preguntó: «¿Quién es el chulo al que llaman el Tarzán?» «El único chulo que hay aquí debe ser usted», dijo Luis muy sereno, pidiendo a los policías por favor que dejases en paz a sus hermanos y que no molestasen a su padre... «Pobres hijos míos, gimió Petra con los ojos alzados al cuadro de la Virgen del Carmen, ellos no hicieron más que defenderse. Si los que deben dar ejemplo atropellan a las personas, no tienen derecho a que se los respete...» Cuando tres policías se abalanzaron sobre Luis, todavía Javi le preguntó al que parecía el jefe si traía orden judicial, y uno de los policías respondió que para los bandidos y pistoleros anarquistas no había más ley que la de ligas y la patada en los huevos. Fue entonces cuando Carlitos se lió a puñetazos con los que pegaban a Luis, y se armó la gorda... «¿Te acuerdas, Javier? Parece que te estoy viendo. No podías con tu alma y la fiebre te comía, y te insultaron y te llamaron traidor, y te dijeron que no tenías derecho a vivir. A mí misma me atropellaron cuando quise impedir que entrasen en la habitación de Adela, y me llamaron tiorra y madre desnaturalizada por haber parido hijos rebeldes... ¿Qué culpa tengo yo, Dios mío, de que mis hijos no crean en tus palabras y digan que tus ministros son alcahuetes de los capitalistas...?» Después de registrar la casa y ponerlo todo patas arriba, sin respetar ni a las pobres gallinas, que estuvieron tres días sin poner a cuenta del susto, y menos al gallo, que murió al día siguiente de la patada que le dio un policía, parecieron tranquilizarse. Aunque sólo buscaban a Luis, al que imputaban haber participado en un atraco y formar parte de un grupo terrorista, decidieron llevárselos a todos. Pero a

última hora, uno de los policías que habían estado mirando los libros, habló aparte con Javi y luego les dijo a sus compañeros que no se lo iban a llevar. Como algunos policías protestaron, diciendo que aquel mocoso era más peligroso que los otros, el que parecía el jefe respondió: «Probablemente tengáis razón, pero colabora en los periódicos, es amigo de Avelino Rico y no quiero que “La Mañana” se nos eche encima...» Al día siguiente fue puesto en libertad Mariano. Acababan de cenar cuando se presentó éste con la Estrella Roja, a la que Petra había dado en llamar la Polilla por su insignificancia y vivacidad. Petra se conmovió tanto al ver a su hijo inesperadamente en libertad, que tuvo que ser sujetada para no caer al suelo. La Estrella Roja se mostraba radiante por su victoria. Según dijo, apenas se enteró de la detención, se plantó en el despacho del director general de Seguridad con un diputado del Partido y juró que no se movía de allí hasta que no pusieran en libertad a Nano o la encerrasen a ella... «Así y todo no me resultó fácil sacarlo, porque el director general de Seguridad se empeñó en que Nano era tan anarquista como Luis y Carlitos...» «¿A Carlitos también le acusan de anarquista?», miró Petra a Mariano, que no parecía tan dicharachero y triunfalista como su compañera. Mariano se cogió la cabeza entre las manos y masticó una blasfemia... «Para la policía todos los que no aceptamos la sociedad capitalista somos delincuentes, chusma, bandidos», dijo Mariano. «Poco antes de ponerme en libertad un policía me dijo: «Ya sabemos que tú no eres anarquista, no creas que nos chupamos el dedo. Mira, aquí tengo tu ficha. Has sido detenido cinco veces como dirigente del radio comunista de Carabanchel y propuesto en dos ocasiones para la aplicación de la ley de peligrosidad social por agitar a los obreros sin trabajo y organizar manifestaciones. Si te digo la verdad, para mí eres más hijoputa que tus hermanos, porque estás vendido al oro de Moscú. No me importa que se lo digas a la Pasionaria o a Balbontín, porque los dos, con Pepe Díaz y Stalin de propina, me la suspenden. Pero es mejor que te achantes si no quieres que cualquier día que te atrape dando mítines relámpago o ensuciando las paredes con consignas, te parta la boca...» «Un verdadero asco. A mí solamente me han dado unas cuantas guantadas, pero a Luis y a Carlitos los están machacando...» «¿A Carlitos por qué, Dios mío?», se llenaron de lágrimas los ojos de Petra. «Porque dicen que es un chulo que los recibió con el rabo tieso y

ha estropeado el hígado a uno de los policías que pegaron a Luis...» Petra se sentía tan emocionada y con tantas ganas de llorar, que se marchó a la cocina con el pretexto de prepararles algo de comida. Desde allí les oyó discutir. La Estrella Roja quería que se fuera con ella a su casa y Mariano insistía en que no podía abandonar a su familia en aquel momento, con el padre enfermo y los dos hermanos en la cárcel...» «¿Y puedes abandonarme a mí, que soy la única que se preocupa de ti?», decía ella. «Tú sólo me necesitas para lo que me necesitas y eso no te falta», se defendía Mariano... Cuando Petra puso sobre la mesa un trozo de queso manchego, una lata de sardinas, pan, vino y un plato de cerezas, la vivaz agitadora comunista despotricaba contra los peligros del aventurismo I ácrata... «Lo siento, pero no tengo otra cosa que ofrecerte», se excusó Petra como avergonzada. «No es necesario que se moleste, porque nos vamos a marchar en seguida...» «¿Quien ha dicho que nos vamos a marchar?», levantó Mariano la cabeza con un gesto de irritación. «Ya te he dicho que nos uniremos cuando salgan mis hermanos...» El rostro de la Estrella Roja se llenó de ira y las gafas de concha le trepidaron en la nariz... «Hijo, si tienes algún compromiso con esta mujer, por nosotros no debes dejar de cumplirlo». «Yo no tengo ningún compromiso, madre. Hemos pensado unirnos, pero no va a ser hoy mismo porque ella quiera.» La Estrella Roja se levantó fulminantemente. Con acento rencoroso dijo que todos los hombres eran iguales y se dirigió a la puerta seguida de Petra. Mariano ni siquiera cambió de postura. Cuando regresó, su madre le dijo: «Por lo menos podías haberla acompañado hasta el tranvía, porque va hecha un basilisco...» «No quiero que me líe. Somos camaradas y nos llevamos bien, pero como me descuide me hace un ovillo...» «¿Sólo sois Camaradas? Por lo que ella ha dicho y cómo se ha puesto, para mí que sois mucho más. ¿No habrás tú también empezado a pasarte de la raya con las mujeres como tu hermano Luis...?» «Madre, tengo veinticuatro años y hasta ahora no he pensado hacer ejercicios de castidad...» «Pues me parece que en la Estrella Roja has encontrado la horma de tu zapato... a pesar de que tiene por lo menos diez años más que tú y a tu lado es como una polillita. Creo que te va a resultar muy difícil librarte de ella, porque tiene coraje y sabe lo que quiere...» Mariano hizo un gesto despectivo y empezó a comer pan y queso con cierta voracidad, mientras Petra le preguntaba por sus hermanos. En realidad lo único que sabía es que a Luis le

tenían incomunicado en un calabozo con guardia permanente y que a Carlitos le habían dejado hecho unos zorros por faltar el respeto a la autoridad... «Un policía me ha dicho que en el momento que atrapen a Juanjo a lo mejor los ponen en libertad, pero yo no estoy tan seguro. Más bien pienso que trataba de sonsacarme...»

En el comedor, Javi, Mariano, Adela y la Estrella Roja hablaban de la madre un tanto alarmados. Adela se mostraba muy preocupada, pero Javi no lo daba tanta importancia. Comentó que había hablado con un médico y le había dicho que a veces la neurastenia y la menopausia generaban ciertos estados de autismo místico.

—Yo quería decirle que la Estrella y yo nos hemos unido definitivamente y no pienso venir en lo sucesivo a dormir a casa —dijo Mariano un poco cohibido.

—Así, sin más... —se desorbitaron ligeramente las pupilas de Adela.

—¿Te parece mal? —adoptó Estrella un aire ingenuo.

—No hagáis caso de esta atontolinada. ¿Qué sabe ella...? Además, no creo que madre se sorprenda, porque no hace mucho me dijo que tenía la Sospecha que lo vuestro más que camaradería era matrimonio.

—¿De veras? —le contempló su hermano incrédulo.

—Hombre, como lo oyes... Hace falta ser muy tonto para no ver que vais por el mundo como dos animales en dulce ayuntamiento...

Los cuatro se miraron y, con excepción de Adela, se echaron a reír. Luego siguieron hablando de la guerra y de las probabilidades revolucionarias. Javi tenía sus dudas. No veía claro el final de la guerra, porque los países del Eje se estaban volcando en favor del enemigo con aviones y cañones, mientras el pobre Giral mendigaba a las democracias sin ningún provecho.

—Te olvidas que la Unión Soviética es hoy por hoy la primera potencia militar de Europa —dijo la Estrella Roja muy ufana.

—Pues a ver si lo demuestra enviándonos material de guerra antes de que sea demasiado tarde.

—No te preocupes, que llegará a tiempo para garantizar el triunfo del proletariado español...

La tía Moñeta entró en aquel momento con un capacho lleno de comida. En la mirada de arrugas de su cara de pasa se formaban brillantes estrías sudorosas y sus ojuelos relucían de astucia. Al ver a Mariano se echó en sus brazos y empezó a besuquearle... «Hijito, hijito, qué mal lo has pasado, verdad. Ayer se lo dije a tu madre y a ésta (señaló a Adela), Mariano se encuentra en graves apuros y tenemos que rezar para que Dios haga un milagro...» La Estrella Roja y Mariano se miraron con gesto de estupor. Les parecía imposible que la tía Moñeta pudiera saber nada de lo sucedido, pero lo cierto es que había corrido un grave peligro. Al parecer, su grupo había sido sorprendido por una patrulla enemiga y en la escaramuza cayeron siete de los diez hombres que mandaba. Un verdadero desastre, porque todos los que murieron eran camaradas y amigos, confesó luego a sus hermanos... En cuanto a la tía Moñeta, dijo que aquello era un aviso del cielo. Javi, Mariano y, sobre todo, la Estrella Roja insistieron en conocer sus «fuentes de información», pero la vieja se les escurrió con sus argucias celestiales y les aconsejó que se apartaran de «los confusos caminos del diablo, porque Dios no les iba a consentir que pusieran el mundo patas arriba... La madre Asunción, que es una bienaventurada de Dios, les dijo ayer a unas damas muy empingorotadas que fueron a visitarla, que Dios no puede conceder la victoria a los que persiguen a sus hijos y esposas...»

—Esa tía es una fascista —gruñó la Estrella Roja.

—Y tan fascista. Hay que denunciarla —añadió Mariano.

—No se os ocurra, porque la madre Asunción es prima hermana de doña Casilda, y como madre se entere que la pasa algo nos va a traer a todos de cabeza —dijo Javi.

La discusión se encrespó, pues la Estrella Roja quería a todo trance que la tía Moñeta denunciase a la superiora del convento del que ella había sido mandadera, pero Petra se asomó un momento para gritar que no quería oír una voz en aquella casa mientras el alma de su padre estuviera sufriendo

penitencia. Luego la tía Moñeta se metió con Petra en la habitación y la Estrella Roja y Mariano se despidieron.

A la sombra del Ateneo Libertario nacieron las milicias, el comité de abastecimiento, las patrullas de vigilancia y los puestos de control... una organización elemental, pero suficientemente fuerte para intimidar a los poderes oficiales y alimentar las ilusiones revolucionarias del pueblo. Organizaciones similares habían surgido bajo los auspicios del Círculo Socialista y del Radio Comunista, los cuales, a su vez, se habían incautado de los edificios adecuados para montar sus servicios y controlar las diferentes actividades de la barriada. Había comenzado la era de los salvoconductos, de los avales políticos que en el transcurso de la guerra se convertirían en la matriz del proselitismo.

Javi formaba parte del comité del Ateneo Libertario en el que siempre había desempeñado la secretaría de cultura y la dirección de la biblioteca. Entre sus compañeros era notorio que no sentía ninguna inclinación por las armas y que, teóricamente, se inclinaba por el pacifismo. Decimos teóricamente, porque si era enemigo de la guerra y había nutrido su espíritu en las páginas de Romain Rolland, Norman Angelí, Remarque, Barbuje, Sender..., no lo era menos de la violencia terrorista. Frecuentemente había discutido mucho este aspecto con su hermano Luis y con Juanjo, sin llegar nunca a coincidir con ellos. Con Luis, porque era un fanático de la acción directa, y con Juanjo por su confusa versatilidad. De esta manera, Javi llegó a la conclusión de que su hermano Luis era impermeable a toda clase de influencias, por más que no lo pareciese, y Juanjo un sicópata (así lo había definido Avelino) que fluctuaba entre el superhombre nietzscheano y el pícaro quevedesco.

Javi se integró desde el primer momento en la organización del campamento de milicias, establecido en un edificio amplio, con un hermoso parque, capilla, consultorio, amplias aulas y almacenes para las ropas y víveres que la Junta de Damas distribuía entre los necesitados, especialmente en los períodos electorales. Javi sentía cierta repugnancia por aquel edificio, no podía remediarlo. Quizá le recordaba su frustración mística, pues entre los ocho y doce años se sintió atraído por la catequesis y con la Complicidad de su madre iba siempre que podía a las clases de doctrina. Lo hizo mientras creyó que

contrariaba a su padre, pero cuando éste un día le dijo que si sentía verdadera vocación religiosa no tenía necesidad de fingir ni disimular y que él le autorizaba para que fuera a la catequesis, su entusiasmo se vino abajo.

El alma del campamento era Alberto, un hombre maduro y entusiasta con mucha experiencia en el activismo sindical. Javi se encargó de las actividades burocráticas, pero con su temperamento absorbente y reflexivo se fue imponiendo, poco a poco, a los más impulsivos y tumultuosos que campaban por sus respetos. Por ejemplo, Alberto no era partidario de los registros domiciliarios ni de las detenciones incontroladas, pero dejaba hacer o se encogía de hombros cuando le denunciaban tropelías de este tipo. Sin embargo, Javi no sólo era contrario, sino que se oponía a que las milicias libertarias interviniieran en la represión. Por esta razón tuvo algunos choques con grupos que se habían enviado en asumir la función represiva de la policía... «Todas las revoluciones que nos recuerda la historia, perecieron en manos de los instrumentos de terror que crearon», les decía, e inmediatamente ilustraba sus principios con anécdotas llenas de colorido y significación sobre la revolución inglesa, la francesa y la rusa. Su teoría era que las dictaduras de Cromwell, Robespierre y Stalin se habían cimentado primero en la destrucción de sus adversarios y después en el aniquilamiento de los mismos revolucionarios...

A finales del mes de julio regresó su hermano Luis. Aunque ya era famoso en los grupos de defensa antes del asalto al Cuartel de la Montaña y la toma de Alcalá y Guadalajara, su participación en estas operaciones y las correrías por tierras de la Alcarria y Cuenca le convirtieron en un pequeño caudillo. Su grupo inicial se había incrementado con más de un centenar de hombres que se llamaban a sí mismos «Los Aguiluchos de Revilla» y acataban a su jefe sin rechistar... Desharrapado a lo Pancho Villa, con sus barbazas agrestes y quemado por la vida al aire libre y la solanera de Castilla, tenía un aspecto de guerrillero de la Independencia o bandolero decimonónico. Javi se sintió un poco aturdido al principio. El cambio había sido tan brusco y radical que casi no le reconoció, y no era sólo por el atuendo guerrero, la barba descuidada y el gorro de segador que cubría su cabeza enmarañada, sino por algo tan sutil como el lenguaje y el mismo carácter. Javi definió la mutación observada en su

hermano como una liberación de la personalidad... Luis parecía más hombre, infinitamente más seguro y en posesión de un lenguaje que, a veces, hacía daño por su acento despótico. Por lo demás, se mostraba tan ufano y seguro de sus hazañas que resultaba petulante.

Luis había regresado para reorganizar su columna, inscribirla en la Comandancia General de Milicias y volver lo antes posible al frente. Se trataba de unificar el armamento y el vestuario, inculcar a los hombres un mínimo de disciplina militar y encuadrarlos en el sistema de organización que habían adoptado las milicias confederales.

Pasado un buen rato de su llegada, Luis buscó a Javi en su despacho.

—¿Qué dices, Intelectual? —se sentó frente a él y le contempló afectuosamente.

—Casi nada. Tú eres el que parece que tiene que contar muchas cosas...

—¿Qué hay por casa?

—Ahora lo verás... Madre está deshecha. Yo te aconsejo que no vayas a verla con esa pinta, porque la vas a dar un disgusto. Todavía no se ha recuperado de la muerte de padre y sigue rezando para sacarle del infierno o del purgatorio, no sé...

—Pues sí que estamos arreglados... Carlitos fue el otro día a verme a Sigüenza y me dijo que a madre le había dado la chaladura religiosa. Pero también me dijo que tú estabas enfadado conmigo, porque el imbécil del Carapán te había contado algo de la Encarna.

—De la Encarna y de ti, pero eso no tiene importancia ahora. Me preocupa más lo de madre... Sería tremendo que se volviera loca.

—Carlitos opina que la culpa de todo la tiene la tía Moñeta... ¿Por qué la has dejado que se quede en casa?

—Yo, ¿verdad...? Ahora va a resultar que yo tengo la culpa. Si quieres oír a madre ve a decirle que vas a echar a la bruja de casa.

—Por lo menos, lo intentaré —se levantó Luis—. Y con respecto a la Encarna, mejor es que no te preocupes de ella.

—¿Es verdad que anda por ahí? —se endureció el gesto de Javi.

—Yo me la he encontrado en diferentes sitios —agachó la cabeza y salió de la oficina—. Ya hablaremos...

Javi volvió a casa antes que de costumbre con la idea de hablar a solas con su hermano, pero al llegar se encontró con toda la familia reunida y la casa llena de vecinos que comentaban las proezas del héroe, relacionándolas con sus diabluras infantiles y sus audacias adolescentes. Los que antes le tenían por un barrabás o un libertino, ahora ponderaban sus aventuras como si se tratara de anticipaciones geniales. Pero lo que más le sorprendió fue encontrar a su madre tan jovial y expansiva. Luego le contó Adela que cuando vio entrar a Luis empezó a gritar: «Javier, Javier...» Debió creer que era padre resucitado, porque se abrazó a él como loca y no hacía más que hablar de Marruecos... Fuera lo que fuera, aunque Adela y Javi Coincidían en que Luis se parecía cada vez más al padre, lo cierto es que Petra había ahuyentado sus fantasmas y vuelto a la realidad de sus pucheros, pues no hacía más que entrar y salir a la cocina, cosa que no ocurría desde la muerte de su marido.

Javi se sintió incómodo ante aquella expectación. La misma Estrella Roja, tan escéptica y crítica en cuanto al anarquismo, contemplaba a Luis con una ternura pegajosa. Cada vez que metía baza le llamaba cuñado o cuñadito impregnando sus palabras de volubiosidad. Adela empezó a preparar la mesa y Petra dijo desde la puerta de la cocina que ya estaba bien de palique y de humo de cigarros. La señora Sinfo aprovechó la ocasión para despedirse no sin antes decir a Luis «que se alegraba de verle tan guapo y tan hombre». Dora la legionaria también se dirigió a la puerta, pero su hermana Sara puso las manos sobre los hombros de Luis, le acarició la barba y le preguntó descaradamente lo que pensaba hacer aquella noche.

—Después de cenar iré a dar una vuelta por el campamento —sonrió Luis con gesto aquiescente al guiño que le hizo ella.

—Valiente fresca —comentó Adela cuando desapareció.

—Fresca y desvergonzada —añadió la Estrella Roja.

—Jo, lo que está es muy buena —dijo Carlitos.

—Me parece que tú estás sacando los pies de las alforjas... ¿Sabes que la mayor parte de las noches no viene a dormir a casa? —se dirigió Petra a Luis.

—Esta mujer todavía no se ha enterado que estamos en la revolución y que hay que vigilar al enemigo.

—¿Estamos en la revolución o en la confusión? —soltó Javi.

—¿A qué viene eso...? —le miró Luis.

Por primera vez los dos hermanos se enzarzaron en una polémica agria en la que Mariano se colocó al lado de Javi y la Estrella Roja y Carlitos se identificaban con Luis. Javi dijo que el caos, el terrorismo y la proliferación del caudillismo guerrero entre los militantes revolucionarios, estaban destruyendo los valores fundamentales de la revolución proletaria y creando condiciones para el desarrollo del bonapartismo... «Hasta ahora no hemos hecho más que destruir y despilfarrar, mientras el enemigo se organiza y traslada el ejército de Marruecos a la península. Hace unos días le oí decir a un coronel en el Ministerio de la Guerra que el general Franco había conseguido neutralizar a la escuadra y la aviación republicanas y transportar a Andalucía y Extremadura sus moros y legionarios. Su opinión era, que esas tropas férreamente disciplinadas y mandadas por un militar de talento no tardarían en ponemos en un grave aprieto.»

—¿No será ese coronel un fascista camuflado de tantos como hay en el Ministerio de la Guerra? —se burló la Estrella Roja.

—Javi tiene razón —intervino Mariano—. El general Franco es un tipo peligroso. Un militar del Partido, que le conoce bien, nos dijo ayer lo mismo en el Quinto Regimiento... Creo que es un estratega extraordinario y los moros y legionarios le obedecen sin rechistar.

—A mí no me asustan los moros y legionarios —dijo Luis—. Al fin y al cabo son mercenarios, hombres vendidos, con moral de esclavos. Y en cuanto a los estrategas, tampoco los tengo miedo.

—Di que sí, que el proletariado no tiene que tener miedo de nadie... —afirmó Estrella—. ¿Cómo van a luchar los moros y legionarios con la misma moral que los trabajadores revolucionarios?

—En la guerra la disciplina y la economía son más importantes que la moral... —se levantó Javi—, y nosotros hemos desintegrado la disciplina y estamos acabando con las reservas alimenticias.

—¿Es que te vas a marchar? —le cogió su madre de la mano.

—Tengo que ir al periódico, madre... Yo todavíaigo siendo un currante.

—A ver si te has creído que los demás no damos el callo —protestó Carlitos.

—Yo no digo que no deis el callo. Lo único que os digo es que yo he doblado mi jornada de trabajo en favor de la revolución.

—Oye, rico, que yo también voy al periódico y no paro ni de día ni de noche en servir a la causa —dijo la Estrella Roja.

—Lo que tú haces es meter las narices en todo lo que no te importa...

Las palabras de Mariano, al que su compañera había estado llevando la contraria durante la cena, crearon una nueva situación conflictiva con la que acabó Petra diciendo que en su casa «no quería escenas matrimoniales».

La habitación era grande y destortalada, con dos camas de hierro cada una de un estilo, una mesilla en el centro, un armario de pino tan viejo y estropeado como el resto de los muebles, y en las paredes varios anaqueles hechos con tablas y repletos de libros y revistas, un retrato de Bakunin, Otro de Lenin, una litografía que representaba el fusilamiento de Ferrer, y páginas de revistas con artistas de cine, mujeres desnudas y algunos boxeadores. La habitación olía a chotuno, como decía Adela, y cuando Javi entró sigilosamente fue recibido por los ronquidos de Luis y Carlitos, ambos completamente desnudos y espatarrados. Desde que empezó la sublevación era la primera vez que las dos camas estaban ocupadas. Normalmente siempre habían dormido juntos Luis y Javi, y Mariano y Carlitos, pero cuando Luis fue detenido Mariano se pasó a la cama de Javi para librarse de los achuchones, brincos y puñetazos de Carlitos, con quien todos rehuían dormir por sus violencias oníricas. Javi se quedó un

momento indeciso sin saber qué hacer, porque Luis había cogido la cama a sus anchas y la ocupaba totalmente. Hizo todo lo posible por no despertarle, pero en su intento de recuperar la sábana, que la tenía enrollada en una pierna, y una parte de la almohada, a la que estaba abrazado, Luis se despertó con un fuerte resoplido y empezó a gruñir... «Joder, con las horas que tienes de venir...» Javi apagó la luz y saltó por encima de su hermano para ocupar su sitio junto a la pared. Carlitos seguía roncando a más y mejor... Luis le echó el brazo por encima y observó que estaba temblando.

—¿Qué te pasa?

—Nada, déjame en paz.

—¿Sabes que estás raro conmigo?

—Tendré motivos, ¿no?

—Si te refieres a lo de la Encarna, me parece una tontería. No sé lo que habrán podido contarte, pero yo nunca he hecho nada por camelarla y eso que desde que le salieron los bultitos no ha hecho más que restregármelos por los ojos como tú bien sabes... ¿Crees que me hubiera costado algún trabajo tirármela si hubiera querido?

—El Carapán dice que dos o tres días antes de detenerte saltaste la valla del corral y estuviste con ella...

De momento Luis no dijo nada, pero Javi le sintió revolverse en la cama y murmurar algo, blasfemias masculladas, palabrotas entre dientes. Luego se levantó y oyó el chorro urinario en el corral. Tardó un rato en volver y cuando lo hizo se metió debajo de la sábana. Javi se apretó contra la pared huyendo de su contacto... «Te juro que no pensé que pudiera molestarte. De haberlo sabido... Fue una tontería, te lo juro. Me dejé liar como un imbécil y la culpa la tienes tú y ella por mezclarme a mí en vuestros conflictos... ¿No me dijiste que habías regañado definitivamente y que no querías que la Encarna te convirtiera en un cretino erotizado? Ya no recuerdo bien, pero el día del corral me llamó para decirme que se iba a marchar de casa, porque tú no le hacías caso y su padrastro no la dejaba en paz. El Benito, por lo visto, se había dado cuenta de algo y quería cobrarse en carne... Fue una estupidez, te lo juro. Me

tangó con su sentimentalismo... que era muy desgraciada, que todo el mundo la miraba con malos ojos, que su madre la amenazaba cada dos por tres con llevarla a un médico, porque recelaba que tú la habías perforado. Un lío, de verdad... Me dio pena, porque tú también me habías dicho que no querías nada con ella.»

—Yo te había dicho que no quería correr riesgos de embarazos, no que no la quisiera.

—¿Por qué regañaste entonces?

—Regañamos porque siempre me estaba dando la tabarra con lo del Benito y con los rollos de su madre... Quería que huyéramos a Barcelona. Incluso llegó a decirme que la habían ofrecido entrar a formar parte de un conjunto coreográfico.

—¿Sabes que ha estado trabajando de corista en un cabaret?

—Algo me dijo Carapán, pero no lo creí.

—Pues es cierto. Me lo ha dicho ella misma...

Luego le contó que se la había encontrado en Guadalajara casualmente. Por lo visto estaba de tránsito con una compañía de variedades y los sublevados les encerraron a todos en la cárcel por considerarles rojos e inmorales. Luego se sumó a la columna que siguió operando por tierras de la Alcarria.

—Entonces, ha estado todo el tiempo contigo...

—Conmigo no. Ya sabes que a mí no me gustan los compromisos amorosos. Algunas veces hemos coincidido, pero cada uno con su libertad.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Ya te he dicho que la Encarna no te conviene. No es que sea mala... Se acuerda mucho de ti y cuando se pone sentimental dice que tú eres el único amor de su vida y el único hombre a quien quiere de verdad, pero luego ya sabes... es una calentona. Cuando le da la vena se agarra al primer troncho que tiene a mano. Tú no te diste cuenta, porque eres un despistado, pero cada vez que venía Juanjo no hacía más que asomarse por el corral y hacer numeritos.

—Vaya unos moscardones. A ver si os calláis de una vez —gruñó Carlitos. —Tú sí que eres un moscardón, so pedorro.

—Yo soy pedorro del culo, pero tú lo eres de la cabeza... ¿Cuándo te vas a enterar que a la Encarna lo único que le interesa es la carne en rollo?

—¿Qué pasa ahí? —golpeó Petra en la pared con los nudillos.

—No es nada, madre, es que el Intelectual está soñando con la Encarna —gritó Carlitos regocijado.

—Mira que eres cabrón —gruñó Javi.

—Pobre hijo mío, taparle bien, que a lo mejor tiene frío... Sólo nos faltaba tener una zorra en la familia.

—¿Has oído, Intelectual, la opinión que tiene la vieja de tu Julieta? —Como me levante te voy a dar un par de hostias que te vas a acordar, so bocaza.

—¿Cuántos van a venir contigo?

—Cállate ya si no quieres que madre se levante —dijo Luis.

—Es que es un insultón.

—Y tú un entrometido. Además, ¿qué mierda sabes de lo que estamos hablando?

—¿Se puede saber lo que pasa aquí? —encendió Petra la luz.

—No pasa nada, madre... —se envolvió rápidamente Carlitos en la sábana—. Su hijo el Intelectual, que nos ha despertado a todos gritando Encarna, Encarnita, carne de mis carnes...

—Mira que soñar con esa pécora —miró Petra a Javi y movió la cabeza.

—No le haga caso, madre —dijo Luis—. Javi ya no se acuerda de la Encarna.

—Uy, que no se acuerda. Me hubiera gustado que le hubierais visto hace dos o tres noches recitando en sueños:

Y que yo me la llevé al río creyendo que estaba entera y me la encontré sin virgo...

Javi se tiró de la cama llamando a su hermano cabrito y gamberro. Carlitos se hizo un ovillo envuelto en la sábana y aguantó carcajeándose el aluvión de palabrotas y puñetazos como si no fuera con él. Luego que su madre volvió a la habitación murmurando «que eran como potros que no sentían ni padecían y todo se lo tomaban a broma», Carlitos tiró la sábana y se enzarzó en lucha con su hermano. Más que lucha fue juego, ya que Carlitos era mucho más fuerte y lo único que hizo fue defenderse hasta reducir la cólera de Javi, y una vez que lo tuvo completamente inmovilizado, devolverlo a la cama de Luis entre carcajadas.

Avelino regresó de Cartagena entusiasmado. Los tres días que pasó con la familia de Sonia le devolvieron la moral... «Hay mucha crueldad en esta guerra, pero también hay mucho heroísmo, mucha fuerza idealista», dijo a sus compañeros de redacción. Con el material de primera mano que se trajo enjaretó tres reportajes que llamaron poderosamente la atención y fueron leídos con avidez por el público. Artigas, que le había sustituido en la dirección del periódico y empezaba a sentir los efectos de su reciente adhesión al comunismo con la virulencia de un salpullido, comparó estos reportajes con los relatos del asalto al Palacio de Invierno de Petrogrado, escritos por Reed, y le dijo a Javi que él podía ser un reportero con tanta garra como Avelino si se olvidaba del doctrinarismo anarquista.

—Aunque yo no me considero anarquista, no sé por qué tendría que olvidarme de doctrinas que han hecho posible epopeyas como la del «Jaime I» y han contribuido decisivamente a reventar la sublevación.

—No, si yo no tengo que decir nada contra los anarquistas y hasta me siento un poco anarquista en mi fuero interno. Creo que todos los españoles somos más anarquistas que otra cosa, pero también opino que si queremos ganar la guerra tenemos que olvidarnos del anarquismo y buscar la solución en doctrinas que fortalezcan el poder del Estado y la disciplina de las masas... No lo tomes a mal. Te lo digo porque tú vales mucho y valdrías mucho más si en

vez de hablar tanto de la libertad y de los derechos del pueblo, hablases más de la disciplina y de los deberes de los trabajadores...

Javi conocía muy poco a Artigas y le había impresionado mucho su aventura malagueña. Un hombre que se había librado por chiripa de los piquetes de ejecución enemigos tenía para él todos los respetos. Sin embargo, cuando lo comentó con don Ricardo, el viejo masón se destapó en sarcasmos... «Algunas personas cambian de ideas como de camisa y hasta se permiten excomulgar a los que no les siguen la corriente. Artigas siempre ha sido una veleta tanto en cuestiones del culo como de la cabeza. Ya ves, yo le conozco mucho y le tengo por amigo, pero me joroba que se haga pasar por lo que no es... Carca lo ha sido siempre, marica también y como pelotillero y camaleón son pocos los que le echan la zanca. Por supuesto, no le falta talento para olfatear lo que se cuece entre bastidores, y ese olfato es lo que le ha salvado siempre... ¿De modo que te ha dicho que te olvides del doctrinarismo anarquista? No te preocunes, hijito, que a mí también me dijo anteayer que el liberalismo olía a cadáverina, y yo le respondí que había nacido siendo liberal y moriría siendo liberal, porque a pesar de todo lo que estaba ocurriendo no creía en las aberrantes teorías del Estado totalitario ni en las abstractas utopías comunistas. Y eso también te lo digo a ti: para mí el hombre es la medida de todas las cosas y el individuo sujeto de derechos inalienables, que no es lo mismo que portador de valores eternos, ya que a mí la eternidad me importa un rábano... Por eso te digo que no hagas caso de Artigas. Si él se ha hecho comunista, algo debe olfatear, porque te repito que es un especialista en ollas podridas y comistrajos de ocasión, pero que no se dé pisto y ande diciendo por ahí que los fascistas querían fusilarle por comunista. Para más señas te recomiendo que escuches de vez en cuando las gárgaras de Queipo en Radio Sevilla. Hace unas noches habló del heroísmo de Artigas y comentó con guasa las crónicas que han aparecido por aquí convirtiéndole en una víctima del fascismo cuando, según dijo, fue detenido por corruptor de menores... Escucha, escucha Radio Sevilla y te enterarás.»

Pero lo que más le sorprendió es que su cuñada se hiciera uña y carne de Artigas y empezase a enviar artículos de colaboración a «La Mañana». Su especialidad eran los panegíricos, pero siempre con su cuenta y razón. Los

personajes que más la interesaban eran los guerreros que se estaban «revelando» como geniales estrategas del pueblo. Luis Re villa mereció el honor de que le dedicase un artículo que hizo exclamar a Avelino: «Oye, no sabía que tu hermano era un genio.»

—Yo tampoco —respondió Javi—. Es valiente y resuelto en la acción, pero todas las demás genialidades que le atribuye la Estrella Roja me parecen plumas superpuestas.

—¿No estará merodeando el anzuelo comunista?

—No lo creo.

—Es que ya sabes que a tu cuñada solamente la interesan los comunistas y los que se encuentran en su órbita... ¿Te acuerdas que hace unos días nos envió un «retrato» de Garcés? Pues hace un rato estuve hablando con él y por lo que me dijo de Azaña y Casares Quiroga, que eran hasta no hace mucho los únicos santos de su devoción, deduzco que ya está en el puchero... Claro que Garcés ha sido siempre muy oportunista.

—Pero mi hermano Luis no lo ha sido nunca.

—Yo no diría tanto... La última vez que hablé con él lo encontré muy cambiado y muy poseído de sí mismo. Como te dije, lo vi en el Chicote pavoneándose entre las putas y hablando de la disciplina militar con los mismos argumentos que emplean los comunistas. Esto y lo que dice ahora Estrella en su artículo, me hacen sospechar que el hombre anda con sus contradicciones. Por lo demás no me extraña, porque las contradicciones nos alcanzan a todos.

—¿A ti también?

—Hombre, yo no soy de piedra... —se echó a reír socarronamente el director de «La Mañana»—. Lo único que te puedo decir es que me encuentro sometido a fuertes presiones, pero espero resistir... A pesar de que muchos me tienen por oportunista y ambicioso, yo no soy de los que claudican fácilmente. Sin embargo, la guerra nos está cambiando a todos. Como dice tu cuñada, se ha producido una correlación de fuerzas que nos obliga a meditar.

Por cierto, quería preguntarte una cosa: ¿se han planteado los anarcosindicalistas la conquista del poder?

—La conquista del poder no es un postulado del anarcosindicalismo.

—Pues a mí me han asegurado que en Barcelona se habla mucho de dictadura anarquista, y quien me lo ha dicho está muy dentro de los entresijos de la Generalitat y de la política catalana. Concretamente, oí decir en la antesala de la Presidencia del Consejo de Ministros, que Companys era más prisionero de los anarquistas que presidente de la Generalitat.

—Yo no creo en la dictadura anarquista por la sencilla razón de que sería tanto como negar el anarquismo. Con esto no quiero decir que dentro del movimiento libertario no se manifiesten corrientes maximalistas y haya algunos que piensen en la dictadura, pero a mi juicio son elementos bolchevizantes, marxistas o trotskistas camuflados.

—¿Por qué no escribes un artículo sobre el tema? La cuestión preocupa a mucha gente y merece la pena esclarecerse.

—Lo que yo pueda decir no pasa de una opinión personal —se rascó Javi la cabeza con furioso nerviosismo.

—Escríbelo, no te preocupes... —le alentó Avelino con palmadas en la espalda.

El artículo apareció al día siguiente con todo lujo tipográfico y provocó una serie de escarceos polémicos. La prensa anarcosindicalista reprodujo la mayor parte del artículo con elogiosos comentarios para el autor, pero el portavoz oficial añadía una apostilla hiriente para Avelino: «El análisis de Javier Revilla sobre la actitud del anarcosindicalismo es correcto y responde, en líneas generales, a los criterios del Movimiento Libertario. No habrá dictadura anarquista, porque el anarquismo es contrario a toda clase de dictaduras. Lo decimos para que tomen buena nota algunos redactores de “La Mañana”, que enseñan frecuentemente la oreja, y su versátil director, a quien hace unos días le oímos ponderar la “eficacia comunista”».

Aunque Avelino se sintió molesto por el comentario del órgano confederal, la cosa no hubiera pasado de ahí de no terciar en la polémica Estrella Roja desde

el portavoz comunista. Con la suficiencia de quien se encuentra en posesión de la verdad, colmó de bendiciones a los camaradas de «La Mañana» y especialmente a su director, Avelino Rico, tan imparcial y objetivo en sus juicios, para terminar lamentándose de que el enemigo estuviera infiltrado en los lugares más insospechados... Las palabras de su cuñada no tardaron en recibir respuesta en un artículo firmado por Gálvez, uno de los redactores más furibundos del órgano confederal, el cual recordaba a la Estrella Roja sus anteriores entusiasmos «apóstolicos» y la aconsejaba que buscarse los enemigos infiltrados en su periódico y en «La Mañana», donde podía encontrar «nidales».

A Javi le hizo pensar mucho este escarceo de palabras malintencionadas. Con Gálvez nunca se había llevado bien, porque le consideraba arbitrario y truculento, más inclinado a los golpes de efecto que a los juicios serios y ponderados. Pero en algunas de las cosas que decía en su artículo tenía razón: «La Mañana» se inclinaba cada vez más al comunismo y Ave— lino Rico y Artigas no ocultaban su simpatía por «un gobierno de plena autoridad que restableciera el orden constitucional y acabara con los incontrolados.» Lo que se postulaba en el fondo, como le dijo Gálvez una tarde que se lo encontró en el Cuartel General de Milicias Confederales, era un gobierno bolchevizante presidido por el «Lenin español» y manipulado por los «chinos»... «¿No te das cuenta que lo que pretenden es meternos con vaselina la dictadura del proletariado?», le gritó Gálvez fuera de sí, con los bigotes erizados. Luego le propuso incorporarse a la redacción del órgano confederal, pero Javi dijo que lo pensaría, y cuando lo pensó decidió seguir en «La Mañana».

En la primera decena de agosto Benítez fue enviado al teatro de operaciones extremeño como corresponsal de guerra y regresó una semana después sin haber escrito una sola línea, pero horrorizado de lo que había presenciado... Un alud de moros, que al decir de Benítez superaba con mucho al que había invadido España al mando de Tarik en el siglo octavo, arrollaba pueblos y ciudades sin respetar nada ni a nadie. Hablaba de centenares de kilómetros recorridos por las columnas del Ejército de África. Ante su presencia las milicias huían o eran acuchilladas como cerdos por las hordas de moros y legionarios. Cada vez que hablaba de Badajoz, a la que llamaba la «ciudad mártir», a sus

ojos asomaba el terror y se llenaban de lágrimas. Parecía estar viendo los arroyos de sangre y los miles de muertos que describía. De momento nadie le creyó, porque había regresado borracho como una cuba. Zacarías, el dibujante, dijo que se hallaba bajo los efectos del «delirium tremens». Carrasco calificó el relato de Benítez de «visiones apocalípticas». Don Poli, por el contrario, se mostró dubitativo y preocupado. Lo de la muerte de miles de personas en la Plaza de Toros lo interpretaba como un símbolo del «destino trágico de España». Don Ricardo tampoco pareció tomar a broma las impresiones terroríficas del crítico literario... «Nuestra historia es demasiado rica en crueldad para que no admitamos como verosímil lo que cuenta Benítez. Si en Madrid está pasando lo que todos sabemos a la vista del Gobierno, ¿por qué extrañamos que en Badajoz, Mahoma y Santiago juntos hayan realizado una gran escabechina...?» Artigas no dijo ni pío, pero su semblante encalado y el azul de sus ojos licuado en miedo fueron más expresivos que todas las palabras. Avelino trató de ser ecuánime sin hacer concesiones al derrotismo... «Cuando mandé a Benítez al frente de Extremadura lo hice porque tenía algunas referencias de que las cosas no iban bien por aquel sector, pero nunca pensé que fueran tan mal. Sin embargo, el relato de Benítez es demasiado fantástico. En mi opinión, no debemos tomarlo en consideración hasta poseer una información más completa. De momento nos atendremos a la información oficial...» Terminada la reunión del consejo de redacción, Avelino hizo una seña a Javi para que le siguiera a su despacho y una vez dentro cerró la puerta.

—¿Qué opinas tú? —le interpeló nervioso.

—Estoy convencido que Benítez no ha visto visiones. Quizá exagera las tintas, pero el cuadro es real.

—Yo también —encendió Avelino un cigarrillo—. Pero lo que me sorprende es la ligereza del Gobierno. Hace unos días, cuando se sublevaron en Badajoz los guardias de Asalto y los de Seguridad, le oí decir al ministro de la Gobernación que en Badajoz no podía pasar nada grave, porque dada la condición estratégica de la plaza contaba con fuerzas suficientes para defenderse de cualquier sorpresa y estaba al mando de un jefe de absoluta confianza que ahora, según dice Benítez, ha huido a Portugal. —El gobierno no sabe por dónde se anda. En este momento existe un divorcio absoluto entre el pueblo y

el gobierno. Giral no hace más que hablar de legalidad republicana sin darse cuenta que ni los sublevados ni el pueblo acatan su legalidad.

—No creas que no lo sabe. ¿Cómo puede ignorar que la zona republicana se encuentra en poder de los comités que no respetan más órdenes que las que reciben de sus dirigentes políticos o sindicales...? No pienses que es tan tonto. Yo he hablado en estos días varias veces con él y puedo asegurarte que si sigue al frente del gobierno es por imperativo de Azaña, que aún confía en hacerse con la situación y convencer a los revolucionarios de que la guerra solamente puede ganarla la República.

—Yo no creo que sea posible dar marcha atrás.

—Pero sí puede robustecerse la acción del gobierno. De lo contrario estamos perdidos.

—Yo tampoco creo que tengamos motivos para ser tan pesimistas. Lo de Extremadura es una lección y una advertencia. Tenemos que pasar a la ofensiva en todos los frentes y poner al pueblo en armas si es preciso... —ante el gesto de impaciencia de Avelino, Javi se dirigió a la puerta.

—Perdona, pero me tengo que ir al Ministerio de la Guerra. Procura tranquilizar a Benítez. No le pierdas de vista hasta que yo vuelva...

El crítico literario había conseguido ahuyentar a todos sus compañeros de redacción y dormitaba sobre un sofá. Al entrar Javi abrió un ojo estriado de venillas sanguinolentas, pero volvió a cerrarlo. Javi no se dio por enterado y empezó a escribir sobre la mesa a pluma para no molestarle con el ruido de la máquina. Pasado un buen rato, cerca de una hora, Javi observó que el ojo de Benítez le contemplaba fijamente.

—¿Por qué no te duermes de una vez?

—No puedo. Cada vez que cierro los ojos veo montones de cuerpos descabezados y la sangre correr por las calles. Es horrible. Me gustaría que lo hubieras visto... Y luego las hordas cantando y gritando como demonios. No hago más que preguntarme qué va a ser de nosotros con este gobierno de mierda...

—El proceso revolucionario está desencadenado y ya no hay quien lo pare por muchos moros y legionarios que traiga el enemigo.

—¿Tienen los anarquistas algún plan...? Ya sabes que yo también tuve inclinaciones anarcoides, ¿no? Reconozco que hasta ahora vosotros sois los que más habéis dado la cara. Sinceramente, el anarquismo tiene mucha pasión y arrastra todo el idealismo romántico español, pero carece de trastienda política. A mi juicio no tiene cuerda más que para el primer acto del dramón populista. Avelino opina poco más o menos como yo, aunque a lo camaleón y zorrudo. Por otra parte, los socialistas, a pesar del radicalismo senil de Largo Caballero, no sienten la revolución. En el fondo son jodidos mencheviques y están plagados de reminiscencias burguesas y mezquindades mesocráticas. A los comunistas no les falta teoría y estrategia de masas, pero, chico, me parecen una pandilla de loros recitadores. Cuando uno se acerca a ellos y los mete los dedos para que vomiten, como he hecho yo, se da cuenta que no tienen más que discos Stalin y gestos Dimitrov. La chispa genial de Lenin no la encuentras por ninguna parte... Pepe Díaz y la Pasionaria tienen algo tumultuoso, ibérico, incluso yo diría ácrata por lo sincero y espontáneo, pero les falta doctrina, intuición leninista o trotskista... —gesteaba y manipulaba en el vacío, afianzándose de vez en cuando las gafas en el caballete de la nariz aguileña y alisándose el pelo largo e hirsuto—. Te lo digo de veras, no me convencen.

—Todavía te quedan Azaña, Martínez Barrio y Prieto, cada uno con una solución para salvar al país.

—Puaff, no me hables... —pareció que iba a levantarse y echar a correr, pero lo que hizo fue cambiar de postura—. Ya no me fío ni de mi padre...

Benítez siguió hablando por los codos. Javi estaba convencido de que no necesitaba interlocutor. Su necesidad de hablar estaba impregnada de miedo.

Algo vacilaba dentro de él, quizás era su propio mundo bohemio, sus aficiones esnobistas, aquel zascandileo que le había valido ser calificado de «culo de mal asiento» por sus bandazos literarios y políticos en lo que él llamaba su «búsqueda de la verdad», una búsqueda que había comenzado cantando en versos ultraístas la aventura de Ramón Franco y Queipo de Llano como héroes rebeldes a la Corona, para coquetear luego en el socialiberismo, brillar como escritor y poeta entre los deshumanizadores del arte incubados por Ortega, hacer su viaje con gastos pagados a la Unión Soviética y, tras repudiar el elitismo orteguiano, encalabrinarse en el realismo social y retratarse con Azaña en el Campo de Comillas... Javi le dejó amodorrado, con los dos ojos cerrados, después de describir el apocalipsis de la República con las tintas más negras de su imaginación.

Carlitos había tomado muy en serio la caza de fascistas. En los primeros días fueron los «pacos» y los coches fantasma. El enemigo vencido en los cuarteles no se resignó a la derrota y sus cuadros se especializaron en operar clandestinamente. Su consigna parecía sembrar la confusión y el terror entre los milicianos, mantener a la ciudad en jaque por medio de actos de sabotaje y terrorismo, no dar reposo a los que se consideraban dueños de la situación. El ardid de los grupos que disparaban sobre blancos precisos desde coches lanzados a toda velocidad o de los que, individualmente, disparaban desde las azoteas o balcones en la impunidad de la noche o arropados en la complicidad de amigos y familiares, resultó tan eficaz como contraproducente para sus promotores. Como el terror siempre engendra terror, no tardaron en proliferar los organismos encargados de la represión. En aquellos días nadie tenía confianza en la policía. Más bien se la consideraba enemiga. Por eso surgió el Comité de Salud Pública como una reminiscencia jacobina de la Revolución francesa, el cual se instaló en el Círculo de Bellas Artes, corazón de la burguesía madrileña. Posteriormente, este Comité integrado por todas las organizaciones opuestas al alzamiento, fue legalizado y oscurecido en su significación. En lo sucesivo se llamaría Comité Provincial de Investigación Pública y de la calle de Alcalá pasaría a la más discreta calle de Fomento... No convenía asustar al cuerpo diplomático con nombres estrambóticos de importación, les dijo un alto funcionario del Ministerio de la Gobernación a los miembros del Comité. Si lo que importa es la función, cuanto menos se hable

del órgano mejor... Con todo, el «órgano» siguió siendo más conocido por su nombre primigenio de Salud Pública... Carlitos se sentía ufano de haber sido felicitado en numerosas ocasiones por su olfato y decisión en la captura de enemigos. Sin embargo, recientemente había ocurrido algo que estaba dando mucho que hablar entre los miembros del Comité y sus compañeros de los grupos de investigación. Se decía que Carlitos había sustraído las pruebas encontradas en casa de una detenida y después de haber sido puesta en libertad andaba liado con ella.

A Javi le llegó la onda por el Rodri, un muchacho de las juventudes libertarias que formaba parte del grupo de su hermano... «Está encoñado con la tipa y para mí es una lagarta, una aristócrata con más conchas que un galápago», le dijo. Javi no le dio gran importancia tratándose de Carlitos, a quien concedía un amplio margen de extremismo. No obstante le sondeó:

- Creo que hay por ahí una princesa que se derrite por tus huesos.
- Una princesa no, pero una condesa sí, y qué condesa, madre mía, un monumento...
- Facha, naturalmente.
- Nada de facha, una mujer con ganas de vivir y con un estilo apabullante. Me tiene loco...

Su hermano le contó una historia que sólo se parecía a la que le había contado el Rodri en algunos detalles. Para Carlitos la condesa era una ingenua, una engañada por su marido. Ella no entendía de política y lo mismo le daban los rojos que los azules. Su marido sí era un jerifalte facha, teniente de navío o algo así, pero no sabía dónde estaba ni quería saber nada de él...

- ¿Qué edad tiene? —le interrumpió Javi.
- No sé, la muy cabrona no quiere decírmelo, porque dice que no es delicado preguntar la edad a una mujer, pero yo la calculo treinta o treinta y cinco años.
- Casi el doble que tú.

- Para el carro, bestia... Además, a mí las niñatas no me van. No tienen sabor al lado de una mujer como Cristina.
- Tiene un nombre regio.
- Dirás que el nombre es pocho.
- Algunos nombres suelen ser bastante significativos. Una condesa llamada Cristina lo más probable es que sea monárquica.
- Jo, ¿sabes que valías para policía? —se echó a reír Carlitos.
- Es una simple deducción. Ayer me dijo Estrella que a una sobrina suya le habían puesto de nombre Lenina. Conozco a algunos compañeros que han puesto a sus hijos los nombres de Bakunin y Malatesta. La gente tiende a convertir la mitología en destino.
- Pues sí, su familia parece que es monárquica y su marido también, pero ella es más libertaria que otra cosa.
- ¿Libertaria o libertina?
- Qué más da. A ver si tú también vas a salir ahora con prejuicios de moralista... A los dos nos gusta chingar y no creo que hagamos mal a nadie.
- Depende de lo que ella busque.
- Cristina sólo me busca a mí. La tengo en el bote bolero, Intelectual. Si la vieras, se retuerce de gusto. No he conocido a ninguna mujer que goce tanto.
- Cualquiera que te oiga creería que tienes más experiencia que el caballero Casanova.
- Yo no sé quién es ése imbécil ni puñetera falta que me hace, pero de mujeres sé un porrón más que tú...
- Javi aguantó el aluvión de fanfarronerías de su hermano y cuando se cansó le dejó con la palabra en la boca. De creerle se había acostado con la mayoría de las putas de Madrid. Luego resultó que era verdad, que desde que descubrió que las chicas de los prostíbulos aceptaban los vales como moneda de pago no había perdido el tiempo. Pero algunos días después entró con Avelino en la

Granja Florida y se encontraron a Carlitos con su condesa. Realmente era una mujer fina y exquisita (Carlitos decía que era de «raso y terciopelo»). Y ocurrió que Avelino y Cristina también se conocían de «haberse visto en alguna parte», aunque ninguno de los dos parecía acordarse. Javi dedujo que lo que en Avelino era despiste en Cristina era cautela. Sólo charlaron un momento, porque Avelino estaba citado con unos periodistas ingleses que había conocido en sus tiempos de corresponsal en Londres. Se trataba de tres tipos muy curiosos y complejos, con ese instinto peculiar que poseen los reporteros anglosajones para la información. Venían de Barcelona y estaban impresionados de lo que habían visto por allí. Al enterarse uno de ellos que Javi era libertario, le preguntó en una mezcla de español e italiano que por qué los «anarquistas incontrolados» mataban tanta gente. La insidiosa pregunta desconcertó al muchacho y respondió que no sabía que los asesinos se llamaran «anarquistas incontrolados». Fue una conversación difícil, pero al final se aclaró que el concepto pertenecía a un personaje oficial. Avelino dijo que se trataba de una evasiva del personaje en cuestión para salir del paso, pero Javi no lo tomó tan a la ligera y aquella misma noche escribió un artículo fustigante sobre el tema. Más o menos venía a decir que «si existían “anarquistas incontrolados” que se desmandaban y cometían barbaridades impulsados por sus malos instintos o peor ralea, “contrarios, por supuesto, a cualquier ideología humanista”, en la misma o mayor proporción se daba esta especie infrahumana entre comunistas, socialistas y hasta en los morigerados republicanos (y no hablemos del enemigo, pues las noticias que recibimos a diario de la otra zona nos revuelven hasta los calostros), las autoridades debían tomar cartas en el asunto y llevar a los autores de actos vandálicos y crímenes contra las personas a los tribunales de justicia. Lo que no es serio ni honrado es decir a los corresponsales extranjeros que los actos punibles sólo los cometan los anarquistas incontrolados, porque es falso, indica mala fe y sólo sirve para encubrir politiquerías, sin atajar el mal de raíz.»

Avelino dudó en mandar el artículo a las linotipias, pero después de consultar con don Ricardo y Artigas, que consideraron muy saludable y oportuno lo que decía Javi, todavía lo sometió a su propia corrección, que Javi llamaba «capar», porque en la corrección del director los artículos ganaban pulcritud, pero perdían vigor.

Después de leer Javi su artículo «capado», y quizá observando en las pupilas del muchacho cierto inconformismo, le preguntó sin darle tiempo a formular ninguna objeción: «Oye, ¿qué relaciones tiene Carlitos con Cristina de Campoflorite?»

—Creo que se la está tirando.

—Joder... quién lo iba a decir... —chasqueó la lengua con gesto de perplejidad—. Esta tarde me costó trabajo reconocerla con ese atuendo de katiuska sovietizada.

—Parece que es condesa, ¿no?

—Ignoro el título que ostenta, pero sí sé que tanto ella como su marido pertenecen a la más rancia aristocracia... ¿Sabes que Carlitos ha salido un espabilao? No obstante me sorprende, porque tengo idea de que Antonio Portillo anduvo detrás de ella y no consiguió nada.

Javi se encogió de hombros y dijo algo despectivo sobre las farolerías de su hermano antes de desaparecer. Pero no había pasado un cuarto de hora cuando le anunciaron la visita de Cristina de Campoflorite desde la planta baja. Dudó un momento antes de dar orden al conserje de que la dejara subir, pero cuando se presentó le hizo todos los honores de la galantería.

—¿De verdad no me has conocido esta tarde? —le entregó la mano con una sonrisa insinuante.

—Completamente de verdad.

—¿Tan cambiada estoy?

—Yo más bien diría camuflada... diferente a la fiesta de Londres y no comparable con la imagen que conservo del Jorge V de París. Quizá también influyese la compañía... ¿Cómo podía imaginarme a la condesa de Los Juanes disfrazada de katiuska en compañía de un joven anarquista?

Cristina de Campoflorite encendió un nuevo pitillo con la punta del que llevaba y se retrepó en el sillón. Avelino la observaba con desconfianza. En su gesto aparentemente sonriente se formaban líneas de tensión cambiante. Hablaba

morosamente: «Carlitos es un chiquillo encantador, pero envenenado por la truculencia. A ti y a tu mujer os quiere mucho... ¿Es verdad que te casaste con la nieta del furibundo Montesinos? Mi abuelo se quedó con ganas de colgarle cuando entró en Cartagena...» Avelino pensó que trataba de impresionarle. Estaba poseída por el miedo, un miedo que se reflejaba en sus pulsos y en el azul de sus pupilas. De una manera muy vaga y pudorosa le contó el registro efectuado en su casa por orden del Comité de Salud Pública. Iban con orden de detener a su marido sin más prueba que una foto del «Blanco y Negro» en la que aparecía con Alfonso XIII en Roma... «Carlitos es un muchacho ingenuo y simpático. Gracias a él conseguí salvarme del interrogatorio de los sicarios y salvar los papeles comprometedores que había en casa. Pero si se enterase que mi marido es uno de los organizadores del alzamiento, no me lo perdonaría...»

—¿Dónde está su marido? —parpadeó Avelino preocupado.

—Detenido en la Cárcel Modelo...

La mirada de Avelino se quedó prendida de la de Cristina... «Te lo digo, porque Antonio Portillo me ha garantizado que puedo confiar plenamente en tu caballerosidad a pesar de que espiritualmente estás con los rojos...» Mientras hablaba le ahondaba en las pupilas y le abrazaba con una sonrisa de entrega... «De momento Patricio no se halla expuesto a ningún peligro. Fue detenido casualmente, pero llevaba documentación falsa y sobre él no pesa ninguna acusación. Con un simple aval político se le podría sacar en libertad...» Fue en Londres donde por primera vez oyó hablar del alzamiento militar a Patricio del Retortillo, recién pasado a la reserva por el gobierno triunfante del Frente Popular. Antonio Portillo no estaba convencido de que el pronunciamiento militar fuera lo mejor. Sentía hacia el militarismo la desconfianza de todos los Portillo y discutieron en su presencia la técnica del golpe de Estado. Antonio decía que había que crear las condiciones sicológicas adecuadas y exasperar previamente a las masas lo mismo que habían hecho Mussolini y Hitler. Patricio del Retortillo despreciaba olímpicamente a las masas... «Los borregos lo único que necesitan es un pastor que conduzca el rebaño a golpe de honda y garrota, y los cuadros militares son los únicos que pueden ahormar al pueblo en la disciplina y fusilar a los agitadores y demagogos que lo soliviantan...» En

un momento de la polémica, el marido de Cristina preguntó a Avelino su opinión como periodista... «Yo hace tiempo que faltó de España y no conozco la actual situación, pero cualquier tentativa de golpe de Estado, ya sea en forma de pronunciamiento militar o de asalto civil, me repugna, porque destruye la libertad política, que permite los cambios sin baños de sangre...» f

—¿Qué sabe de Antonio Portillo?

—Muy poco, casi nada... ¿Te importa que nos tuteemos?

—De ninguna manera. Yo también tengo el vicio del tuteo.

—Para mí es una de las pocas cosas impuestas por la revolución que me agrada...

Deambularon por muchos caminos accesorios antes de desembocar en lo que era objeto de su visita... Se trataba de prevenirle contra posibles indiscreciones tanto en relación con los Portillo como con Carlitos. Para el hermano de Javi ella era una aristócrata liberal y desenfadada que vivía separada del marido, y no quería que el muchacho modificase su imagen.

—El espionaje no me gusta. Al final siempre resulta peligroso... —movió Avelino la cabeza.

—No se trata de espionaje, sino de salvar a mi marido y facilitarle la salida al extranjero.

—Creo que en las condiciones que se encuentra no sería nada difícil sacarle de la cárcel y que se refugiara en una embajada.

—Patricio tiene sus propias ideas en este sentido.

—¿Y Carlitos...?

—De Carlitos no te preocupes. No creas que estoy jugando con él, como le dice su hermano. Sería incapaz de hacerle ningún mal... No sé si me comprendes. Es tan joven y generoso.

—Me parece que empiezo a comprender. Yo también le aprecio mucho y mi mujer le considera su discípulo preferido. Por eso y por la amistad que me une a su familia, no quisiera que le ocurriera nada que...

—Descuida. Yo tengo mis planes, pero en mis planes no entra perjudicar a Carlitos, sino todo lo contrario.

Cuando Cristina se despidió, Avelino se quedó en la mayor incertidumbre. Al final había accedido a todos sus deseos: desentenderse de sus intrigas y contrarrestar la antipatía que Javi sentía por ella y que, a su juicio, también resultaba peligrosa para Carlitos. Pero por si fuera poco, no tardó en presentarse uno de los periodistas ingleses con los que había hablado en la Granja Florida. Precisamente el mismo con el que había discutido Javi sobre los «anarquistas incontrolados». Se llamaba Douglas y era un tipo jocundo y bebedor que hablaba por los codos. Formalmente se declaraba marxista, pero figuraba como corresponsal de una prestigiosa publicación financiera y sus gustos y aficiones era de «bon vivant». Hablando de la marcha de la guerra, le entregó una carta en sobre cerrado. Avelino la abrió, leyó su contenido y se encogió de hombros, preguntando a su interlocutor si tenía algo que añadir. La respuesta fue que se la había entregado el director de su revista sin darle ninguna explicación... Avelino sacó la conclusión de que era un tipo taimado, un Jano con dos caras y mucha trastienda. La carta era de Antonio Portillo y en ella le rogaba que se interesara por la suerte de Cristina y de su marido.

Javi escribió un reportaje sobre los sucesos de la Cárcel Modelo que provocó un amago de infarto en don Ricardo y a Avelino le puso carne de gallina. Según dijo era «algo espeluznante, indigno de gente civilizada». A Benítez, por el contrario, le pareció «una respuesta justa» a lo que sus ojos incendiados de sangre habían visto en Badajoz. El más remolón en el juicio fue Artigas. Adujo su experiencia y su miedo para justificar lo ocurrido... Avelino movió la cabeza y luego comentó con Javi y don Ricardo que no le gustaba la actitud de Artigas. «Se ha cambiado de chaqueta sin cambiar de espíritu y lo mismo que antes justificaba todos los excesos del poder ahora justifica los excesos del populacho. De todas las maneras, ese reportaje no se va a publicar...», se levantó Avelino para coger el teléfono.

Mientras Javi relataba a don Ricardo el arsenal de armas defensivas y los centenares de pelotas de plomo hechas con papel de chocolate encontradas en las celdas, y Avelino seguía hablando por teléfono, entró Sonia en el despacho muy tostada y con los ojos relucientes de alegría.

—¿Cómo se te ha ocurrido regresar a este infierno? —gritó Avelino antes de soltar el aparato.

—Porque me gusta vivir en el infierno contigo —le abrazó ella.

—¿Sabes que estás maravillosa? —la contempló Javi emocionado.

—El aire del mar siempre sienta bien... —se dirigió don Ricardo hacia la puerta.

—Hijo, qué cara de cascarrabias tienes...

—No, si te parece es para sentirse rebosante de felicidad con las cosas que están pasando, y luego tú te plantas así, sin decir nada.

—Recibimos una carta de tu padre en la que decía que no parabas apenas en casa y que andabas mohín y como perro sin pastor... De todas las maneras yo pensaba regresar a primeros de setiembre para abrir la escuela.

—¿Lo dices en serio? —la contempló Avelino perplejo.

—Completamente... Mi intención es movilizar a los niños y a las mujeres en la educación y el trabajo, porque la guerra y la revolución van a exigir el esfuerzo de todos.

—No creo que tú estés en condiciones de hacer ningún esfuerzo. Lo más probable es que si empiezas con esos jaleos vuelvas a recaer...

Sonia rechazó los argumentos de su marido sobre el embarazo y rebatió con entusiasmo las objeciones de Javi en cuanto a sus propósitos de movilizar a las mujeres... «Me encuentro mejor que nunca y considero que nadie debe sustraerse al esfuerzo de crear un mundo mejor y más justo. Me gustaría que mi hijo no conociera las injusticias y violencias que hemos conocido nosotros...» Se hallaba tan ilusionada con sus proyectos, que Avelino y Javi terminaron por sentirse contagiados.

La Encarna apareció en el barrio tan inesperadamente como desapareció. Javi se enteró por su hermana Adela, pero no hizo el menor comentario. Aparentemente recibió la noticia con la mayor indiferencia.

—Mira que eres raro, tanto rabiar y patalear por la Encarna y ahora no dices ni pío... Pues te advierto que está más guapa y parece más fina y más elegante que cuando la llevó su madre al pueblo.

—Me alegro por ella.

—Es que me ha dicho que quiere hablar contigo.

—No tengo ganas de escuchar puterías. Que se confíese con otro cura...

Desde la habitación Javi oye a su madre regañar a Adela por entrometida y alcahueta... «Parece que llevas comisión en el asunto con tanto querer metérsela a tu hermano por los ojos...» Y Adela: «Pues sí, me gustaría que se arreglasen, porque la Encarna es una buena chica, a pesar de lo que diga la gente, y Javi la quiere...» Mientras su madre y su hermana discuten, Javi sueña amodorrado. Piensa en lo que le ha dicho Luis y los recuerdos le enardecen. Casi siente ganas de gritar el nombre de Encarna. Se estira, se despereza, se retuerce en la cama gruñendo. Sabe que la Encarna está sola. Su padrastro hace guardia en la carretera con las milicias. El Carapán trabaja en la barbería del campamento. Aunque es muy torpe e inútil, la barbería parece que se le da bien. Se le ha despertado una especie de humor negro que encaja muy bien entre los milicianos que van y vienen al frente. Cuando alguien se sienta en el sillón lo primero que le pregunta es por dónde quiere que le corte el pescuezo, y bromea en tomo al pescuezo y hace pantomimas, para terminar diciendo que le gustan muchos los pescuezos de las putas y los cabrones fascistas. La señora Sinfo tampoco está en casa. Antes tenía el servicio nocturno de los urinarios públicos de la Puerta del Sol, pero desde que se inició el oscurecimiento de la ciudad en previsión de los bombardeos enemigos, alterna en el servicio de tarde... «Encarna, Encarna», gruñe Javi con la cara hundida en la almohada. En esto oye la letra de la canción—consigna: «Mamita, yo sé que mi culpa no tiene disculpa, no tiene perdón...» Javi se tira de la cama y se embute los pantalones. Sigilosamente se asoma al corral, pero no ve a nadie. En el jardincillo Adela lee una novela rosa tumbada en la hamaca.

—¿Y madre? —susurra.

—Ha ido a la escuela a ver a Sonia. Desde que la han hecho del comité de trabajo de la barriada no para.

Javi ya no escucha a su hermana. El sol cae sobre el corral como una llamarada. La Encarna ha terminado su tango cuando Javi silba las primeras notas del «Pichi». La presiente husmeando entre las hendiduras de las tablas que separan los dos corrales. Intencionadamente se pone a orinar con el miembro erecto... «Qué guarro eres, hijo. Te estás haciendo tan grosero como tus hermanos...» El muchacho salta la valla con cierta torpeza. La Encarna le recibe en los brazos y se deja aprisionar, pero resiste su búsqueda con las manos y las piernas... «Eso no», gruñe, «no quiero más niños...» Javi se aparta. Observa que ha cambiado mucho. Lleva el pelo teñido de rubio platino y los párpados pintados de azul.

—¿Quieres decir que...?

—No quiero decir nada. Sólo que no quiero tener niños sin padre reconocido.

—¿Dónde has estado?

Encarna le contempla y los ojos se le llenan de lágrimas.

—No te pido cuentas. Sé que no tengo derecho a pedírtelas, pero te quiero.

Por toda respuesta ella le acaricia la cara y se lo lleva a la sombra del porche. Javi piensa que ha hecho una tontería. Se había prometido no volverla a ver y ahora estaba allí con el corazón trepidándole... Encarna le recuerda la carta que le escribió a comienzos del año, pidiéndole que la sacara del pueblo y la llevase donde quisiera, y de la cual no tuvo respuesta. Javi se excusa en la enfermedad del padre, la detención de Luis y las necesidades de la familia... «No podía aguantar a los abuelos. Mi abuela, sobre todo, no me quitaba el ojo de encima. A todas horas me estaba llamando taimada y perdida. Disfrutaba esclavizándome y no tuve más remedio que huir...»

—Yo no te pido cuentas. En el barrio se han dicho muchas cosas de ti, pero a mí no me importa, yo no tengo prejuicios.

—Pero las manos quietas.

—Es que no puedo estarme quieto estando a tu lado. Déjame, no seas mala...
¿Te vas a quedar aquí?

—Eso depende... Yo traigo muy buenas intenciones y quiero ser formal, pero si tú sigues jugando al quiero y no puedo y a eso de ser intelectual y de no tener tiempo de nada más que para chingar, no. Además, ahora no podrás decir que no puedes casarte, porque creo que ganas un buen sueldo.

—Nunca he pensado en casarme y ahora menos que nunca. Si quieres podemos vivir juntos.

—De eso nada, monada. Conozco las arrejuntanzas y sé muy bien del pie que cojeáis todos los tíos.

—Bueno, pues me alegro que hayas vuelto... —se levanta Javi.

—¿Te vas así?

—No me voy, me echas.

—Sin ninguna explicación, como si no hubiera pasado nada... —se dilatan las pupilas de Encarna.

—¿Ha pasado algo?

—¿Es que ya no te acuerdas...?

—Me acuerdo de tantas cosas, que mejor es dejarlo... —se dirige Javi a la valla y salta al corral de su casa.

Adela debe haberle estado acechando, porque le mira con una expresión expectante en la puerta de la cocina.

—¿Os habéis arreglado?

—No.

—Pobrecilla.

—¿Por qué pobrecilla?

—No sé, me da mucha pena...

La presencia de Sonia se hace sentir en el barrio. Petra dice que es como una fuerza del cielo y no se aparta de ella. El programa de Sonia es muy sencillo: movilizar la retaguardia para abastecer a las milicias populares y forjar una conciencia revolucionaria capaz de resistir sin desmayo. Su más ardiente sostenedor es Alberto, mandamás del campamento de milicias libertarias... «Para Sonia todo lo que pida. Debemos dar facilidades a los que arriman el hombro en la transformación social», suele decir a los que critican los ambiciosos proyectos de la maestra. Al principio la mayoría de las mujeres se mostraban reacias a colaborar. Decían que ya era suficiente con que sus maridos y sus hijos estuvieran en el frente y ellas tuvieran que arreglarse con los vales que daba el Ayuntamiento para comprar alimentos. Pero Sonia no se desanimó. Primero duplicó la capacidad de la escuela y la dotó de material pedagógico moderno; después creó una guardería infantil y un consultorio médico gratuito y, antes de terminar de acondicionar la guardería, ya está proyectando montar en unas naves vacías un taller de confecciones y un lavadero para atender y repasar la ropa de los milicianos.

Avelino piensa que su mujer se está pasando de la raya y trata de hacérselo comprender. Sonia le escucha siempre atenta, pero se evade de la discusión. En alguna ocasión es su madre y la señora Petra quienes se enfrentan con él y le llaman egoísta por tratar de apartar a Sonia del activo entusiasmo que ha creado en tomo suyo. Por otra parte, la obra de Sonia encuentra rápida acogida en altos organismos políticos y sindicales.

Javi, que también ha seguido con cierto escepticismo el desarrollo de los talleres colectivos y la conversión de Sonia en la primera autoridad de la barriada, un día le pregunta: «¿Qué has hecho para que mi madre se olvide de poner lamparillas a la Virgen del Carmen y hable de la revolución con tanto entusiasmo?»

—Lo único que yo hago es descubrir la realidad a las personas que me rodean. Por lo demás, ya sabes que yo no soy atea. Si tu madre ha dejado de poner lamparillas a la Virgen del Carmen será porque se haya convencido de que es un sacrificio inútil o una superstición intrascendente.

—Lo cierto es que le estás cambiando los forros. Anoche me la encontré buscando en un mapa los puntos en que se encuentran Mariano y Luis.

—Tu madre es una mujer extraordinaria. No me explico cómo ha podido ser durante tantos años la comparsa de vuestro machismo.

—¿Por qué dices eso?

—Demasiado lo sabes... Tú mismo, ¿crees que te portas bien con Encarna?

—La Encarna es una lagarta. Lo único que quiere es casarse.

—Quiere que te responsabilices en el amor, y es natural.

—Se dicen muchas cosas de ella.

—Y de ti... ¿O crees que tú eres un santo?

Mientras hablaban llegó Avelino de mal humor. Había ido a visitar los frentes del sur con un grupo de diplomáticos y corresponsales extranjeros y venía completamente desmoralizado. El caos y el desorden reinaban por todas partes. Las milicias se mostraban incapaces de resistir la avalancha de las tropas marroquíes y los sitiados del Alcázar de Toledo seguían impertérritos rechazando la propuesta de evacuar a las mujeres y a los niños... «Si no se produce un milagro, cualquier día podemos encontrarnos a los moros y legionarios a las puertas de Madrid», terminó su desordenado relato con el mentón hundido en la palma de la mano. Sonia le escuchó muy seria, pero luego intentó bromear para vencer el obstinado pesimismo de su marido.

Cuando entraron en el comedor colectivo, gobernado por Petra con energía, se encontraron con una situación bastante chusca. La madre de Javi discutía con tres milicianos que se negaban a comer el primer plato de lentejas y querían doble ración de huevos con jamón. Los milicianos estaban un poco bebedos y en nombre de sus sacrificios en el frente pedían gollerías. Incluso exigían que les sirviera una camarera jovencita de mejillas encendidas y ojos asustadizos... «Aquí nadie sirve a nadie y todos ayudamos a todos, porque somos proletarios y no queremos servidumbres. Así que si vosotros queréis que os sirvan como a burgueses, podéis coger el portante antes de que yo coja un palo y os enseñe a portaros como revolucionarios...»

- Joder con los humos que gasta la vieja.
- Ten cuidado que es la madre de los Revilla.
- Para mí como si es la madre de sanapapurcio...
- ¿Qué pasa? —se acercó Sonia.
- ¿Eres tú la mandamás?
- Yo soy una compañera...

Los beodos insistieron en que habían declarado la guerra a las lentejas y querían huevos con jamón. Sonia trató de hacerles comprender que aquello no era un hotel ni un restaurante y que se hacía una comida para todos. Iban con ganas de algazara y cachondeo y el más chungón y grosero terminó con una escudilla de lentejas en la cabeza por intentar propasarse con la camarera que les servía. Los otros dos reaccionaron a lo bruto, echándose los fusiles a la cara y diciendo que tenían que matar a la vieja. Avelino y Javi intentaron apaciguarles, pero fueron acusados de enchufados y fascistas. Todo su afán era que les entregasen a Petra para darle el «paseo»... No fue fácil reducir a aquellos energúmenos exacerbados por el alcohol y el miedo. Sin la intervención de Sara, que los entretuvo con habilidades zorrunas hasta la llegada de Alberto con un grupo de milicianos, nadie sabe lo que hubiera podido ocurrir. Pero luego que los hombres fueron desarmados y empezaron a contar sus peripecias, las opiniones cambiaron en su favor. Lo que contaron más bien parecía una pesadilla. Pertenecían a una columna de milicias que había salido de Madrid hacía casi un mes para el frente de Extremadura y no habían hecho más que correr. De creerles, habían sido traicionados por su jefe y la mayoría de los oficiales que los mandaban. Por último, aquella misma tarde habían conseguido escapar del copo de Talavera...

- ¿De dónde sacáis que se ha perdido Talavera? —les increpó Alberto.
- Perdida no, entregada por nuestros mandos —dijo uno de ellos.

Nadie lo quería creer y los fugitivos tuvieron que aguantar una nueva rociada de insultos. De no encontrarse allí Avelino y admitir como probable lo que

decían los desertores, ya que al salir él de Toledo corrían rumores de que Talavera se hallaba en peligro, lo más seguro es que lo hubieran pasado mal.

—Estamos arreglados. Como sea verdad, dentro de cuatro días tenemos a los fascistas a las puertas de Madrid —comentó Alberto con Javi y Avelino.

Petra, por su parte, preparó a los tres muchachos una cena suculenta a base de huevos, jamón, ensalada y todo el vino que quisieron... «Comer, hijitos, comer, que buena falta os hace. De haberlo dicho antes y no venir con tantos humos, fanfarroneando como si fuerais los amos del cotarro, os habrías evitado que tuvieran que bajaros la cresta...», les decía Petra afectuosa y maternal mientras los servía.

Carlitos empezaba a estar preocupado con su condesa. El juego amoroso se estaba complicando con otro tipo de relaciones que le repugnaban. Cristina era muy hábil para sugerirle deseos en los momentos más intensos de pasión. Un amigo, un conocido, alguien que se hallaba en peligro... «¿No podrías hacer algo? Me darías una gran alegría, porque es una persona que estimo mucho...» Y si él rehusaba o se mostraba reticente, le hurtaba su cuerpo o cerraba la boca, siempre ávida y golosa, o cruzaba las piernas para desviar la flecha. Sus argucias no tenían límites. Poseía todos los recursos de una mujer cerebral y calculadora. Desde el día del registro en que sintió la mirada del muchacho adherida a su carne, ligeramente cubierta con el camisón de gasa, y observó como le crecía el sexo en el peto azul, comprendió que podía dominar aquella fuerza y reducirla a su capricho. Más o menos las cosas habían salido como había deseado. Su objetivo era salvar a su marido y lo consiguió con relativa facilidad en el momento más peligroso. Aunque en la operación de salvar a su marido se hallaban comprometidas algunas personalidades relevantes del régimen y los servicios secretos y diplomáticos de una potencia extranjera, fue Carlitos quien le sacó de la Cárcel Modelo momentos antes de empezar a funcionar en el interior de la prisión el Tribunal Popular que juzgaría sumariamente a los supuestos culpables del incendio e intento de fuga colectiva. Su propósito inicial era decir adiós a Carlitos una vez que se encontrase con su marido a bordo del navío inglés en el puerto de Valencia. Todo lo tenía muy programado y resuelto, pero a última hora, y cuando ya no existía ningún peligro, pues Carlitos se había negado a subir a cubierta con

cierta desconfianza, cambió de idea y le dijo a su marido que se volvía a Madrid para salvar a otras personas.

—¿No estarás enamorada de ese muchacho? —la contempló el marido frío y comedido.

—Creo que no... —apartó Cristina la mirada—. Casi puede ser mi hijo... No, el amor es lo que menos me preocupa en este momento. Pienso en tanta gente como hay que salvar y creo que puedo ser más útil aquí que en la otra zona.

—Me parece una locura. ¿Qué le voy a decir a tu madre y a los chicos cuando me vean llegar a mí solo?

—Les dices la verdad: que en Madrid hay mucha gente que salvar y considero un deber seguir ayudando a los perseguidos de nuestra causa.

—Tu madre quizás lo comprenda, pero tus hijos no. Incluso me creas a mí una situación difícil. Me van a preguntar que por qué no me he quedado contigo.

—Tú no puedes hacer aquí nada. Te falta flexibilidad para adaptarte a una situación adversa y sacar partido de ella... No te lo reprocho. Cada cual tenemos nuestro temperamento y nuestro orgullo, y tú resultas siempre sospechoso por tu altanería y tu soberbia. Carlitos me dijo que se había quedado con ganas de darte una paliza por lo que dijiste a los del ventorro donde comimos.

—¿Ves como es un bellaco y un rufián? Malo será que no te arrepientas de la confianza que le das. A esa gentuza hay que tratarla a latigazos.

—Gracias a esa gentuza vives todavía.

—El otro día me dijeron que la familia de ese muchacho se había criado en los pesebres de la casa de doña Casilda. Por lo visto el padre fue machaca del general Rovira en Marruecos, pero luego salió un energúmeno y siendo guardia se puso de parte de los revolucionarios socialistas. Fue una pena que no lo fusilaran, porque la cosecha no puede ser más funesta. Uno de ellos creo que anda por Sigüenza al frente de una partida de bandoleros; otro es un jefecillo comunista. El más sensato de todos parece que es ese que escribe en «La Mañana». Por lo menos el artículo que escribió el otro día sobre lo

ocurrido en la Cárcel Modelo es muy inteligente y revela una gran preocupación por la justicia. Pero ese Carlitos es un chulo vulgar, un semental que cada vez que te mira te ensucia. Y no me digas que no está enamorado de ti, porque tendría que estar ciego o ser imbécil para no verlo...

¿En los últimos momentos que permanecieron juntos, perdió su férrea continencia y hasta se mostró grosero e insidioso. Cristina tuvo que recordarle que si había sido detenido cuando se dirigía a Pamplona con un importante mensaje de los conspiradores de la capital fue por pasar una noche en el chalé de Quinita Valverde en Torrelodones. La fría observación de Cristina contuvo la crepitante soberbia de su marido. Aunque Patricio no se atrevió a preguntarle sobre la situación de su querida, Cristina le dijo que se hallaba refugiada en una embajada y procuraría mandársela a la zona nacional en el momento que pudiera.

—Quien me interesa eres tú, no Quinita.

—Quizás también me veas a mí dentro de poco. Todo depende del tiempo que tardéis en llegar a Madrid...

Cuando entró en el bar del puerto donde la esperaba Carlitos, tenía los ojos enrojecidos y en sus pupilas brillaba la ansiedad. El muchacho la envolvió fuertemente en sus brazos.

—¿Puedes decirme ya quién es ese tragavirote?

—Es mi marido —se dejó caer en la silla y pidió al camarero un refresco. Í

—Me lo figuraba... —apretó el muchacho las mandíbulas—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No merecía la pena. Como has podido darte cuenta, hace tiempo que nuestro matrimonio se estropeó. De todas las maneras, es el padre de mis hijos y no quisiera que le ocurriera nada... —Cristina le cogió la mano, una mano grande y huesuda, endurecida en la ferralla y en el pugilismo, y se la besó. Era la primera vez que Cristina le daba una prueba tan manifiesta de cariño en público. El muchacho enrojeció violentamente, pero sus

preocupaciones desaparecieron y sintió que le invadía una dichosa embriaguez.

En Valencia pasaron dos días, los mismos que tardó en levar anclas el barco en el que salía de España Patricio del Retortillo. Carlitos ni siquiera prestó atención a este detalle. Para él sólo contaba Cristina y su nueva manera de ser jovial, alegre, espontánea. Fueron dos días de entrega amorosa sin cortapisas. Cristina le decía que era un fauno insaciable. Nada arredraba su ardiente libertad... dentro del mar, revolcándose en la playa, en los naranjales de la huerta plateados de luna...

La noticia de la desaparición de Luis el Tarzán corrió por los centros anarcosindicalistas de Madrid con la velocidad del rayo. Luis era una bandera, un símbolo del misticismo ácrata. Sólo la aureola de Durruti y Mera menguaban la del mayor de los Revilla entre los fanáticos de la acción directa de Madrid. Javi recibió la noticia por teléfono, en la redacción del periódico. El muchacho no tenía ninguna idea concreta de lo que se podía hacer por su hermano, pero al llegar al campamento Alberto le dijo que los grupos de defensa había acordado enviar una comisión a Sigüenza para ver si se podía hacer algo por rescatarle. Javi no lo pensó siquiera. Escribió una nota a Sonia para que tranquilizase a su madre y se dispuso a partir. Pero cuando iban a salir se presentó la Amaranta embravecida de histerismo y no tuvieron más remedio que hacerle un sitio, ya que amenazaba con pegarse un tiro en presencia de todos.

Al llegar a Sigüenza, Feliciano Benito, delegado de las milicias confederales del sector, les recibió con cajas destempladas. Era un viejo de voz cascada y gruñona que, en principio, se negó a escucharles, porque no quería saber nada de «paseantes en corte y turistas del frente». Luego, cuando se enteró que entre los comisionados iba Javi, le mandó entrar en su despacho y, sin dejar de ser gruñón y cascarrabias, porque formaba parte de su manera de ser, le trató

con afectuoso paternalismo... «Revilla es un loco, un insensato que no acata más disciplina que la suya. Con sus “Aguiluchos” hace lo que le sale de las pelotas. Tengo que decir que ha hecho cosas muy buenas y por eso le he pasado por alto todas las locuras», paseaba con las espaldas encorvadas, manoteando y mirando al suelo... «Todo su afán era Zaragoza, Zaragoza, establecer enlace con Durruti. Hace unos días llamó huevazos y cobarde al jefe militar del sector porque no le concedió armas automáticas para llevar a cabo una incursión en la retaguardia enemiga. El jefe del sector le dijo muy sensatamente que no podíamos arriesgar hombres y armas automáticas en aventuras caprichosas cuando carecíamos de lo necesario para organizar la defensa en caso de ataque. Pero él dale que dale con que si la defensiva es la muerte de la revolución y con que si teníamos que meternos en territorio enemigo y provocarle... Locuras, fantasías. En esto, se presentó un evadido con la noticia de que habían sacado un centenar de presos para arreglar la vía férrea en unos puntos que él mismo había destruido unos días antes, y sin atender a razones ni órdenes se metió en la retaguardia enemiga con intención de traerse a los presos... Una locura. Tu hermano se ha creído que es un superhombre y que puede hacer todo lo que le salga de las pelotas. Un desastre... Defensa me acosa, el jefe militar del sector me pide responsabilidades y, para colmo, los compañeros quieren que nos metamos en la boca del lobo para salvar al héroe, al superhombre, al galán de cine...», el viejo luchador sindicalista seguía manoteando y haciendo visajes después de terminar su larga parrafada.

—¿Pero no se sabe nada de él?

—Se saben tantas cosas que es para volverse loco. Yo, sinceramente, no creo que le hayan destruido, porque es una pieza demasiado codiciada por el enemigo para que no hayan dado ninguna referencia. Más bien pienso que no pudo conseguir su objetivo y anda por ahí despistado. Por otra parte, tengo noticias de que el enemigo ha desplegado algunas columnas volantes.

—¿Pero quieres decirme de una vez lo que habéis hecho vosotros para ayudarle a salir del atasco? —le interrumpió Javi irritado.

—¿Qué coño quieres que haga...? Por lo visto todo el mundo se ha creído que yo no tengo otra cosa que hacer que sacar las castañas del fuego a los fanfarrones y vanidosos...

En la antesala se oían los gritos. La voz correosa del viejo sindicalista chascaba de sarcasmo contra los que iban a ganar laureles al frente y se pavoneaban como sultanes para ganarse la admiración de las zorras... Cuando Javi optó por dejarle con la palabra en la boca, se encontró con Amaranta peleándose con el miliciano que guardaba la puerta... «Me va a oír ese reformista de mierda, pastelero de alianzas, que tiene de revolucionario lo que yo de monja...» Javi se la llevó a viva fuerza a la planta baja del edificio, donde esperaba el resto de los compañeros de la comisión. Mientras le informaba de lo que le había dicho el delegado de las milicias del sector, entraron Carlitos y Cristina. Discretamente, Cristina se mantuvo distanciada del grupo.

—¿Cómo te atreves a venir con esa mujer al frente? —le reprochó Javi.

—Estaba con ella en Tarancón cuando me enteré de lo de Luis y vine directamente.

—¿Quién es la prójima...? Chico, te las buscas maduritas, pero de buen ver...

Javi siguió informando a sus compañeros, sin prestar atención a la conversación de Amaranta y Carlitos. Luego decidieron distribuirse por la ciudad para obtener la mayor cantidad de informes posible, mientras Javi visitaba en su calidad de periodista al jefe militar del sector y hablaba por teléfono con el Comité de Defensa de su organización.

—¿Quieres que te acompañe? —le miró Carlitos cohibido.

—Con esa mujer no, no me fío de ella.

P —Creo que te equivocas. Cristina te aprecia mucho. Lee todos los días tus artículos y dice que eres muy inteligente...

A Javi le costó trabajo convencer a su hermano de que lo mejor que podía hacer era llevarse a Cristina de allí, pues Amaranta empezaba a Olfatearla. Ya había dicho que le olía a burguesa por los cuatro costados. Y algunos compañeros de la barriada, que conocían su lío, se mostraban molestos con su

presencia... Carlitos accedió de mala gana a llevarse a Cristina, pero juró que antes del amanecer regresaría solo.

Aquel frente entonces no formaba una línea continua. Las diferentes Columnas que lo guarecían y hostilizaban al enemigo de una manera irregular, actuaban con absoluta independencia y dejaban entre unas y otras muchos espacios descubiertos para la sorpresa. El jefe militar del sector era más bien un jefe nominal. Javi habló extensamente con él y sacó la Conclusión de que más que mandar, se conformaba con mantener una mínima coherencia entre las diversas columnas. Con Feliciano Benito no te llevaba bien «por su carácter irritante y endemoniado». En cuanto a Luis Revilla, no ocultaba su simpatía por él y le calificó de «formidable guerrillero»... «Yo no creo que le haya pasado nada, muchacho», golpeó a Javi afectuosamente en la espalda y le hizo beberse un buen vaso del rico vino arzobispal... «Revilla tiene muchos recursos y no es fácil sorprenderle. Por otra parte, se ha rodeado de hombres y mujeres incondicionales. Su objetivo de rescatar a los presos no lo ha conseguido. Incluso me consta, por los informes recogidos entre los pastores y campesinos de la retaguardia enemiga, que ha sostenido algunos combates y sufrido numerosas bajas, pero es absolutamente falso que haya sido hecho prisionero y llevado a Zaragoza en una jaula como ha corrido por ahí... Confío en que tu hermano no tarde en aparecer», le despidió el jefe del sector. «Por mi parte he hecho todo lo que he podido y Feliciano Benito también ha tomado sus medidas.»

Cuando regresó a la base de la columna de su hermano, instalada en un convento, los compañeros que le habían acompañado desde Madrid le recibieron con gran optimismo. Al parecer, Luis había sido localizado a unos veinticinco kilómetros de Sigüenza por la sección de caballería de su columna y esperaban verlo aparecer de un momento a otro. Lo que no le dijeron es que venía en unas angarillas malherido y con una fiebre de caballo. Su regreso fue bastante triste, pues volvía con menos de la tercera parte de los hombres que le habían acompañado en la incursión, algunos de ellos con heridas leves y todos agotados y muertos de hambre... La primera cura se la hicieron en el hospital de sangre de la localidad y, ante la gravedad que presentaba, Javi decidió que su hermano fuera trasladado a Madrid. En la noche que pasó en el

hospital con él, vio a Encarna por última vez. Por cierto, entre ella y Amaranta hubo un encontronazo de palabras injuriosas, y Encarna, que actuaba de enfermera, desapareció.

Petra se levantó aquella mañana con el aire cambiado. Con Javi se mostró áspera y desabrida sin ninguna razón especial. Le dijo que con tanto pensar en la justicia y en el bienestar de los demás, se estaba olvidando de la familia y cada cual andaba a su albedrío. A Adela la sacó de la cama de dos tirajones de flequillo... «Por las noches mucho paseo y muchas escapadas a la pradera a oír cantar a los grillos, y por las mañanas como una marmota. Pero esos vicios de señoritinga te los quito yo a mamporros. No creas que me chupo el dedo. Malo será que no me salgas tú también con amores libres como tus hermanos, y antes te mato...» Incluso con Sonia tuvo algunas palabras irritadas.

—¿Se puede saber lo que pasa, señora Petra? —la miró Sonia afectuosa, pensando que hubiera podido enterarse de algo de lo ocurrido a Luis.

—Lo único que me pasa es que veo que las cosas no van bien con tanta golfería y tanto zángano... Te lo digo para que lo sepas, a partir de hoy no dejo entrar a los milicianos en los talleres, y los que no me traigan un permiso del frente o trabajen en algo de provecho, tampoco comen.

—Me parece, señora Petra, que nos está usted saliendo un poco dictadora —dijo Dora la legionaria.

—Yo más bien creo que le ha picado algún bicho raro —añadió la señora Sinfo.

—Pues no crea que la falta razón. Anoche soñé que los lobos me comían el rebaño... Fue como siendo casi una niña, los lobos se adueñaron de mi pueblo y nos comieron el poco ganado que teníamos y casi acabaron con mi padre... Sonia se la llevó cogida del brazo a la oficina.

—Ayer fue usted a ver a la Santera, ¿no?

—¿Cómo te has enterado? —se puso Petra en guardia.

—Aquí nos enteramos de todo... Ya sabe que yo no creo en esas cosas. Me parecen supercherías.

—Pero tú crees en Dios.

—Yo creo en Dios a mi manera. Como habrá visto en el tiempo que nos conocemos, no voy a misa ni me gustan los curas que propagan la resignación entre los pobres para proteger a los ricos. Pero con todo, me parece mucho más sana la religión que esas arpías analfabetas que propagan falsas ilusiones o falsos temores... ¿No le dijo la Santera nada que le alarmase?

—Lo que me dijo me ha tenido toda la noche en pesadillas... que a mi Luis lo veía mal, que mi Mariano sufre mucho a cuenta de una mujer, que a mi Carlitos lo ve entre rejas o algo peor, y que Adela tiene un amor que puede convertirse en tripa...

—No me diga que la bruja no es agorera —se echó a reír Sonia.

—Yo no sé si será agorera o no, pero a mí me ha hecho pasar una noche de órdago... En cambio de Javi me dijo que lo veía crecer como la espuma.

Sonia trató de calmarla sin mucha convicción. Aunque ella no conocía a la Santera más que por referencias, su marido decía que poseía «un sexto sentido» y la mayoría de las mujeres del barrio tenían una confianza ciega en sus predicciones y remedios para curar enfermedades, una veces por medio de oraciones a los santos que ella, alquilaba, otras por medio de yerbas y cataplasmas, o bien poniendo sus manos sobre las partes enfermas, rociando con su saliva a las víctimas del mal de ojo y hasta sacando los demonios del cuerpo a los jóvenes viciosos por medio de la succión... Aquella misma tarde Petra se enteraba de que su hijo Luis se hallaba herido en un hospital de sangre de Madrid de una manera inesperada. En el comedor se le presentó un muchacho con un brazo en cabestrillo y las huellas de heridas recientes en la cara y en la cabeza, preguntando por su hijo. Era un muchacho del barrio del que Petra apenas si se acordaba, porque hacía varios años que faltaba de allí. Adela, en cambio, le reconoció en seguida... «Tú eres Antolín, el hijo de la señora María la Gallega, que murió el pasado año de tuberculosis en el hospital...»

—Entonces tú eres el que estabas en la cárcel, ¿no? —le miró Petra con desconfianza.

—Si señora, me encerraron por ná y Luis me sacó de Alcalá... Yo soy de la columna «Los Aguiluchos», sabe, y los compañeros de Sigüenza me han dado un recado para Revilla.

—¿Pero no está mi hijo en Sigüenza?

Adela hacía señas al muchacho para que no dijera nada, pero éste no debió entenderlo y, acosado por las preguntas de su madre, le contó a tropezones la incursión al campo enemigo, donde más de veinte «se habían dejado la pellica», Luis había recibido tres heridas graves y él tenía en el brazo «más metralla que una chatarrería...» Petra se puso tan nerviosa que a Adela le dio unos cuantos achuchones «por taimada» y con la tía Moñeta también tuvo lo suyo... «¿Cómo quiere usted que las oraciones que hacemos todos los días para que a los chicos no les ocurra nada y los combatientes de la revolución triunfen de sus enemigos sean escuchadas, si no hace usted más que darle a la botella...?» «Ya te he dicho que todo eso de la revolución y de los combatientes a Dios no le gusta...»

Mientras su madre se marchó discutiendo con la tía Moñeta, Adela se quedó hablando con Antolín en espera de que saliera Alberto de la oficina de Sonia, para quien el muchacho llevaba una carta.

—¿Sabes si anda por allí Encarna la de la señora Sinfo?

—Por allí anda más loca que una cabra. Y ahora me recuerdo que me dio un recado para Javi y otro para su madre... Para Javi me dijo, que si la quería de verdad se fuera con ella a morir en la catedral.

—De eso ni hablar. No se te ocurra decirle nada a mi hermano. Pues sí, con lo poco que le gustan a Javi las catedrales, se va a ir a morir a la catedral, porque ella quiera hacerse la romántica y la interesante... Y para su madre, ¿qué te dijo?

—Ná de particular. Me dio un paquetito con alhajas y dinero para que se lo guarde hasta que ella vuelva.

—En qué quedamos, ¿va a quedarse a morir en la catedral o se va a venir corriendo...?

—Yo no sé. Como está tan loca y le dan esos arrechuchos que todo lo pone patas arriba...

—Pues mejor es que no le digas nada a su madre.

—Yo sólo pensaba decirle que estaba muy bien y con ganas de ganar fama, porque eso de que iba a ganar fama y a salir en los periódicos para que Luis y Javi no la tengan por un chocholoco cualquiera, me lo repitió varias veces...

En aquel momento apareció Alberto con Sonia y Adela se lo presentó como un enlace de los compañeros de Sigüenza.

A Petra, por su parte, le faltó tiempo para ponerse el pañuelo negro a la cabeza, echarse por los hombros la toquilla de pelo de cabra, y plantarse en el Hospital Confederal instalado en un palacete de la calle de Serrano. El portero no quería dejarla entrar, por no ser ya hora de visita, pero se puso tan pesada y discutía, con la amenaza de no moverse de allí hasta ver a su hijo, que el portero no tuvo más remedio que llamar al responsable, un hombre macizo de pelo entrecano y gesto bondadoso.

—¿Cómo se llama tu hijo, compañera?

—Luis Revilla, pero sus amigos le llaman el Tarzán por lo guapo y bien plantado que es.

El responsable se echó a reír y la invitó a pasar con él. Por el camino le dijo que Luis era muy amigo suyo y que había quedado nuevo con la operación que le habían hecho. Pero al entrar en la pequeña sala y ver a su hijo tan demacrado y con los pómulos ahuesados, se echó a llorar y a decir que le recordaba a su padre cuando salió de la cárcel. Por un momento se le desataron los nervios y los dientes le castañetearon de emoción, pero pronto recuperó su natural sobriedad y reconoció que Luis no estaba tan mal como pensó al principio. Luego, al verle levantado y moviéndose con cierta rigidez, cambió de talante y le encontró muy guapo... «Tan magro de carnes y con esos ojazos metidos en la nuca, pareces un Cristo, y no es para menos, porque hasta ahora te has preocupado más de los demás que de tu pobre madre, y luego estar tan malito y no decirme nada. Eso sí que no te lo perdonaré, y a partir de hoy al Niño del Perpetuo Socorro le dejo sin lámpara por andar tan descuidado en tu guarda.

Y la tía Moñeta se va a enterar. Todos los días diciéndome que te encontrabas muy bien y que todos los santos del cielo te protegían, y todo para que le llenase el capacho de comida para la madre Asunción y sus monijitas... A ver, enséñame las heridas...»

—No sea pesada, madre. Ya me ha visto de frente, de costado y de perfil... Me encuentro bien. Dentro de unos días me darán de alta.

—Aunque me llames pesada y cargante, te advierto que no pienso marcharme sin verte las heridas.

—Es usted de lo que no hay. Mire... —se quitó la chaqueta del pijama y mostró una herida casi cicatrizada en la parte alta del pecho y luego se levantó la pernera del pijama para mostrarle la herida vendada de la pierna derecha—. El tiro que me dieron en el bajo vientre se me infectó y es por lo que han tenido que operarme.

—Pero no me lo has enseñado —insistió Petra con gesto obstinado.

—¿Cómo quiere que se lo enseñe si lo tengo vendado? Además, no querrá que dé el espectáculo... —miró Luis hacia sus compañeros de sala, que hacían esfuerzos para contener la risa.

—Hijo, tantas veces lo has dado que por una vez más... ¿O es que te va a dar vergüenza que vea tu madre lo que conocen todas las guerras del barrio?

—Con usted no se puede, tiene que salirse siempre con la suya... —se desató el pijama y lo dejó caer—. El tiro está un poco más arriba de la ingle, pero me han hecho un costurón de miedo.

—No ves, ya me quedo tranquila viendo que tienes cada cosa en su sitio...

Luis se echó a reír y sus cuatro compañeros de sala le corearon con una estruendosa carcajada.

Poco después entraba Javi sucio y cansado. Al ver a su madre, que I charlaba y bromeaba con todos los heridos, se quedó un momento indeciso en la puerta temiendo la regañina, pero Petra estaba tan empapada de ternura que

solamente le llamó «hipócrita y encubridor». Javi parecía muy preocupado y Luis se lo llevó abrazado a la ventana.

—¿Cómo se ha enterado la vieja?

—Por lo visto se ha presentado Antolín preguntando por mí y Adela no ha tenido más remedio que decírselo... ¿Qué hay por el valle del Tiétar? Por aquí corren rumores de que se ha hundido aquel frente y la Columna del Rosal se halla en mala situación.

—La situación es catastrófica y la Columna del Rosal y otras columnas han estado en peligro de ser embolsadas. El enemigo ha desencadenado una ofensiva incontenible. Los ejércitos de Franco y Mola han establecido enlace y se proyectan como una tenaza sobre Madrid. Toledo, de donde vengo ahora, se prepara para recibir el embate de un momento a otro, con los del Alcázar todavía resistiendo... Yo lo veo muy difícil.

—Me parece que te domina el pesimismo. ¿No estarás demasiado cansado?

—Me caigo de sueño. Llevo dos días de un lado para otro sin pegar el ojo...

—¿De qué cuchicheáis? —se acercó Petra después de hacer el padrón a cada uno de los heridos de la sala.

—Javi está hecho papilla, madre, y debe llevárselo a casa y encerrarlo hasta que duerma veinte horas seguidas.

—Menudo sinvergüenza está hecho Javi. Yo le tenía por el más formalito de todos, pero sí, sí... Y luego le han nacido unos fueros. Ordena y manda a todo el mundo como si fuera un general.

—Trabaja mucho, madre —dijo Luis.

—Dirás que corretea más de la cuenta. En el barrio dicen que desde que le han dado ese coche de ministro no se baja de él ni para dormir.

—En el barrio son imbéciles. Javi hace cosas muy importantes, madre, y sigue siendo el más formal y el mejor de todos nosotros...

—Tú le tapas a él, él te tapa a ti, Adela os tapa a todos, y la única que no se entera de nada soy yo... El otro día supe por casualidad que a Mariano le habían hecho capitán; también he oído decir que a Javi le han dado un cargo muy importante. Carlitas ha aparecido en una revista enseñando los dientes como si fuera un artista de cine. Y tú dicen que eres jefe de una columna muy famosa, pero yo no sé para qué sirve nada de eso.

—Sirve para hacer la revolución, madre...

Petra tema sus dudas sobre la revolución. Decía que con tanta gente comiendo y bebiendo de bobilisbóbilis las cosas no podían ir bien... «Es lo que dice Sonia: para vivir mejor hay que trabajar más y arrimar cada cual el hombro con más fuerza. Pero no, la mayoría de la gente se ha creído que el hacer la revolución es comer jamón y salchichón a todas horas, llenarse la andorga de vino y cerveza y hacer que trabajen los ricos. Ya nadie quiere las patatas con bacalao ni las judías con tocino, y malo será que no tengamos que comernos las piedras por holgazanes y abusones. La pobre Sonia se lleva cada disgusto... ¿Dónde está Javi...?»

—Me parece que ya se ha volatilizado.

—¿No ves como es un solapado que hace lo que le da la gana?

—El pobre está haciendo más de lo que puede. Malo será que no caiga enfermo... —movió la cabeza Luis.

Lucrecia Portillo llegó a Madrid de riguroso incógnito y bastante enmascarada físicamente. Cuando se presentó a Javi, que era el único redactor presente en aquel momento, éste ni siquiera sospechó que se tratase de la bella y escandalosa Eva Campos, por más que estaba cansado de ver fotos suyas en las revistas y oír chismes y comentarios a todo pasto sobre sus extravagancias y fantasías. Javi la tomó más bien por una extranjera de Origen oriental, quizá filipina o mestiza de malayo. Tan ensimismado se hallaba el muchacho en la redacción de su crónica de los avances enemigos en el Sur y el peligro que suponía no acabar drásticamente con los resistentes del Alcázar, que sólo empezó a prestarle atención cuando vio que entraba y salía de los despachos como Pedro por su casa y todo lo husmeaba y revolvía. Un tanto molesto por

la libertad e intrusismo que demostraba, le dijo que si quería esperar a Avelino Rico lo hiciera en la antesala. La mujer le contempló más bien regocijada.

—¿Cómo te llamas tú?

—Javier Revilla, pero en el periódico empleo varios seudónimos.

—Me parece que conozco algunos... «Abel Paz», muy unamuniano por cierto, y «Liberto Castellano», algo anarquista.

—Por lo que veo me conoce usted bastante bien —la perplejidad de Javi agudizaba sus facciones saturninas.

—Pues no, si no me hubieras dado tu nombre no hubiera podido identificarte. A quien conocí bastante fue a tu hermano Luis, muy simpático por cierto, y anoche conocí en el Ritz a otro Revilla que se llama Carlos, pero tú te pareces muy poco a ellos.

—Bueno, es que yo soy el guarín de la familia.

—¿Quieres decir el más pequeño?

—Me parece que se llama guarín al más escuálido y mezquino de la lechigada.

—Pero también el más inteligente, ¿no?

—Depende. Me preocupan cosas diferentes que a mis hermanos... —se quedó un momento pensativo y luego añadió: —Me parece que yo también la conozco a usted. ¿No será...?

—Probablemente sí, pero mejor es que no lo digas. Quiero pasar desapercibida, moverme con entera libertad sin llevar detrás de mí a los periodistas... —se dirigió a la puerta al ver cruzar a Avelino por el pasillo—. Ya hablaremos más detenidamente, pero tienes que prometer guardarme el secreto.

—Se lo prometo...

Con todo, Javi se quedó perplejo, rascándose la cabeza y diciendo que no podía ser. Precisamente unos días antes había oído comentar a Avelino que el Gobierno proyectaba incautarse de los bienes de los Portillo por desafectos a

la República y que Garcés estaba librando una gran batalla para impedirlo. Avelino estaba preocupado por el periódico, pues aunque «La Mañana» funcionaba bajo un comité de control obrero, el déficit lo seguía cubriendo el Banco Portillo por medio de Garcés.

Pasado un buen rato oyó a la extraña mujer salir del despacho de Avelino y poco después el director entraba en la sala de redacción.

—¿Qué haces?

—Mira, acabo de terminar mi crónica y ahora mismo me voy a ver lo que pasa por el frente del Tajo.

Avelino cogió las cuartillas que Javi le tendía, les dio un repaso por encima y frunció el entrecejo... «Supongo que se la cargará la censura lo mismo que la de ayer y la de anteayer. Toledo es tabú. Nadie quiere darse por enterado de lo que allí ocurre. La política del aveSTRUZ resulta más cómoda... Además, esto que dices de las concomitancias entre las autoridades y los refugiados del Alcázar es muy peligroso.»

—Digo la verdad, que en Toledo falta una dirección militar, que entre el coronel Moscardó y algunas autoridades republicanas existen comunicaciones continuas en las que se dan garantías recíprocas para sí y para sus familiares, y que los partidarios del asedio por hambre son los verdaderos defensores del Alcázar y no los que resisten dentro.

—Quizá tengas razón, pero te olvidas que nosotros somos humanistas y defensores del humanismo... ¿Por qué no te vas a casa a descansar un rato? Tu madre y Sonia están preocupadas por ti. No hacen más que darme la tabarra para que te lleve a casa a la fuerza.

—No podría dormir aunque quisiera.

—Creo que ayer te mataron a uno de los chicos del barrio que van contigo y estuvieron a punto de hacerte prisionero.

—Sí, lo pasamos mal. Me metí en un sector en el que acababa de producirse la espantada y cuando nos quisimos dar cuenta estábamos rodeados de moros por todas partes. Nos salvó una patrulla que se había quedado rezagada. La

mandaba un tipo muy curioso, un tal Rómulo Talavera que parecía conocer muy bien la sicología de los moros y los acuchilló como a cerdos... Oye, quería preguntarte algo sobre esa mujer que te estaba esperando.

—¿No la has conocido? —sonrió Avelino mordaz.

—Por lo que me ha dicho he pensado que pudiera ser Eva Campos.

—Efectivamente.

—No parece la misma, ¿verdad? Yo la tomé por una asiática hasta que empezó a hablar.

—Ahora le ha dado por los orientales y se ha hecho la cirugía estética para ponerse a tono de su marido el príncipe Yuri Khan.

—Me ha pedido que la guarde el secreto.

—Bah... —se encogió Avelino de hombros con displicencia—. Nosotros no vamos a decir nada de momento, pero la noticia no tardará en saltar a las páginas de los periódicos. Eva no puede vivir sin la publicidad. Incluso pienso que se trata de una maniobra montada por Garcés para salvar el escollo de la incautación. Ya verás como no tardamos en verla oficiando de pitonisa de la revolución... Lo que sí te pido es que no le digas a Sonia que la has visto aquí conmigo. No es por nada, pero Sonia tiene una impresión pésima de Eva y cree que se acuesta con el primero que se encuentra a la vuelta de la esquina.

—¿Y no es verdad?

—Es una verdad relativa. Se acuesta con quien ella quiere y pensándolo y calculándolo mucho. Yo, por lo menos, no he podido tirármela, y no ha sido por falta de ganas. En cambio, Juanjo tenía con ella lo que quería...

Siguieron hablando todavía un rato de Eva Campos y de su rara habilidad para conseguir lo que deseaba. Luego Javi se despidió prometiendo a Avelino darse una vuelta por casa para tranquilizar a su madre.

Hacía más de diez días que Golito había desaparecido sin dejar rastro. Avelino por su parte hizo indagaciones en los centros oficiales y embajadas sin encontrar la menor huella. Carmunchi, su mujer, aseguraba que algunos vecinos vieron como le metían en un coche al anochecer en la esquina de la calle donde vivían... «Es imposible», decía Avelino desesperado por su impotencia y por ver a Carmunchi medio enloquecida, con su hijo siempre en brazos. «Si lo hubieran detenido ya sabríamos algo, porque he recurrido a personas influyentes en todos los partidos y organizaciones y nadie sabe nada...» Artigas le dijo que Golito le visitó en su casa unos días antes para decirle que pensaba pasarse al enemigo en el momento que tuviera ocasión, y añadió por su cuenta que él estaba seguro de que ya se encontraba en el campo contrario. Sin embargo, Avelino no se fiaba de Artigas. Tenía demasiadas pruebas de su doblez para creerle. En otro tiempo había sido muy afín a Golito, pero últimamente Artigas jugaba otras cartas. Más confianza tenía en Carlitos y éste opinaba que el redactor deportivo de «La Mañana» se hallaba detenido en alguno de los centros clandestinos que funcionaban en Madrid. Carlitos los llamaba «Servicios Supersecretos». Incluso sospechaba de un cuartel de milicias instalado en un palacete del Paseo de la Castellana, pero cuando Avelino habló con el responsable, un tipo muy expansivo y jovial, le juró y requetejuró que aquél era un cuartel de milicias republicanas y allí no se practicaban detenciones. Y luego, en un tono bromista, casi burlón, añadió: «¿No te parece, camarada, que el interesarte tanto por un falangista puede resultar sospechoso?»

—¿Sospechoso de qué...?

—Hombre, no lo tomes a mal. Es un consejo que te doy, aunque ya sé que eres antifascista... a tu manera. Naturalmente todos no pensamos igual...

—Afortunadamente —le dejó Avelino con la palabra en la boca.

Salió de aquel lugar con la cólera acribillándole la boca del estómago y convencido de que Carlitos tenía razón. Apenas llegó a la redacción llamó por teléfono a un diputado de Unión Republicana que hasta el año 33 había figurado en la redacción de «La Mañana» como editorialista político, para

informarle de lo que le había sucedido con el responsable del cuartel. Pero antes de que terminase de contarle lo ocurrido, el diputado republicano le interrumpió para decirle: «No te apures, hijo, que si a ti te ha tomado el pelo ese fardo de grasa, a mí hace unos días casi me toma el alma. Con decirte que me puso en trance de infarto... ¿Pues no va y me dice el muy cochino que va a acusarme de girondino y llevarme a la Plaza de la Gréve? Lo siento, pero no puedo ayudarte contra ese bárbaro que nadie sabe de dónde ha salido. Según me han dicho es un mondonguera del matadero y él mismo se ha puesto el apodo de Santerre en homenaje al sanguinario revolucionario francés...» Avelino le hizo observar que si era de Unión Republicana debería obedecer la disciplina de su partido... «¿Qué disciplina ni que ocho cuartos? Aquí cada cual hace su real gana y cualquier mondonguera puede convertirse en el mandamás de su parroquia...» El diputado estaba atiborrado de retórica política y Avelino tuvo que aguantar más de un cuarto de hora de anecdotismo retorcido sobre «los vinagres de don Manuel», «los agridulces maquiavelismos de don Diego», «los cacareos proféticos de don Inda» y «los delicuentes amoríos de don Francisco con los ambiciosos cachorros de doña Pasionaria...» Para cortar aquel chorro de maledicencia biliar tuvo que fingir una urgente visita. En su fuero interno pensaba que tal vez el Santerre no andaba muy desencaminado en sus malas intenciones de acusarle de girondino.

Mientras ajustaba sus reflexiones, con ánimo de volver a la carga contra el Santerre, le anunciaron la visita de Carlitos. Precisamente estaba pensando en él y en la omnímoda autoridad del Comité Provincial de Investigación Pública para provocar una información en el feudo del socarrón mondonguera.

—Entra, entra... —salió a buscarle a la antesala—. ¿Has averiguado algo?

—Pchs, algunas cosas, pero me parece que se trata de un grupo de contraespionaje dirigido por un extranjero, un alemán o un checo, no sé, algo muy raro, porque en el mismo grupo hay algunos policías que fueron detenidos por nosotros en el mes de julio. Cristina dice que es una checa rusa.

—Cristina siempre está viendo lo que quiere ver.

—No lo creas, es muy realista y tiene mucho olfato. Ha sido ella quien ha averiguado lo del extranjero y lo de los policías fachas, aunque yo lo he comprobado después...

Avelino se cogió el mentón y se quedó un momento pensativo. Asociando lo que le había dicho Carlitos con las opiniones del diputado republicano sobre «los delicuentes amoríos de don Francisco con los ambiciosos cachorros de doña Pasionaria», y la opinión de Javi con respecto a la creciente influencia de los técnicos soviéticos en el Ministerio de la Guerra, llegó a conclusiones demasiado pesimistas. De sus cavilaciones no dijo nada al muchacho, pero sí le hizo observar lo peligroso que resultaba el entrometimiento de Cristina en los servicios de información.

—Cristina ya no es la misma... —sonrió el muchacho con orgullo—. Me quiere mucho para hacerme una jugarreta.

—Yo no me fiaría de todas las maneras. No olvides que la clase y la casta poseen más fuerza que los caprichos y, en definitiva, se imponen y los asfixian.

Por un momento desapareció la sonrisa de la cara del muchacho, pero volvió a reaparecer más fulgurante para afirmar su confianza en Cristina... «Mi hermano Luis dice que uno sabe siempre cuándo penetra dentro de la mujer y cuándo sólo resbala sobre ella. Y yo sé que estoy dentro de Cristina, así que no me vas a convencer... Creo que yo no podría vivir sin ella, pero ella tampoco puede vivir sin mí...»

—Bueno, volviendo a lo de Golito, te agradezco lo que has hecho.

—No tienes que agradecerme nada. Lo que siento es que ese Santerre de mierda se salga con la suya. Si por mí hubiera sido, ayer mismo tenía preparados cuatro grupos para asaltar el cuartel, pero se enteró uno de los compañeros del Comité y me amenazó con fusilarme si lo llevaba a cabo. Pero todavía no es tarde... —se dirigió a la puerta.

—No hagas nada y déjalo de mi cuenta.

—Por las buenas no vas a conseguir nada con esos tipos. Como no les metas la pistola en la boca del estómago o les rompas la cara para empezar, pierdes el tiempo.

—Ya lo veremos. El director de un periódico tiene más fuerza que una pistola o un buen par de puños...

Antes de trasponer el dintel, Carlitos se volvió para preguntarle: «Oye, quería preguntarte de qué pie cojea la payasa de Eva Campos.»

—Yo creo que cojea de los dos pies y manquea de las dos manos —se echó a reír Avelino.

—Es que me han asegurado que es «china».

—Físicamente, por lo menos, lo parece, aunque en política yo más bien diría que es proteica.

—Joder, empleas cada palabroto que le dejas a uno a verlas venir.

—Pues quiero decir que Eva Campos puede ser comunista, anarquista, fascista o pancista con absoluta naturalidad y desempeñando su papel a la perfección. En el fondo yo la considero una egocéntrica muy porosa a toda clase de esnobismos.

—Otra vez me dejas turulato, pero me parece que te comprendo. Lo que tú quieras decir es que es una cachonda cerebral.

—Más o menos... —volvió a estrechar la mano que le tendía el muchacho.

Luego se sentó en la mesa y se puso a escribir un artículo sobre Santerre, el famoso cervecero de París, y Dzerzhinski, el fundador de la cheka soviética. Era una sátira amarga de los mecanismos de terror y una clara advertencia del peligro que representaba dejar que operasen por su cuenta, al margen de todo control legal, elementos tan singulares como matarifes profesionales, ex policías con espíritu inquisitorial y aventureros y técnicos extranjeros formados en las más refinadas escuelas del terrorismo y la crueldad.

La sutil diatriba del director de «La Mañana» mereció muy contradictorias opiniones y cierto desasosiego en algunas esferas oficiales. Algunos colegas

reproducieron párrafos y comentarios en sentido irónico. Un periódico comunista se preguntaba si el director de «La Mañana» no estaría viendo visiones y otro anarquista rechazaba airado los aberrantes argumentos de Avelino Rico, «siempre tan aficionado al sensacionalismo», y aseguraba que en España no podían darse situaciones tan monstruosas en tanto hubiera millones de españoles que rechazaran todos los sistemas de coacción moral y sus secuelas de tortura física. Pero lo más importante fue la larga conversación que tuvo con un conspicuo personaje del Ministerio de la Gobernación, quien le prometió muy ufano recuperar a Golito y ponerlo a disposición de las autoridades judiciales antes de veinticuatro horas.

La caída de Toledo produjo en Javi tal impresión que le llevaron a su casa con cuarenta grados de fiebre y delirando como un condenado. Petra pensó que se había vuelto loco por las cosas que decía. Hablaba de volar una mina y daba órdenes como si estuviera en el campo de batalla... «A este hijo mío se le han subido tanto los humos a la cabeza que se ha creído que es un coronel o un general», gruñía Petra en la habitación, mientras el chófer relataba en el comedor a un grupo de comadres que se habían reunido al olor de la noticia truculenta, la noche infernal de Toledo, con los moros y legionarios dentro de la ciudad y Javi sin parar de un lado para otro. Al viejo chófer se le caían lagrimones como puños contando cómo habían muerto los dos muchachos de la escolta, uno de un tiro en un ojo y el otro espanzurrado por un obús, y los dos junto a Javi, que se había salvado de «puro milagro».

Al entrar Sonia y el médico del dispensario, Javi se levantó de la cama y empezó a gritar: «fuego, fuego, el hospital no se rinde... Decir a los compañeros que se hagan fuertes y acaben con los del Alcázar... prender las mechas de las minas y decir a los cabrones de artillería que los voy a fusilar a todos por fascistas y por disparar contra nosotros... Luis, Luis, llama a mi hermano Luis, que ataque por la retaguardia a los moros y legionarios, y si no que venga Rómulo Talavera... («Ese Rómulo Talavera fue quien lo sacó del Hospital Tavera sin sentido y quemando como un hierro al rojo vivo», dijo el chófer a las mujeres apelotonadas a la puerta de la habitación, mientras el médico, Sonia y Petra luchaban por impedir que se levantara de la cama.) Tenemos que resistir sea como sea. Ya no podemos dar ni un paso atrás. Los

que dicen que los moros son invencibles son hijoputas y traidores a los que tenemos que fusilar. Los moros son pobres hombres envilecidos por la esclavitud. Atacan con saña porque odian a los españoles... Siempre nos han odiado por quitarles sus tierras... Que no se diga que los hijos del pueblo, la vanguardia de la revolución, no podemos con los legionarios... a por ellos, vamos a por ellos. ¿No veis que vienen borrachos de grifa y alcohol...? Dominado y sujeto por Sonia, Petra, la señora Sinfo y Dora la legionaria, el médico logró ponerle una inyección y hacerle tragar unos comprimidos desleídos en agua). Aunque siguió durante algunos minutos forcejeando por levantarse y repitiendo sus arengas contra los moros y legionarios, poco a poco cedió en la agitación y su lenguaje se hizo más incoherente. El médico dio a Petra instrucciones sobre los medicamentos que dejó encima de la mesilla y dijo que volvería cuando terminase en el consultorio. Sonia salió con él y aconsejó a las mujeres que dejasen en paz al enfermo y fuera cada cual a cumplir con sus obligaciones.

—Es horrible... —salió la señora Sinfo de la habitación lagrimeando y haciendo pucheros—, y para mí es más doloroso, porque viéndole sufrir así pienso en mi Encarna y se me nubla el alma.

Pronunciar ella el nombre de su hija y repetirlo Javi como un eco estentóreo todo fue uno. Pero lo que siguió a continuación fue tan fuerte que su madre le tapó la boca con la mano. Las mujeres que todavía no habían salido de la habitación, se miraron unas a otras escandalizadas y la señora Sinfo se volvió rápida.

—¿Qué es lo que dice el muy sinvergüenza?

—Nada, que se acuerda mucho de su hija —dijo Petra, mirando con severidad a Dora la legionaria, que reía y murmuraba entre dientes, a lo bobo.

—Que se acuerda, ¿verdad? Usted siempre tapando a los redomados sinvergüenzas que Dios le ha dado por hijos. Pero le juro que como sea verdad lo que ha dicho, el Javi cumple con mi Encarna por encima de todo, aunque tenga que sacarle los ojos... Y yo compadeciéndome de él y escuchando sus tontadas y fanfarrias con carne de gallina... —salió muy pechierguida y gesteante.

Al anochecer coincidieron en la casa Estrella Roja, Avelino, Carlitos y Luis, que era la primera vez que salía del hospital. Javi seguía con una fiebre muy alta y amodorrado. El médico había prohibido que hablase con nadie y Petra cumplía la orden con toda severidad. Ni siquiera a Luis le consintió que entrase en la habitación del enfermo.

—Me ha enviado el reportaje más alucinante que se ha escrito sobre Toledo en las últimas horas, pero se lo ha cargado íntegramente la censura —comentó Avelino.

—Javi es tremendo. No se da cuenta que estamos en guerra y escribe como si tal cosa —dijo la Estrella Roja.

—A mí me parece que mi hermano escribe muy bien, y todo el mundo dice que es de los pocos que dicen la verdad —replicó Carlitos.

—Decir la verdad en este momento es contribuir al derrotismo —afirmó Estrella.

—El pueblo debe saber lo que pasa y conocer nuestros fallos para poner remedio —intervino Luis.

—Yo también soy partidario de decir la verdad —añadió Avelino—. No me gustan las noticias manipuladas ni enterarme de lo que pasa en nuestra zona por el enemigo...

La polémica se hizo tan viva que Petra tuvo que salir de la habitación para decirles que cada vez que pronunciaban las palabras Toledo y Sigüenza el enfermo se agitaba e intentaba levantarse de la cama. Ante las palabras de Petra, Avelino y la Estrella Roja se levantaron para marcharse.

—Supongo que comunicarás a mi hijo lo de su hermano —dijo Petra a su nuera.

—A mí me parece una tontería. Lo de Javi no tiene ninguna importancia y Mariano se va a alarmar... La guerra es dura y todos tenemos que endurecemos. El sentimentalismo y la sensiblería familiar lo único que pueden hacer es debilitar la lucha.

—Hija, si tú eres una piedra lo siento por ti, pero yo no lo soy ni quiero que lo sean mis hijos.

—No se preocupe, madre, que si ella no se lo dice mañana voy yo a ver a Nano.

Estrella salió con Avelino y Petra se puso a rezongar... «Estoy arreglada con mi nuera. Como todas me salgan igual... la muy... tiene a su marido completamente abandonado. Ni siquiera le lava los calzoncillos. Qué hijos, Dios mío... Si supierais lo que dijo Javi esta mañana de la Encarna. Con deciros que me afrentó y me sacó los colores. Y no digo nada de la señora Sinfo, que algo oyó, aunque no todo, porque le tapé a tiempo la boca. Pues según me ha dicho después la Dora, que es una intriganta de marca mayor, la señora Sinfo anda diciendo por ahí que como sea verdad que Javi le ha estropeado a su hija por delante y por detrás, que se casa con ella o le saca los ojos. Y que no se crea que por ser anarquista se va a salir con la suya, porque su marido es socialista y si es necesario os meterán las cabras en el corral...» Carlitos luchaba por no soltar la risa, cosa que hubiera ocurrido de no ver a Luis tan serio y cejijunto.

—Lo más probable es que la Encarna no vuelva más —dijo Luis con la voz tensa de emoción.

—Ay, Dios mío... —se llevó Petra las manos a la cabeza—. ¿No querrás decir que...?

—Cuanto menos se hable del asunto, mejor. No quiero que se convierta en la comidilla del barrio.

—A ver si te has creído que yo soy la Gaceta...

—Joder, tampoco es para hacer ningún misterio... —gruñó Carlitos—. Además, tampoco se sabe nada cierto.

—Las noticias que yo tengo es que en Sigüenza han sido sorprendidos. Algunos compañeros han conseguido hacerse fuertes en la catedral, otros han huido y a los que han cogido los han escabechado. Lo mismo que en Toledo...

—Pobre hija mía, y que Dios consienta estas cosas es lo que a mí me emberrechina y me quita las ganas de vivir. ¿Cómo podemos ser tan malos y matamos los unos a los otros como hienas...? Para que luego digan la madre Asunción y doña Casilda que los del otro bando son muy cristianos y no cometan las barbaridades que los rojos...

—A doña Casilda y a su prima la superiora cualquier día las meto mano por fascistas —dijo Carlitos.

—Ni se te ocurra pensarlo. No quiero que digan de mis hijos que son asesinos... Pobre Encarna. Ya no se me irá de la cabeza en toda la vida. Malvados, hijos de perra... Y luego lo que dicen de los moros, que no respetan a ninguna mujer.

—Con lo rica que estaba, se habrán puesto las botas.

Antes de que terminase de hablar le había caído la mano de Petra sobre el carrillo... «Sinvergüenza, libertino. No me extraña que la señora Sinfo diga que todos sois unos sinvergüenzas. Tiene razón que le sobra y en lo sucesivo no se la voy a quitar. Hablar así de una muchacha decente que podía ser tu cuñada. Y cuando Javi se levante de la cama y se mantenga bien tieso, se va a enterar por las cochinadas que dijo. Esas cosas no se hacen con una muchacha decente y si se hacen no se dicen...»

—Usted todavía vive en el siglo de las cavernas... —se levantó Carlitos con la mano en el carrillo—. Ya verás como todavía nos hacen pasar a la Encarna por santa...

La puerta de la habitación se abrió y apareció Javi dando tumbos como un borracho.

—¿Dónde está la Encarna...?

—Hijo mío... —le abrazó Petra—. Mirar lo que hemos conseguido con A tanto hablar de lo que no debemos. Pobre hijo mío...

Javi fue rodeado por sus hermanos y entre los dos le llevaron a la cama. A cada uno le llamó por su nombre e incluso bromeó con ellos y les dijo que estaba medio agilipollado. Petra le contemplaba maravillada y en voz baja susitaba

oraciones dando gracias a Dios por verle hablar de nuevo con normalidad. Luego de preguntarle a Luis por sus heridas y decirle éste que ya se encontraba bien y que se iba a quedar con él unos días hasta que se pusiera bueno, Javi le contempló sorprendido: «¿Es que estoy malo?»

—Y tan malo como estás, hijito. Esta mañana te trajo el chófer sin sentido y con una fiebre de caballo.

—Pues no sé, no me acuerdo de haber estado malo... Lo único que recuerdo es que estaba en el Hospital con una ametralladora que manejaba Rómulo Talavera, cuando me cayó algo en la cabeza... Queríamos salvar a los compañeros que se habían hecho fuertes en el palacio arzobispal... —El chófer les ha dicho a Adela y a la tía Moñeta que ese Rómulo Talavera te metió en el coche sin sentido y le dijo que saliera pitando para Madrid antes de que en Toledo no quedara ni una rata que oliera a rojo. —Me duele mucho la cabeza. Deme una aspirina o algo.

—Hasta que no venga don Elías no te doy nada, porque lo primero que me ha dicho es que sólo tomes té aguado y los medicamentos que él te ha mandado.

—Pero si todos los medicamentos que tiene aquí son para fiebres intestinales y lo que Javi tiene es la cabeza llena de heridas y chichones —dijo Luis.

—Pues cuando él se lo ha mandado por algo será... —se obstinó Petra. Don Elías tenía fama de cedista en el barrio. Era notorio qué admiraba; a Gil Robles y en las elecciones de febrero había defendido su candidatura. Sin embargo, como médico era muy querido y respetado, y esto fue lo que le salvó. Alberto y Sonia le sirvieron de escudo contra los diferentes grupos que intentaron meterse con él, pero Luis le tenía poca simpatía, f porque un día le llamó chulo.

El nombre de Eva Campos estalló en la prensa como una traca. La campaña publicitaria se inició con un reportaje retrospectivo en una gran revista. Las fotos que ilustraban el reportaje daban la impresión de que la «escritora—artista», como la llamaban sus panegiristas, era una revolucionaria irreductible. La Estrella Roja publicó un artículo tan encomiástico que daba la impresión de que era comunista. Todos querían apropiársela festejando su

insólita popularidad en un Madrid que había sufrido los estragos de la revolución y empezaba a sentir los efectos de la guerra con miles de huidos de los pueblos conquistados y los heridos que abarrotaban los hospitales de sangre. El gesto de Eva de ceder su finca «La Cabaña» para hospital de sangre y abrir una suscripción con veinticinco mil pesetas para atender a las «víctimas del fascismo» obtuvo un clamoroso éxito y paralizó las tentativas de incautación de los bienes de la familia Portillo. Garcés estaba encantado. A Avelino le dijo, que era una mujer maravillosa «que había exacerbado la libido del doctor Negrín con sus arrumacos y cucamonas, y a Álvarez del Vayo le había envuelto de tal manera con sus sofisterías, que un buen número de personas refugiadas en las embajadas obtendrían documentación para salir de España.»

En los últimos días que pasó en Madrid, se empeñó en llevar a Avelino al Hotel Gaylord, sede de la embajada soviética, y presentarle al embajador. Avelino se resistía más por prejuicios que por otra cosa. No era antipatía a los comunistas, como él dijo, sino más bien cierta repugnancia a su sistema de captación y sus «medios retorcidos de conseguir los fines que se proponían».

—Te advierto que los comunistas son los que manejan la batuta y no me extrañaría nada que se hiciesen con el poder de una manera directa o indirecta —le dijo Eva.

—Manejar la batuta siempre se les ha dado muy bien. En eso se parecen a los jesuitas. Pero hacerse con el poder es harina de otro costal. Entre los socialistas están despertando muchos recelos y, por otra parte, los anarcosindicalistas son muy fuertes y están dispuestos a librar batalla a cualquier precio contra la dictadura comunista.

—Los anarcosindicalistas son unos ingenuos incorregibles. La utopía les ciega. Bien sabes que yo les tengo mucha simpatía, pero con su enorme carga de doctrinariismo federalista no pueden enfrentarse con el monolitismo comunista...

La conversación fue muy larga. Eva se despojó de su careta de «mise en scéne» y habló con seriedad y conocimiento de lo que decía. Había conversado con innumerables personalidades de todas las ideologías y con los intelectuales

que todavía no habían conseguido una granjería o sinecura en el extranjero. Según Eva, ninguno creía seriamente en el triunfo de la milicianada.

—¿Y tú? —le interrumpió Avelino.

—Yo siempre he sido muy escéptica. Me asustan los triunfos sectarios, porque una de las pocas cosas que me importan es la libertad.

—¿Qué opina tu hermano Alejandro?

—Alejandro es un hurón. Sufre como sufrimos todos esta locura, pero no opina.

—Por aquí han circulado noticias de que estaba financiando a los nacionalistas.

—Son infundios. Alejandro recibe en su despacho de Zurich a todos los españoles que van a verle, sean de un bando o de otro, pero sin comprometerse con nadie.

—¿Y César?

—César sigue haciendo política a su manera. El día antes de yo salir de París, regresó de Portugal, donde se había entrevistado con don Alejandro, Gil Robles y otros políticos más o menos inclinados hacia la restauración monárquica. Venía muy entusiasmado con la idea de que la guerra se iba a terminar muy pronto por la intervención de las cancillerías extranjeras.

—A estas alturas, con Madrid al alcance de los facciosos, a mí me parece inverosímil.

—Y a mí también, pero más que por lo que tú dices, por la cantidad de material de guerra y combatientes que están metiendo en España Alemania e Italia por una parte, y la Unión Soviética por otra.

—¿Es que van a convertir España en un campo de experimentación? —miró Avelino a su interlocutora con gesto de alarma—. ¿Para qué mierda sirve entonces el Comité de No Intervención?

—Para poder intervenir todos con mayor libertad —sonrió burlona Eva Campos.

—Lo dices como si se tratara de un juego de salón.

—Para mucha gente siempre es un juego ver cómo los otros se matan... —se levantó Eva—. Bueno, te espero esta tarde para que me acompañes a la embajada soviética. No digas que no. Rosseemberg es un hombre encantador, un revolucionario intelectual sinceramente preocupado por la salvación de la República. No tienes más remedio que conocerle por lo que pueda ocurrir. Los comunistas españoles no te tienen en gran estima, pero en la embajada se leen tus artículos con interés. Me consta que te consideran uno de los periodistas más inteligentes de la prensa madrileña... Y no olvides que los comunistas son los que llevan la batuta. Las masas no han contado nunca ni cuentan. El pueblo sólo sirve para formar el coro de la tragedia o dar colorido a las verbenas. El poder pertenece siempre a minorías enérgicas y resueltas, ya se llamen comunistas o capitalistas... Alejandro me encargó mucho que te dijera que el cargo de Londres lo tienes siempre a tu disposición.

—Se lo agradezco, pero no pienso salir de España mientras nuestra tierra huele a quemada.

—¿Es verdad que tu bobita cristiana se ha entregado al panglosismo?

—Sonia es una chica estupenda. Vive para los demás y sólo piensa en mejorar las condiciones de vida y la educación de los trabajadores y sus familias.

—¿Crees que sería bien recibida si la hiciera una visita?

—No lo sé, pero puedes intentarlo... —la acompañó Avelino hasta la escalera.

Sonia estaba más bien recelosa de la presencia de Eva en Madrid y ya habían tenido más de una discusión a su cuenta. Personalmente la calificaba de enemiga del pueblo... «Es una burguesa que cambia de ideas como de vestido», solía decir en tono despectivo. Ahora sentía mayor inquina, porque uno de los días que hablaron sobre ella Javi la calificó de sensacional.

—Parece que todos la conocéis muy bien —dijo Sonia enfadada.

—A mí que me registren. Yo sólo la conozco dialécticamente y vestida —respondió Avelino a la intención maliciosa de su mujer.

—Pues yo sólo he hablado una vez con ella —dijo Javi.

Todas las miradas se fijaron en Luis y éste se echó a reír.

—Yo la traté bastante cuando Juanjo anduvo escondido. Se portó muy bien con él.

—Y contigo, ¿no? —le escudriñó Sonia.

—Bueno, Eva es una mujer libre y sin prejuicios.

—Dirás sin moral.

—Como quieras, no vamos a discutir por una cosa que es tan elástica que cada cual la ajusta a sus necesidades...

Sin embargo, cuando Avelino se presentó con Eva después de tomar el té en la embajada soviética, Sonia la recibió con toda gentileza y se sobrepuso a sus recelos. Su presencia en la barriada pasó desapercibida por deseo suyo. Visitó todas las dependencias colectivas con Sonia y Petra, habló con las mujeres de los talleres y guardería, y luego pasó a la casa. Sonia observó su gesto de sorpresa al preguntar: «¿Vivís aquí?»

—Éste es nuestro palacio —sonrió Avelino.

—Más bien parece una miniatura, ¿no?

—Para nosotros tenemos de sobra —dijo Sonia.

—Todo esto es muy hermoso. Te lo digo con sinceridad... —cogió afectuosamente la mano de Sonia al ver en su expresión cierta irritación—. No obstante, me parece demasiado sacrificio. Se puede dar ejemplo sin sacrificar tanto.

—A nosotros no nos parece ningún sacrificio.

—Diga usted que sí, señorita, que se sacrifica más de la cuenta y más de lo que merecen estos gandulones. Hay días que no puede con su alma y desde la mañana a la noche no para —dijo Petra.

—Todos tenemos que sacrificarnos si queremos ganar la guerra y hacer un mundo distinto...

Mientras Sonia le ofrecía un refresco, llegaron Luis y Javi. Luis todavía renqueaba y Javi parecía un espectro. Su madre decía que no tenía más que ojos de iluminado y pellejo. Eva les acogió como a viejos amigos. A Luis le pellizcó en el cuello y a Javi le dio un beso en la frente. Luego la conversación se generalizó sobre la marcha de la guerra y el proceso revolucionario. Eva se mostró tan campechana, cordial y fervorosa revolucionaria que les dejó a todos entusiasmados. La más afectada y commovida fue Petra, que aprovechó un descuido para prepararle un hermoso ramo de flores. Luego, cuando se corrió la voz entre las mujeres que era la famosa Eva Campos y algunas empezaron a sacarle faltas y a decir que «no era tanto como decían los papeles», la madre de los Revilla discutió hasta enronquecer defendiéndola de las críticas.

Sonia, por su parte, no tuvo inconveniente en confesar a su marido que la encontraba muy cambiada y menos frívola, pero que también tenía la impresión de que «había hecho mucho teatro y abusado de la demagogia».

—Hace lo que sabe, pero lo hace estupendamente. Me hubiera gustado que la hubieras visto en la recepción de la embajada. Ha estado genial, y no creas que se ha mordido la lengua con los rusos, en tanto que algunos diplomáticos y políticos se comportaban como lameculos.

—Pero todavía no me has dicho por qué has ido a la embajada soviética.

—Forma parte de mi obligación conocer todo lo que pasa en el país, y los rusos se están convirtiendo en la sombra protectora de la República española.

—Javi dice que los rusos trabajan para los comunistas y que su ayuda y envíos de material de guerra vienen destinados a ellos.

—Es natural, ¿no?

—A mí no me parece tan natural. Más bien me parece un poco maquiavélico.

—Todo depende del uso que los comunistas hagan del material de guerra. Si consiguen detener al enemigo antes de que llegue a Madrid creo que sería una baza importante.

—Y tan importante. Casi sería un milagro.

—Entre los corresponsales soviéticos se respira un ambiente de verdadero optimismo. Hablan del amor de Stalin a España y dicen que el hombre, que todo lo puede y que puede más que nadie, está decidido a que el fascismo no se instale en nuestro país.

—No me gusta el giro que están tomando los acontecimientos... —movió la cabeza Sonia.

—Ni a mí tampoco. Pero en este momento no podemos desdeñar la ayuda soviética sin suicidarnos...

Sonia se levantó para preparar la cena y Avelino se puso a hojear una revista inglesa.

La situación de Madrid empezaba a resultar agobiante. Faltaban víveres y para obtener alimentos de primera necesidad había que esperar en las largas colas que se formaban en los establecimientos de alimentación. Las dificultades para obtener lo indispensable resultaban a veces insuperables, pero al mismo tiempo el pueblo adquiría conciencia de la gravedad de la situación. La frase atribuida al general Mola de que sobre Madrid avanzaban cuatro columnas y una quinta que les esperaba en la Puerta del Sol, estaba en la boca de todo el mundo y, ante el temor de ver aparecer a la «quinta columna» fantasma, se desataron mecanismos de terror insospechados. El denunciar a los traidores y sus cómplices se impuso como un deber, pero no fueron pocos los que aprovecharon el río revuelto para dar salida a sus rencores y odios personales. El peligro que amenazaba a Madrid gravitaba sobre la vida de los simpatizantes declarados o encubiertos de los facciosos. En la operación de despanzurrar a la quinta columna intervenían tanto las mujeres como los hombres, con la diferencia de que las mujeres se mostraban más feroces y entusiastas... Sonia decía que era horrible y que con aquel sistema de dejar a

las víctimas en cualquier parte, para que las vieran los niños y los adolescentes, se estaba corrompiendo la sensibilidad popular.

—¿No se podría impedir el espectáculo macabro de los fusilamientos? —le preguntó un día a Alberto.

—Imposible —respondió el dirigente sindicalista de la barriada—. Ya lo he intentado en diversas ocasiones y he fracasado... Ayer sin ir más lejos, intenté impedir que un grupo de mujeres liquidasen a una tendera, a la que acusaban de fascista y espía, y me llamaron cobarde y emboscado y me dijeron que en vez de proteger a los fascistas lo que tenía que hacer era marcharme al frente. Y me voy. Ya no puedo aguantar más...

Sonia le contemplaba con los ojos desorbitados, sin saber qué decir.

—Parece que te has quedado viendo visiones... —se levantó Alberto.

—Pues sí, y no sólo por lo que me has contado de esas mujeres, sino porque estoy pensando que si tú te marchas al frente es porque las cosas van muy mal.

—Tan mal que considero que todos los hombres capaces de empuñar un arma debemos estar en el frente...

Mientras hablaban se presentó Petra muy enfurecida. Según les dijo acababa de discutir con la Rufa... «La muy cochina no hace más que malmeter a las compañeras que tienen niños en la guardería para arrastrar a las monjas. Dice que hay que hacer con ellas lo mismo que han hecho los de Carabanchel con los oficiales fascistas emboscados en el Hospital Militar, y que de esta noche no pasa que a Lucía la den el paseo, se oponga quien se oponga, porque si los Re villa tienen mucho poder, su compañero tiene tanto o más que los Re villa, y además todos somos iguales... Os digo que cada vez que habla, me revuelve los demonios, y no digamos de Lucía y de las otras dos monjas, que se miran unas a otras y no hacen más que suspirar y levantar los ojos al cielo. Piensan seguramente lo que pensamos todos, que Dios se ha vuelto ciego y sordo cuando deja que el odio corra tan a sus anchas por el mundo...» Sonia y Alberto se miraron y Sonia dijo que no se preocupase de las tonterías que

dijese la Rufa, porque mientras ella fuera la responsable nadie arbitrariamente tocaría un pelo de las ex religiosas.

—Si quieres la echo yo un rapapolvo —dijo Alberto.

—No hace falta. A la Rufa la conozco muy bien y sé del pie que cojea. Es una holgazana que se ha creído que en la guardería se trabaja menos que en el taller de confección y quiere que la meta allí...

Por fin reapareció Golito, muy cambiado, pero como si nada hubiera pasado. El muchacho impetuoso y polémico se había transformado en un gordinflón afelpado y sinuoso. Carmunchi decía que le habían vuelto del revés... «Yo creo que me lo han capado, porque no piensa más que en comer y en dormir», le dijo a Avelino.

—El pobre debe haber sufrido mucho en el mes y pico que lo han tenido secuestrado esos granujas.

—Yo empiezo a dudar de todo. Ni siquiera creo que lo hayan tenido secuestrado, porque no se queja ni dice nada. Además, si le hubieran tratado tal mal no iría todos los días al cuartel del Paseo de la Castellana.

—¿Dices que va todos los días? —se rascó Avelino la cabeza.

—Todos sin faltar uno... Ya sabes que a mí no me gustó nunca que fuera falangista y tuvimos buenas agarradas por la dichosa política. Por mi gusto hubiera sido pancista... Qué asco de política. Me tiene envenenada, te lo juro. Y ahora más, porque me quiere hacer ver lo blanco negro y cada vez que dice algo de sus antiguos camaradas es para llamarlos traidores...

Avelino trató de tranquilizarla con vaguedades, pero la muchacha le dijo antes de despedirse «que no se fiase de él... Fíjate, estoy dispuesta a pasar por todo, porque es mi marido y le quiero, pero si hiciera algo contra ti o contra cualquier compañero del periódico no se lo perdonaría nunca...» Avelino se quedó con las palabras de Carmunchi dándole vueltas en la cabeza. Percibió algo en el brusco cambio del redactor deportivo, pero no le dio mayor importancia. Consideró que eran las circunstancias las que le habían cambiado.

Para un lector asiduo de Ortega y Gasset la «circunstancia» resultaba siempre condicionante de la vida del hombre.

Los más sorprendidos del cambio de Golito, sin embargo, fueron Benítez y don Ricardo. Benítez confesó que se quedó patidifuso cuando Golito le pidió perdón por haberle llamado tantas veces «comunista asqueroso» y «marxista repugnante». Con don Ricardo se mostró menos efusivo, pero le prometió no volverle a llamar «viejo mandilón» ni «liberal decadente»... «Hijo, si te da gusto no te contengas, que a mí no me empachan los tópicos y latiguillos. Cada cual tiene derecho a decir lo que le parezca...» Sin embargo, el viejo masón no aceptó con la facilidad de Benítez el cambio de piel de Golito, y luego comentó con Avelino y Javi: «Para mí que a nuestro mulo deportivo le han dado más que jarabe de palo. Sólo conozco un caso igual de arrepentimiento, si puede llamarse arrepentimiento a vaciarle a uno de significación, y fue gracias a los masajes espirituales de los jesuitas, que para eso de cambiar de careta a las personas se pintan solos...»

—Yo no creo en el arrepentimiento de Golito —dijo Javi—. Más bien tengo la impresión de que lo han reventado.

—¿Quieres decir que le han hecho claudicar?

—Exactamente... —asintió el muchacho—. El otro día oí comentar a un compañero que también anda metido en el espionaje, que la Brigada X había reventado a un jefecillo falangista y le había hecho vomitar hasta la primera papilla y por las referencias sospecho que se trata de Golito.

—Yo no diría ni que sí ni que no, aunque me parezca extraño que se pueda reblandecer a un venao tan duro de pelar...

Avelino aconsejó a Javi que se informara bien, «porque no quería traidores de ninguna clase». Javi no volvería a acordarse del asunto. Pero una tarde le visitó Cristina, que ya había conseguido situarse preminentemente en la organización de hospitales de sangre y ostentaba en su pecho la insignia del Socorro Rojo Internacional y el emblema de la Cruz Roja Española, y le puso en guardia contra Golito. Con su habitual cautela, le dijo que tenía referencias de que pertenecía a un grupo de contraespionaje dirigido por un alemán.

- ¿Lo sabes con certeza o es que lo has oído por ahí?
- En estos casos la certeza nunca es absoluta... —cruzó Cristina las piernas y encendió un cigarrillo—. Pero algunos de sus antiguos amigos aseguran que por su culpa han detenido a más de un centenar de personas.
- ¿De la «quinta columna»...?
- Llámalo como quieras. Para mí son personas.
- Y para mí también... ¿Por qué no sales de España? Tal y como se están poniendo las cosas, cada día te va a resultar más difícil vivir aquí.
- Lo sé, pero no tengo más remedio que afrontar el riesgo... —dio una fuerte chupada al cigarrillo y su cara quedó envuelta en humo—. ¿Sabes que ese alemán se interesa mucho por Carlitos?
- ¿Por Carlitos o por ti?
- Quizá por los dos, pero de momento parece que demuestra más interés por él... A mí no me extrañaría que intentara cazarle por cualquier procedimiento y someterlo al mismo tratamiento que a tu redactor.
- Que lo intente si quiere... Carlitos está protegido por la zarpa anarquista y resulta casi invulnerable de no aparecer comprometido en algo sucio, pero tú no, a pesar de esos emblemas que llevas en el pecho.
- Cristina cambió de postura un tanto nerviosa y aplastó la colilla contra el cenicero.
- Las tropas nacionales se encuentran a treinta kilómetros de Madrid —sonrió enigmática.
- Treinta kilómetros y Madrid por medio es una gran distancia.
- Estoy hablando en serio... ¿Qué piensas hacer?
- Seguir en mi puesto.
- ¿No te piensas marchar?
- De ninguna manera.

—Me alegro. Puedes contar conmigo. Además, Antonio Portillo viene en el estado mayor del general Varela.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero después de lo ocurrido en Badajoz, Toledo, San Sebastián y todos los pueblos conquistados por los nacionalistas no es para fiarse de ellos.

—¿También te has creído tú las patrañas que publicáis los periódicos?

—Desgraciadamente la realidad supera a lo que tú llamas patrañas.

Cristina se levantó tensa y se acercó al ventanal. Avelino la observó nerviosa y conmovida, pero tras unos segundos de vacilación, encendió otro cigarrillo y volvió a la mesa de Avelino.

—Puedo prometerte que si te quedas no te pasará nada.

—Gracias... —se levantó Avelino—. Madrid es un hueso duro de roer. No creas que a tus amigos les va a resultar fácil entrar en la ciudad, porque el pueblo está erizado como un puercoespin. El odio y la desesperación son malos enemigos.

—El odio y la desesperación no pueden nada contra un ejército valeroso y bien organizado. Por otra parte, somos muchos los que estamos dispuestos a luchar desde el interior.

—Es inútil que sigamos discutiendo, porque no nos vamos a poner de acuerdo. Tú estás oyendo ya los timbales de la victoria y a mí solamente me llegan los gemidos de las víctimas.

—Bien —le tendió ella la mano—. Seguiremos siendo adversarios leales... ¿Sabes que me gusta tu manera de ser?

—No tiene ningún mérito ser uno fiel a sí mismo... —la acompañó Avelino hasta la antesala en el momento que cruzaba Golito.

La conversación con Golito fue un ejercicio tan penoso que luego Avelino se arrepintió de haberla provocado, si puede llamarse conversación a la dura brega de intentar sacar agua de un pozo seco... No tenía palabras. Había perdido su ruda y agresiva vitalidad y cualquier alusión a la «Brigada X» le

ponía un nudo en la garganta y le humedecía las pupilas. En el rato que estuvo con él se arrepintió cien veces de haber sido un traidor al pueblo y otras tantas se vanaglorió de haber encontrado el camino de la verdad. Pero del alemán y del Santerre ni una palabra. Parecía imposible que una persona de natural espontáneo se hubiera convertido en un ser taimado y retorcido.

Dos o tres días después se produjo una polémica entre Artigas y don Ricardo. Ambos se habían pasado la vida polemizando sobre trivialidades. Cualquier acontecimiento político o literario situaba al uno frente al otro sin más fin que llevarse la contraria. Aunque muchas veces estuvieron a punto de llegar a las manos, nunca pasaron de la violencia dialéctica y de ciertas alusiones mordaces... Aquel día la discusión surgió por un artículo reverencial de Artigas sobre la vida y milagros de Stalin. Don Ricardo parece que le fustigó con sus chufas irónicas y le dijo que empezaba a imitarse a sí mismo, pero a la inversa... «¿Sabes que tu artículo sobre Stalin se parece asombrosamente al que publicaste años ha sobre Primo de Rivera y por el cual te concedieron una buena condecoración y buenas pesetejas de propina?» Artigas juzgó ofensiva y herética la comparación, y se enzarzaron en polémica sobre comunismo y liberalismo. En la redacción era notorio el anticomunismo de don Ricardo y su especial antipatía por Stalin, a quien calificaba de «cabeza cuadrada» y «mostrencos» cada dos por tres. Lo mismo decía de Hitler y Mussolini. La cosa no hubiera tenido ninguna importancia de no arrancarse Golito como un toro y zarandear al viejo liberal como un guiñapo. A consecuencia de ello, don Ricardo salió con un hombro dislocado y los quevedos rotos. Al enterarse Avelino de lo sucedido pidió una explicación a Golito y éste volvió a la cantinela del arrepentimiento... «Lo hice sin pensar. Cuando le oí a don Ricardo decir tantas cosas feas contra el camarada Stalin, me ofusqué y le tomé por enemigo...»

—Yo creo que no estás bien de la cabeza... —le contempló Avelino con el ceño fruncido—. ¿Por qué no vas a ver a un siquiatra?

—¿Que vaya a ver a un loquero? Tú estás chalao... ¿Te ha dicho algo Carmunchi?

—Carmunchi no me ha dicho nada ni necesito que me diga lo que está a la vista.

—No seas tonto, te juro que estoy bien... sólo que cuando veo a algún enemigo del pueblo me dan ganas de matarlo.

—¿Acaso don Ricardo es un enemigo del pueblo?

—El viejo tiene mucha mandanga, no creas que es trigo limpio —torció el gesto y le bizquearon los ojos.

—Don Ricardo es un liberal de toda la vida.

—Los liberales, los anarquistas y los trotskistas no tienen derecho a vivir. Son todos basura.

—¿Lo dices en serio?

—Ya sabes que a mí no me gusta bromear con las cosas de comer... —se echó a reír.

La conclusión de Avelino es que estaba loco, pero viéndole aquella mirada fanática, no se atrevió a llevarle la contraria... «Hablaré con Carmunchi para que le lleve a un siquiatra», se dijo tras cerrar la puerta. Pero luego habló con Artigas sobre la conducta de Golito y el redactor jefe desechó con abundantes argumentos los síntomas demenciales... «Para mí Golito está viviendo su metamorfosis, pero si te digo la verdad le encuentro mejor que nunca. Incluso escribe mejor. Echa un vistazo al reportaje que ha escrito sobre Valentín González “el Campesino” y dime si no tiene más enjundia que todas las gansadas deportivas que escribía antes...» Avelino leyó las cuartillas y la única objeción que puso al reportaje es que estaba demasiado adjetivado... «Suprímele unos cuantos adjetivos y quedará bien», le dijo.

—Yo creo que un tipo como «el Campesino» merece toda clase de encomios.

—Si es verdad lo que cuenta Golito de él, a mí también me parece un tipo fuera de serie, pero de todas las maneras conviene huir del santonismo.

—Entonces, ¿te parece bien que le encomiende descubrir a los caudillos que están surgiendo de las milicias?

—Perfectamente... siempre que no caigamos en los viejos tópicos de la adulación militarista.

Avelino estaba más o menos al tanto de los preparativos que se hacían para la defensa de Madrid por Javi, que ocupaba un cargo, como delegado de su organización, en un organismo que funcionaba en el Ministerio de la Guerra. Javi seguía perteneciendo a la redacción del periódico, pero se [pasaba tres y cuatro días sin aparecer por allí. Sólo de vez en cuando enviaba algún artículo relacionado con la defensa de la capital. En el más reciente fustigaba duramente a los técnicos y obreros que trabajaban en las fortificaciones, acusándoles de «conformarse con zanjar y roturar la tierra, sin tener en cuenta que lo que estaban haciendo era trincheras que más o menos tarde tendrían que defender ellos, cambiando la pala y el pico por el fusil».

En una de sus breves visitas a «La Mañana», Avelino le preguntó: —Sinceramente, ¿crees que Madrid puede defenderse?

—No sólo lo creo, sino que se va a defender, a pesar del derrotismo que invade las altas esferas políticas y del escepticismo de la mayoría de nuestros militares.

—¿Qué pasa con los militares? —las facciones de Avelino reflejaban una contracción de alarma.

—No pasa nada ni puede pasar, no te asustes. Nuestros militares no pueden decidir nada. Yo no estaría tan seguro si contaran con un ejército disciplinado y obediente. Quizá la situación sería distinta, pero mucho más peligrosa políticamente, suponiendo que no hubieran estrangulado ya el espíritu revolucionario... Entre nuestros militares hay algunos absolutamente leales a la República, pero no abundan los partidarios resueltos de la defensa de Madrid. Unos dicen que Madrid es un estómago demasiado grande para ser abastecido en caso de asedio, y otros consideran que los ejemplos de Verdún y Petrogrado, que vienen manejando la prensa y los políticos, no sirven para

Madrid, porque la estrategia y las condiciones [específicas de los ejemplos no concuerdan con nuestra realidad.

—Sin embargo, tengo entendido que Largo Caballero y el general Asensio son decididos partidarios de la defensa de la capital.

—Sin duda ninguna... Asensio se está portando muy bien. En varias ocasiones le he visto dar la cara y jugarse la vida con una serenidad imponente. Por otra parte, tiene ideas muy claras con respecto a la estrategia de la ^defensa. El otro día le oí decir que si las organizaciones políticas y sindicales movilizan a las masas para organizar la defensa urbana, bastará con sostener el baluarte de la Sierra y constituir un sólido punto de apoyo en el sur del Tajo para que Madrid resulte inexpugnable. Yo le pregunté lo que pasaría en el caso de un asedio completo, y él me respondió: «El asedio completo es muy difícil. Para sitiarn una ciudad como Madrid, Varela necesitaría muchas más fuerzas de las que trae.»

—¿Te marchas ya? —arqueó Avelino las cejas al ver a Javi levantarse.

—Sí, voy a ver a un fusilado que recogí el otro día a la salida de un pueblo abandonado por nuestras fuerzas.

—A ver, a ver, explícame eso...

—Se trata de un viejo socialista al que he tomado mucho cariño... Dos días antes de perderse Toledo, al pasar por uno de los pueblos abandonados, encontré once cadáveres a la entrada y diecisiete a la salida. Te cuento este detalle siniestro por lo significativo que es de nuestra guerra... Entre los diecisiete cadáveres, había uno que solamente estaba gravemente herido. Al acercarme yo abrió unos ojos enormes y me pidió por favor que le rematase. Le pregunté quién era y me dijo que era el jefe de la oficina de Correos y Telégrafos. Le metí en el coche, le taponamos las heridas como pudimos y cuando supo que pertenecíamos al bando republicano se identificó como socialista. Según me contó, al enterarse que nuestras fuerzas retrocedían, pidió un coche para evacuar los efectos y valores de la oficina. En el breve tiempo que perdió en seleccionar lo que se iba a llevar, se presentó un grupo de vecinos armados con escopetas y entre achuchones, patadas y mamporros,

lo llevaron al lugar donde nosotros lo habíamos encontrado y allí lo fusilaron en compañía de los demás en represalia de los que habían fusilado los nuestros al abandonar el pueblo...

—Es alucinante... —movió Avelino la cabeza—. ¿Cómo es posible que la crueldad pueda cegarnos de tal manera?

—Al viejo le hicieron una primera cura en Toledo —prosiguió Javi— y luego me lo traje a Madrid y le ingresé en un hospital de sangre. Aunque ya se encuentra bastante restablecido, va a quedar cojo, manco y tuerto. La última vez que le vi, hablando de crueldad y el odio de esta guerra, me dijo: «La justicia es la mayor de las utopías. No ha existido nunca y probablemente no existirá hasta que los hombres no la merezcamos. En los días que corren y en los años venideros ni siquiera tendremos el consuelo de los ideales de justicia que nos impregnaban de humanismo y tolerancia. Tengo la impresión de que esta tierra ha sido sembrada de sal y antes de que vuelvan a florecer en ella ideales de justicia, el odio hará numerosas cosechas...

—El viejo tiene razón... —se levantó Avelino caviloso, con el ceño fruncido y la mirada fija en la papelera cromada—. ¿Vas a ver a tu hermano Luis?

—Pasaré por su puesto de mando, aunque en cuanto a verlo no sé...

—La guerra le ha cambiado por completo. Parece otro, ¿verdad?

—Tan otro que en los días que pasó en casa, mi madre no hacía más que decir: «Este hijo mío se ha convertido en un déspota. Ahora va a resultar que he parido un tirano insoportable...» —se echó a reír Javi.

—Tu madre es la remonda. Por lo visto ayer dijiste en una charla radiofónica que había llegado la hora de que mujeres, niños y ancianos cogieran la pala y el pico para cavar trincheras si querían que Madrid se convirtiera en la tumba del fascismo, y no ha parado hasta conseguir un centenar de picos y palas. Según me ha dicho Sonia no hace más que repetir lo que tú dijiste: que si el enemigo se ha creído que Madrid es una puta que se abre de piernas al primero que llega, se ha equivocado de cabo a rabo, que vayan recordando lo que hicieron las madrileñas con los hijos de perra de Napoleón, a pesar de que eran muy jaquetones y muy chulos; que Madrid es cortés y hospitalario para

los que vienen de buenas maneras, pero que los moros y legionarios se iban a enterar de cómo las gastaban los madrileños y que hasta Santiago Matamoros bajaría del cielo y los gatos se convertirían en tigres. Por cierto, parece que Dora se sintió ofendida por algunas cosas que dijo de los legionarios y tu madre la respondió que si decía una palabra más, la arrastraba por la calle... Creo que se armó un guirigay de mil puñetas y hasta Sara se puso de parte de tu madre y dijo que aunque ella era puta no pensaba abrirse de piernas, como había dicho el sinvergüenza de Javi, y que a partir de aquel momento las cerraba y no habría macho capaz de abrírselas.

—Mi madre es exagerada en todo —movió Javi la cabeza.

—Tu madre es estupenda. Sonia la quiere a cegar... ¿Sabes que ha puesto a trabajar con pico y pala a la tía Moñeta y a las cuatro monjas? Lucía decía que de no verlo no lo hubiera creído, porque a la tía Moñeta no había podido hacerla trabajar ni la madre Asunción.

—Te dejo, que se me está haciendo tarde.

—Dile a Luis que uno de estos días iré a visitarle al frente como le prometí.

—Descuida... —echó Javi a correr escaleras abajo.

Uno de los días que Avelino fue invitado a la embajada soviética, invitaciones que, por lo demás, cada vez eran más frecuentes, se encontró con un periodista ruso con quien había hecho muy buenas migas en Abisinia y luego volvió a tratar, en diferentes ocasiones, en Londres y París. Se llamaba Antonov y era un tipo muy simpático y vivaz. El encuentro fue muy del agrado de los dos, pues se pasaron buena parte de la velada charlando de los acontecimientos de Etiopía y de algunas aventuras que habían corrido juntos en Francia e Inglaterra. Entre las cosas que tenían en común figuraban el amor por los grandes maestros de la literatura rusa del XIX y el odio a los sistemas de violencia y opresión. Por medio de Antonov, Avelino recibió la primera invitación para visitar la Unión Soviética a comienzos del 36. En principio aceptó la invitación para el mes de agosto. Pero al llegar a España las cosas se complicaron tanto que Avelino no volvió a pensar en el viaje... Fue lo primero que le reprochó Antonov después de abrazarse en presencia del jefe de la

oficina de prensa de la embajada, quien sonrió jovial al decir que todavía no era tarde para el viaje... «La Unión Soviética tiene siempre abiertas las puertas para los buenos amigos...» Como hablaban en inglés y este idioma se presta mejor que el castellano al juego de palabras, Avelino no dijo ni que sí ni que no, pero su cordial sonrisa parecía decir que estaba encantado de la invitación. La velada no pudo ser más agradable. Incluso conoció a varios técnicos militares que respiraban un discreto optimismo. Parecían poseer el secreto de la victoria y hablaban del poderío soviético como algo infalible.

Al día siguiente Avelino recibió en «La Mañana» la visita de Antonov y mostró deseos de conocer a Benítez, Artigas y Golito. Lo de Benítez no le extrañó, pues, al parecer, era bastante conocido en la Unión Soviética por los entusiastas reportajes de su viaje a la «patria del proletariado», editados allí en forma de libro, y la traducción al ruso de algunas de sus novelas y libros de poemas. Pero lo de Artigas y Golito no dejó de intrigarle. Era verdad que los dos se habían convertido de la noche a la mañana en defensores acérrimos de la Unión Soviética, pero Avelino lo achacaba más a la ventolera o conveniencia que a convicción, y así se lo dijo a su amigo. Pero Antonov sonrió enigmático y dijo que la mayoría de los individuos llegaban a la ideología por mecanismos fortuitos o accidentales.

Después le invitó a comer en uno de los mejores restaurantes de Madrid, pero el periodista ruso acogió la idea de ir a Lhardy o a la Barraca con gestos dubitativos.

—¿Por qué no me invitas a comer en tu casa y así me presentas a Sonia?

—Es que mi casa es poco acogedora y Sonia tiene tantas cosas que hacer que no sé siquiera si tendrá comida preparada.

—No importa... —sonrió obstinado—. Nos comemos los dedos.

—Si te empeñas... —se resignó Avelino preocupado. En el ámbito de Sonia los comunistas contaban con pocas simpatías y los prejuicios contra la dictadura soviética eran muy fuertes. Por otra parte, Avelino tenía a Antonov por un hombre de gustos refinados, casi aristocráticos.

Por el camino Avelino le contó a grandes rasgos las ocupaciones de Sonia. Antonov le escuchó atentamente y sólo le interrumpió para hacerle algunas preguntas sobre los estudios de Sonia y los medios de que se valía para educar a las mujeres y a los hijos de los trabajadores.

—Yo creo que es una labor inútil, pero ella está tan entusiasmada que no tiene tiempo ni para mirarse a la cara...

Cuando llegaron se encontraron a Sonia hablando con más de un centenar de refugiados que esperaban tumo a la entrada del comedor. Sonia les estaba diciendo que se había acabado la comida y que tenían que esperar hasta que preparasen unas sopas de ajo, que era lo único que podía ofrecerles. Al ver a su marido acompañado le hizo una seña para que entrasen en el chalé. Poco después se presentaba ella.

—Me parece que hoy te quedas sin comer por haber llegado tarde.

—No me digas que no me has reservado un plato de lentejas.

—Para mí las quisiera yo...

Su marido le presentó al periodista ruso, del que tenía amplias referencias por lo que le había contado de él. Antonov la saludó en francés y Sonia le siguió la conversación con gran desenvoltura. Para Avelino el francés resultaba más fácil en la lectura que en la conversación. Sonia le estaba hablando del problema agobiante de los refugiados. Llegaban cargados de sacos y hatillos de ropa, con lo poco que habían podido salvar en la precipitada huida, muertos de hambre y con el alma helada de terror... Antonov y Sonia se entusiasmaron tanto en la conversación que Avelino tuvo que recordar a su mujer que habían ido a comer.

—Tendréis que comer algunas latas de conservas, porque en la cocina del comedor no queda ni aceite. Esta mañana se preparó comida para trescientas raciones y hemos repartido más de mil. Luis nos ha mandado tres o cuatro camiones repletos de refugiados... Por lo que cuentan, las cosas van muy mal. La señora Petra me dijo esta mañana que el retumbar de los cañones no la había dejado pegar el ojo en toda la noche y no pude por, menos que reírme, pero parece que es verdad.

—Los fascistas van a ser aplastados muy pronto —dijo Antonov en francés.

—¿Tú crees?

—Dentro de poco lo veréis...

Avelino era partidario de ir a comer a un restaurante, pero Antonov dijo que a él le gustaban mucho las conservas de Sonia y no hubo manera de convencerle de que las conservas de Sonia eran las sardinas y el atún que se comían en cualquier parte del mundo.

Una vez terminada la comida, a base de sardinas, ensalada de tomate y pepino, y uvas de postre, Antonov recorrió todas las dependencias de lo que Avelino llamaba «complejo industrial—pedagógico colectivo», haciendo preguntas y hablando con todo el mundo como buen periodista. Al presentarle a Sara, Avelino le dijo su profesión y la promesa que había hecho de cerrarse de piernas hasta que el enemigo fuera vencido. También le presentó a la ex monja Lucía... «Hace rogativas para que Santiago Apóstol confunda a los moros que arrasan Castilla.» En el comedor le fue presentada Petra y cuando se despidió de ella la abrazó y estampó dos besos en sus mejillas. Luego, hablando a solas con Avelino, le dijo que tenía una compañera extraordinaria... «Me recuerda a mi madre, que también empezó la carrera de Medicina y luego se hizo maestra para ayudar al pueblo. ¿Sabes que mi madre era anarquista...? Fue discípula de Kropotkin y trabajó mucho en la organización clandestina hasta que fue detenida y enviada a Siberia. Yo nací en el destierro... Te digo esto, porque mi madre hizo algo parecido a lo que está haciendo Sonia, aunque mucho más modesto...» Los ojos intensamente azules de Antonov se ensombrecieron y pareció que se humedecían.

—¿Vive tu madre?

—No, murió en 1925 de una enfermedad renal que había contraído en el destierro. Yo me crié con mi abuelo paterno, que era socialista y luego se hizo bolchevique.

Avelino se quedó con ganas de hacerle otras preguntas, pero como Antonov nunca le había hablado como comunista, se abstuvo. Prefería que fuera él quien se descubriera.

Por primera vez Sonia no le hizo ningún reproche de sus relaciones con los rusos. Por el contrario, le dijo que Antonov le resultaba muy agradable y simpático, y que tenía unos ojos tan inteligentes y sinceros como los de Javi, aunque más bonitos.

—Eso quiere decir que yo no tengo los ojos ni inteligentes ni sinceros.

—Tus ojos son muy bonitos y a mí me gustan mucho, pero a veces tienen su retranca. Parece que miran para adentro y para fuera.

—Antonov también tiene su retranca, no creas. Yo le considero muy inteligente y astuto. Javi, en cambio, no. Es inteligente, pero carece de astucia y cuando habla se le ve desde el alma a los menudillos.

Pero la sorpresa llegó al día siguiente cuando Antonov se presentó con un cargamento de víveres para atender a los refugiados. Sonia se emocionó tanto que se le saltaron las lágrimas... «No sabes lo que te lo agradezco, porque ya no sé a dónde ir a por víveres. Las tiendas del barrio están completamente vacías y los compañeros del campamento de milicias solamente nos facilitan víveres para el personal de los talleres y los niños de la escuela.»

—A mí no tenéis que agradecerme nada. Es la ayuda del pueblo soviético al pueblo español...

El cargamento era modesto. Como dijo Antonov, más bien era una ayuda simbólica, pero se trataba de alimentos de calidad: tocino ahumado, una especie de salchichón de sabor dulzón, mantequilla, leche en polvo, carne en conserva y hasta algunas latas de caviar... Los alimentos rusos dieron mucho que hablar en todos los sentidos. No faltaron los que consideraron el obsequio de Antonov de propaganda comunista. Algunas mujeres propusieron incluso rechazarlos, no friera a ser que estuvieran contaminados. La Rufa dijo en voz bien alta, que los rusos podían meterse los víveres en los huevos y mandar aviones y cañones, que era lo que hacía falta. Sonia la miró con ganas de fulminarla.

—¿Qué ha dicho esa camarada? —inquirió el periodista soviético al observar el gesto de Sonia.

La mujer de Avelino tradujo literalmente las palabras de la Rufa y añadió un comentario suyo calificándola de protestona y desvergonzada. Pero Antonov se echó a reír y pidió a Sonia que dijese a la camarada, que los aviones y cañones soviéticos estarían muy pronto en los frentes...

La redacción se fue llenando de bulos y rumores sobre la operación mágica que iba a cortar de un tajo certero el dogal que empezaba a cerrarse sobre el cuello de toro de la capital. La imagen del «cuello de toro» era de Benítez y Avelino no pudo por menos que tomarla a cachondeo... «Yo siempre creí que Madrid era un oso y no veo por qué tú tienes que convertirlo en toro», le dijo.

—¿Sabes que eres un cabrito que todo lo reduces a prosa naturista? Joder, ni siquiera le dejas a uno que desarrolle su heroísmo lírico.

—Las imágenes empiezan a resultarme engañosas. Yo creo que las imágenes heroicas hay que llevarlas al frente.

—A mí del frente no me hables, porque cada vez que pienso en lo que pasé en Extremadura me escagarrucio por las patas abajo. No lo puedo remediar, los moros me imponen mucho respeto... No sé si será verdad pero el otro día me dijeron que en un contraataque cogieron a tres moros endilgando su mala leche a un campesino gordinflón que acababan de descubrir oculto en un pajar.

—Javi dice que todas las leyendas y supersticiones que hemos creado en torno a los moros se están volviendo contra nosotros, y tiene razón.

—Hablando del ruin de Roma...

Javi se quedó plantado en el centro del despacho con una sonrisa tímida.

—Entra, hombre, que no estábamos diciendo nada malo de ti... —le cogió Benítez del brazo y le llevó a la mesa del director—. ¿Verdad que se ha hecho más hombre y está mucho más guapo...?

—Si os vais a quedar conmigo, me largo, porque tengo mucho que hacer y pocas ganas de bromas.

—No le hagas caso —se levantó Avelino—. ¿Qué pasa por ahí...?

—En los frentes se lucha desesperadamente. En los suburbios las mujeres y los críos abren zanjas y cierran las calles con sacos de arena y adoquines. Y en la Puerta del Sol se bebe coñac y cerveza a todo pasto y se lanzan bulos. Hace un momento me encontré a mi cuñada con un grupo de intelectuales y correspondentes extranjeros a los que estaba hablando de una operación fulminante para apuñalar el costado del general Varela.

—Vaya, ya tenemos dos piezas del rompecabezas: Tajo y apuñalamiento. Las dos tienen un regustillo truculento y demagógico. ¿Pero hay algo de cierto en esa operación?

—Algo hay... —frunció el ceño Javi—. No te he dicho nada, pensando que se iba a guardar el secreto, pero como ya lo sabe todo el mundo... Incluso creo que piensan llamaros a los directores de los periódicos para leeros un documento del jefe del Gobierno y ministro de la Guerra sobre la ofensiva que se proyecta.

—¿No ves como es verdad la ofensiva del Tajo? —gritó Benítez alborotado—. Cuenta, cuenta...

Javi se encogió de hombros, arrugó la nariz, se rascó la cabeza y dijo: «Lo único que sé es que intervendrán aviones y tanques soviéticos en combinación con algunas unidades militarizadas precipitadamente y mandadas por comunistas.»

—Con tanques y aviones soviéticos estamos salvados, porque los rusos poseen el mejor material de guerra del mundo —se frotó Benítez las manos entusiasmado.

—Por algunos comentarios displicentes que he oído en el Estado Mayor, tengo la impresión de que la dirección de la operación correrá a cargo de estrategas soviéticos...

La conversación fue interrumpida por una llamada telefónica. Las respuestas de Avelino en inglés fueron muy breves. Sin embargo, tanto Benítez como Javi observaron en su director un cambio radical de expresión.

—¿Algo importante? —le preguntó Benítez.

—Nada de particular... un amigo que me ha invitado a cenar en Aranjuez.

—Aranjuez va a ser muy importante esta noche —dijo Javi.

—¿Tú crees...? —le contempló Avelino evasivo.

—Dicen que si las cosas salen bien, Toledo puede volver a ser nuestro y cambiar la suerte de la guerra. Otros opinan que se trata más de una operación política que militar.

—¿Por qué no me acompañas?

—Mi misión está con las fuerzas que operan en la carretera de Toledo, que hasta ahora es el principal eje de ataque de las fuerzas de Varela, pero si tengo tiempo a lo mejor me doy una vuelta por allí... —se despidió Javi.

Avelino y Benítez se quedaron discutiendo y haciendo cébalas sobre el «corte del dogal» y el poderío soviético. Benítez daba por seguro que si la Unión Soviética se había decidido a intervenir es porque estaba dispuesta a «aplastar al fascismo en la Península Ibérica». Algunas horas más tarde, Avelino oiría juicios parecidos en un famoso restaurante de Aranjuez ante una mesa repleta de platos exquisitos en la que lucían su esplendor los sonrosados langostinos de la costa mediterránea y el negro caviar del Mar Caspio, junto con los olorosos vinos de Andalucía... El ágape fue opíparo, pero la conversación resultó pesada y cargada de tópicos. Casi no se habló de otra cosa que de la Unión Soviética y de la lucha contra el fascismo a escala mundial. A la cena asistieron una docena de periodistas españoles y extranjeros muy significados. Aunque la mayoría era de tendencia prosoviética, no faltaban algunos camaleónicos y hasta sospechosos de jugar a dos barajas, como el corresponsal inglés amigo de los Portillo. Al filo de media noche, en plena euforia de vodka y coñac, fue leída la proclama de Largo Caballero en la que anunciaba que había llegado la hora de asestar el «golpe de muerte» a los que, tras su larga marcha sobre Madrid, llegaban a sus puertas carentes de energía y con las fuerzas agotadas. La proclama era vibrante y esperanzadora... «Mañana, 29 de octubre, al amanecer, nuestra artillería y nuestros trenes blindados abrirán el fuego contra ellos. En seguida aparecerá nuestra aviación, lanzando bombas contra el enemigo y desencadenando el fuego de sus

ametralladoras. En el momento del ataque aéreo, nuestros tanques van a lanzarse sobre el enemigo por el lado más vulnerable, sembrando el pánico en sus filas...»

Después, cuando la mayoría de los periodistas y corresponsales extranjeros regresaron a Madrid o se retiraron al hotel a dormir la mona, Antonov invitó a Avelino a visitar los campamentos de las fuerzas preparadas para el ataque y, especialmente, la base de tanques. La vista de las poderosas máquinas trepando por un recuesto, le produjo tal emoción que se sintió embriagado.

—Ahora sí creo que Madrid puede defenderse... —apretó fuertemente el brazo de Antonov.

—Tampoco conviene hacerse muchas ilusiones, porque la operación es relativamente modesta... Se trata de probar la capacidad de maniobra del Ejército Popular y romper la tenaza del enemigo sobre Madrid...

Aquella noche conoció a Líster y Modesto, que recientemente habían sido glorificados por Golito en su sección «Caudillos populares». Ninguno de ellos le produjo una impresión excepcional. Sin embargo, Golito les concedía el «genio innato de la guerra».

Muy entrada la mañana regresó a Madrid tan cansado y soñoliento como feliz. Pensó ponerse a escribir inmediatamente un reportaje sobre lo que había visto, pero después de darse una ducha y tomar una taza de café j fuerte, el sueño pudo más y se quedó dormido al empezar a describir el alba roja de los mastodontes de acero desplegados en los campos toledanos...

Carlitos empezó a sentirse preocupado por Cristina y uno de los raros días que coincidió con Javi en casa, le planteó sus escrúpulos... «Cristina es una tipa astuta y cabrona. A mí me dice que es liberal y democrática, pero tiene amigos que no me gustan un pelo y ya la he pillado en varios renuncios. A veces pienso que es de la quinta columna», le dijo.

- ¿Has hecho alguna averiguación?
- No puedo. Sería una falta de confianza por mi parte.
- Pues mándala a la mierda y te quitas complicaciones.
- Tampoco puedo... —agachó Carlitos la cabeza—. La quiero, sabes. Más de una vez la he mandado al carajo, pero luego no puedo pasarme sin ella. ¿No me habrá dado algo...?
- ¿Los polvitos de la madre Celestina? —se echó a reír Javi.
- No te rías ni lo tomes a broma. Yo he oído decir que las mujeres que quieren volver locos a los hombres los dan sangre de menstruación y raspaduras de cuerno de cabra...
- No seas gilipollas. Cuando las mujeres quieren volvernos locos lo único que tienen que hacer es darnos mucho gusto.
- Jo, pues a mí me da un puñao. Cada vez que me engancha me come vivo.
- Así estás tú de imbécil.
- Oye, no insultes.
- Te insulto, porque te lo mereces... Mientras los demás andamos con el agua al cuello, sin tiempo para mirarnos a la cara, tú sólo piensas en afilarte el rabo con una fascista. Y eso no es lo peor, sino que bien pudiera ser que estuvieras colaborando inconscientemente con la quinta columna.
- Eso no me lo digas siquiera, porque me pego contigo...
- La puerta se abrió como soplada por un ciclón y entró Sara tumultuosamente cantando «a las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la Confederación...» Al ver a los dos muchachos pareció asustarse, pero rápidamente recobró su talante desenvuelto y dijo que iba a coger una gallina del corral para hacer caldo a una refugiada que acababa de parir en la escuela.
- ¿Quieres que te la atrape yo? —se ofreció Carlitos.

—Bueno... Tu madre me ha dicho que coja la única gallina negra que hay en el corral...

Mientras Javi terminó de vestirse, oyó la zarabanda que su hermano organizó en el corral entre risas y carcajadas... «¿Sabes que eres un fresco? A la que tienes que atrapar es a la gallina y no a mi...» Javi recordó las palabras de su hermano Luis el día anterior: «Cada día me gusta más Sara. Creo que se podía hacer de ella una buena compañera.» «Dirás tu compañera, ¿no?, porque está coladita por ti...» «Bueno, da lo mismo que sea mía, tuya o de cualquiera. Lo importante es quitarla de la prostitución... Madre y Sonia la quieren mucho y no hacen más que decir que ya quisieran parecerse a ella tantas como presumen de honradas y trabajadoras...» En el corral Sara le decía a Carlitos: «Eres un niñato engreído que no sirves ni para descalzar a Luis. Lo único que tienes es mucha planta y mucho tomate...» «Lo que tengo es mucho pepino...» «Pues no se ve, chico, los machos machos están en el frente jugándose el tipo frente al enemigo, no gamberreando y presumiendo en la retaguardia como los emboscaos...» «Como te dé un par de hostias, vas a ver tú si soy un emboscao...» Javi se asomó al corral en el momento que Carlitos parecía decidido a cumplir su amenaza y Sara levantaba al aire la gallina negra dispuesta a defenderse.

—¿Qué os pasa? —dijo Javi.

—Nada, ricura, que este chulito de mierda se ha creído que todo el campo es orégano... —al pasar por delante de Javi le barbilleó y echó a correr con la gallina.

—Valiente golfa... —entró Carlitos en la casa cabizbajo y amorrado.

—Me parece que te ha dado un buen baño.

Carlitos arrojó sobre su hermano una mirada furiosa y se metió en la habitación resoplando. Al cabo de un rato volvió más sosegado. Javi repasaba un manual de fortificaciones militares y tomaba notas en una agenda.

—¿Qué piensas hacer hoy?

—Inspeccionar los trabajos de fortificaciones.

—¿No vas a ir al frente?

—Probablemente sí.

—Podías llevarme con Luis.

Javi se mostró indeciso y trató de convencerle de que no debía precipitarse... «No hagas caso de lo que te ha dicho Sara. En la retaguardia se puede realizar una labor tan importante como en el frente, pero tienes que dedicarte a liquidar a la quinta columna y dejarte de amoríos y puterías.»

—El Comité Provincial de Investigación va a desaparecer de un momento a otro y el Gobierno quiere metemos en la policía.

—Es lo mismo, ¿no?

—No es lo mismo. Yo no quiero ser policía.

—¿Qué dice la Organización?

—La Organización dice que cada cual hagamos lo que nos parezca...

—Bueno, de todas las maneras yo no te aconsejo que te incorpores a la columna de Luis... ¿Por qué no te vienes conmigo de enlace?

—Quiero luchar en primera línea, demostrar a los hijoputas que me sobran huevos para manejar un fusil y tirar bombas de mano.

—Sara te ha tocado el amor propio... —se echó a reír Javi.

—No lo creas. Hace tiempo que lo tengo decidido, pero cada vez que hablo con esa cabrona, me lo quita de la cabeza.

—¿Te refieres a Cristina?

Carlitos asintió con la cabeza en el mismo momento que uno de los enlaces de Javi se hizo presente en la puerta.

—Me voy contigo, ¿eh?

—Bueno, ya veremos lo que dice Luis...

Avelino se enteró del fracaso de la operación después de haber entregado a Artigas un reportaje triunfalista sobre el comienzo de la ofensiva. Sonia le dijo que era el mejor reportaje que había escrito en toda su vida y Artigas se conmovió profundamente al leerlo... «Me has devuelto el resuello, hijo. No sé si sabrás que llevo unos días que no se me pega la ropa al cuerpo, y me acuesto vestido por si tengo que salir corriendo en cualquier momento...» La Primera noticia de que la operación no había salido tan bien como se decía, se la dio Don Poli como rumor callejero. Avelino se fiaba muy poco de Don Poli, a pesar de que los chismes y rumores que publicaba en su sección «Desde el burladero» frecuentemente resultaban más veraces que las noticias oficiales, de tal manera que se había convertido en una de las secciones más leídas del periódico. Pero el único que Calificó la contraofensiva de fracaso rotundo, fue Javi.

—No lo creo... —se encrespó Avelino—. Es imposible que pueda haber fracasado una operación tan bien montada... con tanques estupendos, dos trenes blindados y aviación en cantidad.

—¿No te habrás dejado deslumbrar por ese periodista soviético?

—Qué coño de deslumbramiento. ¿Acaso es que yo no tengo ojos...?

—Pues te digo que la operación ha fracasado, ya que no se ha conseguido el objetivo de cortar la carretera de Toledo y embolsar a la vanguardia de Varela... Los tanques, la aviación y la artillería se han comportado estupendamente, profundizando en las líneas enemigas y machacando los puntos de concentración. Lo que ha fallado ha sido la infantería, las flamantes Unidades militarizadas...

Avelino no daba crédito a lo que oía. Incluso acusó a Javi de derrotista, por tratarse de una operación planeada y dirigida por los comunistas y los técnicos soviéticos... «Te equivocas si crees que no me duele tanto o más que a ti que la operación haya fracasado... Desde que apareció el decreto de militarización he pronunciado más de cien arengas y discursos defendiendo la necesidad de

crear un ejército popular disciplinado y fuerte capaz de enfrentarse con un ejército profesional, he discutido hasta enronquecer en el frente y en los sindicatos para convencer a los reacios a la militarización, y no creas, como dicen algunos periódicos y politicastros, que los anarcosindicalistas son los únicos enemigos de la militarización, porque en todas partes cuecen habas, y ahora mismo podría darte una larga lista de comunistas, socialistas y republicanos que hacen muchas objeciones a la militarización. Y por eso me duele más que hayan fracasado las primeras unidades militarizadas que entran en combate.»

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora...? —Avelino había pasado de la ira a la incertidumbre.

—Nadie lo sabe, pero hay una voluntad firme de defensa. El Frente Popular de Madrid está dispuesto a jugarse el tipo y la CNT y la UGT movilizarán a todos los trabajadores de 18 a 40 años que no sean imprescindibles en las industrias de guerra. La Junta de Defensa que funciona en el Ministerio de la Guerra acordó esta mañana someter al Gobierno un plan de saneamiento de la capital para evitar fisuras internas en caso de asedio. El mayor peligro son los miles de refugiados en las embajadas extranjeras y los presos políticos de las cárceles. Se pide al Gobierno que sean evacuados rápidamente tanto para impedir que en un momento determinado pudieran apuñalarnos por la espalda, como para evitar represalias masivas...

—Todo eso me suena a epopeya, a lirismo, ingrediente necesario, pero no suficiente para detener a un ejército que hasta ahora ha resultado imbatible.

—Me parece que el plan más urgente del Gobierno es escapar de Madrid y establecerse en Valencia o Barcelona.

—Pero eso sería catastrófico, ¿no?

—Yo no lo veo tan catastrófico. Quizá fuera desmoralizante en el primer momento, pero es lo que hace un momento decía el coronel Estrada: si el Gobierno se queda en Madrid, lo arriesga todo en una baza, lo cual podía ser fatal para el resto de la zona republicana. Sin embargo, las organizaciones del

Frente Popular y la CNT se oponen a que el Gobierno salga de Madrid. Temen que el pueblo se desmoralice y se produzca la espantada.

—Y del tan cacareado ingreso de la CNT en el Gobierno, ¿qué pasa?

—Según mis informes, puede producirse de un momento a otro.

—Por lo menos, algo es algo... —se quedó Avelino dubitativo—. Daría cualquier cosa por sacar a Sonia de Madrid y enviarla a Murcia, pero cada vez que se lo insinúo me tapa la boca.

—Lo que está haciendo en la barriada es admirable.

—Muy admirable, pero se está jodiendo la salud. Es lo mismo que tu madre. Ya no duermen ni descansan.

—Mi madre está medio loca. ¿Sabes lo que me dijo hace un momento...? Que la buscarse unas cuantas pistolas y fusiles por si llegaban los moros. Me lo dijo tan seria y patética que no pude por menos que echarme a reír... «Lo que tiene usted que hacer es ir recogiendo los bártulos para evacuar al primer aviso...» «¿Que yo me voy a marchar de mi casa? Ni muerta me sacan de aquí. Si Madrid es la tumba del fascismo, como decís, aquí voy a enterrar a unos cuantos...»

—Yo no sé si es Sonia la que contagia a tu madre o tu madre quien contagia a Sonia, pero la verdad es que las dos cada día están más histéricas y exaltadas.

—No creas que son ellas solas. Ayer me contaron que las mujeres de Getafe se concentraron en la carretera para devolver al frente a los desertores. Un grupo de milicianos que intentó pasar por Pelés, fue desarmado y reducido a pedradas, y a otros les bajaron los pantalones, les metieron trozos de guindilla en el culo y los señalaron el camino del frente.

—Es tremendo... —movió la cabeza Avelino—. En esta guerra las mujeres se están revelando más duras y peleonas que los hombres.

—Mi madre es un caso. Si mi padre levantara la cabeza no la reconocería... Fíjate, yo creí que cuando le dijera que Carlitos se había incorporado al frente me iba a hacer mil reproches y se iba a llevar un disgusto. Pues liada. Se quedó

tan fresca y me dijo que prefería verle muerto a convertido en perrillo faldero de una enemiga del pueblo como la Retortillo. Yo me quedé de una pieza, porque creía a mi madre ignorante del lío de Carlitos, y resulta que conoce a Cristina casi desde que nació.

—Cristina me ha llamado varías veces preguntándome por tu hermano. —¿No se te ocurrirá decirle dónde se encuentra?

—Descuida... No obstante, me parece que ella sospecha algo y no me extrañaría que se presentara en el frente.

—Luis se encargará de espabilarla... Abur...

Poco después de salir Javi, llegó Garcés y antes de que Avelino se diera por enterado, se hundió en el sillón de tubo cromado y empezó a arrojar blasfemias. El director de «La Mañana» releyó parsimoniosamente lo poco que había escrito y después de cerrar el período sintáctico, dirigió la mirada ensimismada hacia su visitante, que seguía ensartando maldiciones.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

—No es un bicho, son miles de bichos los que me están picando. Casi no hay día que no me pique alguno y yo callando y tragando como un cabrón... Se les ha metido en la cabeza que Antonio Portillo se encuentra en Madrid y yo le estoy ocultando.

—Necesitaría estar loco para meterse en este avispero...

Las pupilas de Garcés eran dos enormes manchas rojizas detrás de las gruesas gafas de concha... «Les he amenazado con telefonear al presidente de la República y poner en su conocimiento la persecución de que era objeto, y ¿sabes lo que me han respondido...? Que Azaña era un cobarde y un traidor que más o menos tarde tendría que ser juzgado por el pueblo...» La ira hacía desbarrar al ponderado profesor. Lo que más le irritaba es que hubiera «bárbaros capaces de dudar de su honradez y lealtad a la República». Tras muchos tiras y aflojas, y divagar por vericuetos doctrinales, Garcés vino a decirle que había sido llamado al palacete del Paseo de la Castellana para hacerle unas preguntas sin importancia y si se descuida no sale de allí. El

milagro de haber salido ilesa de las garras del Santerre lo atribuía a la repentina aparición de un diputado socialista de la máxima Confianza de Largo Caballero. No es que se hubiera mostrado muy caballeroso con él, pero le había hecho ver al mandamás de «aquella partida de sicarios y gallofos convertidos en policías» que la inmunidad parlamentaria era sagrada incluso para Largo Caballero y Pepe Díaz.

—¿Pero se puede saber de una vez de lo que te acusan?

—No me acusan de nada en concreto. Piensan que yo soy el hombre de Confianza de los Portillo y quieren saber el paradero de Antonio en Madrid.

—Cristina me dijo hace unos días que Antonio venía en las vanguardias de Varela.

—También me han preguntado por Cristina y por ti.

—¿Por mí...? ¿Qué coño tengo yo que ver con todo esto? —Avelino se irguió, pero al mismo tiempo sintió un repeluzno en la espina dorsal.

—No es que hayan dicho nada de particular. Me han preguntado mi opinión sobre ti y lo que yo sabía de tus relaciones con los Portillo. Saben que estuviste con Antonio en Londres y uno de ellos se ha permitido decir, incluso, que corrían rumores de que eras bastardo de la familia. Pero el que parece el jefe, un tipo que por el acento yo diría que es alemán, le ha cortado diciendo que a ti había que dejarte a un lado, porque estabas muy bien arropado.

—Ahora me entero que estoy muy bien arropado... Con todo, me gustaría saber quiénes son y de quiénes dependen esos hijos de puta...

Garcés le comunicó que acababa de visitar al director general de Seguridad para protestar del atropello y comunicarle su propósito de interpelar al ministro de la Gobernación en la primera reunión del Parlamento y éste se había excusado diciendo que aquel grupo no dependía de él. Entonces se había dirigido al Ministerio de la Guerra y allí le habían quitado las ganas de seguir adelante... «Poco más o menos han venido a decirme que la “Brigada X” tiene una misión específica en relación con la “quinta columna” y cuenta con la absoluta confianza del mando militar.»

—¿Pero qué se sabe de Antonio Portillo?

—Yo no sé nada... Parece que sospechan que entró en Madrid hace cuatro o cinco días con mucho dinero y plenos poderes para atraerse y sobornar a algunos jefes militares importantes.

—Pues como lo cacen lo va a pasar mal.

—Y tan mal...

Los dos se miraron largamente y agacharon la cabeza. Luego siguieron hablando de la situación de la capital con pesimismo. Garcés estaba convencido de que «la mandonera» no resistiría el empuje de las tropas africanas...

Los árboles aparecían casi desnudos en la luz agónica del atardecer y el sol se cubría de chafarrinones sangrientos por poniente. En el resto triunfaban los nubarrones desflecados que tendían a agruparse en masas sombrías. Por las ventanillas del coche entraba un aire fresco con olor a tierra húmeda. A la vista del cielo encapotado y las gordas gotas de agua al salir de la redacción, Avelino había hecho un gesto de volverse atrás y Javi le había sujetado del brazo hasta verle entrar en el coche.

—Nos vamos a poner como sopas —comentó Avelino ceñudo.

—Ojalá, pero no tendremos esa suerte —dijo Javi, que iba en el centro del asiento trasero, entre Avelino y Felipillo, uno de los enlaces que le acompañaban con la pistola ametralladora a punto de disparar sobre las rodillas. El otro enlace, Pajuelo, iba en el asiento delantero con Juan, el chófer, y llevaba su «Astra» ametralladora, de culatín de madera, con el cañón apoyado en el borde de la ventanilla—. Tres o cuatro días de lluvias torrenciales nos vendrían muy bien para ganar tiempo y reorganizar nuestras fuerzas.

—Chuzos debían de caer a ver si no dejaban un morángano vivo —dijo el chófer.

Pe —Yo me conformaría con que se formara una buena chocolatera para que los caballos se hundieran hasta los corvejones —dijo Pajuelo.

—Parece que las tropas moras se han convertido en un elemento terrorífico — miró Avelino a Javi de reojo.

—No son las tropas moras solamente, es todo el ejército de Marruecos... — dijo Javi—. Verdaderamente impresiona verlo atacar. Cuando se pone en movimiento es como un rulo que aplasta todo lo que encuentra a su paso. —El otro día me dijeron que algunos dirigentes marroquíes estaban dispuestos a llevar la lucha al Protectorado a cambio de su independencia, ¿sabes algo?

—Sí, creo que ha habido algunos contactos, pero ni los franceses ni algunos políticos y militares españoles quieren oír hablar de levantamientos en el Protectorado.

El coche se detuvo ante una barricada de adoquines y sacos terreros. Un miliciano viejo se acercó al conductor y le dio la primera parte de la Consigna:

—Madrid resistirá...

—Hasta la muerte —respondió el chófer.

—¿Dónde está el frente? —preguntó Javi.

—Por la parte de Fuenlabrada... Esta mañana hubo bastante tomate y algunos de los que pasaron por aquí dicen que achucharon fuerte, pero luego el fogeo se alejó hacia Alcorcón y Móstoles.

—Salud, compañero.

—Salud...

Los efectos de la guerra se hicieron más visibles a medida que avanzaban hacia Leganés. En la carretera encontraron un tranvía y un camión despanzurrados por la aviación. Leganés ya había sido evacuado y sólo quedaba un centenar de muchachos jóvenes del pueblo en espera de que pudieran ser armados para contribuir a la defensa. Todo parecía tranquilo en aquel atardecer desapacible. Pero cuando llegaron al puesto de mando de su hermano, encontraron a éste con el ceño fruncido y gruñendo furioso. A Avelino le saludó secamente y le dijo que llegaba en un mal momento... «Lo mejor que podéis hacer es marcharos, porque no tardando mucho tendremos un cacao infernal...»

Siguiendo la dirección que enfocaban los prismáticos de Luis Revilla, sucio, barbudo, sin una manga en la camisa caqui y una pernera del pantalón desgarrado, se veían a lo lejos algunas siluetas móviles.

—¿Dónde está Carlitos? —preguntó Avelino.

—En aquel montículo —señaló Luis vagamente hacia su izquierda.

Casi simultáneamente la posición señalada fue jalona por una explosión de artillería y a continuación sonaron varias ráfagas de ametralladora.

Javi y Avelino se agacharon instintivamente. Luis permaneció erguido, pero se cagó sucesivamente en media docena de divinidades y luego transmitió una docena de órdenes seguidas a los enlaces que se guarecían en la tapia de una corraliza... «Por la izquierda avanzan las tanquetas y por la derecha se mueve la caballería... La primera y tercera centurias que no disparen ni un solo tiro antes de que lleguen a los quinientos metros. La segunda y la cuarta, no deben perder en ningún momento el contacto con sus flancos.» De pronto se desencadenó un potente fuego de artillería, que formaba barreras de humo, al mismo tiempo que el fuego de la fusilería y de las armas automáticas crecía por segundos. Javi hizo observar a Avelino que el enemigo se acercaba, porque las balas pasaban ya silbando las bardas de la corraliza. Un proyectil de artillería explotó cercano y arrasó una parte de la corraliza. Algunos cascotes llegaron hasta ellos... «Marcharos, que no respondo», gritó Luis. Un enlace llegó corriendo y antes de que terminara de decirle que el flanco izquierdo empezaba a chaquetear arrollado por las tanquetas, caía muerto de un tiro en la frente. En poco menos de un cuarto de hora todo el frente crujía ante la embestida del enemigo. Luis daba órdenes apresuradas a la centuria que tenía en reserva para entrar inmediatamente en combate por la parte izquierda al mismo tiempo que él se ajustaba a los riñones un cinturón con granadas de mano y ordenaba a los enlaces que hicieran lo mismo para acudir en socorro del montículo que estaba siendo batido por las tanquetas. Antes de que pudieran darse cuenta Luis había desaparecido seguido de sus enlaces. En las livideces del anochecer, Javi observó el gesto tenso de Avelino. No decía nada, pero el miedo saltaba a la vista.

—¿Quieres que nos marchemos?

—No sé, tú verás... ¿Volverá Luis?

—Con Luis nunca se sabe lo que va a hacer, pero el enemigo aprieta fuerte...

Instintivamente empezaron a descender la cresta de la colina. Bajaron con la espalda doblada, zigzagueando. Buscando los ángulos muertos llegaron a las primeras casas del pueblo. En una de ellas se encontraba la plana mayor de la columna. Rómulo Talavera les recibió con el teléfono de campaña en una mano y una botella de coñac en la otra.

—¿Qué pasa? —miró a Javi con los ojillos achispados y una sonrisa cordial.

Avelino reconoció en seguida al personaje de un reportaje aparecido recientemente en «La Mañana». Se trataba de un ex legionario gallego a quien Javi admiraba mucho y del que había hablado en diferentes crónicas. A la sazón era el asesor militar del jefe de la columna, un obrero metalúrgico madrileño más bragado que organizador. Lo mismo que su hermano Luis, se hallaba siempre en primera línea y a la hora de enfrentarse con el enemigo se encelaba como un tigre. De esta manera había ocurrido más de una vez que se había quedado sin columna, porque en la refriega los hombres desaparecían y el campo quedaba sembrado de fusiles. La teoría de Rómulo Talavera era que un jefe no debía entregarse a la pasión del combate, sino seguir el desarrollo del mismo con la mayor sangre fría y no perder nunca las riendas del mando. Como Fernández, el jefe de la columna, se sentía incapaz de mandar una cosa sin ser el primero en hacerla, tras la pérdida de Toledo confió al ex legionario la organización I de la columna y le dio plenos poderes para mandar en su ausencia. Prácticamente vino a convertirse en jefe del estado mayor, sin darle el título oficial por prejuicios antimilitaristas. Con ello ganó la columna en disciplina y espíritu combativo. Javi le había visto durante una de las mayores espantadas que había presenciado, sujetar a los que huían a punta de pistola y garrotazo. Después fue acusado de haber matado a tres milicianos que huían gritando: «que vienen los moros, que vienen los moros», y Javi le defendió ante sus acusadores diciendo que con la muerte de aquellos tres fascistas camuflados, había salvado a más de un centenar de hombres, algunas armas automáticas y un cañón, que hubieran caído en poder del enemigo de no ser por la valerosa decisión de Rómulo Talavera...

—Parece que las cosas se ponen mal, ¿no? —dijo Avelino.

—Igual que todos los días. Cuando no falla un punto, falla otro... —cogió el teléfono y durante unos segundos estuvo escuchando sin abrir la boca. Terminó la conversación diciendo que inmediatamente mandaba refuerzos—. ¿Queréis un trago?

Avelino cogió la botella y se echó un buen trago, pero Javi la rechazó.

—Os voy a dejar, porque uno de los batallones está retrocediendo y Fernández me pide refuerzos.

—¿Resistirá la línea? —preguntó Javi.

—Probablemente tengamos que replegarnos, porque estamos siendo desbordados por el flanco derecho... —salió Rómulo Talavera y oyeron su voz crispada dando órdenes.

Cuando se disponían a marcharse se presentó un enlace y les dijo que el responsable de la plana mayor le había mandado para que les acompañara hasta el control de la carretera.

—No es necesario, chaval. Yo estoy autorizado para andar por todos los frentes.

—Te conozco muy bien y sé que eres enlace del Ministerio de la Guerra, pero Rómulo Talavera ha dado órdenes para que se detenga a todo el mundo que no lleve autorización suya...

El muchacho les acompañó un par de kilómetros sin encontrar en la carretera más que dos ambulancias, en una de las cuales regresó el muchacho al pueblo. Pero a medida que se acercaban a Leganés, se fueron encontrando con bastantes fugitivos que se apartaban de la carretera al ver el coche. A medio camino entre Leganés y Carabanchel Alto recogieron a uno que estaba tirado en medio de la carretera. Al principio creyeron que era un desertor y los enlaces le amenazaron con devolverle al frente. Sin embargo, una vez dentro del coche, vieron que tenía un tobillo tumefacto y en diferentes partes del cuerpo presentaba moretones y rasguños. Según les dijo había sido pataleado por la caballería en Móstoles. Luego, en la primera Casa de Socorro que

encontraron, el médico de guardia se extrañó de que hubiera podido recorrer tantos kilómetros en aquel estado.

Las relaciones de Petra con «su señora» pasaron por diferentes vicisitudes, pero los escollos fueron siempre superados, bien agachando Petra la cabeza o recurriendo a las lágrimas, o bien ensanchando su señora la sonrisa. Ni Petra podía olvidar que al morir su padre, siendo ella todavía una niña, su señora la sacó del pueblo para hacer de ella una mujer cristiana, ni doña Casilda conseguía desasirse del afecto que sentía por la mujer que tantas pruebas de fidelidad y sacrificio le había dado en los cuarenta y cinco años que, de una manera o de otra, llevaba a su servicio. Pero como las dos eran fuertes de genio, en tan largo período de servidumbre y señorío, no faltaban disgustos, enfurruñamientos y hasta rupturas temporales. La última ocurrió cuando en los primeros días de la sublevación Petra visitó a su señora con el temor de que a los señoritos les hubiera ocurrido alguna desgracia y doña Casilda le mandó decir con su doncella «que en lo sucesivo se excusara de molestarla con sus oficiosidades hipócritas...» Petra lloró mucho y echó la culpa del agravio a Javi por aquellos artículos que escribía y que tanto irritaban a doña Casilda, por considerar que con ellos ofendía a Dios y atentaba contra los sagrados valores del patriotismo. Es verdad que Petra le había prometido llevarle a Javi, a quien doña Casilda quería mucho, para que le adoctrinase y le sacase los demonios del cuerpo, pero el muchacho se negó alegando que lo que doña Casilda quería era remacharle las ideas de sumisión y vasallaje. Sin embargo, días después era su señora quien le mandaba llamar por medio de la tía Moñeta para agradecerle lo que Luis había hecho por el señorito José Mari. Sin deponer su gesto arriscado de orgullo, Petra respondió que no sabía nada de lo que su hijo hubiera podido hacer, porque desde el mismo día que enterraron a su padre no tenía de Luis más referencias que las que le daban Javi y Carlitos, y los dos eran muy tunos y cómplices en las correrías del hermano mayor. Doña Casilda no era muy dada a las lágrimas, porque

consideraba todas las debilidades pecados, pero aquella tarde lloró a lágrima viva mientras relataba, henchida de dramatismo, las circunstancias en que su hijo José Mari, que era de los oficiales sublevados en Guadalajara, había sido salvado por Luisito.

—El señorito José Mari me ha dicho que Luisito tiene mucho poder entre los suyos —parpadeó doña Casilda sorprendida—. Ya ves, yo le tenía por un bruto.

—Como bruto no tiene nada que envidiar a los mulos, pero no por falta de luces, sino porque es muy testarudo y cuando se le mete una cosa entre ceja y ceja tiene que salirse con la suya.

—Me gustaría conocerle más detenidamente, porque hace muchos años que no le veo. ¿Por qué no te lo traes un día por aquí?

—Ay, eso sí que es difícil, señora. Si fuera cualquiera de los otros no diría ni que sí ni que no, pero con Luis no me comprometo...

Pasó casi un mes antes de que Petra pudiera hablar con Luis del agradecimiento de su señora, y cuando se lo dijo el muchacho no concedió ninguna importancia al asunto... «Le puse en libertad cuando me dijo que me parecía a usted...» «Pero si a mí no te pareces en nada», gruñó Petra. «Yo más bien creo que el miedo le hizo adivino. Me habló de usted y me dijo que era hijo de doña Casilda. Después de sacarle del pelotón de prisioneros, se ofreció a venir con nosotros y defender nuestra causa, pero yo le dije que la causa del pueblo tenían que defenderla los hijos del pueblo. Así que mandé que le dieran un salvoconducto para que regresara a Madrid...»

—Mi señora quiere verte para darte las gracias.

—Bah, me conformo con que se las haya dado a usted, porque es a usted a quien debe agradecérselo... A pesar del cariño que usted siente por los Rovira, a mí me revientan, porque no han hecho nunca nada que no sea en su provecho.

Petra se enzarzó en polémica con su hijo, le llamó erizo y desagradecido y, en su vehemencia, llegó a decirle que tanto él como sus hermanos deberían besar

por donde pisaban los Rovira, porque si muchas veces habían comido había sido gracias a la caridad de doña Casilda.

Pocos días después doña Casilda visitaba a Petra en su casa. Fue un acontecimiento, porque en los cuarenta años que Petra llevaba al servicio de su familia de una manera continuada o intermitente, era la primera vez que esto sucedía. Petra quiso lanzar las campanas al vuelo, pero doña Casilda le pidió discreción y le dijo que quería que la tratase más como amiga que como a su señora... «Basta con que me llames doña Casilda o Casilda a secas, porque tanto "mi señora por aquí y mi señora por allá" resultan peligrosos en los tiempos que corremos...» Doña Casilda fue presentada a Sonia, con la que habló extensamente de la organización de obras sociales, cuyo tema conocía por haber formado parte de diversas comisiones y juntas caritativas de la Iglesia. Su lenguaje y el de la maestra eran distintos, pero Sonia era suficientemente inteligente para comprender la mentalidad de aquella señora de estirpe feudal.

De aquella primera visita, doña Casilda se llevó la promesa de Sonia de colocar algunas de las monjitas de su prima Asunción en la guardería infantil que estaba instalando, y cuya posibilidad había olfateado la tía Moñeta, sin atreverse a decírselo a Petra por la inquina que ésta tenía contra las monjas holgazanas. También se llevó un salvoconducto para su hijo Alfonso Carlos, sacerdote y profesor de seminario, que acababa de llegar a Madrid huyendo de una enconada persecución en Valencia. De propina, Petra le regaló un jamoncito bien curado y oloroso enviado por su hijo Mariano, y para que no sufriese con el peso hizo que Adela se lo llevase hasta el tranvía.

A partir de entonces se cambiaron las tornas y en vez de ser Petra quien visitaba a su señora, era doña Casilda quien visitaba a su «querida Petra». Es justo reconocer que si Petra «se despepitaba», como decía Adela, por complacer a su antigua señora, doña Casilda tenía motivos más que sobrados para confiar sus cuitas a Petra por la generosa voluntad que ésta ponía en sacarla de apuros, bien fuera con salvoconductos, alimentos y otros favores. Sin embargo, a mediados de octubre las cosas empezaron a torcerse. Resulta que un día bastante desapacible por los gigantescos remolinos de polvo que el

viento solano levantaba, doña Casilda llegó muy urgida a ver a Petra y Sonia le dijo que estaba en las fortificaciones.

—¿Qué se le ha perdido a Petra en las fortificaciones...? —pareció sorprendida doña Casilda.

—Lo que se nos ha perdido a todos los que no queremos que se pierda Madrid —sonrió Sonia.

A doña Casilda se le atufaron las narices, pero no dijo nada y siguió al chico a quien fue encomendada hasta un altozano en el que medio centenar de mujeres y críos, algunos bastante talludos, se afanaban en abrir zanjas. Petra la vio llegar y abandonó la zanja para salir a su encuentro. El sudor le corría por la cara, llevaba las sayas remangadas hasta las rodillas y desabotonada la chambra para dar respiro al pecho.

—Qué horror... —se quedó doña Casilda plantada con los ojos girándole en las órbitas—. ¿No te da vergüenza...? Pareces una tiorra.

—Nunca me ha dado vergüenza trabajar, señora...

Doña Casilda comprendió, por el gesto de Petra, que se había mostrado dura y desconsiderada, y trató de corregir el mal efecto de sus palabras... «Esto no es trabajo de mujeres. Sólo los bárbaros pueden obligar a las mujeres a trabajar como galeotes condenados por la justicia...» Otra vez, sin querer, metió la pata y con mayor gravedad, porque Sinfo, Dora y otras tres o cuatro mujeres se pusieron de su parte y empezaron a quejarse de sus riñones y de las ampollas que tenían en las manos. Petra les respondió, que si tanto les ofendía el pico y la pala, podían dejarlos cuando quisieran, ya que era un trabajo voluntario al que nadie las obligaba.

—La primera que tiene que dejarlo eres tú... —se engalló doña Casilda con la ayuda que recibió de las protestonas—. ¿Dónde se ha visto que las mujeres trabajen con pico y pala? Y yo digo: ¿para qué...? Cuando las cosas están de Dios, no hay quien las pueda impedir con zanjas y palabras. Ahí tenéis como ejemplo San Sebastián, Toledo y Badajoz... ¿Creéis que se han perdido nada más que porque sí...?

—Se perdieron porque los que las defendían tenían los huevos en el culo como las gallinas —metió la cabeza Sara en el corillo de mujeres que escuchaban a doña Casilda embobadas y asentían a sus palabras.

—¿Quién es esa desvergonzada?

—No le haga caso, que es una cualquiera —dijo la Sinfo.

Sara se fue hacia ella como una tigresa y varias mujeres se vieron con dificultades para impedir que se enganchara a las moñas rizadas de Sinfo—rosa. Pero si pudieron impedir que le estropease el tocado, con la lengua se desquitó... «Yo soy una cualquiera, una puta, pero tú eres una jodona barata, una pajillera que se vende por güitos...» Y la Sinfo gritaba: «La culpa la tiene quien yo me sé por darte alas y bendecir tus groserías (miraba a Petra de reojo con el morro torcido). No creas que no te tengo bien calada y sé del pie que cojeas. Toda tu revolución es Luis y lo demás es mandanga. Ay, so desgraciá, qué poco conoces a los hombres. Ahí tienes a mi pobre Encarna. La llevaron a luchar al frente y luego me la entregaron al enemigo...» «La culpa de todo lo que le ha pasado a la Encarna la tienes tú por meterla a puta...» «¿Qué yo he metido a mi hija a puta? Eso sí que no te lo aguento, so arrastrá...» La señora Sinfo hizo amago de abalanzarse sobre Sara, pero no pasó de tentativa. Doña Casilda más que escandalizada parecía regocijada.

—No sé cómo puedes convivir con esta gentuza —le dijo luego a Petra.

—Con esta gentuza he vivido toda mi vida y no me avergüenzo. Pero no crea usted que todos los vecinos del barrio son como esas dos pécoras que se han peleado.

—Por lo que he oído, parece que Luisito es el héroe del barrio.

—Bah, ya sabe que las mujeres hablamos más de la cuenta.

—¿Se parece a Javier?

—Yo diría que es el vivo retrato de su padre, aunque más apuesto. En el barrio le llaman Tarzán —dijo Petra con cierto orgullo.

—No me gusta nada... ¿Te acuerdas lo que te dije cuando Javier empezó a rondarte y tú le ponías cara de fiesta?

—No solamente no me he olvidado, sino que muchas veces le he restregado a mi marido por la cara las palabras que la señora me dijo... «Dices que quieres casarte con Javier, y yo no te voy a decir nada. Si es tu gusto, ¿ásate en buena hora con él. Pero si me hicieras caso te apartarías de ese hombre como del demonio. Papá dice que es muy bueno y muy valiente, pero a mí no me gusta la forma que tiene de mirar a las mujeres ni su ímpetu arrebatado. Cada vez que me tropiezo con su mirada, me deja un desasosiego como si hubiera tropezado con el maligno...»

Después de mucho evocar recuerdos y comentar tiempos pasados, doña Casilda le pidió que sonsacase a Carlitos sobre un amigo detenido en el Comité Provincial de Investigación y viera lo que se podía hacer por él.

—Mi Carlitos ya no se dedica a la investigación. Anteayer precisamente se marchó al frente con su hermano Luis.

—¿No me digas que has consentido que un niño se vaya a pegar tiros como los energúmenos?

—Carlitos no es tan niño como usted cree. Además de que pronto va a cumplir los dieciocho años, en la retaguardia se estaba haciendo muy tuno y muy sinvergüenza con las mujeres y la bebida. No es que haya hecho nada malo, pero el otro día les oí comentar a mi Javi y mi Mariano que si andaba chamuscándose con una de esas vampiras de la quinta columna que se dedican a sonsacar a los milicianos y estrujar a los inocentes...

—Qué tontería. A mí todo eso de la quinta columna me parecen cuentos para asustar a la gente.

—Mi Javi dice que es cierto y muy cierto...

En la discusión salió a relucir el nombre de Cristina de Campoflorite, a la que Petra motejó de viciosa, libertina y carnecaliente. Doña Casilda se sintió tan ofendida, que dijo a Petra que se estaba saliendo del tiesto con su rojez absurda y desvariante... «¿Me va a dejar por embustera la señora?», gruñó

Petra. «Como si una no supiera del pie que cojean algunas señoronas que se estiran mucho y pasan por muy decentes. Yo le digo que la de Retortillo es una fresca, mucho más fresca que la Sara y la señora Sinfo...»

Doña Casilda se marchó aquel día muy enfadada y dijo a Petra como despedida, que no volvería a pisar aquella casa en la que se ofendía a personas de su mayor respeto y consideración. Quizá creía que Petra iba a salir corriendo detrás de ella, como había hecho otras veces, para decirle que no tomara en cuenta sus palabras. Pero aquel día Petra se quedó rezongando en la puerta de su casa... «Pues sí, sólo falta que me quiera hacer ver lo blanco negro. Paso porque me insulte y ponga en peligro las fortificaciones con sus tonterías de los galeotes y los burros de carga. Que poco decía eso cuando en su casa me tiraba dieciocho horas en pie trabajando como una negra en quitar la mierda de todos... Mala no es, y es verdad que a mí y a mis hijos nos ha quitado mucha hambre. Pero que no me diga ahora que es una tontería defendernos y que mi Carlitos es un malvado y un cínico si anda diciendo por ahí que la de Retortillo ha puesto los ojos en él con intenciones pecaminosas, porque no se lo consiento, ea...»

Petra vivió con el reconcomio de que doña Casilda cumpliera su palabra durante unos días. Para probar su obstinación, le mandó un cesto de comida con la tía Moñeta y parece que el obsequio fue bien recibido... «Ya se le ha pasado el berrinche», se dijo. Efectivamente, el día 4 de noviembre se dejó caer por el barrio «impartiendo bendiciones», como decía Sonia. Era un mal día no solamente porque el invierno empezaba a hacerse presente con fríos prematuros y un cielo anubarrado, sino porque poco después del mediodía el enemigo se hacía presente con dos cañonazos que habían volado media docena de casuchas, haciendo varios heridos y matando a un matrimonio anciano. El odio estaba tan a flor de piel con las noticias que llegaban de los frentes cercanos y el clamor de los que huían de sus hogares, que Petra se llevó a doña Casilda a su casa, temiendo que pudiera ocurrirle algo, ya que la Rufa, la Sara y la Rosenda se habían dejado decir a raíz de la última visita y del incidente de las fortificaciones, que era una «tía fascistona» y que en el momento que volviera a «asomar el morro» por allí la iban a arrastrar.

—He vuelto, porque me tienen preocupada tus locuras...

—Yo estoy en mi sano juicio —protestó Petra.

—No me digas que una mujer a tu edad que se empecina en hacer fortificaciones y en manejar las armas de fuego, no está loca... No muevas la cabeza. La Moñeta me ha dicho que estás aprendiendo a manejar la pistola y el fusil... ¿Me vas a decir que no es verdad?

—A la tía Moñeta le voy a cortar la lengua por chismosa...

Doña Casilda trató de hacerle comprender que con su actitud obstinada y fanática se estaba perjudicando a sí misma y a sus hijos... «Ya ves, mientras tú te obstinas en sacar las cosas de quicio, yo he hablado con algunos amigos y conocidos para protegeros a ti y a tus hijos. A ti y a Adela no os va a pasar nada, porque os vais a venir conmigo a casa y no creo que haya nadie que se atreva contra mí. Lo peor son tus hijos, porque son muy rebeldes y contumaces. No sé, no sé... José Mari me ha dicho que él se compromete a hacer todo lo que pueda por Luis, y que si Luis se rindiera o no ofreciera resistencia, está seguro que nadie se metería con él. En cuanto a Carlitos, Cristina puede hacer mucho por él... El otro día discutimos tontamente. Yo no podía creer lo que me dijiste de Cristina y tu hijo, porque tengo en mucho el honor de las personas. Pero luego, hablando con mi Alfonso Carlos, que como sacerdote sabe más de las almas y de sus recovecos que yo, me dijo que no metiera la mano en el fuego por nadie y me amonestó por los reproches que te hice. En cuanto a Javi y Mariano, no sé... ¿Sabes que Javi es el que peor librado puede salir por las barbaridades que dice en la prensa y en la radio? Lo siento, Petra, pero de Javi no puedo prometerte nada...»

—No es necesario que me prometa nada, señora... Mis hijos y yo sabemos lo que tenemos que hacer. Anteanoche mismo coincidieron aquí todos y quedamos en que cada uno cumpliría con su deber. Por cierto, Mariano habló de llevamos a Valencia a Adela y a mí, y los demás dijeron que no, que querían que nos quedásemos aquí... Mi Javi dijo que Madrid solamente puede salvarse si las madres, los hijos y las compañeras formábamos una voluntad de hierro y nos decidíamos a luchar cada uno por todos...

—Qué horror... —se levantó doña Casilda pálida y con el mentón temblándole—. No me digas que tu Javi no es un monstruo. Mira que querer

convertir Madrid en una carnicería... Dile a ese niño que haga de su capa un sayo. Adela y tú os venís ahora mismo conmigo, y santas pascuas.

—Adela y yo nos quedamos aquí a cumplir con nuestro deber...

Todas las admoniciones y consejos de su señora fueron inútiles. Doña Casilda se marchó diciendo que era una ingrata y una testaruda, pero que tuviera por cierto que las tropas salvadoras entrarían en Madrid y si tenían que hacer una escabechina para reducir a la plebe, no se les arrugaría el ombligo.

Avelino llegó a la redacción con el humor negro rebosándole por los poros. No había podido pegar el ojo en toda la noche con el traqueteo de las ametralladoras y las explosiones de los morteros, que parecían estallar en la misma puerta de la casa. Por otra parte se había peleado con Sonia media docena de veces y discutido con ella hasta el agotamiento. Por todos los medios trató de convencerla para irse a dormir a casa de sus padres, aunque de día bajara a la barriada y siguiera con su locura de dar ejemplo y evitar la espantada... El primero en recibir su humor sulfuroso fue Artigas. Entró en su despacho restregándose las manos, friolento, y con una sonrisa untuosa en la que asomaba el miedo controlado.

—¿Qué se dice por ahí?

—Lo que dices tú en ese artículo que metiste de matute. En los frentes se da por seguro que decenas de miles de combatientes internacionales, bien armados y pertrechados por la Unión Soviética, llegarán de un momento a otro para sacarnos las castañas del fuego, y para facilitarles el camino de la gloria, los milicianos tiran sus fusiles viejos y se van tranquilamente a su casa.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Acabo de ver con mis propios ojos montones de fusiles abandonados por los que huyen... ¿De dónde has sacado ese bulo?

—Tanto como bulo... —se mordió Artigas los labios—. Yo he inflado un poco el perro para dar ánimos a la gente, pero lo de los combatientes internacionales es verdad. Lo sé de buena tinta.

—Ya... —frunció Avelino el entrecejo—. Pero en lo sucesivo no vuelvas a meter ningún artículo de esa clase sin pasármelo a mí. Al pueblo hay que decirle la verdad, no engañarle con cuentos fantásticos cuando la vida y la libertad dependen de su esfuerzo...

Mientras cambiaba impresiones con Artigas, descolgó el teléfono y marcó más de una docena de números hasta localizar a Javi. Por fin lo encontró en una dependencia del Ministerio de la Guerra... «¿Y todavía me preguntas que qué tripa se me ha roto? Anteayer me dejaste plantado. Ayer me dijiste que nos veríamos por la noche en casa y ahora me dices que no puedes venir... No me enfado ni me pongo de ninguna manera. Si no puedes venir, voy yo a verte, porque no estoy dispuesto a pasar otra noche como la pasada... Comprendo que no hay más remedio que resistir, pero Sonia no puede ya con la tripa; tu madre ya no puede con los años, y hace un momento me decía Adela que como siga así se va a quedar con la tiritona del miedo para toda la vida. Aquello es una casa de locos... o más bien de locas... No se puede inflamar el corazón de las mujeres de misticismo sin que aparezcan las brujas y se forme el aquelarre... Sonia dice que no se marcha de allí mientras no se marchen las demás mujeres y, especialmente, tu madre, y tu madre dice que sólo saldrá de su casa muerta o cuando tú se lo ordenes... Entonces, ¿vas a venir...? Gracias, hombre, te espero aquí...»

—¿Sabes que Javi se está haciendo una personalidad? —comentó Artigas cuando Avelino colgó el teléfono.

—Menuda personalidad. Como entren los nacionales, será uno de los primeros que se carguen.

—¿Crees que van a entrar...? —se le descolgó a Artigas la mandíbula.

—Como no vengan pronto esos refuerzos internacionales que tú dices, yo lo veo muy mal.

—Yo digo que cuando el Gobierno sigue en Madrid es porque cuenta con recursos.

—El Gobierno siempre tiene a su disposición aviones.

—Me estás poniendo la carne de gallina. Mira... —se remangó la camisa Artigas.

Don Ricardo asomó un momento la cabeza y al ver a Artigas desapareció, pero luego mandó un chico a decirle a Avelino si podía recibirla un momento a solas.

—Claro que sí, dile que venga...

Artigas le hizo un guiño y se dirigió a la puerta: «Cuando los mandilones empiezan a secretar, malo. Algo huele a chamusquina...» Don Ricardo debió oír algo, porque entró rezongando contra los sarasas.

—¿Qué pasa, don Ricardo? —le recibió Avelino aculado sobre la mesa.

—Nada, que tengo que marcharme a Valencia —se rascó el vejete detrás de la oreja.

—¿Definitivamente?

—¿Es que hay algo definitivo...? —se escurrió la ironía por los labios enjutos del comentarista de política internacional—. Ya sabes que yo soy muy escéptico en todo... Quien me ha llamado me ha dicho que aquí no hay nada que hacer. ¿Qué opinas tú...?

—Mi opinión no cuenta. Mejor es que haga usted lo que crea que debe hacer.

—En primer lugar quisiera saber lo que piensas hacer tú.

—Yo todavía no lo he pensado.

—Quiero decir, que si estás decidido a ver entrar a los nacionales.

—De ninguna manera.

—¿Es verdad que Antonio Portillo está escondido en Madrid?

—Eso he oído decir, pero yo no sé nada. Por lo demás, tampoco me interesa. Mi suerte va unida a la República y seguiré fiel a ella cualquiera que sea el resultado de la guerra.

—A mí, si te digo la verdad, me da lo mismo la República que la Monarquía. Lo que no aguento es el absolutismo ya sea de nuestros integristas de izquierda o de derecha. El absolutismo político me resulta intolerable...

—Conozco sus sentimientos y yo le aconsejo que se vaya a Valencia —le interrumpió Avelino—. Allí podrá reflexionar tranquilamente y pensar lo que debe hacer. Tanto si entran los nacionalistas como si no entran, Madrid se va a convertir en un infierno, y un hombre como usted siempre está expuesto a que cualquier fanático le encuentre algún lunar que no sea de su agrado.

—Gracias, hijo, no sabes el bien que me hacen tus palabras... —parpadeó don Ricardo emocionado—. Que me llamen ahora mandilón reaccionario los mismos que hace cuatro días me llamaban mandilón revolucionario, no lo aguento.

—Márchese, no lo dude... —le empujó el director hacia la puerta, temiendo que el viejo liberal volcase sobre él sus cuitas y frustraciones—. Mientras yo sea director de «La Mañana» usted seguirá perteneciendo a la plantilla. Si quiere y puede, mande algún artículo de vez en cuando...

Poco después de salir don Ricardo, entraba Javi. Nervioso, impaciente como siempre, se encaró altanero con Avelino por los reproches que le había hecho por teléfono y luego se hundió en uno de los sillones niquelados con el entrecejo fruncido, la boca duramente apretada y los ojos haciéndole chiribitas, como decían en el barrio.

—Yo no te echo la culpa de lo que pasa, pero creo que tú eres el único que puede arreglar aquello... —se sentó frente a él y encendió un cigarro—. Bastará con que convenzas a tu madre para que Sonia y las demás mujeres se vengan a razones.

—Yo no puedo hacer eso sin quebrantar la moral de resistencia. Ha llegado el momento de jugárselo todo y las mujeres son un factor sicológico de primer

orden. No obstante, Sonia es un caso especial por el embarazo y estoy dispuesto a hacer lo que sea para sacarla de allí...

En el transcurso de la conversación cambiaron palabras muy duras. Avelino acusó a Javi de fanático y Javi le llamó egoísta. Opinaba el director de «La Mañana» que la guerra también tenía sus normas civilizadas y había que obligar al enemigo, a que las respetase, pero para ello los republicanos debían dar ejemplo para que la ciudad no fuera destruida... «Madrid es una ciudad abierta, con escasas posibilidades de defensa, y sería un error convertirla en fortín, como tú no te cansas de repetir. Bueno está que nos peleemos entre nosotros, pero sin arriesgar los tesoros artísticos ni exponer la vida de las personas indefensas a la violencia del enemigo.»

—Te equivocas —dijo Javi muy tranquilo, pero con el gesto huraño—. A partir de ahora, Madrid será una ciudad cerrada con todos sus tesoros y todos sus habitantes. Si el enemigo pasa, tendrá que hacerlo entre ruinas y cadáveres. Pasaron los tiempos de pronunciamientos fáciles. Los aspirantes a dictadores deben saber de una vez para siempre que en lo sucesivo no les bastará con montar a caballo para rendir al pueblo, sino que tendrán que jugarse el tipo y ensuciarse de sangre hasta las pestañas... —se levantó Javi y cerró maquinalmente la cremallera de la guayabera de ante.

—Contigo no se puede...

—Conmigo no, con el pueblo.

—No me digas que el pueblo tiene nada que ver con esta locura... —le siguió Avelino hasta la puerta y le retuvo de un brazo—. No te irás a marchar ya... ¿Qué se dice en el Ministerio?

—Nunca se ha dicho menos. Parece que hay una conjura de silencio. Por algunos detalles yo diría que la mayoría de los jefes sólo piensa en la huida o en el escondite seguro. Hace un momento me acaba de decir un comandante muy allegado al general Pozas que Madrid se defiende mucho mejor desde fuera que desde dentro, y yo le he respondido que no haga la prueba por si se encuentra con un piquete de ejecución.

—¿Sigues creyendo que el Gobierno se marcha?

—A mí me da el olfato que ya están haciendo las maletas. Esta mañana se entrevistaron algunos miembros de la Junta de Defensa con Largo Caballero para decirle que la marcha del Gobierno aceleraría el proceso de desmoralización en los frentes, y el jefe del Gobierno respondió muy secamente que haría lo que estimase más conveniente para la defensa de la República.

—Me parece una actitud muy razonable.

—A mí también me parece muy razonable, pero peligrosa. Hale, que no puedo perder más tiempo... Luego iré por el barrio y hablaré con Sonia. Yo también considero peligroso que siga allí en su estado. De todas las maneras, no puede pasar nada, porque yo no pierdo de vista la situación del frente y en caso de que Luis se viera obligado a retirarse, su eje incluye la barriada. Por otra parte, en el campamento de milicias están al tanto y en lo sucesivo lo estarán más, porque Alberto se encuentra en contacto permanente con el coronel Mena, que es el jefe del sector. Así que no tengas tanto miedo, hombre... —echó a correr escaleras abajo.

Avelino se quedó en el descansillo llamándole cabrito, cabrón y cabronazo.

A mediodía del día 6 de noviembre, Alberto se dejó caer muy sonriente y optimista. Hacía más de quince días que no aparecía por allí y su presencia fue acogida con verdadera efusión. Las mujeres le rodearon y le envolvieron con su cháchara. A las preguntas que le hicieron respondió sobriamente «que todo iba muy bien y que los fachas estaban recibiendo su merecido en todos los frentes»... Luego, a solas con Sonia, quien se mostró extrañada de su aspecto hierático y su manera de arrastrar los pies, le confesó que la noche anterior había intentado contener una espantada en la carretera de Toledo y una veintena de milicianos crispados de miedo, le habían tundido los huesos y dejado sin conocimiento en la cuneta... «No es nada de importancia, pero estoy tan vapuleado que no puedo mover un miembro sin que protesten los demás. Mi experiencia como comisario de guerra no puede ser más desgradable. Me mandaron a meter en cintura a una columna de chaqueteros y poco ha faltado para que me metieran en cintura a mí. Y lo peor es que la columna ha desaparecido prácticamente. De los quinientos hombres

que tenía hace quince días no sé si quedarán cincuenta...» Sonia le contemplaba con las pupilas dilatadas y las facciones tensas. Mientras Alberto le relataba sus fracasos, ella se mordía los labios y se apretaba el abultado vientre. Media docena de veces repitió la palabra «horrible», sin añadir ningún otro comentario.

—Bueno, venía a decirte que tenemos que ir pensando en evacuar esto. No es que valga gran cosa, pero las máquinas de coser y todo el material que hemos acumulado aquí puede sernos útil en otra parte... De momento vamos a instalar los talleres y la guardería en un chalé del barrio de Salamanca.

—Eso quiere decir que todo ha terminado —se mordió Sonia los labios.

—De ninguna manera. Tú seguirás siendo la responsable en la nueva instalación.

—Lo mío era esto, sacar a esta pobre gente de la miseria y la sordidez moral...

Alberto le dijo que no se preocupase, que volverían al barrio no tardando mucho y lo llenarían de escuelas, bibliotecas y talleres «hasta barrer la carroña de la sociedad burguesa». Pero de momento, y ante el peligro de que el enemigo no tardase en llegar al Manzanares, había que organizar la evacuación sin provocar alarma. Para evitar conciliábulos y reuniones histéricas, Alberto le dijo que al anochecer enviaría unos cuantos camiones con instrucciones concretas... «Tú no digas nada de esto hasta que lleguen los camiones», añadió antes de meterse en el coche envarado como un poste.

—¿Ni siquiera a la señora Petra?

—A nadie... Prepara tus cosas personales y no te preocupes de más...

Al volverse, Sonia se encontró con la mirada de Lucía fija en ella. La ex monja agachó la cabeza y cruzó las manos en un gesto maquinal, como si se recogiera en oración. Sonia se dirigió a la ventana de la guardería. De las cuatro monjas que fueron recogidas a finales de agosto, la tía Moñeta se había llevado tres con el mismo sigilo con que las había traído. Lucía se resistió a abandonar la guardería y el día anterior, sin ir más lejos, rechazó una orden comininatoria de su superiora con el pretexto de que no podía abandonar a los huérfanos que

quedaban allí. Sonia la apoyó, convencida de que el motivo era otro, pero sin forzar ninguna explicación.

—¿Qué pasa, Lucía?

—Nada de particular. Me pareció que los tiros se oían más cerca y abrí la ventana.

—¿Tienes miedo?

—Mucho miedo, pero estoy en mi puesto... ¿No es eso lo que dice ahora todo el mundo?

—Bueno, es un viejo truco para sobreponerse a la debilidad, aunque la procesión vaya por dentro... Desde ayer no hago más que preguntarme por qué no te fuiste con tus compañeras. La madre Asunción no te lo va a perdonar.

—Ya no necesito el perdón de la madre Asunción porque no pienso volver al convento. La última vez que la vi me llamó roja y me dijo que estaba creciendo en mí la semilla del diablo...

—Ay mi hijito... —gritó Sonia al mismo tiempo que se doblaba abrazada al vientre—. Me parece que me han herido...

—Socorro, socorro, que han herido a Sonia... —salió Lucía de la casa gritando.

Varias mujeres se asomaron a la puerta del comedor y a las ventanas de los talleres y corrieron la voz de alarma. Cuando llegaron las primeras, entre las que figuraba Petra, ya Sonia se había incorporado y, ayudada por Lucía, se dirigió a su casa. Tras palparse por encima y no ver sangre ni sentir ningún dolor, pensó que todo había sido un efecto de los extraños silbidos que hendían el aire, y se sintió avergonzada de lo que consideraba una debilidad... «Dejarme, dejarme, que cada cual vuelva a su sitio. Quizá sólo sea miedo, no sé, pero sentí una cosa quemante en el vientre...» Efectivamente, cuando se descubrió en presencia de Petra y Lucía, apareció un puntito sanguinolento. Sonia cambió de color varias veces y sus pupilas se dilataron al máximo. Petra decía que aquello no podía ser una bala, sino que más bien parecía la picadura de un insecto... «Es una bala, dijo Sonia, pero mi hijo sigue viviendo. Ahora

mismo me está pateando...» Poco después llegó el médico y confirmó la primera impresión de Sonia... «Ya ves, el destino se vale de muchos recursos para convencer a los testarudos. Ayer te dije que era una locura seguir aquí y me contestaste que la guerra en sí es la mayor de las locuras, pero que no estabas dispuesta a ceder ante el atropello y la fuerza. Aquí tienes las consecuencias. Ahora no tengo más remedio que llevarte al hospital. Probablemente haya que operarte para extraerte la bala.»

—¿Y mi hijo?

—A tu hijo no creo que le afecte, pero eso no lo sabremos hasta ver las radiografías.

Sonia quiso esperar la llegada de su marido, pero cuando le dijeron que Avelino no estaba en su despacho ni habían podido localizarle, se decidió a subir en el coche del médico después de hablar un momento a solas con Petra y ponerla al tanto de lo que le había dicho Alberto. En la puerta del chalecito de la maestra se apelotonaba un centenar de mujeres y niños, pero su aparición coincidió con tres explosiones cercanas y el expectante grupo se disolvió bajo los efectos del terror. Los ojos de Sonia se llenaron de lágrimas al ponerse el coche en marcha.

¿Fue la marcha de Sonia o fue aquel terrible bombardeo lo que provocó la desbandada...? Petra no sabía lo que había pasado ni tenía idea del tiempo transcurrido desde que Lucía la obligó a meterse en el refugio hecho por los chicos de la escuela en el corral de la guardería, una cueva excavada a dos o tres metros de la superficie en la que permanecieron los cinco huérfanos, Lucía y ella. Cuando se hizo el silencio, el primero en salir fue Alfredito, un chico recogido por Javi en la carretera. Pasado un buen rato regresó para decir que no se veía a nadie y que muchas casas estaban destruidas. La segunda fue Petra. Subió los ocho escalones de tierra temblándole las piernas y castañeteándose les dientes. Aquel silencio le producía más miedo que las anteriores explosiones que arrancaban gemidos a la tierra. Cogida de la mano de Alfredito salió de la oscuridad de la casa y al ver derrumbada la nave de dos plantas de los talleres y el comedor, las lágrimas contenidas le estallaron histéricas y empezó a maldecir a gritos el día que Dios hizo el mundo y la hora

en que su madre la parió... En la penumbra de la noche flotaban nubes de polvo, humo de incendios y una especie de vacío siniestro que la hizo gritar: «Vecinas, compañeras, Sinforosa, Rufa, Teresa, Dora, Manuela, Rosenda... Ay, Dios mío, qué pena. Cuando te cansarás de volcar amarguras sobre los pobres...»

—Madre, madre.

—Adela, hija mía, ¿dónde estás...?

—Aquí, en casa...

Se encontraron a medio camino y se estrujaron como si hiciera un siglo que no se veían. Adela parecía muy tranquila, pero su madre percibió en ella un olor extraño y fuerte que la puso en guardia.

—¿Dónde has estado?

—En casa con Antonio.

—¿Todo el tiempo?

La señora Sinfo se asomó a la puerta de su casa para decir que estaba preparando algunas cosas para marcharse a casa de su prima, porque ella no aguantaba otro bombardeo... «Tengo los nervios como un flan y el corazón me baja y me sube como un ascensor...» A la entrada del jardincito esperaba Antonio vestido de miliciano. Petra nunca había querido darse por enterada de que cortejaba a Adela. Ella decía que no le parecía ni bien ni mal, pero no se cansaba de repetir que tan alto y delgado parecía una raspa y que su hija valía mucho más.

—¿Cómo no estás en el frente? —le miró Petra con desconfianza.

—Su hijo Luis me dijo que me viniera.

—Está malo y tiene fiebre, madre.

—Entonces debería estar en su casa, en la cama...

—Antonio ha venido a sacarnos de aquí, dice que no podemos continuar... La mayoría de las vecinas ya se han marchado.

—Que se vaya todo el que quiera. Yo no pienso moverme hasta que me lo diga Alberto o vengan mis hijos a buscarme... Por cierto, ¿dónde estabas tú cuando hirieron a Sonia?

—En la escuela... ¿No se acuerda usted que me echó a empellones cuando fui a entrar en el chalé?

—No me acuerdo de nada... —se metió Petra en la casa y mandó a Alfredito que fuera a buscar a Lucía y a los huérfanos.

Adela y su novio se quedaron en el jardín cuchicheando. Poco después se encendió una vela. Era la única luz que se veía en toda aquella aglomeración de casas.

A las seis de la tarde la impresión que se tenía en el Ministerio de la Guerra era francamente caótica y pesimista. Los frentes se estaban derritiendo como mantequilla. Sólo algunas columnas aisladas resistían la presión arrolladora del enemigo, pero sujetas siempre a la «flanquitis», como llamaba Luis al terror que sentían los jefes de columna a ser desbordados por los flancos o a quedar embolsados, con lo cual el esfuerzo de las unidades que resistían resultaba prácticamente nulo. Javi mismo acababa de ser testigo de una fenomenal espantada en los altos de la carretera de Extremadura provocada por los carros de combate y la espectacular caballería mora. El ataque no había resultado todo lo eficaz que hubiera podido ser, porque algunos pequeños núcleos habían resistido la incursión y rechazado después los asaltos de la infantería. Incluso algunos tanques habían quedado fuera de combate y hechos prisioneros sus ocupantes. Con todo, el frente había quedado cuarteado en la línea de defensa y muy mermado de fuerza. Los fugitivos se habían dispersado en la floresta de la Casa de Campo y no resultaban fácilmente recuperables.

En una de las dependencias Javi se encontró con Avelino, Douglas y Antonov. El director de su periódico estaba desencajado y la colilla apagada del cigarrillo le temblaba entre los dedos. Antonov parecía más sereno, aunque preocupado, y los ojos de Douglas chispeaban acuosos y eufóricos. Hablaban en inglés sobre las posibilidades de que los nacionalistas entrasen en Madrid aquella misma noche. Javi captó la intención corrosiva de los comentarios del

periodista inglés y dijo en castellano: «No van a entrar de ninguna manera, aunque haya muchas personas dispuestas a abrirles las puertas desde dentro...» Los tres se miraron entre sí y contemplaron a Javi.

—¿Cómo lo sabes tú? —parpadeó Avelino.

—Porque lo sé.

—No me jodas con tus coronadas, Javi... Hace un momento nos acaba de decir un oficial del estado mayor que si a las diez de la noche queda alguien en el frente será un milagro.

—Ese oficial es un fascista...

—Revilla, ven un momento... —le llamó uno de los agregados de su organización a la Sección de Información—. ¿Qué sabes de tu hermano Luis?

—A las cuatro de la tarde seguía resistiendo en sus posiciones de Carabanchel.

—Parece que lo está pasando mal, según me acaba de decir Alberto por teléfono. El coronel Mena pide refuerzos con urgencia... Ve a ver lo que pasa y telefonéame en seguida...

Javi no terminó de escuchar las palabras de su interlocutor ni prestó atención a los siseos de Avelino. Bajó la escalinata de mármol a zancadas, se metió en el coche y le dijo al chófer que enfilara a Carabanchel. Los dos enlaces y el chófer se miraron entre sí preocupados.

—¿Sabes dónde está el frente? —le preguntó el chófer.

—Sobre la marcha lo averiguaremos.

—No me hagas caso, pero he oído decir que los moros ya están en la escuela de la barriada y que Sonia ha sido herida.

—Es imposible. Mi hermano Luis me dijo este mediodía que estaba dispuesto a clavar los huevos en la tierra, y Luis es de los que cumplen su palabra.

—Con que la cumpla él y no la cumplan los demás...

El Paseo del Prado aparecía desierto, así como la Glorieta de Atocha y las rondas. El equipo de destrucciones trabajaba en el Puente de Toledo. Javi se apeó un momento para hablar con el oficial que mandaba la sección y los informes que le dio eran muy pesimistas. Tenía orden de volar el puente al primer aviso. Al otro lado del río, las cosas eran distintas. La guardia del puesto de control la hacían conjuntamente hombres y mujeres. Los hombres eran más bien viejos y las mujeres gritonas y maldicentes. Una de ellas le dijo que estaban dispuestas a deshuevar a los cobardes que abandonaran el frente... En la calle General Ricardos se sucedían los puestos de control y las patrullas de vigilancia cada dos por tres para contener posibles desbandadas. En Mataderos habló con los oficiales del coronel Mena. El puesto de mando del jefe del sector se estaba retirando discretamente a la otra parte del río. Según le dijeron, las unidades habían quedado muy mermadas en los combates desarrollados durante la tarde y todavía se esperaba un nuevo asalto antes del amanecer por la enorme concentración de fuerzas que se observaba en la retaguardia enemiga. Mientras hablaban llegó un enlace de la columna de Fernández con un sobre cerrado para el jefe del sector. Se trataba de un muchacho hermético y cazarro al que Javi no consiguió sacar una sola palabra con respecto a la situación de su hermano... «Yo sólo obedezco a mi responsable y no sé más que lo que él me manda...» No obstante, consiguió que le llevase al puesto de mando de la columna por un dédalo de vericuetos y callejuelas. Allí se encontró con Fernández, Rómulo Talavera y Alberto, que acababa de llegar con un centenar de hombres rebañados en otras unidades. Ante las palabras un tanto alarmistas de Javi, Rómulo Talavera le interrumpió: «¿Quién habla de copo...? Se encuentra jodido, es verdad, pero todavía resiste...»

—Estamos preparando un contraataque para recuperar la posición —dijo Fernández, quien mostraba signos evidentes de agotamiento.

—¿Está Carlitos con él?

—Carlitos, la Sara y yo no sé cuantos más... —gruñó Talavera—. Me cago en... Mira que le he dicho veces que los hermanos no deben pelear en la misma trinchera, porque los peligros del uno recaen sobre el otro...

—La cosa ya no tiene remedio... —le interrumpió secamente Fernández—. Él cumplió la orden de clavarse en el terreno. Quienes no la hemos cumplido hemos sido nosotros...

Entre el jefe de la columna y el jefe de la plana mayor se produjo una breve discusión con ribetes polémicos. Rómulo Talavera decía que los jefes de las unidades no podían siempre estar en primera línea dando ejemplos de valor, sino en el lugar adecuado para mover tácticamente a sus hombres... «Nosotros no somos militares, somos revolucionarios y en todos nuestros actos debemos ser los primeros en asumir el riesgo de lo que mandamos», cortó la discusión Fernández con un gesto autoritario que parecía querer decir que no admitía más réplicas.

El lugar no podía ser más siniestro: una habitación renegrida de humo alumbrada por una vela metida en el gollete de una botella de gaseosa. Toda la casa olía a judías quemadas y sobre el fogón de la cocina todavía se veía una enorme perola que la dueña de la casa no tuvo tiempo de retirar del fuego en el momento de la huida. Más que por las explicaciones que le dieron, Javi se enteró de la situación de sus hermanos por los planes de rescate. Al parecer, Luis había quedado aislado en una posición que flanqueaba el Hospital Militar con fuerzas inferiores a una centuria. Rómulo Talavera le pidió a Fernández el mando de la operación de rescate, pero el jefe de la columna respondió que la misión le incumbía a él y no pensaba renunciar a cumplir ninguna de sus obligaciones por muy cansado que estuviera. En un momento en que Javi y Alberto se quedaron solos, Alberto le puso al tanto de la verdadera situación de sus hermanos... «No creas que es fácil. Talavera no lo ve claro. Por lo visto puede ocurrir algo parecido a lo de Sigüenza. Yo no me explico cómo Luis ha podido ser tan insensato...»

—A mí no me extraña, porque la guerra enloquece y brutaliza.

—Pero Luis es inteligente, coño... Fernández dice que desde que llegó Sara no pensaba más que en deslumbrarla. Por lo visto esta mañana le dijo que no quería volver a ver a la puta en su puesto de mando, y tu hermano le respondió que Sara era la mujer más decente que conocía y que no volviera a llamarla puta si no quería que le metiera un tiro en la sesera...

Talavera volvió con una botella de coñac recién abierta y les invitó a echar un trago. Alberto se la llevó a la boca y trasegó a borbotones una buena cantidad, pero Javi no quiso probarla.

—Bebe un trago, carajo, y prepárate para aguantar la embestida.

—Yo no necesito el alcohol para aguantar.

—Dichoso de ti. Yo sin alcohol no sé lo que haría. Quizá echase a correr como los demás...

Primero se oyó el fuego intermitente de una ametralladora y después dos morterazos seguidos. Talavera siguió bebiendo sin inmutarse. El fuego se hacía cada vez más intenso.

—¿Qué pasa? —se levantó Alberto.

—Nada, que ha empezado el tomate...

—Le dije a Fernández que quería acompañarle.

—El jefe considera vuestras vidas preciosas... —un enlace entró con un sobre y se lo entregó a Talavera, quien se acercó a la vela para leer el comunicado—. Si nuestra artillería no dispara sobre nosotros, como hizo esta tarde, puede que las cosas salgan bien...

Talavera volvió a desaparecer y Javi y Alberto salieron a la puerta de la casa. La noche era espesa y húmeda. Por los alrededores se oían murmullos y conversaciones. En las casas contiguas estaban instalados algunos servicios. Un bulto se les acercó y les saludó por su nombre. Javi reconoció en él la voz de Ramiro, el chófer de su hermano... Según les dijo, acababa de llegar un grupo de compañeras acaudilladas por la Amaranta con la intención de colaborar en el rescate de Luis. Iban provistas de pistolas del 6,35 y cuchillos carníceros. Con Fernández habían tenido una buena agarrada, porque las había mandado a hacer gárgaras y calceta... «Joder, casi le sacan los ojos. Menudas tarascas son estas mujeres libres que quieren ser igual que los hombres sin dejar de ser mujeres.»

—¿Se han marchado ya? —preguntó Javi.

—Qué va. Talavera las ha encomendado una misión en las avanzadillas para que atraigan la atención de los legionarios, mientras atacan el hospital y el asilo. Les ha dicho que canten todas las canciones picantes que sepan y que les inciten con bromas y chascarrillos.

—Talavera me parece que ha tomado la guerra a cachondeo. Sólo falta que a las compañeras les ocurra algo...

—No me vengáis con gilipolleces de monjas —gruñó el aludido sin hacerse visible—. En la guerra valen todas las tretas para engañar al enemigo.

—Pero son mujeres...

—Mujeres que dicen que tienen más huevos que los hombres... Una formidable explosión se produjo muy cerca. Javi se sintió sacudido y golpeado por un cuerpo duro. Un resplandor de plata iluminó fulgurantemente el entorno. Le pareció ver a Alberto y Ramiro al otro extremo de la calle. Entre el fuego de la fusilería y de las máquinas automáticas chirriaban voces de mando y lamentos. Los proyectiles de artillería se cruzaban silbando. Otra explosión de mortero se produjo cerca. Javi se levantó trabajosamente. Estaba casi seguro de que no tenía ninguna herida, pero le dolían todos los huesos. Aculado en el hueco de una puerta, oyó que le llamaban desde otra en la que parpadeaba un cuchillo de luz. Al llegar vio que era una corraliza con diferentes dependencias en las que se veían ranuras iluminadas. Un miliciano le llevó a la oficina. Rómulo Talavera hablaba por teléfono acuclillado en un rincón con el aparato en una mano y la botella de coñac en otra... «¿Qué te ha pasado...?» «No sé, me pareció que saltaba en el aire», dijo Javi... «A sus órdenes, mi coronel, todo marcha perfectamente... Sí, les sorprendimos, pero no durmiendo, sino cantándoles. Ha sido todo un espectáculo, ya le contaré. Las mujeres se han portado cojonudamente. Los pobres debían estar embelesados a punto de hacerse una paja, cuando zas, les sorprendimos por la espalda... Si yo fuera jefe de la columna propondría a esa Amaranta para la laureada porque tiene más huevos que la mayoría de los hombres...» Un enlace entró jadeando y dijo a gritos que la posición bloqueada estaba siendo evacuada... «¿Lo ha sido, mi coronel...? Gracias, le tendré al tanto... A sus órdenes, mi coronel...», le dio un tiento a la botella y se incorporó al grupo que

rodeaba al enlace... La mayoría de los defensores de la posición reconquistada estaban heridos. Luis Re villa no podía tenerse en pie a consecuencia de un derrumbamiento, y a Carlitos le había atravesado una bala sus espléndidos bíceps de boxeador. Además de varios muertos, la peor de los heridos era Sara. Según el enlace, había sido alcanzada por una viga del derrumbamiento y estaba echando sangre por la boca. Rómulo Talavera cogió a Javi del brazo y le sacó a la calle... «Vamos a ver a tus hermanos», le dijo. Javi temblaba. Las balas silbaban en todas las direcciones. Auxiliado por una pequeña linterna, Talavera le llevó sorteando las casuchas hasta el puesto de socorro, instalado en una casa de dos pisos. Allí se encontró con Alberto. Tenía un aparatoso vendaje en la cabeza, pero según le dijo carecía de importancia... «El matasanos me ha dicho que es un vulgar chichón...»

—¿Has visto a mis hermanos?

—Ahí dentro están... —señaló el quirófano—. No creo que tenga importancia. Luis no quiere ser evacuado. A ver si le convences tú. La que parece deshecha es Sara. El médico ha dicho que era urgente que ingresara en el hospital.

En la puerta del quirófano apareció Luis sujetándose en los hombros de Carlitos, que llevaba el brazo derecho en cabestrillo, y otro muchacho alto, con una mano vendada.

—Hola, Intelectual... ¿Lo has pasado mal?

—Peor lo habéis pasado vosotros, ¿no?

—Yo lo he pasado de miedo. Hasta me he dado el gustazo de machacar a puñetazos las narices de un morángano que no hacía más que decir: «Paisa, paisa, no hacer daño que ser rojo...» El muy cabrón...

Rómulo Talavera se acercó un momento a Luis para decirle que el jefe del sector le había comunicado que quedaba ascendido fulminantemente a la categoría inmediata superior por su esfuerzo en retrasar el avance enemigo.

—¿Qué ascenso ni qué mierda, ¿es que soy yo militar?

—Hace unos días fuiste propuesto por Fernández para capitán de milicias, así que quedas ascendido a comandante.

—Dejarme a mí de cuentos militares. Lo que yo quiero saber es dónde has llevado a Sara y dónde se encuentran mis compañeros.

—De momento vas a ser evacuado a un hospital por las buenas o por las malas y cuando puedas tenerte en pie hablaremos...

La noticia de la muerte de Fernández les dejó a todos sin palabras. Talavera echó a correr. Luis arrojó media docena de blasfemias seguidas y se sacudió a los que intentaban sujetarle, pero a los tres o cuatro pasos cayó redondo. Cuando Javi y Alberto acudieron a levantarle lloraba y rugía. A Javi también se le saltaron las lágrimas. Los camilleros entraban y salían para llevarse a los heridos a las ambulancias... «Ahora no tengo más remedio que volver al frente, es mi obligación. Fernández me dijo que si alguna vez le ocurría algo, me hiciera yo cargo de la columna...»

—Tú te marchas ahora mismo de aquí... —gritó uno de los médicos—. Meterle en una camilla y quitármelo inmediatamente de la vista antes de que le meta un jeringazo y le duerma para quince días... ¿Pero quién te has creído que eres tú? Los hombres no podemos ser más que hombres... Fuera, fuera, no quiero ver aquí nada más que los que tengan que ser curados. Los demás al hospital o al frente...

Cuando empezó el segundo bombardeo, Antonio estaba a punto de marcharse, porque Petra no hacía más que decir que no tenía necesidad de espantapájaros para defenderse, ni quería oír hablar de abandonar su casa en tanto sus hijos o Alberto no se lo dijeran... «Luis le ha dicho a Antonio que si las cosas se ponían mal nos sacara de aquí», decía Adela... «Qué tontería. ¿Cómo le va a decir tu hermano semejante cosa a un tirillas Cualquiera? Además, ya debe saber lo que le ha ocurrido a Sonia y que me ha hecho responsable de esto...» Todos los razonamientos se estrellaron contra su obstinación. Ni siquiera cuando Antonio, Adela y Alfredito hicieron una descubierta, para recoger a Lucía y los huérfanos, y regresaron diciendo que el

barrio estaba vacío y la mayoría de las casas convertidas en escombros, se quiso dar por enterada. Más la afectaron las habladurías de los pequeños y el miedo que observaba en las pupilas de Lucía... Juanita y Mariquita, siete y cinco años, afirmaban muy serias que habían visto un moro con los ojos muy blancos y una espada muy brillante. Alfredito y Pepito decían que no era verdad, que las niñas eran unas embusteras y miedosas, y que lo que habían visto era un gato con los ojos muy relucientes... «Será mi Rasputín, que no le encuentro por ninguna parte», dijo Petra. Las niñas insistieron que no, que era un moro grande de los que cortan la cabeza y hacen cosas malas... Impresionada por la discusión de los niños, que ilustraban su miedo con visiones terroríficas, Petra dijo que si pasada una hora no se presentaba nadie, irían a pasar la noche al campamento de milicias, pero que antes tenía que encontrar a Rasputín, porque no quería que al pobre se lo comieran los legionarios, que eran muy voraces de la carne de minino.

—No sé por qué se van a comer a los gatos, habiendo como hay en la mayoría de los corrales gallinas, conejos y hasta cerdos —dijo Adela de mal humor.

—Hija mía, porque los legionarios se pirrian por la carne de gato. ¿No has oído al Agapito decir infinidad de veces que la carne de gato es mejor que la de conejo y gallina y da más fuerza...? Al pobre Rasputín yo no le dejo aquí, de ninguna manera. Con lo que le quería tu padre. Recuerdo que cuando lo trajo metido en un bolsillo de la chaqueta me dijo que se lo había quitado a unos críos que lo iban a matar. Si le dejase abandonado no me lo perdonaría nunca... —se le reblanqueó la voz y empezó a hacer pucheros.

Alfredito y Pepito se ofrecieron a ir en busca de Rasputín para salvarlo de los criminales que le amenazaban. Más tímidamente, Antonio también se ofreció a salir en busca del gato. Petra se quedó indecisa un momento. En principio estaba dispuesta a rechazar cualquier iniciativa de Antonio. De pronto había descubierto que Adela confiaba en él y esto la hacía sentirse celosa. Así que aceptó la iniciativa del muchacho con el oculto deseo de verle desaparecer. Pero cuando Adela dijo que ella le acompañaba, cambió de parecer y dijo que iban a salir en su busca Alfredito y ella.

—Mejor es que vaya Antonio con usted, madre.

—Antonio tenía que estar en el frente.

—Y dale con el frente. Coge usted cada perra... Ya le he dicho que está enfermo y ahora mismo tiene fiebre.

—Sí, sí, tiene fiebre de lo que yo sé. Si fuera fiebre de la otra estaría en la cama y no andaría como un pasmarote, mirándose con ojos de camero.

—Me mira como yo lo miro a él, madre, porque nos queremos.

—Y lo dices tan fresca... Debería darte vergüenza hablar de tu enamoramiento cuando Dios sabe lo que estarán pasando tus hermanos...

El bombardeo empezó precisamente cuando Petra y Alfredito se disponían a salir en busca de Rasputín y Adela se despedía en la puerta del jardincillo de Antonio. Primero fueron unos disparos sueltos, luego unas explosiones de mortero y después una zarabanda general con todas las armas disparando al unísono. Las tres niñas, que Lucía había conseguido adormecer, cantándoles nanas y contándoles cuentos, se tiraron de la cama y empezaron a llorar. La más pequeña, Rosita, se había metido entre las sayas de Petra y escondía la cabecita. Antonio y Adela entraron diciendo que había que apagar la vela, porque se veían algunas rendijas y podían ser localizados por la artillería. Petra rezongó entre dientes algo sobre la afición a la oscuridad del tirillas. Adela le respondió que era una malpensada, pero una explosión cercana seguida de estrépito de escombros hizo que fuera la misma Petra quién apagase la vela. Rosita gimoteaba en los brazos de Petra, otra de las niñas preguntaba a Lucía si también era Dios quien mandaba aquellas explosiones y rompía las casas.

—Yo creo que sería mejor que nos metiéramos en las zanjas —dijo Adela.

—¿No pensarás salir ahora con lo que está cayendo? —gruñó Petra.

—Tiene razón tu madre. Es muy peligroso salir ahora. Además, esta casa está muy protegida porque se encuentra en ángulo muerto.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Alfredito.

—Bueno, esas cosas se aprenden en el frente cuando uno tiene mucho miedo y no quiere que lo despanzurren.

—¿Pero los hombres no tenemos miedo, verdad...?

—Depende. Hay veces que uno no lo puede remediar.

—Di que no, que los hombres no tienen miedo —dijo Petra.

—¿Qué sabe usted, madre?

—Claro que lo sé... Nunca he visto temblar a tu padre ni a tus hermanos.

—Lo dirá usted, porque yo sí los he visto...

—Callar, callar... ¿no oís el maullido de Rasputín?

Lucía dijo que no sabía si eran maullidos de gato o gemidos de persona, pero que a ella le parecía oír las dos cosas. Antonio dijo que en el momento que se aplacase un poco el fuego saldría a dar una vuelta, porque estaba seguro que no muy lejos de allí había alguna persona herida. Adela confesó que tenía tanto miedo que sólo pensaba en ver aparecer a los moros de un momento a otro. Pero en esto se oyó claramente un largo y lastimero maullido... «Es Rasputín, es Rasputín», gritaron los niños. A pesar de la prohibición de Petra, Alfredito se lanzó a la calle y poco después depositaba el gato a los pies de Petra... «Parece que está herido», dijo Antonio. «No está herido. Le han cortado una pata», dijo Alfredito con una especie de congoja. Petra encendió la vela y al ver al pobre animal medio reventado y con una pata colgando, empezó a gritar: «Malvados, criminales, hijos de mala madre, no os basta con destruir las casas y matar a las personas, sino que también mutiláis a los animales que no os han hecho ningún mal... Rasputín, bonito, precioso... Me lo daba el corazón. Desde que empezó este bombardeo tengo una angustia. Malo será que esta noche no ocurran mayores desgracias...»

—Madre, por favor... —gritó Adela histérica—. Lo que tenemos que hacer es marchamos de aquí. Yo no aguento más... —se lanzó a la puerta.

Antonio salió detrás de ella y la devolvió a la casa a la fuerza... «Hija mía, pobre hija mía, no me extraña que sientas esos arrebatos, porque yo también me estoy volviendo loca... No es sólo el pobre Rasputín, son otras cosas. Cuando oí los maullidos del gato, también me pareció que Carlitos me llamaba...» Los niños lloraban y Lucía se puso a rezar un padrenuestro en voz alta. Luego

Adela se metió en la habitación a seguir llorando, y Petra y Lucía se pusieron a curar al gato absorbiendo el interés de los niños.

Una de las veces que Antonio se asomó a la calle para tratar de localizar los maullidos del gato, vio salir de la casa de más abajo a un individuo y echar a correr. Pensó que pudiera ser uno de los muchos desvalijadores de casas abandonadas y se acercó a la puerta abierta de par en par, sin atreverse a entrar. Sin embargo, se quedó con la incertidumbre de que algo ocurría dentro, y aprovechó la desaparición de Adela en la habitación para volver... Al final del pasillo que comunicaba con el corral había una puerta abierta. El mechero de gasolina que llevaba en la mano se apagó de la espantada que dio al ver el cuadro. En esto se oyó el motor de un coche y salió a la puerta. El coche se acercaba por la parte de arriba encendiendo intermitentemente los faros pintados de azul. Al pasar por delante para volver y ponerse de costado a la casa, sobre él cayeron los haces de varias linternas... «Cuidado, que es el novio de mi hermana», oyó la voz de Javi. Casi inmediatamente se oyeron las voces de Petra y Adela en la puerta de la casa. Adela debió verle al ser iluminado por las linternas.

—¿Qué haces ahí?

—Nada.

—No digas que nada, porque estás temblando...

La llegada de Javi conmovió a todos. Petra, Adela, los críos y hasta la ex monja se colgaron de su cuello y le besuquearon como si fuera su salvador. Javi le dijo a su madre que preparasen lo imprescindible para salir de allí, y ante los aspavientos de Petra, añadió: «No es que pase nada de particular. El enemigo está siendo fijado, pero según me acaban de decir en la jefatura del sector, parece que se han infiltrado algunos moros borrachos y están haciendo de las suyas.»

—¿Y tus hermanos? Me da mala espina que no se acuerden de nosotras.

—Hace un rato estuve con ellos y se encuentran bien... —mintió Javi, pues hacía una hora escasa que les había dejado en el hospital de sangre de la calle de Serrano.

—Me extraña que no haya venido ninguno de los dos, y Alberto nos haya dejado tiradas...

—La situación del frente no lo permite, madre. Hasta que pase el peligro va a ser difícil que pueda verlos... Ande, cojan lo que tengan que coger, que nos vamos a marchar en seguida.

—¿Nos vais a dejar a nosotros aquí? —parpadeó Lucía.

—De ninguna manera. De momento iréis con mi madre a una casa que me ha dado el comité de incautación, y luego ya veremos lo que se hace o lo que a ti te conviene... Sonia me ha insistido mucho en que te dijera que a los niños y a ti quiere teneros cerca. Incluso me ha dicho que os llevara a casa de los padres de Avelino, pero las Vistillas las están bombardeando a todo pasto.

Al oír hablar de Sonia, reapareció su madre con las tres gallinas que le quedaban metidas en una caja de cartón.

—¿Cómo está Sonia?

—Los médicos le han dicho que podrá dar a luz normalmente... Supongo que no pensará usted llevarse también las gallinas.

—No, si quieres las dejo aquí para que se las coman los moros...

Las protestas de Javi y Adela fueron inútiles. Petra dijo que si no se llevaba las gallinas, el canario y a Rasputín, no saldría de su casa.

Antonio, por fin, consiguió que Javi le prestara atención... «¿Estás seguro que era la madre de la Encarna?», murmuró en voz baja, pero no suficiente para que Petra no recogiera la onda y se interesara por lo que hablaban en secreto.

Como en el coche no cabían todos, Javi decidió que se llevara a su madre, su hermana, Lucía y los niños, y después regresara al campamento de milicias. Lo que le había dicho el novio de Adela le hacía temblar y, apenas desapareció el coche, se metió con sus dos enlaces y Antonio en casa de la señora Sinfo... Las tres linternas cayeron sobre un cuadro tan truculento que Javi retrocedió instintivamente. Nada de lo que llevaba visto se parecía a aquello. Todo el horror de la guerra y el terrorismo que vivía Madrid, palidecía ante la extraña

visión que desorbitaba sus pupilas... El cuerpo atado a la cama aparecía semidesnudo, con las ropas desgarradas, la cara casi irreconocible, pues había sido concienzudamente machacada; en los gordos senos el efecto no era menos destructor, pues daban la impresión de haber sido pasto de un perro rabioso. Pero lo más llamativo era el desgarramiento de las partes genitales. Los cuatro coincidieron en que la madre de Encarna había sido víctima de un maníático sexual o de un sádico. La mujer debió ser sorprendida cuando se disponía a huir, porque en la puerta encontraron un hato de ropa, retratos, recuerdos familiares y algunas alhajas y objetos de escaso valor.

—¿No habrá llegado por aquí algún moro? —dijo uno de los enlaces.

—Los moros no son tan criminales —dijo Javi.

—Lo que no cabe duda es que un monstruo anda suelto y debemos cazarle —dijo el otro enlace.

—Yo vi salir a alguien de la casa, pero con el bombardeo y la oscuridad no presté mucha atención.

—¿Viste por dónde tiró?

—Desapareció por ahí abajo, hacia el arroyo...

Javi rechazó la idea de dar una batida por los alrededores y la hondonada... «No podemos perder más tiempo», dijo. En su mente daba vueltas la imagen del Carapán, el hijastro de la señora Sinfo. Sin saber por qué, algunos detalles groseros, como el gargajo seminal entre los pechos y la sotabarba de la víctima, le recordaron una expresión que había escuchado recientemente al retrasado mental. Javi sabía que el Carapán odiaba ferozmente a su madrastra. Motivos no le faltaban, pues el oligofrénico había vivido bajo el terror de la correa del padre y los castigos despiadados de la señora Sinfo. En cierta ocasión, la madrastra le tuvo tres meses encerrado y atado en una cochiquera para quitarle «la fea costumbre de enseñar sus cosas a todo el mundo».

Al llegar al campamento, Javi buscó al Carapán, pero, al parecer, nadie le había visto desde hacía muchas horas. El encargado de la barbería tampoco pudo darle referencias de lo que había hecho en el transcurso de la tarde y de la

noche... «Cada día está más insopportable. Yo ya no puedo hacer carrera de él», le dijo.

Mientras tomaba un bocado con Antonio y sus enlaces en la cocina, llegó Alberto con la cabeza vendada. Los ojos se le cerraban de cansancio y el cuerpo macizo parecía querer doblarse. Venía de llevar al frente un contingente de milicianos alicantinos recién llegados a Madrid y el hombre se mostraba relativamente satisfecho.

—Nadie sabe lo que puede ocurrir mañana, pero de momento hemos taponado las principales brechas —tomó asiento en un banco de madera, frente a Javi, y se llenó un vaso de vino.

—¿Qué opina el coronel Mena?

—Me parece que está satisfecho. Dice que luchando como se ha luchado esta tarde es imposible que el enemigo pueda avanzar.

—La huida del Gobierno puede ser un mazazo —dijo Javi.

—Yo más bien creo lo contrario... En Madrid sobraban mandones. Quizá ahora podamos conseguir la tan cacareada unidad de mando. Por otra parte, dicen que ha llegado mucho material soviético y que en Albacete hay un montón de voluntarios internacionales.

La conversación fue languideciendo hasta quedar amodorrados y sin palabras. Luego Alberto dijo que se iba a descabezar un sueño y Javi no dijo nada, pero se quedó dormido sobre la mesa. Había dicho que después de tomar un bocado tenía que ir a la redacción del periódico, pero Antonio y sus enlaces consideraron que lo mejor que podía hacer era dormir un rato y, sin más trámites, le llevaron al dormitorio colectivo y lo echaron vestido en una cama.

Avelino sabía con más o menos certeza que Antonio Portillo se encontraba en Madrid oculto en alguna parte. Primero fueron rumores vagos, habladurías y chismes. Cuando se lo preguntó a Garcés, éste se encogió de hombros y evadió la respuesta concreta. Más bien fue Douglas quien se lo confirmó, el corresponsal inglés, amigo íntimo de Antonov y muy bien relacionado en las esferas oficiales, pero de quien Avelino tenía la sospecha de que más que

como periodista, en España actuaba como agente del Intelligence Service... Douglas hablaba un lenguaje izquierdista, se mostraba simpatizante del «ensayo soviético» y criticaba duramente el nazismo y el fascismo sin negar a Hitler y Mussolini condiciones excepcionales de estadistas para afrontar la crisis de la democracia parlamentaria. Algo tan equívoco y confuso, o tan oportunista, que, como decía Javi, hablando con aquel camaleón nunca se tenía la seguridad en nada.

La noche del 6 al 7 de noviembre, Avelino se la pasó, como la mayoría de los madrileños que conocían la situación de la capital, sin cerrar los ojos o, por lo menos, con uno de ellos abierto por lo que pudiera suceder. Primero fue una reunión en el Ministerio de la Gobernación para dar instrucciones a los directores de periódicos sobre la marcha del Gobierno a Valencia y la manera de tratar el tema para fortalecer la moral de los madrileños. Después fue llamado al Ministerio de la Guerra, donde conoció al general Miaja, encargado de la defensa de Madrid, y a su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Vicente Rojo, del que ya tenía referencias de su capacidad organizativa por Javi y Antonov. Al filo de medianoche se pasó por la casa de sus padres, convencido de encontrar allí a Sonia y no encontró a nadie. Su padre estaba haciendo guardia en alguna parte; su madre, al decir de la portera, había ido a refugiarse a una cueva por no poder soportar los tiros y explosiones, y de Sonia no sabía nada ni la había visto llegar. Con el presentimiento de que algo ocurría, llamó a la redacción y Artigas le dijo que su mujer estaba en el hospital de la calle Serrano... «Me ha dicho que no te preocupes, que no le pasa nada y que en el momento que pueda irá a casa de tus padres...» Avelino colgó el aparato cuando Artigas empezó a decirle que Cristina llevaba más de dos horas esperándole.

Sin perder tiempo se trasladó al hospital. Esperaba cualquier cosa menos encontrarse a Sonia vestida de enfermera ayudando en el quirófano a un antiguo condiscípulo y pretendiente. Todo el cansancio de aquella noche trastornadora se le disipó por un momento y a sus pupilas asomó la ira.

—¿Qué haces aquí?

—¿Todavía me lo preguntas? Podía haberme muerto y tú tan fresco...

Mientras Pepe Ariza amputaba jovialmente una pierna, se enteró de lo sucedido y los ojos se le fueron dilatando hasta parecer que se le iban a salir de las órbitas. En su estado de agitación, no podía asimilar la idea de que Sonia tenía una bala en el vientre... Pepe Ariza le dio toda clase de Seguridades con respecto a su mujer y a su hijo y hasta bromeó sobre el temperamento belicoso de la criatura, obligada a convivir con una bala. Avelino contuvo la respiración para no marearse al ver la tranquilidad con que el cirujano serraba el hueso. Sonia lo advirtió y salió con él a la antesala, donde ya había otro herido preparado para entrar en el quirófano.

—Esto no es para ti, querido.

—Ni para ti... —Avelino luchaba con la angustia que le subía a la garganta—. Supongo que lo que ha dicho Ariza de hospitalizarte es una broma.

El cirujano salió un momento y les sorprendió discutiendo. Avelino insistía en que tenía que salir inmediatamente de Madrid... «No quiero que vivas en este estado de tensión intolerable. Ya es suficiente que tenga que sufrirlo yo. Por otra parte, si tienes que vivir bajo control médico, será mejor que lo hagas en otro lugar. Ahora mismo te vienes conmigo y mañana sales con mi madre para Murcia...» Sonia le tildó de mezquino y egoísta: «No piensas más que en ti y en tu felicidad, como si tuviéramos derecho a pensar en nosotros en este momento...» No rechazaba la idea de salir de Madrid, pero no en aquel momento en que se necesitaba del esfuerzo de todos. Fue una discusión penosa, pero al final Sonia se salió con la suya y volvió al quirófano con el doctor Ariza...

Avelino llegó a la redacción de «La Mañana» bufando. La rabia y el despecho le daban un aspecto desesperado, casi siniestro. Artigas se asustó al verle. Luego le dijo que lo primero que había pensado al verle en aquel estado es que tenían que salir pitando inmediatamente. Benítez se le echó materialmente encima apestando a vino y recitando versos heroicos... «Déjame en paz, que no estoy para retóricas», le apartó bruscamente y se dirigió a su despacho. En la penumbra del rincón se levantó Cristina.

—Buenas noches.

—Hola... —se volvió Avelino al bordear su mesa. La mujer sonreía aparentemente tranquila, pero en sus pupilas claras había un fulgor de gata en acecho—. ¿Todavía estás aquí?

—¿Te molesto?

—No es que me molestes, pero en una noche como esta más bien tiene uno ganas de no ver a nadie... —se fue acercando gradualmente a ella.

Cristina volvió a sentarse y encendió un cigarro. El cenicero rebosaba colillas. Según le dijo, llevaba cuatro horas esperándole con el único objeto de acompañarle al lugar donde se encontraba Antonio Portillo. Lo dijo sencillamente, sin ningún asomo de misterio, como si se tratara de la cosa más normal del mundo.

—Esta noche va a ser casi imposible, porque son cerca de las dos y todavía no he preparado la edición.

Cristina hizo un gesto displicente... ¿Qué importa la edición? El mundo no iba a sufrir por una ración menos de mentiras o unos cuantos encomios a la táctica brutal de amontonar hombres sin ninguna preparación militar para impedir algo que era inevitable. Al hablar del absurdo holocausto de masas analfabetas, Cristina pareció conmoverse y citó al buen pueblo inconsciente y necio con una especie de compasión. Avelino evitó entrar en disputa, pero rechazó las sibilinas insinuaciones de Cristina sobre la victoria inevitable del poderoso ejército tecnificado que llamaba a las puertas de Madrid con insolencia terrorífica. En vista de que estos argumentos provocaron la irritación del director de «La Mañana», Cristina cambió de sutilezas... Antonio Portillo se hallaba en grave situación y le quería como amigo. Cristina le vio vacilar y venció las últimas resistencias diciéndole que se encontraba muy cerca de allí y la entrevista podía ser todo lo breve que él quisiera.

—Bien, espera un momento... —salió a hablar con Artigas y cinco minutos después regresó.

Bajaron las escaleras en silencio y ya en la calle Cristina le invitó a subir en su coche, un DKW descapotable con la bandera de la Cruz Roja. Conducía ella misma y mostraba una serenidad extraordinaria. En los controles que les

pararon dio la consigna y habló confianzuda y amistosamente con los milicianos. Avelino sentía la lengua pegada al paladar y un nerviosismo creciente. La ciudad a oscuras, con tantos «Alto, ¿quién vive?», los «pacos», que parecían buscarle a uno, la fusilería de los frentes y las casas quietas y silenciosas como fantasmas, producían una sensación de terror.

—Antonio tiene una pobre impresión de «La Mañana». Dice que se ha convertido en un periodicucho sectario y demagógico. Te lo digo para que no discutas. Yo le he dicho que si se ha convertido en un panfleto no es culpa tuya, sino de las circunstancias y de la presión revolucionaria del ambiente.

—¿Lleva mucho tiempo en Madrid?

—Cinco o seis días.

—¿A qué ha venido?

—Ya te lo dirá él...

Pero no iba a decirle nada. El coche se detuvo a la entrada de una de las calles que afluyen a Princesa. El aspecto de la casa era más bien modesto. Pero apenas pusieron el pie en tierra fueron rodeados por media docena de individuos que les obligaron a entrar en un portal a punta de pistola. La primera sorpresa de Avelino fue encontrarse con la carcajada del inspector Ortiz, a quien no veía desde unos días antes de producirse el alzamiento militar y del que había oído multitud de versiones: unos le situaban en el extranjero, otros refugiados en una embajada, y no faltaban los que le incluían en la nómina de los fusilados.

—Vaya, vaya, mi querido amigo, con las ganas que tenía de verte... —le abrazó aparatosamente, en vista de lo cual los policías enfundaron las armas y respondiendo a una mirada del inspector desaparecieron—. ¿No me presentas a la señorita...?

—Cristina de Campoflorite.

—¿Amiga? —le hizo un guiño picaresco.

—Sí, amiga... —mordía Avelino las palabras. Cristina sonreía insinuante y coqueta—. ¿Se puede saber qué pasa aquí?

—No te asistes, que no pasa nada... —les metió en un salón del piso bajo recargado de adornos y fruslerías. Allí se encontraban otros dos individuos, uno rechoncho y cebado, y otro muy alto, calvo, y con unos ojos azules penetrantes y huidizos. Su acento alemán fue una llamada al subconsciente que le hizo pensar en la misteriosa «Brigada X»—. Se trata de un asunto profesional. Ya sabes, tú cazas noticias y yo cazo enemigos del orden constituido... Nos conocemos desde hace mucho tiempo y respondo por él y por su amiga... —se dirigió a los otros con un gesto convencional—. ¿Quién puede dudar del director de «La Mañana», a quien hace cuatro días le ofrecieron una dirección general en el Gobierno?

Los otros permanecieron completamente al margen, sin hacer el menor comentario, pero sin perder tampoco palabra de lo que hablaban. Luego el inspector Ortiz les acompañó hasta el coche y al despedirse le dijo: «No olvides que las revoluciones son, por su propia naturaleza proteica, saturninas, y lo mismo destruyen a sus amigos que a sus enemigos...»

Apenas se puso el coche en marcha, observó por primera vez que las manos de Cristina temblaban en el volante y los clientes le estaban castañeteando. Iba tan nerviosa que, al girar por una callejuela, se metió en la acera y chocó con una farola... «No puedo, no puedo», casi gritó. De haber ido a mayor velocidad se hubieran estrellado. El coche salió del accidente con un faro destrozado, el parachoques metido en el chasis y un formidable abollón. Avelino se las vio y se las deseó para desempotrar el descapotable y ponerlo de nuevo en marcha. Cristina gemía a su lado mordiendo un pañuelo.

—¿A dónde quieres que te lleve?

—No sé. Cualquier sitio al que vaya puede ser peligroso...

Cristina empezó a soltar... Daba por seguro que Antonio Portillo y las cinco o seis personas que estaban con él en el segundo piso, algunas de ellas muy significadas por sus ideas derechistas, habían sido detenidas. Por lo que Cristina le contó de una manera dislocada, Avelino dedujo que se trataba del

comité o del estado mayor de la llamada «quinta columna», encargada de coordinar las actividades de los que se proponían facilitar la entrada de los sublevados en Madrid.

—¿Para qué me quería Antonio Portillo? —preguntó Avelino.

—No lo sé concretamente... Cuando habló esta tarde conmigo se hallaba muy preocupado por su seguridad personal y quería que le buscases un refugio seguro. También me habló de preparar un número extraordinario de «La Mañana» para el día que entrasen los nuestros en Madrid. Pero luego llegó un militar y dijo que tú eras el más indicado para ponerle en contacto con una serie de jefes y oficiales del Ministerio de la Guerra y de la Capitanía General. Antonio le dijo que no se atrevía a encomendarte esa misión, porque eras más rojo que otra cosa y, a pesar de la amistad que os unía, a lo mejor te negabas. Pero el militar insistió en que había que jugarse el todo por el todo, ya que de otra manera Madrid podía convertirse en una tumba como pronosticaban los agitadores y demagogos....

—Bueno, si quieras me dejas en la redacción o te llevo donde tú quieras y desde allí pido el coche al periódico.

Cristina vacilaba. Según le dijo, tenía tres pisos y muchos amigos, pero no sabía dónde ir, porque daba por seguro que la mayoría de los domicilios de sus amigos estarían siendo allanados por la policía. Su ánimo fluctuaba entre el más negro pesimismo y la esperanza de ver de un momento a otro en la calle a los suyos. En el fondo buscaba orgullosamente la protección de Avelino, deseaba que el director de «La Mañana» le ofreciera su casa, pero éste se limitó a decir que en aquel momento no tenía domicilio y que Sonia se encontraba en el hospital con una bala en el vientre... «Yo creo que lo mejor que podías hacer es refugiarte en una embajada», le dijo. Pero Cristina rechazó la idea.

—Las embajadas están muy vigiladas y existe la impresión de que pueden ser asaltadas en cualquier momento... ¿Qué sabes de Carlitos?

—Carlitos y su hermano Luis se encuentran en un hospital de la calle de Serrano. Los dos han sido heridos en los combates de Carabanchel.

«Dios mío», gimió Cristina y hundió la cabeza entre las piernas. Avelino le dijo que no podían seguir dando vueltas sin levantar sospechas... «Mientras decides lo que vas a hacer, volveremos a la redacción. Allí, quizá, se nos ocurra algo...» Cristina no respondió. La congoja sacudía su cuerpo como si se hallara bajo los efectos de un ataque de hipo.

Cuando entraron en su despacho el reloj de pared marcaba las cuatro y media. En la redacción ya no quedaba nadie, pero los talleres se encontraban en plena actividad. Cristina subió las escaleras dando tumbos, como si estuviera borracha, y una vez dentro se tiró en el sofá y quedó inmóvil, hecha un ovillo. Avelino entró en la sala del consejo de administración y volvió con una botella de coñac, otra de whisky, dos vasos y un tapiz con el que arropó el cuerpo tiritón de Cristina.

—¿Quieres güisqui o coñac?

—Güisqui...

Avelino le ofreció un vaso mediado y él se bebió otro tanto sin respirar. Las pupilas de Cristina se habían dilatado tanto que parecían pequeños lagos encrespados.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé ni creo que nadie lo sepa, pero nos esperan días de prueba... —se dirigió a la puerta—. Voy a dar una vuelta por talleres a ver lo que pasa. Si tienes miedo cierra por dentro....

En la imprenta se trabajaba normalmente. Nadie parecía intranquilo ni asustado. Habló un momento con los correctores y se dirigió con el regente a la rotativa en pleno funcionamiento. De la misma bandeja de salida cogió un ejemplar para ver el efecto tipográfico. En la primera página aparecían algunos espacios en blanco, lo cual le inspiró comentarios mordaces contra los censores... «Artigas se ha pasado de la raya en el triunfalismo», pensó para sí al leer los grandes titulares: «Madrid en pie de guerra rechaza al ejército de mercenarios y traidores.» En primer plano aparecía un artículo firmado por Javier Revilla titulado «La ciudad inviolable». En su prosa más exaltada afirmaba: «No pasan, no pasarán y en cada paso que den se cumplirá la ley del

talión: un ojo por cada ojo y un diente por cada diente. Madrid no es una ciudad abierta. Se equivocan los terroristas de café y los intrigantes de covachuela. En este momento Madrid es el pueblo. Los Generales son los que menos importan, aunque haya algunos que permanecen alerta en sus puestos de mando deseosos de ganarse la confianza de los que en esta jornada difícil se han batido como hombres y mañana y pasado mañana, si es preciso, formaran muros, barreras de coraje para defender sus hogares y preservar a sus mujeres y a sus hijos de la triste condición de esclavos. Madrid no es una ciudad abierta. Se equivocan los cretinos que elucubran en las tertulias y mentideros de este pueblo que, algunos espíritus frívolos, llaman "ciudad alegre y confiada". Madrid es inviolable por voluntad de los trabajadores. Lo decimos alto para que los ruines y cobardes que sueñan con debilidades y traiciones, no piensen que van a asistir desde sus balcones engalanados a la entrada victoriosa de los que se sublevaron el 18 de julio. Como muy bien ha dicho alguien, en Madrid podrán tomar tantos metros cúbicos de sangre como quieran, porque sus hijos no van a regatearla, pero de la ciudad, de esta villa del oso y del madroño "que al rey moro le dio miedo", solamente podrán tomar montones de ruinas y parapetos de cadáveres... incluidos los emboscados, los traidores de la "quinta columna" y los que prefieren vivir de rodillas a morir en pie. Esta tarde hemos visto a nuestras bravas mujeres servir de muralla contra los espantadizos que abandonaban sus puestos en el frente. Tenemos noticias de que en todas las provincias de la España republicana se están formando columnas de socorro para acudir a Madrid. Es natural. En Madrid se juega en este momento la suerte del proletariado español y todos nuestros recursos deben aunarse en un poderoso movimiento de solidaridad. También no hace mucho oímos decir a la camarada Pasionaria que el proletariado internacional nos había mandado un puñado de valientes para pelear codo a codo con nosotros. Bienvenidos sean los camaradas internacionales. Por otra parte, sabemos que Durruti ha aceptado el reto y se apresta a venir a Madrid con sus mejores hombres del frente de Aragón. Parte de la Columna del Rosal, con Cipriano Mera a la cabeza, llegará de un momento a otro. Los más aguerridos combatientes de la Sierra, entre los que figura Francisco Galán, hermano del héroe de Jaca, ya han tomado posiciones frente al alud enemigo... No, Madrid no es la ciudad alegre y confiada en la

que se puede tomar café calentito y cerveza fresca a cualquier hora. Los madrileños apostamos con nuestra vida, que Madrid no será tomada por la fuerza ni rendida por la traición.»

—¿Qué le parece? —sonrió el regente.

—Algo fuerte, ¿no?

—Yo creo que está muy en su punto... Por cierto, mañana vamos a tener problemas para sacar el periódico, porque hoy han faltado seis más y otros diez me han dicho que se han alistado en el sindicato.

—Dígaselo luego al administrador... — se alejó Avelino con el periódico hacia la escalera.

Entró en el despacho de Artigas y se acomodó en el viejo sofá de cuero dispuesto a pasar el resto de la noche. Su pensamiento insomne giraba de Sonia a Cristina y de Antonio Portillo al inspector Ortiz en un círculo obsesivo de angustia. Intentó deshacer las imágenes torturantes por medio de la lectura, pero cada dos por tres el esfuerzo de la voluntad se disociaba de la mente y la obsesión se imponía acuciante. Lo que más le desconcertaba era la aparición inesperada del inspector Ortiz al frente de la Brigada X y su manera de comportarse, pues estaba seguro que Cristina de Campoflorite no le era desconocida... «Si no la ha detenido es porque tiene otros planes o juega un doble papel», se dijo. De cualquier manera, tenía que sacarla de allí en el momento que amaneciera, y no sólo por la seguridad de ella, sino por su tranquilidad personal, y al pensar en su tranquilidad personal pensaba en Sonia... Maquinalmente se levantó y marcó un número en el teléfono... «Por favor, quisiera saber cómo se encuentra Sonia Montesinos... sí, una joven que ingresó esta tarde con una bala en el vientre y ayuda en el quirófano al doctor Ariza... ¿Pero qué haces levantada a estas horas...?» Sonia le dijo que estaba preocupada. Le había llamado varias veces a la redacción y a casa de sus padres sin conseguir respuesta. Tenía miedo. En el hospital parece que reinaba una sicosis de pánico. Se decía que los moros estaban cruzando el Puente de Toledo, que el Gobierno y todas las autoridades habían huido, y que se estaban replegando las milicias... «No seas tonta. ¿Crees que yo estaría tan tranquilo si fuera cierto...? Ignoro los hombres que quedan en los frentes, pero

lo que sí puedo decirte es que en Madrid hay esta noche más vigilancia que nunca. El control es tan estricto y riguroso que no creo que los de la quinta columna se atrevan a lanzarse a la calle... (Cristina entró sigilosamente y se le quedó mirando expectante y ansiosa) ¿Que vas a venir? No se te ocurra. De ninguna manera. Ahora mismo voy yo para allá...»

—Te oí hablar y tuve miedo.

—Es mi mujer. La pobre también tiene miedo con tantos bulos y chismes como corren por el hospital... Tú puedes quedarte en mi despacho. Hasta las nueve no creo que venga nadie, y para esa hora yo estaré aquí.

—Me voy a marchar. No quiero crearte problemas.

Cristina parecía agarrotada, pero discurría con lucidez. Más o menos pensaba lo mismo que Avelino del inspector Ortiz... «No me fío de él. Su aparente bonachonería puede ser una trampa. Es más, tengo la impresión de que lo he visto en alguna parte antes de esta noche...»

—¿Has pensado ya en algún sitio seguro donde ir?

—Creo que sí.

Cuando salieron a la calle empezaba a amanecer y lloviznaba ligera— I mente. El portalón de talleres estaba abierto y los paqueteros cargaban una camioneta. Avelino acompañó a Cristina hasta su coche. Al despedirse, le tendió la mano, pero ella se le abrazó crispada y conmovida al mismo tiempo... «Por muchos años que viva nunca olvidaré esta noche», le dijo Cristina en el momento de arrancar el coche. Avelino quiso decir algo jovial, pero no le salieron las palabras. La boca se le había llenado de saliva espesa y amarga.

Petra se enteró de que Luis y Carlitos se encontraban heridos en el hospital tres o cuatro días después de la huida del barrio, en una estación del Metro a la que habían ido a refugiarse tras el bombardeo que arruinó la casa a la que

les mandó Javi. Aunque había jurado no salir de allí mientras Dios permitiera que los asesinos corrieran libremente por el aire, le faltó tiempo para olvidarse de su juramento y correr al hospital... Madrid era como una enorme caja de pandora. Las explosiones de los obuses y bombas de artillería sonaban por doquier. En el aire ronroneaban motores y se percibía nítidamente el fuego de la fusilería y el tableteo de las Ametralladoras. No obstante, la gente andaba por la calle y en las tiendas de comestibles se formaban largas colas.

Al primero que vio en el hospital fue a Carlitos. Llevaba un brazo en cabestrillo, pero con el sano la levantó en vilo y la hizo girar en el aire. Al dejarla en el suelo se sintió mareada, pero tan llena de amor y alegría que, según confesó más tarde, le había desaparecido la tembladera del terror. Luego se encontró en los brazos de Mariano, menos efusivo y escandaloso que Carlitos, pero con el corazón saltándole en el pecho y los ojos humedecidos de emoción. Luis la recibió en la cama sonriente, pero sin moverse.

—Tenga cuidado, madre, que tiene el cuerpo muy dolorido —dijo Mariano.

—Hijo mío, mi hijo, ¿qué te pasa...?

—No es nada, no tengo ninguna herida, pero cada vez que me muevo o me tocan es como si me desgarrasen las carnes o me rompieran los huesos... ¿Dónde se han metido ustedes? Mariano lleva buscándolas desde esta mañana...

Petra les dijo que llevaban dos días viviendo en una estación del Metro. Sus hijos se miraron entre sí con las caras alargadas, sin dar crédito a lo que oían. Carlitos incluso se echó a reír al mismo tiempo que los ojos de su madre se llenaban de lágrimas al recordar el terrible bombardeo... «Si todavía podemos contarlo, podéis dar gracias a Antonio, que nos obligó a bajar al sótano de la casa cuando oyó el ruido de la aviación. Parece nuestro ángel de la guarda... Ya veis, yo no le tenía ninguna simpatía, porque no deja en paz a Adela. Pero de no haber sido por él, yo no sé qué hubiera sido de nosotras desde que salimos de casa...»

—¿Y Javi? —la interrumpió Mariano.

—A Javi no le he vuelto a ver desde que nos mandó a esa maldita casa. Y, ¿sabéis lo que me dijo la última vez que le vi? Que la revolución y la guerra estaban por encima de la familia...

Los hermanos trataron de justificarle. En el fondo, Luis y Mariano pensaban lo mismo, aunque no se lo dijeran a la madre. Lo más urgente era buscar una vivienda y sacarla del Metro, pues aunque Petra se aferraba a seguir allí por horror a los bombardeos y a los obuses que se metían por todas partes, Mariano dijo que la zona más segura era el barrio de Salamanca, porque como era un barrio de burgueses y fascistas, el enemigo lo respetaba.

Mientras hablaban, se presentaron Sonia y Alberto. Sonia vestía de enfermera y Alberto llevaba la cabeza y una mano vendadas. Petra se abrazó a ellos y empezó de nuevo a llorar y a maldecir a los que habían destruido todo lo que habían hecho.

—No se preocupe, señora Petra, que lo que hagamos después de que los aplastemos será mucho mejor.

—Y tú, hija, ¿cómo te encuentras? Desde que te ocurrió la desgracia no he hecho más que pensar en ti, aunque mi Javi me dijo que no era nada grave.

—Por lo menos, yo no siento nada... ¿Dónde están Lucía y los niños?

—En una estación del Metro con Adela y otras vecinas... la Rosenda, la Rufa, la señora María...

Petra volvió a relatar el bombardeo de la casa a la que habían sido evacuadas la noche de la huida con mayor énfasis y nuevas dosis de patetismo y melodrama. De alguna manera provocó la hilaridad de sus hijos al contar que mientras se sucedían las explosiones en el oscuro sótano, creyó que era Adela quien se abrazaba a ella y luego resultó que era un tío fresco «con más miedo que vergüenza». Mariano empezó a mostrar cierta irritación por el giro que tomaba la conversación. De una manera un tanto brusca interrumpió las bromas de Carlitos y la exuberancia verbal, rara por lo demás, de su madre. A su juicio, la situación era demasiado grave para tomar a cachondeo lo que estaba ocurriendo.

—¿Dices que lo tomamos a broma...? —protestó Petra—. Pobre de mí. Me río de mi sombra por eso que dice la gente de que a mal tiempo buena cara, pero no sé si sabrás que llevo tres noches sin dormir, con un ojo en lo que pasa en el frente y el otro pendiente de lo que ocurre a mi alrededor. De comer, estoy en ayunas desde ayer, y ahora tengo que pensar en buscar comida. ¿Qué te parece la broma...?

—Bueno, lo que yo quiero es arreglar su situación y no puedo perder mucho tiempo, porque tengo que volver al frente. Así que se viene ahora mismo conmigo. La voy a llevar al Partido para que le den un piso y las incluyan en las listas de evacuación para salir lo antes posible de Madrid... No diga que no. En Madrid no pueden seguir. Esto se está convirtiendo en un infierno. El enemigo está dispuesto a tomar la capital sea como sea y el Partido Comunista y la Unión Soviética no quieren cederle ni un palmo.

—¿Sólo el Partido Comunista y la Unión Soviética? —sonrió irónico Alberto.

—Este chalao se ha creído de verdad que son los más y los mejores —dijo Carlitos.

—Yo sólo creo lo que está a la vista... Si no fuera por el Partido Comunista como vanguardia del proletariado, y por la Unión Soviética, que nos ayuda incondicionalmente con armas y técnicos, Madrid no podría defenderse. Y eso debéis digerirlo los anarquistas antes de que sea demasiado tarde...

La polémica que se orquestó fue morrocotuda. Hasta Luis se levantó de la cama para polemizar con su hermano, pero su excitación provocó una situación dramática, ya que se quedó sin habla y entre todos tuvieron que devolverlo a la cama. Luego Petra dijo que no se marchaba con él por haber ofendido a los anarquistas, y que ella en aquel momento se sentía más anarquista que nadie, porque los anarquistas eran los únicos que se preocupaban del pueblo. Al final Mariano se retractó y quiso justificarse diciendo que para él la familia era tan sagrada como el Partido y que los camaradas anarquistas merecían todo su respeto.

Después de salir Mariano, Petra confesó, más bien apenada, que nunca había visto a su segundo hijo tan soberbio y altanero... «Desde que se ha puesto ese

uniforme con estrellas, parece que me lo han inflado...» Luis no hacía más que murmurar que tenía que partirle la cara por lo que había dicho. Sonia, por el contrario, trataba de quitar importancia a la discusión... «Yo creo que lo que Mariano ha querido decir es que necesitamos un poder fuerte para vencer al enemigo, y en eso me parece que estamos todos de acuerdo, ¿no?», miró a Alberto, que había permanecido distanciado de la discusión.

—Me duele mucho la cabeza y no tengo ganas de pensar. De momento voy a resolver el problema de la señora Petra y de las compañeras que se encuentran en el Metro, y después me voy a meter en la cama, porque me está subiendo la fiebre.

—Si quieres, puedo encargarme yo —se ofreció Carlitos.

—Tú no puedes salir del hospital... —dijo Sonia, y luego se dirigió a Alberto: — ¿Por qué no hablas por teléfono con el comité de refugiados para lo del piso y de lo demás me encargo yo?

—Tú eres quien se encuentra en peores condiciones. Sólo faltaba que te sorprendiera un bombardeo por la calle... Hale, señora Petra, vámonos... —la madre de los Revilla empezó a protestar y a decir que no quería que la sacaran del Metro, pero Alberto le echó el brazo por los hombros y se la llevó entre bromas y veras.

Javi vivió aquellos días poseído por la dinámica de la guerra. Todo su ser se había identificado con aquel momento de tal manera que, posteriormente, él mismo se extrañaría de su comportamiento, pues de su mente habían desaparecido la familia, los amigos, la ideología y hasta el instinto literario, que era su pasión más absorbente y significativa. Los días y las noches carecían de identidad y las personas se fundían en la niebla del horror. En el maremagno de la exaltada embriaguez sobresalía el comandante Rojo... ¿Por qué la primera vez que habló con él pensó que estaba cuarteado por el miedo y la incertidumbre...? Los chismorreos del Ministerio le situaban en una zona de neutralidad peligrosa. Bejarano, el comisario comunista, debió observar su inquietud, ya que a la salida de su despacho le dijo: «Militarmente es muy competente y con la ayuda de todos puede dar una gran rendimiento. Dicen que es muy católico, pero en la actual situación no podemos dejarnos llevar

por los prejuicios. Creo que su nombramiento como jefe del estado mayor de la Defensa ha sido un acierto, porque es un buen técnico y posee ideas muy claras con respecto a las intenciones del enemigo...» Bejarano era muy amigo de la Estrella Roja y de su hermano Mariano, y aunque Javi había discutido mucho con él de cuestiones ideológicas y tácticas revolucionarias, también le tenía por amigo. Hablando del general Miaja, Bejarano se mostró más cauto y reservón: «No es un inspirado por Júpiter, ni mucho menos, pero tiene una vena populachera que inspira confianza. Dicen que cuando a Largo Caballero le preguntaron, y quien se lo preguntó fue un camarada mío, que por qué entregaba la defensa de Madrid a un general tan mediocre, dijo que no quería perder a un buen general... Cosas del Viejo, que tampoco es un lince...» Bejarano no perdía ocasión de zaherir al «Lenin español», a quien frecuentemente calificaba de pastelero, reformista y cacique sindical.

Mientras hablaba con Bejarano vio salir del despacho del general Miaja a Avelino con gesto de mal humor.

—Ya es hora de que te vea el pelo. ¿Dónde te metes?

—En el frente —dijo Javi sin comprender la irritación del director de «La Mañana».

—¿Y no has podido mandar un recado o llamar por teléfono al periódico o a tu familia?

Javi se encogió de hombros y fue Bejarano quien respondió que Revilla había cumplido con su deber anteponiendo las necesidades de la guerra a cualquier otra exigencia... «Ahora mismo acaba de ser felicitado por el jefe del Estado Mayor por su espíritu de abnegación en una situación de peligro.» Y luego añadió con cierto sarcasmo: «Una cosa es jugar a la guerra en las redacciones de los periódicos y en los cómodos despachos de la retaguardia y otra enfangarse en las trincheras.»

—Supongo que lo dices por experiencia, ¿no?

Bejarano miró al director de «La Mañana» de arriba abajo y se alejó sin responder.

—¿Qué te pasa? —parpadeó Javi.

—Nada, que estoy hasta los huevos de que me metan gato por liebre... ¿A dónde vas ahora?

—Tengo que volver al frente.

—¿Sabes que han detenido a Carlitos?

Las mandíbulas huesudas del muchacho se aflojaron y sus pupilas se dilataron con un brillo creciente. Luego pronunció maquinalmente el nombre de Cristina, se mordió el labio inferior y repitió que tenía que volver al frente.

—¿Vas a dejar que lo pulvericen?

—¿Quién lo va a pulverizar?

—Los de la «Brigada X» y los de orden público.

—Bah, no creo que se atrevan... —siguió Javi andando hacia la puerta—. De todas las maneras, un escarmiento no le vendrá mal... a ver si deja de pensar en la carne de terciopelo de las condesas...

Ya casi en la puerta, Avelino le sujetó del brazo imperativamente y le dijo que tenía que preocuparse de su hermano... «No es un juego de niños que se pueda dejar de hoy para mañana. Si no cortáis a tiempo el terrorismo indiscriminado se impondrá el chequismo con todas sus consecuencias, y luego ya veremos a ver quién se atreve a levantar la voz...» Javi recordó que el día anterior Rómulo Talavera le había dicho poco más o menos lo mismo referido a la cuestión militar.

—¿Qué dice Luis de la detención de Carlitos? —se rascó Javi la cabeza con gesto de impaciencia.

—Ni Luis ni tu madre saben nada. Sonia se ha valido de mil subterfugios para justificar su desaparición del hospital. Pensábamos que podría resolverse fácilmente... A mí me dijeron en la «Brigada X» que se trataba de unas diligencias sin importancia. Pero las cosas se han ido complicando de tal manera que, hace un momento, el general Miaja llamó en mi presencia al

consejero de Orden Público y éste le dijo que Carlitos era un quintacolumnista muy peligroso que se hacía pasar por anarquista...

Javi insistió en no dar importancia al asunto... «No tengo más remedio que llevar al puesto de mando las instrucciones que acabo de recibir del jefe del Estado Mayor, pero te prometo estar en la redacción del periódico antes de una hora...», se despidió precipitadamente de Avelino y subió en su coche.

En aquellos días de pruebas, Javi había aprendido a dominar el miedo y mantenerse erguido en las situaciones más difíciles y comprometidas. El mismo Rómulo Talavera, que era instintivamente valeroso y presumía de ello teatralizando sus arranques, admiraba a Javi por su autodominio y la fría lucidez con que resolvía las situaciones críticas.

Cuando Javi llegó al puesto de mando, Rómulo Talavera todavía dormía con sus cinco sentidos y su natural pachorra. La noche anterior había sido dura: tres golpes de mano y una penetración al amanecer que había estado a punto de romper el dispositivo defensivo logrado tras cinco días de combates ininterrumpidos. Javi le zarandeó bruscamente.

—¿Qué pasa? Se incorporó el jefe de la columna.

—Ya está bien, ¿no?

Rómulo Talavera se sentó en la cama, mientras Javi le daba cuenta de su entrevista con el jefe del Estado Mayor de la Defensa de Madrid, le transmitía la felicitación a la columna y a su jefe y comentaba las intenciones ofensivas de Rojo... «Tenemos tres días para reorganizarnos y convertirnos en brigada mixta. Aunque no me lo ha dicho explícitamente, parece que su intención es empleamos como brigada de choque en otros frentes...» Rómulo Talavera se tiró de la cama, se metió en la cocina y, tras chapuzarse escandalosamente, reapareció abrochándose la camisa y los pantalones.

—¿Dices que nos han felicitado?

—Sí, muy especialmente a ti. A mí van a proponerme para el ascenso a capitán, pero yo no estoy seguro que me vaya el militarismo.

—¿Ya estás con tus escrúpulos?

—No son solamente escrúpulos... Mira, aquí tienes las plantillas para que vayas estudiando la reorganización. Yo no creo que sea posible hacerlo en tres días ni en una semana... aunque parece que el eje de ataque enemigo se ha desviado hacia la Casa de Campo. No sé si será cierto, pero me han asegurado que Rojo tiene en su poder el plan de ataque enemigo... —descolgó Javi el cuero de la percha y empezó a ponérselo.

—¿A dónde vas?

—Creo que han detenido a mi hermano Carlos. Una cabronada... Me encontré con Avelino en el Cuartel General y, por lo visto, lo han cazado en la cama con la famosa condesa, esa tipa de la quinta columna.

—No creo que por estar en la cama con una mujer puedan hacerle nada.

—Avelino opina que se trata de una maniobra política... —se dirigió Javi hacia la calle—. Ahí tienes los esquemas de reorganización para que los vayas estudiando y la orden de operaciones. Vendré lo antes posible...

El día estaba encapotado, con nubes muy bajas y una atmósfera densa y húmeda. La tranquilidad en el frente era absoluta. De no ser por los montones de ruinas que le salían al paso y por los grupos de fortificaciones que cavaban trincheras y hacían refugios y nidos de ametralladoras, nadie hubiera pensado que se trataba de un frente de guerra. Al pasar por delante de la casa de la señora Sinfo observó que había sido alcanzada por un nuevo proyectil de artillería y sólo quedaba en pie un lienzo de pared. A su mente acudió la imagen de la madre de Encarna degollada y se sintió sacudido por un repeluzno. Por las huellas de brutalidad y sadismo no le cabía la menor duda de que era obra del Carapán, pero ¿dónde se había metido? ¿Qué había sido de él...? El chófer le preguntó de una manera muy sinuosa si le pasaba algo a

Carlitos. Javi le contó poco más o menos lo que sabía sin darle mayor importancia.

—Habrá que sacarle por huevos, ¿no? y —Primero tendremos que averiguar por qué lo han detenido.

—Te advierto que con el Chus no sirven los legalismos, porque es un tipo jesuítico y cabrón.

—¿Quién es el Chus?

—Uno que estuvo con nosotros en los grupos de investigación pública y ahora es uno de los mandamases de la policía de Orden Público... Ahora mismo estaban reunidos los delegados de las juventudes y han acordado ir a por él si la organización no hace nada...

Benito el chófer era un temperamento vehemente y truculento. Era incondicional de su hermano Luis y muy amigo de Carlitos, pero con Javi no hacía buenas migas, porque le consideraba reformista y poco inclinado a la acción directa. Al llegar a la redacción de «La Mañana» preguntó a Javi si iba a tardar mucho.

—No lo sé.

—Es que los compañeros de la columna me han pedido que vaya al Comité de Defensa de la organización y me informe de lo ocurrido.

—Bien. Procura estar aquí dentro de media hora...

Encontró a Avelino en su despacho tan embebido en lo que estaba escribiendo que sólo advirtió su presencia tras sentarse y golpear en la mesa con los nudillos.

—Ah, eres tú... —se pasó la mano por los ojos y giró el sillón de la máquina de escribir a la mesa—. Sonia me acaba de decir por teléfono que la situación de tu hermano puede resolverse de un momento a otro.

—¿Pero se puede saber lo que ha pasado?

—Bueno, las versiones son tantas que uno termina por no creer en ninguna. Cuando ayer me dijo Sonia que Carlitos había pasado la noche fuera del hospital y que por ciertas llamadas telefónicas sospechaba que estaba detenido, llamé a Golito, que como bien sabes anda metido en los servicios confidenciales de la «Brigada X». Tras mucho meterle los dedos y casi agarrarle del cuello, porque se ha convertido en un cobarde hijoputa hasta el extremo de que Carmunchi dice que lo han castrado, me confesó que, efectivamente, había sido detenido en la cama con Cristina. Inmediatamente me fui a la «Brigada X» y tuve una buena agarrada con el Santerre, quien me prometió que ni a tu hermano ni a Cristina les pasaría nada siempre que no estuvieran complicados en la quinta columna. Yo le dije que de Cristina no podía responder, pero que de tu hermano respondía con mi cabeza. El tipo se me puso dialéctico y me endilgó una filípica leninista admonitoria, para terminar diciéndome que apostar la cabeza por un anarquista en aquel momento era tanto como arriesgarse a perderla, porque los anarquistas empezaban a resultar más peligrosos con su puritanismo e infantilismo revolucionario que los quintacolumnistas. Al final terminamos regañando. Yo le dije que se equivocaba si creía que podían implantar en España impunemente el terrorismo insidioso de las checas y él me amenazó con meterme en la cárcel por anarcofascista. Como le creo muy capaz de llevar a cabo su amenaza, esta mañana fui a quejarme al general Miaja y nuestro ínclito general me ha pedido que le haga un memorial de agravios para llevarlo a la reunión de la Junta de Defensa. Como verás, no sólo peligra tu hermano, sino que yo mismo puedo verme involucrado en cualquier momento.

—No creo que se atrevan a meterse contigo —movió Javi la cabeza.

—Yo tampoco creía que pudieran meterse con tu hermano, y como no os mováis rápidos le veo con el sambenito de quintacolumnista. Te lo digo, porque media hora después de hablar contigo en el Ministerio se dejó caer por aquí el inspector Ortiz, un camaleón tan marrullero y astuto que siempre me ha despistado...

—¿No será el que detuvo a mi hermano Luis cuando el atraco de Juanjo?

—Coño, el mismo. Es un tipo tan escurridizo que nunca se sabe por dónde va. Ahora actúa con la «Brigada X». Me lo encontré casualmente hace unos días en una situación jodida que no viene al caso... (mentalmente pensaba que sí, que ambos casos se interrelacionaban). Lo cierto es que traía la comisión de invitarme al silencio. Según me dijo, el asunto de tu hermano es muy turbio y puede enturbiarse más a poco que se remueva.

—¿Dices que Luis y mi madre no saben nada?

—Tu madre creo que sigue sin saberlo, pero en cuanto a Luis ya no estoy tan seguro, porque cuando hablé con Sonia hace un rato me dijo que estaba hablando con un capitoste de vuestra organización.

Javi se quedó un momento pensativo, murmuró algo entre dientes y luego se levantó nervioso. Avelino le vio abrir el balcón, asomarse a la calle y regresar caviloso.

—No sé qué hacer... si ir directamente a la «Brigada X» o a Orden Público.

—Personalmente creo que no vas a resolver nada. Para mí se trata de una maniobra política contra el anarcosindicalismo y tenéis que afrontarla como organización, no como individuos. De lo contrario seréis barridos...

Los argumentos de Avelino hicieron su efecto en el ánimo de Javi, pero trató de quitar importancia a su pesimismo de largo alcance. Incluso rechazó la idea de que la detención de Carlitos pudiera ser una provocación... «Mi hermano, dijo, es un inconsciente, un ingenuo. Estoy plenamente convencido de que no ha hecho intencionadamente nada en favor de la quinta columna, pero sabiendo lo encoñado que estaba con Cristina tampoco me extrañaría que ella le hubiera explotado en algún sentido...» Mientras hablaban se asomó Benito a la puerta.

—Cuando quieras podemos marcharnos...

—Entra, entra... —le hizo Javi una seña con la mano—. ¿Qué pasa por Defensa?

—Acaba de llegar Durruti.

Javi y Avelino se levantaron simultáneamente y en sus gestos se reflejó la alegría. El chófer fue abrumado a preguntas, pero no pudo añadir mucho más... «Al primero que abrazó al apearse del coche fue a tu hermano Luis, que salía conmigo... Parece muy optimista. Lo primero que dijo es que era imposible que Madrid pudiera caer en manos del enemigo cuando todos los trabajadores de España estaban dispuestos a venir a morir aquí. Os lo digo de verdad, a mí me ha sacado el canguelo del cuerpo.»

—¿Cómo se encuentra Luis?

—Mal. Tiene cara de desenterrado, aunque él dice que se encuentra de miedo.

—¿Sabe lo de Carlitos?

—Ce por be... Quería agarrar al toro por los cuernos, pero en Defensa le han quitado las ganas. Dicen que es un problema de organización y que la organización lo resolverá en el momento oportuno.

Avelino y Javi se miraron.

—Me parece correcto —dijo el director de «La Mañana»—. Hay que evitar que trascienda cualquier cosa que pueda debilitar la moral de resistencia, pero sin alcahueterías ni debilidades con los abusos de poder...

Javi parecía sin palabras. Escuchó más bien abstraído lo que Avelino le dijo sobre el informe que estaba redactando, y luego se despidió.

La suerte de Madrid seguía siendo preocupante. La ciudad chorreaba sangre y metralla, pero como Petra decía, si cada cual seguía en su puesto y todos estaban dispuestos a morir, unos en el frente y otros en la retaguardia, era imposible que el enemigo pisara sus calles. Para su hija Adela y la ex monja Lucía, que eran las que la trataban más íntimamente, estaba un poco ida. Su sensibilidad se había agudizado de tal manera que parecía más pendiente de lo que pasaba en las calles o en el frente que en su casa, la cual, por otra parte, se había convertido en una especie de asilo o refugio de antiguos vecinos del barrio o de simples vagabundos o desvalidos que encontraba por la calle. Otra de sus manías era asistir a todos los mitines y asambleas políticas que se celebraban en Madrid. Poseía una retentiva extraordinaria y lo que oía lo

repetía luego en las colas de las tiendas, en su casa o en cualquier lugar. Algo similar le ocurría con los romances y coplillas que leía en los periódicos y con las canciones revolucionarias... Su cambio fue tan brusco que Adela lo comentó con Antonio y su hermano Luis, pero ninguno de los dos concedió importancia a sus temores.

Petra se enteró de la detención de Carlitos de una manera casual, por una imprudencia de la Estrella Roja. Más reveladoras que las palabras de su nuera, fueron las miradas que cruzaron entre sí Adela y Mariano. Petra se quedó con la cuchara suspendida en el aire y un gesto de ansiedad. Mariano quiso dar marcha atrás rectificando las palabras de su compañera, pero ya era tarde.

—¿No está Carlitos con Javi en el frente? —clavó su mirada en Adela.

La muchacha miró a su hermano y a Lucía, empezó a hacer pucheros y estalló repentinamente en congoja.

—Claro que sí, madre, ¿dónde va a estar...? —exclamó Mariano.

—Tu madre es fuerte y debe saberlo todo —dijo la Estrella Roja.

—Mi madre es fuerte, pero tú eres una imbécil que no haces más que sacar las cosas de quicio con tanta charlatanería... Sí, Carlitos está detenido por una cosa sin importancia.

—No digas que no tiene importancia, porque es un asunto muy grave. Facilitaba informes a la quinta columna.

—Eso es mentira —gritó Mariano.

—¿Te atreves a decir que es mentira lo que dicen los camaradas de la «Brigada X»?

—Yo no critico a la «Brigada X», lo único que digo es que resulta imposible creer que mi hermano pertenezca a la quinta columna, y por mucho que digáis no me voy a tragar esa rueda de molino... Admito que Carlitos estaba liado con esa condesa y no dudo que ella se haya valido de él y de su ingenuidad política, pero de eso a considerarle un traidor o un aliado del fascismo hay mucha diferencia.

—¿Dónde está detenido? —las pupilas de Petra se habían dilatado enormemente, pero su voz parecía normal.

—En un palacete del Paseo de la Castellana —dijo su nuera.

—Quiero verlo.

—De momento no es posible, madre, está incomunicado...

Petra siguió comiendo silenciosamente su plato de lentejas como si nada hubiera ocurrido. Al terminar las lentejas, Mariano dijo a Adela que calentara una de las latas de carne rusa que había llevado, pero Petra dijo que no, que era un crimen comer tanto cuando había gente que pasaba hambre y en los hospitales escaseaban alimentos para los combatientes enfermos y heridos.

Terminada la comida, Estrella se las arregló para tener un largo aparte con Petra en el dormitorio. Últimamente se llevaban muy bien y Petra no faltaba a ningún acto en el que interviera su nuera. Incluso se adulaban mutuamente. Estrella decía que su suegra era una gran mujer y que de haber tenido más cultura sería una dirigente de la revolución, Petra hablaba de Estrella como si fuera el ombligo mismo de la revolución.

Apenas desaparecieron, Adela se encaró con su hermano.

—¿Sabes que tu mujer es un bicho?

—A mí me parece que tiene poca caridad —añadió Lucía.

—¿Lo decís por lo de Carlitos?

—Por lo de Carlitos y por todo, porque no sé si sabrás que habla mal de todo el mundo. A madre la está revolviendo los sesos con sus tonterías. Por lo visto se ha empeñado en hacerla comunista.

—No creo que eso tenga nada de malo.

—Yo no digo que sea malo, pero si para defender lo suyo habla mal de lo demás y dice que Javi es un soñador utópico, y Luis un impulsivo inconsciente, y Carlitos un revolucionario de las ingles para abajo, y hasta se mete con Sonia y la llama burguesa...

—Bah, no hay que hacerla caso.

—Pues yo sí se lo hago, porque es una entrometida, una chismosa y una dominanta. ¿Por qué tiene que malmeter a madre contra sus hijos...?

Estrella y Petra aparecieron en la puerta del comedor. Petra volvía restregándose los ojos con la punta del delantal... «Vamos, camarada, hay que afrontar la realidad con objetividad y sangre fría. No podemos dejarnos llevar por las emociones ni permitir que los sentimientos interfieran la justicia revolucionaria. Yo no digo que Carlitos no sea un buen muchacho, pero ha traicionado la moral proletaria y debe pagar su culpa», sermoneaba la Estrella Roja.

—No me digas que no es un bicho... —rezongó Adela cerca de su hermano—. Llévatela de aquí, porque el día menos pensado tenemos una agarrada gorda...

Lo más sorprendente de todo es que Petra no volvió a mencionar la detención de su hijo. Parecía feliz con no darse por enterada. Si alguna vez Lucía o Adela mencionaban su nombre por cualquier circunstancia, empezaba a canturrear y se alejaba. Pero tampoco se preocupaba mucho más de Javi o de Luis, que seguía en el hospital, y del que decía que se estaba aficionando demasiado al colchón blando y a los mimos de las enfermeras.

De la tía Moñeta no había vuelto a saber nada desde que estallaron los primeros projectiles de artillería en el barrio. Pero un día se presentó con doña Casilda plañendo «que había estado a la muerte abandonadita de todos menos de Dios». Lucía, apenas las vio llegar, fue a esconderse por temor de que fuesen con algún mensaje de la madre Asunción, pero se equivocó. Según le dijo Adela después, ni siquiera se acordaron de ella. Su madre las recibió de uñas y a la tía Moñeta la llamó descastada y egoísta, y a doña Casilda poco menos. Las dos parecían muy afectadas por la desgracia de Carlitos y doña Casilda se permitió decir que, a pesar de todo, era un honor que le hubieran detenido con Cristina de Campoflorite, «una heroína de la patria que pasaría a la historia por su ejemplar sacrificio», a lo que Petra respondió que si pasaba a la historia sería por zorra y calentona. Y a todo esto la tía Moñeta diciendo: «Petra que te pierdes y pierdes a mis sobrinos, a los que quiero más que a las niñas de mis ojos...» Y Petra gritando: «Si mis hijos han de salvarse por ser

traidores al pueblo y a la revolución, los prefiero muertos. Ya es bastante penitencia saber que uno de ellos ha traicionado la causa por una tía espatarrada...»

—No me digas, pero también la manía de tu madre de llamar a Carlitos traidor... —murmuró Lucía—. Ayer cuando fui al hospital a ver a Luis estuvimos hablando de sus rarezas y Sonia dijo que no debíamos preocuparnos tanto, porque lo único que tenía tu madre eran ciertos trastornos nerviosos originados por la menopausia.

Adela abrió mucho los ojos y Lucía tuvo que explicarle lo que era la menopausia. Lo hizo casi con las mismas palabras que había leído en uno de los diccionarios de Javi y añadiendo algunas explicaciones escuchadas a Sonia y Luis.

—¿Te gusta mi hermano Luis? —preguntó Adela de sopetón.

—No sé... —agachó Lucía la cabeza y en el blancor de sus mejillas aparecieron ardientes rosetones—. Yo soy religiosa y todavía no sé lo que voy a hacer. Depende de muchas cosas...

—Sólo depende de ti.

—No creas que es tan fácil... —en sus ojos color tabaco crecía la incertidumbre—. Si te digo la verdad, no me gustaría volver al convento.

Lucía era muy discreta. Rara vez hablaba de sí misma o participaba en las conversaciones de los demás. Javi decía que era una introvertida, con mucho misticismo dentro y una gran pasión poética.

—Aunque Luis parece muy brusco es muy bueno.

—A mí me da mucha pena. Cada vez que le veo me da la impresión de que está soñando con Sara. La quería mucho, ¿verdad?

—Para mí, era Sara la que le quería a él... Luis hacía mucho tiempo que no quería saber nada de ella. Desde que empezó con esa vida... ya sabes. La pobre Sara era muy loca.

—Pero murió a su lado, abrazada a él... —se quedó Lucía con las agujas de hacer punto paradas y la mirada perdida en el débil rayo de sol que entraba por el balcón—. ¿Sabes que Sonia quiere que me vaya con ella al hospital? Dice que yo podría sustituirla en el quirófano cuando dé a luz, pero a mí me da miedo... El otro día detuvieron a una hermana de mi comunidad en un hospital, porque dicen que hacía sabotaje y dejaba morir a los heridos.

Petra entró en aquel momento con aire sonámbulo recitando un romance que seguramente se había estado aprendiendo de memoria. En poco tiempo la habitación en la que Adela y Lucía hacían punto se llenó de mujeres y niños que formaron un corro apretado en torno suyo... «Pero que requetebién se lo dice la puñetera», decía una viejuca. «Os digo que Petra termina dando ciento y raya a la Pasionaria, a la Montseny y a todas esas que andan por ahí encorajinando a los hombres para que no dejen un moro vivo...» Los críos se le agarraban a las faldas y le pedían a gritos que siguiera recitando versos.

—Si no sé más, hijitos... —sonreía Petra dichosa.

—Sí sabe, sí sabe, que recite el del caballo blanco que recitó ayer en la cola de la panadería —dijo Juanito, el mayor de los hijos de la señora Rosenda.

—Vamos, señora Petra, no se haga usted de rogar. Ya que nos falta música en la tripa, que no nos falte en el oído —dijo la Rufa.

Petra dijo que no se acordaba en aquel momento, pero empezó a recitar:

Generalito faccioso
que vendes deslealtad
a la patria que te hizo
en mal hora general.

Montado en caballo blanco,
dicen las brujas que estás,
y a sus espaldas pretendes,

nada menos que llegar,
a la misma plaza de Armas
del Palacio Nacional,
al aire la fina espada
que acabas de deshonrar...
Aquí están los de Buitrago,
con los hermanos Galán;
aquí los bravos faístas, q
ue acaudilla del Rosal;
aquí Mateotti,
con su columna Internacional.
Y aquí Durruti, Durruti!,
fíjate bien, desleal,
Durruti con los que acechan,
sin dar nunca paso atrás,
las agujas de La Seo
y la Virgen del Pilar...

Fue entonces cuando se abrió la puerta y alguien gritó: «Han matado a Durruti y dicen que los fachas están en la Plaza de España...» Oírlo Petra y caer redonda todo fue uno... «Bandidos, criminales... Un médico, hay que llamar a un médico, que la señora Petra se nos muere... Hijoputas, maricones...» Lucía consiguió abrirse camino entre los que cercaban a Petra. Adela se quedó agarrotada sin saber qué hacer. Una mujer decía que era un zorrocotroco, otra que se trataba de una alferecía, para otras se trataba de un simple sponcionio que se pasaba con paños de vinagre en las sienes y cosquillas en las plantas de los pies. Sin el auxilio de las sirenas, que anunciaban la presencia de aviones de

bombardeo sobre Madrid, no hubiera resultado fácil ayudar a Petra. El terror de los aviones pudo más que los sentimientos de afecto. En pocos segundos la habitación se quedó vacía y Lucía y Adela pudieron trasladar el cuerpo de Petra al dormitorio... «No es nada», decía Lucía. «Prepara un poco de agua con vinagre y unos paños, verás que pronto vuelve en sí...» La cara de Petra se había tomado cenicienta, pero respiraba casi normal. Las primeras explosiones del bombardeo se oyeron lejanas, pero luego se produjo una tan fuerte que la casa pareció bambolearse y algunos cuadros se descolgaron de las paredes. Aterrorizada, Lucía se metió debajo de la cama. Pasados unos segundos, los suficientes para rehacer su voluntad e imponerse al miedo, asomó la cabeza y vio a Petra sentada en la cama.

—¿Qué pasa? ¿Están bombardeando?

—Me parece que ya ha pasado lo más gordo...

Petra se quedó un momento pensativa, quizá recordando lo sucedido, pues inmediatamente se tiró de la cama y empezó a decir que era imposible que hubiera muerto el caudillo del pueblo, el alma de la revolución proletaria, y, sin más, se dirigió a la puerta y se lanzó escaleras abajo sin hacer caso de las llamadas de Lucía.

Carlitos sufrió la tortura de la eternidad encerrado en un sótano del palacete del Paseo de la Castellana. Le detuvieron desnudo y así estuvo mucho tiempo, sin otra compañía que el terror y el frío. Pero un día o una noche, siempre alerta, tiritando y castañeteándole los dientes, uno de los que frecuentemente le enfocaban por el ventanillo con una linterna, dijo a los que le vigilaban que le dieran alguna ropa para cubrirse, y entonces se abrió la puerta y le tiraron dentro una especie de levita. Otro día u otra noche, le interrogaron tres hombres, iluminándole con un potente foco y sin permitirle que se levantara del montón de carbón. Respondió a las preguntas que le hicieron sobre su vida antes de la guerra y la de su familia, de sus actividades en los grupos de

Investigación Pública. Ya sentía la boca reseca y la lengua pegada al paladar cuando uno de los interrogado— res le preguntó: «¿Qué me dices del cabrón de Avelino Rico? ¿No me irás a negar que es un vendido a los Portillo y el protector de la puta de tu querida...?» Carlitos ni siquiera respondió, pero entre los interrogadores se produjo una breve polémica, al considerar uno de ellos que era contraproducente involucrar a personas claramente antifascistas... «Me jodo yo en los antifascistas de esa calaña. Para mí son peores que los trotskistas y los anarquistas y antes o después tendremos que acabar con ellos», dijo el que llevaba la voz cantante. Luego se fueron discutiendo entre sí.

A partir de aquel día o de aquella noche, cambió la situación del detenido. Por primera vez le sirvieron un plato de comida caliente, pues hasta entonces sólo le habían facilitado un chusco y agua. El miliciano que le metió el plato de comida en la carbonera, un tipo gordo y calvo, le preguntó mientras le enfocaba con la linterna:

—¿No eres tú Carlos Revilla el boxeador?

—Sí.

—Me lo pareció el primer día que bajé a hacer guardia al sótano. No sabes lo que lo siento, porque siempre me gustaste mucho. Tenías pegada y una esgrima mareante de campeón. Si no te hubieras metido en aquel lío del atraco, estoy seguro que hubieras sido campeón de los amateurs aquel año.

—¿Quién eres?

—No sé si debo decírtelo. Los de arriba no quieren que hablemos contigo. Menuda has armado... No sabía que eras anarquista...

Algo raro debió ocurrir, porque el miliciano abandonó precipitadamente la carbonera diciendo «ya me la he buscado». Pero al poco rato volvió a enfocarle con la linterna... «Levántate, hombre, que pareces una rata engurruñida. ¿Sabes que te sienta muy bien la levita...?» Carlitos percibía un gorjeo de risa contenida... «Me parece que ya sé quién eres. Tu voz me recuerda al Cachas del Gimnasio Madrid...» El haz luminoso que le deslumbraba fue desviado hacia el bajo vientre... «Yo te tengo por buen

amigo, sabes, pero no conviene que sepan que nos conocemos, porque no me dejarían hacer guardia en el sótano...» El Cachas se portaba bien, le daba toda la comida que quería y, al parecer, allí no escaseaba, pero en cuanto a proporcionarle más ropa o llevarle recados a casa, no quería comprometerse. Sin embargo, un día o una noche le dijo que a lo mejor le ponían en libertad o le daban el «paseo», porque los anarquistas estaban muy furiosos y habían tenido que reforzar la guardia por temor a que asaltasen el palacete e hicieran una escabechina. Poco después le entregaron su ropa de miliciano y le dijeron que se vistiera para subir a la planta alta. Era la primera vez que le sacaban de la carbonera desde la noche en que fue detenido en la cama con Cristina. Al encontrarse en la luz sintió que los ojos le hacían chiribitas y la cabeza le daba vueltas. El individuo que le acompañaba, todo vestido de cuero negro, le vio trastabillar y le sujetó oportunamente antes de que diera con el cuerpo en tierra... «Trae una botella de coñac», gruñó el hombre vestido de cuero. Nunca pudo precisar el tiempo que estuvo con la cabeza dándole vueltas sentado en el sillón de terciopelo rojo, pues en el tiempo que permaneció allí se bebió media botella de coñac y la cabeza se le pobló de imágenes delirantes. Luego le metieron en un coche y le dejaron a la puerta del hospital. Lo único que recordaba es que estaba amaneciendo y sobre las nubes espesas y lacrimógenas se cruzaba un intenso fuego de contrabatería...

Para Javi la detención de su hermano supuso una crisis profunda que le llevaría a revisar su confianza y optimismo en la revolución, hasta el extremo de que en los nueve días que duró la detención de Carlitos se preguntó más de una vez si la revolución no había empezado a pudrirse. Y no por lo de Carlitos, aunque indirectamente fuera la causa de su inquietud. Con respecto a su hermano, nunca estuvo seguro de que su pasión desaforada por Cristina no le hubiera llevado a cometer alguna tontería. Pero al profundizar en lo de su hermano descubrió las vetas sucias de la represión partidista... «¿Por qué tenemos que destruimos entre nosotros? ¿Por qué no podemos convivir en la libertad contra la injusticia?», se preguntaba. Rómulo Talavera, que era el más cercano interlocutor de sus inquietudes, le dijo un día: «Los “chinos” os han ganado la partida con su política militarista y la ayuda de la Unión Soviética. Hoy por hoy son los amos del ejército y, naturalmente, si ganamos la guerra como todos deseamos, impondrán su mingo...» Rómulo Talavera era un buen

catalizador de la realidad, porque poseía un sentido muy acusado del acontecer inmediato. Nada de lo que ocurriera en tomo suyo pasaba desapercibido y su fondo oportunista y aventurero le alejaba de todo idealismo.

En la columna existía malestar por la detención de Carlitos y un numeroso grupo de jóvenes libertarios presionaban sobre Javi para ir a rescatarle por la fuerza. Javi iba dando largas al asunto, pero al final no tuvo más remedio que comprometerse, aunque la operación le resultaba descabellada en aquellos momentos críticos en que el enemigo había cruzado el río Manzanares y trepaba por la Ciudad Universitaria. Más que nada, se comprometió porque Luis amenazaba con ponerse al frente del comando si él no lo hacía.

Cuando dijo a Rómulo Talavera lo que proyectaban para aquella noche, el jefe de la columna no quiso darse por enterado, pero sí se dio, pues le faltó tiempo para trasladarse a los sótanos del Ministerio de Hacienda y concertar, en conversación con el comandante Matilla, la reincorporación de Javi a la sección de Información del estado mayor. A mediodía tenía en su poder un oficio que le ordenaba presentarse en el plazo de una hora a su antiguo jefe sin excusa ni pretexto alguno. Javi cumplió estrictamente la orden sin sospechar de lo que se trataba, pero cuando estuvo en presencia de Matilla éste le dijo simplemente que quedaba de nuevo a sus órdenes.

—Supongo que podré ir a recoger mis cosas al puesto de mando, ¿no? — parpadeó Javi.

—Diga por teléfono que se las envíen o mande un motorista a recogerlas, porque usted tiene que realizar una misión más importante en el sector del Pardo.

Bejarano pidió permiso para entrar, pero al asomarse y ver a Javi, se coló sin más con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja.

—Qué alegría, camarada. ¿De modo que vuelves con nosotros...?

—El capitán Revilla será en lo sucesivo mi ayudante —dijo el comandante Matilla.

—¿Capitán...? Me parece que no soy más que teniente, y si mi opinión cuenta algo, le diré que prefiero hacer la guerra en el frente.

—Para su conocimiento le diré, que tenía usted hecha la propuesta de ascenso por méritos de guerra y hoy mismo el general Miaja ha firmado la orden. Aquí tiene el oficio... —le tendió el papel—. En cuanto a sus preferencias, no cuentan. La regla de oro de un militar es la obediencia.

—Muy bien dicho, mi comandante —sonrió jovial el comisario Bejarano—. Hay que imponer la disciplina de hierro a toda costa...

Bejarano era muy largo de intención, pero Matilla no le iba a la zaga. Difícilmente se dejaba atrapar en una conversación política, y como militar resultaba inatacable. Antepasados suyos figuraban en los primeros levantamientos contra el absolutismo y, a lo largo de todo el siglo XIX, se hallaban presentes en todas las crisis como portaestandartes del progresismo. Por otra parte, todo el mundo conocía la filiación masónica del comandante Matilla y su amistad personal con el presidente Azaña y Martínez Barrio. Resultaba un tipo duro de roer para Bejarano, más preocupado por el proselitismo que por los problemas militares de la guerra.

Cuando el comisario abandonó el despacho, tras cambiar impresiones con Matilla sobre las operaciones que se proyectaban para frenar el ímpetu enemigo en la Ciudad Universitaria, Matilla se levantó y encendió un cigarro.

—¿Qué pasa con su hermano?

—No sé nada, pero supongo que lo estarán machacando.

—Bah, no lo creo... Esta mañana, mientras despachaba con el general, le oí hablar con Orden Público y se mostró más duro y enérgico de lo que es habitual con él... ¿Conocía usted a Cristina de Campoflorite?

—Muy superficialmente. La he visto tres o cuatro veces y he cambiado una docena de palabras con ella, eso es todo.

Matilla le dijo que cogiera la cartera de los planos y los prismáticos de campaña y le esperara en el coche, que él iba un momento a la sección de

Operaciones. En el portalón del Ministerio se encontró con Alberto, que entraba.

—Coño, ¿qué haces aquí...? Me alegro encontrarte, porque así me evitas bajar al puesto de mando... Menudo bochinche habéis liado con lo de Carlitos. Defensa no quiere saber nada de provocaciones.

—¿Quién habla de provocaciones?

—Las referencias de Defensa es que Luis desde el hospital, y tú desde el frente, proyectáis asaltar esta noche la checa del Paseo de la Castellana.

—Bueno, ¿y qué...? Si Defensa no hace nada y permite que los «chinos» nos coman el terreno y hagan lo que les dé la gana, como si fueran los amos, algo tendremos que hacer los demás para defendemos, ¿no?

—Defensa hace lo que tiene que hacer para ganar la guerra y asegurar las conquistas revolucionarias. En lo sucesivo se han acabado las iniciativas individuales. La organización responde por todos, y no creas que echa en saco roto lo de Carlitos, pero se resolverá de otra manera, no por la fuerza...

Javi vio venir a Matilla por el rabillo del ojo y se despidió de Alberto, prometiéndole ponerse en contacto con él cuando regresara del frente.

Avelino entró bruscamente en la habitación que Sonia ocupaba en el hospital y se tiró sobre la cama masticando una rabiosa blasfemia que sólo en muy raras ocasiones se le venía a la boca. Sonia se estaba arreglando en el cuarto de aseo y, al oír el portazo y el mido de los muelles del somier, se asomó a la habitación recogiéndose el pelo en una cola de caballo.

—Hijo, qué fueros. No gana una para sustos... —se sentó en la cama, le apartó el pelo de la frente y juntó su cara con la de su marido—. Te estás volviendo un erizo. ¿Cuántos días llevas sin afeitarte?

—No lo sé ni me importa. Estoy hasta los huevos de todo esto. ¿Por qué no nos marchamos de una vez? Entre unos y otros están desenterrando nuestros aquelarres de brujas y los viejos fantasmas inquisitoriales...

Ambos se contemplaron intensamente y Sonia volvió a juntar su cara con la de Avelino.

—A Carlitos ya lo han puesto en libertad. Lo tiraron de madrugada en la acera. Según dice, no le han hecho nada. Lo encerraron desnudo en una carbonera infestada de ratas y lo han tenido a pan y agua.

—Me niego a que mi hijo nazca entre inquisidores. No lo puedo remediar, pero la tiranía me saca de quicio.

—Tampoco hay que exagerar. Yo no creo que la tiranía se haya instalado en los entresijos de la revolución, como tú afirmas. Más bien es consecuencia de la guerra y de la conspiración enemiga...

El tema les era tan familiar y obsesivo que, en distintos momentos, cada uno de ellos, trataba de quitar importancia a lo que consideraban fruto del espontaneísmo inconsciente de las masas o subterfugios de la lucha sorda que se desarrollaba entre bastidores por el predominio político y sindical.

—¿Qué se sabe de la señora Petra?

—Nada concreto. Ayer Lucía y Adela se dedicaron a visitar los depósitos de cadáveres y estaban tan angustiadas por lo que vieron que casi tenían la certidumbre de que era uno de los cuerpos destrozados e irreconocibles del bombardeo de Cuatro Caminos, pero luego vino un compañero de Luis y les dijo que estaba casi seguro de haberla visto subirse en uno de los coches de la comitiva fúnebre que acompañó el cadáver de Durruti a Barcelona... —desde fuera tocaron en la puerta con los nudillos y dijeron que el doctor Ariza esperaba a Sonia en el quirófano. La muchacha fue a levantarse, pero Avelino no la dejó—. ¿Qué te pasa?

—Me pasa lo de siempre, que quiero tenerte a mi lado, que estoy harto de vivir así, pensando siempre en los demás y en que tenemos que sacrificamos. Te quiero para mí... —la estrujaba entre sus brazos y consiguió acostarla—. Quiero salir de aquí, tenemos que marchamos... Ayer me llamó don Ricardo desde Valencia para ofrecerme la jefatura de prensa de una comisión parlamentaria que va a visitar algunos países de Europa y América... (Sonia protestaba débilmente... «Déjame, no seas bruto, que me están esperando...

Por favor, querido, ay, contigo no se puede... siempre te sales con la tuya, ay, mi niño, por lo que más quieras, que me haces daño...») No seas tonta, aguanta un poco, sólo un poquitín. Te quiero, mi vida, quiero estar contigo a todas horas. ¿Crees que si no fuera por ti hubiera aguantado y seguiría aguantando...?

—Hijo, eres un oportunista y un aprovechado. Piensa una que no puedes con el alma, y apenas me descuido... —Sonia se tiró de la cama y empezó a arreglarse de nuevo—... Hijo, con esas barbazas me pones la cara y el cuello... ¿Qué sabes de Javi? Me han dicho que ha vuelto otra vez al Estado Mayor.

—A mí también me lo han dicho, pero todavía no le he visto el pelo.

—Te lo digo, porque ahora podrá ayudarte en el periódico.

—Presiento que el periódico se va a la mierda. En el momento que los Portillo se enteren que su hermano Antonio ha ido a parar a la fosa de Paracuellos del Jarama, en el extranjero se va a armar la gorda.

—¿Se sabe cierto ya? —se volvió Sonia.

—Completamente... No me digas que no es una barbaridad. Hay ciertas cosas que uno no se explica por contradicciones. ¿No resulta absurdo que a un hombre que se le puede juzgar y condenar legalmente con pruebas irrefutables, le den el «paseo» sin más...?

Sonia terminó de arreglarse cuando volvieron a llamar a la puerta urgiéndola para que se presentase en el quirófano... «Ya voy, ya voy», se acercó a su marido y le pasó la mano por la cara. «Procura dormir y no pensar más en Antonio Portillo. Yo no digo que esté bien lo que han hecho, pero él mismo se lo ha buscado. ¿Quién le mandaba venir a meterse en la boca del lobo...?» Avelino cerró los ojos y se propuso no pensar en nada. «Tengo que dormir, tengo que descansar», se dijo. Entre unas cosas y otras, llevaba varios días acuciado por una serie de problemas que le quitaban el sueño. La política se le había enquistado y, por primera vez en su vida, se sentía prisionero de la mayor confusión. Una y otra vez se preguntaba qué va a pasar aquí, y no acertaba con la respuesta... Poco a poco se fue adormilando con la imagen de Antonio Portillo pegada a la retina, recordando la última vez que le había visto

en el despacho del director de la prisión. No estaba acobardado, ni mucho menos. Según le dijo, esperaba ser canjeado de un momento a otro por los familiares de un general republicano. Incluso le mostró una carta de su hermana Lucrecia en la que le decía que acababa de hablar en París con el ministro de Estado y le había dado plenas garantías del canje. La conversación discurrió más bien por cauces triviales, pues aunque se hallaban solos en el despacho, el lugar les predisponía a la desconfianza. Al despedirse, Antonio Portillo le dijo: «Es probable que no volvamos a vernos más aquí, pero te espero en Londres. Si salgo de ésta, te juro que lo pensaré mucho antes de dejarme atrapar por ideas salvadoras...» En el duermevela oyó a Sonia discutir con alguien y abrió los ojos. De momento no pudo identificar la voz de la persona que insistía en hablar con él, pero ante su obstinación en que era urgente verle y la negativa de Sonia a dejarle entrar, se tiró de la cama y abrió la puerta. Allí estaba el inspector Ortiz.

—Creí que estabas dormido —dijo Sonia.

—Ojalá... —miró a Ortiz con encono—. ¿Qué haces aquí?

—Me dijeron que la casa de tus padres había sido bombardeada contigo dentro y pensé...

—De eso hace ya tres días —le interrumpió Avelino.

—Bueno, quería verte y hablar un rato contigo. Siempre hemos sido buenos amigos, ¿no?

Avelino se rascó la pelambre, miró a Sonia, que le observaba con gesto compungido, e invitó al inspector Ortiz a entrar.

—¿Vives aquí?

—De momento sí...

Gregorio Ortiz presentaba su cara más jovial y simpática. Mientras Sonia permaneció en la habitación quitando cosas del medio y arreglando la cama, se interesó por el bombardeo que había sorprendido a Avelino durmiendo en casa de sus padres. Pero apenas se cerró la puerta, tras la salida de Sonia, su fingida jovialidad se disipó.

—¿No te parece que estás jugando con fuego?

—Me parece que todos estamos haciendo lo mismo. ¿Acaso no juegas tú con fuego?

—Yo hago el juego del Poder. Siempre lo he hecho.

—Mi juego es el de la verdad y no estoy dispuesto a abandonarlo.

—Pues lo vas a pasar mal si te empeñas en hacer el juego a los anarquistas y al trasnochado liberalismo. Parece mentira que siendo tan listo no te hayas dado cuenta que la situación ha cambiado y va a cambiar mucho más en lo sucesivo... ¿No te parece estúpido hablar de democracia, libertad y derechos humanos en una España rota por dos bandos en armas y cuarenta banderías armadas?

—Para mí la democracia y el respeto a los derechos fundamentales siguen siendo valores indiscutibles.

—Vamos a dejar las ideologías a un lado. Como prueba de amistad te diré que comprendo tu actitud, aunque no la comparta. Precisamente hace unas horas me llamó mi jefe para restregarme por los ojos el artículo que hoy publicas en «La Mañana» titulado «La sombra de Dzerzhinski». El artículo, por supuesto, ha caído como una bomba... Conmigo te has despachado a tu gusto. ¿No me vas a negar que ese inspector que hace a pelo y a pluma, y se metamorfosea camaleónicamente, no tiene un parecido inconfundible y malintencionado? Pues, a pesar de todo, cuando mi jefe te ha calificado de agente de la Gestapo, yo me he permitido discrepar, y justificar tu rabotada como propia de un idealista puritano.

—¿Quién es tu jefe?

—¿No ves como eres un ingenuo...? —se echó a reír el policía—. Mi jefe es el Poder, como lo ha sido siempre. ¿Qué importa la persona que lo encarne...? En tu artículo nos tildas de fabricantes de almas muertas y corruptores del espíritu, lo cual ha enfurecido a mi jefe, pero no a mí, que rechazo el nihilismo y la rebeldía por antisociales.

—¿Por qué odias tanto a los anarquistas?

—Vaya, ahora voy a ser yo quien les odia... —su cara mofletuda se pobló de arrugas y en el mentón y en las comisuras de los labios le nació un rictus amargo—. ¿No son ellos los que niegan toda autoridad, los que rechazan la autoridad del Estado y afirman el pleno libertinaje del hombre y la libertad absoluta del individuo...? Yo no les odio. Para mí son sencillamente delincuentes y los trato como a enemigos de la ley y de la autoridad... Si hubieran podido me habrían liquidado. Me estuvieron buscando en los primeros días como locos para darme el «paseo». ¿No te enteraste?

—Algo me dijo tu madre y algo hice yo para averiguar lo que había de cierto, sin poder comprobar nada. Luego un compañero tuyo me dijo que creía que estabas en una embajada o habías huido al extranjero.

—Estuve en París tres meses.

—¿Por qué no te pasaste a la otra zona?

—Mi madre estaba aquí... —agachó la cabeza Ortiz.

La conversación fue muy larga y, frecuentemente, polémica, pero sin llegar a ninguna conclusión definitiva. Ortiz era demasiado astuto para dejarse sorprender en la conversación. No eludía las preguntas, pero acomodaba las respuestas a su punto de vista. Según le dijo, Antonio Portillo se había desfondado en los primeros interrogatorios... «Se ha portado como un señorito vanidoso y cobarde. Vomitó hasta por la suela de los zapatos. En cambio Cristina todavía no ha abierto la boca. Qué mujer... Parece hecha de filamentos de acero y, no obstante, es una zorra, una cualquiera... ¿Sabes lo que me respondió cuando la amenacé con enviar a su marido unas fotos en las que aparece jugando con el zurriago de Carlos Revilla? Que a lo mejor se alegraba sabiendo que era feliz en el infierno...» Avelino miró el reloj de pulsera y se levantó impaciente del borde de la cama.

—Llevas más de una hora aquí y todavía no me has dicho cuál es el objeto de tu visita.

—Golito se ha suicidado.

—No —gritó Avelino.

—Lo siento de veras. Yo he sido el primer sorprendido. Se ha pegado un tiro en la cabeza después de hablar con Cristina... Algo horrible. En fin de cuentas era un colaborador voluntario. ¿Por qué lo habrá hecho? Si te digo la verdad, a mí no me gustaba, porque era un tipo inestable y obsesivo que se prestaba a todo. Me consta que en algunas ocasiones ha predispuesto al jefe en contra tuya. Sin embargo, en la nota que ha dejado, y de la cual no debes darte por enterado, os pide a todos los compañeros de redacción que le perdonéis el mal que haya podido haceros, y a ti te ruega que protejas a su mujer y a su hijo como lo has venido haciendo hasta ahora...

Avelino volvió a dejarse caer sobre el borde de la cama con la cabeza entre las manos, pero al oír la voz de Sonia en el pasillo, se levantó bruscamente y empujó al inspector Ortiz hacia la puerta... «Márchate ahora mismo. No quiero que mi mujer se entere de nada de esto ni siquiera lo sospeche, porque se moriría de asco...»

El regreso de Petra supuso un acontecimiento en la casa de evacuados. No era ninguna novedad, porque dos días antes un periódico de Madrid publicó un extenso reportaje de la madre de los Revilla en el cortejo fúnebre de Durruti. El periodista exaltaba la presencia de aquella mujer enlutada y grave que simbolizaba la tragedia del pueblo ante la muerte del héroe. En sus declaraciones hablaba extensamente de sus hijos y decía que antes prefería verlos muertos que contrarios a la revolución.

Como decía Adela preocupada, su madre desapareció recitando romances y regresaba con la misma cantinela, pues desde que traspuso la verja del palacete de Castillares y llegó a la primera planta, donde tenían sus habitaciones, pasaron casi dos horas, ya que los vecinos la cercaron para escuchar sus relaciones de lo que había visto y oído en los pueblos y ciudades por los que había pasado.

—Sabe lo que le digo, madre, que todo eso que cuenta de que viven tan bien, comen cosas tan ricas y lloran tanto, no me lo creo, porque la gente que come bien y vive bien no llora tanto.

—Como vuelvas a repetir semejante herejía ya verás el mamporro que te llevas. Pues sí, sólo falta que me salga una hija zangalotina y contrarrevolucionaria.

—Es verdad, señora Petra, si en Barcelona y Valencia se vive tan bien y hay cosas tan ricas, ¿por qué no se acuerdan de nosotros, que las estamos pasando morás? —dijo la señora Rosenda.

—Ya se lo he dicho yo, no crean que me he mordido la lengua, pero la culpa de que en Madrid no tengamos comida no la tienen los nuestros, sino la maldita aviación que todo lo bombardea y destruye. Si vieran cómo están esas carreteras de Dios con tantos camiones llenitos de comida destruidos... Por eso el «Gobierno de la Victoria» dice que los que no valgan para empuñar las armas y hacer cosas de provecho, tienen que levantar el ala y evacuar.

—Eso se le habrá escapado, señora Petra. A mí de Madrid no me sacan ni a rastras —dijo la Rufa.

—Tú harás lo que te manden y a callar, no creas que con la revolución se puede hacer lo que se quiera. Ahora todo el mundo tiene que dar el callo y meterse la lengua en el culo.

—Menos usted, que habla por ciento y ya se da tufos de dirigenta, como si fuera más que nosotros —dijo otra de las mujeres.

—Mira cómo lo sabes...

La llegada de Javi, que había sido avisado por Lucía, puso fin al chirriante gallinero que rodeaba a su madre. No fue fácil disolver el cotarro formado en el gran salón del palacete, siempre lleno de críos y mujeres ociosas con ganas de cotillear. Javi vestía por primera vez el uniforme de capitán del Ejército Popular y durante unos minutos se convirtió en foco de expectación y objeto de bromas y chungas, algunas de tan mal gusto como la de la señora Ramona, que le dijo que los enchufados de la retaguardia prosperaban más que los que

daban la cara en el frente, como sus pobres hijos, «que estaban comidos de piojos y de necesidad». A lo que respondió Adela, que con tantos piojos y necesidad se habían puesto gordos como rucios, mientras que su hermano tenía menos carnes que un gorrión y cualquier día caería tuberculoso por no darse tiempo para comer ni descansar.

Javi se llevó a su madre a la habitación, cogida de la cintura, y la obligó a sentarse en la cama.

—¿Por qué se marchó usted sin decir nada...? —la miraba a los ojos hundidos con intensa emoción. Petra, en cambio, parecía sumergida en un mundo ajeno. El aire peleón de hacía un momento había desaparecido y en sus facciones relajadas se advertía un tremendo cansancio.

—¿Es que no puedo ir yo donde quiera?

—Claro que sí, madre, pero marcharse sin decir nada es ganas de volvemos a todos locos... —Javi le cogió la mano rugosa y encallecida, pero su madre la retiró con cierta hosquedad—. Nos hemos pasado una semana viendo cadáveres. Lucía y Adela parecían almas en pena. Luis se levantó de la cama para ir al depósito de cadáveres a ver los restos de una mujer enlutada que se parecía a usted en las manos, porque la cabeza la tenía deshecha, y regresó al hospital con un fiebrón...

Petra le oía con la mayor indiferencia. Mientras Javi le relataba lo que habían hecho cada uno de sus hijos, además de los vecinos, para descubrir sus pasos y averiguar su paradero, ella permaneció impasible, sin revelar ninguna emoción. ¿Sería verdad que se estaba volviendo loca, como decía Adela...? Para probarla, Javi cambió de conversación, comentando lo que habían dicho algunos periódicos de aquella mujer enlutada que simbolizaba el dolor de las mujeres madrileñas en la cabalgata fúnebre del héroe anarquista, y los actos en los que había intervenido en Barcelona. La tecla funcionó. Petra cambió su actitud indiferente y recelosa. Los ojos hundidos se llenaron de luz y su rostro enjuto y rugoso se tensó vibrante. Cada una de las arrugas de su cara era una cuerda sonora y en todo su rostro se reflejaba una pasión desesperada. Durante más de media hora estuvo hablando con perfecta coherencia y

lucidez, para terminar diciendo que había ofrecido su vida a Dios por la revolución y que pensaba entregarse a ella en cuerpo y alma.

—Me alegro que, por fin, se haya convencido usted... —se levantó Javi no muy seguro de que la extraña actitud de su madre fuera normal. Aquella mezcla de misticismo religioso y delirio revolucionario le inspiraba serias dudas—. Si puedo vendré luego.

—No es necesario que te molestes. Además, a lo mejor no me encuentras aquí, porque yo también tengo que cumplir con mi deber.

—¿Qué deber? —se volvió Javi.

—El deber de una revolucionaria... de una mujer libre que quiere vivir su vida lo mismo que vosotros. ¿O crees que yo no tengo derecho...? ¿Por qué te ríes?

—Porque me hace gracia que a sus años hable usted de vivir su vida.

—Pues trónchate si es tu gusto, hijo...

Javi contempló a su madre sorprendido por la fuerza sarcástica de sus palabras, pero miró el reloj de pulsera y salió. Fuera, en el amplio comedor de muebles de caoba y paredes tapizadas de brocado color salmón, le esperaban Adela y Lucía. Tanto su hermana como la ex monja parecían preocupadas.

—¿Qué te ha dicho? —le agarró Adela del brazo.

—Nada... que es una mujer libre y quiere vivir su vida, lo cual me parece bien... —sorprendió entre Adela y Lucía una mirada de inteligencia, y los ojos de Adela se humedecieron—. No seas imbécil y deja a madre en paz.

—Madre no está bien —empezó Adela a hacer pucheros.

—La que no está bien eres tú.

—Adela tiene razón, Javi. Tu madre ha cambiado mucho. Yo creo que desde que detuvieron a Carlitos...

—Bueno, bueno, luego hablaremos, que ahora no tengo tiempo —se dirigió Javi a la puerta, sorteando a los críos, que se le agarraban a las piernas.

Pasaron varias horas sin que Petra diera señales de vida. Adela se mostraba impaciente por saber lo que su madre hacía tanto tiempo en la habitación y varías veces intentó averiguarlo, pero Lucía se lo quitó de la cabeza, aduciendo que muy bien podría haberse quedado dormida y era una pena despertarla. La ex monja opinaba que los desequilibrios nerviosos de Petra muy bien podrían tener su origen en el insomnio que padecía desde que comenzó la defensa de Madrid, pues en los días que pasaron en el subterráneo del Metro y en el tiempo que llevaban en aquella casa, hasta su escapada a Barcelona, no la había visto nunca entregarse al sueño. Tanto es así que algunas de las evacuadas empezaban a decir que era sonámbula, ya que a cualquier hora del día o de la noche podían encontrarla con los ojos abiertos, como si estuviera pendiente de algo.

A la hora de la comida, Adela entró en la habitación, cansada de esperar, y se la encontró muy atildada pronunciando ante el espejo de la consola una especie de arenga o discurso. Tan abstraída se hallaba en los gestos y manoteos y en la música de las palabras, pronunciadas en la voz y tonillo discursero, que no se dio cuenta de la entrada de su hija. Pero al advertirlo tampoco se inmutó. En Adela sí se produjo un cierto estupor por el cambio sufrido.

—¿Qué hace usted?

—Ya lo ves, me estoy arreglando para ir a una asamblea de mujeres antifascistas.

—Acaba usted de llegar y ya está pensando en marcharse... Y así...

—¿Lo dices porque me he quitado el luto?

—Porque se ha quitado el luto y se ha puesto hecha un adefesio con tantos colorines.

—Como sigas hablando terminarás ganándote un mamporro... ¿No me decíais que era una cateta y una anticuada? Pues ahora os vais a enterar que yo también sé vivir. En lo sucesivo no pienso sofocarme por nada ni por nadie. Como muy bien dice la Amaranta, si una quiere vivir su vida no puede vivir pensando en lo que hacen o dicen los demás.

—La Amaranta es una fresca y una lianta, y lo primero que tiene usted que hacer es no volverla a ver. ¿Qué se ha creído esa idiota sabihonda...? Ya me está jorobando a mí con tanto traerla y llevarla como si fuera un bicho raro. Y todo porque se ha creído que haciéndole a usted la rosca Luis va a volver con ella, como si Luis no supiera del pie que cojea. Ya verá cuando sepa que fue ella quien se la llevó a Barcelona...

Sin hacer el menor caso de Adela, que la siguió lloriqueando hasta la puerta, Petra salió muy ufana y altiva, como si no fuera ella a quien su hija sermoneaba.

Carlitos se pasó dos días durmiendo y al despertarse lo primero que hizo fue preguntar por Cristina. Sonia y Luis miraron al muchacho, que parecía no tener conciencia de dónde se hallaba... Sonia le pasó la mano por la frente y le tomó el pulso, murmurando que se hallaba completamente normal. La mujer de Avelino no salía de su perplejidad. Durante aquellos dos días Carlitos había sido objeto de una vigilancia especial por parte del equipo médico, ya que nadie se explicaba un sueño tan intenso y prolongado. En principio nadie pensó que hubiera podido ser drogado, pero al ver que no mostraba la menor sensibilidad en las dolorosas curas que tuvieron que hacerle en la herida infectada del brazo, le hicieron algunos análisis y aparecieron rastros de sustancias tóxicas.

—¿Me conoces? —preguntó Sonia.

—¿Cómo no te voy a conocer...? —parpadeó el muchacho y en sus labios resecos apareció una sonrisa.

Su hermano Luis le cogió la mano y la oprimió afectuosamente.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué pasa...?

—Nada, no pasa nada. ¿Te encuentras bien?

—De miedo... ¿Dónde está Cristina?

—¿Todavía te acuerdas de esa tipa? —gruñó Luis.

—Carlitos volvió a parpadear y se quedó muy serio con los ojos entornados en una especie de ensimismamiento. En su expresión, casi regocijada, se formaron algunas arrugas y se pasó repentinamente la lengua por los labios con creciente nerviosismo. ¿Era sueño o era realidad...? Sentía el peso de Cristina clavada en él, oía sus murmullos y sus quejidos, percibía el cosquilleo de su lengua en los pezones, en los sobacos, en el ombligo... Jugaba como sólo ella sabía hacerlo, pulsando cada una de sus teclas, hurgando, palpando, lamiendo en todo su cuerpo para prolongar el goce y provocar el orgasmo como una violenta descarga. La recordaba ensamblada, fundida, cuando se abrió la puerta e irrumpieron en la habitación media docena de policías. La carcajada del inspector Ortiz y las risotadas de su compañero se confundieron con el prolongado gemido de Cristina. Un fotógrafo disparó varias placas con flash y el inspector Ortiz canturreó sarcástico: «siempre te encuentro lo mismo...» Después cayeron sobre él los policías, le esposaron y le bajaron al coche envuelto en una sábana. Entre los que le habían detenido figuraban dos antiguos compañeros de los grupos de investigación que le tildaron de quintacolumnista y contrarrevolucionario. Con él iban tres y los otros tres, entre los que figuraban el inspector Ortiz, se quedaron con Cristina, a la que ya no volvió a ver y de la que nada supo en el tiempo que estuvo encerrado en la carbonera... Sus ojos se llenaron de lágrimas y en los labios se le formó un rictus de odio. Sonia le acarició el pelo revuelto y ensortijado, y le dijo que no debía preocuparse de lo sucedido.

—¿Cómo que no debe preocuparse? —gruñó Luis—. Lo que tiene que hacer es no olvidarlo. Ya está bien de infantilismos. Uno puede hacer lo que quiera y acostarse con quien le dé la gana, pero una cosa es acostarse y otra comprometerse y enamorarse de una lagarta que se aprovecha de los niñatos para hacer espionaje... Recuerda que a Javi y a mí nos prometiste que no volverías a verla.

—Bueno, déjale... Yo creo que la lección ha sido lo suficiente dura para que no la olvide —se llevó Sonia a Luis hacia la puerta de la habitación y lo sacó al pasillo—. Vamos a dejarle que se recupere y reflexione. Ya habrá tiempo de sermonearle, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que lo han agilipollado... ¿Qué dicen los médicos?

—Que ha sido drogado.

—Me cago... en los muy hijoputas...

—No empieces a desbarrar... —le cogió Sonia del brazo y le acompañó hasta la puerta de su sala—. Si nos entregamos a la venganza estamos perdidos. Hay que tener el valor moral de luchar contra las provocaciones lo mismo que luchamos contra el enemigo que quiere imponernos su ley por la fuerza. Lo de Carlitos es lamentable, pero quizá no le venga mal lo sucedido. A mí, personalmente, me resulta tan desagradable y repugnante el terrorismo incontrolado como el terror policíaco que empieza a invadirnos.

—Javi dice que estamos pudriendo la revolución y tiene razón. Por este camino no vamos a ninguna parte.

—Me agrada oírtelo decir... Todo el mundo habla de los nobles principios sin preocuparse de los nobles medios, y los medios condicionan los fines. Aunque me acusen de moralista y puritana no me cansaré de repetir que es contradictorio y absurdo buscar la justicia con procedimientos injustos... —Sonia vio a Rómulo Talavera asomar por el pasillo y se despidió de Luis para regresar a la habitación de Carlitos.

Luis esperó a su jefe y entró con él en la sala. La mayoría de los heridos que había allí pertenecían a su columna. Rómulo Talavera les saludó uno por uno, interesándose por su situación personal, y luego se retiró con Luis a un rincón para hablar a solas. Luis solía decir que Rómulo Talavera tenía dos caras y cien caretas, pero en muy poco tiempo se había impuesto como jefe nato por sus conocimientos militares y por su manera peculiar de dosificar el carácter en el campo de batalla. Podía ser valiente, temerario y hasta brutal en el combate, pero normalmente era astuto y valoraba las situación con excepcional sangre fría. Luis le apreciaba y admiraba su seguridad, pero sentía hacia él ciertos recelos y algún resentimiento por haberse situado por encima ayudado por la suerte. Y todo sin saber quién era ni de dónde procedía, aunque él no ocultaba que había sido cabo en la Legión ni pudiera disimular que le gustaba la buena vida. Carlitos le había acompañado alguna vez a un chalé de la calle Cartagena llamado «Villa Emperadora», donde, al parecer, la dueña y sus pupilas le recibían, al decir de su hermano, «a pedir de boca y bajarse las bragas».

—¿Sabes que nos han sacado del frente y nos han llevado al cuartel de Hortaleza a reorganizamos? —dijo Talavera.

—Algo me ha dicho Javi.

—Pues sí, nos han dado una semana para transformamos en brigada mixta y estar a punto en cualquier momento para entrar en combate... Es un embolao, sabes. Yo no sé cómo vamos a salir del lío... ¿Puedo contar contigo y con Carlitos?

—Conmigo sí. Ayer pedí el alta y los médicos me dijeron que no tuviera tanta prisa, pero con mi hermano no sé. Los chequistas le han jodido con drogas y mierdas. Ahora mismo acabo de verlo y me da la impresión de que está un poco agilipollado.

—Eso mismo ha corrido por la columna y la gente está encabronada. Algunos me han dicho en mis barbas que no vuelven al frente hasta que no acaben con los chequistas de la retaguardia. Hace un momento han abucheado a un delegado del Comité de Defensa que fue a leerlos la cartilla... Dicen que no se puede luchar por la revolución sabiendo que en la retaguardia se organiza la contrarrevolución y los comunistas imponen su dictadura. Por eso es preciso que tú y Carlitos hagáis acto de presencia para crear un ambiente de confianza y restablecer la disciplina...

Mientras hablaban de las dificultades para imponer la disciplina militar, se presentó Javi embarrado y sucio. Aunque su cara chupada denotaba cansancio, sus pupilas vivaces chispeaban enérgicas. Según les dijo, venía de la carretera de La Coruña, donde se estaba librando una feroz batalla en condiciones pésimas por la niebla, la lluvia y el frío... «el enemigo ha montado una operación sorpresa para cortar las comunicaciones con la Sierra y apretar el cerco de Madrid, pero hasta hace media hora apenas si había conseguido remover las líneas», les dijo con indudable satisfacción. Luego les contó algunos detalles más coloristas con el mismo entusiasmo. Parece que la columna España Libre, que mandaba un amigo de Luis, y las fuerzas del Campesino, habían sido arrolladas en el primer momento, pero Mera y los Internacionales habían conseguido dominar la desbandada y el caos. Al anochecer se seguía luchando con gran dureza, pero sin ceder terreno.

—¿Has visto al Viejo? —preguntó Luis.

—Estuve con él en el momento más difícil, cuando se produjo la desbandada y los que huían como conejos tiraban los fusiles y abandonaban las ametralladoras. Mera tuvo la genial idea de colocar unas cuantas ametralladoras contra los que habían abandonado Pozuelo y Aravaca y pudo impedir la deserción masiva. El general Miaja y Rojo le han felicitado a él y al comandante Perea... —Javi echó el brazo por el hombro de su hermano y sonrió jovial—. ¿Sabes que el Viejo empieza a gustarme? Aunque nunca le he tenido mucha simpatía por su sectarismo intransigente, en la guerra se está revelando como un jefe indiscutible. Hace un momento comentaba Rojo con otros militares profesionales, que Mera es uno de los pocos jefes de milicias que posee un sentido intuitivo de la táctica militar y un concepto de la responsabilidad inflexible. ¿No es curioso que se pueda decir eso de un hombre que al empezar la guerra era el más intransigente de los anarquistas?

—¿Por qué? —le contempló su hermano con cierta hosquedad.

—Porque mientras otros siguen vacilando si se militarizan o no se militarizan y convierten su miedo o su egoísmo en prejuicios ideológicos, Mera asume la realidad y, sin aparente transición, no sólo acepta la militarización, sino que la impone.

—Si lo dices por mí, te equivocas... —levantó Luis la cabeza con un gesto concentrado que afilaba los músculos de su cara—. Yo también acepto la militarización. Creo que no tenemos otra solución si queremos defendernos hasta el límite de lo posible. Pero también pienso que, una vez que nos hayamos militarizado, seremos como los demás... instrumentos al servicio de algo o de alguien, engranajes de la violencia del poder jerarquizado contra la igualdad y la libertad...

—¿Por qué no para imponer la igualdad y la libertad? —le interrumpió Javi.

—Porque lo impuesto, aunque sea la gloria y la felicidad, es siempre represivo y corrompe a los que se atribuyen el papel de redentores.

—Tienes razón, pero no tenemos más remedio que corrompemos si queremos salvar la revolución y la pelleja...—movió la cabeza Javi preocupado—. Ya no podemos dar marcha atrás.

Los dos hermanos se miraron profunda y afectuosamente, y Luis agachó la cabeza con el ceño fruncido en tanto en los labios gruesos de Tala— vera aparecía una sonrisa burlona.

—Después de tantas metafísicas, ¿se puede saber lo que piensas hacer? —miró a Luis.

—Me voy contigo...—se levantó del borde de la cama—. Supongo que si las cosas están tan mal como dice Javi, no tardarán en llamamos y no quiero que por mí se pierda la guerra.

Luis había recuperado el tono jocoso, casi frívolo, y mientras recogía sus cosas, rechazó con bromas y burlas los consejos y advertencias de su hermano, pues Javi consideraba que aún no estaba en condiciones físicas de afrontar los riesgos del frente. Como Talavera dijera que todavía tenía una semana para reponerse, mientras efectuaban la conversión de la columna en brigada mixta, Javi le hizo una señal con la cabeza denegando su afirmación. Pero la señal fue captada por Luis, quien exclamó: «Vaya, ¿a que tenemos ya la orden de marcha?» Javi asintió con la cabeza.

—¿Cómo no me lo has dicho antes? —se levantó bruscamente Talavera.

—No quería que mi hermano se enterase.

—¿No ves lo solapado que es mi hermanito...? —acarició el colodrillo de Javi—. Tanto hablar de ganar la guerra, y no quiere que yo esté presente, como si la guerra pudiera ganarse sin mí... No te preocupes. Me encuentro perfectamente. Si no me he marchado antes, ha sido por Carlitos. Ese niñato me tiene preocupado hasta la coronilla. El caso es que parece que se encuentra bien y, a veces, hasta demasiado bien. Antes de detenerle tenía a las enfermeras fritas con tanta ternura cachonda. Joder con el niño... Si llega a nacer un poco antes no nos respeta ni a nosotros. ¿Te acuerdas cuando en casa, Nano se liaba a porrazos con él, porque decía que estaba toda la noche con el rabo enfilado? Pues las enfermeras de aquí ya le temen. A todas se lo ha

pedido de una manera o de otra. Algunas se muestran tolerantes, pero otras se han querellado. Hay una fea y grandota, que llaman la Camella, que se ha negado a atenderle, porque dice que siempre que entra en su habitación le hace alguna picardía...

—Carlitos siempre ha sido un sinvergüenza.

—¿Por qué va a ser un sinvergüenza...? —se echó a reír Talavera—. Hace muy bien en pedírselo a todas... Yo hacía lo mismo cuando tenía su edad, y no me fue nada mal... ¿Qué os parece si nos lo lleváramos con nosotros? Yo había pensado hacerle teniente ayudante mío...

—A mí me parece que todavía no está bien —movió la cabeza Javi.

—Sonia dice que ha sufrido un trauma muy fuerte —añadió Luis.

—Un trauma, un trauma... palabras y nada más que palabras. Lo que tiene Carlitos es lo que tendríamos cualquiera de nosotros si nos hubieran hecho la hijoputada que a él...

Mientras discutían se presentó Carlitos en pijama y, al enterarse de lo que sucedía, dijo que él también se marchaba. Luis trató de disuadirle, pero Talavera se las arregló para convencerle de que debía hacer acto de presencia en la columna, aunque luego regresara al hospital o se quedara en la representación de la brigada hasta recuperarse del todo.

A juicio de Avelino Rico, «La Mañana» hacía aguas por los cuatro costados. Era un navío que se marchaba a pique. El periodismo partidista estaba acabando con el periodismo empresarial, y no porque éste careciera de lectores, sino más bien por las agobiantes presiones de los comités sindicales y políticos, y la falta de recursos para enjugar las pérdidas que producía la falta de publicidad y las mezquinas tiradas por la carencia de papel. Hasta el mes de noviembre, Avelino Rico pudo superar las dificultades por medio de Garcés. Pero éste desapareció dos o tres días después de la detención de Antonio Portillo y pasaría más de un mes antes de que se enterase por la prensa francesa que se hallaba en Ginebra formando parte de una delegación española ante la Sociedad de Naciones. El hecho resultaba un tanto extraño, pues en algunos ambientes políticos se le consideraba implicado en las tentativas de la «quinta

columna» de abrir las puertas de la capital a las tropas facciosas. Incluso se sospechaba que hubiera podido desaparecer en la turbonada represiva para acabar con la resistencia enemiga en la retaguardia republicana.

Inmediatamente que supo dónde estaba, le escribió dándole cuenta de la precaria situación del periódico y pidiéndole instrucciones para seguir editándolo o suspenderlo definitivamente. Por toda respuesta recibió un telegrama impersonal invitándole a trasladarse a Suiza para discutir el asunto. El telegrama le produjo una cierta desazón por su lenguaje seco y conminatorio. Era una orden y, por su lenguaje, sospechaba que había sido redactado por el mismo Alejandro Portillo.

Artigas le sorprendió perplejo, estrujando el telegrama entre los dedos con un gesto en el que se mezclaban la ira y la impotencia. Las relaciones con el redactor jefe no eran muy cordiales. Desde su nombramiento como presidente del comité de control de los trabajadores, se daba ciertos humos y de una manera solapada trataba de imponer su autoridad en la orientación del periódico. Unos días antes habían tenido un enfrentamiento mayúsculo por haber mutilado despiadadamente un artículo de Javi en el que comentaba «la tortuosa, pero inflexible marcha de los beneficiarios de la “ayuda” extranjera en la absorción del Poder».

—Parece que hay malas noticias —sonrió Artigas melifluo.

—¿Malas...? Quizá sean las mejores... —gruñó hosco—. Si quieren que vaya a ponerme de rodillas, están arreglados, porque no pienso claudicar... —le tiró el telegrama a su interlocutor. El redactor jefe lo cogió casi en el aire, lo leyó atentamente y su cara de manzana verde doncella, como decía Javi, se tiñó de ambiciosas euforias. Sus mofletes eran un cromo de alegría y sus ojos astutos, tirando a chinescos, brillaban voluptuosos—. Esto es el fin, porque yo no pienso ir a que me calienten las orejas.

—El fin, ¿por qué...? Yo más bien diría que es una buena solución. Los trabajadores no necesitamos del dinero de los Portillo ni de los consejos del traidor Garcés para seguir sacando el periódico... Si te parece, daré cuenta al comité de control de este telegrama, y les comunicaré tu propósito de no viajar a Suiza.

—Haz lo que quieras.

—Se van a alegrar, ya lo verás... —salió el redactor jefe moviendo los cuartos traseros con ampulosidad.

Poco después entraba Javi impecablemente uniformado de oficial. Era la primera vez que Avelino Rico le veía con el atuendo militar completo, y no pudo por menos que exclamar: «Coño, éste no es mi Juan, que me lo han cambiado...» Su expresión regocijada y burlona hizo estallar los colores en las delgadas mejillas del muchacho. Después de excusarse como si de algo vergonzoso se tratara, tomó asiento y se puso a hablar con entusiasmo de las operaciones que se desarrollaban en la carretera de La Coruña. Javi vivía obsesivamente pendiente de los frentes. Avelino decía que los Revilla habían pasado de un antimilitarismo feroz y de un pacifismo idealista, a convertirse en militaristas fervorosos y guerreros temperamentales. Su transformación fue radical. En los últimos días, los cuatro hermanos se encontraron en la llamada «batalla de la niebla», por las condiciones climatológicas en que se estaba desarrollando, y los cuatro destacaron cada uno en su función. Sin embargo, para Javi el héroe era su hermano Luis, que en pésimas condiciones tomó el mando de la brigada al caer herido Rómulo Talavera, y cambió la situación para alzarse con la victoria. No obstante, ocultaba que el éxito de la estrategia de Luis se debía tanto a él, que en un momento de máxima debilidad consiguió el refuerzo del batallón mandado por su hermano Mariano, como de Carlitos, que con la sección de enlaces había impedido que el puesto de mando cayese en poder del enemigo.

—¿Has visto el reportaje que publica «Ahora» de tu hermano Mariano? De Luis y Carlitos sólo dice que han sido mencionados en la orden del día del Ejército de la Defensa... ¿Por qué no escribes tú algo, aunque lo firmes con seudónimo?

—No quiero... —movió la cabeza Javi—. Precisamente hace unas horas hemos comentado ese reportaje en el puesto de mando de Luis y Mariano se ha sentido avergonzado por lo que dicen de él... Son cosas de la Estrella

Roja, que no pierde ocasión de llevar el agua a su molino. Nano no comparte el criterio de su compañera. Por cierto, ha escrito una carta rectificando algunas

de las cosas que dice el reportaje y en ella condena la adulación y la tendenciosidad. Mariano es honrado. Discrepa de nosotros en cuanto a los medios de conseguir el poder, pero en el fondo es un Revilla y se muestra contrario al sucio proselitismo que practica su partido y al sectarismo triunfalista de su compañera.

—Eso quiere decir que los cuatro hermanos estáis a partir un piñón —le miró Avelino con expresión dubitativa.

—Siempre nos hemos llevado bien, a pesar de las discrepancias ideológicas.

Avelino sonrió enigmático y cambió de conversación. Le preocupaba la situación del periódico tanto como la marcha de la guerra, y en ninguno de los dos casos veía soluciones fáciles ni victorias rápidas. Comentó con Javi el telegrama recibido de Garcés o Alejandro Portillo, pues no estaba seguro de quién era y su intención de abandonar el periódico.

—Supongo que no lo dices en serio —le interrumpió Javi alarmado.

—Si quiero ser fiel conmigo mismo, no tengo otro remedio... —se quedó ensimismado, con el ceño fruncido y una mueca de sarcasmo en los labios.

Empezaba a sentir las náuseas, algo que ya había sentido en diferentes ocasiones de su vida, casi desde niño, siempre que se había encontrado bajo el imperio de servidumbres impuestas. La pugna se materializaba entre Artigas y Alejandro Portillo. El primero empezaba a resultarle odioso, inquisitivo, por su carácter intrigante y manipulador, y su espíritu versátil y maleable. Lentamente se había ido apoderando del periódico, mediatizando la voluntad de los trabajadores con consignas y masajes políticos. Javi, Don Poli y otros redactores decían que la culpa la tenía él por haberle dejado ensanchar la cuña desde el comité de control sindical, un organismo que todos aceptaron voluntariamente mientras fue una representación heterogénea y democrática. Pero a la sazón el comité de control era Artigas y Artigas era un engranaje de la maquinaria de propaganda comunista. En cuanto a Alejandro Portillo, ni siquiera quería pensar en él, ya que le consideraba un enemigo irreducible de la revolución y cualquier paso de acercamiento que diera, sería para romper bruscamente o quedar prendido en su tela de araña. Con todo, su decisión

todavía no estaba madura. Hablaba vagamente de incorporarse al frente en el momento que su mujer diera a luz... «En cuanto suelte la criatura, me la llevo por las buenas o por las malas a la provincia de Murcia. Por cierto, he pensado que tu madre, Adela y Lucía podían acompañarla. ¿Qué opinas tú...?»

—No sé. Yo me alegraría que se fueran, pero siempre que hablamos de evacuarlas se ponen de uñas... Mi madre está un poco desquiciada con esa pasión de protagonismo que se le ha despertado. Adela dice que ella no abandona a su tirillas por nada del mundo. Y Lucía, con el encantamiento de Luis, no hará nada que no hagan mi madre y Adela.

—¿Es verdad que la monja está enamorada de tu hermano?

—Adela dice que más que amor es delirio.

—Y Luis, ¿qué piensa?

—Lo de siempre... que no quiere ataduras.

—Es una pena, porque Lucía es deliciosa, y muy inteligente. Sinceramente me alegraría que alguien la librarse de sus complejos monjiles.

—A mí me gusta mucho.

—Pues adelante. No seas tímido. ¿Qué esperas? Por lo menos, inténtalo...

Artigas entró en el despacho con el primer número de «La Mañana» rezumando tinta fresca. Al ver a Javi arqueó las cejas y le miró por encima de las gafas sin dejar de contemplar el llamativo efecto de la primera página, que decía en grandes titulares: «Con la ayuda de la Unión Soviética aplastaremos al fascismo internacional.» Con gesto de radiante satisfacción entregó el periódico a Avelino Rico y se volvió hacia Javi.

—¿Qué dice nuestro estratega? —se acentuó en la comisura de sus labios la ironía.

—Nada de particular.

—Creo que se está preparando una buena zarabanda por la zona sur, ¿no?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Uno no es un pichiríchi, como tú piensas. También sabe algo de la guerra y de los secretos militares... ¿Qué líos se traen «nuestro glorioso defensor de Madrid» y «nuestro no menos glorioso don Paco el estuquista»? Parece que se tiran a degüello, ¿no?

—Sí, parece que existen algunas discrepancias entre ellos —dijo Javi sin darle importancia.

—¿Por qué no escribes algo muy velado y discreto sobre el particular?

—En realidad no se sabe nada concreto. Todo son murmuraciones de los ayudantes del general y de algunos miembros de la Junta de Defensa... Dicen que Largo Caballero está celoso de Miaja y quiere cargárselo. Otros dicen que los que discrepan son el general Miaja y el general Asensio. Pero lo evidente es que el general Miaja no traga al general Pozas y quiere para sí la jefatura del Ejército del Centro.

—Sólo nos faltaba ahora que a los dos viejos chochos se les despertaran las ambiciones...

—¿Por qué deduces semejante estupidez? —levantó Avelino Rico la cabeza del periódico—. Es como este artículo que has metido sobre la Unión Soviética... ¿No te parece hiperbólico afirmar que Rusia está dispuesta a sacrificar por nosotros el último hombre y el último fusil? Nos estamos pasando de la raya en la mitomanía. Sabes que no me gusta este tipo de periodismo apologético. Una cosa es ponderar la amistad de la Unión Soviética y de sus dirigentes políticos, y otra dar a entender que sin la Unión Soviética no podemos ni respirar o que el día que nos falte la omnipotente protección del camarada Stalin estamos perdidos... —el director de «La Mañana» encendió un cigarrillo y se levantó—. En cuanto a lo que decías a Javi sobre las chinchorrerías de Largo Caballero y Miaja, de momento no aparecerá ni una línea en el periódico. Los dos viejos chochos, como tú dices, cada uno en su esfera, han conseguido el milagro de unir a todos los antifascistas en el esfuerzo común y mantener al enemigo a raya.

—Bien, se hará como tú dices... —se dirigió Artigas hacia la puerta con gesto enfurruñado—. ¿Puedo dar la orden de que empiecen a tirar?

—¿Han llegado ya las galeradas de la censura?

—Supongo que sí.

—Ahora bajo yo... —y cuando Artigas desapareció, se volvió hacia Javi—. Este tipo me revienta. Cada vez le aguento menos. Antes era un escéptico corrosivo y ahora se nos ha convertido en un fanático intolerante. Ha tomado tan en serio lo de la Unión Soviética y el camarada Stalin, que no hay día que no meta algo de matute sobre los nuevos dioses.

—¿Sabes que ya empieza a decirse por ahí que «La Mañana» está financiada por la embajada rusa?

—Eso lo dicen tus amigos de «CNT», que tampoco pierden ocasión de meter cizaña... —cogió algunas cosas de la mesa y salió con Javi—. No obstante, tendremos que buscar alguna fuente de financiación si no queremos que «La Mañana» desaparezca.

Al decir de Adela, con su madre no se podía contar para nada. Y era verdad. Petra parecía desquiciada por el torbellino de la guerra. En casa no paraba más que lo necesario para descansar, y no siempre, pues frecuentemente salía de gira propagandística con Amaranta y tardaba hasta una semana en regresar como si fuera lo más natural del mundo. En realidad parecía otra. En sus ojos siempre tristes brillaba una luz nueva. Su hija, que no se avenía a que su madre fuera «corretona y andariega como la loca de la Amaranta», decía que no estaba en sus cabales, pero la verdad es que se comportaba de una manera tan normal que sólo resultaba extraña a los que la conocían profundamente. En general, se mostraba amable, comprensiva y servicial para con todo el mundo. Es verdad que presumía mucho y se daba mucho pisto con sus amigos «mandamases», pero cualquiera que tuviera que resolver algún asunto enojoso o pleitear con los burócratas, la encontraba siempre dispuesta a ayudarle, y cuando regresaba de sus giras de propaganda por los pueblos, la comida que traía la distribuía equitativamente entre los vecinos más necesitados.

Sin embargo, lo que nadie perdonaba a la señora Petra era lo que la Rufa llamaba «las salidas de tono de la madre de los Revilla»... aquel ir y venir de un

lado para otro mangoneando y exhibiéndose como si fuera una jerifalta, su afición a recitar romances y aquella pasión en hablar de la Santa Idea o de la Santa Causa o del Santo Sacrificio a la Revolución, como si estuviera hablando dé la Santísima Trinidad o del Santo sacrificio del Altar. Y luego aquellos arrechuchos que le habían nacido de moza... ¿No era más que locura, dislate de viuda alegre, el enterrar el luto a los seis meses de haber enterrado al marido que, aunque borrachín y rijoso, le había calentado cerca de treinta años la cama? ¿Y qué decir de una madre que tenía cuatro hijos en el frente, a los que había que llorar y rezar todos los días, y ella se pasaba sus buenas horas arrancándose los pelitos de las cejas y los pelánganos del bigote, para luego lanzarse a la calle bien vestida y adobada en compañía de aquella Amaranta que hablaba del amor libre y de la huelga de vientres como una desvergonzada...? No todas las vecinas sentían por la señora Petra la inquina envidiosa de la Rufa, pero la mayoría mostraba cierta perplejidad y sorpresa por la metamorfosis que había sufrido aquella mujer de suyo callada y sufrida como la que más. No faltaban tampoco las que daban por seguro que Petra había perdido la cabeza con tantos hijos «notorios», pues algunos de ellos andaban con coche y bandera como si fueran mariscales y de todos hablaban los periódicos, cuando no escribían en ellos, como le ocurría a Javi.

La casa que ocupaban los evacuados de la barriada era el palacete de una duquesa de muchas campanillas y con muchos títulos de Castilla y otros reinos. El palacio fue saqueado en los primeros días de la revolución y ofrecía un triste aspecto de suntuosidad y cochambre. Algo quedaba de su antigua grandeza en el salón artesonado de ricas maderas, paredes tapizadas de damasco y suelos de mármol rutilante, con gran lujo de consolas y espejos dorados. Pero lo mejor del mobiliario y todos los objetos de valor artístico habían sido requisados por un organismo oficial. Excepto el gran salón y el despacho biblioteca, en el que había establecido su acomodo un antiguo servidor de la casa viejo y enfermucho, todo lo demás formaba parte del patrimonio común de los evacuados, unas treinta personas que discutían, gritaban, a veces parecía que se iban a enzarzar en batalla campal, pero que se ayudaban mutuamente y permanecían unidos contra el «enemigo de clase».

Aunque Javi decía que no se podía considerar «enemigos de clase» al viejo bibliotecario ni al portero del palacete, que tenía su pabellón en el jardín, los evacuados se resistían a dejarse convencer... ¿Qué hacía allí aquel viejo lechuzo, aislado en la biblioteca, sin trato con nadie y observándolo todo como si tomase nota de lo que hacían los evacuados? En cuanto al portero-jardinero, la cuestión era distinta. El hombre, que se llamaba Pedro, tenía dos hijos milicianos y presumía de rojo, pero no de los que atentan contra la propiedad, y él se consideraba propietario del jardín y de cada ramujo que allí crecía. Su disputa diaria con las mujeres versaba sobre las sutilezas de que se valían éstas y sus hijos para podarle los árboles clandestinamente o desgarrarle los arbustos aprovechando sus descuidos.

El peor lugar de todos era la cocina, pues aunque era grande y estaba bien dotada de placas y hornos para servir a un centenar de personas de buen apetito y gustos refinados, se había convertido en una especie de cuadra donde cada familia hacía sus guisos en pequeños anafes y hornillos de variadas materias combustibles. Allí se quemaban lo mismo las alpargatas y zapatos viejos, que las ramas verdes podadas en el jardín o en los árboles de la calle, y también las revistas y libros que los críos sustraían al celoso guardián de la biblioteca. Un día el melifluo don Amilio, a quien las mujeres llamaban el Tío Escuchimizao, y él se vengaba calificándolas de tiorras, rojazas y furias del averno, encontró rastros en la cocina de una edición «príncipe» del «Quijote» y restos de láminas de una colección de Aguafuertes de Goya. El mansurrón hombrecillo armó una gorda trifulca y hasta quiso hacer intervenir a la policía. Pero cuando la señora Rosenda le dijo que la policía se iba a enterar de las visitas de tapadillo que hacía a una embajada que había en la misma calle, y que al decir de ella «era el mayor refugio de fascistas y quintacolumnistas de Madrid», el vejete cerró la boca y poco después desaparecería para no volverse a saber de él.

Los Revilla tenían en el palacete cuatro habitaciones. Una de ellas era el antiguo comedor de la casa, una pieza amplia en la que hacían vida en común y por la noche se transformaba en dormitorio. Normalmente se arreglaban bien y hasta poseían más espacio que la mayoría de las familias evacuadas. Javi era el único que tenía una habitación para sí. Los demás se las arreglaban en el

resto y siempre quedaba espacio disponible por si los «chicos» se presentaban de sopetón. Los chicos eran Luis, Mariano y Carlitos, pero esto sólo ocurría rara vez. La última había sido unos días antes. Luis acababa de ser relevado del frente. En los diez o doce días de combates ininterrumpidos había perdido la mitad de la brigada, recién organizada, y él mismo ofrecía un sombrío aspecto de hombre exhausto y febril. Sus poderosos huesos aparecían a flor de piel y los grandes ojos se le hundían acuevados... La ex monja, siempre fría y distanciada de todo lo que no le afectara directamente, se mostró especialmente conmovida y turbada, y casi fue ella quien le obligó a meterse en la cama. Luego se habló mucho de sus encandilamientos y rubores en presencia de Luis, y de aquella estremecida vivacidad en complacerle y captar sus miradas y gestos con servidumbre y pasión.

¿Qué pasó en aquellas cuarenta y ocho horas en que Luis permaneció en la cama con altísima fiebre, al decir de Lucía...? Los murmullos y rumores de las comadres decían que la monja se había apoderado del héroe con sus mañas y argucias de simplona. Dos o tres días después de que Luis hubiera desaparecido para incorporarse al frente del Jarama, donde el enemigo empujaba de nuevo con furia para apoderarse de la capital, Amaranta captó lo que se decía entre los evacuados y comentó con sorna que la ex monja había resultado «una zorra solapada». Adela protestó y dijo que no tenía derecho a juzgar a Lucía por los chismes de las vecindonas.

—Conozco muy bien a estas mosquitas muertas que parecen incapaces de sentir ningún deseo, mientras se queman por dentro. Y todavía conozco mejor a tu hermano y sus habilidades de encantador de serpientes... Se la da muy bien dejarse querer y hacer creer a las tontas que son ellas las que no pueden pasarse sin él.

—Tu debes saberlo por experiencia.

—Claro que lo sé, y por eso te digo que la mosquita muerta es una tonta si se ha creído que Luis es de los que se dejan cazar con sacrificios virginales.

Aunque Petra andaba tan metida en los problemas emancipadores de la mujer que apenas si se enteraba de lo que las vecinas murmuraban, alguna onda debió captar, porque un día cogió a Lucía a solas y después de hablar

largamente del egoísmo de los hombres y de sus inclinaciones a mantener a la mujer alejada de la realidad social, para dominarla mejor y mantenerla marginada en la esclavitud del hogar, fijó su mirada en las dulces y revoloteantes pupilas de la ex monja, y la interpeló abruptamente:

—¿Te ha hecho mi hijo Luis alguna charranada?

—Por Dios, señora Petra... —se quedó Lucía con la respiración en suspenso en tanto se le incendiaban las mejillas y en el pecho y en la garganta se le ponía un jadear tembloroso.

—Dime la verdad, porque le conozco muy bien y sé que es muy tuno y muy aprovechado con las mujeres...

—Luis es muy bueno —agachó la ex religiosa la mirada y juntó las palmas de la mano en un gesto de maquinal oración.

Petra la contempló con aquella mirada inquisitiva, penetrante, que parecía escarbar las fibras más recónditas. Lucía oraba y temblaba, y entre oración y temblor musitaba palabras de justificación... «No me ha hecho nada que Dios no pueda perdonar. El pobre estaba muy enfermo, con los ojos vueltos de fiebre y me miraba como si Dios le tuviera en el umbral. Era una llamada, un clamor, un ansia de vida, y yo le ofrecí mi vida y mi alma para salvarle. No quería verle sufrir con aquella fiebre que le abrasaba... Sufría en mis brazos, deliraba en mis brazos y en mis brazos encontró consuelo, y vi como se limpiaba de fiebre y a los ojos le volvía el relumbre de la vida y decía quererme para siempre... ¿No fue un milagro? Yo no le busqué, él tampoco me buscó ni me hizo ofensa, pero penetró en mí con amor y dolor, y sentí la bendita gracia de Dios en mi carne...» Petra se sentía confusa. Nunca había oído nada igual, pero comprendía las palabras de «la monjita», como la llamaba ella. Ni siquiera se atrevió a romper su ensimismamiento gozoso con nuevas preguntas. Tiernamente la acarició y le dijo que era su hija y lo seguiría siendo siempre, aunque Luis, «que era perverso y egoísta como todos los hombres», se olvidara de sus deberes.

Luis pasaría más de un mes sin volver a casa, pero cuando lo hizo, tras la batalla de Guadalajara, ya picaba la primavera y Madrid empezaba a reponerse de aquel terrible invierno. El día que se presentó, inesperadamente, las mujeres parloteaban y recosían zancajos en la solana del jardín. Los chiquillos corrían y jugaban a la pelota bajo la enconada mirada del señor Pedro, que no les quitaba la mirada de encima. Al ver aparecerse a Luis del coche, se le echaron materialmente encima y le acompañaron con su griterío hasta la solana. Todas las mujeres se sumaron al cotarro, bendiciéndole y abrazándole por la paliza que habían dado en los campos alcarreños a los fascistas del «Buche» italiano. La única que no se sumó al jolgorio fue Lucía, que siguió dando a las agujas del jersey que estaba haciendo. Y Luis se abrió paso y llegó hasta ella y la levantó en brazos y se posó en sus labios con pasión voraz sin que ella opusiera la menor resistencia. Luego desaparecieron abrazados en el palacete y cuando reaparecieron, al cabo de una hora larga, Luis dijo a las expectantes y ávidas comadres que les punzaban con picardías e insinuaciones, que Lucía era su (Compañera y que se la llevaba con él a un pueblo de la provincia de Guadalajara.) El mismo día que Sonia dio a luz sin ningún contratiempo, a pesar de que la herida de la bala que había recibido en el vientre permanecía abierta, Javi partió para Valencia. Había sido seleccionado para realizar un cursillo especial de Información destinado a los oficiales de grandes unidades. No pudo demorar ni una sola hora su traslado, a pesar de que le hubiera gustado compartir con Sonia y Avelino la alegría de que todo hubiera salido mejor de lo esperado. Su madre no se había apartado ni un sólo momento de Sonia desde que empezaron los augurios del parto. Al despedirse del director de «La Mañana» en la puerta del hospital, Avelino le dijo:

—Espero que nos veamos pronto en Valencia o Murcia, porque en el momento que Sonia se reponga la saco de este infierno por las buenas o por las malas.

—Pero supongo que tú volverás.

—Ya lo veremos... —cabeceó con el ceño fruncido—. Empiezo a sentir asco de escribir bajo presión. La censura, por una parte, y Artigas y su comité de control, por otra, se me han indigestado. Yo no soy un plumífero. Quiero

escribir de acuerdo con mi conciencia. No tolero que me digan lo que tengo que escribir... Ayer mismo hice un editorial muy cauto y algo retorcido sobre los peligros que supone transferir nuestra voluntad de victoria a naciones extrañas, por muy amigas que sean. Naturalmente era una crítica contra la sovietomanía y los equipos de «Agi—Prop» que envenenan al país con sus consignas y latiguillos. Artigas lo leyó, sonrió mefistofélico, y un cuarto de hora después subía a decirme que el comité de control había considerado el editorial improcedente y hasta le habían encontrado yo no sé qué de trotskista y contrarrevolucionario.

—¿Por qué no mandas a Artigas a la mierda?

—Ya no es posible. Se ha hecho dueño de la situación. Además, como es el que ha resuelto el problema de las nóminas y del papel...

—¿Quieres decir que el periódico está financiado por los comunistas? —apareció en Javi la perplejidad.

—Directamente no, porque los fondos son de un organismo oficial, pero indirectamente sí, porque el organismo oficial está regentado por un comunista... No lo olvides si escribes algo desde Valencia...

La bella ciudad del Turia era a la sazón un bullicioso hormiguero de burócratas, camuflados y huidos de Madrid. Sus calles reventaban de gente y tanto los hoteles y pensiones, como los lugares públicos, estaban siempre a rebosar. Según rezaba un cartelón colocado en la fachada del Ayuntamiento, en la plaza de Castelar, los valencianos no debían olvidar que el frente se hallaba a 137 kilómetros. Pero la verdad es que nadie se acordaba. En la ciudad se vivía bien y alegremente. La gente se quejaba de que los precios estaban por las nubes, pero nadie se privaba de consumir lo que podía en perjuicio de los hambrientos madrileños. En todas las partes había que apretujarse o esperar cola para beber, comer o encontrar hospedaje, pero aquel tipo de molestias no parecía desagradar a nadie.

El primer día de su llegada, Javi se sintió tan profundamente irritado por aquel ambiente de despreocupación, desenfado y falta de solidaridad en los sacrificios que imponía la guerra a todos, que escribió a vuelapluma una feroz

crónica de sus primeras impresiones y la envió a «La Mañana». Dos días después la vio reproducida en «Frente Rojo» de Valencia, y poco después veía aparecer a Estrella Roja en la celda que ocupaba en el monasterio donde se desarrollaba el cursillo... «Cuñadito querido», le abrazó con cordial violencia sin darle tiempo a levantarse de la mesita en que repasaba sus lecciones.

—No sabía que estabas aquí —sonrió Javi conmovido por las efusivas caricias de su cuñada.

—Ni yo tampoco. Me enteré por la crónica que reproduce «Frente Rojo» e inmediatamente me puse a hacer averiguaciones de tu paradero... Qué buena es la crónica. Tiene todo el encanto de la ira revolucionaria... Fuera los logreros, fuera los oportunistas, fuera los camuflados. O aceptan el sacrificio total o tenemos que liquidarlos...

—¿Qué sabes de Nano? —interrumpió Javi el ardor verbalista de aquella mujercita insignificante y anodina que se embellecía en la palabra.

—Hace más de diez días que no sé nada de él, pero lo espero pasado mañana para asistir a la conferencia de mandos del Partido. Y tú, ¿cuánto tiempo vas a estar aquí?

—El cursillo está programado para mes y medio.

—Estupendo. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar... Ahora mismo te vienes conmigo a comer...

Javi opuso algunas objeciones, como el no poder salir del convento nada más que a determinadas horas de la tarde y el tener que preparar las lecciones. Pero su cuñada le conminó arrolladora para salir. Todo lo tenía resuelto. Ya había hablado con el jefe del Centro, que era un camarada, y podía disponer de todo el tiempo que quisiera hasta las doce de la noche. Pero antes de salir todavía le presentó a dos de los más enigmáticos profesores del cursillo, un comandante ruso y una capitán polaca. La mujer fluctuaba entre los treinta y treinta y cinco años, era muy agradable y hablaba un castellano con dulce acento críollo. El hombre parecía algo mayor y tenía un aspecto seco y autoritario.

Su cuñada le llevó a comer a la famosa Casa de la Marcelina, que entonces era una especie de paraíso gastronómico donde se podía pedir de todo, aunque su especialidad eran las paellas y los arroces a la valenciana. Y allí se encontró con Rómulo Talavera en compañía de una mujer muy llamativa y simpática. Se llamaba Luisa y la apodaban «La Emperaora» por su soberbia planta de hembra. Desde el primer momento hicieron buenas migas. No así su cuñada, que miraba a Rómulo Talavera con recelo y a Luisa con virtuosos escrúpulos. Del primero decía que era un aventurero aupado por los cándidos ácratas, y de la segunda, que era una golfa muy bien vista por los viciosos del Cuartel General de Miaja, ya que su chalé de la calle Cartagena estaba abierto a todas horas para ofrecer sus manjares puteriles.

La comida fue opípara. Javi confesó humildemente que no había comido nunca tanto y tan bien. Con Rómulo Talavera recordó los tres días aciagos que habían pasado sin probar bocado, chapoteando en el fango de las trincheras y sobre todo el último día, en que le vio caer arrollado por un contraataque enemigo. Rómulo reconoció que sin la ayuda de Javi, que le taponó las heridas para que no se desangrase, y la bravura de Carlitos, que mantuvo a raya a los atacantes con su fusil ametrallador, haría más de un mes que estaría criando malvas.

Después de la comida, Estrella empezó a mostrarse impaciente al ver, como decía Rómulo Talavera, que no podía «meter el rollo político» en la conversación. Su pasión dogmática chocaba con el alegre cinismo de Luisa y la socarronería evasiva de Talavera. Javi, por su parte, mostraba hacia su cuñada una afectuosa ternura. Sólo cuando en un inciso de la conversación, Estrella habló de las choces de Largo Caballero y las traiciones del general Asensio, Javi se permitió llevarle la contraria y hasta se ofuscaron durante unos minutos en puntos de vista opuestos. Esto pareció molestarla y terminó despidiéndose con el pretexto de que tenía que acudir a una reunión. Luisa, Rómulo y Javi, después de dar un paseo por el puerto y probar los bebistrazos de sus tascas y chiringuitos, regresaron al centro de la ciudad... Según le dijo Talavera, llevaban cinco días en Valencia y al siguiente saldrían para Alicante, donde terminaría su período de convalecencia. Después regresaría a Madrid para desempeñar un empleo en el Estado Mayor.

—¿Has tomado miedo a los combates? —le miró Javi un tanto sorprendido.

—No solamente no me asustan los combates, sino que dudo que pueda adaptarme a un trabajo burocrático. Voy a probar para complacer a Ma— tilla.

—¿Y a mí no? —le acarició Luisa la mano.

—A ti te estoy complaciendo siempre... Por cierto, ¿es verdad que Luis ha secuestrado a la monja? —se echó a reír.

—Por lo menos se la ha llevado con él a Guadalajara y parece que no lo pasan mal. Las noticias que tengo es que viven atortelados.

—Qué horror... —exclamó Luisa—, un muchacho tan majo liado con una monja. No me digáis que la revolución no os ha revuelto los cascos. El otro, el Carlitos, liado con una condesa, Luis con una monja, y este próximo dejándose hacer morisquetas por una pazguata en el hospital... No me digas que no, porque estos ojos que se han de comer la tierra, te han guipado embobado como si estuvieras saboreando un bombón.

—No le hagas caso... —retiró Talavera la mano que Luisa le acariciaba—.

Se refiere a Flavia, la secretaria de Matilla, que algunas veces ha ido a verme al hospital como paisana.

—A mí no me vengas con paisanajes, porque conozco a las mujeres mejor que tú, y juraría que ha sido esa lagarta gallega la que ha trasteado a Matilla para que te lleve al Estado Mayor y poder tenerte a su alcance. Pero que no me entere yo de que me das de morenas, porque entonces os vais a enterar los dos de cómo las gasta Luisa la Emperaora...

La mujer empezó a ponerse patosa. Transpiraba celos y alcohol. Su alegre cinismo se estaba transformando en agresivo sarcasmo. En un céntrico establecimiento sacó la lengua a alguien que la miraba y que luego resultó ser un jefe de policía amigo suyo. Pero, además, le dio por hablar de los militares, metiendo en el mismo puchero a los rojos que a los azules, y diciendo en voz alta que todos eran «unos jodones y unos abusones» que hacían la guerra para poder atropellar y avasallar a todo bicho viviente. Sin perder la paciencia ni el buen humor, Talavera la sacó del establecimiento donde habían conseguido ser un foco de atención, y una vez en la calle, la cogió del brazo hasta hacerla

gruñir de dolor, y le dijo que si quería que la patalease allí mismo no tenía más que seguir diciendo puterías... Javi comprendió que estaba de más y se despidió. Quedaron citados para verse al día siguiente en el Hotel Inglés, pero ya no volverían a verse más en Valencia.

Los días de Valencia fueron tumultuosos y apasionantes. Después Javi los recordaría como algo más soñado que vivido, aunque en el sueño se mezclaran jirones de pesadilla. Fueron días dichosos en los que se olvidó de la guerra y la revolución. Los estudios y el amor le envolvieron mágicamente hasta perder las naciones de la tragedia... Desde el momento en que su cuñada le presentó a la capitán polaca no había podido dejar de pensar en ella. Con sus ojos verdes y su aire frío y enigmático le recordaba a Greta Garbo. Aquella misma noche supo que se llamaba o se hacía llamar Olga y que era una especialista en armamento. Tanto su jerarquía militar como su especialidad le resultaban incongruentes, pero durante el curso pudo comprobar que sabía de armamento y balística todo lo que reflejaban los manuales y mucho más. Javi intentó en varias ocasiones entablar una relación más directa y personal con su profesora, inventándose preguntas y cuestiones extravagantes para prolongar la conversación, pero Olga no le dio pie para proseguir en su cauteloso acercamiento. Siempre encontraba el tono adecuado para mantener el diálogo en un ambiente de distanciamiento y objetividad. Sin embargo, un día que le sorprendió en el jardín leyendo la biografía de Stalin de Henri Barbusse, que acababa de aparecer, le preguntó:

—¿Te interesa Stalin?

—Me interesa todo lo que ocurre en la URSS, y como Stalin parece el dios y el profeta del socialismo soviético, quiero saber cómo es.

—A través de un libro resulta difícil comprender a un hombre tan complejo.

—Quizá por eso, Henri Barbusse, que es un buen escritor y un estupendo novelista, más que una biografía ha escrito una apología, un retrato monumental para la galería.

—¿Te gustaría conocerle personalmente?

—Creo que sí.

—¿A pesar de ser anarquista...? —en sus labios fluía una suave ironía y en sus pupilas se reflejaba un verdor tornasolado casi burlón.

—Yo no soy anarquista... —balbuceó Javi tímidamente—. Sé de sobra que en el desarrollo actual de nuestra sociedad el comunismo libertario es imposible. Sin embargo, me siento vinculado al anarcosindicalismo porque es la única ideología que permanece fiel a los trabajadores y aspira a la transformación revolucionaria sin destruir los mecanismos democráticos.

—Y el comunismo, ¿no?

—Por lo menos en los comunistas españoles lo único que se advierte claramente es la ambición de poder.

—Comprendo... ¿Te agradaría tomar una taza de té?

Javi aceptó sin vacilar y acompañó a Olga a sus habitaciones, un dormitorio y un despacho sobrios en el mobiliario, pero sumuoso en el rico artesonado y en la vitrinas y armarios. Mientras Olga preparaba el samovar, se entretuvo repasando las revistas alemanas, francesas e inglesas que había sobre una mesita. En el silencio del atardecer, junto al jolgorio de los pájaros en las enramadas de los frutales del huerto, se percibía una especie de ronquido que, a veces, rompía la armonía y se transformaba en violentos resoplidos. Como Olga observara en Javi cierta expectación por aquellos extraños ruidos, le dijo que se trataba del comandante Antonio. En el Centro ya se sabía que el llamado comandante Antonio, un experto en tácticas de terrorismo y destrucciones, era dipsómano. Según se decía, se desayunaba con media botella de vodka o chinchón y durante todo el día seguía bebiendo sin dar muestras de cansancio. ¿Qué tipo de relación existía entre el seco comandante que roncaba en una habitación cercana y la enigmática capitán que le contemplaba penetrante y voluptuosa...?, se preguntaba Javi intimidado y cohibido por aquellos ronquidos. La duda empezaba a debilitar su ardiente deseo. Olga debió darse cuenta, porque desapareció un momento para cambiarse el traje de chaqueta por una bata ceñida y transparente. Después todo fue sencillo... Ni siquiera mediaron palabras. Los cuerpos se encontraron en un abrazo y rodaron en la cama hinchados de furia, plenos de voluptuosidad. Una vez satisfechos, se contemplaron en el relajamiento. Ella le

dijo: «Eres un encanto. Me gusta tu fiero espontaneísmo ibérico...» Y luego le habló de la España barroca, de América, de la Pampa argentina y de los años que había vivido en la emigración hasta su regreso a la Unión Soviética.

La visión soviética de Javi cambió en contacto con Olga. Aunque ella era comunista, lo era de una manera discreta y casi evasiva. Estaba empapada de humanismo y sentía el sufrimiento de todos los pueblos y razas aplastados por el imperialismo o envilecidos por las oligarquías capitalistas. De política hablaba muy poco y de la política española menos. Largo Caballero, Azaña, Pepe Díaz, la dejaban fría y a lo sumo le inspiraban algunos comentarios irónicos. Sin embargo, la brutal lucha desarrollada en Madrid la conmovía hasta hacerle estallar las lágrimas, y cuando hablaba de la frivolidad de la retaguardia y de la cantidad de hombres jóvenes que «vivían a lo señorito» en Valencia, decía que comprendía a los anarquistas que defendían la necesidad de hacer la guerra y la revolución al mismo tiempo... «Si yo fuera comunista española», le dijo un día, «no consentiría que ninguna potencia extranjera, por muy amiga que fuera, nos impusiera su política.»

Los días pasaban en una dulce monotonía que Javi no olvidaría nunca: amor y estudios, estudios y amor. Las mañanas, las primeras horas de la tarde y algunas horas de la noche eran para los estudios, pero a partir de las seis se bajaba al jardín a esperar que apareciera Olga o su silueta se perfilase en la ventana de la habitación. Y luego cualquier lugar era bueno para hacer el amor: en las umbrías recoletas del jardín con el brillante colorido de las primeras rosas, entre los plantones de habas del huerto, aspirando la árida fragancia de los manzanos y limoneros, o revolcándose en la ancha cama de nogal tallado de la habitación de Olga, siempre que no estuviera allí el comandante Antonio. Pero un día Olga desapareció sin dejar el menor rastro ni referencia de su paradero. Javi se sintió abrumado, pero no hizo ningún tipo de averiguación. Aquella misma tarde, sin embargo, su cuñada le dio a entender que muy bien podría encontrarse en Barcelona.

—¿Cómo lo sabes? —la miró Javi de reojo.

—No lo sé, solamente lo supongo, porque en Barcelona las cosas no marchan bien. Con tanto hablar de la revolución los camaradas catalanes se han olvidado de la guerra, y los técnicos soviéticos opinan que se puede sacar mucho partido de la industria catalana en la producción de armamento. Creo que proyectan cosas muy importantes, hasta es probable que podamos producir cañones y aviones.

Javi estuvo a punto de echarse a reír ante el fervor de su cuñada. Siempre que hablaban de la Unión Soviética, de los técnicos soviéticos o de cualquier cosa que se refiriese a la «patria del proletariado», se mostraba fantástica y daba muestras de una ingenuidad pueril. Por otra parte, se hallaba muy segura de que Javi pasaba por un período de crisis que le hacía propicio a la conversión. Incluso su amistad con Olga debió ser para ella un indicio de esta posibilidad.

Durante los veintitantes días que duró la aventura, Javi apenas si traspuso las puertas del recinto conventual. De los cuatro días que su hermano Mariano pasó en Valencia, sólo una tarde fue a verlo a la Casa Roja en compañía de Olga, y fue porque la capitán polaca se empeñó en conocerle. Pero una vez desaparecida, reanudó sus contactos con la ciudad. La primera visita fue para don Ricardo, con quien se hallaba en deuda por haberle visitado dos veces en el convento. Don Ricardo trabajaba en la oficina de prensa de un Ministerio y vivía en un modesto hotel. Al llegar se lo encontró preparado para salir. El cáustico periodista hizo mil aspavientos y luego de embromarle con ironías y comentarios burlones, le dijo que precisamente iba en aquel momento a reunirse con Avelino Rico para acompañarle al misterioso convento, pues empezaba a sospechar que le tenían secuestrado.

—¿Cuándo ha llegado Avelino?

—Se encuentra aquí desde ayer. Quería ir a verte enseguida, pero yo le dije que vivías en un lugar siniestro donde para entrar había que pedir permiso a un tipo engolado que huele más a policía que a militar...

Javi soltó la risa. Don Ricardo le hacía gracia con su humor agrio y punzante. Había llegado a un punto en que no respetaba nada ni a nadie. En el corto

trayecto del hotel al Ateneo, donde había quedado citado con Avelino, le contó un montón de chismes y bulos sobre la situación política y las intrigas que tejían entre bastidores «los amos del cotarro»... «Esto es una merienda de negros, una casa de locos en la que nadie sabe lo que hace. Primero Azaña convirtió a la matrona republicana en una comadre zarrapastrosa, y ahora Largo Caballero, nuestro inefable Lenin o nuestro funesto Kerenski, se la ha ofrecido espatarrada a los rusos. Qué España, qué españoles, hijito... Los curas y los militares en la otra zona rayendo todo lo que huele a liberalismo, y nosotros en ésta, para no ser menos, convirtiendo la democracia en una parodia... ¿Y los anarquistas? ¿Qué ha sido de los fieros defensores de los derechos del pueblo, de los incorruptibles que no querían contaminarse en las cloacas del Poder...?»

Apenas entraron en el salón, Javi vio a Avelino Rico repantigado en un sillón de cuero leyendo «La Mañana». Su expresión concentrada y hosca estalló al acercarse ellos... «No hay derecho. Artigas es un hijo de perra, un mariconazo. Fijaros, fijaros... el editorial dedicado a la soberbia senil de Largo Caballero y al general Asensio, a quien califica de organizador de derrotas y de la entrega de Málaga. Otro artículo pidiendo la exterminación de los trotskistas, a los que tilda nada menos que de aliados de Hitler y Mussolini. Otro criticando el sistema de colectividades implantado por los anarquistas y recabando medidas enérgicas para acabar con el infantilismo revolucionario. El consabido canto al camarada Stalin y a la Unión Soviética, y la inevitable fotografía de la Pasionaria con los combatientes...»

—Ya te dije que había convertido el periódico en un deleznable libelo —le interrumpió don Ricardo.

—Es un traidor, un miserable. En los diez días que yo faltó de Madrid ha dado el cambazo... —fijó su mirada en Javi y se le insinuó una sonrisa en los labios apretados—. Bueno, ¿y qué es de tu vida...? Tantas cartas y tantos artículos como ibas a enviar y, que yo sepa, no has escrito ni a tu familia. Además, ¿qué coños haces? Estás en los puros huesos.

—Estudio mucho.

—¿Sólo estudias...? Bueno, sentaros... ¿O tenéis algo que hacer...?

Avelino Rico estaba completamente desmoralizado. Rezumaba pesimismo y frustración. Honradamente confesó que Artigas le había ganado la partida por inescrupuloso y maleable, y aunque todavía seguía siendo el director del periódico, debían considerarle dimitido, porque no estaba dispuesto a figurar en la plantilla de un libelo venenoso. Por otra parte, consideraba irreversible el creciente poderío comunista, ya que la República dependía enteramente de los suministros soviéticos y los que manejaban los tanques y los aviones condicionaban la política de cualquier gobierno.

—¿Quieres decir que estamos en poder de los comunistas? —arqueó las cejas Javi.

—Quiero decir que en lo sucesivo no podrá gobernar nadie que no esté de acuerdo con ellos... El oro depositado en Moscú por el doctor Negrín y los tanques y aviones manejados por los técnicos soviéticos son bazas decisivas. Si los comunistas no proclaman la dictadura del proletariado es porque no interesa a la política exterior soviética.

—Eso lo dices tú, pero que lo intenten a ver si les sale tan bien la jugada — exclamó Javi.

—Hijito, estás en la inopia...—le acarició el pelo revuelto don Ricardo—. Lo que está diciendo Avelino es tan cierto que a mí me pone los pelos de punta con sólo pensarlo.

—Bueno, bueno, dejemos la política. Cada vez me da más asco... Hablame de Sonia y del crío...

—Los dos se encuentran estupendamente... con la pandilla de críos de la guardería.

—¿Se los ha traído a todos?

—A ver qué quieras. Tu madre no para en casa. Lucía no ha vuelto a aparecer desde que se la llevó Luis. Y Adela parece que se encuentra algo intriquidente.

—¿Qué le pasa?

—Parece que nada en concreto. Quizá, cosas de mujeres, o simple histerismo, vete a saber... —se encogió de hombros.

Después de despedirse, Javi pensó que Avelino Rico se había desfondado. Aunque no lo dijo expresamente, consideraba la revolución fracasada y la guerra perdida. Y eso en el momento en que el Ejército Popular había fijado al enemigo a las puertas de Madrid, rompiendo todas las maniobras de estrangulamiento, y en la retaguardia levantina se adiestraban cuantiosos efectivos con el armamento que no cesaba de llegar a los puertos... ¿No sería, como decía Artigas, un corifeo de los Portillo? Javi no estaba dispuesto a dejarse influir por el criticismo corrosivo de don Ricardo ni el derrotismo de Avelino Rico. «No volveré a verles», se dijo. Pero aquella noche durmió mal. Dos o tres veces se despertó bajo los efectos terroríficos de la pesadilla. Avelino Rico había sido atrapado por la Brigada X y en una extraña zarabanda en la que se mezclaban Artigas, Golito, don Ricardo y hasta Olga, había visto como el Santerre le punzaba los ojos con un cuchillo. La pesadilla le provocó un estado de conciencia tan contradictorio que, aunque se había prometido no volver a ver a Avelino, lo primero que hizo al terminar las clases, fue ir en su busca al hotel donde se hospedaba. Pero allí no estaba ni pudieron darle referencias de su paradero. Indeciso entre aguardar y marcharse, salió a la puerta... La tarde rebosaba esplendor. El gentío lo invadía todo. Hacía calor y las fragancias de la huerta flotaban en la atmósfera húmeda y pegajosa. Muy cerca de allí restaba el «Libre Studio», un café que los intelectuales madrileños habían puesto de moda. Don Jacinto Benavente había establecido allí su tertulia literaria y de vez en cuando caía por el café don Antonio Machado. Alberti, que era uno de los más celosos espoleadores de la propaganda partidista, iba algunas veces por allí rodeado de jóvenes poetas. Javi había ido dos o tres veces con Estrella y con Olga. Pensando que Avelino Rico pudiera estar allí, se acercó a echar un vistazo. Avelino no estaba, pero se encontró con Benítez acompañado de una peripatética del Negresco, muy famosa y de arquitectura espléndida, a la que llamaban la Musa, porque como; ella solía decir, estaba especializada en sacar la mala leche a los escritores y poetas. Hasta empezar la guerra fue la entretenida de un famoso ensayista que, a la sazón, era embajador de una capital europea. Después fue la compañera nocturna de otro famoso novelista que al acercarse el enemigo a Madrid huyó

a París. Y ahora se las arreglaba con Benítez, a quien llamaba «mi chuchito lametón»... Benítez estaba a medios pelos y la Musa no le iba a la zaga. Ambos acogieron a Javi con desorbitado entusiasmo. Por ellos supo que Avelino Rico había estado comiendo en un restaurante del puerto con Antonov, el corresponsal soviético, y un grupo de intelectuales de diversas naciones... «Avelino es otro desertor», sentenció Benítez. «En Madrid se dice que ya tiene en el bolsillo las credenciales de embajador o ministro plenipotenciario. Coño, ¿por qué no se acordarán de mí para una misioncita en el extranjero...? Yo también tengo miedo de que un día el enemigo se cuele y zas, estacazo y a los luceros. Además, ¿qué coños hago yo en Madrid...? Con tanta hambre y tanta resignación heroica no se me ocurre ni una mala idea. Y luego, para colmo, Artigas me obliga a hacer la información del Cuartel General. ¿Te imaginas lo que es ver todos los días la cara de calabaza del general Miaja y oírle pavonearse y darse pisto con los guiños de la Laurita Pinillos, un callo recalentado por los jeringazos dictatoriales de Primo de Rivera...? Me enferma, no lo puedo remediar. Cuando los militares empiezan a inflarse malo, malo... Ya verás como el «glorioso general» cualquier día nos sale aspirante a dictador. En Madrid se dice que se lleva a matar con Largo Caballero y que ha jurado mandarlo a estucar de nuevo... ¿Tú sabes algo?»

—Yo no sé nada de nada.

—Entonces, ¿qué coños haces en Valencia?

—Aprender álgebra, trigonometría, balística y técnicas de información.

—¿Y no sabes que a Largo Caballero se lo van a cargar?

—Supongo que son chismorrerías. Hoy por hoy el Viejo es el único que puede mantener la unidad antifascista.

—Sí, sí, pero se lo van a cargar, ya lo verás...

Después de oír un rato más a Benítez despoticar contra todo el mundo y a la Musa querellarse contra la idea de regresar a Madrid, lo cual parecía inevitable si Benítez no obtenía el enchufe que le habían prometido, Javi se despidió para regresar a la Escuela.

Dos o tres días después, al final de las clases, comunicaron al medio centenar de alumnos que quedaban suspendidos los paseos y salidas del Centro hasta nueva orden. En principio se dejó correr la noticia de que el enemigo volvía a presionar en los frentes de Madrid y como la mayoría de los oficiales pertenecían al Ejército del Centro, se daba por seguro que tendrían que incorporarse a sus unidades antes de terminar el cursillo. A la mañana siguiente una comisión de alumnos, en la que figuraba Javi, visitó al director del Centro en su despacho para exponerle el acuerdo unánime tomado por los alumnos de ofrecerse a partir inmediatamente a cualquier frente donde fueran necesarios. El comandante Acosta les recibió con amable sequedad. Era hombre de pocas palabras y muchas cautelas en su trato con alumnos y profesores, pero un excelente profesor en cuestiones tácticas y un brillantísimo conferenciante en los análisis de historia militar. Javi tenía idea de que era comunista, por lo que le había dicho su cuñada, pero como director del Centro se mantenía muy por encima de las chismorrerías políticas. Al menos daba la sensación de objetiva imparcialidad. Incluso no faltaban los que le atribuían una cierta inquina contra los profesores soviéticos... Javi actuó de portavoz de la comisión. El comandante Acosta les agradeció su espíritu patriótico y les dijo que pondría en conocimiento de la superioridad su ofrecimiento por si tenía a bien aceptarlo. Pero cuando la comisión se disponía a salir, se dirigió a Javi:

—Usted es periodista, ¿verdad?

—Sí, mi comandante... —se puso firme el muchacho.

—Quédese un momento, por favor... —le indicó una silla junto a la mesa de despacho, mientras despedía a la comisión y cerraba la puerta. Luego se sentó con cierta parsimonia en su sillón, sacó un paquete de cigarrillos rusos y le ofreció un pitillo—. ¿Qué se dice entre ustedes de lo que está pasando?

—Anoche se dijo que el enemigo había reanudado la ofensiva en el frente del Jarama y que estaba progresando profundamente en dirección a Alcalá de Henares. Pero esta mañana nos hemos levantado con el bulo de que se había producido una sublevación en Barcelona.

—Efectivamente —asintió el comandante Acosta con una expresión más bien risueña—. La situación parece bastante grave... La prensa de aquí señala como responsables de la sublevación a los trotskistas e incontrolados, pero algunas emisoras de Barcelona controladas por los anarquistas llaman a los trabajadores a la huelga general revolucionaria contra los provocadores comunistas... ¿Qué sabe usted? —le escudriñaba ávidamente el comandante Acosta.

—No sé nada, no tengo la menor idea, y todo me parece absurdo...

La perplejidad de Javi parecía tan sincera que el comandante Acosta cambió de táctica. En tono más amistoso le dijo que en Madrid había sido un lector asiduo de «La Mañana» y que había leído muchas crónicas y artículos suyos. Incluso le mostró una carta del teniente coronel Matilla, de quien se declaró muy amigo, recomendándoselo «por sus singulares condiciones morales e intelectuales»... «No le he dicho nada, porque no me gusta hacer diferencias entre los alumnos, pero he seguido muy de cerca sus pasos y sus estudios, y estoy satisfecho de su comportamiento. Bueno, relativamente satisfecho», sonrió cordialmente por primera vez. «Su amistad con la capitán Olga... No tiene que darme ninguna explicación, de verdad. Lo comprendo perfectamente. Un oficial siempre es un hombre y un caballero, y naturalmente... Sin embargo, la capitán Olga es una mujer muy especial. ¿Sabía usted que pertenece a los servicios secretos y que los militares soviéticos la temen...?»

—A mí siempre me pareció una mujer exquisita.

—Claro, claro, es lo que yo me figuraba, aunque le confieso que también temí que pudiera hacerle objeto de una especial captación... Naturalmente, los soviéticos son muy amigos nuestros y esperamos que lo seguirán siendo. Pero de cualquier manera, un oficial del Ejército español debe mantenerse distanciado de los servicios secretos de cualquier potencia, por muy amiga que sea...

De la larga conversación, muy amistosa por cierto, Javi sacó la impresión de que el comandante Acosta observaba los acontecimientos de Barcelona con cierta satisfacción, lo que le hizo suponer que más que un comunista, como le

había hecho creer su cuñada, era un hombre que estaba a la expectativa de posibles cambios en la esfera política y en la estrategia de la guerra. «¿No será un enemigo camuflado?», se preguntaba. Para más, al despedirse le ofreció un pase de dos horas por si quería ir aquella tarde a Valencia a informarse en su organización de lo que sucedía en Barcelona. Casi le instó a que fuera. Y a los diez minutos escasos de penetrar en el recinto vigilado del Centro, se hizo el encontradizo con él:

—¿Qué tal...? ¿Todo bien?

—Más bien todo muy confuso y disparatado... En los organismos de la CNT se acusa a los comunistas y a los agentes soviéticos de una maniobra de provocación para adueñarse de la Generalitat de Cataluña. Y los comunistas acusan de lo mismo a los trotskistas y a los servicios de espionaje fascistas.

—¿Y los anarcosindicalistas? —se le agudizaron las ranuras de los ojos con un brillo magnético.

—Los anarcosindicalistas condenan el levantamiento.

—Sin embargo, parece que en los frentes de Aragón y de Levante algunas columnas anarquistas se preparan para acudir en ayuda de los barceloneses sublevados.

—No lo creo —afirmó Javi rotundamente—. Los anarcosindicalistas sabemos que el enfrentamiento con los comunistas en estos momentos supone conceder la victoria gratuita al fascismo, y no nos dejaremos arrastrar por la provocación.

El comandante Acosta asintió débilmente con la cabeza y se despidió de él con gesto contrariado. Javi pensó que le hubiera gustado saber que los anarquistas se debatían en una crisis interna de proporciones gigantescas, pero no quiso darle el gusto de que se regocijase... Efectivamente, muchos anarcosindicalistas y algunas columnas de todos los frentes consideraban que había llegado el momento de cortar las alas a los comunistas que ambicionaban hacerse con el poder. Lo de Barcelona lo consideraban un aviso. A un prestigioso escritor anarquista le había oído decir aquella tarde, casi llorando, «que si no se aplastaba en Barcelona la cabeza de la hidra comunista

con todas sus consecuencias, no tardando mucho toda la España republicana tendría que soportar las insolencias dictatoriales de los lacayos de Stalin». Pero su voz fue ahogada por los que consideraban que los conflictos ideológicos no podían anteponerse a la guerra contra el fascismo.

Javi regresó a Madrid el mismo día que los comunistas hacían saltar a Largo Caballero de la presidencia del Consejo de ministros. Aunque la caída del viejo líder socialista se veía venir desde hacía más de un mes (su cuñada se lo pronosticó a los dos o tres días de llegar a Valencia), el hecho le produjo una singular depresión. En el Cuartel General del Ejército del Centro reinaba, sin embargo, una euforia de botellas de champán destapadas apresuradamente. Ingenuamente se consideraba que era una victoria más del «glorioso defensor de Madrid». El comisario Bejarano regalaba habanos de medio metro a todo el que se le acercaba con meliflua sonrisa de complicidad y el general cloqueaba entre chistoso y socarrón. El mismo teniente coronel Matilla, a quien Javi se presentó, se mostraba satisfecho de «haberse librado del viejo quisquilloso que en su egolátrica chochez había llegado a considerarse un estratega». Javi eludió cualquier tipo de comentario. Sólo con Rómulo Talavera tuvo un momento de expansión y le confesó su pesimismo. Consideraba la caída de Largo Caballero como un mazazo a la revolución, el fin de la unidad de la clase obrera y el comienzo de la restauración burguesa.

—Yo no estoy tan seguro como tú... —cabeceó el ex legionario—. Los amos de la situación son, sin duda, los comunistas, pero nadie sabe lo que piensan hacer. Hace un momento hablé con Bejarano y me dijo que desean mantener las mejores relaciones con los camaradas anarquistas y que en ningún momento se les ha pasado por la cabeza la conquista del poder... Ya sabes, me habló de la «democracia de nuevo tipo», que nadie sabe lo que es, y de un gobierno representativo que inspire confianza a las potencias extranjeras. Parece que el jefe de Gobierno será el doctor Negrín y el ministro de Defensa Indalecio Prieto... No está mal, ¿no?

—Me parece un apaño más que una solución... —se levantó Javi—. Bueno, ¿qué me dices de Luis? Matilla me ha dejado entrever algo raro.

—Bueno, ya sabes lo impulsivo que es, y cuando lo de Barcelona tuvo un encontronazo con el Campesino. Parece que se le enganchó a las barbas...

Los comunistas quisieron abrirle un expediente por desacato e insubordinación a un superior, pero el general lo arregló amigablemente... ¿Cuándo te incorporas al servicio?

—Matilla me ha dicho que puedo tomarme unos días de descanso.

—Luisa me ha preguntado varias veces por ti. Parece que le caíste bien y no me extrañaría que quisiera catarte la leche —se echó a reír.

—¿Pero no es tu amiga?

—Amiga mía y de todo el que visita su casa. Pregúntales a Carlitos y a Luis... Yo no tengo manías con las mujeres. Cualquiera me viene bien, depende del momento. A Luisa la conocí en Marruecos siendo la querida de un oficial de la Legión. Hicimos buenas migas y como los dos somos cachondos, nos acostamos siempre que nos parece bien, pero sin compromiso de ninguna clase.

—A mí me dio la impresión de que estaba muy enamorada de ti.

—Eso dice ella, pero yo de las mujeres y de los políticos no me fío un pelo... —le acompañó hasta la puerta del despacho.

Anochecía cuando salió de los sótanos del Ministerio de Hacienda, donde el general Miaja tenía instalado su puesto de mando a prueba de bombardeos. Al encontrarse en la calle sintió una oleada de bienestar. La ciudad olía a primavera y la luz del crepúsculo ponía un raro encanto en la solitaria calle de Alcalá, el corazón financiero de la oligarquía capitalista que asediaba con sus ejércitos la ciudad y que se hacía patente de mil maneras: fogonazos lejanos, breves ráfagas de ametralladoras, explosiones de bombas de mano, morterazos... En la cercana Puerta del Sol pululaba el gentío y los bares y restaurantes aparecían repletos. Los embudos de las bombas de aviación y algunos edificios descuajaringados pregonaban la brutalidad de los castigos recibidos por la ciudad en los sombríos días de noviembre.

Javi se dirigió a la redacción de «La Mañana» deambulando por las calles. Desde hacía muchos meses era la primera vez que efectuaba aquel recorrido a pie. Las huellas de la guerra eran visibles en todas partes. Comparada con Valencia, Madrid parecía una ciudad miserable y sucia. Al llegar a la Red de San Luis se produjo una formidable explosión seguida de un clamor de dolor humano. Alguien comentó a su lado que todos los días, a la hora de la salida de los cines, ocurría lo mismo: una docena de pepinazos barrían la llamada «Avenida del Quince y Medio» y hacían unas cuantas decenas o centenas de víctimas entre los «frívolos» espectadores que salían con las telarañas de la ilusión pegadas a la retina... Durante cinco minutos se sucedieron las explosiones graduadas para sembrar el terror a todo lo largo de la Gran Vía. Javi siguió por la calle de Fuencarral como si nada ocurriera. Muchas personas hicieron lo mismo; otras más previsoras, se refugiaron en los comercios y sótanos acomodados para refugios contra los bombardeos. Pero cuando apenas había recorrido un centenar de metros, se oyó un furioso silbido y vio como la cabeza de una muchacha que cruzaba la calle era cercenada del tronco. La visión le paralizó. Cuando pudo reaccionar se dio cuenta que estaba temblando y un sudor frío corría por su cuerpo. La cabeza de la muchacha limpiamente lívida y con una belleza de cera se hallaba en el centro de la calzada, mientras el cuerpo había ido a estrellarse contra el bordillo. Ayudado por otros transeúntes, metieron los despojos de la víctima en un portal atestado de gente, y siguió su camino... A lo largo de la guerra había visto tantos cadáveres y heridos que su sensibilidad estaba un poco atrofiada. Sin embargo, ninguna muerte le impresionó como aquella. Nunca olvidaría a la hermosa muchacha de tez pálida y espléndida melena rubia seccionada por un casco de metralla.

En «La Mañana» se encontró con una situación tensa. Artigas estaba furioso. Algunos miembros del comité de control, entre los que se encontraban el viejo regente de la imprenta y el encargado de las linotipias, se habían opuesto a la publicación de un artículo de Jesús Hernández contra Largo Caballero... «Y me vienen ahora con que Jesús Hernández es un contrarrevolucionario y un

traidor a la clase obrera», despoticaba Artigas ante media docena de redactores. «Estos imbéciles todavía no se han dado cuenta que quien paga manda. ¿De dónde creen que ha salido el dinero de la nómina desde hace seis meses...? Del Partido Socialista nada, y de Largo Caballero menos. Ha sido Jesús Hernández, sí, Jesús Hernández quien se ha preocupado de que “La Mañana” pueda salir todos los días»... Era la primera vez que Artigas confesaba su secreto, y Javi estuvo a punto de preguntarle, si Jesús Hernández pagaba la nómina de su bolsillo o de los fondos del Ministerio de Instrucción Pública, del que era titular en el Gobierno de Largo Caballero, pero prefirió dejarle agotar su repertorio de amenazas contra el comité de control y los «estúpidos» que se habían creído de verdad que Largo Caballero era un Lenin.

En cierta forma le regocijaba ver a aquel hombre orondo de ademanes afeminados y edulcoradas ironías, fuera de quicio. Hasta entonces se había valido del comité de control para minar la autoridad de Avelino Rico y obligarle a abandonar la dirección del periódico. Pero ahora que el comité de control le ponía las peras a cuarto, amenazaba con cargarse a todos los «mostrencos» que le pedían cuentas de la orientación política y se consideraban con derecho a vetar a los colaboradores más brillantes y distinguidos... Al terminar su perorata, Artigas se dirigió a Javi en tono ampuloso y efusivo y le estrechó en sus brazos como si se tratara de un hijo... «Parece que el Levante feliz te ha sentado de maravilla. Tienes un aspecto estupendo. Con este uniforme pareces más marcial y viril...» Luego se lo llevó al despacho de Avelino Rico casi abrazado y puso sobre la mesita una botella de coñac francés casi entera y una tabaquera de cocodrilo con habanos y cigarrillos rubios y negros. Javi se sentía cohibido e intimidado ante aquel despliegue de obsequiosidad.

—¿Qué se dice por Valencia? —le vertió un par de dedos de coñac en la copa panzuda y le ofreció la tabaquera abierta.

—Lo mismo que en Madrid. Los sucesos de Barcelona y la dimisión de Largo Caballero han dividido a la opinión pública y creado una situación conflictiva. En los ambientes obreros se respira cierto malestar.

—¿Te refieres a los anarcosindicalistas? —afloró una sonrisa irónica a sus labios gordezuelos.

—Los anarcosindicalistas, la mayoría de los socialistas y hasta algunos comunistas... En Valencia se dice que Pepe Díaz se opuso a Jesús Hemández, que fue quien capitaneó la maniobra para cargarse a Largo Caballero.

—Bah, eso son habladurías sin fundamento... —dio un chupetín a su copa, lo goloseó y paladeó como si se tratara de un néctar, y encendió un cigarrillo rubio—. El partido es monolítico y procede siempre en unidad de pensamiento y acción... ¿Qué hace por Valencia nuestro inefable Avelino Rico?

—Concretamente no lo sé, porque no pude despedirme de él. Cuando yo salí se hallaba en el frente de Teruel con un grupo de corresponsales extranjeros, pero don Ricardo me dijo que le habían ofrecido un cargo diplomático en América.

—Ajajá, ya se ha preparado la escapada... —sonrió malévolamente, con una sonrisa que le hacía bizquear el ojo derecho—. Es lo que yo me figuraba... Avelino es un pequeño burgués sin el menor espíritu de sacrificio. Toda—; vía no ha comprendido que la revolución y la libertad son incompatibles y que el humanismo liberaloide y la guerra se repelen. Algo parecido te ocurre a ti... — volvió a dar otro tiento a la copa con el mismo gesto de gozoso epicureísmo—. ¿Por qué te empeñas en considerar a los comunistas [enemigos de la revolución? Creo que estás ofuscado por los prejuicios libertarios... Un muchacho como tú, férreamente proletario y limpiamente revolucionario, debería tener el valor de afrontar la situación con realismo y profundizar en la pregunta leninista: «Libertad, ¿para qué?» Porque sólo en la medida que eliminemos lo que nos debilita podemos alcanzar la victoria contra el fascismo. Si retrocedemos ante el terror, si mostramos la menor debilidad ante el enemigo encubierto o inconsciente, estamos perdidos...

Artigas siguió divagando sin que Javi apenas interviniere en la conversación. Aquel hombre blandengue y sensual, normalmente envuelto en un lirismo vigoroso de intención irónica, se sentía poseído por un triunfalismo avasallador. Daba por seguro que la «pandilla» nazifascista sería barrida por la Unión Soviética, que las «podridas» democracias burguesas se consumirían en las ascuas de la revolución mundial y que de España partiría la antorcha roja que redimiría a los pueblos hermanos de América de la colonización yanqui...

Javi le contemplaba fascinado, con la copa en la mano, sin dar crédito a lo que oía. ¿Estaba Artigas en sus cabales o, como decía Avelino Rico, se hallaba en pleno sarampión revolucionario...? Cuando Javi se levantó para marcharse, Artigas le volvió a abrazar y a manosear, ponderando su marcial virilidad y su juvenil ímpetu guerrero...

—¿Cuándo te incorporas a la redacción? —le retuvo agarrado en la puerta del despacho mirándole fijamente con las pupilas encandiladas de emoción.

—No lo sé. Todo depende del destino que me den.

—Procura quedarte en Madrid.

—Ya veremos...

Pero cuando bajaba las escaleras se dijo que no volvería a escribir más en «La Mañana».

El primer día de su llegada no encontró a nadie de su familia en casa. Su madre se hallaba en sus actividades sociales y su hermana había ido a ver a su novio a un sanatorio... «El muy charrán después de preñarla se ha puesto tuberculoso», le dijo una vecina. Y otra añadió, que el hijo del Sacamantecas había resultado tan aprovechado como su padre, que a las chicas que trabajaban en su fábrica no las dejaba en paz con los pellizcos, los azotes y los restregones de rabo... Javi parecía un tanto perplejo. Más que el hecho de que su hermana se acostara con su novio, le desconcertaban las circunstancias. Parece que todas las vecindoras estaban en el secreto, menos sus familiares... La señora Rosenda pontificaba con jocoso desgarro, que los refugios y los bombardeos acabarían con las doncellas más fanáticas, pues los sentidos se aflojaban de tal manera que las mujeres se dejaban atropellar bajo los efectos del terror casi sin darse cuenta. Otras vecinas le contaron mil peripecias de los refugios y los subterráneos del Metro para justificar la debilidad de «la pobre

Adela» en aquellas noches infernales en que el Antonio no se apartaba de ella...

Al cabo de varias horas de buscar a su madre en diferentes centros, la encontró en unos talleres colectivos de Hortaleza dando una charla a las mujeres sobre la emancipación femenina y los trabajos para sustituir a «los zánganos y parásitos camuflados» de la retaguardia. Javi la estuvo escuchando más de un cuarto de hora, sin que ella se diera cuenta, con verdadera satisfacción. Su buen sentido, su escrupulosa honradez y su natural vehemencia, daban a su discurso un tanto deshilvanado y reiterativo gran fuerza convincente. Sus argumentos eran claros y elementales: sólo el trabajo podía liberar a la mujer de la servidumbre a que estaba condenada en una sociedad mangoneada por los hombres, y sólo las mujeres emancipadas podrían conseguir que la nueva sociedad surgida de la revolución fuera una comunidad de personas iguales en deberes y en derechos. Al terminar la charla sonó un cerrado aplauso del centenar de mujeres que trabajaban en el taller de confecciones, al que se sumó Javi. Petra le vio de lejos y le amenazó con la mano. Luego corrió hacia ella y se encontraron a medio camino. Los ojos de Petra se llenaron de lágrimas en el abrazo.

—¿Sabe usted que es una agitadora formidable?

—Calla, calla, no seas adulón... —le tapó su madre la boca.

Hasta entonces no había tomado en serio las actividades de su madre. Pensaba que era un desasosiego nervioso, una forma de evadirse del dramatismo de la guerra y de la desintegración de la familia, pero aquel día comprendió que había algo más profundo en aquella mujer que a los cincuenta años se había despojado de todos sus prejuicios serviles para incorporarse al dinamismo revolucionario con fervor religioso. De alguna manera trató de asociar el caso de su madre al de Artigas. Ambos habían cambiado en el transcurso de la guerra asumiendo el protagonismo revolucionario como una fuerza liberadora esencial. El escéptico Artigas se había convertido en un comunista fanático en el que desaparecía el poeta mediocre y el hombre frustrado en sus raíces vitales. El fenómeno de su madre resultaba más curioso. La mujer amargada que durante la mayor parte de su

vida había vivido esclavizada por la familia, sin más consuelo que las lamparillas puestas a la Virgen, de buenas a primeras encontraba en sí misma una formidable capacidad creadora. Era como si hubiera renacido plena de facultades en un mundo necesitado de vidas ejemplares entregadas al esfuerzo revolucionario.

Después de la charla en el taller de confección, su madre le llevó a la escuela de capacitación femenina, donde se encontraron con Amaranta, que estaba dando clase a una veintena de mujeres de diversas edades, la mayoría de ellas extraídas de los ambientes prostibularios. En la escuela se impartía enseñanza general y clases de sociología y formación profesional. Toda esta labor estaba organizada por Mujeres Libres y activistas sindicales. La Revilla, como llamaban a su madre, era una especie de intendente de la escuela y gozaba de gran autoridad en aquel ruidoso mundo femenino y feminista.

Cuando se encontraron a solas en la cocina ante un plato de lentejas, un trozo de pan no muy grande y un vaso de vino, que era el menú de aquel día, preguntó a su madre:

—¿Qué pasa con Adela?

—¿Qué ha pasado contigo y esa profesora rusa de Valencia? —le miró su madre a las pupilas con cierta dureza—. ¿O qué pasó contigo y la Encarna...?

—¿Quién le ha venido con el cuento de Olga? —frunció el muchacho el entrecejo—. Seguramente ha sido la chismosa de la Estrella o Nano...

—¿Quién te ha contado a ti lo de Adela?

—En la casa es vox populi... las vecinas hablan de las saturnales del sótano y los refugios como si tal cosa.

—¿Y qué quieras si Adela ha salido como vosotros? ¿O es que por ser mujer tenía que quemarse como me he quemado yo toda mi vida por idiota?

—Bueno, si a usted no le parece mal...

—No es que me parezca mal ni bien. Dicen que son cosas naturales, y deben serlo cuando todo el mundo hace lo mismo, pero no creas que me ha dado una

alegría... Es muy joven y Antonio está enfermo. Le han dado ya tres vómitos de sangre. Y el otro día, cuando fui a verlo al sanatorio, va y me dice la madre, que es una rabanera fascistona, que la culpa de lo que le pasaba a su hijo la tenía Adela, por ser una calentona que no le dejaba en paz... Tuvimos la nuestra, sabes. Yo no digo que mi hija no tenga su calor. Bueno estaría. Sólo faltaba que fuera una de esas mujeres que secan las plantas y congelan la tierra que pisan. Pero que no me diga que su hijo es un bendito, porque no se lo consiento. Si mi hija es una calentona, su hijo es un moscardón en celo que no la deja a sol ni a sombra.

—¿Cómo se encuentra mi hermana?

—Bien... con las bascas del embarazo. Pero el otro día le dijo la Amaranta que si quería todavía podía abortar, y se puso como una fiera. La pobre anda con los sesos tan sorbidos por el Antonio que quiere conservar su fruto. Y eso que yo le dije: mira que nadie sabe lo que puede pasar con la guerra, y si ganan los fascistas no creas que el Sacamantecas y la fascistona de la madre te van a dar ninguna facilidad.

—¿Piensa usted que podemos perder la guerra?

—No lo quiero ni pensar, porque cada vez que lo pienso se me hiela el alma y me entran sudores de muerte... ¿Qué va a ser de vosotros?

—De nosotros no se preocupe. Lo nuestro es a vida o muerte. La única carta que jugamos es la de la revolución, y si la perdemos... Lo suyo es diferente. Debe pensar en usted y Adela.

—Eso, como si vosotros no fuerais mi carne y mi sangre y mi vida, y la revolución no fuera tan mía como vuestra, y la carta que jugamos las mujeres no fuera tan buena como la que jugáis los hombres... Calla y no me des más sofocón, que nos están mirando y no quiero que me vean cobardona ni achicada...

Javi agachó la mirada y se puso a comer con furia. Sentía ganas de llorar. Los ojos le escocían y del fondo de la garganta le subía una especie de congoja. Petra, en cambio, sonreía y hasta bromeó con una de las chicas que se le acercaron. Luego se les reunió Amaranta, burlona y punzante como siempre.

No era una belleza, pero poseía cierto esplendor con su cabellera rojiza y sus ojos de un azul oscuro que, cuando se enterneían, parecían de color violeta. Aunque en aquel momento vestía un mono de peto y una camisa de hombre, el atuendo masculino no menguaba su natural elegancia femenina. Javi se preguntaba por qué su madre hacía tan buenas migas con aquella mujer a la que frecuentemente había tildado de libertina y desenfrenada.

—¿Qué dice nuestro Napoleoncito? —se sentó a su lado en el banco de madera y le pasó el brazo por los hombros—. Creo que en Valencia lo has pasado bomba con una intriganta rusa. Por lo que le contó la Estrella a tu madre, yo temí que te hubiera dado los polvitos sovietizantes... Me gustaría saber de qué medios se valen para deslumbrar a los ambiciosos y pedantes...

—¿También me metes a mí entre los ambiciosos y pedantes?

—Un poco... —le pellizcó afectuosa en el cuello—. Tan fácil lo presentó tu cuñada, que tu madre y yo ya estábamos dispuestas a presentarnos en Valencia y deshacer el encantamiento.

—¿Es verdad? —miró Javi a su madre.

—Bueno, cuando la Estrella me dijo que la camarada soviética te había invitado a ir a Rusia, no me gustó, te lo digo como lo siento. Después de las cerdadas que están haciendo aquí robándonos la revolución día a día y poniéndonos a los burgueses por montera... Ya es bastante con tener un hijo que se deja llevar y traer por la zascandila de su mujer. El otro día les dije a los dos muy claro: os tenéis que arrepentir de la escabechina de Barcelona y de lo que habéis hecho sufrir al pobre Largo Caballero...

Amaranta estaba muy interesada en sonsacarle la verdad de sus relaciones con la profesora soviética, pero Javi se escabulló con habilidad de las insidiosas preguntas. Amaranta era una anticomunista feroz precisamente porque antes había sido una comunista fanática. Su hermano Luis, que durante algún tiempo fue su amante de tumo, decía que su anticomunismo era fisiológico y se relacionaba con el abandono de su marido y padre de sus hijos, un médico comunista que un día desapareció sin dejar rastro y ella daba por seguro que se encontraba en algún lugar de la Unión Soviética. Oyéndola hablar de él no

se podía deducir si le amaba o le odiaba, pero sí parecía evidente que su obsesión era destruirle.

Por primera vez en el transcurso de la guerra, Javi se sintió deprimido y vacío. Algún resorte se había aflojado en su voluntad que le permitía enjuiciar los hechos con cierto escepticismo. Ni siquiera compartía la euforia que reinaba en el cuartel general, donde el general Miaja vivía la doble victoria de haber fijado al enemigo en su línea infranqueable y contribuído decisivamente en la conjura para derribar a Largo Caballero. En la nueva situación política había ganado en preeminencia y se consideraba a sí mismo como el primer general del bando republicano que podía parangonarse en capacidad estratégica al que en la otra zona se había erigido en caudillo, generalísimo y dictador. Incluso acariciaba la idea de librar a los madrileños de la opresiva tortura del cerco y en su mente, muy porosa a las sugerencias de los estrategas soviéticos, se cocían grandes proyectos para derrotar a Paco el Africano. En alguna ocasión de aquella cálida primavera, en la que los madrileños sacaban la cabeza al sol entre escombros y minas, llegó a decir que con la ayuda del camarada Stalin y sus buenos y leales consejeros, él se comprometía no sólo a derrotar al «africanillo gallego», sino también a los Hítleres y Mussolinis que le protegían...

Aparentemente todo seguía igual. El doctor Negrín, sin el incordio de los anarcosindicalistas y los socialistas de izquierda, prometía «la vuelta a la normalidad» para complacer a los republicanos burgueses, y los comunistas se enmascaraban en la «democracia de nuevo tipo» para acaparar poder, dominar el ejército y arruinar el colectivismo autogestionario implantado por los sindicatos.

Aunque Javi seguía perteneciendo oficialmente a la plantilla de «La Mañana», prácticamente llevaba algunos meses sin escribir ningún artículo firmado. Es más, a su regreso de Valencia pidió la baja con el pretexto de que pensaba dedicarse por entero al ejército y tenía solicitado destino en una unidad de primera línea, lo cual era cierto. Pero Artigas se ofendió mucho y le hizo una extraña escena de compungida fraternidad, convenciéndole para que siguiera figurando en la redacción, aunque su colaboración fuera mínima. En realidad lo que Artigas pretendía era dar la impresión de que «La Mañana» seguía

siendo un periódico independiente, con una redacción heterogénea y una línea editorial de amplia inspiración democrática.

Una de las noches que Ja vi se pasó por el periódico para echarles una mano en la preparación de las noticias de última hora y hacer un breve comentario sobre temas militares, se encontró a Don Poli, el viejo redactor taurino, abrumado con la responsabilidad de tener que sustituir a Artigas, ya que el director en funciones se hallaba en la cama con una crisis hepática. Don Poli, que no ocultaba su alergia a la política y a los políticos, pidió a Javi que escribiese el editorial.

—Mejor es que lo escriba usted o se lo encargue a otro, porque yo soy un gubernamental con reparos.

—Hijo, por reparos no te detengas... Un periodismo sin reparos críticos es como un toro afeitado. Por mí puedes decir lo que te parezca... siempre que la censura lo permita...

Javi se sentó a la máquina y empezó a teclear con torpeza, pero a los pocos minutos la máquina trepidaba. Poseído de una sutil inspiración comenzó el artículo con una frase de Marx y la terminó con otra de Lenin. Escribió casi tres folios de un tirón y tituló el artículo «Dos pasos atrás y uno en el vacío», parafraseando el famoso artículo de Lenin. Partía de la hipótesis de que alguien estaba traicionando la revolución española con intenciones maniqueas y convirtiéndola en almibarada parodia, mientras solapadamente se destruía la confianza del pueblo en los instrumentos que había creado para defenderse de la contrarrevolución, y personajes tan significativos como Andrés Nin desaparecían en las catacumbas del misterio.

A Don Poli le pareció el editorial un poco complicado y retorcido, pero lo encontró más inteligente y vivaz que los «pasteleos» de Artigas. Con ligeras correcciones de estilo lo mandó a las linotipias sin más comentario y al día siguiente el artículo apareció intacto en primera página. Ni siquiera los de la censura le habían considerado digno de gastar lápiz rojo.

La primera referencia de que el artículo había levantado polvareda la recibió Javi al entrar en el despacho de Rómulo Talavera a recibir las órdenes del servicio.

—¿Has leído «La Mañana»? —le miró Talavera preocupado.

—Todavía no.

—Pues a Bejarano le ha revuelto la bilis un artículo que ha calificado de «carga de dinamita trotskista». Por el estilo yo diría que es tuyo.

—Puede ser... —parpadeó Javi.

—Joder, ¿por qué te metes en líos...? Creo que han ordenado la recogida del periódico y el procesamiento del autor. Matilla también sospecha que has sido tú y está esperando que de un momento a otro le llame el general para echarle el rapapolvo.

—Bueno, todo lo que digo es verdad —se encogió de hombros Javi.

—¿De dónde has sacado lo de la desaparición de Andrés Nin?

—Me enteré ayer en Alcalá... Un muchacho de las juventudes socialistas de mi barrio, que pertenece a una unidad de guerrilleros, me contó una de miedo. Según me dijo, cuando un inspector de policía le conducía a Madrid para ser interrogado, fue asaltado por un comando de la quinta columna o de la Gestapo, pues en esto no estaba seguro, y le arrebataron al prisionero...

—Efectivamente, parece una película de miedo.

—El hecho es que Andrés Nin desapareció en las cercanías de Alcalá cuando era conducido por un inspector y dos policías de Madrid elegidos especialmente por el coronel Ortega... ¿No te parece sospechoso?

—A mí déjame de líos. Yo no quiero saber nada de política. Tal y como están las cosas se la juega uno por menos que canta un gallo...

Horas más tarde, después de participar en la voladura de una contramina en la carretera de La Coruña, donde había salido con un brazo contusionado, el teniente coronel Matilla le comunicaba que el mando había tenido a bien

concederle el traslado a una brigada de primera línea en el frente de Guadalajara. Luego añadió en un tono aparentemente convencional, pero no exento de cordialidad y significación: «Espero que el comandante Mera aprecie su celo y disciplina en el cumplimiento del deber.» Rómulo Talavera, por su parte, le aconsejó que se incorporase inmediatamente al nuevo destino, ya que tenía referencias muy concretas de que algunos «elementos» del cuartel general presionaban para que fuera detenido y encausado por alta traición.

Mientras tanto en «La Mañana», el artículo y la orden de recogida del periódico habían producido un verdadero cisma. Artigas, que se hallaba bastante fastidiado con su hígado, se tiró de la cama sin terminar de leerlo con un ataque de histerismo. Con el teléfono en la mano trató de localizar a Don Poli y a Javi para llamarles traidores con la boca amarga de hieles. Pero al no poder dar con ellos se presentó en «La Mañana» minutos después de marcharse la policía con los pocos periódicos que quedaban sin distribuir. El primer choque lo tuvo con el regente de la imprenta y vicepresidente del comité de control, un viejo socialista que le confesó con toda sinceridad que el editorial le había parecido muy bueno y muy oportuno, y que las noticias que tenía es que el periódico había desaparecido de los quioscos como pan caliente.

—¿Sabía usted que el artículo lo había escrito Javier Revilla? —le increpó con las pupilas turbias de ictericia.

—Algo se dijo por talleres, ya que todo el mundo sabe que Don Poli sólo tiene cuajo para las verónicas y los pases de pecho, y a usted le conocen por las indirectas y los paños calientes... Había que decir la verdad a los que piensan que tenemos que andar como las putas haciendo guiños a los ingleses, a los franceses y a los rusos, y sacrificar al camarada Largo Caballero para que los burgueses no se enfaden y los rusos puedan mangonear a sus anchas...

—Y los demás miembros del comité de control, ¿qué dicen? —le interrumpió Artigas.

—A todos les ha parecido muy bien que se hable claro y nos dejemos de alcahueterías. Figúrese si les ha parecido bien, que cuando se enteraron en

talleres que probablemente recogerían el periódico, se pusieron todos a llenar los camiones de reparto y algunos hasta se han llevado manos para venderlas por su cuenta...

El pobre Artigas se creía morir. Un sudor se le iba y otro se le venía. Con las manos apretándose el hipocondrio escuchaba al regente pensando en los males que le aguardaban. Incluso tuvo un momento de extrema debilidad en que le pareció escuchar la voz áspera del Santerre en la antesala pidiéndole explicaciones de su traición.

A pesar de su extrema debilidad y de aquel dolor persistente y monótono que, a veces, parecía inmovilizarle todos los órganos internos, aguantó en su despacho y hasta preparó un editorial de exaltada adhesión a la política del doctor Negrín y a las «geniales previsiones» del camarada Stalin contra nazis y trotskistas. No faltó el parrafito adulador al «glorioso defensor de Madrid», la gratitud a los servicios de seguridad que mantenían a raya a los criminales de la quinta columna y sus aliados los trotskistas e incontrolados... Pero cuando Don Poli se presentó, le encontró delirando y abrasado en fiebre. Su cara apeonada y de un color más bien subido, amarilleaba en sombrajos de terror. Don Poli dedujo, por las palabras y gruñidos que se le escapaban, que se hallaba bajo los efectos de visiones horrendas.

Aquella misma noche se presentó Luis y se llevó, quieras que no, a Javi a los Montes Universales, en los confines de las provincias de Cuenca y Teruel, donde se hallaba realizando una operación de entretenimiento sin otro objetivo que mantener en jaque un extenso sector escasamente guarnecido. La única explicación que le dio, de momento, fue que había recibido órdenes de sacarle de Madrid inmediatamente.

—¿Por qué no me las han dado a mí?

—Porque algunos compañeros opinan que tienes la cabeza un poco reblandecida.

—¿Y a ti qué te parece? —parpadeó Javi con una expresión de incertidumbre.

—Yo no sé... A veces me pareces un tío genial, y otras un cándido harto de sopas. De Valencia me llegaron noticias bastante chungas. ¿No sabes que la organización te puso en cuarentena por tu encoñamiento con esa tipa polaca o rusa, que es uno de los agentes más peligrosos de la GPU?

—¿Olga, un agente de la GPU...? —reflejó Javi el mayor estupor.

—Sí, chequista por los cuatro costados. En Barcelona se ha puesto las botas cazando a los del POUM y a algunos compañeros... Ahora está en Madrid. A lo mejor esperaba encontrarte en alguna de las checas clandestinas que tienen.

—No lo creo. Olga no es política. A pesar de los chismes de los compañeros de Valencia, nunca hizo nada por atraerme políticamente. Simplemente me sugirió visitar la Unión Soviética como una experiencia revolucionaria.

—Lo que te digo, que eres un primo harto de sopas. ¿De qué te sirve saber tanto...? Conste que yo no quiero meterme en tus pensamientos. Si he venido a buscarte es porque me han asegurado que corres peligro y no quiero que te pase lo que a Carlitos, pero si prefieres probar fortuna me voy y allá tú...

Muy a regañadientes Javi preparó sus cosas y de madrugada partió para el frente en compañía de su hermano y de dos enlaces provistos de «naranjeros». Luego, por el camino, le habló de una llamada telefónica de Rómulo Talavera y de los vientos que corrían en el cuartel general. El comisario Bejarano estaba furioso y pedía a grito pelado su encarcelamiento. Por otra parte, lo que decía en su artículo sobre Andrés Nin había promovido un gran revuelo político en Valencia y Barcelona. Algunos ministros amenazaban con dimitir si no se esclarecía rápidamente lo ocurrido al jefe del POUM y otros prisioneros políticos desaparecidos.

A media mañana llegaron al puesto de mando de su hermano en las estribaciones de los Montes Universales. Las altas montañas, los espesos pinares y el agua corriendo por todas partes daban al paisaje un vigoroso

esplendor. Cerca de allí nacía el Tajo y el pico Mogorrita se envolvía en celajes tornasolados. Javi sintió que su humor depresivo se disolvía ante aquel magnífico espectáculo de la naturaleza. Además, allí estaba Lucía acogedora y tímida al mismo tiempo. Javi se echó a reír al verla con aquel atuendo de miliciana, la hermosa melena suelta y el rico colorido de su cutis tostado.

—¿Cómo la tienes en el frente? —miró a su hermano.

—Porque ella quiere y a mí me gusta tenerla cerca, pero no tardando mucho voy a tener que mandarla a la retaguardia, porque anda con los ascos del embarazo.

—¿No decías que no querías tener hijos?

—Bueno, si no quería tener hijos es porque me jodía fabricar esclavos, pero ahora...

—Ahora, ¿qué...? ¿Sabes lo que va a pasar?

—Tenemos que vencer, no podemos dejamos aplastar por los esclavistas...

El gesto de su hermano era tan obstinado y fiero, que Javi no quiso impregnarse de sus dudas. Por otra parte, los enlaces y oficiales del estado mayor de Luis pululaban por allí con el oído atento y no quería que captasen su incertidumbre. Pensaba que en la medida en que la apuesta revolucionaria siguiera en pie, aquellos hombres, todos ellos voluntarios y muchos amigos y compañeros de ideas, no dudarían en jugarse la vida por la conquista de un mundo mejor.

Mientras daba fin en el porche emparrado a un par de huevos y pimientos fritos, vio llegar a Carlitos al frente de un pelotón de caballería. Parecía más alto y más fuerte con las botas de tubo y el calzón ceñido como un calcetín. Con la barba crecida y el pelo encrespado como la cresta de un gallo, tenía un magnífico aspecto de guerrero ibérico.

—A sus órdenes, mi capitán —se cuadró ante él con un taconazo que hizo tintinear las espuelas, y luego le cogió en brazos y le levantó en vilo.

—¿Sabe, teniente, que es usted un bárbaro irrespetuoso?

—Me gusta ser irrespetuoso, intelectual... Jo, ¿sabes que estás chupao...? No te va el ser cachondo.

—¿Lo dices por experiencia?

—Bueno, uno procura hacer lo que puede...

Por lo menos Carlitos no había cambiado. Seguía tan jovial y vanidoso como siempre. Su buena estampa y las mujeres se conciliaban para darle un sentido humorístico y vital contagioso. Sin embargo, cuando hablaron de la situación de Javi y de las consecuencias que podía tener aquel artículo, su gesto se ensombreció y en las pupilas le ardió el odio... «Tenemos que acabar con ellos», gruñía. «No hay derecho a que nos dejemos aplastar por esos traidores. Si por mí fuera nos hubiéramos plantado en Barcelona para acabar con los provocadores...»

—No digas más chorradas —le interrumpió Luis bruscamente—. Ya te he dicho que no quiero volver a oír hablar del asunto.

Carlitos agachó la cabeza, pero cuando Luis se levantó para atender la llamada telefónica de un comandante de batallón, le dijo a Javi que su hermano estaba hecho un hueso taba y que el mando se le había subido a la cabeza de tal manera que no consentía que le replicasen.

Al día siguiente de su llegada, se presentó Avelino Rico vestido con el uniforme de comisario de batallón. Según les dijo, Prieto se había enterado que se hallaba en Valencia y había ordenado que, por hallarse en edad militar con exención profesional, se incorporase al Comisariado de Prensa y Propaganda y quedase a sus órdenes directas.

—Un buen enchufe —comentó Javi con soma.

—No parece malo. Por lo menos estoy a gusto. Prieto es muy inteligente y muy capaz. Ya sé que no es santo de vuestra devoción —sonrió al ver la mirada que cruzaron Luis y Javi—, pero a mí me parece muy sincero y honrado.

—Y un buen aliado de los «chinos» —dijo Luis.

—No tanto... Yo más bien diría que es un socialdemócrata químicamente puro que no admite contubernios ni confusiones. Tiene más trastienda que Largo Caballero y es un estratega político de primer orden... Tu artículo le produjo una tremenda impresión. Inmediatamente me llamó a su despacho. Quería saber quién eras. La versión que le habían dado es que eras un irresponsable incontrolado con ribetes trotskistas y ácratas. Yo le dije la verdad. Le conté la historia de los Revilla y las peculiaridades de Javier Revilla... Bueno, no he venido a hacerte la pelota, sino a tranquilizarte. El ministro de Defensa comprende tu actitud y tu irritación, pero quiere que tú comprendas que él está haciendo todo lo posible por ganar la guerra y salvar todo lo salvable de la revolución sin que se pierda la democracia.

—¿Con los comunistas? —afloró la ironía a los labios de Javi.

—Sin los comunistas no se puede siquiera pensar en prolongar la guerra.

No olvidéis que hasta ahora los rusos son los únicos que nos venden material y que las reservas de oro de España se encuentran en Moscú...

Hablaron largo y tendido en las horas que Avelino pasó con ellos. El ex director de «La Mañana» llegaba de Madrid, donde había sido llamado en relación con el artículo de Javi. Artigas estaba hecho papilla, con el hígado revuelto y un miedo atroz. Los comunistas insistían en que Javi fuera encarcelado por derrotista y provocador. A tono de esto se contaba que el comisario Bejarano se puso tan pesado, que el general Miaja le emplazó, con su habitual pachorra y socarronería, a que le entregase a Andrés Nin y él se comprometía a que Javier Revilla fuera procesado por calumnias y difamación, ya que en lo de las ideas él no entraba ni salía «por ser el general de todos los republicanos españoles».

A partir de aquel incidente, Javi se eclipsó. En lo sucesivo rechazaría todas las invitaciones a colaborar en la prensa y a intervenir en actos públicos. Su hermano Luis decía que parecía que le habían desfondado, por su hermetismo e indiferencia a todo lo que no fuera el cumplimiento de sus deberes militares, primero como jefe de información de su estado mayor, y después como jefe del estado mayor de la División.

Precisamente el jefe de la División era un militar profesional que fluctuaba en vagas simpatías por el socialismo, el comunismo y la masonería, sin saber a qué carta quedarse. El teniente coronel Rosado tenía fama de brusco y autoritario, pero en realidad era un hombre de carácter débil y sentimientos paternales. Se hacía la ilusión de que todo el mundo le respetaba y le obedecía, porque nadie le llevaba la contraria, pero toda la disciplina se reducía a un ritualismo de taconazos, sí, mi teniente coronel, a sus órdenes, y luego hacer cada cual lo que quisiera. Por lo demás, el teniente coronel, que tanto blasonaba de su profesionalismo, estaba tan ayuno de ciencia militar como los jefes y oficiales provisionales que mandaban las unidades. Al empezar la guerra era teniente habilitado en un cuartel de Madrid, con veinte años de chusquero y la mayor parte del tiempo pasado en empleos burocráticos. Su hermano Luis decía que tenía una mentalidad de hortera, y era verdad. Todo su arte militar se reducía a un código de detalles y minucias, a cierta habilidad en la redacción de oficios y documentos militares, y a un conocimiento memorístico de las ordenanzas y reglamentos.

El capitán Revilla aceptó el cargo de jefe de estado mayor con cierta prevención y no pocos temores. Conocía de la guerra casi todo lo que puede saber un militar a lo largo de una vida. En aquellos meses se había empollado en reglamentos y manuales de táctica, fortificaciones, empleo de las armas, logística, cartografía y todo lo concerniente a los servicios de información. Fallaba, sin embargo, en los convencionalismos jerárquicos, y le faltaba experiencia en la aplicación de los conocimientos adquiridos.

Una de las manías del jefe de la División era mantener las distancias jerárquicas. Creyendo que el compañerismo debilita y relaja la obediencia, hacía rancho aparte y vivía rodeado de un pequeño séquito de ordenanzas y enlaces pendientes de sus menores gestos. Uno le cuidaba el caballo, otro le atendía los perros, otro le pastoreaba dos cabras y le cuidaba las gallinas y animalejos domésticos que reservaba para su mesa y el regalo de su familia, que vivía en Cuenca. Tenía su cocinero personal, un invertido valenciano que era un virtuoso en la preparación de carnes asadas y arroces. Naturalmente, no le faltaba el ordenanza ayuda de cámara que hasta le lavaba los pies, porque el teniente coronel había dado tanto auge a su barriga que no podía

agacharse. Pero el que inspiraba más murmuraciones era el «ordenanza pescador». ¿Quién podía permitirse el lujo de tener un pescador que le proveyese de cangrejos y truchas...? Con ser un refinamiento propio de señor feudal, no era lo peor, ya que también se murmuraba que el teniente coronel se «ventilaba» a su mujer a cuenta de los beneficios y provechos que le dejaban la pesca y otras sinecuras, entre las que se contaba el estar exento de toda clase de servicios.

El particularismo del jefe se reflejaba más o menos acusado en todos los servicios del cuartel general divisionario. Cada cual tenía a hacer lo que mejor le parecía y a disfrutar de privilegios propios sin preocuparse del conjunto. El comisario se había casado recientemente y vivía con su mujer en un pueblo inmediato, y lo mismo ocurría con la mayoría de los oficiales del estado mayor y los jefes de servicios que tenían a sus familias en los pueblos cercanos... ¿No era aquello un abuso?, se preguntaba Javi. ¿Dónde estaba el espíritu revolucionario? ¿Dónde la abnegación y el sacrificio de que tanto se blasonaba...? Los primeros días se entregó a un trabajo agotador para conocer el extenso frente, en algunas zonas discontinuo por lo abrupto del terreno, hacerse cargo del sistema de fortificaciones, la instalación de los observatorios y los lugares más favorables para las incursiones propias y enemigas. Aunque el frente gozaba de cierta tranquilidad, los golpes de mano y las sorpresas estaban a la orden del día.

Por entonces, la Brigada que mandaba su hermano Luis fue sacada repentinamente del frente para incorporarse a la batalla de Brunete. La ofensiva republicana había sido planeada para hacer saltar el cerco de Madrid y aliviar la presión sobre los frentes del Norte, en los que el enemigo empujaba con fuerzas cuantiosas y elementos tan terroríficos como la aviación alemana de la Legión Cóndor. A juzgar por lo que decía la prensa, el enemigo se replegaba en desorden ante el ataque desencadenado por las fuerzas republicanas. Los héroes de las primeras jornadas eran Modesto, Líster y el Campesino... Javi pidió permiso al teniente coronel Rosado para acompañar a su hermano, pero el jefe de la División le respondió, mientras se escarbaba concienzudamente los dientes con un palillo, que no podía ser, que le necesitaba para reorganizar el frente.

—Soy madrileño y me gustaría contribuir a librar a mi pueblo del asedio — insistió con energía.

—¿Cree usted que se va a conseguir? —sonrió melifluo sin dejar de escarbarse los dientes.

—Por lo que dice la prensa...

—No haga usted caso de lo que dice la prensa. Parece mentira que siendo usted periodista no sepa como se inflan los perros... Es verdad que el primer día pudo explotarse la sorpresa, pero el enemigo ha reaccionado con prontitud y nuestras fuerzas luchan desesperadamente por conservar las posiciones conquistadas.

—¿Quiere usted decir que ha fracasado la operación?

—Por lo menos ha fracasado la maniobra.

Viéndole tan sereno y carente de emoción, Javi llegó a pensar que el teniente coronel Rosado era un enemigo encubierto que se regodeaba en el fracaso. Además, hizo algunos comentarios desdeñosos sobre la preparación de los cuadros medios y la ineptitud de los jefes de milicias en el desarrollo estratégico de las grandes unidades que le molestaron. Sin embargo, días después Luis vino a ratificar el criterio del teniente coronel Rosado. La batalla había sido una enorme zarracina de la que las mejores unidades del Ejército del Centro salieron diezmadas sin haber conseguido ningún objetivo, ya que en el Norte los requetés navarros y la aviación alemana seguían machacando la heroica resistencia vasca. Luis había salido de la batalla con la mitad de los hombres y un brazo en cabestrillo. Cariños contaba el prodigioso fenómeno de verse transportado por los aires y caer a más de doscientos metros con la ropa hecha trizas, casi desnudo, y enormemente magullado.

Javi pasó muchos meses sin volver a Madrid. ¿Era mieditis a que le cazasen los de la Brigada X?, como decía Cariños. En realidad nunca pasó por su mente que pudieran detenerle por comentar y criticar hechos que todo el mundo condenaba. Personalmente no se reconocía valeroso al estilo de Luis y Cariños, que se crecían y fanfarroneaban en los momentos de peligro como gallos de

pelea o gatos en celo. Le faltaba agresividad, fiereza y mañas para pelear, pero poseía un indomable valor moral que no se dejaba intimidar por nada.

Casi haciendo tabla rasa de sus anteriores prejuicios o asumiéndolos en la medida en que eran compatibles con sus deberes militares, se entregó a una tarea agotadora para transformar la heterogénea aglomeración que mandaba el teniente coronel Rosado en una unidad coherente y operativa. De acuerdo con el comisario, llenó el frente de escuelas de alfabetización, creó un centro divisionario para elevar la preparación de los sargentos y un aula de jefes y oficiales para estudiar en conjunto el mejor aprovechamiento y explotación del terreno del sector, así como mantener un programa constante para mejorar y ampliar en profundidad las fortificaciones y defensas naturales. En los pueblos de la retaguardia montó un servicio de policía para controlar el movimiento de personal y acabar con las denuncias y murmuraciones sobre los actos de pecorea y abusos de los soldados y oficiales con las mujeres.

En lo que a las mujeres se refería, el teniente coronel Rosado era muy liberal. No le gustaba que le fueran con historias de violaciones y estupros.

Decía que esas cuestiones carecían de interés militar. Un día que un labriego fue a quejarse de que tres soldados habían atropellado a su nuera, se mostró especialmente quisquilloso y humorista, preguntándole si su nuera era joven y guapa, y al saber que tenía treinta años y era madre de dos niños, respondió que todavía podía tener más y era de desear que los tuviera, porque la guerra estaba empobreciendo mucho nuestra población. Luego se interesó de cómo había sucedido el atropello. Al saber que la mujer había salido en busca del ganado, que pastoreaba un nieto de otro hijo, le preguntó dónde estaba el padre del zagal y el marido de la mujer ultrajada, pero el labriego se hizo un pequeño lío. No sabía, no tenía la menor idea. Creía que se encontraba al otro lado de los montes, por la parte de Albarracín, con una columna de milicianos, pero hacía más de seis meses que no tenía noticias de ellos... «Me parece que yo sé dónde se encuentran», soltó el teniente coronel su risa seca y carraspeante. Sin perder la amabilidad despidió al labriego con la promesa de castigar a los abusones, pero luego dijo a Javi que se preocupara de averiguar el paradero de los hijos de aquel hombre... «Por el barullo que se ha hecho en

las explicaciones, me da la impresión de que sabe sobradamente que sus hijos se encuentran en la otra zona.»

—Eso mismo me ha parecido a mí —dijo el jefe de su estado mayor.

—Encárguese usted de que se vigile a toda la familia a ver de qué pie cojean, porque me huelo que hay gato encerrado.

—¿Y de los que se han cargado a la nuera?

—Bah... —hizo un ampuloso gesto de indiferencia—. Las mujeres también tienen que hacer algo por la guerra, hijo, y las que no quieran hacer nada que se pongan a mil leguas del frente...

Las primeras averiguaciones de Javi no sólo confirmaron las sospechas del teniente coronel, sino que le pusieron sobre la pista de una red de quintacolumnistas que se dedicaban a facilitar la evasión de personas de derechas a la zona nacionalista. En la operación, iniciada por Javi y rematada por un oficial del SIM que enviaron de Madrid, aparecieron diversas ramificaciones que rozaron al mismo teniente coronel, a su hermano Carlitos y a una veintena de jefes y oficiales de la División, aunque solamente un oficial de caballería apareció claramente implicado en el asunto, un oficial que se relacionaba con la nuera y los hijos del labriego y era el que dirigía las evasiones de acuerdo con los refugiados en una embajada de Madrid.

La coima del teniente coronel y su marido, el pescador de truchas y cangrejos, resultaron habilidosos comerciantes. Políticamente eran pancistas, aunque se inclinaban por los rojos, que les habían permitido llenar un cantarillo de billetes con la venta de los permisos de circulación que el pescador robaba en el cuartel general y los informes que facilitaba el oficial comprometido.

Las rozaduras de Cariños eran más leves, pero Javi tuvo con él un buen encontronazo. En uno de los pueblos cercanos al frente había una maestra

metida en años y en carnes que se llamaba doña Margarita. Era presidenta del Socorro Rojo Internacional; a iniciativa suya se había constituido un hogar del combatiente en el que se daban veladas teatrales y actos culturales, con algún que otro baile de vez en cuando. Pero su mayor preocupación eran los refugiados. Su compasión para los que habían tenido que abandonar sus hogares no tenía límites. Su fama de mujer caritativa y filantrópica estaba tan bien cimentada que gozaba de gran confianza entre las autoridades militares y civiles. Por otra parte, los jóvenes oficiales que participaban en sus veladas musicales, se hacían lenguas de su cultura, sabiduría y amabilidad. Uno de los más fervientes admiradores de doña Margarita era Carlitos, a quien de pronto se le había despertado una gran pasión por los conciertos de piano de la maestra.

Cuando Javi se enteró por el oficial del SIM de que había muchas probabilidades de que doña Margarita formara parte de la red clandestina que facilitaba las evasiones del campo enemigo, sintió inquietud por su hermano y habló con Luis del asunto.

—Yo no creo que las relaciones de Carlitos con la maestra tengan nada de sospechoso. Mi opinión es que la maestra es una ninfomaníaca que disfruta con los chavales y los chavales disfrutan con ella.

—¿Así de claro?

—En lo que se refiere a Carlitos, sí, y supongo que con los demás oficiales ocurre lo mismo.

—Al parecer, el único que no sabe nada soy yo.

—Será porque sólo te interesan los problemas militares... Anteayer estuve en Madrid y madre me dijo que estás hecho un descastado que no te acuerdas de nadie. Y la pobre Adela cree que no escribes ni vas a verlas por lo del embarazo.

—Qué tontería... ¿Qué me importa a mí lo del embarazo? Es verdad que no tengo muchas simpatías al hijo del Sacamantecas, pero si ella le quiere... Bueno, ¿qué me dices de lo de Carlitos con la maestra?

—Yo no te digo nada. Pregúntaselo a él... El otro día le llamé la atención por marcharse a Cuenca sin mi permiso y me dijo que me estaba haciendo un hueso y un militarote inaguantable lo mismo que tú. Desde entonces evita encontrarse conmigo y cuando lo hace me pone de «mi comandante» que no hay por donde cogerme.

La conversación con Carlitos resultó vidriosa. Le saludó con cierta sorna y se extrañó de que tuviera necesidad de hablar con él. Pero cuando le dijo de lo que se trataba se puso a la defensiva y le respondió que su vida privada le pertenecía por entero y no tenía por qué dar explicaciones a nadie de sus amistades y relaciones.

—Le advierto que sus intimidades con la tal doña Margarita, me importan un comino... —le siguió Javi la conversación en el mismo tono ceremonioso—. Si no fuera porque me parece que es usted mi hermano y no quiero verlo mezclado en asuntos turbios, le diría que tiene usted un pésimo gusto en sacar de sus casillas a una vieja hipócrita.

—No es tan vieja y, además, tiene otras cosas que usted ignora.

—Digamos las gracias musicales para sonsacar a los gurriatos como tú.

—A mí no me sonsaca nada. Lo único que hace es darme mucho gusto.

—Valiente libertino estás hecho. No piensas más que en chingar... Pues no sé si sabrás que doña Margarita se encuentra bajo la vigilancia del SIM y todos los que os relacionáis con ella resultáis sospechosos...

En los rasgos enérgicos del muchacho se produjo un rápido relajamiento y sus pupilas fogosas y burlonas se quedaron fijas sobre su hermano. Javi le vio revolotear en la incertidumbre y el miedo. Luego lanzó media docena de blasfemias seguidas, llamó repetidamente tía cabrona a la maestra y explicó a Javi por lo menudo sus relaciones con ella... Doña Margarita poseía todo un repertorio de argucias eróticas para encalabrinar a sus jóvenes admiradores. En primer lugar representaba muy bien su papel de señorita honesta y virtuosa que todavía no había encontrado el amor de su vida. Fingía a las mil maravillas escándalos y arreboles de inocencia. Consideraba su virginidad como un tesoro y provocaba a sus amiguitos a intentar arrebatárselo por la fuerza para poner a

prueba su virtud invencible... Carlitos estaba convencido de haber sido el primero en perforar la «telilla» de la maestra, pero al decirle su hermano que había otros diez o doce oficiales que afirmaban lo mismo, respondió que «la tía debía de ser una virgen profesional».

El asunto terminó unos días después con la detención de unas cincuenta personas entre las que figuraban doña Margarita, un teniente de caballería, el viejo labrador con sus dos hijos, que iban y venían de una zona a otra, el ordenanza pescador y su mujer, y un montón de refugiados que se hallaban distribuidos en diferentes pueblos en espera de ser conducidos por los vericuetos montañosos a la zona nacionalista con un buen alijo de joyas y objetos de gran valor. Luego Javi comentó con su hermano Carlitos, que la maestra había declarado que sus tertulias musicales con los jóvenes oficiales no tenían otro objeto «que cultivar un poco la sensibilidad de los pobres mostrencos embrutecidos por el marxismo».

—Jo, pues si hubieras visto cómo se agarraba al mostrenco. Era una leona.

—Ella jura que no ha tenido la menor relación íntima con nadie y hasta amenazó al oficial del SIM con demandarle por ofensas a su honor. El oficial quería tomaros declaración a todos los que habéis tenido relación con ella, pero yo me he opuesto porque no lo considero importante para el sumario.

—¿Quieres que te dé las gracias...?

—No, quiero solamente que selecciones mejor a tus amigas.

—Lo que tú quieras es que me entreteenga haciéndome pajitas, y eso sí que no. A mí me gustan mucho las mujeres. Yo no soy como tú, que miras mucho la estética y las ideas, a mí cualquiera que venga, vieja, joven, tuerta o jorobada, me encuentra con el pitón en ristre...

La guerra marchaba mal para los republicanos, irremediablemente mal.

Desde aquel rincón olvidado en el que los adversarios apenas si se veían en algunos sectores, aunque se sabían en vigilante acecho, Javi seguía la marcha de las operaciones día a día con creciente pesimismo. En su despacho tenía un mapa de España, al que llamaba «mi piel de zapa», en el que seguía

paso a paso las operaciones. Así había visto desaparecer el frente del Norte, con toda la comisa del Cantábrico, mientras el Ejército Popular forcejeaba inútilmente en Brúñete, Belchite y Teruel... Teruel fue una llamarada de esperanza que pronto se apagó. En la ofensiva y conquista de la ciudad intervino su hermano Mariano con brillantez. Luis acudió con su Brigada para contener la arrolladora ofensiva del enemigo en la dura batalla del Alfambra, y allí se vieron por última vez los cuatro hermanos en una hazaña memorable. Luis había quedado cercado con unos trescientos hombres en una posición fuerte en la margen izquierda del río Alfambra. Apenas Javi tuvo conocimiento de ello, se presentó en el teatro de operaciones con una veintena de enlaces y guerrilleros especializados en operaciones de rescate en campo enemigo. Allí se encontró a Mariano y Carlitos preocupados por la situación de Luis. Carlitos estaba hecho un haragán con las ropas destrozadas, los ojos hundidos y afiebrados, y los huesos a flor de piel. Mariano presentaba un aspecto imponente con su zamarra de piel negra, su bien cuidada perilla leninista y sus atributos de jefe de División relucientes y nuevecitos. Según le dijo, acababa de abandonar el hospital y todavía cojeaba de las heridas que había recibido en una pierna. De la Brigada de Luis quedaban apenas dos batallones que se aferraban al terreno, un terreno embarrado, inhóspito y machacado por la artillería y la aviación. Su única defensa era el foso del río, muy crecido por las lluvias torrenciales. Aunque el enemigo lo había cruzado por varios puntos y presionaba duramente en los flancos, con una clara intención de embobamiento, en aquel punto no era probable que lo hiciera por el turbión de las aguas.

En el cambio de impresiones que tuvieron los tres hermanos, Mariano se mostraba partidario de organizar un contraataque local para facilitar la retirada de Luis y los hombres que habían quedado aislados en la otra orilla del río. Incluso estaba decidido a intervenir con sus propias fuerzas, a lo cual se oponía el jefe del sector. Mientras Mariano trataba y discutía con los mandos superiores, Javi y Carlitos lo hacían con los jefes y oficiales de la Brigada... ¿Estaban dispuestos a hacer un nuevo sacrificio por sus compañeros cercados? Los hombres se hallaban profundamente desmoralizados. En la mayoría cundía el desánimo y el egoísmo propio de estas situaciones. No obstante, el proyecto de Javi encontró la colaboración suficiente para llevar a cabo la operación que

se proponía... Cuatro comandos, al frente de los cuales irían los especialistas que había llevado con él, repasarían el río por cuatro puntos vadeables, mientras que tendrían las escalas y cuerdas para que los cercados pudieran retirarse por la parte más difícil y menos vigilada con las suficientes garantías de éxito. El mismo Javi se encargaría de la ejecución de la parte más difícil, lo cual le costó una fuerte discusión con Carlitos y Mariano, que se consideraban más idóneos y experimentados para la realización de la maniobra. Carlitos por el conocimiento que tenía del terreno, y Mariano, sin decirlo, porque estaba muy envanecido de su audacia y capacidad estratégica y consideraba a Javi un niño con la cabeza llena de teorías idealistas... Javi recordaría aquella noche como la más infernal y angustiosa de su vida. Sentía miedo al agua, la noche le infundía terroríficas fantasmagorías desde la infancia y lo que más le preocupaba de la guerra era la posibilidad de ser hecho prisionero. Y aquella noche pasó varias horas con el agua al cuello, tiritando de frío y de miedo, y estuvo a punto de ser hecho prisionero. Pero la operación salió tal y como la había planeado. Antes de que amaneciera Luis y sus hombres habían cruzado el río, y los comandos se replegaron con una docena de prisioneros. El encuentro con Luis fue emocionante. No era ni su sombra. Los ojos se le hundían en el cogote y el cuerpo atlético se le doblaba, pero su espíritu indomable le mantenía en pie. Sin embargo, al pisar el puesto de mando, se derrumbó sin conocimiento y tuvieron que evacuarle al hospital.

—¿Sabes que eres un estratega estupendo? —le dijo Mariano después.

—Estoy haciendo todo lo posible para estar a la altura del cargo que represento.

—Olga le dijo a la Estrella que valías mucho y que podías ser un magnífico jefe si te curabas del idealismo ácrata. Yo pensé que se trataba de simpatías de cama... porque te la tiraste, ¿no?, pero ahora me doy cuenta que sabes de cuestiones militares más que Luis y yo.

—Luis y tú sois dos buenos oficiales de campaña... A mí me preocupan más las cuestiones técnicas. Desde hace más de un año mis únicas lecturas son los tratados militares, pero eso no quiere decir que sea un buen militar. Creo que

nunca lo podré ser, porque hay algo en mí que se opone a la guerra y condena la violencia.

—Son escrúpulos idealistas. ¿Por qué no te vienes conmigo...? Si tanto te interesa la técnica militar, incluso podría conseguir que te enviasen a una academia de la Unión Soviética.

—Ya es tarde —movió Javi la cabeza.

—Tarde, ¿para qué...? No olvides que después de la guerra tendremos que mantener un poderoso ejército para defendernos de las democracias burguesas y del fascismo.

—¿Y piensas que vamos a ganar la guerra?

Mariano le respondió con un «estoy completamente convencido» y a continuación le endilgó un discurso con todos los tópicos de la propaganda partidista, lo que Javi llamaba un «disco rayado», un acto de fe. En este aspecto su hermano era de una ingenuidad fervorosa. Luis decía que se tragaba todos los sapos que le echasen y los digería como si fueran lentejas. Para Mariano la guerra no había hecho más que comenzar, pues hasta entonces el enemigo pudo jugar impunemente con las milicias, pero en lo sucesivo tendría que enfrentarse con un ejército cada vez más poderoso, armado e inspirado por el genial camarada Stalin... Javi pensó que su hermano deliraba, pero no quiso llevarle la contraria. Incluso se sintió reconfortado viéndole tan convencido de la victoria, la cual consideraba el preludio de la confrontación de la lucha de clases a escala mundial, con el consiguiente triunfo de las fuerzas proletarias sobre el imperialismo mundial...

En las horas que pasó en el cuartel general de Mariano, en la retaguardia, observó que una hermosa campesina merodeaba en torno a su hermano con aire mimoso y complaciente. Le extrañó porque, como decía su madre, Nano era el único «rabo formal» de la familia. Desde que a los diecisiete o dieciocho años fue «secuestrado» por la Estrella Roja, que tenía ocho o diez más que él, no se le había conocido ningún tipo de devaneo y se mostraba muy enamorado de su insignificante compañera. Como Javi le gastara algunas bromas sobre las miradas vehementes y pegajosas de la muchacha, su

hermano terminó por confesarle sus preocupaciones... Efectivamente, no era solamente una camarada del servicio de cocina, como se la había presentado, sino que se estaba acostando con ella... «Sin saber cómo me he liado y no se cómo voy a salir del lío, porque está embarazada, sabes, y la Estrella anda con el mosqueo detrás de la oreja. Hace unos días estuvo aquí con una delegación de camaradas chinos y me armó una bronca de muy señor mío... Le dio por decir que mi habitación olía a puta y que yo me estaba emputeciendo y que tendría que acabar con la puta que me estaba corrompiendo con sus arrumacos de mujercita de su casa.»

—¿Conoce a la muchacha?

—Que si la conoce... La olfateó desde el primer momento. Y ahora se le ha metido en la cabeza que tiene que abortar, y Pepita no quiere. Dice que prefiere marcharse de mi lado a matar a nuestro hijo... Es una sentimental, sabes. No tiene ninguna educación política, pero es una chica maravillosa. Vive pendiente de mí y parece adivinar mis gustos.

—Me parece que te has colado.

—No lo creas. Yo quiero a Estrella. Estamos completamente identificados en todo... Reconozco que es una camarada estupenda y que ha hecho mucho por mí, pero ahora no hace más que echármelo en cara y decirme que si soy algo es por ella, que se lo debo todo y que sin ella sería un juanlanas más, el último de los Revilla, pues no tengo tu talento, ni el carácter arrollador de Luis, ni la simpatía de Carlitos...

—Pero tampoco eres el barro con el que ella quiere hacer su héroe a la medida —dijo Javi.

—Es lo que yo digo, si soy una mierda pinchada en un palo, como quiere hacerme creer ahora, que me deje en paz y se busque un genio...

Al final de la copiosa comida, servida por Pepita, la muchacha le anunció «que el señor jefe de estado mayor esperaba fuera y parecía muy nervioso». Aunque Pepita se esforzaba en mostrarse distanciada y servicial, en su manera de decir y de hacer las cosas trascendía una fuerza avasalladora, casi dominante. Se veía que disponía con absoluta libertad e incluso Javi pudo

captar que el jefe de estado mayor no gozaba de la simpatía de la muchacha, pues cuando éste entró, un tanto tenso y seco, no ocultó que llevaba un buen rato esperando para entregarle un despacho urgente... Al leer Mariano el telex en el que el jefe del Ejército de Maniobras le ordenaba tener sus fuerzas preparadas para ser embarcadas a las ocho de la noche, murmuró ininteligibles blasfemias... «Esto es una cabronada. No hay derecho. Nos habían prometido una temporada de descanso para reorganizar los batallones y adiestrar a los reclutas que nos han enviado en el manejo de las armas, y ahora, con toda la gente dispersa por los pueblos, nos dan cinco horas para salir pitando. Me cago en... mi padre... Siempre corriendo, siempre improvisando. Así nos salen las cosas... ¿Ha dado ya las órdenes a las brigadas...?»

—Todavía no.

—Pues, ¿qué hace...? Curse las órdenes inmediatamente. Quiero que a las ocho todas las unidades estén preparadas en sus bases para embarcar sin excusa ni pretexto. Diga a los jefes de las unidades que les hago responsables a ellos personalmente de cualquier irregularidad en el cumplimiento de las instrucciones... —Mariano empujó a su jefe de estado mayor hacia la puerta y volvió a la mesa. Pepita parecía desencajada con las manos cruzadas sobre el regazo. Sus pupilas pardas brillaban desasosegadas y en las comisuras de sus labios temblaba un rictus de angustia. Mariano le pasó los brazos por la cintura y la besó en el vientre—. Lo siento, nos han jodido otra vez. Tendrás que volver a tu pueblo.

—Yo no me separo de ti... —le acarició la muchacha la cabeza—. Quiero ir contigo a todas partes.

—Sabes que no puede ser, y tampoco quiero que arriesgues tu vida, que me importa mucho más de lo que supones... A pesar de la guerra y de mi compañera, creo que ya no podré vivir sin ti...

—Yo me voy —se levantó Javi repentinamente.

—Espérate, voy a ir contigo a despedirme de Luis y Carlitos. Quizá tardemos en volver a vernos... ¿Qué opinas tú de la situación?

—Ya te he dicho que la veo mal... ¿Tienes alguna idea de a dónde vas?

—Ayer hablé por teléfono con el jefe de mi Cuerpo de Ejército y me dijo que se estaba produciendo una gran concentración de fuerzas en el frente de Aragón, pero que no se esperaba un ataque inminente. Concretamente me dijo que tenía diez o doce días para descansar y reorganizarme...

Cuando se quisieron dar cuenta, Pepita había desaparecido y Javi tuvo que marcharse sin poder despedirse de ella.

—¿No has pensado en separarte de Estrella? —le preguntó Javi ya dentro del coche que les condujo al hospital de campaña donde se encontraba hospitalizado Luis.

—¿Quién piensa semejante cosa? No, de ninguna manera, la Estrella no me lo perdonaría nunca y, con lo rencorosa que es, me perseguiría de todas las maneras hasta hacerme la vida imposible. Además, Pepi conocía mi situación y sabía que no quería líos. No puede llamarse a engaños. Yo le dije que no quería tener hijos hasta que ganásemos la guerra y tomé toda clase de precauciones para evitarlo, pero la muy tuna no ha parado hasta que no se ha quedado preñada...

Media hora después Mariano se despedía de sus tres hermanos en el hospital. Algunas horas después Javi partía para incorporarse a su unidad. Y tres días más tarde Rómulo Talavera le daba en Madrid la noticia de que Mariano había sido hecho prisionero en el frente de Aragón, gravemente herido.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Anoche dio la noticia «Radio Salamanca» como si se tratara de un monstruo. Yo creo que le confunden unas veces con Luis y otras contigo y hasta con Carlitos. Lo va a pasar mal.

Javi se quedó sin palabras. Comprendía todo lo que podía pasar. Los Revilla se habían hecho demasiado notorios por su entrega total a la lucha, y Mariano en particular era el más glorificado de todos ellos por la propaganda partidista. Su sonrisa pelicular y su cara fotogénica habían ilustrado multitud de reportajes y comentarios periodísticos.

—¿Por qué no hacéis alguna gestión para que el Gobierno le incluya en los intercambios de prisioneros? —volvió a decir Talavera.

—Porque personalmente me parece inmoral y contrarrevolucionario ese negocio de los intercambios de prisioneros en el que los dirigentes de ambos bandos se devuelven a sus amigos y familiares y dejan a los demás que se pudran en las cárceles o se rompan ante los piquetes de ejecución.

—El moralismo a estas alturas me parece una majadería. La guerra puede terminar de cualquier manera... por un pacto, por una traición, o por el hundimiento de los frentes. Lo que ha pasado en el frente del Este, y yo no dejo de preguntarme qué es lo que ha pasado para que el bastión más sólido de la revolución haya sido arrollado por el enemigo sin apenas resistencia, es un ejemplo de lo que puede pasar en cualquier frente... Yá sé, ya sé, tú me vas a decir que después de la política contrarrevolucionaria de los comunistas en Aragón y Cataluña, no podía pasar otra cosa. En parte tienes razón, pero los comunistas también la tienen cuando os acusan de haber dado más importancia a los ensayos colectivos que al fortalecimiento del ejército. Pero sea por una u otra causa, o por las dos, lo cierto es que en nuestras filas se ha producido la desmoralización, mientras que el enemigo se crece en la victoria.

—¿Qué opina el general Miaja?

—El general no tiene ideas propias. Actúa siempre como general en jefe y se deja mimar por unos y por otros. Como buen camaleón ahora sólo piensa en subir un escalón más en su pedestal... Parece que el doctor Negrín piensa trasladarse con el Gobierno a Barcelona en previsión de que Cataluña sea aislada del resto de la zona republicana. En caso de que esto ocurriera, Miaja sería nombrado general en jefe de la zona Centro-Sur, y esto le tiene loco de alegría. Ya se ve convertido en otro general Franco y sueña con demostrar a los políticos que no saben gobernar... Uno de sus ayudantes me dijo ayer muy convencido, que el general Miaja podía cambiar el curso de la guerra y hacer que los «generales africanos» repasen el Estrecho con el rabo entre las piernas... ¿Choces? ¿Ingenuidades...? Vete a saber.

—Eso quiere decir que tú no compartes su optimismo.

—Yo me atengo a los hechos... mientras no se demuestre lo contrario...

La larga conversación con Talavera, mientras tomaban el aperitivo en Chicote en un ambiente de bulliciosa putería, le dejó un rastro de profunda incertidumbre y la sospecha de que el ex legionario empezaba a chaquetear. No era la primera vez que esto sucedía. En los momentos de crisis Talavera siempre fluctuaba, lo cual no le impedía cumplir con su deber. Javi recordaba un día en Toledo, precisamente después de haber arriesgado su vida para salvarle, que le dijo muy serio, pero también bastante beodo y a punto de llorar, que la revolución estaba perdida y que la guerra la ganarían los militares sublevados.

Al entrar en el palacete donde su familia vivía evacuada, percibió una cierta conmoción. La pequeña comunidad de la barriada era un foco permanente de intrigas. Las mujeres y los críos andaban siempre enzarzados en disputa cuando no enganchados a la greña. Se vigilaban mutuamente a ver quién comía más o lo pasaba mejor. La promiscuidad y el hambre generaban envidia y mal humor... Su primera sorpresa fue encontrarse con la tía Moñeta, quien desapareció a finales de 1936 sin dejar rastro. Siendo tan husmeona y andariega como era, todos pensaban que había muerto oscuramente en cualquier bombardeo. Su madre, que la juzgaba muy severamente por sus costumbres libertinas e hipócritas, había llorado más de una vez pensando en lo que habría podido ocurrirle a «la oveja sin pastor», como la llamaba. Pero la pobre vieja parecía tan amojamada y vivaz, con aquellos ojillos relucientes de lechuza y la boca desdentada sumida en profunda sima... «Mi niño repimpolludo, mi principito, el que había de ser de Dios y se lo llevó el demonio, ay, ay, pero qué requeteguapo estás con ese uniforme», gruñía besándole y palpándole como si no diera fe a lo que veía.

—Por favor, tía, que me hace cosquillas... —protestó Javi, tratando de desasirse de las efusividades de la vieja.

—Perdona, hijito, pero me parece imposible verte con todas tus cosas y tan majo y repimpolludo... ¿Sabes que la otra noche te vi muy mal, pero muy requetemal? Estabas con Luis y me parece que también con Nano. Debía ser cosa de mucho peligro, porque te caíste en un río o en una poza... no, no, era un río porque el agua te arrastraba y ni Luis ni Nano podían hacer nada, porque estaban heridos...

—Vamos, tía, eso no son más que visiones y sueños.

—¿Me vas a decir que no habéis estado en peligro?

—En la guerra siempre se está en peligro.

—Pero el vuestro es muy grave... ¿Dónde están Luis y Nano...? Veo a Nano muy mal...

Javi se sintió sacudido por un repeluzno. Los ojillos de la tía Moñeta le contemplaban con inquisitiva avidez. ¿Qué tenía aquella mujer que hacía a uno sentir el desconcierto del misterio? En el pueblo decían que era bruja y por bruja la echaron cuando don Zoilo, el prepotente cacique del lugar con fama de derribamozas y aplastainflices, y a quien ella había servido en barraganía, la expulsó de su casa y en plena plaza pública le gritó: «Mal rayo te parta, Zoilo del demonio», y aquel día don Zoilo no volvió al pueblo, porque el rayo le derribó del caballo sin tocar al animal que montaba.

La aparición de su hermana Adela, a la que no esperaba encontrar, pues suponía en Alicante con su compañero, le libró del supersticioso interrogatorio de la tía Moñeta. Adela estaba muy bien. Javi la encontró rebosante de vitalidad. Los temores que sentían todos de que Antonio la contagiara la tuberculosis que padecía, parecían infundados. Además, tenía un hijo muy hermoso.

—¿Cómo te has venido de Alicante?

—Porque a Antonio le dieron de alta en el sanatorio y lo han destinado a servicios auxiliares y ahora está pasando unos días con sus padres en un pueblo de la sierra. Yo también he estado allí unos días, pero no puedo soportar las chismorrerías fascistas de mi suegra. Además, a madre le ha dado

otra vez por el misticismo y las oraciones. Dice que es por Lucía, que tiene un mal embarazo, pero yo pienso que son los infundios de la tía bruja... —dirigió la mirada a la tía Moñeta, que estaba hablando con una vecina—. Segundo me ha dicho Lucía, desde que ella llegó madre anda desquiciada con los misterios y no hace más que llorar por sus hijos y las desgracias que nos esperan. Con tanto gemir y rezar tiene a la pobre Lucía hecha unos zorros. Esta mañana me dijo que había soñado que iba a dar a luz un niño muerto.

—Joder con las supersticiones. En esta casa parece que todo el mundo ve visiones... ¿Dónde está Lucía?

—En la cama. Mejor es que no la molestes, porque en el momento que se pone de pie empieza con las náuseas y los vómitos...

Poco después llegó su madre. Se había pasado desde las seis de la mañana en la cola para conseguir un racionamiento extraordinario de bacalao, leche condensada y azúcar. Llegaba aterida y mustia. A Javi ni siquiera le prestó atención, aunque hacía más de tres meses que no le veía, ni siquiera le preguntó por sus hermanos... ¿Sabría algo de lo de Mariano?, se preguntaba Javi. Las palabras sibilinas de la tía Moñeta y el desolado hermetismo de su madre, le inspiraban profundos recelos... Mientras Adela preparaba la mesa, apareció Lucía. La compañera de su hermano Luis era un montón de huesos con una barriga descomunal. Parecía muy envejecida y arrugada. Sólo los ojos, unos ojos desorbitados y tristes, reflejaban la tensión a que estaba sometida. Apenas le vio, se le echó en los brazos estremecida y balbució repetidamente el nombre de Luis.

—Calma, calma... —la acarició Javi—. Luis está bien. Si no ha venido a verte es porque no puede. Él también lo ha pasado mal. En el Alfambra le destrozaron la Brigada y tuvo dificultades para replegarse, pero ya todo ha pasado. En el momento que pueda vendrá a verte.

—Tengo el presentimiento de que no lo voy a volver a ver, y siento ansias de muerte.

—¿Por qué no vas a volverlo a ver...? —miró Javi a la tía Moñeta, pero la vieja agachó la vista con hipócrita humildad—. ¿Quién dice semejantes tonterías...?

Mientras comían las «píldoras de Negrín», como llamaban a las lentejas, híspidas por falta de grasa, Lucía se levantó con repentinhas náuseas y ya no volvió. Pasado un rato, Adela se fue para ver lo que ocurría y casi inmediatamente regresó gritando que estaba dando a luz en la alfombra de la habitación. Petra, la tía Moñeta y Javi la siguieron. Efectivamente, cuando entraron en la habitación el niño estaba saliendo, un niño minúsculo y arrugadito como una pasa. Petra extendió una sábana entre las piernas de la parturienta, pidiendo a gritos agua caliente y tijeras. Fue un momento de enorme confusión. La casa se puso en movimiento y la habitación y los pasillos se llenaron de mujeres que acudían con pucheros de agua caliente. Javi contemplaba hipnotizado cómo su madre levantaba al niño de las patitas como si fuera un conejo y éste empezaba a berrrear. Luego entre varias mujeres colocaron a Lucía en la cama, pero la parturienta se quejaba tanto que Adela le dijo a su hermano que tenía que ir en busca del médico. Mientras Javi tomaba nota de la dirección para ir a buscarle, apareció la cabecita de otro niño por el útero. «Son mellizos, son mellizos», murmuraban las mujeres, aconsejando cada una lo que había que hacer, en tanto Petra rezongaba que había tenido once hijos y nunca tuvo necesidad de nadie para parirlos. Pero cuando después del segundo, apareció el tercero, los comentarios se tomaron jocosos y picantes... «Para que digan que van a acabar con los rojos», se reía a carcajadas la Rufa. «Con unos cuantos pichorros como Luis es suficiente para que los rojos sigan dando guerra.» Otras hablaban de las monjas y de las ganas que se les había despertado de macho con la guerra. Algunas recordaban la llegada de Lucía al orfelinato y el horror que sentía por los hombres. Al final todo resultó bien y hasta regocijante. Cuando Javi regresó al cabo de una hora con el médico, su cuñada sonreía feliz en la cama con sus tres hijos que, al decir de las comadres, eran tres machitos de órdago que no tenían nada que envidiar al sinvergüenza de su padre...

Javi regresó aquella misma noche a su base de operaciones muy preocupado. En el cuartel general de aquel apartado frente, todo seguía igual. La monotonía rutinaria daba una sensación de falsa normalidad. Javi pensaba que era un error del alto mando mantener durante tanto tiempo a las unidades inactivas, porque llegaban a perder todo espíritu combativo. Después de haber comprobado la dureza con que se luchaba en otros sectores, hasta sentía

miedo de aquella tranquilidad en que los combatientes de uno y otro bando se hacían concesiones fraternales y se veían más como adversarios fronterizos que como enemigos que defendían ideales opuestos.

En una de las primeras conversaciones que tuvo con su jefe, le expuso sus preocupaciones sobre la marcha de la guerra y la necesidad de fortalecer la disciplina y crear un sistema de fortificaciones escalonadas que, además de entretenir a los soldados, pusiera el frente en condiciones de poder resistir una intensa ofensiva enemiga. El teniente coronel Rosado movió la cabeza, bizqueó con el ojo izquierdo y se pasó la mano por la calva. Luego, mientras se escarbaba los dientes, le hizo algunas observaciones sobre las dificultades disciplinarias en un frente tan extenso y elástico. En cuanto a las fortificaciones, no le parecían mal, pero le advirtió que no encontraría los materiales adecuados, y la idea de construir fortines y zanjones cubiertos de rodillos, como estaban haciendo en otros sectores, le parecía poco eficaz. Con todo, le dio carta blanca para que hiciera lo que le pareciese «sin meterse en camisas de once varas ni buscar tres pies al gato... El frente se encuentra tranquilo, ¿qué más podemos pedir...?»

—¿No le parece, mi teniente coronel, que pedir tranquilidad en la guerra es un lujo intolerable?

—Nosotros no podemos hacer más de lo que hacemos.

—Yo pienso que sí, que podemos y debemos mantener al enemigo en estado de alerta permanente, hostilizarle en la medida de nuestras fuerzas y no permitirle que retire combatientes del sector para nutrir sus fuerzas ofensivas en el frente del Este.

—Todo eso es muy peligroso. Si nosotros los hostilizamos, la respuesta no va a tardar en llegar. De todas las maneras, no quiero limitar sus iniciativas, pero aténgase a las consecuencias... Yo prefiero pasar por comodón a que mis

superiores me tengan por incordiante y provocativo. Además, no olvide usted la moral de la tropa...

Precisamente lo que más preocupaba a Javi era la moral de los combatientes. La inercia, la pasividad y el fatalismo le sacaban de quicio. Ya eran muchos los que daban la derrota por segura y otros que hacían esfuerzos por acomodarse a ella con una moral de tolerancia. Indirectamente se enteró de que un oficial había denunciado a su jefe de batallón la presencia en su compañía de algunos elementos derrotistas que minaban la disciplina, y el comandante le había recomendado que hiciera la vista gorda y no se diera por enterado. Javi quiso informarse detalladamente de lo sucedido y habló con el oficial, un campesino casi analfabeto, pero muy perspicaz. El muchacho estaba asustado. Sabía que en el batallón existían «enredadores fascistas» que hacían propaganda de sus ideas y hasta sospechaba que se entendían con los de enfrente. Según le dijo, más de una vez había sorprendido reuniones sospechosas en los «chiringuitos» de las trincheras, pero el comandante decía que cuando las cosas marchan mal, siempre ocurre lo mismo.

—Y tú, ¿qué opinas? —le miró Javi afectuosamente.

—Que cualquier día me liquidan y se largan al otro bando.

—¿Cómo podríamos evitarlo?

—No lo sé... tal vez fusilando a unos cuantos.

—Así, sin consejo de guerra ni nada...

—Cuando las cosas se ponen mal hay que cortar por lo sano. Yo me pregunto qué hubiera sido de nosotros el 18 de julio si nos atenemos al legalismo y no atacamos al enemigo en sus guaridas...

Javi no se permitió dar la razón al oficial, pero le faltó tiempo para informar al jefe de la División de lo que sucedía. Incluso le puso a la firma una orden de relevo del batallón para aquella misma noche. Según le dijo, su intención era desarticular la conspiración, reorganizar el batallón y someterlo a un período disciplinario en la retaguardia. Pero el teniente coronel movió las cejas peludas y resopló como si la perdiz estofada que estaba comiendo le quemase en la

boca... «Eso no puede ser. De ninguna manera. Ya le dije a usted que no se metiera en camisas de onces varas...» Siguió comiendo vorazmente, y luego trató de excusarse en tono más amable... No le parecía correcta la orden, porque ponía en entredicho la capacidad de mando y la lealtad del comandante del batallón, que si era un cuitado y estaba algo desmoralizadillo, sus motivos tenía. La familia en la otra zona lo estaba pasando mal y tenía un hermano en la cárcel pendiente de un hilo. Por otra parte, consideraba que no era de la incumbencia del jefe de estado mayor entrometerse en cuestiones políticas. Ya hablaría él con el oficial del SIM y el comisario para que hiciesen las averiguaciones oportunas con toda discreción. Incluso le prometió llamar al comandante del batallón para echarle un rapapolvo.

Javi aceptó de mala gana la solución, pero comprendía los escrúpulos de su jefe. El comandante del batallón había sido sargento en la misma unidad en la que él era teniente al comenzar la guerra y ambos se consideraban amistosamente, por más que no perdonaran ocasión de criticarse mutuamente. El comandante del batallón tenía a su amigo y superior «por un vivalavirgen con más gañote que un aveSTRUZ», y el teniente coronel tildaba al otro de «chorrafloja» y «bragazas».

En aquella división, como en la mayoría de las unidades, la politiquería estaba a la orden del día. El teniente coronel se decía socialista, pero un socialista acomodaticio que fluctuaba según los vientos que soplaban en el poder. Con el comisario, que era comunista, se llevaba bien a rachas, y con el oficial del SIM, que era largocaballerista, contemporizaba diplomáticamente. Luego cada uno cultivaba su clientela política y se tiraban a degüello. El oficial del SIM no se ocultaba para decir que el comisario «era un triperón y un proselitista indecente», y el comisario le correspondía, a su vez, diciendo que el oficial del SIM «era un borrachín asqueroso y un alcahuete del teniente coronel Rosado». Javi no estaba exento de este juego y de estas críticas, pero desde la separación de la brigada de su hermano Luis había quedado un poco al margen de la polémica. Ahora se decía que era el hombre de confianza del jefe del Cuerpo de Ejército, y por esta sola razón se le temía.

Por entonces recibió la visita de Artigas y Benítez. Ambos vestían el uniforme de comisarios, aunque de diferente categoría y con diferente estilo. Artigas lo

vestía con elegancia y daba mucho empaque y énfasis a sus insignias de comisario divisionario. Benítez sin la gorra y la sardineta de comisario de batallón en la sucia y despellejada cazadora de piel, hubiera parecido un vagabundo. Su visita, sobre todo la de Artigas, fue para Javi una sorpresa, pues no ignoraba que el antiguo director de «La Mañana» se había dejado decir a raíz del artículo que le costó el empleo, que «tenía que hundirle como a un bellaco».

¿Era un visita amistosa o encerraba intenciones?, se preguntaba Javi. La explicación que le dio Artigas es que iban de paso hacia Madrid, con una misión del comisario general, y querían verle y conocer su estado de ánimo. Delicadamente le dejó entrever que el incidente de «La Mañana» había sido enterrado y sólo quedaba la amistad limpia de todo reconcomio... «No te guardo ningún rencor, de verdad...», le abrazó repetidamente y hasta le pellizcó en las mejillas con tierna afectuosidad. «Aquello está olvidado. Afortunadamente «La Mañana» estaba muerta y casi me hiciste un favor... Quien supo entenderlo fue el amigo Avelino. ¿Sabes que se ha marchado a París con un buen enchufe?

—Es la primera noticia que tengo.

—Pues sí. A su mujer le han nombrado no sé qué de la infancia evacuada y a él le han dado una corresponsalía muy bien remunerada en París. Qué suerte tiene el gachó. Para mí que la masonería o los Portillo andan detrás de todo esto... Y los demás a jorobamos y pasar calamidades.

—Tú tampoco estás mal en el comisariado general, ¿no?

—Pchis, si supiera uno lo que va a pasar... ¿Qué opinas tú?

—Mi opinión no cuenta. En lo único que estoy de acuerdo con Negrín es en que tenemos que resistir con pan o sin pan. Nos lo jugamos todo y no podemos ser tolerantes con las debilidades, a pesar de que las debilidades nos abruman... ¿Qué ha pasado en el frente del Este?

—Ha pasado, más o menos, lo que tú dijiste en el famoso artículo que enterró «La Mañana»... —abrió Benítez la boca por primera vez—. Hace un par de meses que estuve en Aragón y vi los pueblos desmoralizados. Los

anarcosindicalistas huían a Barcelona. Habían visto destruidas sus colectividades y ya no tenían confianza en la revolución. Sin embargo, los propietarios y terratenientes hablaban de Líster con miel en los labios.

—Ya estás diciendo patochadas —le reprochó Artigas—. El camarada Líster no hizo más que cumplir las instrucciones de Prieto.

—Un revolucionario de verdad no cumple nunca instrucciones contrarrevolucionarias. Antes de traicionar la revolución se pega un tiro —dijo Javi.

—No me seas calderoniano, querido... —se acentuó el sarcasmo en los labios de Artigas—. Hoy lo revolucionario está pasado de moda. Lo único que cuenta son las condecoraciones y los ascensos.

—Y el marcharse a Barcelona —añadió Benítez.

—¿Por qué a Barcelona?

—Con todo lo que tienes en esa hermosa cabecita, sigues siendo un ingenuo... —le acarició Artigas en el colodrillo—. ¿No te das cuenta...? El enemigo llegará de un momento a otro al Mediterráneo, si no ha llegado ya. La zona republicana quedará cortada en dos. El doctor Negrín decía hace unos días que con todo el material que se espera de la Unión Soviética muy pronto podremos pasar a la ofensiva y restablecer las comunicaciones, pero por lo pronto el Gobierno se ha marchado de Valencia con toda su corte de burócratas y enchufados... Una pena. Nunca he visto tantas lágrimas como en estos días para conseguir un enchufe en Cataluña. La espantada de Madrid en noviembre del 36 fue un juego de niños. Todos los que tienen algo que perder quieren ponerse lo más cerca posible de los Pirineos y de la dulce Francia, por lo que pueda pasar...

Fue una conversación pesimista y amarga. Aunque Artigas repitió varias veces que tenía mucha confianza en el camarada Stalin y en la Unión Soviética, Javi dedujo que más bien estaba poseído de un pesimismo atroz. Por todas las partes veía traiciones y enemigos. Azaña era un liberal burgués que no podía aguantar las pesadillas terroríficas del militarismo victorioso y conspiraba con Besteiro y Martínez Barrio para pactar con el enemigo. Prieto era un indecente

derrotista afectado de «comunistitis» igual que su antecesor Largo Caballero. El Partido Socialista era un reino de taifas, con excepción del doctor Negrín y sus seguidores. Los anarcosindicalistas se habían puesto al paro y volvían a refugiarse en su apoliticismo...

—Pero seguiremos dando la cara y luchando en primera línea como los demás —le interrumpió Javi.

—Nadie lo niega, pero vuestro protagonismo en la dirección política es imperceptible. Y no hablemos de los republicanos, que cada cual va por su lado. Nadie confía en la victoria. Sólo los comunistas tenemos una fe ciega en el camarada Stalin

—Conmigo no cuentes. Al camarada Stalin pueden ir dándole mucho por el culo... —dijo Benítez con gesto huraño—. Yo nunca he confiado en los dioses y no me vais a hacer ahora comulgar con ruedas de molino... Para mí los únicos que cuentan son los españoles, y mientras no vea que los trabajadores comunistas, socialistas y anarcosindicalistas se amontonan de nuevo para luchar contra los fascistas, no creeré en nada. Todo lo demás son politiquerías de santones, argucias de caciques...

—Tú sigue así y verás como cualquier día te ves purgado ante un piquete de ejecución.

—Benítez tiene razón. Sólo la unidad del pueblo puede salvamos de la catástrofe. De lo contrario, nadie sabe lo que puede ocurrir, aunque si lo que me has dicho es cierto, no es para hacerse ilusiones...

La conversación todavía se prolongó un rato. Luego Artigas se reunió con el comisario de la División y en su compañía visitó algunas dependencias del cuartel general y los servicios. Mientras tanto, Benítez y Javi se quedaron charlando de los «viejos tiempos» en que ambos tenían una fe ciega en la revolución y soñaban con regenerar la piel ibérica de sus lacras tradicionales. Al calorillo del coñac, Benítez se puso dicharachero y charlatán. Hablaba por los codos y hablaba mal de todo el mundo. Con su lengua viperina y su ingenio punzante, le hizo una descripción esperpéntica de la «corte de los milagros», caricaturizando a los personajes que se movían en el mundillo oficial. Era

comisario lo mismo que podía haber sido vate o bufón en épocas más ritualistas y convencionales. Benítez fluctuaba entre lo sublime y lo ridículo con la mayor naturalidad. Frecuentemente dependía de su grado de alcoholismo. En aquel momento se hallaba a medios pelos, y Javi no estaba dispuesto a dejarle que se remontara al patetismo llorón o apocalíptico, por lo que oportunamente le retiró la botella de coñac para saborear sus juicios agraces y satíricos sobre los que se esforzaban en restablecer la «normalidad burguesa y vivían a lo burgués», mientras el pueblo sufría todas las miserias y dificultades de la guerra.

Artigas regresó muy orondo y satisfecho de sus cuchicheos y ceremonias con el comisario de la División. Incluso pronunció una breve arenga a los burócratas del cuartel general con insidiosas exaltaciones al «poderoso músculo del partido del proletariado y a la voluntad indomable del camarada Stalin».

Al final, en la despedida, Benítez le abrazó conmovido y hasta le rodaron unas lágrimas por las mejillas.

—¿Nos volveremos a ver? —miró a Javi enternecido.

—Espero que sí... Si es verdad lo que ha dicho Artigas, espero que el camarada Stalin nos envíe armamento para resistir y pasar a la ofensiva.

Benítez movió la cabeza, frunció el ceño y las carnes relajadas de su cara parecieron concentrarse en un gesto duro. Luego cogió del brazo a Javi, le alejó un poco de los entusiastas que rodeaban a Artigas, y le dijo casi al oído: «Stalin es un cabrón, un hijoputa que sólo piensa en él...»

Durante varios meses tanto los vecinos que vivían en el palacete de la Duquesa, como Lucía y Adela, estuvieron convencidos de que Petra ignoraba la suerte de su hijo Mariano. Rara como estaba, con la cabeza un poco ida a juicio de todos, y más dada a los misticismos de las lamparillas que a la provisión de alimentos y combustible de aquel tercer invierno de la resistencia

madrileña, parecía normal que no se enterase de nada de lo que ocurría a su alrededor. Adela decía que era casi mejor que le hubiera dado la manía religiosa, y Lucía daba secretamente gracias a Dios por ver a Petra, a la que quería como a una verdadera madre, libre de los sufrimientos y miserias que acechaban a los pobres mortales que sufrían la ferocidad del cerco enemigo y la carencia de alimentos y combustibles para librarse del frío. La idea del castigo, de la «santa ira de Dios», se había aposentado en ella con tal fuerza que aceptaba las mayores privaciones con resignación. Todos sus afanes en aquellos días era cuidar los trillizos de Lucía, que habían recibido los nombres de Luis, Javier y Carlos, y del crío de Adela que, aunque se llamaba Antonio como su padre, ella le llamaba Nanín con disgusto de Adela, que veía en el capricho de su madre un maníático empeño de olvidarse de sus verdaderos hijos en beneficio de sus nietos. Pues la verdad era que de sus hermanos no hablaba para nada, como si no existieran.

Pero un día se presentaron Luis y Carlitos con una hermosa muchacha que ya no podía ocultar el embarazo. Era Pepita, la amiga de Mariano. Petra contempló a sus barbados y curtidos hijos como si fueran extraños o aparecidos, pero a la muchacha que les acompañaba la besó afectuosamente y hasta le puso la mano en el vientre con un significativo gesto de complacencia.

—Pepita es la compañera de Mariano... —respondió Luis a las perplejas y sorprendidas miradas de Adela y Lucía.

—Vivió con Nano hasta el mismo día de caer prisionero y quería conocer a madre y a vosotras —añadió Carlitos.

Adela y Lucía volvieron a cruzar una mirada escandalizada, y Adela hizo una seña a sus hermanos para que se callaran. Pero entonces ocurrió algo singular. Petra elevó los brazos, musitó algo como una oración y dio gracias a Dios por devolverle el hijo que le había quitado. Pepita entonces se echó a llorar y Adela y Lucía no tardaron en contagiarla.

—Pues sí que la hemos hecho buena... —gruñó Luis.

Todos se miraban sin saber qué decir y Petra sonreía dichosa abrazada a Pepita, a la que consolaba por haber perdido al hombre que la había hecho

madre... «No llores, hijita, tu marido, mi hijo, está con los justos. Dios lo ha querido así, pero te ha dado su fruto y mi fruto para que no muera la semilla de los buenos... porque mi Nano era bueno, nunca hizo mal a nadie y sólo pensaba en los que tenían hambre y sed de justicia... Oh, Dios, ¿por qué permitiste que los injusticieros le torturasen y le dieran martirio como a tu propio hijo, el Cordero que vino a redimir al mundo y los lobos de la codicia lo crucificaron...?»

«Se ha vuelto majareta otra vez», rezongaba Carlitos. Y Luis juraba y blasfemaba entre dientes, que como fuera verdad que se hubieran cargado a su hermano no iba a dejar un fascista para contarlo. Y Adela pensaba que su madre estaba delirando, porque estaba en contacto con la Cruz Roja Internacional y no tenía ninguna noticia de que a Mariano le hubieran fusilado. Pero al día siguiente lo confirmaba la Estrella Roja en una carta fechada en París cinco días antes de su recepción, a la que acompañaba un recorte de un periódico de la zona nacionalista con una biografía desorbitada del «famoso asesino y comandante del ejército rojo Mariano Revilla», del que se decía que era periodista demagogo, agitador subversivo, dirigente comunista, amante de la famosa Estrella Roja, atracador, terrorista, matarife en el Cuartel de la Montaña, perro furioso en la persecución de los patriotas de la llamada «quinta columna» y verdugo al servicio de Moscú. El miserable cronista terminaba su sarta de mentiras diciendo que «tan cobarde y abyecto personaje había muerto como correspondía a un monstruo de la naturaleza, vil engendro del marxismo, a garrote vil en manos del verdugo».

Ni Petra ni Pepita llegaron a enterarse de la infame gacetilla, pero Luis, Carlitos, Adela y Lucía la comentaron ampliamente y de una manera casi obsesiva. Ni a Luis ni a Carlitos les sorprendía lo sucedido. Sabían que el enemigo era despiadado y cualquiera de ellos que cayera en sus manos sufriría la misma suerte. Pero Lucía y Adela estaban aterrorizadas. ¿Qué iba a pasar si triunfaban los que se llamaban «soldados de la Santa Cruzada»...? Especialmente la ex monja se sentía preocupada no tanto por ella como por su compañero y sus hijos. De una manera más o menos insidiosa había recibido amenazas. Su antigua superiora parece que no renunciaba a castigar su naturaleza «adúltera y libertina», y hasta se había dejado decir que sólo con

una vida de dura penitencia podía pagar su deslealtad y traición a los votos quebrantados. Es más, cuando se enteró que había tenido tres niños, el único comentario que hizo se refirió a la «paternidad de los engendros del diablo».

Carlitos y Luis pasaron tres días en Madrid. De Carlitos no hubo manera de hacer carrera. Vivía a su aire, sin dar cuenta a nadie de lo que hacía, aunque según le dijo Rómulo Talavera a Luis, se lo pasaba a lo grande «empitonando» a las chicas de Luisa la Emperaora en el chalé de la calle de Cartagena. Luis, sin embargo, no paró de visiteos oficiales y entrevistas con los dirigentes de su organización para conseguir el traslado de su brigada al Ejército del Centro. Incluso hizo una rápida visita a Javi y hablaron ampliamente de la marcha de la guerra y de los acontecimientos familiares. Javi estaba muy al tanto de la muerte de Mariano por los guerrilleros que entraban y salían de ^ zona enemiga... «Lo han machacado», gruñó Javi conmovido. Ni siquiera pudo ir a la muerte por sus pies. Pero según me dijeron los guerrilleros en Zaragoza se decía que murió como un valiente, dando vivas a la República y el Partido Comunista... En la cara de Luis se marcaron todos los músculos en una tensión tan intolerable que le hizo rechinar los dientes. Durante unos segundos permanecieron silenciosos y agarrotados por la emoción. Luego Javi se echó en los brazos de su hermano y cuando se desprendieron los ojos de ambos reventaban de lágrimas... «¿Es eso lo que nos espera? ¿Estamos condenados a recibir una muerte ignominiosa en manos de nuestros inquisidores...?», gruñó el mayor de los hermanos con la voz enronquecida.

—No pensemos en lo que nos espera —le echó Javi el brazo por los hombros—, pensemos en lo que todavía podemos hacer... Las cosas van mal, es verdad. El capitalismo ha hecho causa común contra nosotros. Hitler, Mussolini y Franco no son más que los agentes de ese capitalismo que con la colaboración tácita de las democracias burguesas se ha propuesto acabar con la revolución y liquidamos a todos los revolucionarios. ¿Y nosotros qué hacemos para evitarlo? Somos como niños entregados al caprichoso infantilismo de las ideologías. Durante toda la guerra hemos pensado más en los adversarios ideológicos que en los enemigos de clase. Todavía somos comunistas, anarquistas, socialistas, que debilitamos nuestra fuerza con recelos y sospechas. ¿Por qué no somos todos uno, los hermanos proletarios

que en julio del 36 rompimos la conspiración...? Ya sé que es muy difícil tragarse el soberbio triunfalismo comunista, pero si la Unión Soviética nos vuelve la espalda, estamos perdidos. Lo que nos espera es la muerte o peor que la muerte.

—Yo creo que la Unión Soviética ya nos ha vuelto la espalda, y los comunistas, con el doctor Negrín a la cabeza, piensan más en salvarse de la derrota que en ganar la guerra... —movió Luis enérgicamente la cabeza—. Pienso que de cualquier manera estamos perdidos.

—Mariano creía que en un momento determinado la Unión Soviética se volcaría a nuestro favor. Estaba muy seguro... La última vez que hablé con él incluso me propuso ir a la Unión Soviética a hacer un curso de capacitación. Estaba tan convencido de nuestra victoria y del triunfo del comunismo mundial, que me hizo vacilar.

—Tú siempre estás vacilando.

—Es cierto. Nunca he tenido la seguridad que tú... Me preocupa más la colectividad que el individuo. Considero la libertad fundamental, pero secundaria ante la necesidad. ¿Qué quieres...? El todo me preocupa más que las partes. Ahora mismo pienso, a la vista de las flaquesas y debilidades que se están dando en el ejército, que tenemos que imponer una disciplina de hierro si queremos sacar el máximo partido de nuestras posibilidades.

—Y de madre y de la familia, ¿qué piensas...? Yo quería llevármelos a todos a un pueblo de Valencia para tenerlos más cerca y poder ayudarlos con algo de comida, pero madre se niega a salir de Madrid, y Adela y Lucía no quieren abandonarla, porque piensan que no está bien de la cabeza... Cada día estoy más arrepentido de lo que he hecho. ¿Quién me manda a mí meterme a padre?

—Y de tres hijos nada menos... —se echó a reír Javi—. Hasta para eso eres exagerado, aunque la verdad es que los críos son estupendos.

—Yo no quiero ni pensar en ellos...

Otra vez se quedaron en silencio sin saber qué decir. Luego Javi empezó a hablar de la madre, de los extraños recursos de Petra en los momentos de apuro. Él no creía que estuviera mal de la cabeza, nunca lo había creído, aunque no se cansaba de decir que desde que malparió a Javi había quedado con los sesos voladizos. De por sí siempre fue supersticiosa y rezadora, con la manía de las lamparillas como fondo litúrgico, pero no tenía nada de beata y más bien picaba a anticlerical. Javi pensaba que sus raptos místicos eran una manera de defenderse contra la adversidad. Seguramente presentía la catástrofe, intuía que se acercaba la tragedia y, a su manera, se preparaba para afrontarla. Javi contó a su hermano que tenía noticias de que su madre visitaba a la Santera con cierta asiduidad, se había reconciliado con doña Casilda, y la tía Moñeta la traía y la llevaba con sus enredos y alcahueterías.

—Adela y Lucía creen que madre se enteró de lo de Mariano antes que nosotros por doña Casilda —dijo Luis.

—Yo también lo sospecho por lo que me dijo la tía Moñeta el último día que estuvo en Madrid. Pero todavía hay algo más que lo confirma. Aquel mismo día me encontré con la Amaranta y me contó algunas cosas de madre que me dieron que pensar. Al parecer, observaron con cierta regularidad faltas en el almacén de víveres. Entonces montaron un servicio de vigilancia y una compañera comprobó que era madre la que los sustraía y los llevaba a una embajada que es precisamente donde se halla refugiada doña Casilda. Como la Amaranta es tan larga, fingió no darle importancia y habló con madre, y ¿sabes lo que le contestó...? Que no tenía más remedio que hacerlo para salvar a sus hijos, porque había ido a ver a una echadora de cartas, que me figuro que es la Santera, y le había dicho que

Nano se hallaba en el mayor de los peligros y los demás corríamos la misma suerte de no contar con ayudas poderosas que nos salvaran.

—La Santera es una bruja fascistona. A mí siempre me ha odiado. No se cansaba de decir que era la sombra negra de Juanjo. Pero yo creí que había desaparecido. En los primeros días de la guerra oí decir que las mujeres del barrio la habían arrastrado o algo así.

—Yo también lo oí, pero no es verdad. Creo que vive en el barrio de Salamanca como una reina y que las mujeres hacen cola para que les lea las líneas de la mano, les eche las cartas o les dé algún mejunje para sus histerismos y enfermedades.

—Estamos arreglados... —se levantó Luis con el ceño fruncido—. Sólo nos faltaba que también las brujas anduvieran sueltas... ¿Para qué coños hemos hecho la revolución...?

Los últimos minutos que los dos hermanos pasaron juntos no pudieron ser más pesimistas. Mutuamente se animaron, pero en el fondo ninguno de los dos creía que el gobierno trashumante del doctor Negrín, a la sazón en Barcelona, pudiera restablecer la confianza para destruir el creciente poderío fascista.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Javi a su hermano en el momento en que éste subía al coche.

—Espero que sí... aunque en la guerra nunca se sabe lo que puede ocurrir. De cualquier manera debemos permanecer en contacto por lo que pueda pasar.

—¿Cómo se porta Carlitos?

—Como siempre... Las mujeres le traen loco. No piensa más que en chingar, pero en lo demás es duro y peleón como un perro de presa.

—Hasta más ver.

—Abur... Cuídate y no te olvides de las mujeres y los críos.

El coche arrancó y Javi entró en el edificio del estado mayor con las espaldas dobladas y una especie de congoja que le quemaba los ojos.

Aquel último verano fue duro y preocupante. En la costa de Levante se libraba una feroz batalla. El enemigo, después de haber cortado la zona republicana en dos, llegando al Mediterráneo en una ofensiva incontenible, se extendía

por la costa y dirigía su punta de lanza hacia Valencia con todo el peso y la abrumadora potencia de su ejército de maniobras. Pero allí se encontró con el general Miaja, que había tomado posesión de la zona Centro-Sur al trasladarse el gobierno republicano a Barcelona. Miaja se llevó con él a sus mejores estrategas y las más avezadas divisiones, y los Aranda y los Garda Valiño, a los que Franco empujaba hacia la codiciada Valencia, se encontraron con fuerzas experimentadas que se aferraban al terreno con desesperada tenacidad.

Javi seguía paso a paso el lento avance enemigo, y con rigurosa precisión el sector en el que se movía su hermano Luis, quien había sido citado en diversas ocasiones por sus contraataques y maniobras para sorprender al enemigo. En la pared de su despacho tenía una fotografía publicada por una revista en la que aparecía el «glorioso defensor de Madrid» abrazando a Luis, y junto a él Carlitos saludando con la mano en la gorra, que ya lucía las tres barras de capitán. No obstante, las cartas que recibió de Luis en aquellos días resultaban agobiantes. A pesar de la ingente resistencia, el enemigo seguía presionando con feroz obstinación. En una de las cartas Luis le decía que tenía la sensación de que todo se estaba desmoronando y que en cualquier momento podía ocurrir lo peor. Por esta razón había solicitado de la superioridad el traslado de Javi como jefe de estado mayor de la división de la que acababa de hacerse cargo, una división deshecha y desmoralizada de la que apenas sí podía sacar partido. Pero más bien le dejaba traslucir que quería tenerle cerca por lo que pudiera ocurrir... Pero de pronto se produjo la ofensiva del Ebro. El ejército republicano recuperaba de nuevo la iniciativa y, por sorpresa, repasaba el río y arrollaba al enemigo. Según se desprendía de las primeras noticias, el objetivo era restablecer las comunicaciones entre Levante y Cataluña y embolsar las fuerzas franquistas que se extendían por la costa. El júbilo y la esperanza renacieron de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —miraba Javi desconcertado al teniente coronel Rosado, quien le acababa de comunicar que la petición de Luis para su traslado al Ejército de Levante había sido desestimada por la superioridad.

—Según me ha dicho el comisario, parece ser que el camarada Stalin se ha decidido por fin a enviamos tantas armas como el señor Hitler envía al general Franco. Y si es así, como se deduce por los elementos bélicos con que opera el

Ejército del Ebro, entonces los señores facciosos se van a enterar de que los militares leales a la República no tenemos nada que envidiar a los que tanto presumen de sus dotes de estrategas. Además, el oficial del SIM me acaba de decir que en Madrid se habla de que el gobierno francés ha ofrecido al nuestro un cuerpo de ejército de tropas bien armadas y disciplinadas... Y usted, ¿no tiene ninguna buena noticia que darme?

—Yo estoy preparando un golpe de mano para apoderamos del nido de ametralladoras de la ladera de Monteblanco. Con esta operación podemos matar dos pájaros de un tiro: destruir una posición dominante y poner a prueba a los traidores del batallón del comandante Domínguez que, al parecer, mantienen muy buenas relaciones con los del fortín.

—Por lo que veo, sigue usted emperrado en sacar las cosas de quicio, pero el frente no lo va a tocar. No quiero bochinches... ¿Por qué metemos en camisas de once varas y buscar tres pies al gato? Dejemos las cosas como están y no nos hagamos mala sangre.

—Yo pienso que nuestra obligación es ayudar a los camaradas del Ebro y de Levante.

—Y yo también, pero carecemos de recursos propios para hacer algo que merezca la pena... ¿Qué ganamos con conquistar un fortín? Puede que un montón de muertos o que se nos pasen al enemigo esos que usted llama traidores... ¿Qué coño nos importa a nosotros que sean traidores? Para mí lo que cuenta es que mientras estén con nosotros no los tenemos disparando enfrente. Así que vamos a dejamos de chorraditas... ¿Por qué no se da usted una vuelta por Madrid a ver lo que se dice en el Cuartel General? Su amigo, el comandante Talavera, es un tipo muy inteligente y me parece que está muy al tanto de todo lo que pasa.

—Demasiado... —se levantó Javi con gesto hosco—. Sabe tanto que a veces huele a traidor.

—Es usted imposible... —le acompañó hasta la puerta el teniente coronel Rosado—. Cuando se empieza a ver traidores por todas partes, malo... Alegrémonos de los buenos resultados de la ofensiva del Ebro y demos gracias

a Dios por la ayuda del camarada Stalin. El comisario creo que piensa organizar una fiesta para celebrar tan fausto acontecimiento. Y no piense que lo de su traslado es cosa mía, que si por mí hubiera sido...

Javi aceptó la sugerencia de su jefe y aquella misma tarde se presentaba en Madrid. Por primera vez en toda la guerra, lo hizo con un buen cargamento de víveres que había conseguido en la colectividad de uno de los pueblos de la comarca: patatas, harina, aceite, algunos kilos de tocino y un cordero... Aquel golpe de audacia de pedir víveres para su familia, le había llenado de remordimientos. Lo consideraba como un acto de traición a la igualdad. Pero al llegar a Madrid y ver a su numerosa familia en tomo a una cazuela de lentejas guisadas sin grasa, sintió que se le disipaban todos los escrúpulos. Su madre, muy seca de cuerpo y de palabras, ni siquiera se movió de la mesa que presidía. Pero Adela, Lucía y Pepita abandonaron los platos para abrazarle y besuquearle, y al ver luego el contenido del saco, que depositó en un rincón del comedor, se pusieron tan regocijadas y alegres que parecían otras. Su madre, sin embargo, si—guió comiendo y dando de comer al niño de su hermana, que lloriqueaba y se negaba a tragar las lentejas aplastadas que Petra le introducía en la boca.

Mientras Adela, Pepita y Lucía se iban a la cocina a preparar unos trozos de tocino, Javi se quedó a solas con su madre en el comedor.

—¿Cómo se encuentra usted?

—Yo siempre estoy bien. Gracias a Dios no me duele nada... —siguió Petra tratando de introducir la cucharilla en la boca del pequeño gruñón.

—Pero no parece muy alegre... Yo no hago más que preguntarme qué le ha podido pasar para que haya sufrido un cambio tan radical. ¿Por qué abandonó la colectividad y se peleó con la Amaranta?

—Porque cada cual va a lo suyo, hijo, y lo mío es mi familia... ¿Te das cuenta de lo que se nos viene encima? ¿Has pensado en lo que va a ser de vosotros? Cada vez que pienso en lo que le ha ocurrido á Nano, y no se me va de la cabeza, se me abren las carnes... —sus pupilas se abrillantaron y en las

comisuras de sus labios se formó un rictus nervioso—. ¿Crees que a vosotros os van a tratar mejor?

—Todavía no hemos perdido la guerra, madre, y espero que no la perdamos por la cuenta que nos tiene.

—Tú siempre crees en lo mejor, hijo. Eres tan iluso como tu padre, que siempre estaba pensando en la justicia, en que algún día vendría y, mientras tanto, se olvidaba de los demás... No, no, yo no quiero pensar en la justicia, porque ya está visto que cada cual va a lo suyo, quiero pensar en mi familia, en los míos, porque sois carne de mi carne y no quiero que mi carne la machaque y se la coman los perros.

Javi apretó las mandíbulas y agachó la cabeza. Las palabras de su madre se le anudaron en la garganta y permaneció unos segundos con los dientes apretados. Luego levantó la mirada.

—¿Por qué va usted a ver a doña Casilda a la embajada?

—Porque mi señora es la única que puede salvaros.

—¿Y por qué no salvó a Nano?

—Porque cuando pudo ponerse en relación con su marido y sus hijos ya era tarde.

—Se han pasado todos ellos a la otra zona, ¿no?

—Sí.

—¿Y confía usted en ella?

—Si no fuera por ella, tú no vivirías, y nadie sabe lo que le hubiera podido ocurrir a tu padre... —en el pasillo se oyeron las voces de Pepita y Adela—. Pepita no sabe nada de lo de Nano y no quiero que se entere antes de que dé a luz a su hijo... que no le ocurra lo que me ocurrió a mí contigo, que te malparí y te di ansias de rebeldía...

Adela entró con un plato de torreznos y Pepita con otro de rebanadas de pan frito.

—Venga, vamos a damos el banquete —dijo Adela a su hermano.

—Yo no tengo ganas. Comer vosotras.

—¿Y Lucía? —preguntó Petra.

—Está preparando unas gachas dulces para los niños —dijo Pepita.

Javi pasó un rato de chirigota con su hermana y sus cuñadas, pues Petra no volvió a abrir la boca, enterándose de los chistes y bulos que corrían por Madrid, y luego se marchó a resolver «los asuntos que le habían traído».

«¿A qué he venido en realidad...?», se preguntó una vez en la calle con cierto desánimo. El día era agradable y cálido. Hacía mucho tiempo que no pateaba la ciudad y el largo paseo por las calles madrileñas le sentó bien. La ciudad asediada y muerta de hambre tenía un aspecto de normalidad tranquilizadora. Por el Paseo de la Castellana jugaban multitud de niños y las mujeres comadreaban formando tertulias en los bancos de piedra o en asientos portátiles. La sensación de seguridad era absoluta. Sin embargo, las palabras de su madre revoloteaban en su mente. Tan ensimismado iba que no oyó que le siseaban, y siguió andando hasta que le llamaron por su nombre. Entonces se volvió y se encontró con don Ricardo muy pulcro y enseñoreado.

—¿Qué hace usted por aquí? —se estrecharon la mano con afectuosidad—. Yo le suponía en Barcelona con la plana mayor.

—Je, je, je... con la plana mayor nada menos... —la mordacidad acentuaba el gesto displicente del viejo periodista liberal—. ¿Cuándo he servido yo a los oportunistas y cucañeros? ¿Acaso soy yo de los Artigas y comparsa, que ponen el culo a todos los que vienen empujando...? No, hijito, no, este cura no se casa con los plumíferos del poder... ¿Sabes que te encuentro muy bien y muy a tono de tu jerarquía militar? Quién lo iba a decir. El joven ácrata, iconoclasta, irreverente e insobornable... Ya sé, ya sé, que todos nos hemos corrompido en este infierno fraticida...

Don Ricardo estaba en vena de charlatán. Hablaba por los codos con un desparpajo a veces ofensivo... Negrín era un cerdo entregado a los comunistas. Azaña, un cobarde que transigía con todo por falta de valor moral para salvar

la dignidad de la República. Martínez Barrio, «otro que tal baila», con sus pasteles. A Largo Caballero y Prieto no los trataba mejor, pero les reconocía «el valor tardío» de rechazar la complicidad con los que estaban devorando a la «Niña Bonita»... «¿Pero qué me dices de los anarquistas? ¿Qué hacéis los anarquistas? ¿Esperáis con el rabo entre las piernas a que los monos de Stalin os ensarten en su collar...?»

—Me parece que no es para tanto, don Ricardo... —le interrumpió Javi—. A todos nos preocupa la guerra y no queremos más desgarramientos internos. Además, necesitamos las armas que nos envía la Unión Soviética.

—Alcahueterías, celestineos, mierda pura. Sabéis de sobra que la Unión Soviética puede dejarnos en cualquier momento con el culo al aire... Hace unos días me decía un diplomático inglés que entre Hitler y Stalin se estaba produciendo un acercamiento para liquidar a las democracias, y no me extrañaría nada, porque entre cínicos ambiciosos cabe todo... Te lo digo como lo siento, la única persona sensata que nos queda para salvar lo que se pueda de la democracia es don Julián Besteiro.

—Yo aprecio mucho a don Julián Besteiro. Creo que es un hombre honrado y sincero, pero las noticias que tengo es que está de un derrotismo incalificable.

—Si llamas derrotismo incalificable a no creer en la victoria, inclúyeme a mí también... La guerra la tenemos perdida, y no cabe engaños. Y lo que nos espera, si no maniobramos a tiempo para salvar lo que se pueda, es una catástrofe de proporciones gigantescas. La democracia y el liberalismo serán desarraigados por un siglo en nuestro país, y nuestros integristas nos darán un baño de sangre que aniquilará a generaciones enteras...

Hasta llegar a la Cibeles, donde se despidieron, don Ricardo le contó que Artigas no había parado hasta hacerle saltar de la delegación de Prensa y Propaganda, con la acusación de que era un «trotskista camuflado» y un «solapado agente de Berlín».

—¿Qué sabe usted de Avelino Rico y Sonia?

—Los dos se encuentran tan ricamente en el extranjero... Estuve con ellos en Cartagena unos días antes del corte de Cataluña. Sonia acababa de ser

nombrada para un cargo en la inspección de los niños evacuados en el extranjero, y Avelino no quería que lo aceptase por el prurito de no ser calificado de tránsfuga, como le han calificado Artigas y Benítez, pero yo les convencí para que se fueran... Nadie que valga algo debe quedarse aquí. Y lo mismo te digo a ti. Márchate antes de que sea demasiado tarde.

—Y usted, ¿por qué no lo hace?

—Yo ya no valgo nada. Soy un pobre liberal que se siente desplazado de los sectarismos totalitarios. ¿Qué más me da ser un extraño en mi patria que en el extranjero...?

Se despidieron con la promesa de volverse a ver. Javi tiró por la calle de Alcalá en dirección al Ministerio de Hacienda, y don Ricardo se dirigió al Ministerio de Marina, donde tenía una cita con el jefe del SIM. Al doblar la verja del palacio de Buenavista, recordó la mañana del 6 de noviembre del 36 en que sintió la angustia de la derrota al entrar en el Ministerio de la Guerra y enterarse que el gobierno se preparaba para huir. El pesimismo de don Ricardo, mezclado con su propio pesimismo, y los recuerdos trágicos de aquellos días de muerte y terror, se agolpaban en su mente. ¿Habría sido todo inútil?, se preguntaba. ¿Sería la revolución un sueño imposible...? Recordó unas palabras de su madre, recogidas sin duda de labios de doña Casilda: «Si es verdad que Franco es un caballero cristiano que oye misa y comulga a diario, no puede ser tan pobre de corazón como dicen...» Pero inmediatamente se sintió atenazado por lo que le habían contado los guerrilleros de su hermano Mariano, a quién habían dado garrote vil en camilla después de machacarle físicamente.

En los sótanos del Ministerio de Hacienda se respiraba una cierta euforia. La batalla del Ebro estaba demostrando que el Ejército Popular podía medirse victoriamente con los nacionalistas cuando estaba mandado por jefes competentes y bien conjuntados en la disciplina. A un político republicano, muy engolado y enfático, le oyó decir en el antedespacho de Rómulo Talavera

«que los comunistas estaban demostrando que eran los únicos capaces de cambiar el signo de la guerra», y para demostrarlo ponderó la genial estrategia de Modesto, secundado por Líster, Tagüeña y El Campesino. Más o menos explícitamente dio a entender que había bastado con arrinconar en Cataluña y Aragón a los anarquistas y ezquerristas para que lo que parecía una derrota inevitable, se convirtiera en una ofensiva triunfal.

Talavera tardó en recibirle, porque tenía en su despacho a dos consejeros soviéticos recién llegados de Cataluña, pero cuando lo hizo le dio la impresión de hallarse contrariado... «Llegas en mal momento», le dijo. «Tengo que salir inmediatamente para Valencia.»

—¿Trasladado?

—No sé... Matilla quiere que me vaya con él, pero Casado no quiere soltarme y a mí tampoco me interesa irme.

—¿Cómo va lo del Ebro?

—Bah... Como ocurre siempre, a Modesto se le ha acabado la cuerda. Resiste y aguanta la defensiva, pero parece que no será por mucho tiempo. El enemigo ha recuperado la iniciativa y proyecta sobre Cataluña una gran maniobra.

—¿Quieres decir que todo lo que publica la prensa y fanfarronea ese capitoste republicano en la antesala es mentira...?

—No sé... —se encogió de hombros y arrugó el ceño. En sus ojillos acerados y astutos las pupilas brillaban con filo de navaja—. Yo no quiero decir nada, porque luego me acusan de derrotista... El cruce del río y la maniobra inicial resultaron bien. El enemigo fue sorprendido y arrollado, pero la reacción no se hizo esperar y en este momento la maniobra proyectada por Rojo puede darse por fracasada. La batalla durará lo que dure la capacidad de resistencia de Modesto, y luego ya veremos... Yo veo la situación muy negra. Ahora quieren que se monte una operación en nuestra zona de cualquier manera, como si estuviéramos jugando a la guerra y el enemigo fuera tonto. ¿Por Andalucía? ¿Por Extremadura? ¿Por Guadalajara? ¿Y con qué material? Aquí no contamos con los elementos con que han contado en el Ebro.

—Por lo que veo, según se desprende de tus palabras, estamos perdidos.

—Yo no he dicho semejante cosa. Ni siquiera me permito discutir las órdenes del mando. Es el general Miaja quien dice que en la zona Centro— Sur no estamos en condiciones de pasar a la ofensiva con los elementos que poseemos.

—Pero algo habrá que hacer para ayudar a los que se batén en el Ebro.

—Algo, algo... —se levantó Talavera encrespado—. Todo el mundo dice lo mismo, pero ¿cómo?, ¿dónde? y ¿con qué...? Hace unos meses Mera sugirió al general Miaja situar en el campo enemigo tres o cuatro núcleos importantes de guerrilleros abastecidos por la aviación. La idea a mí no me pareció mal. Incluso la comenté con tu hermano Luis y a él le entusiasmó tanto que se ofreció a crear uno de esos focos en el Maestrazgo. Pero los jefes militares no quieren ni oír hablar de ello. Lo consideran infernal y antipatriótico.

—Me parece que lo que los militares profesionales quieren es la paz a cualquier precio. Por lo que oigo respirar a mi teniente coronel, los militares profesionales se consideran una especie de víctimas de la fatalidad. Piensan que el ser «rojo» o «azul» es completamente accidental y esperan encontrar en sus compañeros de armas sublevados una amplia tolerancia. Hace unos días incluso se permitió decirme que el general Franco no tenía más ideología que el patriotismo, y cuando yo me permití replicarle que todo su patriotismo se reducía a ser un instrumento del gran capitalismo y la oligarquía terrateniente, se enfadó y estuvo tres días mirándome por encima del hombro...

Mientras hablaban, Talavera fue llamado a consulta por el jefe del Estado Mayor, y Javi se levantó para marcharse.

—Quédate, siquieres, y luego vamos a tomar unas copas... —le echó Talavera un brazo por el hombro afectuosamente—. Conozco un sitio donde casi se puede comer y beber de todo.

—No puedo. Tengo que regresar al frente.

—¿No te parece que te tomas las cosas demasiado en serio? También hay que disfrutar, coño... Tu hermano Carlitos es el que mejor lo entiende. Cada dos

por tres hace una escapada para pasar la noche con las chicas de Luisa. ¿Por qué no te vienes esta noche conmigo? Lo pasarás bien... El otro día me encontré allí con Carlitos y me dijo que después de haberle jodido la revolución, lo único que le interesaba era la jodienda pura.

—Carlitos es un cerdo.

—Yo creo que es el más inteligente de todos vosotros. Por lo menos no se deja engañar por el idealismo.

—¿Quieres decir que se parece a ti?

—Bueno... —se echó a reír Talavera—. ¿Quién fue el que dijo después de mí el diluvio...?

—Me parece que lo han dicho todos los oportunistas y aprovechados que en el mundo han sido, y lo han sido muchos en todos los tiempos.

—Gracias por el piropo, pero yo no puedo comulgar con ruedas de molino... — se estrecharon la mano en la antesala y se despidieron con un «abur» y «hasta pronto».

Javi siguió paso a paso la batalla del Ebro convencido de que en sus tensas fluctuaciones las dos Españas en guerra jugaban la baza decisiva. Para cooperar con los bravos combatientes que sostenían el esfuerzo republicano, el sector de su división lo convirtió en un frente activo y dinámico aun teniendo que discutir frecuentemente con su superior, que consideraba peligroso provocar al enemigo. Raro era el día que no organizaba algún golpe de mano para hacer prisioneros, obtener víveres, realizar actos de sabotaje o requisar ganado para la intendencia. Consideraba un deber fatigar al enemigo y mantener el espíritu combativo de su propia tropa. Al mismo tiempo prestaba gran atención a reforzar las fortificaciones en profundidad, para lo cual movilizó a los campesinos del sector que tenían animales de tiro y carga,

para la corta y transporte de troncos de pino, que era el único material con que contaba en abundancia para cubrir los nidos de ametralladoras y fortines en las principales vías de penetración... «Un esfuerzo inútil», gruñía el teniente coronel. «Lo que estamos haciendo no servirá para nada ante los blindados y la artillería...» Por el contrario, Javi afirmaba que aquello no solamente serviría para retrasar cualquier tentativa de ataque, sino que contribuía a mantener activa la moral de la tropa y a ejercitar a los mandos en el mantenimiento de la disciplina.

Fueron meses muy duros, pero llenos de esperanza. Se decía que a Cataluña estaban llegando cantidades ingentes de material de guerra, y que muy pronto la Agrupación de Ejércitos de la zona Centro—Sur contaría con elementos suficientes para desencadenar una formidable ofensiva.

Uno de los días en que Javi regresaba de una incursión en campo enemigo, donde había sufrido un duro revés, dejándose casi la mitad de los treinta hombres que le acompañaban y sufriendo él mismo una herida en un brazo y magullarudas y contusiones en todo el cuerpo, se encontró en el cuartel general con Artigas y la Estrella Roja. Ambos le estaban esperando desde la noche anterior y al verle tan maltrecho, con el uniforme desgarrado, el brazo en cabestrillo y la cara llena de araños, sufrieron una fuerte conmoción. Su cuñada especialmente, se mostró tan afectada, que reprochó acremente al teniente coronel que le encomendase operaciones tan peligrosas. Y el teniente coronel aprovechó la ocasión para sacudirse las pulgas del resentimiento... «¿Quién le manda meterse en camisas de once varas y buscar tres pies al gato? ¿Soy yo, que veo por la vida de mis hombres como si fuera de la mía propia o él, que es un insensato que piensa que al enemigo se le puede derrotar quitándole media docena de cabras o haciéndole unos prisioneros? Es él, sólo él quien tiene la culpa... Se le ha metido en la cabeza que la guerrilla es la única manera de derrotar al enemigo, y como ha tenido algunos pequeños éxitos, sorprendiendo puestos aislados o robando a los campesinos de la otra zona algún ganado, creía que todo era coser y cantar, hasta que ha encontrado la horma de su zapato. Pero no creo que a partir de ahora se le ocurra hacer incursiones por su cuenta. Por lo menos, que no piense que yo se lo voy a consentir, porque su puesto está en el estado mayor y no corriendo

aventuras...» El teniente coronel Rosado abandonó la habitación rezongando contra los Mina y los Empecinados que se creían unos héroes por su ignorancia de la táctica militar y su desconocimiento de las leyes de la guerra.

—Ese tío es un fascista —dijo la Estrella Roja.

—Si no es fascista, hay que reconocer que es poco caritativo —añadió Artigas contemplando a Javi con gesto commiserativo.

—Bah, es uno de tantos acomodaticios que sueñan con volver a la rutina —dijo Javi mientras un teniente médico le hacía la primera cura ayudado por su cuñada.

Después, cuando se quedó a solas con la Estrella Roja y Artigas, los ojos de su cuñada se llenaron de lágrimas y se adentraron en las pupilas de Javi con rabia.

—¿Por qué no me comunicasteis inmediatamente que Nano había sido hecho prisionero? —se le quebró la voz y se llevó las manos a la cara.

—Yo creí que lo sabías... —la estrechó Javi fuertemente entre sus brazos—. Pensé que te lo habrían dicho tus camaradas. Además, ¿no estabas en el extranjero?

—Sí, estaba en la Unión Soviética, pero de haberlo sabido hubiera regresado inmediatamente... —gemía estremecida en los brazos de Javi y hablaba de su culpa por haberle abandonado cuando más necesidad tenía de ella—. Nunca me lo perdonaré. Nunca podré tener ya tranquilidad, porque era mi vida, toda mi pasión...

—Vamos, no seas tonta. La guerra es así. Anoche mismo yo estuve a punto de que me hicieran prisionero. Son cosas irremediables.

La Estrella Roja resultaba difícil de consolar. Estaba convencida de que podía haber hecho algo por salvarle o evitarle, por lo menos, la muerte de perro que le habían dado.

—Yo creí que os habíais peleado —comentó Javi en un momento de la conversación.

—Andábamos un poco de morros por esa pobre zorra preñada que tu madre ha recogido, pero nuestros regaños nunca eran definitivos. No creas que era la primera vez que Nano se encaprichaba de cualquier pelafustana con tetas. Aunque tu madre dice que Nano era el más formal de sus hijos, por lo menos en ese sentido no tenía nada que envidiar a Luis y a Carlitos. Más de cuatro atufadas hemos tenido por no saber decir no a las lagartas que le hacían la rosca, pero siempre terminábamos reconciliandonos. Le quería más que a mi vida. Todavía no me he acostumbrado a la idea de que ha desaparecido ni sé cómo me voy a acostumbrar...

Su cuñada y Artigas que, por cierto, estaba muy deprimido y hermético, se quedaron a pasar el día con él. Estrella apenas si se apartó de su lado mostrándose tan solícita y afectuosa que Javi estaba conmovido. Nunca la había visto tan cariñosa y atenta. Artigas, por el contrario, se dejó llevar y agasajar por el comisario y el teniente coronel. Pero la cena la hicieron todos juntos, y fue después de terminar cuando en el parte de guerra dieron la noticia de que el Ejército del Ebro había repasado el río, regresando a sus posiciones anteriores a la ofensiva... Fue un segundo de estupor y perplejidad. Todos se miraron como si hubieran sido sacudidos por algo inesperado. Javi vio temblar la copa de coñac en los dedos gordezuelos de Artigas y al teniente coronel se le escapo un «Oh, Dios...» tan recóndito que nadie hubiera podido discernir si era de pena o de alegría. Su cuñada, que parecía una esfinge, le cogió la mano por debajo de la mesa y en su fuerza percibió el pulso desbocado. Sólo el comisario recuperó su sonrisa bonachona y confiada para decir:

—Todo eso estaba previsto. No olvidemos que la ofensiva del Ebro fue sólo una maniobra de distracción para aliviar la presión del enemigo sobre Levante, y si se ha prolongado más de lo que se suponía ha sido por el talento del camarada Modesto y el heroísmo de sus fuerzas...

La sobremesa se prolongó el tiempo preciso para dar remate a la botella de coñac. Intencionadamente, todos los comentarios giraron en torno a trivialidades, pero cuando se levantaron de la mesa, Artigas mostró impaciencia por regresar a Valencia. Entre él y Estrella se produjo una discusión arisca. Antes de la cena ambos habían convenido en quedarse a

pasar allí la noche, pero al terminarla, Artigas consideró que su deber era regresar lo antes posible al cuartel general de la Agrupación de Ejércitos, donde sus servicios eran imprescindibles. Ni Javi ni su cuñada pudieron convencerle para que desistiera. Es más, cuando Estrella dijo que se quedaba con Javi, el último director de «La Mañana» hizo gala de su cólera sorda y manifestó «que el momento era demasiado grave para andar jugando al sentimentalismo... Las heridas de Javi carecen de importancia y aquí tiene gente de sobra que puede atenderle sin necesidad de tus servicios...» Fue inútil. Estrella insistió en quedarse con su cuñado. Quería hablar con él y ayudarle hasta que se repusiera de sus heridas.

—Dile que no tienes necesidad de ella —gruñó Artigas.

—¿Por qué le voy a decir semejante tontería...? A mí también me agrada que se quede...

Artigas se metió en el coche y dio orden al chófer de salir pitando para Valencia.

—Está cagadito de miedo —comentó luego Estrella.

—Artigas siempre ha sido muy inestable. Le afectan demasiado las cosas inmediatas. Y lo del Ebro le ha pataleado.

—¿Y a ti no?

—Más o menos lo esperaba.

—¿Y no te preocupa?

—Me exaspera la impotencia en que nos movemos.

—Yo pienso que puede ser el final, si Francia e Inglaterra no hacen algo para remediarlo.

—¿Y la Unión Soviética?

—Vamos adentro. Tengo frío...

Javi llevó a su cuñada a la segunda planta de la casa que ocupaba el estado mayor, donde tenía su despacho y dormitorio. En torno a la estufa de carbón,

se hallaban el sargento cartógrafo, el cabo escribiente y el enlace de Javi, pero al entrar éste los tres desaparecieron silenciosamente. La estufa de hierro se mantenía en un reconfortante tono violeta que expandía calor por el amplio despacho y los tres dormitorios sin puertas que daban a él. Estrella tomó asiento en una silla baja de anea y se restregó las manos friolentas en el dulce fuego. Javi salió un momento y volvió con una cantimplora de coñac y un vaso grande en el que vertió un par de dedos del ardiente líquido que contenía.

—Toma un trago. Te hará bien, aunque es el puro «matarratas» que damos a los soldados para infundirles optimismo y valor frente a la muerte...

La Estrella Roja no era guapa ni pretendía serlo. Su cara angulosa y seca, de color cetrino, daba a sus rasgos irregulares una dureza antipática que ella acentuaba con sus gestos enérgicos y autoritarios. Javi, siempre aficionado a las definiciones pedantes, la había calificado en algunas ocasiones de «virago» con harto disgusto de su hermano Mariano, que decía que era la más femenina y ardiente de las mujeres. Las gafas de concha le daban un cierto aspecto de «intelectual pirada», como decía Carlitos. El tono violáceo de la estufa acentuaba sus rasgos sombríos mientras hablaba de los cuatro meses que había pasado en el extranjero en una misión especial, de la falta de noticias de Nano y del «mordisco feroz» que sintió al enterarse en París de «su muerte de perro en las ergástulas del franquismo». Fue como si de repente descubriera todo el horror de nuestra guerra y del triste destino a que estábamos condenados los españoles por entregamos a las furiosas apetencias de los grandes dominadores de nuestro tiempo. Presentía que era el preludio de algo que le quitaba las ganas de vivir, pues el odio y el miedo lo invadían todo. En Francia se respiraba un pesimismo atroz. Inglaterra fluctuaba amedrentada. Chamberlain con su miedo y su paraguas había claudicado vergonzosamente en Munich, entregando Checoslovaquia a la voracidad de Hitler. La democracia burguesa estaba condenada irremisiblemente, y en la Unión Soviética reinaba el terror, un terror oscuro y siniestro que no tenía nada que envidiar a los refinamientos inquisitoriales. Viejos militantes del Partido desaparecían sin dejar huellas, acusados de trotskistas o revisionistas. El miedo al nazismo dominaba a los dirigentes del Kremlin, y se decía que era Stalin en persona quien estaba «purgando» los cuadros del Partido y del

Ejército... «¿Te acuerdas de Olga? Hablamos mucho de ti. Decía que eras de una pureza revolucionaria que la hacía sentirse orgullosa de pertenecer a la vanguardia del proletariado. Lo único que lamentaba es que no fuieras comunista, pero esperaba verte en las filas de nuestro Partido. Estaba esperando la orden de volver a España cuando fue detenida...»

—¿Que la han detenido...? —levantó Javi la cabeza.

—Fue detenida tres días antes de salir yo de Moscú y en París me enteré que la habían fusilado.

—¿No se habrá vuelto loco Stalin?

—Algunos camaradas, los que todo lo justifican, dicen que está preparando una de sus maniobras geniales... un pacto de no agresión con la Alemania nazi —se le saltaron las lágrimas a su cuñada.

—Eso es una barbaridad, una traición a los trabajadores y demócratas de todo el mundo. Además, ¿en qué cabeza cabe que la Unión Soviética pueda salvarse si las democracias occidentales son destruidas? No lo comprendo... ¿Y qué va a ser de nosotros?

—Después del pacto de Munich los antifascistas españoles ya no contamos. En toda Europa se da por seguro el triunfo de los fascistas...

Se produjo un largo silencio que Javi aprovechó para cargar la estufa de troncos y carbonilla. Luego ofreció a su cuñada otro trago de coñac y él se bebió casi medio vaso.

—Yo creí que eras abstemio —dijo Estrella.

—Lo era cuando no sentía asco del mundo que nos ha tocado vivir y creía en la revolución regeneradora... ¿Dónde quieres acostarte? —le indicó las tres habitaciones amuebladas con camas de campaña.

—¿Cuál es la tuya?

—Esa... —le indicó Javi la primera.

—¿Te importa que me acueste contigo?

—No, ¿por qué me iba a importar...? —sonrió Javi indeciso con el vaso de coñac en la mano.

—Gracias... Me da miedo la soledad y nunca me he sentido más sola... —se metió en la habitación y empezó a desvestirse.

Estrella Roja pasó tres días con Javi con el pretexto de atenderle. Fueron tres días de intensas confidencias. Su cuñada estaba moralmente destrozada. La «tragedia» de Nano, a quien se sentía tan visceralmente unida que frecuentemente se despertaba llamándole a gritos; la situación de la Unión Soviética y las «contradicciones» de Stalin, que habían cuarteado su religiosidad comunista, y la mala situación de las armas republicanas y la división interna de los partidos y organizaciones antifascistas, fueron los temas que desbrozaron en agotadoras charlas, hasta llegar al convencimiento de que «todo estaba perdido».

En aquellos últimos meses volverían a verse con más asiduidad y en las más diversas circunstancias. Tanto Estrella como él hacían lo posible por acortar las distancias y pasar algunos momentos en la soledad de su disimulada pasión. Ella seguía siendo la dirigente comunista que en los mítines y en los artículos de prensa se mostraba agresiva y obstinada en una victoria en la que no creía. Javi, que conocía sus dudas e incertidumbres con respecto a la política intransigente de su partido, a veces se lo reprochaba, pero ella se defendía diciendo que había que prolongar la guerra todo lo que fuera posible.

A mediados de aquel mes de diciembre en que Cataluña se debatía en el marasmo, incapaz de contener la abrumadora ofensiva enemiga, Javi hizo una rápida escapada a Madrid y allí se encontró con algunas sorpresas. Pepita había dado a luz un niño prematuro, un montoncito de carne arrugada y pellejosa que nadie creía que pudiera salvarse. Pero Estrella puso tanto empeño en la salvación del hijo de Mariano y Pepita que todos estaban maravillados. Petra, que nunca había sido muy devota de la compañera de su hijo, decía que tenía más agallas de madre que la papona de Pepita, quien al enterarse de la muerte de Mariano sólo pensaba en morirse con su hijo en las entrañas. Incluso su hermana Adela estaba sorprendida de la generosa

conducta de Estrella, a la que siempre había calificado de «políticastra y egoistona».

—No te puedes imaginar lo cariñosa y atenta que es. Casi todos los días viene por aquí con la pediatra que atiende al pequeño Nano y trae alimentos especiales para los niños. Ya ves, yo nunca lo hubiera creído. Es más, tenía la impresión que detestaba a los niños, que era de esas que dicen que las mujeres tenemos que declararnos en huelga de vientres para no dar esclavos a los burgueses y emancipamos de los hombres, pero el otro día, cuando yo me quejaba de mi embarazo por lo mal que va la guerra y lo que puede ocurrir si triunfan los fascistas, ella me dijo que era bueno que la semilla roja se perpetuase para que el sacrificio de los luchadores de la libertad no fuera inútil... ¿Qué opinas tú?

—Yo no sé... —se rascó Javi el mentón con gesto de perplejidad—. Quizá tenga razón, pero estoy seguro que ella no quería tener hijos.

—Yo más bien pienso que no podía, porque ya sabes que a Nano le gustaban muchos los niños, y ya ves con Pepita. Pero fíjate, anteayer la Estrella se quedó a comer con nosotros y la entraron tales bascas y náuseas que madre dijo que estaba embarazada.

—Son tonterías de madre, que con sus visiones anda desquiciada... —palideció Javi intensamente—. La Estrella siempre ha sido muy delicada de estómago.

—Es lo que yo le dije a madre, que Mariano hacía más de cinco meses que había desaparecido, y si estuviera embarazada tenía que notársela más... Claro que con las mujeres del amor libre nunca se sabe lo que puede pasar.

—Tú también eres una mujer de amor libre. Me parece que no pediste permiso a nadie para acostarte con Antonio.

—Lo mío fue un descuido. Aquella noche que tuvimos que evacuar el barrio tenía tanto miedo que no sabía lo que me hacía.

—Lo mismo nos ocurre a los demás...

Javi se sentía preocupado después de la conversación con su hermana, y salió precipitadamente en busca de Estrella. Como no vivía lejos de allí fue a su

casa, aunque por la hora no estaba seguro de encontrarla, como así ocurrió. En un local del Partido, también cercano, le dijeron que se hallaba en la Conferencia Stajanovista que se estaba celebrando en un cine del Barrio de Salamanca. Efectivamente, cuando Javi entró en el local, muy engalanado de banderas y pancartas, vio a su minúscula cuñada ante el micrófono fustigando duramente a los saboteadores de la producción. Bajo el enorme telón de fondo con un gigantesco busto del camarada Stalin en pose cesárea, la pequeña oradora lanzaba consignas y recitaba ante los dos millares de hombres y mujeres que la escuchaban las proezas del «camarada Stajanov» para salvar el socialismo en la Patria del Proletariado. Su lenguaje era mitológico, casi elegiaco. Pedía a los hombres y mujeres un esfuerzo heroico, sobrehumano, para no caer de rodillas ante la «bestia parda» del fascismo. Javi la veía sudar en un titánico esfuerzo por superar la extraña debilidad que parecían reflejar sus facciones... «Parece enferma,» se decía, «debe estar enferma...» Y poco a poco, casi sigilosamente, fue acercándose al escenario hasta que ella le vio y en sus labios se insinuó una sonrisa, pero siguió hablando: «Se engañan los que creen que es posible la paz, mienten los que piensan que nuestros capitalistas y explotadores son hermanos nuestros, traicionan a los trabajadores los que siembran el derrotismo y desvirtúan la lucha de clases para engatusarlos con los subterfugios de la caridad cristiana de que tanto habla el enemigo. Que nadie se engañe creyendo que aquí no ha pasado nada y que el enemigo va a abrimos los brazos y concedemos una paz honrosa. Si somos tan débiles y tan cobardes que renunciamos a defendemos y defender a nuestros hijos, el enemigo nos dará como premio la paz de los cementerios y de la esclavitud...» Su voz enronquecida resultaba inaudible cuando ahogada por los estruendosos aplausos, Javi subió al escenario y la sintió en sus brazos temblando ardorosa.

—¿Qué te pasa...? —la sacó del escenario—. Parece que no estás bien.

—Si no te hubiera visto, creo que me hubiera caído, porque estaba como borracha, pero ahora me siento bien... —trataba de sonreír y el pelo lacio se le adhería al sudor de la cara dando a sus facciones una expresión desolada.

En el escenario otra mujer seguía hablando de los saboteadores y traidores que impedían que en su fábrica se cumplieran los planes de la campaña de invierno por cuenta del empresario que estaba emboscado en una embajada.

—Vámonos —le rodeó Javi la cintura con el brazo.

—No puedo.

—Lo que no puedes es quedarte aquí. Estás enferma. Tienes cara de desenterrada... ¿Qué te pasa?

—Nada que no pueda soportar... —le echó los brazos al cuello para susurrarle al oído: —Estoy embarazada... Nunca me he sentido más fuerte para luchar contra el enemigo...

«La camarada Estrella. ¿Dónde está la camarada Estrella...?», preguntaban en el escenario... «No te preocupes por mí», se le desasió ella de los brazos. «Tú cumple con tu deber... todos tenemos que cumplir con nuestro deber si queremos desbaratar la conjura de los derrotistas...» Javi se quedó dubitativo y temblón. Pensaba en lo que Estrella le había dicho y recordaba la primera noche en su puesto de mando con un sentimiento de culpabilidad... En el escenario Estrella seguía hablando y lanzando consignas a boleo contra los traidores, los derrotistas y los saboteadores de la revolución proletaria. Lo que decía de la revolución proletaria, le devolvió a la realidad. Era un tema sobre el que habían discutido mucho, coincidiendo muy pocas veces, pero en aquel momento se sentía identificado con ella.

Al regresar al frente, Javi se encontró con una situación muy complicada. La desmoralización empezaba a dar sus primeros frutos. En la noche que él faltó del cuartel general, se pasó una veintena de soldados al enemigo tras matar a un sargento y herir gravemente al teniente de la sección. En otra compañía intentaron desertar dos soldados y un cabo, pero se despistaron en la noche y fueron capturados por un escucha de otro batallón. Los desertores pertenecían al batallón del comandante Domínguez, a quien Javi había intentado relevar en diferentes ocasiones, tropezando siempre con la voluntad del teniente coronel. El hecho se había complicado con un golpe de mano dado por el enemigo al amanecer en una posición clave y la captura de sus

cinco defensores y la ametralladora que tenían a su cargo... Un desastre, como le dijo el teniente coronel Rosado apenas le vio entrar.

En el cuartel general existía cierto desconcierto por las consecuencias que podían tener tanto las deserciones como el golpe de mano. El teniente coronel Rosado fluctuaba asustado, sin dejar de rezongar que la culpa de todo la tenía quien se metía en camisas de once varas y no dejaba de buscar los tres pies al gato. Javi hizo todo lo posible por no darse por aludido, pero se mostró partidario de imponer una disciplina drástica, recurriendo al terror si era preciso para aniquilar el derrotismo.

—¿El terror a estas alturas? —le miró de soslayo el teniente coronel con el gesto fosco y las cejas erizadas.

—¿Por qué no? Si el enemigo ha podido imponerse por el terror desde el comienzo de la guerra, nosotros también podemos hacerlo... Mi opinión personal es que tenemos que acabar con los focos de traición sea como sea.

—Estoy de acuerdo con el capitán Revilla —dijo el comisario que, generalmente, estaba casi siempre de acuerdo con el teniente coronel por oposición a Javi—. Acabo de celebrar una reunión con los comisarios de brigada y batallón, y todos coinciden en que si no tomamos medidas enérgicas para contener el derrotismo, en el frente se puede producir un colapso.

El oficial del SIM, que normalmente también se mostraba de acuerdo con el teniente coronel, informó que de las declaraciones tomadas a los tres desertores capturados, se deducía que existía una especie de conspiración tácita para no ofrecer resistencia, ya que se consideraba que después de la pérdida de Cataluña no existían posibilidades de defensa.

Mientras cambiaban impresiones, sonó el teléfono y los reunidos pudieron ver al teniente coronel Rosado cambiar varias veces de color y trabucarse en la conversación con el jefe del Cuerpo de Ejército... «Sí, mi teniente coronel, a sus órdenes, se hará como usted manda, descuide, descuide, descuide...» Al soltar el receptor se dejó caer abatido sobre el asiento y durante unos segundos permaneció con la cabeza entre las manos... «Qué rapapolvo, Dios Santo. Dice que somos unos inútiles que no servimos para nada y que está

dispuesto a llevamos ante un consejo de guerra si antes de veinticuatro horas no hemos recuperado la posición perdida, restablecido la disciplina y juzgado en consejo sumarísimo de urgencia a los responsables de la conspiración... Tiene usted carta blanca, capitán Revilla, puede hacer lo que le salga de las pelotas. A mí no me vuelve a decir ningún albañil que soy un inútil y un corazón de camero. Soy militar profesional, mal que le pese, y nadie puede poner en solfa mi lealtad a la República, porque me jugué la vida cuando era preciso jugársela. Así que adelante. Empiece usted a dictar las órdenes para que la posición sea recuperada antes de veinticuatro horas. Y lo mismo le digo a usted, Mariño», se dirigió al oficial del SIM. «Antes de que anochezca quiero tener aquí a los responsables de la conspiración. Y ahora fuera, fuera todo el mundo, y el que no ande más derecho que una vela se va a enterar de cómo las gasta el teniente coronel Rosado...»

Las horas que siguieron fueron trepidantes. Como primera medida, Javi ordenó el relevo inmediato del batallón del comandante Domínguez, que era el más afectado por la desmoralización. El día era áspero y duro. Llovía y neiscaba a ratos, y corría un viento helado que hacía tiritar. A los soldados relevados no se les permitió sacar nada del frente, y una vez formados en una barbechera, con los pies hundidos en el barro hasta los tobillos, se les dio media hora de plazo para denunciar a los derrotistas que les incitaban a la deserción o conspiraban contra la República. Cada cabo con su escuadra, cada pelotón con su sargento, cada teniente con su sección, cada capitán con su compañía, y el comandante Domínguez con su calva al aire, porque el jefe de la brigada le había quitado la gorra y se la había pisoteado en el fango «por no saber mandar», el batallón aguantó impasible la media hora bajo el pertinaz aguanieve y las ráfagas de viento helado sin que de las filas se moviera nadie. Transcurrido el plazo, el comandante de la brigada ordenó al cornetín que tocara marcha a paso ligero, y luego media vuelta, y otra vez marcha a paso ligero. En aquella zarabanda de chapoteo en el barro los hombres se caían y se levantaban, pero seguían corriendo y corriendo marcando los movimientos que señalaba el cornetín de órdenes... A los veinte minutos salió de la formación un muchacho embarrado y se dirigió al comandante de la brigada, que seguía las evoluciones de la tropa desde un altozano en compañía de su comisario, su jefe de estado mayor y el oficial del SIM. Con la mayor sencillez

el muchacho se declaró falangista y partidario de la España grande y libre que defendía el caudillo Franco. El jefe de la brigada y el oficial del SIM se miraron sorprendidos y estupefactos ante aquel jovenzuelo de gesto altanero y desafiante que se declaraba responsable de «todo» y pedía que sus camaradas de batallón fueran eximidos del castigo.

—¿Qué opina usted? —miró el comandante al oficial del SIM.

—Yo creo que es suficiente. Por el hilo se saca el ovillo, y eso de la España grande y libre, ya lo discutiremos, porque me parece que lo que este traidor quiere con su lenguaje rimbombante es una España cabrona y esclavista sometida a los hijoputas de Hitler y Mussolini.

El oficial del SIM se llevó al muchacho y el jefe de la brigada ordenó que el batallón quedara acuartelado en una iglesia hasta nueva orden. Javi quiso conocer al gallardo falangista que asumía el papel de héroe. El muchacho se llamaba Francisco Javier, tenía su misma edad, aunque parecía más joven, y resultó ser un seminarista emparentado con uno de los jerifaltes militares de la otra zona y un ex ministro republicano. Su padre había muerto en uno de los cuarteles de Madrid, su madre estaba ciega a consecuencia de un bombardeo y tenía otros dos hermanos mayores de los que no sabía nada desde que comenzó la guerra. El muchacho respiraba un idealismo desesperado y heroico. Parecía un alucinado tan seguro de sí mismo que no le importaba el martirologio. Javi habló brevemente con él y sacó la consecuencia de que no se hallaba bien de la cabeza. Al salir le dijo al oficial del SIM «que no se cebase en él».

—Para mí es el mayor traidor que he conocido y no pienso dejarle hasta que no me haya dado la lista de todos los traidores que hay en el batallón.

—Me parece muy bien a condición de que no le tortures, porque me da la impresión de que tiene más de chiflado que de héroe.

—Déjale de mi cuenta...

Dos horas después el oficial del SIM entraba en el despacho de Javi con el cuello y una mano vendados. Según le dijo, el tal Francisco Javier era un loco de remate... «Estábamos hablando tranquilamente, como tú y yo ahora, él

contándome sus proezas de asesino fascista y yo dándole cuerda para que se expansionara, cuando de pronto, zas, se abalanzó sobre mí y si no empiezo a gritar a estas horas estaría criando malvas... Joder, y eso que parecía tan educado y respetuoso...»

—¿Pero te ha dicho algo de importancia?

—Qué va. De lo que nos interesa, nada. Me ha dicho que mató a los tres policías que fueron a registrar su casa, que ha formado parte del grupo terrorista que participó en los sabotajes de los talleres de fabricación de bombas en los subterráneos del metro, y que se ha cargado a un montón de rojos... —el oficial del Servicio de Información Militar transpiraba sudor por todos los poros de su cuerpo y en sus pupilas brillaban el miedo y la duda.

—Habrá que mandarlo a Madrid, ¿no?

—Si por mí fuera lo mandaba al infierno sin más... ¿Qué va a hacer el «Servicio» con un tipo así a estas alturas?

—Comprobar lo que haya de cierto en sus declaraciones.

—Con tanto legalismo nos vamos a la mierda... —se levantó el oficial del SIM hosco y encogido—. Esto se hunde. Ahora sí que estoy convencido, y nos va a aplastar, ya lo verás... Empiezo a creer que los comunistas tienen razón. El comisario dice que hay que machacar a todos los que levanten la voz.

—Personalmente soy enemigo de la tiranía y la crueldad, aunque considero que hay qué mantener la disciplina a todo trance... La próxima madrugada vamos a reconquistar la posición perdida con el batallón del comandante Domínguez y los que vacilen en el cumplimiento del deber serán juzgados en consejo de guerra.

—Bien, bien... —se dirigió el teniente Mariño hacia la puerta—. Voy a informar al teniente coronel.

Las horas que siguieron fueron agobiadoras para Javi. El mando estaba dividido y en todos los niveles de la jerarquía se advertía una cierta crispación. El jefe de la división se había encerrado en un mutismo autoritario. Exigía el cumplimiento más estricto de las órdenes recibidas de la superioridad sin

permitirse interpretarlas ni comentarlas. En cada gesto y monosílabo parecía querer decir que él se lavaba las manos de las consecuencias. Aquel día ni siquiera salió de su confortable puesto de mando para dar el acostumbrado paseo a caballo, ni fue en coche a ver a la querida que tenía en un pueblo de la retaguardia.

El comisario, por su parte, andaba creando ambiente para ejecutar un castigo ejemplar contra los traidores. Según le dijo a Javi, había que fusilar a una docena de individuos para escarmentar a los que daban la guerra por perdida. «¿Y a quienes fusilamos?», le contempló Javi con cierta socarronería... «Si por mi fuera, fusilaría a todos los derrotistas, empezando por el comandante Domínguez, que es camarada mío, pero como esto parece una herejía, le he propuesto al teniente coronel que fusilemos a los dos más sospechosos que encontremos, además del tipo ese que, según Mariño, es un monstruo fascista.»

—¿Y qué te ha dicho el jefe?

—Que consulte contigo.

—Pues mi respuesta es que no habrá ningún fusilamiento sin consejo de guerra... Nuestra misión no es hacer justicia, sino hacer la guerra y mantener la disciplina militar. Y te aconsejo que dejes la política a un lado, por lo menos la política partidista. El enemigo está en el frente y en la medida en que mantengamos la unidad antifascista, evitaremos los conflictos partidistas.

—Me parece que eres muy tolerante con las debilidades.

—Quizá porque me doy cuenta que nuestra mayor debilidad es la intolerancia sectaria. Mi opinión es que en estos momentos no podemos permitirnos el lujo de aumentar las divisiones internas, y las divisiones internas existen. Están a flor de piel y a poco que rasquemos salen a relucir las llagas.

—Entonces, ¿crees que debemos cruzamos de brazos?

—Más bien creo lo contrario. Esta madrugada tenemos que recuperar la posición del cuervo y allí te espero estimulando con tu presencia al comandante Domínguez y sus fuerzas...

El comisario siguió discutiendo. Consideraba una imprudencia realizar una operación ofensiva con fuerzas desmoralizadas y plagadas de traidores, pero Javi le respondió que era la única manera de poner a prueba la lealtad del batallón y someterlo a la más rigurosa disciplina, la disciplina del combate.

—¿No temes que se pase al enemigo con armas y bagajes?

—Vamos a tomar toda clase de precauciones para que no ocurra...

El comisario y el jefe del estado mayor se miraron larga y profundamente. Los dos pensaban lo mismo, que se trataba de un sacrificio inútil, pero necesario... La guerra podía terminar de un momento a otro. Ninguno de los dos se hacía ilusiones respecto a los resultados. Después de la pérdida de Cataluña, la República había perdido todas las opciones de victoria. Por otra parte, los servicios de información señalaban una creciente concentración de fuerzas en la retaguardia enemiga. ¿No era una locura provocar un acto de fuerza en aquel momento...? Los cabeceos y silencios del teniente coronel Rosado lo daban a entender claramente.

No obstante, la operación salió bien en aquella madrugada dura e inclemente como pocas. Toda la noche estuvo lloviznando aguanieve, pero a las siete de la mañana, cuando el comandante Domínguez desplegó sus fuerzas, la llovizna se hizo torrencial de tal manera que algunas unidades quedaron bloqueadas por la crecida de los arroyos. Quizá esto mismo favoreció la sorpresa, pues cuando en el puesto de mando avanzado se dudaba entre proseguir la operación u ordenar el repliegue, ya que la lluvia dificultaba los movimientos, llegó un enlace del comandante Domínguez con la noticia de que los fortines de la posición del cuervo se hallaban en su poder con cinco muertos, siete prisioneros enemigos y con escasas bajas por su parte.

Dos horas después se desataba un contraataque enemigo que iba a poner a prueba toda la línea defensiva. En algunas posiciones se llegó al cuerpo a cuerpo y la jornada se cerró con un elevado número de bajas, pero Javi estaba satisfecho porque en aquella larga jornada de ataques y contraataques parciales no se había producido ni una sola deserción y pudieron conservar las posiciones reconquistadas. Los efectos represivos del mecanismo disciplinario habían dado los resultados previstos. Javi pensó repentinamente que se estaba

convirtiendo en un militarista y se sintió preocupado. ¿No estaría cayendo en las concepciones totalitarias que siempre había repudiado como enemigas del hombre y del desarrollo personal de su libertad...?

El ritmo de los acontecimientos se precipitaba en una tremenda confusión. Un día pasó por allí el doctor Negrín con algunos ministros y altos jefes militares. El huidizo presidente del Consejo de ministros, comió en el cuartel general y se mostró optimista y jovial. Con toda seguridad afirmó que «la República poseía medios suficientes para fijar al enemigo por tiempo indefinido en tanto se aclaraba el panorama internacional que, a la larga, nos sería favorable». No obstante, Javi oyó algunos comentarios entre los personajes que le acompañaban que desmentían la euforia del jefe del Gobierno. Pero dos o tres días después se presentó su hermano Luis, que regresaba del frente de Extremadura, donde había participado en la fracasada ofensiva republicana, mientras todavía se combatía en Cataluña, y en la contraofensiva desencadenada por el enemigo hasta recuperar el terreno perdido y mejorar sus líneas. Luis, tan duro y voluntarioso, se hallaba completamente desmoralizado... «Aquello ha sido un fracaso organizado. Todo ha salido mal por desidia de los mandos superiores», le dijo. Hablaba pestes del general Matallana y de los altos mandos que habían planeado y dirigido la operación. Luego le preguntó abruptamente:

—¿Qué líos te traes con la Estrella?

—Ninguno... que yo sepa.

—Madre dice que está preñada y que tú eres el padre de la criatura.

—Es posible... —agachó Javi la cabeza y sus facciones enrojecieron tensas—. ¿Pero qué importancia tiene eso?

—Para mí ninguna, pero madre está escandalizada y algunos compañeros dicen que te has hecho comunista.

—¿Lo crees tú? —sostuvo Javi la mirada de su hermano con entereza.

—Bah, yo ya no sé qué creer... Te juro que no me importa que te hayas tirado a la Estrella. La conozco bien y sé que a pesar de su aire de monja laica es una calentona de órdago. Pero si piensas sustituir a Nano vas a dar a madre un disgusto tremendo. Y luego está la cosa política. La Estrella se ha dejado decir que piensa llevarte a visitar la URSS.

—Eso es algo que sólo a mí me importa.

—¿Pero te has hecho comunista o no?

—Qué mierda me voy a hacer comunista... Si te digo la verdad, en este momento no sé lo que soy. Cada vez que pienso que estoy haciendo todo lo que nunca he querido hacer, me siento fracasado.

—Algo de eso me ocurre también a mí. Lo hemos sacrificado todo a ganar la guerra pensando en la revolución, y ahora veo que la revolución se nos ha escapado de las manos y estamos perdiendo la guerra... Sí, ya la tenemos perdida, no pongas esa cara. El doctor Negrín es un impostor que nos está engañando. Se ha entregado a los comunistas en cuerpo y alma. Ayer asistí a una reunión de la organización y salí con el estómago revuelto. Los delegados que envió la organización a Francia hicieron un informe catastrófico. El presidente Azaña puede presentar la dimisión de un momento a otro, porque considera la guerra perdida y la resistencia en la zona Centro—Sur inútil e inhumana. El general Rojo tampoco quiere volver, porque opina lo mismo. Pero Negrín y los comunistas quieren continuar la guerra por su cuenta y están dispuestos a cargarse a todos los que no les obedezcan. En la reunión se dijo incluso que proyectaban un golpe de Estado para sustituir a todos los mandos militares que no les sean adictos... ¿Qué te parece?

—Una catástrofe. Lo peor que podía ocurrir es que al final nos enzarzáramos unos con otros.

—¿La Estrella Roja no te ha dicho nada?

—Estrella y yo nunca hablamos de política partidista. Más o menos los dos estamos convencidos de que tenemos la guerra perdida, y la última vez que

nos vimos hablamos vagamente de buscar refugio en un país americano. Yo le dije que si teníamos que salir de España me gustaría ir a México y ella no pareció mostrarse contraria.

—¿No has pensado en madre y en los demás? —frunció Luis el espeso entrecejo.

—Sí he pensado, más de lo que tú te imaginas... Me gustaría que nos fuéramos todos juntos, pero madre dice que ella no se moverá de aquí pase lo que pase, que esta es su tierra y que aquí quiere dejar sus huesos. Con Adela no hay que contar, porque hará lo que diga Antonio y Antonio hará lo que diga su padre, que es un camaleón muy bien informado de lo que pasa en la otra zona. En cuanto a Carlitos, tú y yo, no creo que tengamos alternativa...

—Mi problema es Lucía, con los tres críos —se rascó Luis la cabeza.

—¿Has hablado con ella de este asunto?

—Sí, ella quiere venirse conmigo.

—¿Entonces...?

—No sé... De cualquier manera, pienso que a ella no puede ocurrirle nada... En fin, ya veremos... —se levantó Luis con el gesto ensombrecido.

—¿Te marchas ya?

—Sí, tengo órdenes de no moverme de mi cuartel general y de tener preparadas las fuerzas para intervenir en cualquier momento.

—¿Tan grave es la situación?

—El enemigo está concentrando las fuerzas que han operado en Cataluña en el sector del Centro. El próximo mes de marzo puede ser decisivo. Incluso se tiene previsto abandonar Madrid y replegarnos a la línea del Henares. Pero también pueden ocurrir acontecimientos políticos si Negrín insiste en entregar a los jefes comunistas que han venido de Francia los mandos militares de nuestra zona...

Fue una despedida triste y seca, con la emoción reprimida. Ni siquiera se dieron la mano. Luis subió al coche sin levantar la cabeza ni volver la mirada, y Javi permaneció en la puerta rígido, tenso, vibrante. Luego subió a su despacho y permaneció un largo rato junto a la estufa con la cabeza entre las manos. En su mente se revolvían los muertos y los vivos en bruscas funtas que se entremezclaban dramáticas y joviales. Pensó en Encarna, capturada por los moros en Sigüenza, y se le hizo un nudo en la garganta; en su hermano Nano, estrangulado a garrote vil como un vil asesino. Y en Estrella embarazada... ¿Por qué se había quedado embarazada de él precisamente, después de conocer a tantos hombres y hacer vida marital con su hermano durante varios años...?

La noche del 5 de marzo, el teniente coronel invitó a cenar a Javi, el comisario, el oficial del SIM y todos los jefes de servicios del cuartel general. Su invitación produjo cierta perplejidad entre los invitados, porque no era el jefe de la división aficionado a compartir su refinada mesa con sus subordinados. De vez en cuando había invitado a algunos. Los más asiduos a su mesa eran el comandante de Sanidad, con quien gustaba comentar sus alifafes; el teniente del SIM, porque era misterioso, intrigante, y estaba muy al tanto de los chismes políticos y de lo que se cocía en las altas esferas militares de Madrid y Valencia; y el capitán de Intendencia, ya que era muy complaciente con los caprichos del jefe y se preocupaba de que a su familia y a su querida no les faltase de nada. Los demás apenas si contaban en su intimidad un tanto arbitraria. A Javi le tenía por un intelectualillo puritano con mucha retranca metafísica; al jefe de comunicaciones no le podía ni ver por su pedantería y suficiencia; del jefe de la agrupación de caballería, que tenía la misma graduación que él y también era profesional, decía que era un vulgar mamporrero, y al comandante de Ingenieros le trataba poco menos que a patadas, porque era un vulgar albañil.

La cena fue opípara y regada con excelentes vinos manchegos: cangrejos de río en salsa picante, judías con liebre y perdices escabechadas, amén de una tarta de chocolate que mereció entusiastas elogios de algunos comensales. Los más se preguntaban de dónde sacaba aquel hombre tantas gollerías y refinamientos cuando todos estaban preocupados por la escasa alimentación que se facilitaba a la tropa. Aquel mismo día Javi había ordenado al capitán de

Intendencia que se aumentase la ración de vino para compensar la escasez de calorías del racionamiento.

El pretexto que dio el teniente coronel para justificar tan opípara cena, fue baladí. Al parecer, había recibido una comunicación oficiosa anunciándole su propuesta de ascenso por la recuperación de las posiciones del pico del cuervo. Por otra parte, según dijo, a la vista de la concentración de fuerzas enemigas, quería tener un cambio de impresiones sobre las posibilidades de defensa del sector.

Mientras el teniente coronel comentaba con cierto nerviosismo poco usual en él, las dificultades que sufría la zona Centro—Sur para recibir aprovisionamiento del exterior y el enorme potencial alcanzado por el enemigo en aviación y artillería, el oficial del SIM, que se sentaba junto a Javi, le susurró al oído: «Presta atención, porque esta noche se van a producir acontecimientos trascendentales...» Javi pensó inmediatamente en lo que le había dicho su hermano Luis y en unas palabras del comisario minutos antes de comenzar la cena: «Cada vez me fío menos de los militares profesionales. Potencialmente son todos unos traidores. Si yo fuera el doctor Negrín no me fiaría de ninguno...»

Tras la cena, que resultó larga, se sirvió el café y el coñac. El regocijo cundió y a los comentarios graves y pesimistas sobre las dificultades y escaseces que plantearon todos los jefes de servicios, sucedieron los chistes verdes del capitán de Intendencia y del comandante de Sanidad. Ambos poseían un rico repertorio que provocó hilarantes carcajadas. Y cuando mayor era la fraternidad y el regocijo, zas, estalló la bomba en la voz bien modulada del locutor que leía el parte de guerra del Ministerio de Defensa...

—¿Qué mierdas dice ese tío? —gritó el comisario—. Ya nos han vendido.

—Mucho cuidado con lo que dice —le interrumpió el teniente coronel—. Siéntese y escuche... Por el bien de todos y cada uno, espero que nadie tome partido antes de conocer la situación con claridad. Por encima de todo somos militares y tenemos que obedecer a nuestros superiores.

—¿Pero quiénes son nuestros superiores? —gruñó el comandante de Sanidad.

—Nuestros superiores hasta ahora son el teniente coronel Mera, el coronel Casado y el general Miaja...

En el rostro del comisario coloradote y apeponado, pero siempre sonriente o a punto de sonreír se produjo un tic de crispación. Su mirada escudriñadora paseó por los reunidos como buscando una respuesta. La mayoría eran camaradas suyos, pero todos, excepto el comandante de Sanidad, rehuyeron la confrontación. Javi captó la sensación de que nadie quería definirse, aunque todos eran conscientes de que lo que estaban oyendo por la radio significaba el final de la guerra. El dilema se planteaba entre los que pensaban que la guerra estaba perdida y había que iniciar conversaciones de paz con el enemigo para obtener las máximas garantías de justicia para los que decidieran quedarse o marcharse, y los que pensaban que la guerra podía prolongarse por tiempo indefinido con la esperanza de que se produjera algún milagro que cambiase la suerte de las armas. Este dilema había planteado la ruptura entre el doctor Negrín, que preconizaba la resistencia a ultranza, y los que en Madrid acababan de constituir la Junta Nacional de Defensa con el coronel Casado a la cabeza.

—¿Qué opinas tú de este embrollo? —se dirigió el comisario a Javi.

—De momento estoy completamente de acuerdo con nuestro teniente coronel... Creo que tenemos que permanecer unidos por encima de cualquier circunstancia y acatar las decisiones de nuestros jefes naturales. Nunca ha sido tan necesario como ahora mantener la disciplina y conservar la sangre fría. Cualquier división es el hundimiento total.

—Yo me voy —se levantó bruscamente el comisario.

—Usted no se mueve de ahí hasta que yo lo mande, ni usted tampoco... — señaló el teniente coronel al comandante de Sanidad con gesto autoritario—. Los demás pueden retirarse cuando quieran. Confío en ustedes... Como muy bien ha dicho mi jefe de estado mayor, tenemos que mantener la unidad y la disciplina por encima de las politiquerías. Y por si alguno se siente más político que militar, le recuerdo que estoy dispuesto a castigar cualquier acto de rebeldía con la mayor severidad... Usted, capitán Revilla, vaya a cumplir con sus obligaciones. Antes de que amanezca quiero saber con absoluta seguridad

que todos los jefes de brigada y batallón se encuentran en sus puestos de mando cumpliendo con su deber y acatando las decisiones de la Junta de Defensa. No dude en emplear la máxima energía contra cualquier acto de rebeldía y negligencia...

Aunque en la división había un elevado porcentaje de jefes, oficiales y comisarios de filiación comunista, Javi no encontró ninguna dificultad en obtener la más completa adhesión de los mandos a la Junta de Defensa, que se proponía negociar con el enemigo una «paz honrosa» en la que, a decir verdad, ni siquiera él creía. ¿Por qué el enemigo les iba a conceder una paz condicionada cuando contaba con todos los medios para imponerles una paz sin condiciones?, se preguntaba. El problema no era tan simple. En los discursos escuchados a los que habían provocado la ruptura con el doctor Negrín y su gobierno, Javi observó ciertas contradicciones que azuzaban su mente reflexiva. Besteiro se mostró fundamentalmente humanista y contrario a imponer al pueblo mayores sacrificios sin ninguna recompensa ni esperanza. Javi sentía por don Julián Besteiro una gran admiración por su integridad moral y honradez política. Aunque en algún momento le había tildado de derrotista en sus artículos periodísticos, ahora comprendía sus razones y su enorme lucidez en el transcurso de la guerra. Era uno de los pocos hombres que había previsto la polarización totalitaria del conflicto, manteniéndose al margen, que no neutral, con su ética socialdemócrata. La intervención de Mera le resultaba más contradictoria, pero absolutamente diáfana. Los viejos principios anarcosindicalistas afloraban en sus palabras secas y agresivas. Por una parte, amenazaba con convertir la zona republicana en un reducto numantino si el enemigo rechazaba unas condiciones mínimas de paz y, por otra, se entregaba a los militares profesionales que manipulaban el cotarro por antipatía visceral a los comunistas y a su soberbia autoritaria. En cuanto al coronel Casado, Javi había hablado con él en algunas ocasiones y le consideraba un hombre cauteloso y retorcido. ¿Confiaba en un nuevo «abrazo de Vergara» entre los militares profesionales a expensas de los políticos...? Javi casi lo sospechaba por algunas cosas oídas al jefe de la división, que era amigo personal de Casado y, como confirmaba su actuación aquella noche, estaba muy al tanto de lo que se tramaba.

De vuelta al cuartel general, con las primeras luces del día y un cansancio soporífero, se enteró que el teniente coronel había ordenado la detención del comisario, el comandante de Sanidad, un oficial de transmisiones y otro de caballería. La noticia le molestó y no ocultó su disgusto ante el jefe, quien le recibió rodeado de su ayudante y enlaces con las pistolas ametralladoras montadas en los cajetines.

—¿Sabe usted que los comunistas se han sublevado en Madrid y Alcalá de Henares?

—No sé nada.

—Pues sí, la situación es bastante confusa... Hace un par de horas llamó su hermano Luis desde la posición Jaca. Me dijo que le comunicara que su hermano Carlos había sido hecho prisionero por los comunistas y él se hallaba cercado. Fue lo único que pudo decirme, porque después se cortó la comunicación. Pero hace un momento me han ordenado del Cuerpo de Ejército que preparemos los batallones de reserva con vistas a formar una columna de socorro, en caso de que sea necesario. Así que encárguese usted de dar las órdenes oportunas...

—A sus órdenes —se cuadró Javi.

—Espere, espere... Tome buena nota: cualquier oficial o jefe que falle, apártelo sin vacilación y póngalo a disposición del oficial del SIM. No quiero ni voy a tolerar debilidades. Considero que tanto usted, por sus ideas, como yo, por mi honor de militar profesional, tenemos el deber de salvar a la Junta de Defensa Nacional...

Javi no estaba tan seguro, pero la situación de sus hermanos le había desvelado por completo. ¿Qué hacían Luis y Carlitos en la «Posición Jaca», nombre del cuartel general del Ejército del Centro situado en la hermosa alameda de Osuna...? En el estado mayor recibió noticias más concretas. El jefe de la sección de Información, que era muy amigo de su hermano Luis, le dio pelos y señales de todo lo sucedido: el cuartel general de Casado había caído en poder de las fuerzas del coronel Barceló, que se había proclamado jefe del Ejército del Centro en nombre del doctor Negrín. Una emisora de radio

de Madrid, controlada por los negrinistas, acababa de dar la noticia de que entre los numerosos jefes y oficiales hechos prisioneros allí, figuraba el comandante Revilla... Javi se dejó caer en el asiento y permaneció durante algunos segundos con la cabeza entre las manos. Rodeado de los oficiales de su estado mayor, parecía abrumado. Todos esperaban que dijera algo o hiciera algún comentario, como era habitual en él, tan aficionado a establecer comparaciones históricas y a revestir lo anecdótico de lucubraciones literarias. Pero cuando se levantó con el ceño fruncido y las comisuras de los labios apretadas, lo único que dijo fue: «Esto es la catástrofe.»

La llamada «Semana del Duro» en la que se saldaron las últimas posibilidades de resistencia republicana, dejaron a Javi exhausto y abúlico. Mientras en Madrid —«rompeolas de todas las Españas»— se desarrollaba el último acto del drama republicano en una batalla en la que afloraron los resentimientos, frustraciones y ambiciones de poder de una democracia fracasada en sus consecuencias, no se permitió un minuto de reposo sin salir del sector de la división. Le preocupaba el frente. El enemigo seguía concentrando fuerzas en el sector, en tanto las fuerzas divisionarias habían quedado debilitadas al tener que enviar dos batallones para formar la columna de socorro formada precipitadamente para romper el cerco que los «negrinistas» estaban sometiendo a la Junta de los «casadistas».

Pasados los primeros momentos de tensión, en que se temió que dentro de la misma división se produjera alguna tentativa de sublevación, apareció un nuevo fenómeno preocupante que revelaba el creciente estado de desmoralización: las deserciones a la retaguardia. Los servicios de Información pudieron comprobar que, en la mayoría de los casos, los que desertaban del frente eran elementos de significación comunista. Quizá temían algún tipo de represalia. Incluso se sabía que circulaban consignas para que los militares abandonaran los frentes y se concentraran en algunos puntos de la costa de Levante.

Javi habló con el teniente coronel para que el comisario, el comandante de Sanidad y los demás oficiales que se hallaban «retenidos» por el oficial del SIM fueran repuestos en sus cargos para mantener el espíritu de unidad que era

necesario en aquellos momentos. Pero el jefe de la división se mostró muy reticente y hermético. Según le dijo, esperaba órdenes de la superioridad.

—Yo supongo que la Junta no va a dictar ningún tipo de órdenes contra los comunistas por el simple hecho de ser comunistas. Es más, considero que si la Junta quiere llegar a alguna parte y evitar que se nos hunda el techo de la casa prematuramente, lo primero que tiene que hacer es mantener la unidad antifascista por encima de todo. Lo contrario sería hacer lo mismo que hizo el doctor Negrín, gobernar por sí y para sí sin tener en cuenta la opinión de las fuerzas reales comprometidas en la lucha.

—Ah, eso es lo que ni usted ni yo sabemos.

—Pues deberíamos saberlo... Por cierto, quería pedirle permiso para ir a Madrid. Estoy preocupado por conocer la situación de mis hermanos. Supongo que no les ha pasado nada, pero me extraña no tener ninguna noticia de ellos.

—Ya sabe usted que los permisos están prohibidos.

—Pero no las misiones de servicio... Sería muy poco tiempo... lo que tarde en ir y venir.

—Bueno, bueno, haga lo que quiera, pero siempre que no pase la noche fuera.

—¿Y de lo que le he dicho del comisario y los oficiales «retenidos»?

—De eso hablaremos cuando vuelva...

No obstante, antes de partir, Javi habló con el comisario para decirle que estaba dispuesto a conseguir que él y sus compañeros fueran repuestos en sus cargos. Normalmente se habían llevado bien, aunque con alguna reserva, ya que Javi le consideraba un «vicioso» del proselitismo.

—¿Crees que esto va a durar mucho? —sonrió el comisario displicente.

—No tengo la menor idea, pero creo que eso depende en gran medida de todos nosotros.

—Los comunistas ya no contamos.

—No contáis como fuerza dominante y acaparadora del poder, pero seguís contando como fuerza política...

Discutieron serenamente la nueva situación creada y ambos coincidieron en la imposibilidad de obtener del enemigo condiciones de seguridad para los vencidos... «Probablemente los militares profesionales consigan ciertas garantías de seguridad para ellos, pero los políticos no vamos a obtener ninguna, y en esas condiciones la “paz honrosa” es un mito», le dijo el comisario. Javi no estaba enteramente de acuerdo con esta hipótesis de su interlocutor, aunque reconocía que los más comprometidos en la revolución y en la guerra tendrían forzosamente que exiliarse... siempre que los comunistas no dieran la espantada como la estaban dando ya, desertando solapadamente de los frentes.

—Lo peor que puede ocurrirnos —se levantó Javi para marcharse —es que nos invada el derrotismo y se produzca el «sálvese quien pueda».

—Pues ése es el final que nos aguarda. Ya lo verás...

Momentos después partía para Madrid. Ansiaba como nunca llegar a la capital para ver con sus propios ojos lo que ocurría. En aquella semana de graves tensiones apenas si habían recibido algunos periódicos y los que habían recibido hablaban el mismo lenguaje triunfalista y falso de los primeros días de la guerra, aunque ahora el enemigo eran los comunistas, lo cual le resultaba a Javi indecoroso y cínico, porque no podía apartar de su pensamiento a Estrella. De Luis y Carlitos no sabía nada concreto, pero un oficial de enlace le había asegurado que fueron puestos en libertad con todos los prisioneros que los comunistas tenían en El Pardo. En cambio de Estrella no sabía nada a pesar de que en los últimos meses se habían escrito casi a diario breves y apasionados mensajes. Incluso recordaba con minuciosos detalles la última noche que pasaron juntos en un hotel de Cuenca. En los intervalos de la pasión satisfecha, hablaron de las consecuencias de la derrota, que los dos sabían inevitable. Ella se mostraba optimista. Creía que podían reconstruir su vida en cualquier parte, aunque su mayor esperanza era la Unión Soviética. Javi no las tenía todas consigo. Presentía muchas dificultades por las noticias que tenía de lo que estaba sucediendo en los campos de concentración de Francia, y la Unión

Soviética chocaba con sus prejuicios. Por otra parte, no estaba tan seguro como ella de que pudieran salir de España. Algunas noches antes había soñado que le hacían prisionero y revivió la agonía de su hermano Mariano... Repentinamente formuló una pregunta: «¿Por qué no abortas?» Estrella cerró los ojos y sus facciones angulosas se contrajeron en un gesto desesperado... «Mi hijo morirá conmigo, si tengo que morir, pero no antes. Le necesito como te necesito a ti. Pero no debes preocuparte...» «¿Cómo no quieres que me preocupe? ¿Acaso me consideras un irresponsable?», le acarició el vientre y besó su tersa prominencia... «Siempre quise tener un hijo, no creas que es de ahora. Antes de conocerte a ti, me sentía como la "Yerma" de García Lorca, y no por prejuicios morales o religiosos... Aunque no soy eso que tú llamas ninfomaníaca, siempre me han gustado los hombres. Supongo que sabes que Mariano no fue el primero en mi vida. Antes de conocer a tu hermano, viví con un camarada italiano, al que acompañé en una misión del Partido a su país, donde fue cazado por los esbirros de Mussolini. Después, en París, conocí a un camarada polaco bastante mayor que yo con el que viví casi un año en la Unión Soviética. Era un camarada singular, muy inteligente, muy audaz, y con mucho prestigio en las altas esferas de la Internacional. Quizás es el hombre que más ha influido en mi vida. Pero un día fue enviado en una misión a China, y ya no he vuelto a saber más. Olga, tu amiga de la Academia de Valencia, me dijo que había muerto en Cantón en circunstancias misteriosas. A mi regreso a España en 1932 conocí a tu hermano Mariano en una manifestación de obreros parados. Fue un encuentro muy simpático. Recuerdo que me caí cuando huía de una carga de los guardias de Asalto en la Cibeles y él me arrebató como si fuera una paja y me puso fuera del alcance de los que me perseguían... Tu hermano fue mi conquista. Ya fuera porque era mayor que él o por mi situación en los cuadros dirigentes del Partido, me miraba como algo intangible y sagrado. Nunca se atrevió a ponerme la mano encima hasta que yo me atreví a desnudarle. Fue un placer único. Todavía puedo verle estatuario y erecto sin atreverse a tomarme hasta que yo me colgué de su cuello. De alguna manera me recuerda la noche que me metí en tu cama tiritando, pero no de frío, sino de emoción. Habíamos estado hablando tanto de Mariano que no podía soportar la tortura de acostarme sola con la mente incendiada de recuerdos y deseos...» «Lo comprendo perfectamente», la interrumpió Javi.

«Yo también lo deseaba, aunque nunca me hubiera atrevido a insinuártelo. Pero, ¿por qué quieres tener un hijo ahora, cuando estamos con el agua al cuello y ninguno sabemos lo que va a ser de nosotros...?» La explicación que le dio ella fue muy poco convincente y demasiado sentimental, lo consideraba una necesidad sicológica, casi un milagro, ya que hasta entonces nunca había podido tener hijos...

La entrada en Madrid le produjo una viva emoción. Las calles todavía presentaban rastros de los recientes enfrentamientos. Montones de basura se acumulaban en las vías más céntricas, pero la gente discurría normalmente. Incluso le pareció advertir una cierta alegría. Pero al llegar a su casa le sorprendió todavía más el ambiente de regocijo. El palacete parecía una verbena. Al parecer, muy cerca de allí, los victoriosos «casadistas» habían descubierto un almacén de víveres y ropas usadas en un centro comunista, proveyéndose abundantemente de todo lo que pudieron acaparar. Los críos cada cual andaba con su bote de leche condensada a sorbetones y las mujeres intercambiaban prendas y comentaban en tono sarcástico la conducta de los que pregonaban que había que luchar con pan o sin pan, «mientras ellos comían a dos carrillos». Su madre era la única que permanecía fuera del cotarro de los que se repartían los despojos de los vencidos. Consideraba una vergüenza que pudieran ocurrir cosas como aquellas entre hermanos... «Reconozco que los comunistas han sido unos egoístas y acaparadores, pero no hay derecho a que los traten ahora como a enemigos», decía.

—¿Saben ustedes algo de la Estrella? —preguntó Javi impaciente.

—Estuvo aquí dos o tres días antes de empezar la revuelta a traemos un poco de comida para los niños, pero después ya no la hemos vuelto a ver —dijo Lucía.

—Menuda tarasca está hecha la Estrella... —comentó Adela—. Algunas compañeras la han visto por ahí azuzando a los que combatían contra los de la Junta.

Poco después llegó su hermano Luis. Estaba mucho más delgado y en sus pupilas ardientes había un brillo desesperado. Venía de la organización, donde habían celebrado una reunión de militantes para estudiar la situación. Luis se mostraba muy pesimista. Daba por supuesto que los días de la República estaban contados... «El enemigo no quiere oír hablar de paz. Exige la rendición sin condiciones. Lo único que nos ofrece es la generosidad del Caudillo. Para colmo de cinismo dicen que solamente deben temer los que tengan las manos manchadas de sangre. ¿Y quién no tiene las manos manchadas de sangre, empezando por él, que es el máximo responsable de toda la sangre vertida...? Lo que nos proponen es inadmisible. Yo he manifestado en la reunión que prefiero cien veces la muerte a semejante claudicación... ¿Cómo podemos confiar en un hombre que tiene las cárceles repletas, que ha permitido y sigue permitiendo el asesinato a mansalva, y ha convertido el territorio que domina en un inmenso campo de concentración...? No, yo no estoy dispuesto a confiar en tipos de semejante calaña.»

—Y Casado, ¿qué opina?

—¿Y quién lo sabe...? Para mí es un camaleón. He hablado varias veces con él y lo único que he sacado en limpio es que confía en el honor de los militares... Mera empieza a sospechar que no tiene planes ni proyectos concretos. Algunos de los compañeros que han hablado hoy en la reunión han hecho análisis siniestros. Negrín y los comunistas se han llevado en la huida los pocos aviones útiles que quedaban; carecemos de medicamentos y de material sanitario; la Intendencia está casi vacía y a la población civil es posible que dentro de pocos días sólo se la puedan servir pequeñas raciones de lentejas. Con el municionamiento ocurre otro tanto... En fin, una calamidad. Y para que las cosas sean peores, el enemigo puede desencadenar en cualquier momento una ofensiva de proporciones gigantescas... La única posibilidad que nos queda es la de retirarnos hacia Cartagena con toda la gente más responsabilizada y crear allí una poderosa cabeza de puente que nos permita evacuar a todos los

que quieran exiliarse, y eso en el caso de que la Escuadra regrese, que está todavía por ver...

—La retirada puede convertirse en un desastre —dijo Javi—. En el momento que empecemos a mover los frentes, se producirán deserciones masivas y el caos puede impedirnos la retirada.

—Algunos compañeros han propuesto que se amenace al enemigo con liquidar a los miles de rehenes que tenemos en nuestro poder y organizar la destrucción total de minas, fábricas y campos... Es una carta que se está jugando en estos momentos, aunque dudo que nuestros propios militares la acepten, y no olvidemos que son ellos los que manejan los órganos de poder...

Los dos hermanos se miraron intensamente y agacharon la cabeza. Javi parecía sereno, pero los ojos de Luis hacían chiribitas y la prominente nuez le subía y le bajaba como si le faltara la respiración. Habló de Lucía y de sus tres hijos, maldiciendo la hora en que los había engendrado...

«¿Qué va a ser de ellos?», gruñía entre blasfemias. «Si los dejo aquí serán unos desgraciados y si me quedo serán huérfanos, porque estoy seguro que me fusilan en el momento que me atrapen...» Por otra parte, Petra no quería ni oír hablar de salir de España. Decía que sus huesos pertenecían a la tierra que los había parido. Y Adela fluctuaba entre la influencia de su marido y la de sus hermanos. En una conversación con Luis, incluso le había dicho «que las noticias que ella tenía es que Franco no era tan malo como decían».

Poco antes de la comida, se presentó Carlitos algo achispado. Venía de Chicote, donde había estado con Rómulo Talavera «bebiendo metralla» y se mostraba muy jovial y optimista. Talavera, que durante algún tiempo había estado postergado y a punto de ser detenido por aparecer mezclado en una organización de espionaje a cuenta de una secretaria que se estaba tirando, a juicio de Carlitos, se llevaba a partir un piñón con Casado y Miaja y sabía más que nadie de lo que iba a pasar... «Hace un rato me ha dicho que la paz ya está hecha y que los que hemos dado la cara contra los comunistas, no tenemos nada que temer, porque todo está arreglado...»

—Talavera es un traidor y si tú le haces caso eres un insensato —le interrumpió Javi en sus eufóricas baladronadas.

—De traidor nada, intelectual. Talavera es un tipo que sabe vivir.

—Dirás que es un vividor, un aventurero, que se vende al mejor postor —dijo Luis.

—Para mí es un tío cojonudo. Su lema es que le dejen comer y joder, y yo pienso lo mismo.

—Tú eres un irresponsable... —le increpó Javi con dureza—. ¿Ya no te acuerdas de lo del comité de Investigación Pública? ¿Crees que los de la quinta columna te van a perdonar los registros y detenciones...? ¿O piensas que te va a salvar la zorra de Cristina?

—Yo sé lo que me hago...

—Venir a comer y dejar de discutir —les llamó la madre.

Aquella comida en la que se verían por última vez juntos todos los Revilla, resultó más bien alegre. Petra, como si presintiera que era el final de la familia, «tiró la casa por la ventana», como dijo Adela, con un perol de judías estofadas y una enorme cazuela de cordero guisado. La conversación, sin embargo, fue pobre y elusiva. Como si todos se hubieran puesto tácitamente de acuerdo, no se habló para nada de la guerra ni de las dificultades inmediatas que vislumbraban. Casi con el último bocado en la boca, Javi se levantó para marcharse y Petra salió con él.

—¿A dónde vas? —le miró profundamente a las pupilas.

—Tengo que hacer algunas cosas antes de volver al frente.

—¿Te preocupa la Estrella?

—Quisiera saber lo que ha sido de ella. Probablemente tenga dificultades...

—Las ha tenido y gordas, pero creo que consiguió escaparse cuando la llevaban detenida.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque yo sé muchas cosas, hijo mío... ¿Por qué no te marchas con ella? Dos días antes de empezar este desaguisado, la Estrella me dijo que pensaba convencerte para que la acompañases a Rusia. A mí no me parece mal, sabes. Quiero que te marches, porque si te cogen aquí... ¿Sabes lo que me dijo el otro día doña Casilda? Que Franco era un caballero cristiano que sabía perdonar a los más grandes rebeldes y a los revolucionarios más furibundos con tal de que se dejases llevar por el buen camino y acatasen las leyes, pero que a los envenenadores de conciencias como tú, no los perdonaría nunca, porque erais como los ángeles rebeldes que Dios había despeñado a las simas del infierno. Ya ves, me prometió que algo podría hacer por Luis y Carlitos, pero que por ti no pensaba mover ni un dedo, porque estaba convencida de que eras un espíritu del diablo.

—Si Carlitos y Luis se fían de esa tía hipocritona, están arreglados. A lo mejor hace por ellos lo mismo que dijo que iba a hacer por Nano... Bueno, madre, no se preocupe por mí. Yo haré lo que tenga que hacer... —la abrazó Javi precipitadamente y se dirigió a la puerta.

—No la vas a encontrar —dijo Petra con la voz repentinamente enronquecida.

—De todas las maneras, voy a intentarlo...

Durante tres horas visitó a una docena de amigos comunes para indagar sobre el paradero de la dirigente comunista. Nadie pudo darle referencias de su situación. El partido Comunista había pasado a la clandestinidad y sus dirigentes más conocidos se hallaban ocultos o habían desaparecido. Con los pocos que Javi pudo hablar tuvo acaloradas discusiones. Pensaban que los triunfantes «junteros» proyectaban hacer una escabechina con los comunistas para hacerse más gratos a Franco, y para ello aducían el reciente fusilamiento del coronel Barceló y su comisario, como principales cabecillas de la rebelión contra la Junta. Javi se desgañitó para convencerles de que las fuerzas políticas que apoyaban a la Junta «casadista» no sólo no estaban dispuestas a consentir ningún tipo de represión contra los comunistas, sino que eran conscientes de que la última carta tenían que jugarla unidos, si querían salvar algo.

En casa de un conocido escritor, muy amigo de Estrella y antiguo colaborador de «La Mañana», se encontró con Artigas muerto de miedo y de angustia.

Según le dijo, los del SIM le buscaban como a perro rabioso. Javi le tranquilizó en lo que pudo... Como prueba de amistad, le prometió sacarle de Madrid y llevarle donde quisiera, pero estaba tan desquiciado que no sabía qué hacer... «Me siento atrapado como una rata que no puede saltar del barco que se hunde», le dijo retorciéndose las manos y temblándole el mentón. Javi intentó calmarle, diciéndole que todos eran ratas que iban en el mismo barco y que todos tenían que salvarse o hundirse. Luego Artigas le confesó que había estado con Estrella en la sede del Partido hasta el último momento y que Rómulo Talavera les había facilitado la huida... «Aunque es un bellaco, con nosotros se ha portado como un caballero. Él mismo me trajo aquí y me dijo que no me moviera hasta que recibiera noticias suyas...»

—Bien, puedes hacer lo que quieras, pero si yo estuviera en tu pellejo no me fiaría mucho de Rómulo Talavera, y no porque no le crea dispuesto a cumplir su palabra, sino porque temo que se nos hunda el techo antes de apuntalar la casa.

—Ayer mismo me dijo Rómulo por teléfono que la Junta piensa dar pasaportes a todos los comunistas que quieran abandonar España.

—Entonces va a ser cuestión de declararse comunista —dijo Javi.

—Pues yo haría cualquier cosa para cambiar de piel.

—Lo comprendo, porque es la hora de los camaleones. La confusión nos envuelve. Parece que todo el mundo tiene ganas de convencerse de que el enemigo no es tan cruel como hemos venido diciendo a lo largo de la guerra, y muchos hasta piensan que Franco les va a gratificar por su arrepentimiento.

—Franco es un político realista... —habló por primera vez don Rufino, el viejo escritor de crónicas históricas que se había pasado toda la guerra con la vista puesta en el pasado. Javi se había preguntado muchas veces si aquel hombre de cara de avechucho y mirada apagada se había enterado de que estaban en guerra—. Yo no dudo que hará justicia en la medida en que la justicia es indispensable para conservar el orden y mantener la paz.

—¿Quiere usted decir que se va a cargar a media España para que la otra media viva dichosa y feliz en el marco del patriarcalismo dictatorial?

—No tanto, joven, no tanto... Franco es un militar, un buen militar con el sentido nato de la estrategia y un perfecto conocimiento de nuestras tradiciones históricas. Es un hombre duro y frío que no se deja dominar por las emociones. Yo creo que Encarna a la perfección el tipo de «cirujano de hierro» que pedía don Joaquín Costa, el gran apóstol del regeneracionismo...

—Al servicio de la oligarquía financiera y terrateniente, naturalmente —le interrumpió Javi.

—Con usted no se puede discutir porque es un sectario, un envenenado por la lucha de clases y las utopías socialistas... —pareció el hombre perder sus buenas composturas y ecuanimidad—. Hace un momento le decía a nuestro conturbado amigo Artigas, que un buen cristiano como él, que ha hecho tanto bien y salvado a tantos perseguidos por la vesania roja, no tenía nada que temer, porque espero que Franco perdone a los veleidosos y equivocados de buena fe, pero que los soñadores de paraísos terrenales y los jacobinos de alma empecinada por los materialismos ateos, se echen a temblar, porque los raerá de esta tierra bendita de Dios.

Javi miró a Artigas profunda e interrogativamente, pero su compañero de «La Mañana» parecía tan ajeno y ausente de la realidad como en los meses anteriores le había parecido don Rufino cuando iba a llevar sus colaboraciones al periódico. De buena gana le hubiera hablado de la Brigada X y de Golito, pero lo que hizo fue preguntarle si quería que le llevase a alguna parte. Artigas cabeceó evasivo, miró a su amigo Rufino con enternecedora piedad y dijo que en ninguna parte se sentía tan seguro como allí.

—¿No puedes darme ninguna pista para encontrar a Estrella?

—Ninguna... Yo pienso que habrá salido de España o intentará salir, pero recuerdo que me dijo que pensaba verte antes de marcharse.

Javi salió de aquella casa con el humor revuelto. La cobardía de Artigas y la insolencia de don Rufino, con su complacencia en la victoria franquista, le colocaron al borde de la más violenta irascibilidad. Para sí pensó que la traición ya estaba incubada. Por su mente pasó la idea de ir a ver a Talavera, pero la rechazó inmediatamente. Si con don Rufino se había mostrado tolerante,

porque siempre había sospechado que su amabilidad e indiferencia eran una táctica conciliadora para no descubrir sus simpatías por el enemigo, con Talavera la situación era diferente. Le apreciaba. Habían sido amigos. En algún momento, incluso, le había admirado por su coraje y audacia. Pero si al verse con él, se permitía elogiar al enemigo, no podría aguantarlo.

Ya era de noche cuando volvió a su casa para despedirse. Según le dijo su hermana, Carlitos acababa de salir y Luis había telefoneado diciendo que tardaría en volver, porque estaba en una reunión. Javi se mostró irritante y contrariado.

—Habíamos quedado en vernos para ponernos de acuerdo en lo que vamos a hacer en caso de que ocurra lo peor —dijo Javi.

—Lo que tenéis que hacer es marcharos lo antes posible.

—¿Y vosotras?

—Nosotras nos arreglaremos como podamos... Yo no quiero marcharme y madre tampoco. Lucía está indecisa. Dice que a dónde va a ir con los tres niños, y tiene razón. Son muy pequeños y para vosotras serían un estorbo. Pepita piensa marcharse con su familia a Castellón en el momento que pueda... Yo no sé lo que puede pasar. Antonio y su padre dicen que no tenemos nada que temer, pero yo sí temo... temo por vosotras... —se echó a llorar repentinamente.

—Vamos, no seas tonta. A nosotros no tiene por qué ocurrirnos nada... —la abrazó Javi y la apretó contra sí—. Sois vosotras las que me preocupáis... Esto se va a convertir en un infierno. Madre se ha significado demasiado, y aunque tú no tanto, por ser hermana nuestra...

—Madre confía en doña Casilda y en la tía Moñeta, y yo soy la nuera de un burgués fascista.

—¿Es fascista tu suegro?

—Lo ha sido siempre. A mí no me traga mucho, pero como está tan loco con su nieto...

—¿Y Antonio?

—Antonio nunca ha sido nada. Me quiere a mí y sobra. Lo malo es que no se encuentra bien. Hace unos días volvió a echar sangre por la boca... — asomaron de nuevo las lágrimas a sus ojos.

—Se pondrá bien, ya lo verás...

Cuando se les reunieron su madre, Lucía y Pepita, Javi y Adela cambiaron de conversación. Petra no se dejó engañar. Observó que Adela había llorado y percibió en las tensas facciones de Javi el esfuerzo por parecer jovial y optimista. Sin embargo, cuando se abrazó a él para despedirse estaba temblando. Extraños presentimientos la agarrotaban. Algo parecido le ocurría a Javi. El nudo que le apretaba en la garganta le hizo mostrarse duro y despegado.

—Hasta pronto... —se despidió bruscamente, aunque tenía la sensación de que podía ser para siempre.

En el frente le esperaba tanto trabajo que terminaría por olvidarse de aquella horrible sensación de desgarramiento que había sentido en el abrazo de su madre... El teniente coronel le recibió de uñas por haber tardado tres horas más de lo que le permitía el permiso, y el oficial del SIM le hizo responsable de la huida del comisario, el comandante de Sanidad y dos oficiales, por haberse opuesto a que fueran encerrados en la cárcel como había propuesto él. Javi aceptó la regañina del jefe y las amenazas del oficial del SIM con absoluta indiferencia. Sin embargo, no le ocurrió lo mismo cuando el oficial de Información del estado mayor, que actuaba de segundo jefe en su ausencia, le dijo que hacía escasamente cinco horas que había estado allí Estrella y de que tenía la seguridad de que era ella quien se había llevado al comisario y los oficiales retenidos.

—¿Sabe algo el oficial del SIM?

—Supongo que no, porque se hallaba en Guadalajara y hace poco que regresó. Además, la Estrella venía muy disfrazada. Cuando preguntó por ti, yo ni siquiera la reconocí, porque llevaba un abrigo de pieles, el pelo teñido de rubio, o tal vez con peluca, y muy pintarrajeadas... No parecía la misma, te lo

aseguro. Luego me dijo que quería hablar con el comisario, que eran muy amigos y quería saludarle. Yo mismo fui a buscarle y estuvieron hablando poco más de cinco minutos. Quizá fui demasiado confiado al dejarlos solos...

—No te preocupes. La cosa no tiene tanta importancia... —le tranquilizó Javi—. De un momento a otro llegará la orden de dejar en libertad a los comunistas que quieran marcharse. Me lo han dicho en Madrid.

—Me parece una barbaridad, porque eso va a desmoralizar a toda la gente.

—A mí también me lo parece, pero la Junta parece que se inclina por tender puente de plata al enemigo que huye... ¿No te ha dejado Estrella para mí ningún recado especial.

—Ninguno. Solamente me dijo que iba para Valencia.

Javi se quedó dubitativo. Pensó en la palabra que había dado a sus hermanos de reunirse con ellos en el último momento y en la invitación de Estrella a reunirse con ella en Valencia, y el sentimiento del deber pudo más que el enorme atractivo que ejercía sobre él su cuñada en aquel momento. Por otra parte, le anunciaron que dos guerrilleros acababan de presentarse en una de las posiciones avanzadas del frente, y se trasladó inmediatamente para recoger las primeras informaciones que llegaban del campo enemigo después de los acontecimientos que habían provocado la crisis mortal de las estructuras políticas y militares de la zona republicana... El encuentro fue tan emocionante como lamentable. Veinticinco días antes había visto internarse en las líneas enemigas a cinco hombres que llevaban la misión de localizar los sectores en que se estaban concentrando las grandes unidades que remataron las operaciones de Cataluña. De los cinco hombres sólo llegaban dos, uno de ellos el oficial que mandaba la guerrilla. Los demás habían desertado al enterarse de lo que estaba ocurriendo en la zona republicana, donde se decía que los comunistas estaban siendo exterminados por anarquistas y socialistas y que los miembros de la división de guerrilleros, a la que pertenecían, se hallaban recluidos en un campo de concentración. Los dos hombres regresaban deshechos y muertos de hambre, porque los últimos cinco días los habían pasado encerrados en una cueva. El oficial, que era hijo de un comandante republicano fusilado por los nacionalistas en Burgos, le dijo que la

ofensiva enemiga podía producirse en cualquier momento y en muchos sectores a la vez. En la mayoría de los frentes se estaban pasando a diario miles de soldados republicanos que, en general, eran tratados como perros y conducidos a los campos de concentración. Nadie pensaba que se concedieran a los rojos las más mínimas garantías. La paz sin condiciones estaba en boca de todo el mundo y los periódicos hablaban de que se estaba produciendo la desintegración a marchas forzadas y que los miembros de la Junta de Defensa no se entendían entre sí.

—La situación no es tan mala... —le interrumpió Javi—. Aunque es verdad que cunde la desmoralización y en los frentes de Madrid se pasan muchos soldados al enemigo, todavía contamos con fuerzas leales suficientes para imponer condiciones y organizar la retirada a Cartagena...

Después de comer vorazmente los alimentos que les ofrecieron, el oficial guerrillero mostró gran impaciencia en trasladarse al cuartel general del Cuerpo del Ejército para informar de su misión.

—¿Tienes alguna idea de cuándo pueden lanzar la ofensiva? —volvió a preguntarle Javi en el momento de despedirse.

—Yo creo que pueden hacerlo cuando quieran, pero por los preparativos que hemos visto tengo la impresión de que más bien se preparan para organizar un paseo militar a banderas desplegadas...

Los días que siguieron no hicieron más que confirmar lo que había dicho el oficial de guerrilleros y lo que él mismo sospechaba. La paz se imponía tanto por abajo como por arriba. Los soldados empezaban a confraternizar en los frentes, intercambiando artículos de uso y alimentos, y formando tertulias entre las dos líneas, mientras de Madrid llegaban noticias de que los jerifaltes enemigos no admitían ninguna clase de reconciliación y exigían la rendición sin condiciones.

Dos días antes del hundimiento, Javi asistió con el jefe de la división a una reunión de mandos convocada en el cuartel del Cuerpo del Ejército. Cipriano Mera y Verardini, su jefe de estado mayor, les informaron de la gravedad de la situación. Más o menos, les vinieron a decir que todo estaba perdido. Las

negociaciones de la Junta habían fracasado. En Burgos se consideraban triunfadores absolutos y pedían el desarme de las fuerzas republicanas sin ninguna compensación. A lo sumo darían ciertas facilidades a los que quisieran expatriarse desde los puertos de Levante. Por otra parte, anuncianaban una ofensiva inmediata que ya podía haber comenzado por los frentes de Andalucía y Extremadura... La emoción ahogaba las palabras. Antes de que uno de los jefes divisionarios se permitiera decir que había que seguir luchando hasta el límite de la resistencia y organizar la retirada hacia Levante, como había sido convenido en una reunión anterior, pasaron varios minutos de estrangulado silencio. Cipriano Mera le dio las gracias y respondió que él era de la misma opinión, pero que la situación de los frentes era muy peligrosa, ya que se estaban produciendo deserciones masivas, y algunos miembros de la Junta, como el profesor Besteiro de una manera explícita, y otros más solapadamente, consideraban absurda y criminal cualquier tipo de resistencia.

—Al parecer, lo que pretenden esos señores es que nos entreguemos como borregos —exclamó Javi en voz alta.

—Nadie quiere que nos entreguemos como borregos, y no nos vamos a entregar... —le miró Cipriano Mera severamente—. Lo que no podemos hacer es perder la cabeza y dejarnos dominar por los sentimientos. Ahora, más que nunca, necesitamos conservar la serenidad. Aunque algunos consideran que lo tenemos todo perdido, yo creo que todavía contamos con algunas cartas importantes y vamos a jugarlas. Sólo les pido que me ayuden y mantengan la disciplina a rajatabla. ¿Puedo confiar en ustedes...? —un murmullo de asentimiento fue la respuesta—. Ahora mismo salgo para Madrid y les prometo que voy a luchar para impedir que se impongan los claudicantes... Como último favor les pido que nadie se mueva de su puesto de mando y permanezcan atentos a los movimientos del enemigo sin complacencias ni debilidades. Y otra cosa, deben estar preparados en cualquier momento para hacer una retirada ordenada a los puntos que se les comunicarán en el momento oportuno.

La reunión terminó en el mismo silencio con que había comenzado y transcurrido. La gravedad y la tensión de cada uno de los participantes era

evidente. Antes de partir, Javi habló con algunos amigos y compañeros del estado mayor de Mera y percibió una corriente de alarma. Incluso le dijeron que en Madrid se estaban extendiendo pasaportes a los comunistas y masones para que pudieran marcharse al extranjero.

La noche del 27 al 28 de marzo, Javi se la pasó pendiente de los partes de los observatorios, que anunciaban grandes movimientos en la retaguardia enemiga por las luces de los vehículos en movimiento. Por primera vez a lo largo de la guerra, aquella noche escuchó el parte de guerra del «Cuartel General del Generalísimo» en el que anunciaba que en el frente de Extremadura las tropas «nacionales» avanzaban sin encontrar la menor resistencia.

Cuando empezaba a amanecer, y su enlace y el oficial de Información dormitaban en tomo a la estufa, pidió permiso para entrar el capitán Bernabé, que mandaba la compañía de servicio del cuartel general. El capitán Bernabé era rechoncho, de mediana edad, con la cara trabajada por los soles del campo andaluz. Era un hombre de confianza y más de una vez había tenido que enfrentarse con el jefe de la división, que le encontraba demasiado toscos y palurdo para el cargo que desempeñaba. Verdaderamente era casi analfabeto, con el gesto fosco, las palabras escuetas y el recelo bailándole en el duro cristal de las pupilas, pero había estado cinco veces herido y cojeaba de la pierna derecha.

—Entra Bernabé... ¿Qué pasa?

—Na, que el aire huele a traición... —se quedó espatarrado con la colilla en la boca y el gorro de campaña en la mano—. No quería molestarte, pero vi la luz ensendida y me dije voy a ver a Revilla, porque yo ya no aguento tanto traidor... Me da en la nariz que estamos vendidos y si no basemos un escarmiento rápido, fusilando a media docena de traidores, nos van a machacar por la esparda en cuanti nos descuidemos...

—De momento, no creo que haya motivos de alarma.

—Si los hay... Toos los hijoputas están con que la guerra se acaba de hoy a mañana. Ahora mismito me acabo de enterar de que esta tarde se reunieron

unos cuantos oficiales en la comandancia de Ingenieros, y el capitán ayudante del mandamás les dijo que no debían preocuparse, porque too estaba preparado para entregarse a los fachas sin resistencia, y hasta hicieron una lista de los que había que detener inmediatamente, y entre ellos estamos tú y yo...

—¿Crees que el teniente coronel está comprometido?

—Como no lo va a estar, si el tío trata a los de la quinta columna como si fueran las niñas de sus ojos.

—Lo que estás diciendo es muy grave.

—Por tan grave lo tengo yo, que si no me das ahora mismo autorización para fusilar a todos los traidores, me largo a la sierra antes de que me hagan picadillo. Además, según dijeron en la reunión la guerra se termina de hoy a mañana, porque está cocido entre los traidores de Madrid y los de Burgos.

—Es imposible. Si fuera así ya tendríamos alguna noticia del Cuerpo de Ejército o de la organización.

—Después de las jugarretas que nos han hecho toos, yo ya no me fío ni de mi padre...

El teniente de Información y el enlace seguían la conversación con los ojos desorbitados. Javi insistía en que tenían que seguir cada uno en su puesto hasta que recibieran instrucciones, y Bernabé afirmaba con férrea terquedad que él no estaba dispuesto a dejarse cazar como un conejo... Sabía cómo las gastaban los señoritos de su pueblo, porque en los primeros días de la guerra habían matado a toda su familia, buscándole a él, y del sindicato no habían dejado un alma que contase lo ocurrido. Por otra parte, tampoco se fiaba de los que decían que no tenían las manos manchadas de sangre y esperaban que los tigres les perdonasen. Así que había decidido internarse en la serranía y defender su libertad en las montañas de su tierra, que las conocía palmo a palmo.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —le puso las manos en los hombros y le miró fijamente a las pupilas.

—No puedo... —sonrió Javi—. Yo no soy hombre de sierra. Además, he quedado con mis hermanos en reunirnos en cualquier parte del mundo.

Al despedirse, a Bernabé se le saltaron las lágrimas y Javi se quedó sin palabras.

Poco después el teniente coronel le llamaba a su despacho para decirle que si el enemigo atacaba no se opusiera resistencia y se levantase bandera blanca, anunciándole que de un momento a otro llegarían instrucciones concretas. Con él estaba su capitán ayudante, muy petulante en su aspecto y exageradamente servicial, casi servil, en sus relaciones con su superior. En el cuartel general le llamaban «el Celestino» por sus complacencias y oficiosidades con el jefe de la división. Había sido dependiente en unos grandes almacenes madrileños, y el hombre se daba mucho pisto e importancia, pero Javi le consideraba poco menos que un ordenanza. Su única virtud es que había asimilado con mecánica servidumbre la afición ordenancista de su jefe y lucía el uniforme militar con garbosa prestancia. En los pueblos de la retaguardia tenía mucho partido entre las hembras ligeras de cascós.

—Habrá que comunicar a los jefes de las unidades lo que pasa —dijo Javi con perfecto dominio, aunque por dentro se sentía inundado de angustia.

—Hasta que no tengamos las instrucciones que me anuncian, no vamos a comunicar nada. No quiero que se produzca la espantada antes de tiempo... Por lo demás, creo que la Junta ha llegado a un acuerdo satisfactorio con el mando nacional, y todo está resuelto para que el traspaso de poderes se haga con la mayor normalidad. Usted límítese a cumplir con su deber y tenga preparada toda la documentación de las zonas minadas para entregársela a los jefes del sector.

—Muy bien. Si no manda usted nada más... a sus órdenes... —salió Javi del despacho con la sensación de que podía caerse en cualquier momento. La rabia le crispaba los nervios... «Esto es una traición, una asquerosa traición», murmuraba al cruzar la plaza del pueblo a paso más que ligero.

Inmediatamente que llegó a su despacho hizo diversas llamadas telefónicas a Madrid. Primero a su familia, después a Rómulo Talavera y, por último, a su organización, pero le resultó imposible comunicar con nadie. Las líneas estaban congestionadas o no respondían. Luego probó fortuna con Guadalajara, y aunque tampoco pudo comunicar con ninguna persona conocida, un telefonista le dijo que todos los jefes se habían marchado ya hacia Valencia y que en Madrid los fascistas se habían lanzado a la calle... Por su mente pasó la idea de que el teniente coronel estaba haciendo un doble juego. Para comprobarlo, se presentó en la centralita de transmisiones y el sargento le dijo que tenía órdenes del capitán ayudante de no comunicarle los partes que iban llegando sobre las condiciones en que debía hacerse la rendición.

Sin esperar a más, regresó al estado mayor y reunió a todos sus colaboradores para decirles escuetamente lo que sucedía... «Yo me voy inmediatamente para Valencia. No quiero entregarme al enemigo ni participar en la rendición. Vosotros hacer lo que mejor os parezca... Creo que en Valencia y Alicante hay barcos preparados para salir al extranjero...» Sólo dos oficiales y cinco soldados se decidieron a acompañarle. Los demás pensaban que si el teniente coronel se quedaba es porque contaba con garantías del enemigo.

Eran las doce de la mañana de aquel 28 de marzo cuando Javi y sus compañeros, provistos de fusiles ametralladores y pistolas, partían en dos coches con rumbo a lo desconocido. El teniente coronel, que debía estar perfectamente informado de lo que ocurría, se asomó al balcón de la casona que ocupaba en la plaza en el momento que partían.

EPÍLOGO

Pasaron los años, el tiempo oscuro del que emergían sombras de tragedia que nadie quería recordar. Unos decían que eran los años del hambre, otros los recordaban por el duro cautiverio, y todos se referían a ellos como a un tiempo de silencio, de palabras prohibidas, de sentimientos asfixiados, de los muertos que clamaban en los cien mil lugares de su sacrificio, pues el fantasma de la muerte estaba presente en todos, en los vencidos y en los vencedores, si bien los vencidos seguían cebando la ira de los vencedores y alimentando su saña fratricida.

Petra pasó seis años en la cárcel, dos de ellos condenada a la pena de muerte, por llamar asesino al juez que instruía el sumario de sus hijos. Aunque la detención se produjo unos días antes de la ejecución de Luis, Javi y Carlitos, Adela y Lucía decían que nunca jamás volvió a mencionarles por sus nombres ni siquiera se interesó por las circunstancias concretas de su muerte. Ellas lo achacaban a trastornos mentales, pues en los meses que siguieron los nervios le estallaron y sufrió una embolia cerebral que la dejó medio paralítica y como atontada. Su hija y su nuera pensaron incluso que, para bien suyo, había perdido la memoria, la vieja memoria de sus recuerdos y sufrimientos, pues ni siquiera quería ver a los hijos de sus hijos y cualquier alusión a la familia la dejaba indiferente. Pero un día fueron a verla doña Casilda y la tía Moñeta y les volvió la espalda. Adela, que las acompañaba, reprochó a su madre aquel comportamiento, pero Petra se mantuvo impasible hasta que la sacaron del locutorio. Luego Adela comentó con Antonio y Lucía que nunca había visto a su madre tan dura y obcecada...«Ni siquiera a mí me ha dirigido la palabra.»

—A mí no me extraña —la tranquilizó su marido, que con los buenos negocios de la chatarra y el lucrativo estraperlo mostraba un aspecto vigoroso y saludable.

—Ni a mí... —añadió Lucía.

—Pues a mí, sí, porque me ha dejado en ridículo... Yo le había dicho a deña Casilda que madre se acordaba mucho de ella, a ver si se interesaba por lo del indulto, y mira por donde... con lo soberbia que es...

—Que se quede con su soberbia, y que le aproveche —hizo Antonio un gesto displicente—. Nosotros no la necesitamos para nada. Tu madre saldrá de la

cárcel, no te preocupes. Hoy por hoy el dinero en este país cuenta más que las recomendaciones. Sólo falta tirar el anzuelo con un buen puñado de billetes para que alguien pique, y yo ya lo he tirado...

Efectivamente, tres meses después Lucía y Adela recogían a Petra en la puerta de la prisión de Ventas. Los seis años de prisión la habían menguado tanto que apenas si era su sombra: un montoncito de huesos paralíticos coronados por una cabellera completamente blanca y unos ojos vivos perdidos en lejanías insondables.

Antonio había cambiado mucho en aquellos años, tanto que Adela solía decir que se estaba convirtiendo en un cínico. Su natural timidez y su aire enfermizo desaparecieron al ponerse en contacto con los negocios y captar la nueva realidad, que no se parecía en nada a la vivida durante la guerra. Los dos años que estuvo asociado con su tío en el negocio de chatarrería le abrieron los ojos y agudizaron su instinto hasta descubrir por sí mismo las inmensas posibilidades de riqueza que ofrecía un país arruinado y envilecido por el hambre, la miseria y el miedo. La escuela socarrona y mezquina de su tío Manolo, el chamarilero salmantino que se había hecho millonario en la zona nacionalista comprando y vendiendo chatarra, papelote y trapos viejos, le resultó muy útil para desentrañar los mecanismos de los negocios de compraventa, no siempre legales, pero muy rentables y acordes con la moral de los vencedores de enriquecerse rápidamente. Fueron años de dura brega en negocios frecuentemente arriesgados, pero cuando tuvo dinero suficiente cambió el plano de sus actividades y se lanzó a especulaciones de todo tipo que podía dirigir desde un despacho suntoso y confortable. Fue entonces cuando empezó a adquirir fama de financiero y a codearse con los que se llamaban «creadores de riqueza».

Mientras Antonio crecía y multiplicaba su dinero, Adela vivió casi al margen. La muerte de sus hermanos y el encarcelamiento de su madre la aislaron, en cierta manera, de las nuevas relaciones de su marido, empezando por su tío Manolo, a quien cobró una feroz antipatía desde que observó que andaba detrás de Lucía «como un perro salido». En este aspecto, el matrimonio tuvo sus más y sus menos, ya que Antonio no veía con desagrado un enlace entre el hermano de su madre y su cuñada. Incluso Lucía se mostró durante algún

tiempo ambigua y dubitativa, pero la obstinada intransigencia de Adela y la rabiosa oposición de los trillizos, descartaron el posible matrimonio entre la ex monja y el rico chamarilero salmantino.

Cuando Petra salió de la cárcel con el indulto obtenido por su yerno a base de sobornos, sus días parecían contados. Adela dijo que se la entregaban para la tumba, pero todavía viviría muchos años, casi siempre Encarnada o recostada en el butacón. Hablaba muy poco y pedía menos. Al principio pasaba el tiempo dormitando o ensimismada en una extraña contemplación visionaria, pero luego se aficionó a los trabajos de punto y renació en ella su sentido práctico y activo. A cualquier hora del día y muchas de la noche se la podía ver afanada con las agujas o el ganchillo combinando colores en dibujos sorprendentes. ¿Qué quería decir con aquellas fantasmagorías ingenuas que no dejaba ver a nadie, ni siquiera a su hija...? Cuando se instalaron en el chalé de Aravaca, Antonio le compró una silla de ruedas para que pudiera moverse por la casa y salir al jardín, pero apenas si traspasó el umbral de su habitación media docena de veces en los años que vivió, y vivió los suficientes para ver a sus nietos mayores recuperar la memoria que ella había tratado de conservar en los paños y tapices que guardaba tan celosamente.

En la casa estuvo durante mucho tiempo prohibido hablar del pasado. Antonio que, en general, era muy generoso y liberal para con su familia, de una manera persistente y suave fue borrando todas las huellas del recuerdo. Los niños no debían saber nada de lo sucedido. Su único deseo era que crecieran fuertes y ambiciosos, sin los estigmas de «rojos», que resultaban la mayor dificultad para abrirse camino en una sociedad cerrada por fronteras invisibles y controles insuperables. De una manera o de otra, Adela y Lucía contribuyeron a fomentar la red de patrañas inventadas por Antonio para seguir prosperando en un mundo en el que las ambiciones personales no tenían límites en tanto se subordinasen a la política del sistema. Así se tejió la leyenda de que la abuela Petra había pasado algunos años en un sanatorio de enfermedades nerviosas, cosa que la abuela no confirmó ni desmintió, porque además de sus dificultades para hacerse entender a consecuencia de la afasia que padecía, tampoco mostraba mucho interés por sus nietos, por lo menos en la edad tumultuosa de la infancia y de la adolescencia; otra cosa sería más adelante,

cuando en algunos de ellos viera asomar la rebeldía y la curiosidad. En las conversaciones familiares sólo Luis tenía alguna presencia, y lo único que sabían sus hijos es que había muerto al final de la guerra. Mariano, Javi y Carlitos se diluyeron en mentiras anodinas... ¿Habían muerto? ¿Desaparecieron sin dejar rastro? ¿Se los había tragado la tierra, esta tierra reseca, siempre ávida de sangre...? Las falacias más inverosímiles encajaban muy bien en un mundo cerrado que había convertido los «valores eternos» del imperio teocrático visigodo en el telón de fondo de su justificación moral.

A los cuarenta años Antonio se podía considerar un triunfador. Poseía una fortuna que los envidiosos calificaban de «incalculable», aunque él sabía que lo incalculable estaba más en los créditos que manejaba de los bancos y empresas multinacionales que en su propio capital. Además del espléndido chalé de Aravaca, poseía una finca de recreo en Marbella y un extenso coto de caza en la provincia de Toledo. Pero de lo que se sentía más orgulloso era de su propia familia: tres hijos, tres hijas y tres sobrinos que convivían en bulliciosa y alegre camaradería sin problemas ni conflictos. Los estudios, el deporte y las diversiones generaban entre ellos una rivalidad avasalladora y estimulante. Con el tiempo, Adela se había adaptado más o menos a las relaciones de su marido, pero resultaba un tanto extraña y, a veces, desconcertante. Su espíritu crítico, su humor irónico y su actitud anticonvencional la distanciaban del comadreo de las encopetadas damas de la colonia residencial en que vivían. Las actividades de la Obra, a las que su marido contribuía con generosos cheques, Lucía prestaba su colaboración entusiasta, y sus hijos y sobrinos se beneficiaban de los servicios del club deportivo y cultural, a ella la dejaban indiferente. Asistía a algunos actos, participaba en algunas fiestas, pero sin ningún entusiasmo y siempre alejada de la chismorrería femenina. Sin embargo, entre los amigos y socios de su marido, la mayoría hombres de presa y capitanes de industria que se habían abierto paso a patadas, empujones y codazos, gozaba de cierto prestigio por su desenfadado escepticismo y su humor punzante.

Por entonces ocurrió algo que iba a remover la dichosa felicidad de aquel remanso de paz que era la colonia residencial de lujosos chalés y palacetes en que la figura del Padre-Fundador de la Obra se ofrecía como ejemplo

santificante de los ricos hogares cristianos. Ya fuera por alguna confidencia o por su propio olfato, la policía anduvo husmeando por la colonia, buscando culpables de un reciente zafarrancho universitario. Las respetables familias que habían creado aquel pequeño paraíso, que algunos consideraban un modelo de perfección cristiana, para aislarse y aislar a los suyos de las miserias y corrupciones de la gran ciudad, protestaron alarmadas de semejantes intromisiones. La más soberbia y altiva fue doña Josefina, por ser también la más encopetada dama de la colonia: hija de uno de los jerifaltes de la Cruzada, hermana de un ex ministro y amiga personal del Padre-Fundador, se mantuvo intransigente en permitir que sus tres hijas fueran ofendidas por «la malsana curiosidad de la policía». Pero todas las protestas y remilgos se vinieron abajo cuando los avisados inspectores descubrieron en las dependencias del Polideportivo una biblioteca clandestina con algunos centenares de publicaciones y libros prohibidos, y aportaron algunas pruebas de que entre los jóvenes de la colonia las relaciones sexuales precoces y las drogas no eran desconocidas.

En las reuniones que celebraron los alarmados padres, para analizar los «estragos de la libertad» y evitar el escándalo que les amenazaba, todos coincidieron en que lo mejor que podían hacer era no hacer nada... echar tierra al asunto y atar más corto a sus retoños. No obstante, Antonio salió malparado de aquellas reuniones en las que su hijo mayor fue acusado de ser la «cabeza loca» que dirigía las actividades subversivas y libertinas de los jóvenes de la colonia. Sin la defensa que hizo de su discípulo el catedrático Hinojosa, a quienes todos tenían como un modelo de virtud, sabiduría y entrega a la Obra, y la prepotente doña Josefina, más temida que respetada, se hubiera visto en apuros para salir airoso de la malevolencia desencadenada contra su familia.

Después, Antonio tuvo una conversación con su hijo mayor «de hombre a hombre», pero fue una conversación tan difícil que luego confesó a Adela que tenía la sensación de haber recibido una paliza fenomenal.

—¿Es que te ha faltado el respeto? —parpadeó su mujer conmovida.

—Tanto como faltarme el respeto, no lo sé... Personalmente no me ha ofendido en nada, pero nos juzga hipócritas y egoístas y dice que sólo el socialismo puede redimimos de la corrompida sociedad clasista que hemos creado... Es un Revilla por los cuatro costados. A veces, mientras hablaba con él, tenía la sensación de que estaba hablando con Luis o Javi. Piensa igual que ellos de los burgueses.

—A mí eso de los burgueses es lo que menos me preocupa, porque todos los chicos hablan mal de los burgueses y tienen razón. Me preocupa más lo que dicen del libertinaje y las drogas... No quiero que mis hijos y sobrinos salgan golfos y viciosos.

—El único vicio que a mí me preocupa es la política. Lo demás me trae sin cuidado, me importa un huevo... Tus dos hijos mayores y tus tres sobrinos, son ya hombres de los pies a la cabeza y no pienso llamarles la atención porque lleven en los bolsillos «gomas de hacer guarrerías», como dices tú, o se fumen de vez en cuando algún «porro», como dicen ellos. Que jodan y fumen todo lo que quieran o todo lo que puedan, pero no estoy dispuesto a que nos lleven a la mina o me pongan a mí en el disparadero de tener que justificarme por sus tonterías revolucionarias. Hace un momento le acabo de decir a Antonio que no tiene más que dos soluciones: o dejar la política o marcharse de casa.

—Y él, ¿qué te ha dicho?

—Que lo pensará...

Adela se levantó haciendo pucheros y salió del salón para ir a desahogarse a la habitación de su madre, pero al llegar a la puerta se encontró con algo inesperado que la hizo detenerse. Allí estaban sus tres hijos mayores, Antonio, José Manuel y María Petras los trillizos de Adela, Luis, Javi y Carlitos, y dos jóvenes más, un mocetón de pelo fosco y rasgos saturninos que se parecía sorprendentemente a su hijo Antonio y a los trillizos, y una jovencita menuda y vivaz que le recordó a su hermano Javi. Su madre sonreía feliz y conmovida en su sillón de ruedas y los chicos contemplaban uno de los tapices de la abuela en el que aparecían cuatro hermosos jóvenes completamente desnudos agavillados frente al piquete de ejecución. En la escena tejida sobre un fondo tenebroso se mezclaban el horror y la obscenidad. De repente, Adela

comprendió la paciente labor de su madre en aquellos años de silencio y le estalló la congoja. El pasado se hacía tan vivo y lacerante que lanzó un grito terrible antes de caer al suelo. Cuando volvió en sí se hallaba en la cama de su madre rodeada de sus hijos y sobrinos. A su lado se hallaba su hija María Petra y la bella jovencita que se parecía a su hermano Javi.

—¿Quién eres tú? —cogió Adela con fuerza la mano de la muchacha.

—Soy tu sobrina... —hablaba en tono quedo con acento extranjero—. Me llamo Petra Revilla del Castillo.

—Eres tan igualita a tu padre, que cuando te vi creí que eras una aparición. Y a ti también te reconozco... —se dirigió al mocetón de aspecto tosco y rostro curtido que la contemplaba boquiabierto—. Tú eres el hijo de Pepita, mi sobrino Mariano. Hacía mucho que no sabía nada de vosotros.

—Mi madre murió hace dos años del achuchón de una vaca rabiosa... —tartamudeó el muchacho con timidez.

La presencia de los dos nuevos Revilla provocó en Antonio una cierta crispación. Les aceptó con aparente amabilidad, pero sin ocultar su disgusto ante Adela por tenerlos en la casa. A sus dos nuevos sobrinos les encontraba defectos insuperables para vivir en el ambiente distinguido y refinado de la colonia. Al hijo de Mariano y Pepita le consideraba un patán que, además, no podía ocultar que era de la familia. En cuanto a la hija de Estrella y Javi, sus prejuicios eran más políticos. La chica resultaba en sí misma fascinante, como decía su hijo Antonio, que no la dejaba ni a sol ni a sombra. El profesor Hinestrosa al verla por primera vez emitió un juicio que fue muy comentado en toda la colonia: «Es una criatura tan singular que parece el ángel de la Anunciación de Leonardo.» Pero aquella muchachita dulce, culta y espiritualizada, que estudiaba en la Sorbona de París, era la hija de Estrella Roja, a la que la prensa española calificaba de «siniestra» cuando comentaba sus discursos y artículos contra el régimen.

—¿Te imaginas lo que puede ocurrir el día que sepan quién es? —acosaba Antonio a su mujer.

—No quiero imaginarme nada. Sólo sé que es mi sobrina y se quedará aquí todo el tiempo que quiera...

Petrucha, como la llamaban sus primos para distinguirla de María Petra, a la que llamaban Petrita, era una chica muy discreta. Hablaba muy poco de política, pero mostraba una gran libertad de costumbres y criterios muy audaces sobre el amor, las relaciones sexuales y los derechos de la mujer. Su pasión era la literatura y la poesía. Pero sobre todo, le interesaba todo lo que se refería a su padre. Quería escribir un libro sobre él y recoger sus escritos en los periódicos de la época. El profesor Hinestrosa le consiguió una autorización para hacer investigaciones en algunos archivos y hemerotecas, pero a los pocos días se la cancelaron sin ninguna explicación. Luego el profesor le dijo a Antonio que había sido amonestado por salir fiador de su sobrina y le aconsejó que la convenciera para que saliera de España lo antes posible.

—¿Es que ha hecho algo que no sea legal?

—Bueno, ya sabe usted que entre nosotros frecuentemente la legalidad y la realidad son contradictorias... —sonrió irónico el profesor—. No creo que su sobrina haya hecho nada que sea ilegal. Lo mismo que no considero peligroso que Antoñito y los demás jóvenes intenten conocer las corrientes de pensamiento que circulan por Europa libremente, pero nuestras autoridades tienen ideas muy especiales sobre el particular.

—De todas las maneras, quizá mi sobrina se haya pasado, ¿no lo cree usted?

—No, no lo creo. ¿Cómo se puede negar a un hijo que averigüe quién era su padre y cómo pensaba?

—¿Sabe usted quién era su padre? —contempló Antonio perplejo a su interlocutor.

El profesor Hinestrosa se levantó, buscó en una estantería en la que aparecían en primera fila gruesos libros encuadrados en piel y puso ante los ojos de Antonio un volumen titulado *La familia Revilla*, escrito por Sonia Montesinos y publicado en México. Antonio lo contempló como si se tratara de un bicho raro, extendió las manos temblorosas para cogerlo, pero antes de llegar a tocarlo, se irguió con la cara descompuesta y dijo que no quería volver a

recordar el pasado ni que su familia perdiera la tranquilidad y el bienestar que tanto trabajo le había costado conseguir... El profesor Hinestrosa le acompañó hasta la puerta enigmático y sonriente.

De vuelta a su chalé, encontró a Adela y Lucía cuchicheando alarmadas. Por lo que le dijeron, durante su ausencia, había llamado por teléfono uno de los inspectores que hicieron la investigación en la colonia preguntando por Antoñito, y cuando le dijeron que no se encontraba en aquel momento en casa, dejó el recado de que se presentara al día siguiente en la Puerta del Sol para hacerle algunas preguntas sin importancia.

—Siempre dicen lo mismo —murmuró Adela con la voz quebrada.

—No le harán ninguna pregunta, y deja ya de gimotear, que me pones más nervioso de lo que estoy... —zarandeó Antonio a su mujer con cierta brusquedad—. Esto me lo veía venir hace tiempo... ¿Dónde están los chicos ahora?

—Antoñito y Petrucha dijeron que iban a una conferencia a un colegio mayor, y los demás deben estar en el Polideportivo —dijo Lucía.

—¿Qué vamos a hacer...? —seguía Adela gimoteando.

—Lo único que se puede hacer: sacar al chico de España... ¿No tenía tantas ganas de ir a París? Pues que se vaya a pasar una temporada. Después ya veremos...

Adela opuso tenaz resistencia a la idea de su marido. No quería separarse de su hijo y enviarle a una ciudad «tan desvergonzada y libertina» como París. Prefería recurrir a las amistades e influencias para que la policía le dejase en paz. ¿Por qué no acudir a doña Josefina, que tenía abierta la puerta de El Pardo, o al profesor Hinestrosa, que recientemente había rechazado una cartera ministerial y era uña y carne del Padre—Fundador...? Lucía también creía que ella podía conseguir algo por medio de algunos influyentes personajes de la Obra. Pero cuando se presentaron Antoñito y Petrucha a eso de las diez, discutiendo y analizando lo que habían escuchado en la conferencia y la polémica suscitada en el coloquio, al saber lo que pasaba, se

miraron profundamente y Antoñito dijo que se marchaba a París con su prima Petrucha y su primo Nano, que ya lo tenían decidido.

—¿Lo habíais decidido vosotros sin contar con nadie? —se enfurruñó Adela.

—No lo teníamos decidido, tía, sólo lo habíamos pensado... —dijo Petrucha—. Se nos ocurrió esta mañana por sugerencia del profesor Hinestrosa, que está muy preocupado con las intromisiones de la policía en la Universidad. Fue él mismo quien le dijo a Antonio que por qué no se marchaba una temporada al extranjero hasta que pasara la tormenta represiva, y a mí me parece estupendo.

—¿Crees que a tu madre le parecerá tan bien? —dijo Antonio.

—Mi madre os quiere mucho a todos... —se quedó la muchacha pensativa—. Mientras vivimos en la Unión Soviética, nunca consiguió saber nada de vosotros. Pero cuando nos trasladamos a París, toda su obsesión era saber lo que había sido de la familia de papá. Por lo que la decían los que huían de aquí, llegó a la conclusión de que la abuela había muerto y vosotros érais muy del régimen. Por eso a mí me encomendó que antes de venir a Madrid, me pasara por Castellón y hablara con la tía Pepa, de la que tenía algunas referencias. Al llegar a Castellón me encontré con que la tía Pepa había muerto y Nano estaba trabajando de mozo en una vaquería. Cuando se lo dije a mi madre, me escribió a vuelta de correo para que le convenciera y se viniera con nosotros a París. Luego, en Madrid, hablé con algunos amigos de mamá, que me predispusieron contra vosotros. Lo que me dijeron me quitaron las ganas de visitaros. Pero un día conocí a Antonio en una reunión de la Unión de Estudiantes Democráticos, y todo cambió... Mi madre me había hablado mucho de la abuela Petra, pero sólo cuando la vi y nos dijo a Nano y a mí: «Os estaba esperando para morirme en paz», comprendí la fuerza de la sangre...

—Bueno, bueno, estamos perdiendo un tiempo lamentable con tanta sensiblería... —la interrumpió Antonio.

—Yo más bien creo que lo estamos recuperando, papá —dijo Antoñito—. ¿Has visto alguna vez los tapices de la abuela?

—No los he visto ni quiero verlos. Ya tengo bastante con lo que he visto y con lo que hemos sufrido para andar también recordándolo... Lo que tenéis que hacer es prepararlos inmediatamente para salir de España. El coche grande está ya dispuesto para llevarlos a Francia. No quiero en mi familia más héroes...

—Así, sin más... —empezó a gimotear Adela.

—Sin más... —respondió Antonio con gesto rotundo—. No quiero sobresaltos. Y cuanto menos se hable del asunto, mejor para todos.

Aunque Antonio estaba empeñado en llevarles él mismo, para asegurarse de que no cometían ninguna imprudencia, su hijo y su sobrina se opusieron para evitarle cualquier riesgo o complicidad. Además, como Nano no tenía pasaporte y Antoñito podía estar reclamado, Petrucha le dijo a su tío que tenían que esperar algunos días en Pamplona para arreglar el paso de la frontera sin correr riesgos.

Dos horas después de marchar los muchachos en el coche de Antoñito, Lucía entró en la habitación de su suegra, como hacía todas las noches antes de retirarse a dormir, y la encontró muerta. Luego Adela recordó que aquella misma tarde su madre había dicho «que ya sentía que se estaba convirtiendo en tierra».



Acerca del autor:

GREGORIO GALLEGÓ nació en Madrid en el seno de una familia modesta de campesinos emigrados a la capital. Desde muy joven se sintió atraído por la literatura. A los 17 años empezó a colaborar en periódicos y revistas libertarios, a los 19 formaba parte de la redacción de «Juventud Libre» y a los 20 del diario «Castilla Libre». Durante la guerra civil formó parte de la primera Junta de Defensa de Madrid, fue oficial del Ejército Popular y combatió en los frentes de Madrid, Guadalajara y Teruel. Tras la derrota del ejército republicano, conoció numerosos campos de concentración, cárceles y penales. Al recuperar la libertad en 1963, reanudó sus actividades literarias trabajando para diversas editoriales. En 1965 obtuvo el Premio Guipúzcoa con su novela *El hachazo*, prohibida por la censura y editada en México. En España ha publicado *La maraña* (1966), *La otra vertiente*, Premio Ciudad de Irún 1972, *Los Caínes* (1973), el libro de memorias *Madrid, corazón que se desangra...* (1976) y las biografías *Kennedy*, *Goya*, *Benjamín Franklin* y *Cristóbal Colón*. En 1983 obtuvo el Premio Asturias de novela con *Ardiente verano*. También colabora con artículos y cuentos en diversas publicaciones de España y América Latina. Con Libertarias/Prodhufi ha publicado *Hombres en la cárcel*, *Márgara* (Crónica de la clandestinidad) y *Fuga de Pasiones*.

Asalto a la ciudad, el segundo volumen de la trilogía *La España convulsa* es la crónica de un fracaso, la parábola del momento más crucial de la guerra civil: la batalla que tuvo por escenario Madrid.